



Douglas Kennedy

En busca de la felicidad

«Un libro increíble,
dinámico y apasionante.
Una magnífica historia
de amor». *Publishers Weekly*

arpa

Título original: *The pursuit of happiness*

© del texto: Douglas Kennedy, 2001
© de la traducción: Esther Roig, 2002
© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.
www.arpaeditores.com

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-16601-98-1
Diseño de cubierta: Enric Jardí
Maquetación: Estudi Purpurink
Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

Douglas Kennedy
En busca de la felicidad
Traducción de Esther Roig

arpa

«No hacemos lo que debemos, hacemos lo que no debemos y contamos
con que la suerte nos acompañe».

MATTHEW ARNOLD

PRIMERA PARTE

Kate

1

Cuando la vi por primera vez estaba de pie junto al ataúd de mi madre. Era una mujer de más de setenta años, alta y angulosa, con el pelo gris y fino recogido en un prieto moño en la nuca. Tenía el aspecto que me gustaría tener a mí si algún día alcanzo su edad. Mantenía la columna muy derecha, como negándose a dar tregua a la edad. Su estructura ósea era impecable. Su piel seguía siendo tersa. Si tenía arrugas, no le grababan la cara. Por el contrario, le daban carácter, gravedad. Todavía era guapa, de un modo discreto y aristocrático. No había duda de que, en una época bastante reciente, los hombres la encontraban hermosa.

Sin embargo, fueron sus ojos los que me llamaron la atención. De un azul grisáceo. Muy intensos y observadores. Ojos críticos, atentos, con apenas una pizca de melancolía. Pero, ¿quién no se pone melancólico en un funeral? ¿Quién no mira un ataúd viéndose a sí mismo en el interior? Dicen que los funerales son para los vivos. No puede ser más cierto. Porque no solo lloramos por los que se van. También lloramos por nosotros mismos. Por la brutal brevedad de la vida. Por su insignificancia infinita. Por la forma en que nos movemos a trompicones a través de ella, como forasteros sin mapa, equivocándonos en todos los cruces del camino.

Cuando la miré directamente a los ojos, ella apartó la mirada avergonzada, como si la hubiera descubierto observándome. Está claro que quien ha perdido a su ser más querido es siempre objeto de atención de todos en un funeral. Como la persona más cercana al difunto, se esperaba de mí que

marcara el tono emocional de la ocasión. Si me mostraba histérica, no temerían abandonarse. Si sollozaba, se limitarían a sollozar también. Si conservaba la serenidad, mantendrían la compostura y se mostrarían disciplinados y correctos.

Yo me mostraba serena, muy correcta, y como yo la veintena de personas que habían acompañado a mi madre en «su último viaje», como decía el director de la funeraria, que soltó esta frase en medio de la conversación cuando me estaba diciendo lo que me costaría transportarla desde su «capilla de reposo» en Amsterdam con la 75, hasta este lugar «de descanso eterno», junto a la pista del aeropuerto de La Guardia en Flushing Meadows, Queens.

Después de que la mujer se diera la vuelta, oí el motor de un jet en pleno descenso y miré hacia el cielo invernal, frío y azul. Sin duda, varios miembros de la congregación reunida junto a la tumba pensaron que estaba contemplando los cielos como si me preguntara cuál sería el lugar de mi madre en la inmensidad celestial. Pero, en realidad, lo que hacía era comprobar qué clase de jet descendía. «Un US Air. Uno de los viejos 272 que todavía se usan para trayectos cortos. Seguramente un vuelo de Boston. O quizá uno de los que seguían hacia Washington...».

Es asombrosa la cantidad de trivialidades que pasan por la cabeza en los momentos más trascendentales de la vida.

—Mami, mami.

Mi hijo de siete años, Ethan, me tiraba del abrigo. Su voz se superpuso a la del sacerdote episcopaliano que estaba de pie detrás del ataúd, recitando solemnemente un pasaje de las Revelaciones:

Dios secará todas las lágrimas de sus ojos;
y no habrá más muerte, ni aflicción.
No habrá más llanto, ni habrá más dolor;
porque todas estas cosas han desaparecido.

Tragué saliva. Ni aflicción. Ni llanto. Ni dolor. No era esta la historia de la vida de mi madre.

—Mami, mami...

Ethan seguía tirando de mi manga, exigiendo mi atención. Me llevé un

dedo a los labios acariciando su mata de pelo rubio despeinado.

—Ahora no, cariño —susurré.

—Tengo pipí.

Hice un esfuerzo para no sonreír.

—Papá te acompañará —dije, buscando con los ojos a mi marido.

Estaba de pie al otro lado del ataúd, dándoles la espalda a los demás. Me había sorprendido un poco verle en la capilla funeraria por la mañana. Desde que nos había dejado a Ethan y a mí, hacía cinco años, nuestro trato había sido, en el mejor de los casos, de tipo práctico; solo hablábamos de nuestro hijo y de las aburridas cuestiones económicas que obligan incluso a las parejas divorciadas que más se odian a contestarse las mutuas llamadas. Hacía tiempo que yo había cortado por lo sano sus intentos conciliadores. No sé muy bien por qué, pero nunca le había perdonado que nos abandonara de la noche a la mañana para irse con «ella», la belleza mediática, la «señora conductora» de News-Channel-4-New-York. Entonces Ethan solo tenía dos años y un mes.

Sin embargo, hay que saber encajar estos pequeños contratiempos, ¿o no? Especialmente teniendo en cuenta que Matt se ajusta tanto al estereotipo masculino. Pero algo sí puedo decir en favor de mi exmarido: se ha convertido en un padre atento y cariñoso. Y Ethan lo quiere muchísimo, como pudieron comprobar todos los que rodeaban la tumba, cuando pasó corriendo por delante del ataúd para abrazar a su padre. Matt lo levantó en brazos y vi que Ethan le pedía que lo acompañara al baño. Con una pequeña inclinación de cabeza dirigida a mí, Matt se lo llevó, cargado sobre un hombro, en busca del baño más cercano.

El sacerdote la emprendió entonces con un salmo habitual en los funerales, el 23:

Tú dispones para mí una mesa ante los ojos de mis enemigos;
unges mi cabeza con aceite; mi copa rebosa.

Oí que mi hermano Charlie sofocaba un sollozo. Estaba de pie detrás de la dispersa congregación. Estaba claro que había ganado el premio a la «mejor

aparición sorpresa en un funeral», porque había llegado aquella mañana con el vuelo nocturno de Los Ángeles, pálido, agotado y muy avergonzado. Tardé unos instantes en reconocerlo porque no lo veía desde hacía siete años y porque el tiempo había ejercido su desagradable magia convirtiéndolo en un hombre de mediana edad. De acuerdo, yo también pertenecía a la mediana edad, pero Charlie —con sus cincuenta y cinco años, casi nueve más que yo— parecía realmente... Bueno, creo que maduro sería la palabra correcta, aunque cansado de la vida sería bastante más preciso. Había perdido casi todo el pelo y no estaba en forma. Su cara se había vuelto carnosa y floja. La cintura sobresalía, como un neumático, y hacía que su traje negro mal cortado pareciera como nunca un error de mal gusto. Llevaba la camisa blanca desabrochada. La corbata negra tenía manchas de comida. Su aspecto general delataba mala alimentación y cierto desencanto de la vida. Yo misma estaba del todo de acuerdo con esta última descripción..., me sorprendía lo mal que había envejecido, y que hubiera cruzado el continente para despedirse de una mujer con la que apenas había mantenido contacto verbal en los últimos treinta años.

—Kate —dijo, acercándose a mí en el vestíbulo de la capilla funeraria.

Vio la expresión atónita de mi cara.

—¿Charlie?

Tuvo un momento de vacilación al ir a abrazarme, lo pensó mejor y se limitó a cogerme las manos. Estuvimos un momento sin saber qué decirnos. Finalmente hablé yo:

—Esto es una sorpresa...

—Lo sé, lo sé —dijo, interrumpiéndome.

—¿Recibiste mis mensajes?

Asintió con la cabeza.

—Katie... lo siento.

De repente me solté de sus manos.

—No me des el pésame —dije, con una voz extrañamente calmada—. También era tu madre. ¿Recuerdas?

Palideció. Finalmente logró balbucear:

—No es justo.

Mi voz continuó muy calmada, muy controlada.

—Todos los días del último mes, cuando supo que se estaba muriendo, me preguntó si habías llamado. Al final tuve que mentirle, le dije que me llamabas diariamente para preguntar cómo estaba. O sea que no me hables de lo que es justo.

Mi hermano se quedó mirando fijamente el linóleo de la funeraria. Entonces se me acercaron dos amigas de mi madre. Mientras hacían los comentarios amables de rigor, Charlie tuvo ocasión de escapar. Cuando empezó el funeral, se sentó en el último banco de la capilla de la funeraria. Volví la cabeza para ver a las personas congregadas y lo descubrí mirándome. Desvió la vista, profundamente incómodo. Después del funeral, le busqué, porque quería darle la oportunidad de ir conmigo al cementerio en el denominado «coche de la familia». Pero no lo vi por ninguna parte. Así que fui a Queens con Ethan y la tía Meg. Era la hermana de mi padre, una profesional soltera de setenta y cuatro años que se había dedicado a destruir su hígado durante los últimos cuarenta. Me alegró ver que se había mantenido sobria para despedirse de su cuñada. Porque, en las pocas ocasiones en que practicaba la moderación, Meg era la mejor aliada que una podía desear. Sobre todo porque tenía una lengua tan afilada como una avispa enfurecida. Poco después de que la limusina saliera de la funeraria, el tema de conversación se centró en Charlie.

—Vaya —dijo Meg—, el *schmuck*¹ pródigo ha vuelto.

pródigo ha vuelto.

pródigo ha vuelto.

—Y ha desaparecido inmediatamente —añadí.

—Estará en el cementerio —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho. Mientras tú te besuqueabas con todo el mundo después del funeral, le he visto en la puerta. «Si te esperas un momento —le he dicho —, vendrás con nosotras a Queens». Pero ha dejado muy claro que prefería ir en metro. Me parece que Charlie es el mismo gilipollas de siempre.

—Meg —dije, señalando a Ethan con la cabeza.

El niño estaba sentado a mi lado en la limusina, totalmente abstraído en un libro de los Power Rangers.

—No está escuchando las tonterías que digo. ¿Verdad que no, Ethan?

Ethan levantó la vista del tebeo.

—Sé lo que quiere decir gilipollas —contestó.

—Buen chico —dijo Meg, alborotándole el cabello.

—Lee tu tebeo, cariño —le dije.

—Es un niño listo —dijo Meg—. Lo has educado muy bien, Kate.

—¿Lo dices porque sabe palabrotas?

—Me gustan las chicas con autoestima, como tú.

—Esa soy yo: doña Autoestima.

—Al menos siempre has hecho lo correcto. Sobre todo con respecto a la familia.

—Sí, y ya ves adonde me ha llevado.

—Tu madre te quería muchísimo.

—Domingo sí, domingo no.

—Sé que era una mujer difícil...

—Más bien diría que imposible.

—Lo creas o no, este jovencito y tú lo erais todo para ella. Y quiero decir todo.

Me mordí el labio y me tragué un sollozo. Meg me cogió la mano.

—Créeme: padres e hijos acaban siempre pensando que son ellos los que han cargado con el trabajo más desagradecido. Nadie se siente muy feliz. Pero al menos tú no te sentirás culpable como el idiota de tu hermano.

—¿Sabes que la semana pasada le dejé tres mensajes diciéndole que solo le quedaban unos días de vida, y que tenía que venir a verla?

—¿No te llamó?

—No, pero su portavoz sí.

—¿Princesa?

—La misma.

Princesa era el apodo que le dábamos a Holly, la mujer totalmente insufrible, totalmente suburbana, que se había casado con Charlie en 1975 y le había convencido poco a poco, por una larga lista de razones falsas y egoístas, de que se apartara de su familia. Tampoco es que Charlie necesitara que lo animaran mucho. Desde el momento en que fui consciente de estas cosas, supe que, para ser madre e hijo, mamá y Charlie tenían una relación curiosamente fría, y que la causa de su antipatía era mi padre.

—Veinte pavos a que nuestro Charlie se desmorona junto a la tumba — dijo Meg.

—Ni hablar —contesté yo.

—Hace que no le veo... ¿Cuándo demonios nos visitó por última vez?

—Hace siete años.

—Exacto, hará unos siete años, pero le conozco bien. Créeme, siempre se ha compadecido de sí mismo. En cuanto le he visto hoy he pensado: el pobrecito Charlie sigue jugando a autocompadecerse. No solo esto, también se siente muy, pero que muy culpable. No tuvo coraje para hablar con su madre moribunda, y ahora intenta arreglarlo apareciendo a última hora en su funeral. Qué forma más penosa de comportarse.

—Pero no llorará. Está demasiado reprimido.

Meg me blandió un billete en la cara.

—Déjame ver tu dinero.

Busqué en el bolsillo de mi chaqueta y encontré dos billetes de diez. Los blandí frente a los ojos de Meg.

—Me divertirá quedarme con tus veinte dólares —le dije.

—No tanto como yo me voy a divertir viendo cómo llora ese lamentable cagueta.

Miré de reojo a Ethan, que seguía absorto en su tebeo de los Power

Rangers, y después levanté los ojos al cielo.

—Perdona —dijo Meg—, se me escapó.

Sin levantar la vista del tebeo, Ethan intervino:

—Sé lo que significa cagueta.

Meg ganó la apuesta. Tras una última plegaria ante el ataúd, el sacerdote me tocó el hombro y me dio el pésame. Luego, uno por uno, los demás asistentes se acercaron a mí. Mientras pasaba por aquella hilera ritual de apretones de manos y abrazos, vi a aquella mujer, leyendo con mucha concentración la lápida contigua a la parcela de mi madre. Me la sabía de memoria:

JOHN JOSEPH MALONE

22 de agosto de 1922 – 16 de abril de 1956

John Joseph Malone. También conocido como Jack Malone. También conocido como mi padre. Que desapareció de este mundo de repente cuando yo solo tenía dieciocho meses, pero cuya presencia siempre me ha pesado. Esto es lo que tienen los padres: pueden esfumarse físicamente de tu vida — incluso puede que no hayas llegado ni a conocerlos— pero nunca te liberas de ellos. Ese es su último legado: te guste o no, están siempre ahí. Y por mucho que trates de sacudírtelos, no te sueltan.

Mientras Christine, mi vecina de arriba, me abrazaba, miré por encima de su hombro. Charlie caminaba hacia la tumba de nuestro padre. La mujer seguía allí. Pero en cuanto le vio acercarse —y evidentemente sabía quién era—, retrocedió, dejándole el paso abierto hacia el monumento de granito liso de mi padre. Charlie llevaba la cabeza baja y su paso era vacilante. Cuando llegó a la lápida, se apoyó en ella y se echó a llorar. Primero intentó disimular su malestar, pero enseguida perdió la batalla y empezó a llorar sin control. Me deshice con cuidado del abrazo de Christine. Instintivamente, quise correr a su lado, pero reprimí esta muestra de afecto fraternal, sobre todo porque no podía perdonar así como así el dolor que mi madre había sufrido en silencio por su ausencia todos aquellos años. Pero me acerqué despacio a él y le toqué ligeramente el brazo con la mano.

—¿Estás bien, Charlie? —pregunté con voz queda.

Charlie levantó la cabeza. Tenía la cara colorada como un tomate, los ojos húmedos de lágrimas. De pronto, se inclinó hacia mí y apoyó la cabeza en mi hombro, abrazándome como si yo fuera un salvavidas en un mar turbulento. Sus sollozos eran fuertes, desinhibidos. Me quedé un momento así, con los brazos colgando, sin saber qué hacer. Pero su pena era tan honda, tan total, tan ruidosa que, finalmente, tuve que consolarle con mis brazos.

Tardó un buen minuto en dominar su llanto. Miré más allá, observando a Ethan —que acababa de volver del baño—, a quien Matt impedía que corriera hacia mí. Guiñé un ojo a mi hijo y él me contestó con una de esas sonrisas de cien vatios que al instante te compensan de la tensión agotadora e interminable de la maternidad. Después miré a la izquierda de Ethan y volví a ver a la mujer. Estaba discretamente situada en una parcela contigua, observando cómo yo consolaba a Charlie. Antes de que se diera la vuelta — ¡otra vez!—, percibí momentáneamente la intensidad de su mirada. Una intensidad que hizo que me preguntara: ¿de qué demonios nos conoce?

Volví a mirar a Ethan, pero él separó los labios con dos dedos y me sacó la lengua, una de las muecas de su repertorio cuando cree que me estoy poniendo demasiado seria. Tuve que reprimir una carcajada. Entonces volví a mirar hacia donde estaba la mujer. Pero ya no estaba allí, sino que caminaba sola por el sendero vacío de grava que llevaba a la puerta principal del cementerio.

Charlie tragó saliva intentando controlar sus sollozos. Decidí que ya era hora de dar por terminado el abrazo y me deshice suavemente de él.

—¿Estás mejor ahora? —le pregunté.

Él siguió con la cabeza baja.

—No —susurró. Luego añadió—: Debía, debía...

Se echó a llorar otra vez. Debía. La expresión más dura de autocontricción del lenguaje universal. Una palabra que pronunciamos constantemente a lo largo de esta farsa que llamamos vida. Pero Charlie tenía razón. Él debía. Ahora ya no podía hacer nada.

—Vuelve con nosotras a la ciudad —le dije—. Vamos a servir un piscolabis en el piso de mamá. Te acuerdas de dónde estaba, ¿no?

Me arrepentí enseguida del comentario, porque Charlie se echó a llorar otra vez.

—Ha sido una tontería —dije con voz queda—. Lo siento.

—No tanto como yo —dijo él entre sollozos—. No tanto...

Volvió a perder el dominio de sí mismo, y sus sollozos se hicieron descomunales.

Esta vez no le ofrecí consuelo, sino que le di la espalda; vi a Meg merodeando cerca, sin una expresión concreta, esperando por si podía ayudarme. Cuando la miré, señaló a Charlie con la cabeza y arqueó las cejas, como si me preguntara: «¿Quieres que te sustituya?». Pues claro. Entonces se acercó a su sobrino y le dijo:

—Venga, Charlie, vamos a dar un paseo.

Y se lo llevó cogiéndolo del brazo.

Matt dejó suelto a Ethan, que corrió hacia mí. Me incliné para levantarlo en brazos.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

—El baño era una pasada —dijo.

Volví a mirar la tumba de mi madre. El sacerdote seguía junto al ataúd. Detrás de él estaban los obreros del cementerio. Se mantenían a una discreta distancia de los demás, pero era evidente que esperaban que nos marcháramos para poder bajarla a las entrañas de Queens, sacar los elevadores, cerrar el agujero e irse a almorzar... o quizá a la bolera más cercana. La vida continúa, tanto si tú continúas como si no.

El sacerdote me dirigió una pequeña inclinación de cabeza, cuyo significado era: «Es hora de despedirse». De acuerdo, reverendo, como quiera. Démonos las manos y cantemos.

Ha llegado la hora de decirnos adiós...

M-I-C... Hasta pronto...

K-E-Y... ¿Por qué? Porque te queremos...

M-O-U-S-E...

En una fracción de segundo, estaba de vuelta en el piso de la familia, en la Calle 84, entre Broadway y Amsterdam. Tenía seis años, primer curso en

Brearley, miraba a Annette, a Frankie y a los demás Mosqueteros en aquel viejo televisor Zenith en blanco y negro, la pantalla redondeada y las antenas de conejo sobre el aparador de imitación caoba, y mamá se acercaba a mí con dos vasos que antes fueron de mermelada de uva Welch en la mano: Strawberry Kool-Aid para mí y una copa de Canadian Club para ella.

—¿Cómo les va a Mickey y sus amigos? —preguntó, tropezando con las palabras.

—Son mis amigos —dije.

Se dejó caer a mi lado en el sofá.

—¿Eres mi amiga, Katie?

No le hice caso. Pregunté:

—¿Dónde está Charlie?

Puso cara de ofendida.

—Con el señor Barclay —contestó, refiriéndose a una escuela de baile a la que se mandaba a los chicos preadolescentes como Charlie, una vez a la semana, contra su voluntad.

—Charlie odia el baile —dije.

—Tú qué sabes —dijo mi madre, bebiéndose la mitad de su copa.

—Le oí decírtelo —continuó—. «Odio la escuela de baile. Te odio.»

—No dijo que me odiara.

—Lo dijo —insistí yo, y volví a concentrarme en los Mosqueteros.

Mamá se tragó el resto de la copa.

—No lo dijo.

Lo consideré un juego.

—Sí que lo dijo.

—No pudiste oírle...

La interrumpí:

—¿Por qué está en el cielo papá?

Se puso pálida. Aunque habíamos hablado de esto antes, ya hacía un año que no preguntaba por mi padre. Pero aquella tarde había llegado a casa con una invitación para una velada padre/hija de la escuela.

—¿Por qué tuvo que irse al cielo? —pregunté.

—Cariño, ya te lo he dicho, no quería irse al cielo. Pero se puso enfermo...

—¿Cuándo voy a conocerle?

Ahora su expresión era de desespero.

—Katie... Eres mi amiga, ¿verdad?

—Si me dejas conocer a mi padre.

Le oí sofocar un sollozo.

—Ojalá pudiera...

—Quiero que venga a la escuela conmigo...

—Dime que eres mi amiga, Katie.

—Trae a papá del cielo.

Su voz era débil, queda, apocada.

—No puedo, Katie, si...

Entonces se echó a llorar. Me abrazó. Escondió la cabeza en mi aún pequeño hombro y me dio un susto de muerte que me hizo salir de la habitación, aterrada.

Fue la única vez en que la vi borracha. Fue la única vez que lloró delante de mí. Fue la última vez que le pedí que trajera a mi papá del cielo.

«¿Eres mi amiga, Katie?»

Nunca respondí a su pregunta. Porque, a decir verdad, nunca supe la respuesta.

—¡Mami!

Ethan me apretaba la mano.

—¡Mami! ¡Quiero irme a casa!

Volví de golpe a Queens. Y a la visión del ataúd de mi madre.

—Vamos a despedirnos de la abuela primero —dije.

Tiré de Ethan, a sabiendas de que todos los ojos estaban puestos en nosotros. Nos acercamos al reluciente ataúd de teca. Ethan lo golpeó con el puño.

—Hola, abuela. Adiós, abuela.

Me mordí el labio con fuerza. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Miré hacia la tumba de mi padre. «Ya está. Ya está. Huérfana, por fin.»

Sentí una mano firme en el hombro. Me volví. Era Matt. Me solté. Y lo vi claro de repente: éramos Ethan y yo, y nadie más.

El sacerdote me dirigió otra de sus miradas significativas. Vale, vale. Ya

voy.

Puse la mano sobre el ataúd. Estaba frío, como una nevera. Aparté la mano. Para eso sirven los gestos majestuosos. Volví a mordirme el labio y me esforcé por mantener el dominio de mí misma. Busqué a mi hijo y lo empujé hacia el coche.

Matt nos esperaba en la puerta. Dijo en voz baja:

—Katie, quería que supieras...

—No quiero saberlo.

—Solo quería decirte...

—¿Es que no me entiendes?

—Quieres escucharme, por favor...

Agarré el tirador de la puerta del coche.

—No, no te escucharé...

Ethan me tiró de la manga.

—Papá dice que va a llevarme a ver una película Imax. ¿Me dejas ir, mami?

Entonces me di cuenta de lo mal que estaba.

—Hemos preparado un refresco... —me oí decir.

—Ethan se lo pasará mejor en el cine, ¿no crees? —dijo Matt.

Sí, sin duda. Me tapé la cara con las manos. Y me sentí más cansada de lo que me había sentido en toda mi vida.

—¿Me dejas ir, mami, por favor?

Miré a Matt.

—¿A qué hora lo traerás a casa?

—Había pensado que podría quedarse esta noche con nosotros.

Me di cuenta de que se arrepentía al instante de haber utilizado aquel pronombre. Matt siguió hablando.

—Lo llevaré a la escuela mañana. Y se puede quedar un par de días, si lo prefieres...

—Entendido —dije, para terminar. Me agaché para abrazar a mi hijo y me oí decir—: ¿Eres mi amigo, Ethan?

Él me miró tímidamente, y luego me dio un beso rápido en la mejilla. Quería tomarme eso como una respuesta afirmativa, pero supe que me

martirizaría la falta de una respuesta definitiva el resto del día... y de la noche. Y al mismo tiempo me preguntaba por qué le había hecho aquella pregunta tan tonta.

Matt estuvo a punto de tocarme el brazo, pero lo pensó mejor.

—Cuídate —dijo, y se llevó a Ethan.

Entonces sentí otra mano en mi hombro. Me la sacudí, como si fuera una mosca y le dije a quien estuviera detrás de mí:

—Ya no aguanto más muestras de simpatía.

—Pues no las aguantes.

Me tapé la cara con las manos.

—Perdona, Meg.

—Reza tres Ave Marías y sube al coche.

Obedecí. Meg subió detrás de mí.

—¿Dónde está Ethan? —preguntó.

—Se quedará todo el día con su padre.

—Bien —dijo ella—. Así puedo fumar.

Mientras buscaba los Merits en el bolsillo, golpeó el vidrio de separación con la otra mano. El chófer apretó un botón y el vidrio empezó a bajar.

—Por fin —dijo Meg, encendiendo un cigarrillo.

Soltó un enorme suspiro de placer al inhalar.

—¿Tienes que fumar? —pregunté.

—Sí, tengo que fumar.

—Te matará.

—No tenía ni idea.

La limusina salió al camino principal del cementerio. Meg tomó mi mano, apretó con sus delgados y varicosos dedos los míos.

—¿Cómo lo llevas, cariño? —preguntó.

—He estado mejor, Meg.

—Un par de horas más y todo este jaleo habrá terminado. Y entonces...

—Puedo desmoronarme.

Meg se encogió de hombros. Y me apretó la mano con fuerza.

—¿Dónde está Charlie? —pregunté.

—Volviendo a la ciudad, en metro.

—¿Por qué hace esa tontería?

—Es su forma de castigarse.

—Al verlo tan hundido me ha dado hasta pena. Con solo haber llamado estos últimos días podría haber arreglado las cosas con mamá.

—No —dijo Meg—. No habría arreglado nada.

Al acercarnos a la verja, volví a ver a aquella mujer. Caminaba muy decidida hacia la entrada del cementerio, moviéndose con agilidad para su edad. Meg también la vio.

—¿La conoces? —pregunté.

Su respuesta fue un encogimiento de hombros despreocupado.

—Estaba junto a la tumba de mamá —dije—. Y se ha quedado durante la ceremonia.

Otro encogimiento de hombros de Meg.

—Será una chalada que se divierte asistiendo a funerales —concluí. Ella nos miró al pasar, pero bajó los ojos rápidamente.

La limusina salió a la calle y dobló a la izquierda en dirección a Manhattan. Me recosté en el asiento, agotada. Estuvimos un rato en silencio. Luego Meg me dio un codazo.

—¿Qué? —dijo—. ¿Me das mis veinte dólares?

2

Después del cementerio, quince de los veinte acompañantes del duelo fueron a casa de mi madre. Estábamos un poco apretados porque mi madre había pasado los últimos veintiséis años de su vida en un pisito de un solo dormitorio en la Calle 84 con la avenida West End —e incluso en las pocas ocasiones en que recibía visitas, no recuerdo a más de cuatro personas en su casa al mismo tiempo.

Nunca me había gustado el piso. Era agobiante. Estaba mal distribuido. Su orientación al sudeste en el cuarto piso significaba que daba a un callejón, y apenas le tocaba el sol. La sala mediría unos tres por tres metros, había un dormitorio de las mismas dimensiones, un pequeño baño y una cocina de dos y medio por dos con las instalaciones antiguas y el suelo de linóleo gastado. Todo lo que había en el piso parecía viejo, cansado y muy necesitado de una puesta al día. Tres años antes, había convencido a mi madre para que lo pintara, pero, como en muchos pisos viejos del West Side, aquella nueva capa de emulsión brillante simplemente añadió otro barniz barato al yeso y a las molduras, que tenían un grosor de casi tres centímetros de décadas de mala pintura. La moqueta estaba deshilachada. Los muebles necesitaban restauración. Los pocos artículos de lujo de mi madre —un televisor, un aparato de aire acondicionado, un equipo de música de origen coreano— estaban tecnológicamente anticuados. En los últimos años, siempre que tenía un poco de dinero para gastar —que, si he de ser sincera, no era muy a menudo—, me ofrecía a cambiarle el televisor o a comprarle un microondas.

Pero siempre lo rechazaba.

—Gástate el dinero en algo mejor —decía siempre.

—Eres mi madre —insistía yo.

—Gástatelo en Ethan, gástatelo en ti misma. Me las arreglo perfectamente con lo que tengo.

—Este aparato de aire acondicionado está asmático. Te vas a freír en julio.

—Tengo un ventilador.

—Mamá, quiero ayudarte.

—Ya lo sé, hija. Pero no necesito nada.

Ponía en las dos últimas palabras un énfasis tan puntilloso e irritante que yo comprendía que no valía la pena insistir. Aquel tema de conversación estaba cerrado.

Siempre se lo negaba todo a sí misma. No podía soportar la idea de convertirse en una carga. Y, siendo como era una WASP² distinguida pero con un enorme amor propio, le amargaba la idea de ser candidata a la beneficencia. Porque, para ella, algo así representaba un fracaso personal; una falta de carácter.

distinguida pero con un enorme amor propio, le amargaba la idea de ser candidata a la beneficencia. Porque, para ella, algo así representaba un fracaso personal; una falta de carácter.

distinguida pero con un enorme amor propio, le amargaba la idea de ser candidata a la beneficencia. Porque, para ella, algo así representaba un fracaso personal; una falta de carácter.

Di una vuelta a la sala y vi unas cuantas fotos de familia enmarcadas sobre una mesita junto al sofá. Me acerqué y cogí una instantánea que conocía muy bien. Era de mi padre con el uniforme del ejército. La había hecho mi madre en la base inglesa donde se habían conocido en 1945. Él había sido su aventura en el extranjero, la única vez en su vida que había salido de Estados Unidos. Tras presentarse voluntaria en la Cruz Roja al terminar la universidad, había acabado trabajando de mecanógrafa en un puesto avanzado de la sede central del Mando Aliado en un suburbio de Londres. Allí conoció al deslumbrante Jack Malone de Brooklyn, muriéndose de aburrimiento tras cubrir la liberación de Alemania por parte de los aliados para el *Stars and Stripes*, el periódico del ejército americano. Tuvieron una aventura, cuyo resultado fue Charlie. Y de repente descubrieron que sus destinos estaban entrelazados.

Charlie se acercó. Miró la fotografía que yo tenía en la mano.

—¿Quieres llevártela? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Tengo una copia en casa —dijo—. Es mi foto de papá preferida.

—Pues me la llevaré yo. No tengo muchas fotos de él.

Nos quedamos un momento en silencio, sin saber qué decir. Charlie se mordía nerviosamente el labio inferior.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—Sí, mejor —dijo, esquivando mis ojos como siempre—. ¿Tú vas aguantando?

—¿Yo? Claro —respondí, intentando simular que no daba importancia al hecho de acabar de enterrar a nuestra madre.

—Tu hijo es muy guapo. ¿Aquel era tu ex?

—Sí, ese es el hombre encantador. ¿No le conocías?

Charlie meneó la cabeza.

—Ah, sí, me olvidaba, te perdiste la boda. Y Matt estaba fuera la última vez que viniste. En 1994, ¿verdad?

Charlie ignoró la pregunta y me hizo otra:

—Sigue siendo alguien en las noticias de la tele, ¿verdad?

—Ahora es alguien muy importante. Como su nueva esposa.

—Sí, mamá me contó lo del divorcio.

—¿En serio? —dije, sorprendida—. ¿Cuándo te lo contó? ¿Durante vuestra llamada anual en 1995?

—Hablábamos un poco más a menudo.

—Perdona, no me acordaba. También la llamabas en Navidad. O sea que fue durante una de tus dos llamadas anuales cuando te enteraste de que Matt me había dejado.

—Me supo muy mal.

—Vamos, es agua pasada. Lo he superado.

Otro silencio incómodo.

—El piso está como siempre —dijo él, echando un vistazo.

—Mamá no pretendía salir en las páginas de *House and Garden* —dije—. La verdad es que, aunque hubiera querido hacer reformas, iba muy justa de dinero. Por suerte el piso era de renta antigua, o no hubiera podido continuar aquí.

—¿Cuánto le costaba cada mes?

—Mil ochocientos, que no está mal para el barrio. Pero a ella le costaba pagarlo.

—¿No heredó algo del tío Ray?

Ray era el hermano rico de mamá, un abogado importante establecido en Boston que mantenía una distancia prudencial con su hermana. Por lo que sabía, mi madre nunca tuvo muy buena relación con él cuando eran jóvenes y se distanciaron aún más después de que Ray y su esposa, Edith, dieran rienda suelta a su reprobación hacia el irlandés de Brooklyn con quien se había casado. Pero Ray vivía de acuerdo con el código WASP del comportamiento correcto. De modo que, tras la muerte prematura de mi padre, acudió en ayuda de su hermana ofreciéndose a pagar la educación de sus dos hijos. El hecho de que Ray y Edith no tuvieran hijos —y que mamá fuera la única hermana de Ray— seguramente le hizo más fácil pagar una factura tan abultada durante tantos años; sin embargo, ya de niños, Charlie y yo vimos

con claridad que nuestro tío no quería tener nada que ver con nosotros. Nunca le vimos. Mamá no le vio nunca. Cada uno recibía un bono de ahorro de veinte dólares por Navidad. Cuando Charlie estaba estudiando en la Universidad de Boston, Ray no le invitó ni una sola vez a su casa de Beacon Hill. Conmigo hicieron lo mismo mientras estaba estudiando en Smith y bajaba a Boston una vez al mes. Mamá nos explicó su frialdad diciendo: «Las familias pueden ser muy raras». De todos modos, las cosas como son, gracias a él, Charlie y yo fuimos a escuelas y universidades privadas. No obstante, desde que me gradué en Smith en el 76, mi madre no volvió a ver dinero de su hermano y fue mal de fondos el resto de su vida. Cuando Ray murió en el 98, yo esperaba que mamá recibiera algo de dinero —teniendo en cuenta sobre todo que Edith había precedido a su marido muriéndose tres años antes—. Pero no heredó nada.

—No me digas que mamá no te dijo que Ray no le había dejado nada — dije.

—Solo me dijo que había muerto.

—Eso sería durante tu llamada de 1998, supongo.

Charlie se miró las puntas de los zapatos.

—Sí, exacto —dijo en voz contrita—. Pero no tenía ni idea de que la hubiese dejado al margen de la herencia de esta manera.

—Ray se lo dejó todo a la enfermera que le había cuidado desde que Edith se fue a la gran iglesia episcopaliana del cielo. Pobre mamá, siempre se quedaba sin nada.

—¿Cómo lograba llegar a final de mes?

—Tenía una pequeña pensión de la escuela. Además de la seguridad social... y ya está. Yo la quería ayudar, aunque, por supuesto, no me dejaba. Y podía permitírmelo.

—¿Sigues en la misma agencia?

—Qué remedio.

—Pero ahora eres ejecutiva senior, ¿verdad?

—Redactora de publicidad senior, nada más.

—Suena bastante bien.

—Me pagan bastante bien. De todos modos, en mi ramo se dice que un

redactor de publicidad feliz es una contradicción. En cualquier caso, me entretiene y me gana la vida. Ojalá mamá me hubiera dejado ayudarla, pero estaba empeñada en no querer nada de mí. Desde mi punto de vista, o bien organizaba partidas de canasta ilegales o tenía un negocio de chicas de tapadillo.

—¿Vas a vaciar el piso? —preguntó Charlie.

—No pienso mantenerlo como un museo, eso seguro. —Lo miré directamente, y le dije—: ¿Sabes que no te incluyó en su testamento?

—Bueno, no me sorprende.

—No es que haya mucho que heredar. Poco antes de morir me dijo que tenía un pequeño seguro de vida y unas acciones. Unos cincuenta mil como máximo. Lástima que no te pusieras en contacto con ella hace seis meses. Créeme, no tenía ganas de dejarte fuera, y estuvo esperando hasta el último momento que hicieras esa llamada. Cuando le dijeron que su cáncer era terminal, te escribió, ¿verdad?

—En la carta no mencionaba que se estuviera muriendo —dijo.

—Ah, eso habría cambiado las cosas, claro.

Otra de sus miradas esquivas por encima de mi hombro. Mi voz siguió siendo ecuánime.

—No contestaste a su carta, ni respondiste a los mensajes que te dejé cuando solo le quedaban unos días. Lo cual, qué quieres que te diga, fue una tontería, estratégicamente hablando. Porque de haber dado la cara en Nueva York, ahora te partirías esos cincuenta mil conmigo.

—Nunca habría aceptado mi parte...

—Sí, claro. Princesa habría insistido...

—No llames así a Holly.

—¿Por qué no? Es la lady Macbeth de la historia.

—Kate, me estoy esforzando por...

—¿Por hacer qué? ¿Curar las heridas? ¿Cerrar el asunto?

—Mira, mi problema nunca fue contigo.

—Qué ilusión. Lástima que mamá no esté para verlo. Siempre tuvo ideas románticas y anticuadas sobre personas que se reconcilian, y quizá volver a ver a sus nietos de la costa Oeste.

—Quería llamar...

—Quería no sirve. Quería no significa una mierda.

Mi voz había subido un decibelio o dos. De repente me di cuenta de que la sala se había vaciado. Charlie también se dio cuenta; me susurró:

—Por favor, Kate... No quiero volver a casa con tan mal...

—Charlie, ¿se puede saber qué esperabas? ¿Una reconciliación instantánea? ¿Un campo de sueños? Donde las dan las toman, chico.

Noté una mano firme en mi brazo. La tía Meg.

—Un buen sermón, Kate —dijo—. Estoy segura de que Charlie ha entendido tu punto de vista.

Respiré hondo para calmarme y asentí:

—Sí, me parece que sí.

—Charlie —dijo Meg—, ¿por qué no vas a la cocina a prepararte algo para beber?

Charlie hizo lo que le ordenaba. Meg había separado a los niños peleones.

—¿Estás bien ahora? —preguntó Meg.

—No —dije—. No estoy bien en absoluto.

Me acompañó al sofá. Se sentó a mi lado y me dijo, como si conspirara conmigo:

—Deja en paz al chico. He tenido una charla con él en la cocina. Al parecer ha tenido serios problemas.

—¿Qué problemas?

—Se quedó sin trabajo hace cuatro meses. Fitzgibbon fue absorbida por una multinacional holandesa y lo primero que hicieron fue echar a la mitad de los comerciales de California.

Fitzgibbon era el gigante farmacéutico en que había trabajado Charlie los últimos veinte años. Charlie había empezado como representante en San Fernando Valley y había ido ascendiendo hasta el cargo de director regional de ventas del condado de Orange. Y ahora...

—¿Hasta qué punto son graves sus problemas? —pregunté.

—Digamos que tuvo que pedir dinero prestado a un amigo para comprar el billete y venir.

—¡Por Dios!

—Y con dos hijos en la universidad. Económicamente hablando, las cosas están llegando a un punto crítico. Tiene el ánimo por los suelos.

De repente sentí una punzada de remordimiento. El muy tonto. Nada parecía salirle bien a Charlie. Tenía un instinto infalible para meter la pata.

—Por lo que deduzco, en relación, la parte conyugal tampoco está en buena forma. Porque Princesa no se está portando como una esposa muy comprensiva...

Meg dejó de hablar de repente y me dio un codazo rápido. Charlie había vuelto a la sala con la gabardina en la mano. Me puse de pie.

—¿Por qué llevas el abrigo? —le pregunté.

—Tengo que ir al aeropuerto.

—Pero si has llegado hace apenas dos horas.

—Mañana a primera hora tengo una cita importante —añadió tímidamente—. Una entrevista de trabajo. Acabo de perder el que tenía.

Capté la mirada de Meg implorándome no delatar que conociera el estado de desempleo de Charlie. Es sorprendente cómo la vida familiar es una telaraña creciente de pequeñas confidencias y peticiones de «por favor, no digas a tu hermano que te lo he dicho».

—Lo lamento, Charlie —dije—. Perdona lo que te he dicho antes. Tengo un mal día y...

Charlie me hizo callar inclinándose y dándome un rápido beso en la mejilla.

—Llámonos, ¿vale?

—Eso solo depende de ti, Charlie.

Mi hermano no respondió a este comentario. Se encogió de hombros tristemente y se fue hacia la puerta. Cuando llegó, se volvió hacia mí. Intercambiamos una mirada. Solo duró un microsegundo, pero lo decía todo: «Por favor, perdóname».

En aquel microsegundo, sentí una oleada de pena por mi hermano. Parecía tan abotargado y maltratado por la vida; tan atrapado en un rincón como un ciervo enfrentado a unos faros encendidos. La vida no había sido buena con él, y ahora irradiaba desilusión. Yo misma podía comprender su desilusión. Porque, si no fuera por la gloriosa excepción de mi hijo, yo no era

precisamente un anuncio ambulante de realización personal.

—Adiós, Katie —se despidió Charlie.

Abrió la puerta del piso. Le di la espalda y me dirigí al baño. Cuando salí, dos minutos después, me alegré al ver que ya se había ido.

Tanto como me alegré de ver que los demás empezaban a despedirse. Había un par de vecinos de mi madre y algunos amigos de toda la vida: mujeres cada vez más frágiles de más de setenta años, intentando charlar de minucias y parecer lo bastante animadas para no pensar demasiado en que, uno por uno, todos sus contemporáneos iban desapareciendo.

A las tres se habían ido todos excepto Meg y Rozella, la gruesa y alegre dominicana de mediana edad que había contratado, hacía dos años, para hacer la limpieza del piso de mamá dos veces por semana. Acabó haciendo de enfermera todo el día cuando mi madre se dio ella misma el alta de Sloan-Kettering.

—No pienso morirme en una habitación beige con lámparas fluorescentes —me dijo la mañana en que el oncólogo la informó de que su cáncer era terminal.

Me oí decir a mí misma:

—No te estás muriendo, mamá.

Me tendió una mano y dijo:

—No se puede luchar contra el que manda, cariño.

—El médico dijo que podía tardar meses...

Su voz siguió siendo tranquila y curiosamente serena:

—Al principio. Ahora mismo, yo diría que tres semanas a lo sumo. Lo que, francamente, es más de lo que esperaba...

—¿Por qué siempre, siempre, tienes que ver las cosas por el lado bueno, mamá? —«Dios mío, ¿qué estoy diciendo?» Le apreté con fuerza la mano—. No quería decir esto. Es que...

Ella me miró inquisitivamente.

—Nunca me has llegado a entender, ¿verdad? —preguntó.

Antes de que pudiera negarlo, aunque fuera débilmente, ella se incorporó y apretó el timbre que tenía junto a su cama.

—Le pediré a la enfermera que me ayude a vestirme y a guardar mis cosas.

Si no te importa esperar quince minutos...

—Yo te ayudaré a vestirte, mamá.

—No es necesario, cariño.

—Pero si quiero hacerlo.

—Ve a tomarte un café, anda. Me ayudará la enfermera.

—¿Por qué no me dejas...? —Sin darme cuenta, estaba hablando como una adolescente melindrosa.

Mi madre se limitó a sonreír, consciente de que me había ganado por jaque y mate.

—Sal un rato, hija. Pero no tardes más de quince minutos, porque si no me voy antes de mediodía, me cobrarán otro día por la habitación.

—¿Qué más da?

Le habría gritado: «El seguro pagará la factura». Pero sabía lo que me contestaría: «De todos modos no está bien aprovecharse de una compañía de seguros buena y fiable como esta». Y entonces yo me preguntaría —por enésima vez— por qué nunca podía ganarla en una discusión.

—Nunca me has llegado a entender, ¿verdad?

En cambio ella sí me conocía bien, maldita sea. Como siempre, daba en el blanco. Nunca la había entendido. Nunca había entendido cómo podía mantenerse tan ecuánime ante tantas desilusiones, tantas adversidades. Por las pocas pistas que había dejado —y por lo que me había contado Charlie cuando todavía hablábamos—, tenía la sensación de que su matrimonio no había sido demasiado feliz. Su esposo había muerto joven. No le había dejado dinero. Su único hijo se había apartado de la familia. Y su única hija era la personificación del descontento y no podía comprender por qué su madre no se pasaba el día gritando y protestando por las muchas decepciones de la vida. Ni por qué, al final de su vida, lo aceptaba todo con tanta tranquilidad y consideraba de mal gusto enfadarse por la proximidad de la muerte. Pero así había sido siempre su entereza. Nunca mostraba la mano, nunca ponía de manifiesto la tristeza inherente que evidentemente acechaba bajo su capa de estoicismo.

Pero no se equivocaba en el calendario de su enfermedad. No duró meses. Duró menos de dos semanas. Contraté a Rozella para que estuviera a su lado

las veinticuatro horas del día y me sentí culpable por no permanecer con ella todo ese tiempo. Pero me estaban volviendo loca en el trabajo con un nuevo cliente y tenía que cuidar de Ethan —como soy testaruda, no quería pedir favores a Matt. Así que solo podía pasar tres horas al día con mamá.

El final fue rápido. Rozella me despertó a las cuatro de la mañana el martes pasado y me dijo simplemente:

—Ven enseguida.

Por suerte tenía preparado un plan de urgencia para este momento con una nueva amiga llamada Christine, que vivía dos pisos más arriba en mi finca y era miembro del Club de Madres Divorciadas. Aunque Ethan protestó todo lo que pudo, lo saqué de la cama y se lo llevé a Christine, que lo puso a dormir inmediatamente en el sofá, se quedó con la ropa del niño y prometió dejarlo en Allan-Stevenson por la mañana.

Después bajé corriendo, le dije al portero que me buscara un taxi y le prometí al taxista una propina de cinco dólares si me dejaba en la esquina de la 84 con West End, al otro lado de la ciudad, en quince minutos.

Lo hizo en diez. Gracias a Dios, porque mamá murió cinco minutos después de que yo cruzara la puerta.

Encontré a Rozella a los pies de la cama, sollozando discretamente. Me abrazó y susurró:

—Está y no está.

Fue una amable manera de decir que había entrado en coma. Si he de ser sincera, para mí fue un alivio, porque en el fondo me aterrorizaba esta escena con mi madre moribunda. Tener que decir algo correcto y definitivo. Porque no hay nada correcto ni definitivo que decir. En todo caso ya no podía oírme, así que cualquier declaración melodramática de amor filial habría sido solo para mí. En un momento decisivo como este, las palabras no valen nada. Y no podían aliviar mi sensación de culpabilidad.

De modo que me senté en la cama y cogí la mano todavía caliente de mi madre, la apreté con fuerza e intenté recordar el primer recuerdo suyo, y de repente vi a una mujer joven y animada agarrándome la mano, a mis cuatro años, en el parque de juegos de Riverside Park, y pensé que no era un recuerdo significativo o crucial, simplemente algo corriente, y que entonces

ella era quince años más joven que yo ahora, y cómo olvidamos aquellos paseos por el parque, y las visitas de urgencia al pediatra con amigdalitis, y cuando me recogía en la escuela o pateábamos toda la ciudad para comprar zapatos o ropa o acudir a reuniones de las Girl Scouts, y todas las demás minucias que representan la paternidad, y cómo mi madre siempre estaba encima de mí, y cómo nunca fui capaz de darme cuenta, y cómo me molestaba necesitarla tanto, y deseaba poder hacerla feliz, y cómo, cuando tenía cuatro años, siempre se columpiaba conmigo, se sentaba en un columpio junto al mío y se columpiaba, y cómo, de repente, allí estábamos, madre e hija elevándonos hacia el cielo, un día de otoño de 1959 bajo un sol brillante, y yo estaba segura de mi mundo, de ser amada, y mi madre reía y...

Mi madre aspiró tres veces. Después se hizo el silencio. Tal vez siguiera allí quince minutos, agarrándole la mano, sintiendo el frío gradual en sus dedos. Al final, Rozella me obligó a levantarme, con suavidad, y me sostuvo. Ella tenía lágrimas en los ojos, yo no. Quizá estuviera demasiado paralizada para llorar.

Rozella se inclinó y le cerró los ojos a mi madre. Se santiguó y rezó un Ave María. Yo seguí un ritual diferente: fui a la sala, me serví una buena cantidad de whisky, me lo tragué, cogí el teléfono y marqué el 911.

—¿De qué urgencia se trata? —preguntó el telefonista.

—No es una urgencia —dije—. Solo es una muerte.

—¿Qué clase de muerte?

—Natural. —Pero podría haber añadido: «Una muerte muy tranquila. Digna. Estoica. Sin quejas».

Mi madre había muerto como había vivido.

Me quedé junto a la cama, escuchando cómo Rozella fregaba los platos del pisolabis. Hacía solo tres días mamá estaba allí. De repente recordé algo que me había dicho un tal Dave Schroeder. Era un periodista *freelance*, listo como el hambre, muy viajado, pero a los cuarenta años todavía se esforzaba por hacerse un nombre. Había salido con él un par de veces. Me dejó cuando me negué a acostarme con él en la segunda cita. Si hubiera esperado a la tercera, podría haber tenido suerte. Pero, en fin... me contó una buena anécdota: tras estar en Berlín la noche en que derrumbaron el muro, había

vuelto allí un año después y había descubierto que la monstruosa estructura —la muralla manchada de sangre que definía tan bien la Guerra Fría— había desaparecido totalmente de la vista. Incluso el famoso puesto de control Charlie se había desmantelado, y la vieja Misión Comercial búlgara del lado oriental del puesto había sido sustituida por una tienda de Benetton.

«Fue como si aquel hecho tan terrible, aquel hito crucial de la historia del siglo XX, no hubiera existido —había dicho Dave—. Y me dio en qué pensar: en el momento en que terminamos una discusión hacemos desaparecer el recuerdo de aquella discusión. Es un rasgo humano fundamental: sanear el pasado para seguir adelante.»

Volví a contemplar la cama de mi madre. Y recordé las sábanas manchadas, las almohadas sucias, la forma en que se aferraba al colchón hasta que la morfina la aliviaba. Ahora estaba pulcramente preparada, con las sábanas limpias y una colcha recién salida de la tintorería. La idea de que hubiera muerto allí mismo ya parecía surrealista, imposible. Dentro de una semana —cuando Rozella y yo hubiéramos vaciado el piso, y alguna organización de caridad se hubiera llevado los muebles que pensaba desechar — ¿qué prueba tangible quedaría del paso de mi madre por el planeta? Un puñado de posesiones materiales —su anillo de compromiso, un par de broches—, algunas fotografías y...

Nada más, exceptuando, claro, el lugar que siempre ocuparía en mi mente. Un lugar que ahora compartía con el padre que nunca conocí.

Y cuando Charlie y yo muramos... ping. Será el final de Dorothy y Jack Malone. Su impacto en la vida se borraría sin más. También mi huella permanecerá en Ethan. Mientras viva...

Me estremecí, y de repente sentí frío, y necesidad de otro escocés. Entré en la cocina. Rozella estaba ante el fregadero, terminando con los platos. Meg estaba sentada ante la mesita de fórmica de la cocina, con un cigarrillo en una salsera —mi madre no tenía ceniceros en casa— y una botella de escocés junto a un vaso medio lleno.

—No pongas esa cara —dijo Meg—. Me ofrecí a Rozella para ayudar.

—Estaba pensando más bien en el cigarrillo —apunté.

—A mí no me importa —terció Rozella.

—Mamá no soportaba el humo —dije.

Agarré una silla, me senté, cogí el paquete de Merits de Meg, saqué un cigarrillo y lo encendí. Meg me miró estupefacta.

—¿Debería llamar a Reuters? —preguntó—. ¿O a la CNN?

Me reí al mismo tiempo que exhalaba el humo.

—Me fumo un par al año. En ocasiones especiales. Como cuando Matt me dijo que se iba. O cuando mamá me llamó en abril para decirme que tenía que ir al hospital a hacerse unas pruebas, pero estaba segura de que no sería nada...

Meg me sirvió un whisky generoso y empujó el vaso hacia mí.

—De un trago, hija.

Obedecí.

—¿Por qué no se va con su tía? —apuntó Rozella—. Ya termino yo.

—Me quedaré —dije.

—Vaya tontería —dijo Meg—. Además, ayer me llegó el cheque de la pensión y me siento eufórica y con ganas de atiborrarme de colesterol... Un filete, por ejemplo. ¿Quieres que reserve mesa en Smith y Wollensky? ¿Has probado los martinis que sirven allí? Son del tamaño de una pecera.

—Ahórrate el dinero. Me quedo aquí a pasar la noche.

Meg y Rozella intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Qué quieres decir con «pasar la noche»? —preguntó Meg.

—Que pienso dormir aquí esta noche.

—No debería hacerlo —dijo Rozella.

—He aquí la afirmación más moderada del año —añadió Meg.

—Estoy decidida. Me quedo a dormir.

—Pues si tú te quedas, yo también —dijo Meg.

—No, ni hablar. Quiero estar sola.

—Eso es una tontería —dijo Meg.

—Escuche a su tía, por favor —intervino Rozella—. Estar aquí sola esta noche... no es una buena idea.

—Me las arreglaré.

—No estés tan segura —dijo Meg.

Pero no pensaba dejarme convencer. Pagué a Rozella (no quería aceptar

una propina, pero le metí un billete de cien dólares en la mano y no le permití que me lo devolviera), y finalmente conseguí levantar a la tía Meg de la mesa de la cocina hacia las cinco. Las dos estábamos un poco achispadas porque habíamos hecho un mano a mano con el escocés... y había perdido la cuenta después del cuarto.

—Sabes qué te digo, Katie —dijo, mientras la ayudaba a ponerse el abrigo—, creo que eres una masoquista.

—Gracias por ser tan comprensiva con mis fallos.

—Ya sabes de qué te hablo. Lo último que deberías hacer esta noche es quedarte sola en el piso de tu madre muerta. Pero eso es precisamente lo que vas a hacer. Y no sé qué pensar.

—Solo quiero estar un rato sola. Aquí. Antes de que vacíe el piso. ¿No puedes entenderlo?

—Claro que sí. También entiendo la flagelación.

—Hablas igual que Matt. Siempre decía que soy una experta en infelicidad.

—A hacer puñetas ese trepa infame. Sobre todo teniendo en cuenta que él ha demostrado bastante experiencia en crear infelicidad.

—A lo mejor tiene razón. Siempre pienso...

Perdí el hilo, no demasiado deseosa de acabar la frase. Pero Meg insistió:

—Anda, dilo.

—No lo sé. A veces pienso que lo hago todo al revés.

Meg miró al techo con desesperación.

—Bienvenida a la raza humana, cariño.

—Tú ya me entiendes.

—No... La verdad es que no. Eres muy buena en tu campo, tienes un chico estupendo...

—El mejor.

Meg se mordió el labio y una momentánea expresión de tristeza cruzó su rostro. Aunque casi nunca hablaba de ello, yo sabía que no haber tenido hijos siempre había sido un inconfesado motivo de aflicción para ella. Y recordé lo que me había dicho cuando me quedé embarazada:

—Créeme. Aunque nunca me haya comprometido del todo, nunca me han

faltado los hombres. Y la inmensa mayoría de ellos no sirven para nada, son unos idiotas sin agallas que corren como desesperados cuando descubren que eres una mujer independiente. De hecho, lo único bueno que puede darte un hombre es un hijo.

—Entonces, ¿por qué no tuviste ninguno?

—Porque en los años cincuenta y sesenta, cuando podría haberlo hecho, la idea de una familia monoparental era tan socialmente aceptable como apoyar el programa espacial ruso. Una madre soltera era automáticamente una descastada, y yo no tenía agallas para enfrentarme a eso. Supongo que en el fondo soy una cobarde.

—Creo que lo último que pensaría de ti es que eres una cobarde. La verdad es que, pensándolo bien, la cobarde de la familia soy yo...

—Te has casado. Vas a tener un hijo. En mi opinión, eres valiente.

Después de esto cambió de conversación. Nunca más hablamos de su falta de hijos. En realidad, los únicos momentos en que bajaba la guardia sobre el tema eran como este, cuando la mención de Ethan desencadenaba un instante de tristeza, que se desvanecía en un segundo neoyorquino.

—Sí, señora, es el mejor —dijo—. Y, vale, el matrimonio te dejó hecha polvo. Pero mira lo que has sacado de él.

—Ya lo sé...

—Entonces, ¿por qué lo ves todo tan negro?

Porque... oh, señor... No sé cómo empezar a explicar estas emociones, tan ambiguas pero tan avasalladoras, una frustración difusa contigo misma y con el lugar donde te ha tocado vivir.

Pero estaba demasiado cansada —o demasiado bebida— para entrar en el tema. Me limité a asentir con la cabeza y decir:

—Tienes razón, Meg.

—Lástima que tu madre no fuera católica. Serías una penitente estupenda.

La acompañé abajo. Al cruzar el vestíbulo, Meg me cogió del brazo y se apoyó en mí. El portero llamó un taxi. Abrió la puerta y yo ayudé a Meg a subir.

—Espero que ese escocés te deje fuera de combate —dijo—, porque no me hace ninguna gracia que estés allí sola, cavilando, cavilando, cavilando...

—No hay nada malo en pensar.

—Es peligroso para tu salud. —Me apretó la mano.— Llámame mañana... cuando salgas de la «zona gris». ¿Prometido?

—Sí, te lo prometo.

Me miró a los ojos.

—Eres mi niña —dijo.

Volví arriba. Creo que me quedé un minuto frente a la puerta del piso antes de recuperar el valor. Después entré.

Dentro, el silencio era apabullante. Mi primer pensamiento fue: «Sal corriendo». Pero me obligué a entrar en la cocina y ordenar los últimos platos. Fregué la mesa de fórmica un par de veces, y después repasé todas las superficies de la cocina. Encontré un producto de limpieza y le di un buen repaso al fregadero. Luego, con un aerosol para el polvo, froté todos los muebles del piso. Entré en el cuarto de baño e intenté no fijarme en el papel pintado despegado y las grandes manchas de humedad del techo. Cogí el cepillo del inodoro y me puse manos a la obra. Después pasé a la bañera y la froté durante unos buenos quince minutos, pero no pude quitar las manchas incrustadas de óxido alrededor del desagüe. El fregadero estaba aún más oxidado. Debía llevar otro cuarto de hora fregando como una loca... sin pensar que llevaba puesto el traje negro y caro —un conjunto de Armani, carísimo y absurdamente chic, que me había regalado Matt hacía cinco años por Navidad, y que después supe que fue porque se había sentido culpable, ya que la «sorpresa número dos» me la dio Matt el 2 de enero al anunciarme que estaba enamorado de una tal Blair Bentley, y había decidido poner fin a nuestro matrimonio de inmediato.

Finalmente, me cansé del papel de fregona y me apoyé en el fregadero, con la blusa blanca mojada y la cara perlada de sudor. En el piso de mi madre la calefacción siempre estaba puesta como una sauna, y de repente sentí la necesidad de ducharme. Abrí el armario del baño para ver qué jabones y champús podía utilizar. Me encontré frente a diez frascos de Valium, una docena de dosis de morfina, bolsas de agujas hipodérmicas, cajas de enemas y el largo y delgado catéter que Rozella tenía que insertar en la uretra de mi madre para extraerle la orina. Después me fijé en los paquetes de pañales para

adultos escondidos en un rincón de su tocador, sobre un plástico protector para la cama. Me puse a pensar en que alguien, en algún lugar, fabrica y comercializa todo aquello. Y, vaya, seguro que el valor de las acciones siempre está en alza. Porque, si una cosa es segura en la vida es esta: si vives lo suficiente, acabarás con un pañal. Incluso si no tienes tanta suerte y, pongamos por caso, contraes un cáncer de útero a los cuarenta, lo más probable es que, en los últimos días de tu drama terminal, también acabes con un pañal. Y...

Sin darme cuenta estaba haciendo lo que había jurado durante todo el día que no haría.

No recuerdo cuánto rato lloré, no podía con mi alma. Mis frenos emocionales se habían liberado por fin. Me había rendido al ímpetu sin control de la aflicción. Un diluvio inacabable de angustia y culpabilidad. La angustia, porque ahora estaba yo sola en aquel mundo grande y desagradable. Y la culpabilidad, porque había pasado la mayor parte de mi vida adulta intentando esquivar los achuchones de mi madre. Ahora que la había esquivado para siempre, no comprendía qué pasaba entre nosotras dos.

Me agarré con fuerza al lavabo. Sentía el estómago revuelto. Caí de rodillas y alcancé la taza justo a tiempo. Escocés. Más escocés. Y un exceso de bilis.

Me puse de pie tambaleante, con un hilo marrón de saliva resbalando desde los labios hasta el único traje negro bueno que tenía. Volví al lavabo, abrí el grifo del agua fría y me enjuagué la boca. Cogí una botella de elixir del tocador, de una marca que solo compran las señoras mayores, le quité el tapón de plástico, me puse en la boca medio vaso de aquel líquido astringente con sabor a canela para hacer gárgaras, me volví a enjuagar bien y lo escupí en el lavabo. Después me metí en el dormitorio, dejando la ropa por el camino.

Cuando llegué a la cama de mi madre, solo llevaba el sostén y las medias. Busqué en la cómoda una camiseta, pero enseguida me acordé de que mi madre no era precisamente una cliente de Gap. Me conformé con un jersey viejo de color crema y cuello marinero, muy de la cosecha del partido Harvard-Yale de otoño del 42. Me quité la ropa interior y me puse el jersey,

tirando de él hasta taparme las rodillas. De su interior cayeron bolas de naftalina y la lana picaba, pero me daba igual. Aparté la colcha y me metí en la cama. A pesar de la calefacción tipo Florida del piso, las sábanas me parecieron atterradoramente frías. Agarré una almohada y la apreté contra mí, como si fuera la única cosa del mundo que pudiera servirme de lastre.

De repente, sentí la imperiosa necesidad de abrazar a mi hijo. De repente, me eché a llorar. De repente, me sentí como una niña perdida. De repente, me odié a mí misma por aquel acceso de autocompasión. De repente, no comprendí por qué la habitación empezaba a inclinarse y a balancearse como un barco en un mar agitado. De repente, me quedé dormida.

Entonces sonó el teléfono.

Tardé un momento en despertarme. La luz de la mesita seguía encendida. Miré el viejo reloj digital, junto a la cama, tan de los setenta que los números pasaban mecánicamente, como hojas. Las nueve y cuarenta y ocho de la noche. Había dormido tres horas, más o menos. Levanté el teléfono. Conseguí murmurar:

—Dígame.

Pero mi voz era tan densa —como era profundo el sueño— que debía parecer semicomatosa. Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Entonces oí una voz de mujer.

—Perdone, me he equivocado de número.

Y se cortó la comunicación. Colgué. Apagué la luz. Me tapé la cabeza con las sábanas. Y decidí dar por terminado aquel día horrible.

3

Me desperté a las seis. Durante unos diez segundos, me sentí raramente eufórica. Porque, por primera vez en cinco meses, había dormido ocho horas seguidas. Pero después todo volvió de golpe. Y me pregunté qué desaliento desquiciado por el dolor me había hecho desear quedarme a pasar la noche en la cama de mi madre.

Me levanté, fui como pude al baño, me miré un momento en el espejo y decidí no volver a cometer aquel error. Hice pis, me mojé la cara con agua fría e hice gárgaras con el elixir: tres abluciones básicas que me permitieron salir del piso sin sentirme como un desecho total.

Mi traje apestaba a vómito. Al vestirme, intenté no fijarme en el olor y en su mal estado general. Hice la cama, cogí el abrigo, apagué todas las luces y cerré la puerta al salir. Meg tenía razón: era masoquista. Decidí que la próxima vez que entrara en aquel piso sería para recogerlo todo.

Por suerte, como era tan temprano no tropecé con ninguno de los vecinos de mamá en el ascensor ni en el vestíbulo. Fue un alivio, porque no creo que hubiera podido soportar ninguna expresión sincera de pésame más —también me preocupaba que pudieran pensar que iba a presentarme a una audición para un *remake* femenino de *Días sin huella*³. El portero de noche, apoltronado en un sillón junto a una chimenea falsa con estufa eléctrica, ni siquiera me vio cuando pasé como una exhalación por su lado. Vi pasar al menos dos docenas de taxis vacíos por la avenida West End. Paré uno, di mi dirección al taxista y me aposenté en el asiento de atrás.

. El portero de noche, apoltronado en un sillón junto a una chimenea falsa con estufa eléctrica, ni siquiera me vio cuando pasé como una exhalación por su lado. Vi pasar al menos dos docenas de taxis vacíos por la avenida West End. Paré uno, di mi dirección al taxista y me aposenté en el asiento de atrás.

. El portero de noche, apoltronado en un sillón junto a una chimenea falsa con estufa eléctrica, ni siquiera me vio cuando pasé como una exhalación por su lado. Vi pasar al menos dos docenas de taxis vacíos por la avenida West End. Paré uno, di mi dirección al taxista y me aposenté en el asiento de atrás.

Incluso para una decepcionada nativa como yo, hay algo maravilloso en el amanecer de Manhattan. Tal vez sea por lo vacío de las calles. O la coincidencia de farolas encendidas y luz solar incipiente. Es todo tan incierto, tan profundo. Los frenéticos ritmos de la ciudad están temporalmente paralizados. Se tiene una sensación de equívoco y expectativa. Al amanecer, nada parece seguro... y sin embargo todo parece posible.

Pero, al final, la noche se desvanece. Manhattan empieza a gritar a pleno pulmón. La realidad duele. Porque con la cruda luz del día, las posibilidades se esfuman.

Vivo en la Calle 74 entre las avenidas Segunda y Tercera. Es una vivienda fea, un edificio de ladrillo blanco, del tipo que se construía en los años sesenta, y que ahora definen tristemente el soso paisaje urbano del Upper East Side entre la Tercera y el río. Yo, que soy una chica del West Side —nacida y criada allí—, siempre he considerado que esta parte de la ciudad era un equivalente urbano al helado de vainilla: soso, insípido y sin nervio. Antes de casarme, viví varios años en la Calle 106 con Broadway, que lo era todo menos monótono. Me encantaba el revoltillo exuberante del barrio —las tiendas de ultramarinos haitianas, las bodegas portorriqueñas, los viejos *delis*⁴ judíos, las estupendas librerías cercanas a la Universidad de Columbia, el West End Café, que no cobraba entrada ni consumición mínima. Mi piso —absurdamente barato— era diminuto. Y Matt tenía un piso de renta limitada de dos habitaciones en la Calle 74 Este, donde años atrás vivía su familia (se había quedado con él tras la muerte de su abuelo). Era un robo de 1.600 dólares al mes, pero sin duda más espacioso que mi celda de soltera en Junglalandia.

judíos, las estupendas librerías cercanas a la Universidad de Columbia, el West End Café, que no cobraba entrada ni consumición mínima. Mi piso —absurdamente barato— era diminuto. Y Matt tenía un piso de renta limitada de dos habitaciones en la Calle 74 Este, donde años atrás vivía su familia (se había quedado con él tras la muerte de su abuelo). Era un robo de 1.600 dólares al mes, pero sin duda más espacioso que mi celda de soltera en Junglalandia.

judíos, las estupendas librerías cercanas a la Universidad de Columbia, el West End Café, que no cobraba entrada ni consumición mínima. Mi piso —absurdamente barato— era diminuto. Y Matt tenía un piso de renta limitada de dos habitaciones en la Calle 74 Este, donde años atrás vivía su familia (se había quedado con él tras la muerte de su abuelo). Era un robo de 1.600 dólares al mes, pero sin duda más espacioso que mi celda de soltera en Junglalandia.

A ninguno de los dos nos gustaba el piso. A Matt menos que a mí, porque a él le avergonzaba vivir en un lugar tan fuera de onda, y siempre me decía que nos mudaríamos a Flatiron District o a Gramercy Park en cuanto dejara su mal pagado empleo en la PBS y le dieran un puesto de productor senior en la NBC.

Pues bien, le dieron el gran puesto en la NBC. También consiguió su piso en Flatiron, pero con la presentadora rubia y re peinada, Blair Bentley. Y yo me quedé con el odiado piso de renta limitada de la Calle 74, que ahora no puedo dejar, porque es muy barato —tengo amigos con hijos que no encuentran un piso de dos habitaciones en Astoria por 1.600 dólares al mes.

Constantine, el portero de día, estaba en su sitio cuando salí del taxi. Era un emigrante griego de primera generación, de unos sesenta años, que seguía viviendo con su madre en Astoria, y a quien no gustaba nada la idea de una mujer divorciada con hijos... sobre todo si es una vulgar arpía que tiene que salir a trabajar para ganarse la vida. También tenía tendencia a comportarse como un chivato, controlando a todo el mundo y haciendo la clase de preguntas indirectas que te hacen comprender que no te pierde de vista. Me desanimé cuando me abrió la puerta del taxi. Era evidente que sentía curiosidad por mi estado desastroso.

—¿Una noche larga, señorita Malone? —preguntó.

—No, me he levantado temprano.

—¿Cómo está el hombrecillo?

—Estupendamente.

—¿Durmiendo arriba?

Sí, claro. Ha estado solo toda la noche, jugando con mi colección de cuchillos de caza, a la vez que repasaba mi amplia selección de vídeos

sadomaso.

—No, se ha quedado con su padre esta noche.

—Salude a Matt de mi parte, señorita Malone.

Oh, gracias. Ya he pillado el énfasis con que has pronunciado el «señorita».

Tú te pierdes el aguinaldo de Navidad, *malacca* (el único insulto en griego que conozco).

Subí al cuarto piso en ascensor. Abrí los tres cerrojos de mi puerta. El piso estaba apabullantemente silencioso. Fui a la habitación de Ethan. Me senté en su cama. Acaricié la funda de almohada de los Power Rangers (de acuerdo, creo que los Power Rangers son una estupidez, pero quién es el guapo que discute de estética con un niño de siete años). Miré todos los regalos que su padre le había hecho últimamente (un ordenador Mac, docenas de CD-Rom, patines de última generación). Miré todos los regalos que por la misma razón, me sentía culpable, le había hecho yo últimamente (un Godzilla andante, un juego completo de figuras de los Power Rangers, dos docenas de rompecabezas). Sentí una punzada de tristeza. Cuántas tonterías, cuántas porquerías, solo para aliviar el remordimiento paterno. El mismo remordimiento que siento cuando —dos o tres veces a la semana— tengo que quedarme hasta tarde en el despacho o salir a una cena de trabajo y recurrir a Claire (la canguro australiana que recoge a Ethan en la escuela y se queda con él hasta que llego a casa) para pedirle que se quede. Aunque Ethan se queja pocas veces de mis ausencias nocturnas, siempre me siento en deuda con él... y no puedo evitar la sensación de que si Ethan se convierte en un sociópata (o se cuelga del crack a los diecisiete años) será por esas noches en que trabajo hasta tarde. Trabajando, todo hay que decirlo, para pagar el alquiler, para pagar mi mitad de su manutención, para pagar las facturas... y (también hay que decirlo) dar un poco de definición y sentido a mi vida. Está claro para mí que en estos tiempos las mujeres tienen las de perder. Te hacen la vida imposible todos esos «valores familiares» posfeministas de que «los niños necesitan a su madre en casa». Y encima tienes el ejemplo deprimente de algunos miembros de tu generación que han decidido jugar a ser mamás en los suburbios y se están volviendo locas en silencio.

Cuando eres una madre divorciada que trabaja, tienes una culpabilidad estereofónica... no solo no estás en casa cuando tu hijo vuelve de la escuela, sino que temes socavar su seguridad. Todavía recuerdo los ojos muy abiertos y desconcertados de Ethan, su terror, cuando, hace cinco años, intenté explicarle que su papá viviría en otro sitio a partir de entonces.

Miré el reloj. Las seis y cuarenta y ocho. Sentí la tentación de coger un taxi e ir a casa de Matt. Pero en ese momento me vi deambulando como una acosadora chiflada frente a la casa de Matt, esperando a que salieran. También me daba miedo encontrarme con ella, y quizá perder mi tan proclamada serenidad (¡ja!). Además, a Ethan podría confundirle verme ante la casa de su padre y podría pensar (como ha insinuado en varias ocasiones) que mamá y papá volvían a estar juntos. Algo que nunca sucederá. Jamás.

Así que entré en mi dormitorio, me quité el asqueroso traje y tomé una ducha muy caliente de unos diez minutos. Después me puse un albornoz, me envolví el pelo en una toalla y fui a la cocina a preparar café. Mientras esperaba que hirviera el agua, rebobiné el contestador y escuché los mensajes acumulados del día anterior.

Había nueve en total, cinco de amigos y compañeros de trabajo, dándome el pésame y terminando con la frase de rigor que se dice a las personas que pasan un mal momento: «Si puedo hacer algo por ti». Y aunque fuera pura fórmula, seguía siendo consolador. Había un mensaje de Matt, a las ocho y media de la noche anterior, diciendo que Ethan estaba bien, que habían pasado un día estupendo, y ya estaba acostado, y... «si puedo hacer algo por ti».

Es demasiado tarde para esto. Demasiado tarde.

Evidentemente había un mensaje de mi tía. Era típico de Meg.

«Hola, soy yo, pensaba que habrías recuperado la razón y habrías vuelto a casa. Me equivocaba. Pues no voy a molestarte en casa de tu madre, porque a) podrías arrancarme la oreja, y b) seguramente quieres que te dejen en paz. Pero si has decidido que ya tienes bastante castigo por esta noche y vuelves a casa, llámame... siempre y cuando sea una hora razonable. Que para mí es antes de las tres de la madrugada. Te quiero, cariño. Da un beso a Ethan de mi parte. Y no dejes de tomar la medicina.»

La medicina para Meg era sinónimo de whisky.

Finalmente, había dos llamadas de alguien que no había dejado mensaje. La primera —según el contestador, que registra la hora de la llamada electrónicamente— a las seis y ocho minutos, y la segunda a las nueve y cuarenta y cuatro. Las dos se destacaban por un angustioso silencio..., la persona que llamaba estaba decidiendo si quería decir algo o no. No soporto que la gente haga eso. Porque me hace sentir vulnerable y me asusta. Me siento muy sola.

El hervidor empezó a silbar. Apagué el fuego, cogí la cafetera y un tarro de café extrafuerte recién molido, y eché suficiente para siete tazas. Añadí el agua hirviendo y bajé el émbolo. Me serví una taza grande. Me la bebí rápidamente. Me serví otra taza. Después de otro sorbo ardiente de café — tengo la boca forrada de amianto— y una rápida mirada al reloj —las siete y doce minutos— decidí que podía llamar a casa de Matt.

—¿Diga...?

La voz que contestó parecía medio dormida y era de mujer. Ella.

—Hola... —dije, con bastante indecisión—. ¿Está Ethan?

—¿Ethan? ¿Quién es Ethan?

—¿Quién crees que es Ethan?

Esto la despertó.

—Perdona, perdona, perdona. Ethan. Claro que sé...

—¿Puedo hablar con él?

—¿Todavía está aquí? —preguntó.

—Pues yo no puedo contestarte —dije—, porque no estoy allí.

Ahora parecía del todo aturdida.

—Voy a ver... ¿Eres tú, Kate?

—La misma.

—Sabes, quería escribirte una nota... pero ya que estoy hablando contigo, quería decirte que...

Corta el rollo, pesada.

—Bueno..., que siento mucho lo de tu madre.

—Gracias.

—Y, bueno, que si puedo hacer algo por ti...

—Dile a Ethan que se ponga, por favor.

—Claro, claro.

Oí que Ella susurraba algo. Entonces Matt cogió el teléfono.

—Hola, Kate. ¿Cómo te fue ayer?

—De maravilla. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

—Ya sabes a qué me refiero.

Tomé un poco más de café.

—Se pudo aguantar. ¿Puedo hablar con Ethan, por favor?

—Claro —dijo él—. Está aquí al lado.

Oí que Matt le pasaba el teléfono.

—Hola, mi amor —dije.

—Hola, mamá —contestó Ethan como si estuviera medio dormido.

Me animé enseguida. Para mí, Ethan es Prozac instantáneo.

—¿Cómo va todo, hijo?

—La película Imax me gustó mucho. Había unos que subían una montaña y se ponía a nevar y lo pasaban muy mal.

—¿Cómo se llamaba la montaña que subían?

—Ya no me acuerdo.

Me reí.

—Y después del cine fuimos a la tienda de juguetes.

Faltaría más.

—¿Qué te compró papá?

—Un CD-Rom de los Power Rangers.

Pues qué bien.

—Y una nave espacial de Lego. Después fuimos a la televisión.

Maravilloso. Lo que me faltaba por oír.

—... y vimos a Blair. Y ella nos dejó entrar en la sala donde hablan con las cámaras. Y la vimos en la televisión.

—Veo que lo pasaste en grande.

—Blair era una pasada. Y después fuimos todos a un restaurante. Al del World Trade Center. Se puede ver toda la ciudad de noche. Y pasó un helicóptero. Y vino mucha gente a nuestra mesa a pedirle un autógrafo a Blair...

—¿Me echas de menos, cariño? —dije, sin más.

—Claro, mamá —dijo, un poco desinflado.

Y yo me sentí como una idiota desesperada.

—Te quiero, Ethan.

—Adiós, mamá —acabó diciendo, y colgó.

Idiota, idiota, idiota. Nunca has de esperar que un niño te haga sentir necesaria.

Me quedé un rato junto al teléfono, haciendo un esfuerzo para no perder el control —ya había habido bastante de esto en las últimas veinticuatro horas. Cuando me sentí un poco mejor, volví a llenarme la taza de café, entré en el salón y me dejé caer en el amplio y cómodo sofá, la última compra doméstica importante que hicimos Matt y yo antes de su espectacular huida.

Pero no se había esfumado del todo de mi vida. Ese es el problema. De no haber tenido a Ethan, la ruptura habría sido más fácil. Porque —después de un periodo inicial de angustia, dolor, pena y duelo— podría haberme consolado con el hecho de no tener que volver a verle nunca más.

Pero Ethan significa que, tanto si me gusta como si no, tenemos que continuar interactuando, coexistiendo, reconociendo mutuamente nuestra presencia (o que sea). Como dijo Matt durante el proceso de intercambio de opiniones previo al divorcio, conocido como «mediación»: «Por el bien de todos, tenemos que establecer una pequeña tregua entre nosotros». Y la tregua se había establecido. Cinco años después de los hechos, ya hacía tiempo que habíamos dejado de gritarnos. Nos tratábamos de una forma (más o menos) correcta. Yo había decidido que el matrimonio había sido, desde el principio, un gran error. Pero, a pesar de mis esfuerzos por «clausurarlo», la herida seguía abierta.

Cuando se lo mencioné hacía poco a Meg en una de nuestras cenas semanales repletas de alcohol, ella me dijo: «Cariño, puedes repetirme tantas veces como quieras que no era el hombre adecuado para ti, y que todo fue una gran metedura de pata. Pero la realidad es que nunca lo superarás del todo. Es demasiado grande, tiene demasiadas consecuencias. El dolor siempre estará ahí. Es una de las muchas cosas malas de la vida: que se convierta en una acumulación de aflicciones, pequeñas y grandes. Pero los

supervivientes —y sin duda tú entras en esta categoría— aprenden a vivir con esta aflicción. Nos guste o no, la aflicción tiene su interés, y es esencial. Porque da su importancia real a las cosas. Y es la razón por la que Dios inventó el alcohol».

Meg es única para describir una forma de ver la vida alegremente católico-irlandesa.

«Por el bien de todos, tenemos que establecer una tregua entre nosotros.»

Sí, Matt, estoy de acuerdo. Pero después de tanto tiempo sigo sin saber cómo hacerlo. Siempre que estoy sentada en este salón, pienso que las cosas son muy azarosas. Por ejemplo la decoración de este piso. Un sofá grande y lleno de cojines, con la tapicería de color crema (creo que el nombre exacto del color es capuchino). Dos sillones a juego, un par de elegantes lámparas de pie italianas y una mesita baja de centro con una serie de revistas encima de su superficie de madera de haya. Dedicamos un montón de tiempo a elegir los muebles. Igual que discutimos sobre el suelo de madera de haya que finalmente instalamos en esta habitación. Y sobre los muebles de acero gris de la cocina que elegimos en el Ikea de Jersey City (sí, nos tomábamos tan en serio la vida que creíamos que íbamos a vivir juntos que llegamos a ir a Nueva Jersey para elegir una cocina). Y la alfombra tejida, de color avena, que sustituyó a la horrible alfombra de color aguamarina que tenía su abuelo. Y la cama con dosel, que nos costó 3.200 dólares.

Por eso la visión del salón sigue asombrándome. Porque es un testamento de mucha discusión racional sobre algo llamado «un futuro común», aunque, en el fondo, las personas involucradas no creyeran en él. Simplemente nos encontramos en una coyuntura y un momento en que los dos deseábamos un compromiso. Y nos autoconvencimos enseguida de que éramos compatibles, de que podíamos ensamblarnos.

Es extraordinario cómo puedes meterte en situaciones que sabes perfectamente que no pueden durar. Pero la necesidad puede hacer que casi todo parezca bien.

Sonó el teléfono interior, interrumpiendo mis pensamientos. Salté del sofá, fui a la cocina y contesté.

—Hola, señorita Malone.

—¿Sí, Constantine?

—Ha llegado una carta para usted.

—Creía que el correo no llegaba hasta las once.

—No es una carta normal... Es una carta entregada en mano.

—¿Qué quiere decir entregada en mano?

—Quiero decir una carta que trajeron personalmente.

¡Ag!

—Eso ya lo he entendido, Constantine. Lo que quiero saber es cuándo la han entregado y quién.

—¿Cuándo la han entregado? Hace cinco minutos.

Miré el reloj. Las siete y treinta y seis. ¿Quién manda un mensajero con una carta a estas horas de la mañana?

—¿Y quién la ha traído, Constantine?

—No lo sé. Ha llegado un taxi, una mujer ha bajado la ventanilla, ha preguntado si usted vivía aquí, le he dicho que sí, y me ha dado la carta.

—¿O sea que ha sido una mujer?

—Exacto.

—¿Cómo era la mujer?

—No lo sé.

—¿No la ha visto?

—Iba en un taxi.

—Pero el taxi tiene ventanilla.

—Había un reflejo.

—Pero algo habrá visto...

—Mire, señorita Malone, he visto lo que he visto, que es nada, ¿entendido?

—Vale, vale —dije, cansada de aquel diálogo de besugos—. Súbame la carta.

Fui al dormitorio, me puse unos vaqueros y una camiseta y me pasé un cepillo por el pelo enredado. Sonó el timbre, pero cuando abrí la puerta —dejando la cadena puesta al estilo paranoico neoyorquino—, no había nadie. Solo un sobre en el suelo.

Lo recogí y cerré la puerta. El sobre era de tamaño postal y el papel de buena calidad. Un papel azul grisáceo con una textura rugosa que lo hacía

agradable al tacto. Mi nombre y mi dirección estaban escritos en la parte delantera. La caligrafía era pequeña y pulcra. Habían escrito «Entregar en mano» en la esquina superior derecha del sobre.

Abrí el sobre con cuidado. Al levantar la solapa, vi la parte superior de una tarjeta con una dirección impresa:

346 Calle 77 Oeste
Apt. 2 B
Nueva York, Nueva York 10024
(212) 555.0745

Lo primero que pensé fue que era cerca de casa. Entonces saqué la tarjeta. Estaba escrita con la misma letra pulcra y controlada. Estaba fechada el día anterior y decía:

Querida señorita Malone:

Me entristeció mucho enterarme de la muerte de su madre por el *New York Times*.

Hace años que no nos vemos personalmente, pero yo la conocí cuando era niña, así como conocía a sus padres en aquella época... Por desgracia, perdimos el contacto después de la muerte de su padre.

Quería darle mi más sentido pésame en este difícil momento, y decirle que estoy segura de que alguien la cuida... como él lo ha hecho durante estos años.

Atentamente suya,
SARA SMYTHE

Volví a leer la carta. Y luego otra vez. ¿Sara Smythe? No me sonaba de nada. Pero lo que realmente me llamaba la atención era la frase «alguien la cuida... como él lo ha hecho durante estos años».

—Una pregunta —dijo Meg al cabo de una hora cuando la desperté para leerle la carta—. ¿Ha escrito él con mayúscula?

—No —contesté—. En minúscula.

—Entonces no se trata de una fanática religiosa. Con mayúsculas se referiría a Dios. Al Todopoderoso. El Alfa y Omega. Laurel y Hardy.

—¿Estás segura de que nunca oíste mencionar a mamá a Sara Smythe o a papá?

—Bueno, no era mi matrimonio, y no me presentaban a todos sus

conocidos. No creo que ni tu padre ni tu madre llegaran a conocer a Karoli Kielsowski.

—¿Quién era Karoli...? ¿Cómo se pronuncia este nombre?

—Kielsowski. Era un músico de jazz polaco que me ligué una noche de noviembre de 1951 en Birdland. Un desastre en la cama, pero un buen compañero, y no tocaba mal el saxo.

—No entiendo nada...

—Lo que intento decirte es que tu padre y yo nos llevábamos bien, pero no nos lo contábamos todo. No me sorprendería que esta tal Sara Smythe fuera una de sus mejores amigas. Pero todo esto sucedió hace cuarenta y cinco años...

—Vale, entendido. Pero lo que no entiendo es por qué ha dejado la carta en persona en mi casa. ¿Cómo sabe dónde vivo?

—Sales en la guía, ¿no?

—Sí.

—Pues ya está contestado. Y el porqué la ha traído a mano... no lo sé. Quizá vio el anuncio del funeral de ayer en el *Times*, se dio cuenta de que se lo había perdido, no quería que su nota de pésame llegara muy tarde y decidió traerla camino del trabajo.

—¿No te parece que son muchas coincidencias?

—Oye, me has pedido una hipótesis y te he dado una.

—¿Crees que exagero?

—Creo que estás comprensiblemente cansada y sensible. Y estás sacando de contexto esta tarjeta totalmente inocua. Pero, vaya, si necesitas saber más, llámala. Su número está en la tarjeta, ¿no?

—No tengo ganas de llamarla.

—Pues no la llames. Ahora que lo pienso, prométeme que no volverás a pasar otra noche sola en el piso de tu madre.

—Ya había decidido no hacerlo.

—Me alegro. Porque empezaba a preocuparme que te convirtieras en un personaje chiflado a lo Tennessee Williams. Probándote el vestido de novia de tu madre. Bebiendo bourbon a solas y diciendo cosas como: «Se llamaba Beauregard y era el hombre casado que me rompió el corazón...». —Se

interrumpió de golpe.— Oh, cariño —dijo— soy una bocazas.

—No te preocupes —contesté.

—A veces no sé cuándo he de callar.

—Es típico de la familia Malone.

—No sabes cuánto lo siento, Katie...

—Ya está bien. Está todo olvidado.

—Voy a hacer tres actos de contricción.

—Como gustes. Te llamo luego, ¿vale?

Me serví otra taza de café y volví a instalarme en el sofá. Me bebí la mitad del café, dejé el resto en la mesita, estiré brazos y piernas y me tapé los ojos con las manos, para aislarme de todo.

«Se llamaba Beauregard y era el hombre casado que me rompió el corazón...»

En realidad se llamaba Peter. Peter Harrison. Es el hombre con quien salía antes de conocer a Matt. Además, era mi jefe. Y estaba casado.

Dejemos una cosa clara. No soy especialmente romántica. No me desmayo así como así. No pierdo la cabeza con facilidad. Pasé casi los cuatro años de estudios en Smith sin novio —aunque tuve ligues ocasionales cuando sentía necesidad carnal. Cuando volví a Nueva York después de la universidad y cogí un empleo temporal en una agencia de publicidad —supuestamente por un mes que acabó convirtiéndose en toda la vida— nunca me faltó compañía masculina. Pero varios de los errores con los que me acosté entre los veinte y los treinta años me acusaron de guardar las distancias en «primer grado». No es que fuera fría. Era solo que no había conocido a nadie con quien pudiera sentirme realmente, locamente, profundamente apasionada.

Hasta que conocí a Peter Harrison.

Que estúpida fui. Estaba todo tan cantado. Me acercaba a los treinta y cinco. Acababa de entrar en una agencia nueva: Harding, Tyrell y Barney. Peter Harrison me contrató. Él tenía cuarenta y dos años. Casado. Dos hijos. Guapo, por supuesto. Increíblemente inteligente. El primer mes que estuve en la empresa hubo algo tácito entre nosotros; la sensación de que los dos éramos conscientes de la presencia del otro. Cuando nos encontrábamos —en los pasillos, en el ascensor, en una reunión de departamento— éramos muy

educados el uno con el otro. Pero se notaba un cierto nerviosismo subterráneo en nuestra charla más trivial. Nos mostrábamos tímidos en presencia del otro. Y ninguno de los dos era, en ningún sentido, tímido.

Una tarde, a última hora, entró en mi despacho. Me preguntó si quería salir a tomar algo. Fuimos a un pequeño bar cercano. Empezamos a hablar y no podíamos parar. Estuvimos dos horas hablando; charlando como dos personas destinadas a comunicarse. Conectamos, nos acoplamos, nos fusionamos. Cuando finalmente entrelazó sus dedos con los míos y dijo: «Salgamos de aquí», no lo pensé dos veces. En realidad, lo deseaba tanto que habría saltado encima de él en el mismo bar.

Hasta más tarde —echada a su lado en la cama, contándole lo mucho que me gustaba y escuchando como él me decía lo mismo— no planteé la pregunta que había querido hacer antes. Me dijo que las cosas no iban mal entre su esposa, Jane, y él. Llevaban juntos once años. Eran bastante compatibles. Querían mucho a las niñas. Vivían bien. Pero vivir bien no significa vivir apasionadamente. Aquella parte de su matrimonio se había esfumado hacía años.

—Entonces, ¿por qué no aceptas las limitaciones de la vida doméstica? —pregunté.

—Es lo que había hecho —contestó—. Hasta que te conocí.

—¿Y ahora?

Me acercó más a él.

—Ahora no permitiré que te vayas.

Así fue como empezó. Durante el siguiente año, no me dejó para nada. Por el contrario, pasó todas las horas que pudo conmigo. Lo que, desde mi punto de vista, no era suficiente... pero al mismo tiempo avivaba la intensidad de nuestra aventura. La verdad es que no soporto la palabra «aventura», por sus connotaciones bajas y sórdidas. Aquello era amor. Amor puro y sin diluir. Amor que tenía lugar entre las seis y las ocho de la noche, dos veces por semana, en mi piso. Y muchas veces a la hora de comer, en un hotel del centro, a tres manzanas de distancia de la oficina. Evidentemente, yo quería verle más a menudo. Cuando no estaba conmigo —sobre todo por la noche— me consumía por él. La añoranza era enloquecedora. Porque sabía que había

encontrado a la persona del planeta que me estaba destinada. Sin embargo estaba decidida a mantener exteriormente controlados mis sentimientos por Peter. Los dos sabíamos cuán peligroso era aquel juego, y que todo podía venirse abajo si éramos objeto de cotilleos en la oficina... o aún peor, si Jane se enteraba.

Por lo tanto, en la oficina nos comportábamos de un modo formal el uno con el otro. Él iba con mucho cuidado para no delatarse en casa y no despertar sospechas llegando más tarde de lo esperado, guardando en mi casa los mismos artículos de tocador que en la suya y no dejándome clavarle las uñas en la espalda.

—Esto es lo primero que voy a hacer la primera noche que vivamos juntos —dije, acariciándole los hombros desnudos.

Era una noche de diciembre, un poco antes de Navidad. Estábamos en la cama, destapados, con los cuerpos todavía húmedos.

—Te lo recordaré —dijo, besándome con pasión—. Porque he decidido contárselo a Jane.

Mi adrenalina se descontroló.

—¿De verdad?

—Nunca he sido tan sincero.

Le cogí la cara entre las manos.

—¿Estás completamente seguro?

Me contestó sin dudarlo:

—Sí, del todo.

Decidimos que no se lo contaría a Jane hasta después de Navidad, para lo cual solo faltaban cuatro semanas. También decidimos que yo empezaría a buscar piso enseguida. Después de gastar muchas suelas de zapatos, encontré un precioso piso de dos habitaciones para los dos con algo de vista sobre Riverside y la Calle 112. Faltaban pocos días para Navidad. Decidí darle a Peter una buena sorpresa la noche siguiente —cuando, como de costumbre, nos viéramos en mi piso a las seis— llevándole a ver nuestro futuro hogar. Llegó a mi piso una hora tarde. En cuanto le vi entrar, me asusté. Porque vi muy claro que algo andaba mal. Se dejó caer en el sofá. Me senté inmediatamente a su lado y le cogí la mano.

—¿Qué pasa, mi amor?

No quiso mirarme a los ojos.

—Es que... me mudo a Los Ángeles.

Tardé un momento en entenderlo.

—¿Los Ángeles? ¿Tú? No lo entiendo.

—Ayer por la tarde, sobre las cinco, recibí una llamada en el despacho. Una llamada de la secretaria de Bob Harding, pidiéndome que fuera a ver al presidente de la empresa. Enseguida. Así que subí al piso treinta y dos, al despacho del gran jefe. Dan Downey y Bill Maloney, de Corporate Affairs, también estaban. Harding me pidió que me sentara y fue directo al grano. Creighton Anderson, el jefe de la oficina de Los Ángeles, había dicho que se iba a Londres a dirigir una gran sucursal de Saatchi & Saatchi. Eso significaba que el puesto de jefe en Los Ángeles estaba vacante; Harding me estaba observando desde hacía tiempo, y...

—¿Te ofrecieron el empleo?

Asintió con la cabeza. Le cogí la mano.

—Pero si es estupendo, cariño. En cierto modo, es lo que queríamos. Un cambio radical. Una forma de construir nuestra propia vida. Y, por supuesto, si es un problema para ti contratarme para que trabaje en Los Ángeles, no te preocupes. Hay mucho mercado en Los Ángeles. Ya encontraré algo. Puedo hacer...

Él interrumpió mi frenética y asustada perorata.

—Katie, por favor...

Su voz era apenas audible. Finalmente me miró. Tenía la cara pálida y los ojos rojos. De repente me sentí enferma.

—¿Se lo dijiste antes a ella, verdad? —pregunté.

Peter desvió la mirada.

—Tuve que hacerlo. Es mi esposa.

—No puedo creerlo.

—Bob Harding dijo que tenía que decidirme hoy mismo y que sabía que primero tendría que hablar con Jane...

—¿Ya no te acuerdas de que ibas a dejar a Jane? ¿Por qué no hablaste primero con la persona con la que pensabas empezar una nueva vida? Yo.

Él se limitó a encogerse de hombros tristemente y respondió:

—Tienes razón.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Le hablé de la oferta de trabajo y le dije que creía que sería un buen empujón para mi carrera...

—¿No le dijiste nada de nosotros?

—Estaba a punto... pero se echó a llorar. Empezó a decir que no quería perderme, que se daba cuenta de que nos estábamos distanciando, pero tenía tanto miedo que no se atrevía ni a hablar conmigo, porque...

Se le quebró la voz. Peter —mi hombre seguro y decidido, intrépido y siempre coherente— se había convertido en un hombre avergonzado y falto de palabras.

—¿Porque qué? —pregunté.

—Porque... —tragó saliva—... creía que había alguien más en mi vida.

—¿Y tú que le dijiste?

Apartó la mirada, como si no pudiera soportar mirarme.

—Peter, tienes que decirme lo que le dijiste.

Se levantó y se acercó a la ventana, mirando hacia la oscura noche de diciembre.

—Le aseguré que... no había nadie más que ella.

Tardé un momento en asumirlo.

—No lo dijiste —musité—. Dime que no lo dijiste.

Siguió mirando por la ventana, dándome la espalda.

—Lo siento, Katie. No sabes cuánto lo siento.

—Sentirlo no sirve de nada. «Lo siento» es una expresión vacía.

—Estoy enamorado de ti...

Entonces fue cuando entré como una tromba en el baño, cerré la puerta de golpe, pasé el pestillo, me dejé caer en el suelo y me eché a llorar desesperadamente. Peter golpeó la puerta, me suplicó que le dejara entrar. Pero mi rabia y mi dolor eran tan inmensos que no quería escucharle.

Finalmente, los golpes cesaron. Finalmente, recuperé un cierto control. Me obligué a ponerme en pie, descorrí el pestillo y volví al salón. Peter se había ido. Me senté en el borde del sofá, sintiéndome como si hubiera sufrido un

terrible accidente, con aquella sensación de angustia posterior al impacto, durante la cual te preguntas: «¿Ha ocurrido realmente?».

Funcionando con el automático, me puse el abrigo, cogí las llaves y salí a la calle.

Lo siguiente que recuerdo es que paré un taxi que iba hacia el sur. No recuerdo casi nada del trayecto. Pero cuando llegamos a la 42 con la Primera Avenida —ante un edificio grande y antiguo llamado Tudor City— tardé un momento en recordar por qué estaba allí y a quién iba a ver.

Salí del taxi y entré en el vestíbulo. Cuando el ascensor llegó al séptimo piso, crucé el pasillo rápidamente y llamé al timbre del apartamento 7E. Meg abrió la puerta, vestida con una bata azul de felpa, el eterno cigarrillo colgando de los labios.

—Caramba, ¿a qué debo esta sorpresa...? —exclamó.

Pero entonces me miró bien y se puso blanca. Entré en el piso y apoyé la cabeza en su hombro. Me rodeó con los brazos.

—Oh, mi niña... —dijo tiernamente—. ¿No me digas que estaba casado?

Cerró la puerta y yo me eché a llorar otra vez. Me sirvió un escocés. Le conté toda la tonta historia. Pasé la noche en su sofá. Al día siguiente no me veía con ánimos de ir al trabajo y le pedí a Meg que llamara diciendo que estaba enferma. Fue a llamar desde su dormitorio.

Cuando salió, dijo:

—Me dirás que soy una vieja entrometida después de esto... pero te gustará saber que no tienes que volver a la oficina hasta el 2 de enero.

—¿Por qué demonios lo has hecho, Meg?

—He hablado con tu jefe...

—¿Has llamado a Peter?

—Sí, le he llamado.

—Oh, por Dios, Meg...

—Escúchame. Le he llamado y le he explicado que hoy no te encontrabas muy bien. Entonces me ha dicho que «dadas las circunstancias», no tienes que volver hasta el 2 de enero. Así que tienes once días de vacaciones. No está mal, ¿verdad?

—No está mal sobre todo para él, porque le proporciona una escapatoria

fácil. No tiene que verme antes de largarse a Los Ángeles.

—¿Tú quieres verle?

—No.

—La defensa descansa.

Bajé la cabeza.

—Te va a llevar tiempo —dijo Meg—. Mucho tiempo. Más del que crees.

Ya lo sabía. Como sabía que me enfrentaba a la Navidad más larga de mi vida. La aflicción me atacaba en oleadas. A veces las cosas más tontas y obvias, como ver a una pareja que se besaba en la calle, la desencadenaban. O me dirigía en metro al centro, bastante contenta después de pasar la tarde matando el tiempo alegremente en el Museo de Arte Moderno o en una terapia de rebajas en Bloomingdale, y entonces, sin más ni más, me sentía como si estuviera cayendo en un profundo abismo. Dejé de dormir. Adelgacé. Cada vez que me castigaba a mí misma por ser una exagerada, volvía a desmoronarme.

Lo que más me trastornó fue que siempre había jurado, prometido y asegurado que no perdería la cabeza por un hombre, y nunca había sido nada comprensiva (sino directamente despreciativa) con los amigos o conocidos que convertían una ruptura en una tragedia épica; un *Tristán e Isolda* en Manhattan.

Pero entonces había momentos en que me preguntaba cómo lograría pasar el día. Y me sentía un estúpido estereotipo. Especialmente cuando, en medio de un almuerzo dominical en un restaurante del barrio con mi madre, me eché a llorar de repente. Me escondí en el lavabo hasta que fui capaz de controlar mi dramatismo a lo Joan Crawford. Cuando volví a la mesa, vi que mi madre había pedido café para las dos.

—Estoy muy preocupada por ti, Katherine —dijo tiernamente.

—He tenido una semana malísima, nada más. No hace falta que me encierres todavía.

—Es por un hombre, ¿verdad? —preguntó.

Me senté, soplé el café y finalmente asentí con la cabeza.

—Debía de ser muy fuerte si te ha trastornado tanto.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres contármelo? —preguntó.

—No.

Inclinó la cabeza y me di cuenta de que la había herido profundamente. ¿Quién dijo que las madres harían lo que fuera para seguir siendo necesarias?

—Ojalá pudieras confiar en mí, Kate.

—Ojalá pudiera.

—No sé por qué...

—Es como han ido las cosas entre las dos.

—Me pones triste.

—Lo siento.

Me cogió la mano y me la apretó con fuerza. Tenía tantas ganas de hablar con ella, decirle que nunca había podido penetrar su protectora capa de amabilidad; que nunca había podido confiar en ella porque siempre había sentido que me juzgaba; que la quería muchísimo... pero había demasiadas cosas entre ella y yo. Sí, fue uno de aquellos momentos —tan preciados por Hollywood— en que madre e hija podrían haber superado el abismo que las separaba, y después de verter muchas lágrimas, reconciliarse. Pero la vida no funciona así. Siempre nos detenemos, dudamos, nos echamos atrás en estos grandes momentos. Quizá porque, en la vida de familia, todos nos creamos escudos protectores a nuestro alrededor. Con el paso de los años, estas defensas se solidifican. Los demás no pueden penetrarlas, y a nosotros aún nos cuesta más derribarlas, porque se convierten en nuestra forma de protegernos —y proteger a los que amamos— de toda una serie de verdades.

Pasé el resto de mi semana libre en cines y museos. El 2 de enero volví a trabajar. Todos mis compañeros se interesaron por mi «terrible gripe» y me preguntaron si me había enterado del traslado de Peter Harrison a Los Ángeles.

Me encerré en mí misma, hice mi trabajo, volví a casa y me acosté. Los ataques de aflicción habían disminuido, pero la sensación de pérdida, no.

A mediados de febrero, una de mis colegas de publicidad, Cindy, me propuso ir a comer a un restaurante italiano cercano al despacho. Nos pasamos casi todo el almuerzo comentando una campaña que todavía estábamos perfilando. Cuando llegó el café, Cindy dijo:

—¿Ya te habrás enterado del último cotilleo de la oficina de Los Ángeles?

—¿Qué cotilleo?

—Peter Harrison ha dejado a su esposa y a las niñas por una ejecutiva de contabilidad. Una tal Amanda Cole, creo...

La noticia explotó ante mí como una granada. Por un momento no supe ni dónde estaba. Debía de parecer totalmente aturdida, porque Cindy me tomó la mano y dijo:

—¿Estás bien, Kate?

Aparté la mano furiosamente y dije:

—Pues claro que estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —dijo, nerviosa.

Se volvió, buscó al camarero por el restaurante, y le hizo el gesto de pedir la cuenta. Yo me quedé mirando el café.

—Lo sabías, ¿verdad? —pregunté.

Cindy se echó sacarina en el café y lo agitó. Mucho rato.

—Por favor, contesta —insistí.

Dejó de agitar el café frenéticamente con la cuchara.

—Cariño —dijo—, todos lo sabían.

Escribí tres cartas a Peter, en las que lo llamaba de todo y lo acusaba de destrozar mi vida. No mandé ninguna. Me detuve, en varias ocasiones, cuando el deseo de llamarle a las cuatro de la mañana era incontrolable. Al final escribí una postal con solo tres palabras:

¡Debería darte vergüenza!

Rompí la postal dos segundos antes de enviarla... y entonces me desmoroné, sollozando como una idiota en la esquina sudeste de la 48 con la Quinta, convirtiéndome en objeto de la fascinación incómoda y pasajera de la horda de ciudadanos que se encaminaba a su almuerzo.

Matt sabía que estaba todavía en muy baja forma cuando empezamos a salir. Fue ocho meses después de que Peter se mudara a la costa. Me había cambiado de agencia, había empezado a trabajar en una gran empresa, Hickey, Ferguson y Shea. Conocí a Matt una tarde en que entró como una

invasión en nuestras oficinas. Iba acompañado de un equipo de la PBS, para filmar parte de un programa para MacNeill-Lehrer News Hour sobre agencias de publicidad que todavía anunciaban la semilla del diablo: el tabaco. Fui una de las publicistas que entrevistó, y después charlamos un rato. Me sorprendió que me pidiera una cita porque no había habido nada insinuante en nuestra conversación.

Después de vernos a menudo durante un mes, aún me sorprendió más diciéndome que estaba enamorado de mí. Era la mujer más lista que había conocido. Le encantaba mi «escasa tolerancia a las tonterías». Respetaba mi «fuerte sentido de la autonomía personal», mi «inteligencia», mi «ingeniosa seguridad» (¡ja!). Todo encajaba. Había tropezado con la mujer con quien siempre había deseado casarse.

Naturalmente, no capitulé enseguida. Muy al contrario, su súbita confesión de amor me dejó asombrada. Sí, me gustaba. Era listo, ambicioso. Me atraía su saber estar metropolitano... y el que pareciera entenderme, porque, evidentemente, los dos estábamos cortados por el mismo patrón urbano. Un igual nativo de Manhattan. Un igual en educación —universitario y metodista. Un igual en ingenio y, al más puro estilo neoyorquino, igualmente poseedor del complejo de superioridad por derecho.

Dicen que el carácter es cuestión de destino. Quizá sí, pero el momento desempeña un gran papel. Los dos teníamos treinta y seis años. Él salía de una relación de cinco años con una corresponsal de la CNN superambiciosa llamada Kate Brymer (le había dejado por un presentador importante de la emisora), por eso los dos sabíamos algo de accidentes sentimentales. Como yo, no soportaba la inutilidad del neurótico baile de las citas. Como yo, tenía miedo de entrar solo en los cuarenta. Incluso quería tener hijos, lo que multiplicó por cien su atractivo, en tanto que yo ya empezaba a oír el molesto tic-tac de mi reloj biológico.

Sobre el papel, debíamos de hacer una buena pareja. Un encuentro ideal de dos iguales urbanos. La perfecta pareja profesional neoyorquina.

Solo había un problema: yo no estaba enamorada de él. Y lo sabía. Pero me convencí de lo contrario. En parte, por la insistencia de Matt en que nos casáramos. Era persuasivo sin ser pesado, y supongo que finalmente me

tragué sus halagos. Porque, después de lo de Peter, necesitaba que me halagaran, me adularan, me quisieran. Y porque en el fondo me aterraba acabar sola y sin hijos a los cuarenta.

—Un chico encantador —dijo mi madre cuando conoció a Matt—. Creo que te hará muy feliz.

Que era su forma de decir que daba el visto bueno a sus credenciales WASP, su lustre de buen tono. Meg fue un poco menos efusiva.

—Es muy agradable —dijo.

—No pareces muy impresionada —advertí.

—Será que tú no pareces muy impresionada.

Callé un momento y luego dije:

—Estoy muy contenta.

—Sí, y el amor es algo maravilloso. Estás enamorada, ¿verdad?

—Claro —asentí sin entusiasmo.

—Eres muy convincente.

El ácido comentario de Meg volvió a molestarme cuatro meses después. Estaba en una habitación de hotel en la isla caribeña de Nevis. Eran las tres de la madrugada. Desde hacía treinta y seis horas, mi marido dormía a mi lado en la cama. Era la primera noche después de la boda. Y yo estaba mirando el techo y pensando: «¿Qué hago aquí?».

Entonces me invadieron los recuerdos de Peter. Empezaron a brotarme las lágrimas. Y me castigué por ser la idiota más idiota imaginable. Normalmente nos metemos solos en nuestros apuros, ¿verdad?

Intenté que funcionara. Matt intentó con todas sus fuerzas que funcionara. Nos llevábamos mal. Discusiones tontas sobre cuestiones tontas, sin fin. Lo solucionábamos enseguida, pero volvíamos a discutir inmediatamente. Descubrí que el matrimonio no funciona si las dos partes involucradas no encuentran la manera de establecer una distensión doméstica entre ellas. La voluntad que hace falta es enorme. Los dos carecíamos de ella.

En lugar de esto, esquivábamos una realidad cada día más evidente: no hacíamos buena pareja. A la mañana siguiente de una pelea, nos hacíamos regalos caros. O llegaban flores a mi despacho, con un mensaje ingenioso y conciliador:

Dicen que los diez primeros años son los peores.

Te quiero,

MATT

Pasamos un par de fines de semana, para avivar la llama, en Berkshires, o en Western Connecticut, o en Montauk. Durante uno de ellos, Matt, que había bebido, me convenció de que no me pusiera el diafragma aquella noche. Yo también había bebido lo mío y accedí. Y así es como Ethan entró en nuestras vidas.

Él fue, sin lugar a dudas, el mejor accidente de borrachera imaginable. Amor a primera vista. Pero después de la euforia posnatal, reapareció el descontento doméstico habitual. Ethan no creía en las virtudes recuperadoras del sueño. Los primeros seis meses de su vida se negó a dormir más de dos horas seguidas, lo que nos convirtió enseguida en un par de cuasi catatónicos. A menos que tengas la predisposición de Mary Poppins, el agotamiento conduce a la irritabilidad excesiva. Y en nuestro caso se convirtió en una guerra declarada. En cuanto Ethan estuvo destetado, propuse que nos turnáramos para darle de comer por las noches. Matt se negó, diciendo que su trabajo era muy exigente y necesitaba dormir ocho horas seguidas. Aquello sonó a música de batalla en mis oídos, porque le acusé de poner su trabajo por encima del mío. Lo cual, a su vez, desencadenó nuevos enfrentamientos acerca de la responsabilidad paterna, acerca del comportamiento de adultos, y acerca del porqué de pasarnos el día discutiendo por todo.

Inevitablemente, cuando se trata de niños, es la mujer quien acaba pagando el pato, de modo que cuando Matt llegó una noche a casa y dijo que había aceptado un traslado de tres meses a la sede de la PBS en Washington, solo pude decir:

—Me alegro por ti.

Me prometió contratar (y pagar) una niñera todo el día, porque yo había vuelto a trabajar. Prometió venir cada fin de semana. Y dijo que esperaba que el tiempo que pasáramos separados nos beneficiara y amortiguara el ambiente belicoso entre nosotros.

Así que me quedé sola con el bebé. Y me encantó, no solo porque nunca tenía bastante de Ethan —sobre todo porque el tiempo que podía pasar con él estaba limitado a las noches después del trabajo—, sino también porque me había debilitado la constante guerra de guerrillas con Matt.

Curiosamente, tan pronto como Matt se fue a Washington, pasaron dos cosas: primera, Ethan empezó a dormir toda la noche de un tirón, y segunda, Matt y yo empezamos a llevarnos bien de nuevo. No, no se trataba de que la «ausencia hiciera que le quisiera más», sino más bien una suavización del tono por parte de los dos. Libres de la constante presencia del otro, nuestro antagonismo había disminuido. Empezamos a hablar otra vez, es decir, a poder mantener una conversación que no terminara en un intercambio de comentarios furiosos. Cuando volvía a casa los fines de semana, saber que solo teníamos cuarenta y ocho horas para estar juntos hacía que nos comportáramos como es debido. Poco a poco, se restableció una cierta relación cordial, la sensación de que podíamos convivir; de que nos gustaba estar juntos; de que teníamos futuro.

O, al menos, eso era lo que yo pensaba. Durante el último mes del traslado de Matt a Washington, una noticia importante —los primeros días del escándalo Whitewater— le obligó a quedarse allí tres semanas seguidas. Cuando finalmente volvió a Manhattan, presentí que algo iba realmente mal en cuanto entró por la puerta. Aunque se esforzaba por comportarse con naturalidad delante de mí, se volvió reservado y contestó con vaguedad cuando le hice un par de preguntas inocentes sobre lo mucho que trabajaba en Washington. Después cambió nerviosamente de tema. Entonces lo supe. Los hombres siempre creen que pueden disimular, pero cuando se trata de infidelidad son totalmente transparentes.

Después de meter a Ethan en la cama y sentarnos en el salón con una botella de vino, decidí ir directamente al grano.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

La cara de Matt se volvió del color de la tiza.

—No te entiendo... —dijo.

—Entonces repetiré la pregunta despacio: «Cómo... se... llama?».

—No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes —dije, en un tono todavía ecuánime—. Solo quiero saber cómo se llama la mujer que has estado viendo.

—Kate...

—Ese es mi nombre. Quiero saber el suyo. Por favor.

Soltó aire ruidosamente.

—Blair Bentley.

—Gracias —dije, todavía con una voz razonable.

—¿Puedo explicarte...?

—¿Explicarme qué? ¿Que fue una de esas cosas que pasan? ¿O que una noche te emborrachaste y de repente te encontraste con esa mujer en la cama? O a lo mejor se trata de amor...

—Se trata de amor.

Aquello me hizo callar. Tardé un momento en recuperar el habla.

—¿Hablas en serio? —dije.

—Totalmente en serio —contestó.

—Imbécil.

Se fue del piso aquella noche. No volvió a dormir allí. Y yo me amargué. Quizá no era el hombre de mi vida, pero había un niño por medio. Tendría que haber pensado en el bienestar de Ethan. Como habría tenido que reconocer que la separación había mejorado nuestra relación, que habíamos dejado nuestras armas de destrucción masiva y habíamos establecido una especie de armisticio entre los dos. Un armisticio afectuoso, hasta el punto de que había empezado a echar de menos a Matt. Siempre dicen que el primer año de matrimonio es un asco. Pues, vale, ya lo habíamos superado. Nos habíamos empezado a convertir en una causa común.

Cuando me enteré de que la señorita Blair Bentley tenía veintiséis años y era una rubia de piernas largas, superarreglada, con la piel impecable y los dientes blancos y perfectamente enfundados —por no hablar de que era presentadora de noticias en una emisora filial de la NBC en Washington, a punto de ser trasladada a la casa madre en Nueva York—, mi amargura se cuadruplicó. Matt había encontrado una mujer trofeo.

Pero, claro, la gran amargura que sentía era en realidad contra mí misma. Lo había estropeado. Había hecho todo lo que había jurado no hacer: desde

enamorar me de un hombre casado a obedecer a los imperativos de mi maldito reloj biológico. Todos hablamos de «construir una vida»: encontrar una profesión que te llene, una relación que te llene, un equilibrio que te llene entre lo profesional y lo personal. Las revistas están llenas de estrategias falsas para construir esta existencia perfectamente sincronizada y hecha a medida. Pero la verdad es que cuando se trata de lo importante —el hombre que te rompe el corazón, el hombre con el que acabas teniendo un hijo— eres una rehén del destino, como cualquier idiota. ¿Y si nunca hubiera trabajado para Hardin, Tyrell y Barney? ¿Y si no hubiera ido a tomar algo con Peter? Un encuentro casual por aquí, una decisión apresurada por allí... y una mañana te despiertas a los cuarenta, divorciada y madre. Y te preguntas: ¿cómo es posible que haya acabado así?

Empezó a sonar el teléfono, haciéndome salir de mi ensueño con un sobresalto. Miré mi reloj. Eran casi las nueve de la mañana. ¿Cuándo había perdido la noción del tiempo?

—¿Eres tú, Kate?

La voz me sorprendió. Era mi hermano. Era la primera vez que me llamaba a casa en muchos años.

—¿Charlie?

—Sí, soy yo.

—Te has levantado temprano.

—No podía dormir. Solo quería decirte que... me alegré de verte, Kate.

—Vaya.

—Y no quiero que pasen otros siete años...

—Como te dije ayer, Charlie, eso es cosa tuya.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Calló un momento.

—Bueno —dije— ya sabes dónde estoy. Llámame si te apetece. Y si no lo haces, sobreviviré. Tú rompiste la comunicación. Si quieres volver a mantener el contacto, es cosa tuya. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

—Vale.

Otro de sus malditos silencios nerviosos.

—Bien, pues, tengo que irme, Charlie. Ya nos veremos...

Interrumpió mi despedida soltando:

—¿Puedes prestarme cinco mil dólares?

—¿Qué?

La voz empezó a temblarle.

—Mira, lo siento... Sé que me odiarás por pedírtelo, pero... sabes que tenía una entrevista de trabajo... como representante de Pacific Floral Service. La mayor empresa de reparto de flores de la Costa Oeste. Lo único que he encontrado donde quisieran entrevistar a alguien de más de cincuenta años... Así de mal están las cosas en el mercado. Si pasas de los cincuenta.

—No me lo recuerdes. ¿No era hoy la entrevista?

—En teoría. Pero cuando llegué ayer a casa, me encontré un mensaje del departamento de Recursos Humanos de Pacific Floral. Me decían que habían decidido cubrir la vacante con un empleado y anulaban la entrevista.

—Lo siento.

—No tanto como yo. No tanto como yo, porque... bueno... ni siquiera era un trabajo de dirección... Era solo de comercial matado... Era...

Se le quebró la voz.

—¿Estás bien, Charlie?

Oí que respiraba profundamente.

—No, no estoy bien. Porque si no encuentro cinco mil dólares antes del viernes, el banco va a quedarse con la casa.

—¿Con los cinco mil solucionarás el problema?

—En realidad no... porque le debo al banco siete mil más.

—Dios mío, Charlie.

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero las deudas se empiezan a acumular cuando llevas seis meses sin trabajo. Y te aseguro que he intentado pedir dinero prestado en todas partes. Pero la casa ya tiene dos hipotecas...

—¿Qué dice Holly?

—Ella... ella no sabe lo mal que están las cosas.

—¿Me estás diciendo que no se lo has contado?

—No... Es que no... no quiero preocuparla.

—Bueno, se va a preocupar bastante cuando os desahucien de la casa.

—No digas esa palabra, desahucio.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Todos los ahorros que teníamos... y unas pocas acciones... se han esfumado.

Cinco mil dólares. Yo tenía ocho mil en una cuenta de ahorro... y mi madre tenía en su cuenta otros diez mil, que eran una parte de la herencia que cobraría cuando se leyera el testamento. Cinco mil dólares. Para mí era mucho dinero. No era suficiente ni para pagar un curso de Ethan en Allan-Stevenson. O eran casi tres meses de alquiler. Podía hacer muchas cosas con cinco mil dólares.

—Sé lo que estás pensando —dijo Charlie—: «Después de tantos años, la primera llamada es para darme un sablazo».

—Sí, Charlie, esto es exactamente lo que estoy pensando. Igual que estoy pensando en todo el daño que le hiciste a mamá.

—Me equivoqué.

—Sí, Charlie. Te equivocaste mucho.

—Lo siento. —Su voz era apenas un susurro.— No sé qué decir excepto que lo siento.

—No te perdono, Charlie. No puedo. Sé que podía ser despótica y un poco pesada. Pero tanto como para olvidarse de ella...

Oí que se le contraía la garganta, como si ahogara un sollozo.

—Tienes razón —dijo.

—Me da igual si tengo razón o no, de todos modos es un poco tarde para discutirlo. Lo que quiero saber, Charlie, es por qué.

—Nunca nos llevamos bien.

Eso era cierto, sin duda, porque uno de mis recuerdos perdurables de la infancia eran las continuas discusiones entre mi madre y mi hermano. No estaban de acuerdo en nada, y mi madre tenía la costumbre de entrometerse en todo. Pero, si bien yo encontraba la forma de desviar —o incluso ignorar— su tendencia a la intromisión, Charlie se sentía constantemente amenazado por sus intrusiones. Sobre todo porque enmascaraban el hecho de que Charlie echaba muchísimo de menos —y necesitaba— a su padre. El pobre tenía casi diez años cuando papá murió, y por la manera en que siempre me habló de él

lo idolatraba, y de alguna manera culpaba a mamá de su muerte prematura.

—A ella nunca le gustó —me dijo una vez cuando yo tenía trece años—. Y le amargó tanto la vida que él se pasaba casi toda la semana fuera.

—Pero mamá decía que se iba a trabajar.

—Sí, siempre estaba fuera de la ciudad. Así no tenía que estar con ella.

Como mi padre había muerto cuando yo tenía dieciocho meses, no tenía ningún recuerdo —y mucho menos conocimiento— de él. Así que siempre que Charlie hablaba de él, estaba pendiente de sus palabras, especialmente porque mi madre siempre esquivaba el tema del difunto Jack Malone, como si fuera demasiado doloroso hablar de él, o simplemente no quisiera hacerlo. Me tragaba lo que decía Charlie sobre el matrimonio displicente de nuestros padres, y silenciosamente atribuí su infelicidad a mamá y a su forma de ser.

Sin embargo, al mismo tiempo, nunca entendí por qué Charlie no era capaz de improvisar una estrategia para llevarse bien con ella. Yo misma discutía todo el tiempo. También me volvía loca. Aun así nunca la habría echado de mi vida como hizo Charlie. Pero también tenía la sensación de que mi madre era un poco ambivalente con su único hijo. Sin duda lo quería. Me preguntaba si no le culpaba, en el fondo, de ser la razón de que acabara metida en un matrimonio desgraciado con Jack Malone. Por su parte, Charlie no superó nunca la muerte de papá. Tampoco le gustaba ser el único hombre de la casa. En cuanto pudo, se escapó directamente a los brazos de una mujer que era tan controladora, tan autoritaria, que, a su lado, mamá parecía una libertaria.

—Sé que no os llevabais bien, Charlie —dije—. Sí, a veces era una paliza. Pero no merecía el castigo que tú y Princesa le infligisteis.

Una larga pausa.

—No —dijo—. No se lo merecía. ¿Qué puedo decir, Kate? Excepto que me dejé influir equivocadamente por... —Se interrumpió y bajó la voz.— Digámoslo así: la discusión siempre se presentaba en los términos: «O tú o yo». Y yo fui el débil y cedí.

Otro silencio. Entonces dije:

—De acuerdo. Te mandaré un cheque de cinco mil dólares hoy mismo.

Tardó un rato en asumirlo.

—¿Lo dices en serio?

—Es lo que habría querido mamá.

—Dios mío, Kate... No sé qué...

—No digas nada...

—Estoy abrumado...

—No lo estés. Son asuntos de familia.

—Te lo prometo, te lo juro, te lo devolveré en cuanto...

—Charlie... ya basta. Mañana tendrás el cheque. Y cuando puedas devolvérmelo, me lo devuelves. Tengo que pedirte algo...

—Lo que sea. Pídeme el favor que necesites.

—Solo quería hacerte una pregunta, Charlie.

—Claro, claro.

—¿Te suena una tal Sara Smythe?

—De nada. ¿Por qué?

—He recibido una carta de pésame, diciendo que había conocido a mamá y a papá antes de que yo naciera.

—Pues no me recuerda nada. Pero la verdad es que no me acuerdo de muchos amigos de papá y mamá de aquella época.

—No me extraña. Yo no me acuerdo de gente que conocí el mes pasado. Gracias de todos modos.

—No... Gracias, Kate. No sabes lo que representan estos cinco mil para nosotros...

—Creo que me hago una idea.

—Bendita seas —dijo bajito.

Después de colgar, se me ocurrió algo: echaba de menos a mi hermano.

Pasé el resto de la mañana arreglando el piso y haciendo tareas domésticas. Cuando volví de la lavandería, en el sótano del edificio, encontré un mensaje en el contestador.

»—Hola, Kate...

Era una voz que no había oído nunca; una voz muy elegante, con un marcado acento de Nueva Inglaterra.

»—Soy Sara Smythe. Espero que hayas recibido mi carta y me disculpo por llamarte a casa. Pero me gustaría verte. Como decía en mi carta, era

amiga de tu familia cuando tu padre vivía, y me encantaría renovar el contacto contigo después de todos estos años. Sé que tienes mucho trabajo, pero si tienes un hueco, llámame por favor. Mi número es el cinco-cinco-cinco cero-siete-cuatro-cinco. Esta tarde estaré en casa, si quieres. De nuevo, repito que te acompaño en el sentimiento en estos momentos difíciles. Pero sé que eres fuerte y resistente, y lo superarás. Tengo muchas ganas de que nos veamos.

Escuché el mensaje dos veces, cada vez más alarmada (e indignada). «Me encantaría renovar el contacto contigo después de todos estos años... Sé que tienes mucho trabajo... Sé que eres fuerte y resistente...» Por Dios, aquella mujer parecía una vieja amiga de la familia, o alguien en cuyas rodillas me hubiera sentado a los cinco años. ¿No tenía la decencia de darse cuenta de que, después de enterrar a mi madre el día anterior, no estaba precisamente de humor para ir de visita?

Recogí la carta que ella había entregado en mano aquella mañana temprano. Entré en la habitación de Ethan. Encendí su ordenador. Escribí:

Querida señora Smythe:

Agradezco su amable carta y su sensibilidad.

Como supongo sabe, la aflicción afecta a las personas de forma curiosa y única. Y ahora mismo, solo me apetece estar tranquila y a solas con mi hijo y mis pensamientos.

Aprecio su comprensión. Y, de nuevo, gracias por su simpatía en este momento de aflicción.

Atentamente,

KATE MALONE

Leí la carta dos veces antes de apretar la tecla de impresión, y después la firmé. La doblé, la metí en un sobre, escribí el nombre y la dirección de Smythe y lo cerré. De vuelta en la cocina, descolgué el teléfono y llamé a mi secretaria en la oficina. Me dijo que mandaría un mensajero a casa a recoger la carta para entregarla en casa de la señora Smythe, en la Calle 77 Oeste. Era consciente de que podía mandar la carta por correo, pero temía que intentara llamarme otra vez por la noche. Quería asegurarme de que no volvería a saber nada de ella.

Media hora más tarde, llamó el portero para decirme que un mensajero

preguntaba por mí. Me puse el abrigo y bajé a la calle. Antes de salir, le di la carta al mensajero motorizado. Me aseguró que la entregaría antes de treinta minutos. Le di las gracias y me puse en camino hacia la avenida Lexington. Me paré en la sucursal del barrio de Kinko's en la Calle 78. Saqué un sobre del bolsillo del abrigo y lo metí en otro sobre de Federal Express. Rellené el formulario, solicitando entrega garantizada en veinticuatro horas a un tal Charles Malone en Van Nuys, California. Lo metí en el buzón de Fedex. Cuando abriera el sobre al día siguiente, Charlie encontraría un cheque de cinco mil dólares y una escueta nota que decía:

Espero que te sirva.
Buena suerte,
KATE

Salí de Kinko's y dediqué la siguiente hora a pasear por el barrio. Compré en D'Agostino's, y pedí que me llevaran la compra a casa a última hora de la tarde. Di una vuelta por Gap Kids y acabé comprando una chaqueta vaquera para Ethan. Caminé dos travesías hacia el oeste y maté media hora curioseando en la librería de la avenida Madison. Después me di cuenta de que no había comido nada desde la tarde anterior, y paré en el Soup Burg de Madison con la Calle 73, donde pedí una hamburguesa de queso con bacon y patatas fritas. Sentí una inmensa culpabilidad ante tanta caloría junta mientras masticaba. Pero me sentó de maravilla. Mientras me tomaba la taza de café al terminar, sonó mi móvil.

—¿Eres tú, Kate?

Dios mío, no. Otra vez aquella mujer.

—¿Quién llama? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Soy Sara Smythe.

—¿De donde ha sacado este número, señorita Smythe?

—Llamé a información de Bell Atlantic móviles.

—¿Tanta necesidad tenía de hablar conmigo?

—Es que acabo de recibir tu carta, Kate. Y...

La interrumpí.

—Me sorprende que me llame por mi nombre, porque yo no recuerdo haberla conocido, señorita Smythe...

—Oh, pero nos conocimos. Hace años, cuando eras muy pequeña...

—Es posible que nos conociéramos, pero yo no lo recuerdo.

—Bueno, cuando nos veamos, te podré...

Volví a interrumpirla.

—Señorita Smythe, ha leído mi carta, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Por esto te llamo.

—¿No dejaba claro que no íbamos a vernos?

—No digas eso, Kate.

—Por favor, ¿podría dejar de llamarme Kate?

—Si pudiera explicarte...

—No. No quiero oír ninguna explicación. Quiero que deje de importunarme.

—Lo único que te pido es...

—Y supongo que fue usted quien llamó a mi piso ayer por la noche y no dejó ningún mensaje.

—Por favor, escúchame...

—¿Y qué significa eso de que era amiga de mis padres? Mi hermano Charlie dice que no la conoció cuando era pequeño...

—¿Charlie? —dijo, más animada—. ¿Vuelves a hablar con él, por fin?

De repente me puse muy nerviosa.

—¿Cómo sabía que no me hablaba con él?

—Todo se aclararía si pudiéramos vernos...

—No.

—Por favor, sé razonable, Kate...

—Ya está bien. Se acabó la conversación. Y no me llame más. Porque no hablaré con usted.

Después de esto, colgué.

De acuerdo, exageraba. Pero... me sentía invadida por aquella mujer. ¿Cómo demonios sabía lo que pasaba entre Charlie y yo?

Salí del restaurante, todavía echando humo. Decidí pasar el resto de la tarde en un cine. Fui hacia el este y perdí dos horas en el Loewe de la Calle

72 viendo una espantosa película de acción, en que unos terroristas intergalácticos secuestraban una nave espacial americana y mataban a toda la tripulación, exceptuando a un astronauta musculoso que derrotaba a los malos con una sola mano sin problemas y devolvía la nave estropeada a la Tierra, aterrizando en lo alto del monte Rushmore. Al cabo de diez minutos de tonterías ya me preguntaba qué hacía yo viendo aquella película. Conocía la respuesta a aquella pregunta: porque, actualmente, todo está fuera de lugar.

Cuando volví al piso, eran casi las seis. Constantine, el portero, no estaba, gracias a Dios. Teddy, el simpático portero de noche, ya estaba en su puesto.

—Un paquete para usted, señorita Malone —dijo, y me pasó un voluminoso sobre.

—¿Cuándo ha llegado? —pregunté.

—Hace una media hora. Lo han entregado personalmente.

Gemí para mis adentros.

—¿Una señora mayor en un taxi? —pregunté.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—No quieras saberlo.

Le di las gracias a Teddy y subí. Me quité el abrigo. Me senté en el comedor. Abrí el sobre. Había una tarjeta en su interior. El mismo papel azul grisáceo. Oh, no otra vez...

346 Calle 77 Oeste
Apt. 2 B
Nueva York, Nueva York 10024
(212) 555-0745

Querida Kate,

Creo que deberías llamarme, ¿no te parece?

SARA

Volví a meter la mano en el sobre. Encontré un libro muy voluminoso. Visto de cerca, resultó ser un álbum de fotos. Abrí la tapa y me encontré ante una serie de fotos de bebés en blanco y negro, muy bien colocadas bajo una hoja de papel transparente. Las fotografías eran típicas de los años cincuenta, con el recién nacido dormido en uno de esos enormes cochecitos anticuados

que eran tan populares entonces. Volví la página. En ella, el bebé estaba en brazos de su padre, un auténtico padre de los cincuenta, con un traje de espiga, corbata de viajante, corte de pelo a lo marinero y los dientes grandes y blancos. La clase de padre que, ocho años antes, probablemente estaba luchando contra el enemigo en alguna ciudad alemana.

Como mi padre.

Volví a mirar las fotos. Y me sentí mal de repente.

Era mi padre.

Y yo era la niña que él sostenía en brazos.

Volví la página. Había fotografías mías con dos, tres y cinco años. Había fotos de mi primer día de escuela. Había fotografías mías vestida de exploradora principiante. Había fotografías mías como chica exploradora. Había fotografías de Charlie y de mí frente al Rockefeller Center, en 1963. ¿No era aquella tarde en que Meg y mamá nos habían llevado a ver el espectáculo navideño del Radio City Music Hall?

Empecé a pasar páginas con frenética rapidez. Yo, en el patio de la escuela de Brearley. Yo, en un campamento de verano en Maine. Yo, en mi primer baile. Yo, en Todd's Point Beach, en Connecticut, durante unas vacaciones de verano. Meg y yo en mi graduación del instituto.

Era una historia fotográfica completa de mi vida, incluidas fotografías de la universidad, de mi boda y con Ethan. El resto de páginas del álbum estaban llenas de recortes de periódico. Recortes de artículos que escribí para el periódico de la Universidad Smith. Recortes del mismo periódico, donde aparezco en una función de la facultad (*Asesinato en la catedral*). Recortes de mis varias campañas de publicidad. Un anuncio del *New York Times* de mi boda con Matt. Y el anuncio del nacimiento de Ethan en el *New York Times*...

Seguí pasando las páginas del álbum como una loca. Cuando llegué a la penúltima página, la cabeza me daba vueltas. Pasé la última página. Y allí estaba...

No, aquello era increíble.

Había un recorte del periódico de Allan-Stevenson, donde se veía a Ethan en ropa de deporte, durante una carrera de relevos en la gincana de la escuela de la primavera pasada.

Cerré el álbum de golpe. Me lo puse debajo del brazo. Cogí el abrigo. Salí corriendo por la puerta, entré en el ascensor, crucé el vestíbulo a toda prisa y me metí apresuradamente en un taxi. Dije al taxista:

—A la Calle 77 Oeste.

4

La mujer vivía en un edificio antiguo de piedra. Pagué al taxista y subí como una tromba los escalones de la entrada, de dos en dos. Su nombre estaba en el timbre. Lo apreté durante diez segundos. Después oí su voz por el interfono.

—¿Sí? —dijo con voz vacilante.

—Soy Kate Malone. Abra.

Esperó un momento y después me abrió la puerta.

Su apartamento estaba en el primer piso. Ella me esperaba en la puerta. Llevaba unos pantalones grises de franela y un jersey de cuello de cisne que acentuaba el suyo, largo y elegante. Su pelo gris estaba perfectamente peinado en un moño apretado. De cerca, su piel parecía aún más transparente y suave, solo las patas de gallo delataban su edad. Su postura era perfecta, poniendo de relieve su porte elegante, toda su distinción. Sus ojos eran intensos y se mostraban felices de verme... algo que enseguida me incomodó.

—¿Cómo se atreve? —dije, blandiendo el álbum de fotos.

—Buenas tardes, Kate —dijo, sin perder la compostura ante mi estallido—. Me alegro de que hayas venido.

—¿Quién demonios es usted? ¿Y qué diablos es esto? —añadí, blandiendo otra vez el álbum de fotos como si fuera una pistola humeante en un juicio por asesinato.

—¿Por qué no pasas?

—No quiero pasar —dije, en voz bastante alta.

Ella no perdió la calma.

—Aquí no podemos hablar —dijo ella—. Por favor...

Me hizo un gesto para que cruzara el umbral. Vacilé un momento y añadí:

—No crea que voy a quedarme mucho rato.

—Muy bien —dijo.

La seguí adentro. Entramos a un pequeño vestíbulo. Una de las paredes estaba cubierta por una librería desde el suelo hasta el techo, repleta de volúmenes de tapas duras. Junto a ella había un armario. Lo abrió y preguntó:

—¿Me das tu abrigo?

Se lo di. Mientras lo colgaba, eché un vistazo a mi alrededor y de repente me quedé sin aire. Porque allí, al otro lado del vestíbulo, había media docena de fotografías enmarcadas de mí misma y de mi padre: una fotografía de mi padre con el uniforme del ejército, una ampliación de la foto de mi padre conmigo en brazos recién nacida, una foto en la universidad, otra con Ethan cuando tenía solo un año, dos fotos en blanco y negro, que mostraban a papá en una serie de situaciones con una Sara Smythe más joven. La primera era una instantánea «casera»: mi padre rodeándola con los brazos, de pie junto a un árbol de Navidad. La otra era de una pareja feliz frente al Lincoln Memorial, en Washington. Por la edad de las fotos y el estilo del vestuario que llevaban, imaginé que se habían tomado en los primeros años cincuenta. Me di la vuelta y miré fijamente a Sara Smythe, con los ojos muy abiertos.

—No entiendo nada... —dije.

—No me extraña.

—Tiene que darme una explicación — continué, furiosa.

—Sí —dijo con voz queda—. Lo haré.

Me cogió el codo y me acompañó al salón.

—Siéntate. ¿Un café? ¿Un té? ¿Algo más fuerte?

—Más fuerte —dije.

—¿Vino tinto? ¿Bourbon? ¿Bristol Cream? Eso es todo, me temo.

—Bourbon.

—¿Con hielo? ¿Con agua?

—Solo.

Se permitió una pequeña sonrisa.

—Como tu padre —apuntó.

Me señaló un enorme sillón para que me sentara. Estaba tapizado con una tela de color marrón oscuro. La misma tela cubría un gran sofá. Sobre una mesita de centro moderna había montones bien apilados de libros de arte y revistas: *The New Yorker*, *Harper's Atlantic Monthly*, *New York Review of Books*. El salón era pequeño, pero immaculado. Suelo de madera pulida, paredes blancas, más estanterías repletas de libros, una consistente colección de CD, un gran ventanal orientado al sur que daba a un patio pequeño. A un lado del salón había una habitación ingeniosamente transformada en un pequeño despacho, con una mesa de pino en la que descansaban un ordenador, un fax y un montón de papeles. En el lado opuesto del salón había un dormitorio con una cama grande —cabecera teñida, una colcha edredón antigua americana— y un armario de estilo antiguo. Como todo el resto del piso, el dormitorio rebosaba clase y buen gusto. Era evidente que Sara Smythe se negaba a abrazar la callada ruina de la ancianidad y vivía la última parte de su vida en un piso que era, estilísticamente hablando, dos décadas anticuado pero rebosante de desvencijada nobleza. Su hogar desprendía un callado pero feroz orgullo.

Sara salió de la cocina con una bandeja. En ella llevaba una botella de bourbon Hiram Walker, una botella de Bristol Cream, una copa de jerez y un vaso de whisky. La dejó sobre la mesita y sirvió las bebidas.

—Hiram Walker era el bourbon preferido de tu padre —dijo—. Personalmente nunca me gustó. Me gustaba más el escocés, hasta que cumplí los setenta, y mi cuerpo decidió por mí. Ahora tengo que pasar con algo aburrido y femenino como el jerez. Salud.

Levantó la copa de jerez. No respondí a su brindis. Me tragué el whisky de un trago. Me quemó la garganta, pero acalló parte del malestar que sentía. Otra sonrisa cruzó los labios de Sara Smythe.

—Tu padre también bebía así cuando estaba tenso.

—De tal palo tal astilla —apunté, señalando la botella.

—Sírvete tú misma —dijo.

Me serví otra copa de whisky, pero esta vez solo le di un sorbito. Sara Smythe se arrellanó en el sofá y me tocó el dorso de la mano.

—Quiero disculparme por los extremados métodos que he utilizado para

lograr que vinieras. Sé que he debido de parecerte una vieja pesada, pero...

Aparté la mano rápidamente.

—Solo quiero saber una cosa, señorita Smythe...

—Sara, por favor.

—No. Nada de nombres. No somos amigas. Ni siquiera nos conocemos...

—Kate. Te conozco de toda la vida.

—¿Cómo? ¿Cómo me ha conocido? ¿Y por qué ha empezado a importunarme después de que mi madre muriera?

Puse el álbum de fotos sobre la mesita y lo abrí por la última página.

—También quiero saber cómo consiguió esto —dije, señalando el recorte de Ethan en el periódico de la Allan-Stevenson.

—Estoy suscrita al periódico de la escuela.

—¿Que está qué?

—Igual que estaba suscrita al periódico de la Universidad Smith cuando tú estudiabas allí.

—Está loca...

—Puedo explicártelo...

—¿Por qué le interesamos? A juzgar por el álbum, no se trata de una fijación reciente. Hace años que nos sigue. ¿Y qué pintan las viejas fotos de mi padre?

Sara me miró directamente a los ojos y dijo:

—Tu padre fue el amor de mi vida.

SEGUNDA PARTE

Sara

I

¿Cuál es mi primer recuerdo suyo? Una mirada. Una mirada rápida por encima del hombro a través de una habitación repleta de gente y humo. Estaba apoyado en una pared, con un vaso en la mano y un cigarrillo entre los labios. Luego me diría que se sentía fuera de lugar en aquella habitación y que estaba buscando al amigo que lo había arrastrado hasta allí. En su escrutinio de los invitados, sus ojos se fijaron en mí. Le sostuve la mirada. Solo un segundo. O quizá dos. Me miró. Le miré. Sonrió. Le devolví la sonrisa. Se volvió y siguió buscando a su amigo. Y eso fue todo. Una simple mirada.

Cincuenta y cinco años después, todavía puedo revivir aquel momento, décima de segundo a décima de segundo. Aún veo sus ojos: de un azul claro, transparente, un poco fatigados. Su pelo rubio, muy corto por detrás y por los lados. Su estrecha cara con los pómulos muy marcados. El uniforme de color caqui oscuro del ejército que sentaba tan bien a su constitución larguirucha. Lo joven que parecía —al fin y al cabo, tenía veintipocos años entonces. Tan inocente. Tan discretamente preocupado. Tan guapo. Irlandés de pies a cabeza.

Una mirada es algo tan momentáneo y fugaz, ¿verdad? En la gama de gestos humanos, no significa nada. Perece. Esto es lo que todavía me asombra: cómo puede cambiar fundamentalmente tu vida a causa de algo tan efímero, tan transitorio. Todos los días cruzamos la mirada con personas, en el metro, en el autobús, en el supermercado, cruzando la calle. Es un impulso

simple, mirar a los demás. Notas a alguien que camina hacia ti, vuestros ojos se encuentran un instante, pasáis uno al lado del otro. Final de la historia. Entonces ¿por qué? ¿Por qué aquella mirada tendría que ser importante? No hay ninguna razón. Ninguna. Excepto que lo fue. Y que lo cambió todo. Irrevocablemente. Pero, claro, en aquel momento ninguno de los dos lo sabía.

Porque, al fin y al cabo, solo fue una mirada.

Estábamos en una fiesta. Era la noche anterior al día de Acción de Gracias del año 1945. Roosevelt había muerto en abril. El Alto Mando alemán se había rendido en mayo. Truman lanzó la bomba sobre Hiroshima en agosto. Ocho días después, los japoneses capitularon. Menudo año. Si eras joven y americano, y no habías perdido a ningún ser querido en la guerra, no podías evitar sentir el placer embriagador de la victoria.

Allí estábamos todos —veinte, en un piso de la tercera planta de la calle Sullivan lleno hasta los topes— celebrando el primer día de Acción de Gracias de paz con mucha bebida y bailando como desesperados. La media de edad en la habitación eran veintiocho años, lo que me convertía en la benjamina del grupo a mis veintitrés —aunque el chico del uniforme aún parecía más joven. Y la principal conversación en la habitación era aquella idea romántica denominada «futuro sin límites». Porque ganar la guerra también significaba que habíamos derrotado por fin al enemigo económico conocido como Depresión. Los dividendos de la paz estaban llegando. Venían buenos tiempos. Creíamos que teníamos un derecho divino a los buenos tiempos. Éramos americanos, al fin y al cabo. Era nuestro siglo.

Incluso mi hermano Eric creía en el reino americano de las posibilidades... y él era lo que nuestro padre llamaba un «rojo». Yo siempre le decía a mi padre que juzgaba con demasiada dureza a su hijo, porque Eric era más bien un progresista anticuado. En el fondo, Eric era un romántico incorregible, que idealizaba a Eugene Debs, estaba suscrito a *The Nation* a los dieciséis años y soñaba con ser el próximo Clifford Odets. Sí señor, Eric era dramaturgo. Después de licenciarse en Columbia en el 37, encontró trabajo como ayudante del director de escena en el Mercury Theater de Orson Welles, y consiguió que le produjeran un par de obras en varios talleres de teatro federales de Nueva York. Era la época en que el *New Deal* de Roosevelt

subvencionaba obras sin ánimo de lucro en Estados Unidos, así que había muchas oportunidades de empleo para los «trabajadores del teatro» —como a Eric le gustaba llamarse a sí mismo—, por no hablar de las muchas compañías teatrales que deseaban dar una oportunidad a jóvenes dramaturgos como mi hermano. Ninguna de sus obras obtuvo un éxito clamoroso. Pero tampoco pretendía llegar a Broadway. Siempre decía que su obra iba «dirigida a las necesidades y a las aspiraciones del trabajador» —ya he dicho antes que era un romántico. Y, seré sincera, con todo lo que quería y adoraba a mi hermano, su drama épico de tres horas sobre el conflicto sindical de 1902 en los ferrocarriles de Erie-Lakawana no levantaba el ánimo precisamente.

No obstante, como dramaturgo, sí tenía grandes aspiraciones. Por desgracia, su estilo teatral (a lo *Waiting for Lefty*⁵

) estaba muerto a principios de los cuarenta. Orson Welles se fue a Hollywood. Lo mismo que Clifford Odets. El Proyecto de Teatro Federal fue acusado de comunista por un puñado de horribles congresistas cortos de miras, y se clausuró en 1939 definitivamente. Lo que significaba que, en 1945, Eric pagaba el alquiler trabajando como guionista para la radio. Primero escribió un par de episodios de *Boston Blackie*. Pero el productor lo despidió del programa después de que escribiera una entrega en la que el héroe investigaba la muerte de un sindicalista. Lo habían matado por orden de un gran industrial, que, al final, resultó parecerse mucho al dueño de la emisora donde se emitía *Boston Blackie*. Eric era así, no podía resistirse a hacer alguna travesura... aunque perjudicara su trabajo. Y tenía un estupendo sentido del humor. Gracias al cual encontró su nuevo empleo: como guionista de gags para *Stop or go: The Quiz Bang Show*, que presentaba Joe E. Brown los domingos a los ocho y media de la noche. Apuesto a que nadie de menos de setenta y cinco años recuerda a Joe E. Brown. Y no me extraña, porque a su lado Jerry Lewis era sutil.

En fin, la fiesta se daba en el piso de Eric de la calle Sullivan: un pisito estrecho y alargado de un dormitorio que, como el propio Eric, me parecía el no va más del chic bohemio. La bañera estaba en la cocina. Había lámparas hechas con botellas de Chianti. El suelo de la sala estaba lleno de viejos cojines. Centenares de libros por todas partes. No hay que olvidar que eran los años cuarenta...mucho antes de la época beatnik en el Village. Así que Eric se había adelantado a su época, especialmente cuando se trataba de llevar jerseys negros de cuello de cisne y de salir con el grupo de Delmore Schwartz y la *Partisan Review*, fumar Gitanes y llevar a su hermanita a escuchar una música nueva llamada Bebop en algún club de la Calle 52. De hecho, solo un par de semanas antes de la fiesta de Acción de Gracias, habíamos ido a un local de Broadway a escuchar a un saxofonista llamado Charles Parker con otros cuatro músicos.

Cuando llegó el primer intermedio, Eric me dijo:

—S, algún día podrás fanfarronear de haber estado aquí. Porque hemos sido testigos de una auténtica revolución. Después de hoy, la música no volverá a ser lo mismo.

S. Así es como me llamaba. S de Sara. Desde los catorce años siempre me llamó así y, aunque mis padres no podían soportar este apodo, a mí me encantaba. Porque me lo había puesto mi hermano mayor. Y porque, a mi modo de ver, mi hermano era el hombre más interesante y original del planeta... por no decir mi protector y defensor, especialmente cuando se trataba de nuestros muy tradicionales padres.

Nacimos y nos criamos en Hartford, Connecticut. Como le gustaba decir a Eric, solo dos personas interesantes habían pasado por Hartford: Mark Twain —que perdió mucho dinero en una editorial que quebró en ese lugar— y Wallace Stevens, que soportó el tedio de ser un simple ejecutivo de seguros escribiendo algunas de las mejores poesías experimentales posibles.

—Exceptuando a Twain y Stevens —me dijo Eric cuando yo tenía doce años— nadie destacable ha vivido en esta ciudad. Hasta que llegamos nosotros.

Era encantadoramente arrogante, capaz de decir cualquier barbaridad para desesperar a nuestro padre, Robert Biddeford Smythe III, quien respondía perfectamente a su nombre: una persona muy correcta, un ejecutivo de seguros muy episcopaliano, un hombre que siempre llevaba trajes de tres piezas de estambre, creía en las virtudes de la frugalidad y aborrecía la extravagancia o las diabluras de cualquier clase. Nuestra madre, Ida, estaba hecha del mismo material severo: era hija de un ministro presbiteriano de Boston, una mujer despiadadamente práctica y un triunfo de la eficiencia doméstica. Formaban un equipo formidable, nuestros padres. Secos, directos y fríos. Las manifestaciones públicas de afecto eran sucesos raros en casa de los Smythe. Porque, en el fondo, mi padre y mi madre eran auténticos puritanos de Nueva Inglaterra que seguían viviendo en el siglo XIX. Siempre nos parecieron viejos. Viejos y lúgubres. La antítesis de la diversión.

Aun así los queríamos, por supuesto. Porque, al fin y al cabo, eran nuestros padres, y a menos que tus padres te maltraten, tienes que quererlos. Forma parte del contrato social, o al menos así era cuando yo era pequeña. De modo que tenías que aceptar sus muchas limitaciones. Siempre he pensado que solo llegas a ser adulto cuando finalmente perdonas a tus padres por ser tan poco perfectos como cualquiera... y reconoces que, dentro de sus limitaciones,

hicieron lo que pudieron por ti.

Pero amar a tus padres no implica aceptar su punto de vista. Desde su adolescencia, Eric se esforzó mucho por enfurecer a mi padre —nos hacía llamarle así, padre, a la manera victoriana. Ni papá, ni papi. Ni nada que pudiera dar pie a una intimidad fácil. Siempre padre. A veces pienso que la radicalidad política de Eric no se basaba en convicciones ideológicas sino más en su deseo de aumentar la presión sanguínea de nuestro padre. Las peleas que tenían eran fenomenales. Sobre todo después de que nuestro padre descubriera un ejemplar de *Diez días que conmovieron al mundo* de John Reed debajo de la cama de su hijo. O cuando Eric le regaló un disco de Paul Robeson el día del padre.

Mi madre no se metía en las discusiones entre padre e hijo. Para ella, una mujer no tenía que entrar en debates políticos —una de las razones por las que odiaba a la señora Roosevelt, a quien llamaba la Lenin femenina. Siempre le echaba sermones a Eric para que respetara a nuestro padre. Pero cuando él estaba a punto de entrar en la universidad, nuestra madre ya había descubierto que sus severas palabras no llegaban a ninguna parte, que le había perdido. Y aquello la entristeció enormemente. Me di cuenta de que siempre la desconcertó que su único hijo, al que había educado correctamente, se hubiera convertido en un jacobino. Sobre todo teniendo en cuenta que era tan inteligente.

Esto era lo único de Eric que mis padres apreciaban: su inteligencia excepcional. Devoraba los libros. A los catorce años ya leía en francés, y se defendía en italiano cuando ingresó en Columbia. Podía hablar con conocimiento de causa de temas tan abstractos y abstrusos como la filosofía cartesiana o la mecánica cuántica. Y tocaba estupendamente el buguibugui al piano. También era uno de esos niños desesperantes que siempre sacaban sobresalientes en la escuela sin esforzarse mucho. Lo querían en Harvard. Lo querían en Princeton. Lo querían en Brown. Pero él quería ir a Columbia. Porque quería ir a Nueva York y vivir su consecuente libertad.

—Te lo juro, S, en cuanto llegue a Manhattan, no vuelvo a poner los pies en Hartford.

No fue exactamente así, porque a pesar de su rebeldía, seguía siendo un

buen hijo. Escribía a casa una vez a la semana, venía a Hartford el día de Acción de Gracias, en Navidad y durante la Pascua. Nunca echó a nuestros padres de su vida. Sencillamente se reinventó del todo a sí mismo en Nueva York. Para empezar, se cambió el nombre, de Theobald Ericson Smythe, a un más simple Eric Smythe. Se deshizo de todos los trajes formales que mis padres le habían comprado y empezó a comprar en una tienda del ejército y la marina del barrio. Su magro cuerpo se volvió más magro. Su pelo negro se hizo más espeso y enredado y se compró unas gafas sin montura. Parecía Trotsky, sobre todo porque empezó a ponerse un abrigo del ejército y una chaqueta de cheviot raída. Las pocas veces que mis padres lo vieron, se horrorizaron ante su transformación exterior. Pero, como siempre, sus notas les hicieron callar. Siempre sobresalientes. Fue elegido Phi Beta Kappa⁶

al final de su primer curso con matrícula de honor en literatura inglesa. De haber querido estudiar derecho o doctorarse, podría haber elegido cualquier programa del país. Pero en lugar de esto, se mudó a la calle Sullivan, barría el suelo para Orson Welles por veinte dólares a la semana y tenía grandes sueños sobre escribir obras que fueran importantes.

En 1945, aquellos sueños estaban muriendo. Ya nadie iba a ver sus obras, porque pertenecían a otra época. Pero Eric seguía decidido a hacerse un nombre como dramaturgo... aunque para ello tuviera que escribirle chistes a Joe E. Brown para pagar el alquiler. Un par de veces le insinué que buscara trabajo como profesor en una universidad, que me parecía más digno de su inteligencia que inventar tonterías de dos líneas para un concurso. Pero Eric no quiso ni pensarlo, y decía: «En cuanto un escritor empieza a enseñar, está acabado. Y en cuanto entra en el mundo académico, le cierra la puerta al mundo real, que es sobre lo que se supone que debe escribir».

—Pero *The Quiz Bang Show* tampoco es el mundo real —argumentaba yo.

—Tiene más relación con la realidad que enseñar a escribir a un puñado de mujeres remilgadas en Bryn Mawr.

—¡Vaya! —dije, porque yo me había graduado en Bryn Mawr hacía dos años.

—Tú ya me entiendes, S.

—Sí, que soy una mujer remilgada que debería casarse con un banquero aburrido y vivir en una ciudad pequeña y remilgada en las cercanías de Filadelfia...

Sin duda aquella era la vida que mis padres tenían pensada para mí. Pero yo no. Después de graduarme en Bryn Mawr en el 43, mis padres esperaban que me casara con mi novio de entonces, un chico llamado Horace Cowett, graduado en Haverford. Acababan de aceptarle en la facultad de derecho de U. Penn, y me había pedido en matrimonio. Pero aunque Horace no fuera tan remilgado ni tan falto de sentido del humor como su nombre podría indicar —en realidad era un chico muy leído que escribía poesías bastante potables para la revista literaria de Haverford—, yo no estaba dispuesta a comprometerme en matrimonio a una edad demasiado prematura, y menos con un hombre que me gustaba, pero por el que no sentía ninguna pasión

abrumadora. En definitiva, no estaba dispuesta a perder mi década de los veinte años enterrándome en la monótona Filadelfia, porque tenía los ojos puestos en una ciudad a ciento cincuenta kilómetros de allí. Nadie iba a impedirme que fuera a Nueva York.

Evidentemente, mis padres intentaron impedírmelo. Cuando les dije —unas tres semanas antes de graduarme— que me habían ofrecido un puesto en *Life*, se quedaron horrorizados. Yo había ido a pasar el fin de semana a Hartford, un viaje hecho ex profeso para comunicarles la noticia, y también para informarles de que no pensaba aceptar la propuesta de matrimonio de Horace. A los diez minutos, la temperatura emocional de la conversación había alcanzado el punto de ebullición.

—Ninguna hija mía vivirá sola en aquella ciudad venal e indecente —sentenció mi padre.

—Nueva York no es indecente y *Life* no es precisamente *Confidential* —dije, mencionando el periódico más escandaloso del momento—. Pues yo creía que estaríais encantados con la noticia. *Life* solo acepta a diez becarios al año. Es una revista con mucho prestigio.

—Pero tu padre tiene razón —intervino mi madre—. Nueva York no es un buen lugar para una mujer sin familia.

—¿Eric no es mi familia?

—Tu hermano no es el más moral de los hombres —dijo mi padre.

—¿Y eso qué significa? —repliqué furiosa.

En ese momento, mi padre se azoró, pero lo disimuló diciendo:

—Da lo mismo lo que signifique. Lo que importa es que no te permitiré vivir en Manhattan.

—Tengo veintidós años, padre.

—Eso no tiene nada que ver.

—No tienes derecho legal a decirme lo que puedo hacer.

—No intimides a tu padre —dijo mi madre—. Y además, creo que cometes un grave error si no te casas con Horace.

—Sabía que lo dirías.

—Horace es un joven estupendo —insistió mi padre.

—Horace es un chico muy agradable, con un futuro muy agradable y muy

aburrido por delante.

—Estás siendo arrogante —repuso mi padre.

—No, solo precisa. Porque no pienso dejarme empujar hacia una vida que no deseo.

—No te empujo hacia ninguna vida... —contestó mi padre.

—Impidiendo que vaya a Nueva York, me estás impidiendo que controle mi propio destino.

—¿Tu destino? —dijo mi padre, con una cruel ironía—. ¿En serio crees que tienes destino? ¿Qué novelas baratas has estado leyendo en Bryn Mawr?

Salí de la sala como una tromba. Subí a mi habitación y me eché a llorar en la cama. Mis padres no subieron a consolarme. Tampoco lo esperaba. No era su forma de hacer. Los dos tenían una visión de la paternidad muy a lo Antiguo Testamento. Nuestro padre era la versión doméstica del Todopoderoso y cuando Él había hablado, la discusión había terminado. Así que el tema no volvió a salir en todo el fin de semana. En lugar de eso, hablamos, tensos, de la reciente actividad japonesa en el Pacífico, y yo mantuve la boca cerrada cuando mi padre soltó uno de sus sermones sobre Roosevelt. El domingo me acompañó a la estación. Cuando llegamos, me dio un golpecito en el brazo.

—Sara, hija, no me gusta pelear contigo. Aunque nos decepciona que no te cases con Horace, respetamos tu decisión. Y si realmente quieres ser periodista, tengo contactos en el *Hartford Courant*. No creo que sea muy difícil encontrarte un empleo...

—Aceptaré la oferta de trabajo de *Life*, padre.

Se puso blanco, algo que nunca le había visto.

—Si aceptas ese trabajo, no tendré más remedio que desheredarte.

—Tú te lo pierdes.

Y bajé del coche.

Estuve nerviosa todo el trayecto hasta Nueva York, y más que asustada. Al fin y al cabo, había desafiado a mi padre directamente, algo que no había hecho nunca antes. Aunque quisiera mostrarme atrevida y segura, me aterrorizaba la idea de que podía perder a mis padres. Como me aterrorizaba la idea de que, si aceptaba el deseo de mi padre, acabaría escribiendo una

columna con los «ecos de la iglesia» para el *Hartford Courant* y lamentaría haber permitido que mis padres me obligaran a llevar una vida tan insípida.

Además, sí creía que tenía un destino. Sé que puede parecer orgulloso y tontamente romántico... pero, en aquella fase incipiente de lo que se llama la vida adulta, había llegado a una conclusión sobre el futuro: está lleno de posibilidades... pero solo si te das la oportunidad de explorar esas posibilidades. No obstante, la mayor parte de mis contemporáneos volvían al redil y hacían lo que se esperaba de ellos. Al menos el cincuenta por ciento de mi clase en Bryn Mawr iba a casarse en el verano siguiente a la graduación. En general, los chicos que volvían de la guerra solo pensaban en conseguir empleos y establecerse. Éramos la generación que estaba a punto de heredar la abundancia de la posguerra, que —en comparación con nuestros padres— tenía infinidad de oportunidades. Pero en lugar de ir tras estas oportunidades, ¿qué hacíamos la mayoría? Nos convertíamos en buenos empleados de empresa, buenas amas de casa, buenos consumidores. Estrechábamos nuestros horizontes y nos dejábamos atrapar en vidas insípidas.

Por supuesto que solo me di cuenta de todo esto años más tarde —una visión completa necesita perspectiva, sin duda. Sin embargo, ya en la primavera del 45, lo único que me preocupaba era hacer algo interesante con mi vida, lo que significaba básicamente no casarme con Horace Cowett y, por descontado, aceptar el empleo en *Life*. Cuando llegué a Penn Station después de aquel espantoso fin de semana con mis padres, había perdido el ánimo. A pesar de los cuatro años de universidad, mi padre seguía pesando enormemente en mi vida. Seguía esperando su aprobación desesperadamente, aunque supiera que no la recibiría nunca. Y creía que estaba dispuesto a desheredarme de verdad si me iba a Nueva York. ¿Cómo iba a vivir sin mis padres?

—Vamos —dijo Eric cuando le conté mis temores—. Padre no te va a desheredar. Te adora.

—No es verdad.

—Créeme, el viejo piensa que puede comportarse como un severo *pater familias* victoriano, pero, en el fondo, es un viejo de sesenta y cuatro años al

que su empresa va a mandar a pastar el año que viene, y está aterrorizado ante los horrores de la jubilación. ¿Crees de verdad que va a cerrarle la puerta a su amada hija?

Estábamos sentados en el bar del Hotel Pennsylvania, frente a Penn Station. Eric había venido a buscarme a la llegada del tren de Hartford aquel domingo por la tarde —tenía que esperar dos horas antes de que saliera el tren de Bryn Mawr, vía Filadelfia. En cuanto le vi en el andén, me eché a su cuello y me puse a llorar, odiándome al mismo tiempo por comportarme con tanta debilidad. Eric me abrazó hasta que me calmé y luego dijo:

—¿Qué, lo has pasado bien en casa?

No pude evitar reírme.

—Fue estupendo —dije.

—Ya se nota. El Pennsylvania está cerca. Y el camarero hace unos manhattans estupendos.

Aquel era un calificativo muy poco preciso. Después de dos de aquellos manhattans, me sentía como si estuviera anestesiada, lo que, todo hay que decirlo, no estaba mal para la ocasión. Eric intentó hacerme beber un tercero, pero me negué e insistí en tomar un ginger ale. No quería decir nada, pero no me hizo gracia que mi hermano se tragara su tercer manhattan con cuatro tragos rápidos y después pidiera otro. Aunque habíamos estado en contacto regularmente por carta —entonces, las conferencias, incluso de Nueva York a Pensilvania, eran caras— no le veía desde la última Navidad, y me impresionó mucho su estado físico. Su cuerpo larguirucho había engordado. Tenía la piel pálida. Bajo la barbilla se le había formado una pequeña papada. No dejaba de fumar Chesterfields y tosía mucho. Solo tenía veintiocho años, pero empezaba a tener el aspecto hinchado de un hombre que ha envejecido prematuramente por el desencanto. Su conversación era tan ingeniosa y divertida como siempre, pero me di cuenta de que le preocupaba el trabajo. Sabía por sus cartas que su nueva obra —algo acerca de una revuelta de trabajadores inmigrantes en el suroeste de Texas— había sido rechazada por todas las compañías de teatro de Nueva York, y pagaba el alquiler leyendo guiones para el Theater Guild. («Es un trabajo deprimente», me escribió en marzo, «porque tengo que estar diciendo que no continuamente a otros

escritores. Pero me pagan treinta dólares a la semana, y gracias a esto puedo pagar las facturas.») Cuando se bebió su cuarto manhattan de cinco tragos, decidí que no podía continuar callada sobre su modo de beber.

—Uno más de estos manhattans y te vas a subir a la mesa a cantar «Yankee Doodle Dandy».

—Ahora no te pongas puritana, S. En cuanto te deje en el tren de Filadelfia, cogeré el metro hasta mi *atelier* de la calle Sullivan y escribiré hasta el amanecer. Créeme, cinco manhattans no son más que lubricación creativa.

—De acuerdo, pero también tendrías que plantearte fumar cigarrillos con filtro. Son más suaves para la garganta.

—¡Dios mío! ¡Vaya con la asceta de Bryn Mawr! Ginger ale, cigarrillos con filtro. Ahora me dirás que si le nominan, vas a votar a Dewey en lugar de a Roosevelt en las próximas elecciones.

—Sabes que yo no haría eso.

—Era una broma, S. Aunque a papá le encantaría que votaras republicano.

—Insistiría igualmente para que volviera a Hartford como una buena chica.

—No volverás a Hartford después de la graduación.

—Me lo ha puesto muy difícil, Eric.

—No, simplemente juega al póquer ruso más viejo del mundo. Pone todas las cartas boca abajo, fingiendo que tiene una gran mano, y te desafía a ver su apuesta. Le harás enseñar el farol si aceptas el empleo en *Life*. Y por mucho que se queje y proteste, y seguramente despotrique de Teddy Roosevelt, al final aceptará tu decisión. Porque no le quedará más remedio. Además, sabe que yo te cuidaré en la gran ciudad.

—Esto es lo que le da miedo —dije, y enseguida me arrepentí del comentario.

—¿Por qué?

—Oh, ya sabes...

—No. —Eric ya no hablaba en broma.— No lo sé.

—Seguramente cree que me convertirás en una marxista convencida.

Eric encendió otro cigarrillo. Sus ojos eran muy intensos y me miraba cautelosamente. Era evidente que en aquel instante estaba perfectamente

sobrio.

—No es eso lo que dijo, S.

—Sí que lo es —mentí, de un modo poco convincente.

—Por favor, dime la verdad.

—Te repito...

—... que no le gustaba la idea de que te cuidara en Nueva York. Pero estoy seguro de que dijo por qué podía ser una mala influencia.

—No me acuerdo, de verdad.

Mi hermano me cogió la mano y dijo en voz baja:

—Tienes que decírmelo.

Levanté la cabeza y lo miré.

—Dijo que no creía que fueras el más moral de los hombres.

Eric no dijo nada. Solo inhaló profundamente el humo de su cigarrillo, y tosió levemente después de hacerlo.

—Pero yo no estoy de acuerdo —dije.

—¿No?

—Sabes que no.

Apagó el cigarrillo en el cenicero, y se bebió lo que quedaba en su copa.

—Pero si fuera cierto... si yo no fuera «el más moral de los hombres»... ¿te importaría?

Ahora fue él quien me miró. Sabía lo que los dos estábamos pensando: los dos habíamos esquivado aquel tema siempre... aunque siempre había estado acechando en el trasfondo de todo. Como mis padres, yo también tenía mis sospechas acerca de la sexualidad de mi hermano (sobre todo porque nunca había tenido novia). Pero en aquella época estas sospechas no se planteaban claramente. Todo se escondía. Literalmente. Y figurativamente. Admitir abiertamente la homosexualidad en los años cuarenta en Estados Unidos habría sido un acto suicida. Incluso a la hermanita que te adoraba. Así que hablamos en clave.

—Creo que eres la persona más moral que conozco —dije.

—Pero padre utilizó la palabra «moral» con otro sentido. ¿Lo comprendes, S?

Puse mi mano sobre la suya.

—Sí. Lo comprendo.

—¿Y te importa?

—Eres mi hermano. Es lo único que importa.

—¿Estás segura?

Le apreté la mano.

—Estoy segura.

—Gracias.

—Cállate —dije con una sonrisa.

El me apretó la mano a su vez.

—Siempre estaré contigo, S. Ya lo sabes. Y no te preocupes por padre.

Esta vez no se saldrá con la suya.

Una semana después recibí una carta de Eric en Bryn Mawr.

Querida S:

Después de verte el pasado domingo, decidí que hacía tiempo que tenía pendiente una visita rápida a Hartford. Subí al tren a la mañana siguiente. No tengo que decirte que madre y padre se quedaron asombrados cuando me vieron en la puerta. Aunque al principio no quería escucharme, finalmente padre no tuvo más remedio que oír lo que tenía que decir en tu nombre. En la primera hora de nuestras «negociaciones» (lo único que se le puede llamar) se empeñó en su «Volverá a Hartford, y no hay más que hablar». Así que empecé con lo de «Sería una lástima que perdieras a tus dos hijos» con mucha delicadeza, no tanto como una amenaza, sino como una posibilidad trágica. Cuando siguió en sus trece y me dijo que había tomado una decisión, yo le respondí: «Entonces acabarás viejo y solo». Después de esto me marché y tomé el siguiente tren de vuelta a Nueva York.

Al día siguiente el inoportuno teléfono sonó a las ocho de la mañana. Era nuestro querido padre. Su tono seguía siendo rudo e inflexible, pero su canción había cambiado mucho.

«Esto es lo que aceptaré. Sara puede trabajar en *Life*, pero solo si acepta vivir en el Hotel Barbizon para mujeres de la Calle 62 Este. Me lo ha recomendado mucho uno de mis socios de Standard Life. Funciona con reglas estrictas, incluyendo toque de queda nocturno y nada de visitantes nocturnos. Si vuestra madre y yo sabemos que está bien cuidada en el Barbizon, accederemos a su petición de vivir en Manhattan. Como parece que te has erigido en el papel de mediador, dejaré que le plantees mi propuesta a Sara. Por favor, dile que aunque le damos todo nuestro amor y apoyo, no negociaremos estas condiciones.»

Por supuesto, no dije nada, excepto que te transmitiría su oferta. Pero, por lo que a mí respecta, esto es casi una capitulación por su parte. Así que bébete cinco manhattans para celebrarlo y despídete de Pensilvania. Te vas a Nueva York... con la bendición paterna. Y no te preocupes por el Barbizon. Te inscribes allí los primeros dos meses y después te trasladas a tu propio piso sin decir nada. Más tarde ya veremos cómo se lo hacemos saber a nuestros padres sin reactivar las hostilidades.

Paz para nuestros tiempos.
Tu «moral» hermano,
ERIC

Casi chillé de alegría cuando terminé de leer la carta. Corrí a mi dormitorio, busqué papel de carta y un bolígrafo y escribí:

Querido E:

Escribiré a Roosevelt esta noche y te nominaré para la Liga de Naciones (si se reconstituye después de la guerra). ¡Eres un genio de la diplomacia! Y el mejor hermano del mundo. Dile a la banda de la Calle 42 que pronto estaré allí...

Te quiere,
S

También escribí una nota rápida a mi padre para informarle de que aceptaba sus condiciones, y le aseguraba que no avergonzaría a la familia en Nueva York —una forma en clave de decir que seguiría siendo una «buena chica», aunque viviera en aquel Sodoma y Gomorra llamado Manhattan.

Nunca recibí una respuesta de mi padre. Tampoco la esperaba. No era su forma de hacer las cosas. Pero sí asistió a mi graduación con mi madre. Eric también vino a pasar el día. Después de la ceremonia, fuimos todos a almorzar al hotel. Fue un almuerzo raro. Nuestro padre nos miraba al uno y al otro y apretaba los labios. Aunque Eric se había puesto corbata y la única chaqueta que tenía para la ocasión, una americana de cheviot gastada que había encontrado en una tienda de segunda mano. Su camisa era de color caqui del ejército. Parecía un sindicalista y no paró de fumar en todo el almuerzo, aunque limitó su ingesta de alcohol a dos manhattans. Yo llevaba un vestido conservador, pero aun así mi padre me miraba inquieto. Ahora que le había plantado cara, ya no era su hijita. Y era evidente que ya no estaba relajado conmigo —aunque mi padre no estaba nunca relajado con sus hijos. Mientras tanto, mi madre hizo lo que hacía siempre: sonreír nerviosamente y seguirle la corriente a mi padre en todo.

Finalmente, después de una conversación muy tensa sobre tonterías de la universidad, el mal servicio de trenes en Hartford y qué chico del barrio estaba en qué lugar de Europa o el Pacífico, nuestro padre dijo de repente:

—Solo quiero que sepas, Sara, que tu madre y yo estamos muy orgullosos de tu *cum laude*. Es una gran nota.

—Pero no es *summa cum laude* como yo —dijo Eric, arqueando las cejas maliciosamente.

—Muchas gracias —repliqué.

—A disponer, S.

—Estamos orgullosos de los dos —dijo mi madre.

—En lo que a estudios se refiere —añadió mi padre.

—Sí —dijo mi madre rápidamente—, en lo que a estudios se refiere no podríamos estar más orgullosos.

Fue la última vez que estuvimos todos juntos. Seis semanas después, cuando volvía al Hotel Barbizon para mujeres después de un largo día en *Life*, me sorprendí al ver a Eric de pie en el vestíbulo. Tenía la cara blanca y demacrada. Me miró con expresión turbada y supe inmediatamente que iba a decirme algo malo.

—Hola, S —dijo amablemente, cogiéndome la mano.

—¿Qué ha pasado?

—Padre ha muerto esta mañana.

Sentí que el corazón me estallaba en el pecho. Por un momento no supe ni dónde estaba. Luego sentí las manos fuertes de mi hermano en los brazos. Me acompañó a uno de los sofás y me ayudó a sentarme a su lado.

—¿Cómo? —pregunté finalmente.

—Un infarto, en el despacho. Su secretaria lo encontró desplomado sobre la mesa. Debió de ser bastante rápido... que supongo que es lo mejor.

—¿Quién se lo ha dicho a madre?

—La policía. Luego me llamaron los Daniels. Dicen que madre está muy mal.

—Pues claro que estará mal —me oí decir—. Él era toda su vida.

Sentí que un sollozo me subía por la garganta. Pero lo reprimí, porque de repente oí la voz de mi padre en la cabeza: «Llorar no sirve de nada— me había dicho una vez que tuve un suficiente en latín—, llorar es autocompadecerse. Y la autocompasión no soluciona nada».

De todos modos, no sabía qué sentir en aquel momento, excepto la

angustia confusa de la pérdida. Quería a mi padre. Temía a mi padre. Deseaba su afecto. Nunca sentí realmente su afecto. Pero sabía que Eric y yo lo éramos todo para él. Simplemente no sabía cómo expresar estas cosas. Ahora no lo sabría nunca. Esto fue lo que más me dolió, que ahora nunca tendría la oportunidad de salvar la brecha que siempre había habido entre nosotros; que el recuerdo de mi padre estaría siempre teñido de la certeza de que nunca habíamos hablado. Creo que esto es lo peor de la aflicción: aceptar lo que podría haber sido si hubieras sido capaz de hacerlo bien.

Dejé que Eric se encargara de todo. Me ayudó a hacer la maleta. Buscó un taxi que nos llevara a Penn Station y tomamos el tren de las 8:13 a Hartford. Nos sentamos en el coche-bar y bebimos sin parar mientras el tren cruzaba el condado de Fairfield en dirección norte. Eric no manifestó su dolor en ningún momento, porque —yo lo presentía— quería mostrarse fuerte ante mí. Lo más curioso de nuestra conversación fue que apenas hablamos de nuestro padre o de nuestra madre. En lugar de eso hablamos de esto y aquello, sobre mi trabajo en *Life* y el de Eric para el Theater Guild, sobre los rumores que venían de Europa Oriental en torno a los campos de exterminio nazis, sobre si Roosevelt seguiría con Henry Wallace como vicepresidente en la siguiente campaña a la presidencia, y sobre por qué *Watch on the Rhine* de Lillian Heilman, en la desinhibida opinión de Eric, era una porquería de obra. Fue como si no fuéramos capaces de asumir la profundidad de la pérdida de un padre hacia el cual los dos teníamos sentimientos tan complejos y ambivalentes. Solo en una ocasión en todo el viaje se mencionó la cuestión de la familia... cuando Eric dijo:

—Creo que ahora ya podrás dejar el Barbizon.

—¿A madre no le importará?

—Seguro que madre tiene otras cosas en la cabeza, S.

La predicción de Eric fue escalofriantemente precisa. Nuestra madre estaba sencillamente destrozada por la muerte de su marido; era inconsolable. Los tres días previos al funeral estuvo tan abatida que el médico le administró sedantes. Resistió el funeral en la iglesia episcopaliana, pero se hundió totalmente ante la tumba, hasta el punto de que el médico recomendó que la ingresáramos en una clínica en observación.

Ya no volvió a salir de la clínica. Al cabo de una semana de su ingreso, se le declaró una forma prematura de demencia senil y la perdimos para siempre. La examinaron varios especialistas y todos llegaron a la misma conclusión: a raíz de la muerte de nuestro padre, su aflicción fue tan intensa, tan abrumadora, que sufrió un accidente vascular cerebral que le atacó gradualmente el habla, la memoria y el control motor. En los primeros meses de su enfermedad, Eric y yo íbamos juntos a verla a Hartford los fines de semana, nos sentábamos junto a su cama y esperábamos alguna señal de vida cognitiva. Después de seis meses, los médicos nos dijeron que no era probable que saliera jamás de su demencia. Aquel fin de semana tomamos algunas decisiones difíciles pero necesarias. Pusimos en venta la casa de nuestros padres. Decidimos cuáles de las posesiones de nuestros padres serían para vender y cuáles para donar a beneficencia. Ninguno de los dos se llevó mucho de la casa familiar. Eric reclamó para sí mismo una mesita escritorio que tenía nuestro padre en el dormitorio. Yo me quedé con una fotografía, tomada en 1913, durante la luna de miel de nuestros padres en las Berkshires. Madre estaba sentada en una silla de respaldo recto con un vestido de lino blanco de manga larga y el pelo recogido en un moño tirante. Padre estaba de pie a su lado. Llevaba un traje con chaleco y su cuello rígido. Tenía la mano izquierda escondida detrás de la espalda y la derecha en el hombro de nuestra madre. No había ni rastro de afecto entre ellos; ninguna sensación de ardor o romanticismo, ni siquiera desprendían el sencillo placer de estar juntos. Parecían tan tiesos, tan formales, tan inadecuados para el siglo que les había tocado vivir.

La noche en que Eric y yo estábamos ordenando sus posesiones y encontramos esta fotografía en el desván, mi hermano se echó a llorar. Era la única vez que le veía llorar desde que nuestro padre había muerto y nuestra madre había caído enferma —yo, por el contrario, había tenido que encerrarme muchas veces en el lavabo de *Life* para llorar como una tonta. Supe exactamente por qué Eric se había desmoronado de golpe. Porque aquella fotografía era un retrato preciso de la cara formal y reprimida que nuestros padres presentaban ante el mundo... y, peor aún, ante sus hijos. Siempre creímos que su austeridad se extendía a ellos dos, porque nunca

hubo ninguna demostración pública de afecto entre ellos. Pero ahora nos dábamos cuenta de que existía una pasión oculta entre ellos, un amor y una dependencia tan profundos que a nuestra madre la había matado estar sin nuestro padre. Lo que más nos asombró es que nunca hubiéramos percibido aquella pasión, que no la hubiéramos detectado en absoluto.

—Nunca llegas a conocer a las personas —me dijo Eric aquella noche—. Te crees que las conoces pero siempre acaban sorprendiéndote. Sobre todo cuando se trata de amor. El corazón es la parte más íntima y desorientada de la anatomía.

Mi único antídoto en aquella época fue el trabajo. Me encantaba trabajar en *Life*. Especialmente desde que, al cabo de cuatro meses, pasé de la condición de becaria a la de ayudante de redacción. Me proveía de documentación y escribía al menos dos artículos cortos a la semana para la revista. Mi editor, un periodista llamado Leland McGuire, que fumaba sin parar y había sido a su vez editor de la sección local en el *New York Daily Mirror*, y que, aunque había cambiado a *Life* por dinero y un horario más razonable, echaba de menos el torbellino y el descontrol de un periódico diario, me asignaba los artículos. Le caí simpática y, poco después de entrar en su departamento, me invitó a comer en el Oyster Bar, en el sótano de la Grand Central Station.

—¿Me permites un consejo profesional? —preguntó, después de tomarnos dos platos de sopa y una docena de ostras.

—Claro, señor McGuire.

—Leland, por favor. Verás, si realmente quieres ser periodista, sal de esta casa y búscate un trabajo de periodista en algún diario importante. Yo podría ayudarte. Podría encontrarte algo en el *Mirror* o en el *News*.

—¿No está contento con mi trabajo?

—Por el contrario, creo que eres muy buena. Pero las cosas claras: *Life* es, ante todo, una revista de fotografía. Nuestros periodistas son casi todos hombres y son ellos los que cubren las buenas noticias: el bombardeo de Londres, Guadalcanal, la próxima campaña de Roosevelt. A ti solo te puedo dar temas de arte: artículos de quinientas palabras sobre el estreno cinematográfico del mes, una nueva tendencia de moda o recetas de cocina. Mientas que si trabajaras en la sección local del *Mirror*, saldrías fuera, con la

policía, irías a los juzgados, incluso quizá te darían alguna jugosa ejecución en Sing-Sing.

—No creo que las ejecuciones sean mi fuerte, señor McGuire.

—¡Leland! Te han educado demasiado bien, Sara. ¿Otro manhattan?

—Uno es mi límite con el almuerzo.

—Entonces más vale que no trabajes en el *Mirror*. O quizá sí, porque, al cabo de un mes habrías aprendido a tomar tres manhattans con el almuerzo y seguir funcionando.

—De verdad que estoy muy contenta en *Life*. Estoy aprendiendo mucho.

—¿No quieres convertirte en una reportera despiadada a lo Barbara Stanwick, entonces?

—Quiero escribir ficción, señor McGuire..., perdón, Leland.

—Válgame Dios...

—¿He dicho algo malo?

—No. La ficción está bien. Si eres capaz.

—Pienso intentarlo al menos.

—Y luego, supongo, un maridito y niños y una bonita casa en Tarrytown.

—Esa no es una de mis prioridades.

Mi editor apuró su martini.

—Eso ya lo he oído otras veces.

—Estoy convencida. Pero en mi caso es verdad.

—Claro. Hasta que conozcas a alguien y decidas que estás harta de trabajar de nueve a cinco, y quieras establecerte y que otro pague las facturas, y decidas que aquel tipo tan guapo y listo es un buen candidato para caer en la trampa, y...

De pronto, me oí hablando en un tono bastante furioso.

—Gracias por reducirme al nivel del estereotipo femenino.

El tono de mi voz le sorprendió.

—Perdón, estaba diciendo cosas sin sentido.

—Ya lo creo.

—No pretendía ofenderte.

—No me he ofendido, señor McGuire.

—A mí me parece que estás bastante enfadada.

—Enfadada no. No me gusta que me encasillen como una vulgar depredadora.

—Pero eres una chica dura.

—¿No es como debería ser? —dije, lánguidamente, y le dediqué una sonrisa sarcástica y tierna.

—Las de tu clase seguro. Recuérdate que no te invite nunca a salir una noche.

—No salgo con hombres casados.

—Veo que tampoco haces prisioneros. Tu novio debe de tener el cerebro a prueba de balas.

—No tengo novio.

—Sorpresa, sorpresa.

El motivo por el cual no tenía novio era muy sencillo: en aquel momento de mi vida estaba demasiado ocupada. Tenía mi trabajo. Tenía mi primer piso: un pequeño estudio en una preciosa esquina arbolada de Greenwich Village llamada Bedford. Básicamente, tenía a Nueva York, y aquel era el mejor romance del mundo. Aunque ya había estado varias veces antes, no tenía nada que ver con vivir y a veces tenía la sensación de que había aterrizado en un patio de recreo para adultos. Para alguien que ha crecido en los confines sedados, conservadores y entrometidos de Hartford, Connecticut, Manhattan era una embriagadora revelación. Para empezar, todo era asombrosamente anónimo. Podía ser casi invisible y nunca sentía que alguien me mirara por encima del hombro con desaprobación, uno de los pasatiempos preferidos en Hartford. Podía salir toda la noche, o pasar medio sábado perdida en los doce kilómetros de libros de la librería Strand, u oír a Ezio Pinza cantar el papel principal de *Don Giovanni* en el Met por cincuenta centavos (siempre que estuvieras dispuesto a estar de pie), o almorzar en Lindy's a las tres de la tarde, o levantarme al amanecer en domingo, pasear hasta el Lower East Side, comprar conservas en la calle Delancey, dejarme caer por Katz y comprarme un bocadillo de pastrami cercano a la experiencia religiosa.

O simplemente pasear, algo que yo hacía sin parar, obsesivamente. Largos paseos, desde mi piso de la calle Bedford hasta la Universidad de Columbia

en el norte. O cruzaba el puente de Brooklyn y subía por la avenida Flatbush hasta Park Slope. Lo que descubrí durante aquellos paseos fue que Nueva York era como una larguísima novela victoriana que te obligaba a abrirte camino entre largas presentaciones y complicados argumentos secundarios. Como soy una lectora impaciente, me quedé compulsivamente atrapada en su narrativa, deseando saber adonde me conduciría a continuación.

La sensación de libertad era extraordinaria. Ya no estaba bajo la supervisión paterna. Podía mantener mi propio estilo de vida. No debía responder ante nadie. Y gracias a mi hermano Eric tenía entrada directa a la parte más esotérica de Manhattan. Conocía a todos los residentes más arcanos de la ciudad. Traductores de poesía medieval checa. Pinchadiscos de jazz que trabajaban toda la noche. Escultores alemanes. Candidatos a compositores que escribían óperas atonales sobre Gawain..., en resumen, la clase de gente que nunca conocerías en Hartford, Connecticut. También había muchas personas con ideas politizadas, la mayoría de las cuales estaban dando clases en alguna universidad de las afueras, escribiendo para algún periódico izquierdista, dirigiendo pequeñas organizaciones de caridad que suministraban ropa y alimentos a «nuestros fraternales camaradas soviéticos que luchan con coraje contra las fuerzas del fascismo» o haciendo cosas por el estilo.

Naturalmente, Eric intentó que me interesara por su grupo de tendencia izquierdista. Pero a mí no me interesaba. Desde luego que respetaba la pasión de Eric por su causa. Como también respetaba —y compartía— su odio por la injusticia social y la desigualdad económica. Pero no estaba de acuerdo con la forma en que sus amigos politizados trataban sus creencias como si de una religión laica se tratara, de la cual eran los sumos sacerdotes. Gracias a Dios, Eric abandonó el partido en el 41. Yo había conocido a algunos de sus «camaradas» cuando le visité en Manhattan durante la universidad, y ¡no se creería lo dogmática que era aquella gente! Realmente creían que la suya era la verdad, la única forma... y no querían ni abordar puntos de vista de disensión. Una de las razones por las que Eric se cansó y lo dejó.

Al menos, ninguno de sus amigos de política me invitó nunca a salir, lo que fue un alivio. Porque, en general, eran un grupo lúgubre y taciturno.

—¿No conoces algún comunista divertido? —le pregunté un domingo comiendo a última hora en el deli de Katz's.

—Un «comunista divertido» es una contradicción —respondió.

—Tú eres un comunista divertido.

—Baja la voz —susurró.

—No creo que J. Edgar Hoover tenga a un agente apostado en Katz's.

—Nunca se sabe. Además soy un ex comunista.

—Pero sigues siendo de izquierdas.

—Izquierda del centro. Un Henry Wallace demócrata.

—Bueno, pues yo te prometo que no saldré nunca con un comunista.

—Por motivos patrióticos.

—No, porque no podría hacerme reír.

—¿Te hacía reír Horace Cowett?

—A veces, sí.

—¿Cómo puede ser que alguien que se llama Horace Cowett haga reír?

Eric no iba desencaminado, pero, al menos, Horace no era tan ridículo como su nombre. Era alto y desgarbado, tenía el pelo negro y abundante y llevaba gafas con montura de concha. Le gustaba llevar chaquetas de cheviot y corbatas de punto. A los veinte ya parecía un profesor de toda la vida. Era silencioso, casi tímido, pero muy inteligente, y un gran conversador cuando se sentía cómodo con alguien. Nos conocimos en las clases mixtas de Haveford/Bryn Mawr, y salimos durante todo mi último año. Mis padres creían de verdad que era un gran partido; yo tenía mis dudas, aunque Horace tuviera virtudes, sobre todo cuando se trataba de hablar sobre novelas de Henry James o de cuadros de John Singer Sargent —su escritor preferido y su pintor favorito. Por mucho que no desbordara precisamente alegría de vivir, me gustaba... pero no lo suficiente para dejar que me llevara a la cama. Por otro lado, Horace tampoco insistió demasiado en este punto. A los dos nos habían educado demasiado bien.

Sin embargo me propuso matrimonio un mes antes de la graduación. Cuando le contesté al cabo de una semana, me dijo:

—Espero que no digas que no simplemente porque no tienes ganas de casarte todavía. A lo mejor en un par de años has cambiado de opinión.

—Sé lo qué pensaré sobre esto dentro de un año. Exactamente lo mismo que ahora. Porque, sencillamente, no quiero casarme contigo.

Apretó los labios e intentó no parecer ofendido. No lo logró.

—Lo siento —dije.

—No es necesario.

—No quería ser brusca.

—No lo has sido.

—Sí, lo he sido.

—No, en realidad has sido solo... informativa.

—¿Informativa? Directa, diría yo.

—Yo diría que... instructiva.

—Sincera. Explícita. Franca. No tiene más importancia, ¿verdad?

—Bueno, en un sentido semántico...

Antes de esta conversación, había sentido algunos escrúpulos acerca de rechazar la proposición de matrimonio de Horace. Después de esta conversación, las pocas dudas que tenía desaparecieron. Para mis padres y para muchas de mis amigas de Bryn Mawr, había desafiado las convenciones rechazando su oferta. Al fin y al cabo, él era un valor seguro. Pero yo estaba convencida de que podía conocer a alguien con más chispa y más pasión. Y, a los veintidós años, no quería comprar un billete de ida a la domesticidad sin pararme a pensar en otras opciones.

Por lo tanto, cuando llegué a Nueva York, la idea de encontrar novio no estaba en mi lista de prioridades. Sobre todo porque tenía que ponerme al día en muchas cosas durante aquel primer año.

Vendimos la casa familiar en Navidad, pero casi todo el dinero se fue en las facturas médicas de mi madre durante su estancia en la clínica. Eric y yo recibimos 1944 en un hotel mugriento de Hartford, porque habíamos tenido que volver allí corriendo la vigilia de fin de año tras una llamada de la clínica. Nuestra madre había contraído una infección en el tórax que se había transformado de repente en neumonía. No sabían si lo superaría. Pero cuando llegamos a Hartford, los médicos la habían estabilizado. Estuvimos una hora junto a ella. Estaba en un coma profundo y miraba a sus dos hijos sin expresión. Nos despedimos de ella con un beso. Como habíamos perdido el

último tren a Manhattan, nos quedamos en aquel mugriento hotel de la estación. Pasamos el resto de la noche en el bar del hotel, bebiendo malos manhattans. A medianoche, cantamos *Auld Lang Syne*, con el camarero y unos cuantos viajeros de comercio solitarios.

Fue un comienzo de año lúgubre. Y se volvió más lúgubre a la mañana siguiente, cuando estábamos a punto de irnos y llegó una llamada de la clínica. Contesté yo. Era de uno de los médicos de guardia aquella mañana.

—Señorita Smythe, siento tener que informarle que su madre falleció hace media hora.

Curiosamente no sentí un dolor abrumador —eso vino días después—. Más bien un entumecimiento, mientras intentaba asumir la idea: «Ahora mi única familia es Eric».

A él la noticia también le sorprendió con la guardia baja. Tomamos un taxi a la clínica. Por el camino, Eric se echó a llorar. Lo rodeé con mis brazos.

—Nunca le gustó el día de fin de año —dijo, finalmente.

El funeral se celebró al día siguiente. Dos vecinos y la secretaria de mi padre se presentaron en la iglesia. Después del cementerio, fuimos en taxi a la estación. En el tren de vuelta a Nueva York, Eric dijo:

—Estoy seguro de que esta es la última vez que piso Hartford.

La herencia no era gran cosa: dos pólizas de seguros. Acabamos con cinco mil dólares cada uno más o menos, que era una buena cantidad en aquella época. Eric dejó inmediatamente su trabajo en el Theater Guild y se fue a viajar por México y Sudamérica durante un año. Se llevó la Remington portátil, porque pensaba pasarse los doce meses escribiendo una gran obra de teatro y recopilando material para un libro de viajes por Latinoamérica. Quería que lo acompañara, pero yo no tenía ninguna intención de dejar mi trabajo en *Life* después de solo siete meses.

—Pero si vienes conmigo, podrás concentrarte en escribir durante un año —dijo.

—Estoy aprendiendo mucho en *Life*.

—¿Aprendiendo qué? ¿A escribir artículos de quinientas palabras sobre el estreno de *Bloomer Girl* en Broadway o por qué los cuellos altos son la última moda del año?

—Estoy bastante contenta de estos dos artículos —dije— aunque no estuvieran firmados.

—A eso me refiero. Como te dijo tu editor, nunca te encargarán los reportajes importantes, porque se los quedan los hombres que llevan allí toda la vida. Tú quieres escribir ficción. ¿Qué te lo impide? Tienes el dinero y la libertad. Podríamos alquilar una hacienda en México con el dinero que tenemos entre los dos... y pasarnos el día escribiendo, sin estorbos.

—Es un sueño muy bonito —contesté—, pero no voy a irme de Nueva York ahora que acabo de llegar. Todavía no estoy preparada para ser una escritora profesional. Primero tengo que encontrar mi camino. Y el empleo de *Life* también me dará experiencia.

—Por Dios, eres demasiado sensata. Supongo que piensas hacer algo ultrapráctico con tus cinco mil dólares.

—Bonos del Estado.

—S, en serio. Te has convertido en doña Prudencia.

—Me declaro culpable.

Así que Eric cruzó la frontera, y yo me quedé en Manhattan, trabajando en *Life* de día e intentando escribir narraciones cortas por la noche. Pero la presión del trabajo diario y los muchos placeres de Manhattan me mantenían alejada de la máquina de escribir Remington de mi estudio. Cada vez que me sentaba a trabajar, me ponía a pensar: «No tengo mucho que decir, la verdad». O una vocecita tentadora susurraba: «Hacen un programa doble estupendo en el RKO de la Calle 58: *Cinco tumbas al Cairo* y *Air Force*». O me llamaba una amiga proponiendo salir a comer el sábado a Schrafft's. O tenía que terminar un artículo para *Life*. O el baño necesitaba un repaso. O... encontraba cualquiera del millón de excusas que los aspirantes a escritor siempre encuentran para esquivar la tiranía de la pluma.

Al final, decidí dejar de engañarme. Saqué la Remington de la mesa del comedor y la guardé en el armario. Le escribí a Eric una larga carta, explicando por qué dejaba temporalmente a un lado mis ambiciones de escritora:

Nunca he viajado. No he visto nada más allá de Washington DC... por no hablar del mundo. Nunca

he estado en peligro mortal. Nunca he conocido a nadie que haya estado en la cárcel, o haya sido imputado por el gran jurado federal. No he trabajado nunca en los bajos fondos, ni en una cocina de caridad. No he recorrido el sendero de los Apalaches, ni subido al monte Kathadin, ni he cruzado el lago Saranac en canoa. Podría haberme presentado voluntaria a la Cruz Roja para ir a la guerra. Podría haberme apuntado a algún proyecto de trabajo estatal y dar clases en el Dust Bowl. Podría haber hecho mil cosas más interesantes que las que hago ahora y, con ello, haber encontrado algo que escribir.

Qué caramba, E, ni siquiera me he enamorado nunca. No es de extrañar que no tenga nada que decir cuando me siento ante la máquina de escribir.

Mandé la carta a la lista de correos de Zihuantanejo, México. Eric vivía temporalmente en aquel rincón del trópico mejicano, en una casa alquilada junto a la playa. Siete semanas después, recibí su respuesta, escrita con letra muy pequeña en una postal procedente de Tegucigalpa, Honduras.

S:

Lo que me dices en tu carta es solo que, por ahora, crees que no tienes ninguna historia que contar. Te aseguro que todo el mundo tiene una historia que contar, porque toda la vida es una narración. Pero saber esto supongo que no es mucho consuelo para alguien que sufre el bloqueo del escritor (un problema del que tengo una experiencia presente). La regla del juego es sencilla: si quieres escribir, escribirás. Y has de saber que si quieres enamorarte, encontrarás a alguien de quien enamorarte. Pero cree a tu hermano, más mayor y más bregado: no debes decidir nunca enamorarte. Porque esta clase de romances siempre acaban como material de un melodrama barato. El amor de verdad, por su parte, se presenta cuando menos lo esperas... y luego te da una patada.

No debería haberme marchado de México. Lo mejor de Tegucigalpa es el autobús para largarse de Tegucigalpa. Me voy al sur. Te escribiré cuando me instale en algún sitio.

Te quiere,

E

A lo largo de los diez meses siguientes, mientras seguía trabajando en *Life* y dedicaba todo mi tiempo libre a deambular por Nueva York, intenté no lamentarme mucho sobre mi estancada carrera profesional. Y tampoco encontré a nadie de quien me apeteciera enamorarme. Pero sí recibí muchas postales de Eric, desde Belice, San José, Panamá City, Cartagena y, por último, Río. Volvió a Nueva York en junio del 45, sin un centavo. Tuve que prestarle doscientos dólares para pasar su primer mes en casa, durante el cual volvió a instalarse en su piso y a buscar trabajo.

—¿Cómo lo has hecho para gastar todo ese dinero? —le pregunté.

—Viviendo como un rey —dijo, algo avergonzado.

—Y yo que creía que vivir como un rey iba en contra de tus principios.

—Iba. Y va.

—¿Qué ha sucedido, entonces?

—Yo le echo la culpa al exceso de sol. Me convirtió en un gringo loco, muy tonto y muy generoso. Pero te prometo volver a ponerme un cilicio inmediatamente.

En lugar de eso, acabó escribiendo algunos episodios de *Boston Blackie*. Cuando lo echaron de aquel programa, se colocó en *The Quiz Bang Show*, escribiendo chistes en serie para Joe E. Brown. Nunca dijo nada sobre la obra que se suponía que escribiría durante aquel año y yo no le pregunté. Su silencio era bastante elocuente.

Enseguida volvió a frecuentar su amplio círculo de amigos bohemios. Y la vigilia del día de Acción de Gracias del 45 celebró una fiesta con todos ellos.

A mí ya me habían invitado a la fiesta anual de uno de los editores de *Life* que vivía en la Calle 77 Oeste entre Central Park Oeste y Columbus, la calle donde hinchaban los globos para el desfile de Acción de Gracias de Macy's a la mañana siguiente. Prometí a Eric que pasaría por su casa más tarde. Pero la fiesta del editor se alargó. Por culpa de los globos de Macy's —y la multitud que había ido a ver cómo los hinchaban—, todas las calles alrededor de Central Park Oeste estaban cerradas al tráfico y tardé media hora en encontrar un taxi. Ya era medianoche. Estaba muerta de cansancio. Le dije al taxista que me llevara a la calle Bedford. En cuanto puse el pie en mi piso, sonó el teléfono. Era Eric. A través del auricular oía que su fiesta iba a todo trapo.

—¿Dónde te has metido? —preguntó.

—Alternando con mis compañeros de trabajo en Central Park Oeste.

—Bueno, pues ahora ven. Como debes oír, esto está que arde.

—Creo que paso, E. Necesito dormir una semana seguida.

—Tienes todo el fin de semana para dormir.

—Por favor, déjame que te abandone esta noche.

—No. Insisto en que cojas un taxi y te presentes *tout de suite chez moi*, dispuesta a beber hasta el amanecer. Caramba, es el primer día de Acción de Gracias desde hace años sin entrar en guerra. A mí me parece una buena

excusa para destruir algunas células cerebrales.

Suspiré y pregunté:

—¿Me darás tú las aspirinas mañana?

—Tienes mi palabra de patriota americano.

Volví a ponerme el abrigo de mala gana, bajé, paré un taxi y en cinco minutos estaba plantada en la fiesta de Eric. El piso estaba repleto de gente. Habían puesto música de baile a todo volumen en el tocadiscos. Una nube de humo envolvía el diminuto apartamento en una niebla cargada. Alguien me puso una botella de cerveza en la mano. Di una vuelta. Y entonces le vi. Un chico de unos veinticinco años, con el uniforme caqui oscuro del ejército, la cara alargada y los pómulos marcados. También escrutaba la habitación con los ojos. De repente se fijó en mí. Le sostuve la mirada. Solo un segundo. O quizá dos. Me miró. Le miré. Sonrió. Le devolví la sonrisa. Luego él se volvió. Y eso fue todo. Una simple mirada.

No debería haber estado allí. Debería haber estado en casa, durmiendo. A menudo me he preguntado: ¿si no hubiera aparecido en aquel momento, habríamos llegado a conocernos?

El destino es algo accidental, ¿verdad?

2

La puerta del piso se abrió de golpe. Diez personas más se apretujaron en su interior. Todos eran muy ruidosos, muy bulliciosos y ya venían muy bien lubricados. Ahora había tanta gente en la habitación que era imposible moverse. Aún no había visto a mi hermano y me estaba empezando a enfadar por haberme dejado convencer de asistir a aquella tontería de fiesta. Me gustaban los amigos de Eric, pero no en masa. Eric lo sabía y a menudo se burlaba de mí llamándome antisocial.

—No soy antisocial —protestaba yo—. Solo soy antimultitudes.

Especialmente, podría haber añadido, multitudes en pisos diminutos. Por el contrario, mi hermano se lo pasaba en grande con el gentío y formando parte de una muchedumbre. Siempre tenía montones de amigos. Una noche tranquila en casa no era lo suyo. Tenía que encontrarse con amigos en bares, tener una fiesta a la que acudir, ir a un club de jazz o —en el peor de los casos— pasar la noche en uno de los cines nocturnos de la Calle 42, donde daban tres películas por veinticinco centavos. Desde que había vuelto de Sudamérica, su afán por juntarse con gente había alcanzado cotas más altas, hasta el punto de que a veces me preguntaba si llegaba a dormir alguna vez. También había cambiado de mala gana su aspecto para conseguir el empleo como guionista de Joe E. Brown. Se había cortado el pelo y ya no se vestía como Trotsky, porque sabía que no lo contratarían si no se adaptaba a la norma de los trajes que se llevaban entonces.

—Padre se estará muriendo de risa en la tumba —me dijo una noche—,

viendo como su rojísimo hijo se compra la ropa en Brooks Brothers.

—La ropa no significa nada —dije.

—No me dores la píldora. Lo significa todo. Todos los que me conocen comprenden que esta ropa significa que he fracasado.

—No has fracasado.

—Cualquiera que empiece creyendo que será el próximo Bertolt Brecht y acabe escribiendo chistes para un concurso, puede darse el lujo de considerarse un fracaso.

—Escribirás otra gran obra —insistí.

Eric sonrió tristemente.

—S, nunca he escrito una gran obra. Ya lo sabes. Ni siquiera he escrito una buena obra. Y eso también lo sabes.

Sí, lo sabía, pero nunca se lo habría dicho. Como también sabía que el afán de vida social de Eric era una forma de anestesia. Apagaba su sensación de decepción. Sabía que estaba bloqueado. Y también sabía lo que había provocado el bloqueo: una pérdida total de confianza en su propio talento. Pero Eric se negaba a aceptar mi empatía y siempre cambiaba de tema cuando yo lo sacaba a colación. Finalmente, me di por vencida y abandoné el tema para siempre, aceptando el hecho de que no podría hacerle hablar de su evidente problema y sintiéndome muy inútil mientras le viera llenando obsesivamente cualquier momento de vigilia con toda clase de distracciones..., de lo cual esta fiesta era un síndrome más.

Cuando el ruido de la habitación alcanzó la categoría de rugido, decidí largarme rápidamente si no veía a mi hermano en los siguientes sesenta segundos.

Entonces sentí un ligero contacto en el hombro y una voz masculina en el oído.

—Pareces estar buscando una escotilla para huir.

Me di la vuelta. Era el chico con el uniforme del ejército. Estaba a pocos centímetros de mí, con un vaso en una mano y una botella de cerveza en la otra. De cerca, aún parecía más irlandés, lo que tenía que ver con la tosquedad de su piel, la cuadratura de su mandíbula, el brillo malicioso de sus ojos y la cara de ángel caído que insinuaba a la vez inocencia y experiencia.

Era una versión menos belicosa de Jimmy Cagney. De haber sido actor, podría haber interpretado la clase de sacerdote joven e idealista del barrio que daba a Cagney los últimos sacramentos después de que algún gángster rival lo llenara de plomo.

—¿Me has oído la primera vez? —gritó para hacerse oír—. Parece que estás buscando una escotilla para huir.

—Sí, te he oído. Y, sí, eres muy perceptivo —dije.

—Y tú te has ruborizado.

De repente sentí que las mejillas se me encendían un poco más.

—Será por el calor.

—O porque soy el hombre más guapo que has visto en tu vida.

Lo miré atentamente, y noté que arqueaba las cejas juguetonamente.

—Eres guapo, sí... pero no tanto.

Me examinó con admiración y dijo:

—Muy buena. ¿No te habré visto peleando con Max Schelling en el Garden?

—¿No te he visto dando una charla precisamente en el jardín botánico del Bronx?

—¿No te llamarás Dorothy Parker, por casualidad?

—Los halagos no te servirán de nada, soldado.

—Entonces intentaré emborracharte —dijo, poniendo una botella en mi mano vacía—. Una cerveza.

—Ya tengo una —contesté, levantando la botella de Schlitz que tenía en la otra mano.

—Un mano a mano. Me gusta. ¿No serás irlandesa por casualidad?

—Lo siento, pero no.

—Sorpresa, sorpresa. Yo estaba convencido de que eras una O'Sullivan de Limerick... y no una Kate Hepburn amante de los caballos.

—No monto a caballo —dije, interrumpiéndole.

—Pero sí eres WASP, ¿verdad?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Te parece esto una sonrisa WASP? —Intenté no reírme, pero fracasé.

—¡Vaya! Tienes sentido del humor. Creía que algo así no venía en el

paquete WASP.

—Siempre hay excepciones a la regla.

—Encantado de saberlo. ¿Qué..., salimos de aquí?

—¿Cómo dices?

—Has dicho que buscabas una salida. Te ofrezco una. Conmigo.

—¿Por qué habría de irme contigo?

—Porque te parezco divertido, encantador, absorbente, atractivo, irresistible...

—No es verdad.

—Mentirosa. Pero hay una razón por la que deberías irte conmigo. Porque hemos conectado.

—¿Ah sí?

—Sí. Y tú también lo crees.

—Yo no creo nada. —Y me oí decir:— No sé ni quién eres.

—¿Tiene alguna importancia?

Evidentemente, no. Porque ya estaba entusiasmada. Pero no pensaba dejar ver lo entusiasmada que estaba.

—Un nombre no estaría mal —dije.

—Jack Malone. O sargento Jack Malone, si lo quieres más oficial.

—¿De dónde eres, sargento?

—De un paraíso, un Valhalla, un lugar donde los protestantes blancos anglosajones temen ir...

—¿Que se llama?

—Brooklyn. Flatbush, para ser exactos.

—No conozco Flatbush.

—¡Lo ves! Es lo que decía. Para los WASP, Brooklyn siempre ha sido tierra prohibida.

—Pues yo he estado en Brooklyn Heights.

—¿Pero has estado en las profundidades?

—¿Es ahí donde vas a llevarme esta noche?

Se le iluminó la expresión.

—Un, dos, tres, ¿ya?

—Nunca me rindo tan fácilmente. Sobre todo cuando el oponente en

cuestión ha olvidado preguntar mi nombre.

—¡Vaya por Dios!

—Venga, pregunta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó imitando el acento alemán.

Se lo dije. Apretó los labios.

—¿Smythe con y griega y con e?

—Impresionante.

—Bueno, es que en Brooklyn nos enseñan a escribir. Smythe...

Volvió a pronunciar el nombre, esta vez con un marcado acento británico.

—Smythe... Qué te apuestas a que, años ha, se escribía sencillamente Smith, hasta que uno de tus remilgados antepasados de Nueva Inglaterra decidió que era demasiado vulgar y se lo cambió por Smythe.

—¿Cómo sabes que soy de Nueva Inglaterra?

—¡Estás de broma! Y si fuera jugador, apostaría diez dólares a que escribes Sara sin h.

—Y ganarías.

—Ya te he dicho que era observador. Sara. Muy bonito... si te gustan los puritanos de Nueva Inglaterra.

Oí la voz de Eric detrás de mí.

—¿Quieres decir como yo?

—¿Y tú quién eres si puede saberse? —preguntó Jack, un poco mosqueado por la interrupción.

—Su puritano hermano —dijo Eric, pasándome un brazo por los hombros—. Lo que quisiera saber es quién eres tú.

—Soy Ulysses S. Grant.

—Muy divertido —dijo Eric.

—¿Tiene importancia quién soy yo?

—Es que no recuerdo haberte invitado a esta fiesta —dijo Eric, sonriente.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Jack tranquilamente y sin avergonzarse lo más mínimo.

—Excelente deducción, doctor Watson —dijo Eric—. ¿Te importa decirme cómo llegaste aquí?

—Alguien que conocí en el club USO de Times Square me dijo que tenía

un amigo que tenía un amigo que tenía otro amigo que se había enterado de que daban esta fiesta en la calle Sullivan. Pero oye, no quiero líos, me marcharé enseguida.

—¿Por qué habrías de irte? —dije, tan deprisa que Eric me miró con una sonrisa maliciosa.

—Sí —dijo Eric—, ¿por qué habrías de marcharte cuando cierta persona es evidente que desea que te quedes?

—¿Seguro que no te importa?

—Cualquier amigo de Sara...

—Te lo agradezco.

—¿Dónde has estado sirviendo?

—En Alemania. Y no estaba en el ejército exactamente. Era periodista.

—¿Para *Stars and Stripes*? —preguntó Eric, mencionando el periódico oficial del ejército de Estados Unidos.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Jack Malone.

—El uniforme es una buena pista. ¿Por dónde estuviste?

—Un poco por Inglaterra. Y tras la rendición de los nazis estuve en Múnich. O en lo que quedaba de Múnich.

—¿Llegaste al frente oriental?

—Escribo para *Stars and Stripes*, no para el *Daily Worker*.

—Tienes que saber que leo el *Daily Worker* desde hace diez años —precisó Eric, poniendo un énfasis excesivo.

—Felicidades —dijo Jack—. Yo también leía las tiras cómicas todos los días.

—No entiendo la relación —objetó Eric.

—Todos superamos la adolescencia.

—¿El *Daily Worker* es para ti adolescente?

—Adolescente y mal escrito... como casi todos los folletos de propaganda. Si vas a soltar una jeremiada diaria sobre el bienestar de la clase obrera, al menos escríbela bien.

—Una jeremiada —dijo Eric, lleno de malicia—. Vaya, vaya, qué dominio de las grandes palabras.

—Eric... —intervine, fulminándole con la mirada.

—¿He dicho algo malo? —repuso, enredándose con las palabras.

Entonces me di cuenta de que estaba borracho.

—Malo, no —contestó Jack—. Solo clasista. Pero claro, hablando con un analfabeto de Brooklyn...

—Yo no he dicho esto —dijo Eric.

—No, solo lo has sugerido. Pero, vamos, estoy acostumbrado a que los *parvenus* se burlen de mis vocales poco elegantes.

—No creo que seamos *parvenus* —dijo Eric.

—Pero te ha impresionado mi dominio del francés, *n'est-ce pas?*

—Tu acento tendría que trabajarse un poco.

—Igual que tu sentido del humor. Como uno de tus inferiores intelectuales del lado equivocado del Manhattan Bridge, siempre me ha hecho gracia que los más grandes snobs del mundo silben la Internacional con sus labios universitarios. O a lo mejor lees *Pravda* en versión original, ¿camarada?

—Y seguro que tú eres uno de los más fanáticos admiradores del padre Coughlin.

—Eric, por el amor de Dios —dije, sin poder creer que hiciera un comentario tan fuera de lugar, porque el padre Charles E. Coughlin era un infame sacerdote de derechas; un precursor de McCarthy, que tenía un programa de radio semanal en el que sermoneaba contra los comunistas y los extranjeros y cualquiera que no se inclinara para besar la bandera. Cualquiera que tuviera un dedo de inteligencia le odiaba. Pero me tranquilicé al ver que el tal Jack Malone no se lanzaba a la yugular de mi hermano.

Con la voz todavía tranquila, dijo:

—Considérate afortunado de que incluya esta observación en la categoría de broma.

Le di un codazo a mi hermano.

—Discúlpate —le insté.

Después de un momento de duda, Eric dijo:

—Lo que he dicho estaba fuera de lugar. Me disculpo.

Al instante, Jack sonrió.

—Pues quedamos amigos, ¿vale?

—Claro.

—Bien, pues... feliz día de Acción de Gracias.

Eric tomó de mala gana la mano que Jack le alargaba.

—Sí. Feliz día de Acción de Gracias.

—Y perdona por la intrusión —dijo Jack.

—Ni hablar. Como si estuvieras en tu casa.

Después de esto, Eric se retiró apresuradamente. Jack se volvió hacia mí.

—Ha sido divertido —dijo.

—¿En serio?

—Claro que sí. Oye, el ejército no está precisamente lleno de eruditos. Hacía tiempo que no me insultaban de una forma tan educada.

—Tengo que disculparme. Se pone muy pesado cuando ha bebido demasiado.

—Ya te he dicho que ha sido divertido. Y ya veo de dónde has sacado el gancho de izquierda. Evidentemente es una especialidad de la familia.

—No sabía que fuéramos pesos pesados.

—Estás siendo modesta. Bueno, Sara sin h Smythe... ya es hora de que me vaya, porque tengo que presentarme en el trabajo a las nueve de la mañana.

—Pues vamos —dije.

—Pero yo pensaba...

—¿Qué?

—No lo sé. Que después del numerito que he montado con tu hermano, no querías saber nada más de mí.

—Te equivocabas. A menos, claro, que hayas cambiado de idea.

—No, no... Salgamos.

Me cogió del codo y me guió por la habitación. Cuando estábamos en el vestíbulo, me volví y miré a Eric.

—¿Ya te vas? —gritó por encima del estrépito, no muy contento de verme acompañada de Jack.

—¿Comemos mañana en el Luchows? —grité.

—Si es que llegas —contestó.

—Llegará —dijo Jack, y bajamos las escaleras.

En cuanto llegamos al portal de la casa, me atrajo hacia él y me besó apasionadamente. Fue un beso muy largo. Cuando terminó, dije:

—No me pediste permiso.

—Tienes razón. No lo hice. ¿Puedo besarte, Sara sin h?

—Solo si dejas de decir esa tontería de la h.

—Hecho.

Esta vez el beso me pareció que duraba una hora. Cuando finalmente se separó de mí, la cabeza me daba vueltas como una ruleta. Jack también parecía embriagado. Me tomó la cara entre las manos.

—Hola —dijo.

—Sí. Hola.

—Sabes que tengo que estar en la sede de la Marina...

—Ya me lo has dicho, a las nueve en punto. Pero ¿qué hora es? No es ni la una.

—Entonces, restando el tiempo del viaje a Brooklyn, tenemos...

—Siete horas.

—Sí, siete horas.

—Habrás que aprovecharlas —dije, y volvió a besarme—. Invítame a una copa.

3

Acabamos en el Lion's Head de Sheridan Square. Como era la vigilia del día de Acción de Gracias, no había mucha gente en los bares, y encontramos una mesa tranquila en un reservado. Me tomé dos manhattans rápidamente y me dejé convencer para tomar un tercero. Jack tomaba bourbon a secas con un trago de cerveza. En el Lion's Head la luz siempre era tenue. Había velas en las mesas. La nuestra tenía una llama que se mecía, como un metrónomo iluminado. El resplandor iluminaba la cara de Jack. No podía quitarle los ojos de encima. Cada vez me parecía más guapo. Quizá porque, como estaba descubriendo, era muy listo. Un gran conversador. Y aún mejor, sabía escuchar. Los hombres son siempre diez veces más atractivos cuando escuchan.

Me hizo hablar de mí misma. Quería saberlo todo, sobre mis padres, mi infancia, mis días de escuela en Hartford, mi época en Bryn Mawr, mi trabajo en *Life*, mis frustradas ambiciones literarias, mi hermano Eric.

—¿De verdad ha leído el *Daily Worker* durante diez años?

—Me temo que sí.

—¿Es un convencido?

—Bueno, fue miembro del partido durante dos años. Pero esto era cuando escribía para el Federal Theater Project, y se rebelaba contra toda su educación. Y aunque nunca se lo he dicho, creo que el partido no fue más que una moda para él. Era lo que tocaba, como un estilo de vestir que todos sus amigos llevaban en un cierto momento... pero lo superó sin traumas.

—¿Ya no es miembro?

—Desde el 41, no.

—Me alegro. ¿Pero sigue simpatizando con el tío Joe?

—La pérdida de fe no significa ateísmo instantáneo, ¿no crees?

Esbozó una amplia sonrisa.

—Se nota que eres escritora.

—¿Por una frase ingeniosa? No lo creo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes, porque nunca has leído nada de lo que he escrito.

—¿Me lo enseñarás?

—No es muy bueno.

—Mujer de poca fe.

—No, yo tengo fe en mí misma. Pero no como escritora.

—¿Y en qué se basa esta fe?

—¿En qué se basa?

—Sí, ¿en qué crees?

—Es una gran pregunta.

—Inténtalo.

—Bueno, a ver —dije, sintiéndome expansiva de repente, gracias a todos aquellos manhattans—. Vale... lo primero de todo, no creo en Dios, ni en Jehová, ni en Alá, ni en el Angel Moroni⁷, ni siquiera en el pato Donald.

, ni siquiera en el pato Donald.

, ni siquiera en el pato Donald.

Se rio.

—Bien —dijo— esto está claro.

—Y, por mucho que ame a este país, no creo necesario envolverme en una bandera. El fanatismo patriótico es como seguir la Biblia: me da miedo porque es doctrinario. El patriotismo de verdad es silencioso, discreto, reflexivo.

—Sobre todo si eres una WASP de Nueva Inglaterra.

Le pegué en el brazo.

—¡Para ya!

—No, no pararé. Y sigues esquivando la pregunta.

—Es que es una pregunta demasiado amplia para responderla... y he bebido demasiado.

—No te dejaré en paz por un tecnicismo voluntario como es el exceso de alcohol. Presente su caso, señorita Smythe. ¿En qué demonios crees?

Después de pensarlo un momento, dije:

—En la responsabilidad.

Jack me miró aturdido.

—¿Qué has dicho?

—Responsabilidad. Me has preguntado en qué creía. Y te lo digo: responsabilidad.

—Ah, ya lo entiendo —dijo con una sonrisa—. Responsabilidad. Un concepto admirable. Uno de los pilares de nuestra nación.

—Si eres un patriota.

—Lo soy.

—Sí, ya me lo imaginaba. Y lo respeto. Honestidad. Pero, ¿cómo puedo decirlo sin que parezca tonto? La responsabilidad de la que hablo, la responsabilidad en la que creo... Bueno, creo que se trata de la responsabilidad con uno mismo. Porque yo no conozco mucho de la vida, ni he viajado ni he hecho nada realmente interesante... pero cuando miro a mi alrededor, y escucho a mis contemporáneos, lo único que oigo es cómo los demás les solucionarán los problemas de la vida. Que casarse a los veintitrés es bueno porque te quitas de encima la pesadez de ganarte la vida, de tener

que elegir, e incluso de estar solo. En cambio yo le tengo miedo a la idea de confiar mi vida a otra persona. Porque, al fin y al cabo, ellos son tan falibles como yo. Y están igual de asustados.

Me interrumpí.

—¿Estoy diciendo tonterías?

Jack se acabó su bourbon y llamó al camarero para que trajera otra ronda.

—Lo haces muy bien —dijo—. Sigue.

—Bueno, no hay mucho más que decir, excepto que, en cuanto confías tu felicidad a otra persona pones en peligro la posibilidad de ser feliz. Porque eliminas la responsabilidad personal de la ecuación. Dices a la otra persona: «Hazme sentir entera, completa, querida». Pero el hecho es que solo tú puedes hacerte sentir entera o completa.

Me miró directamente a los ojos.

—¿O sea que el amor no es un factor de la ecuación?

Le sostuve la mirada.

—El amor no debería ser dependiente, o «que puedes hacer por mí» o «te necesito/me necesitas». El amor tendría que ser...

De repente me faltaban las palabras. Jack enlazó sus dedos con los míos.

—El amor debería ser amor.

—Sí, señor —dije, y añadí—: Bésame.

Y lo hizo.

—Ahora tienes que contarme algo de ti mismo —dije.

—¿Como qué? ¿Mi color favorito? ¿Mi horóscopo? ¿Si me gusta más Fitzgerald o Hemingway?

—¿Y bien?

—Fitzgerald siempre.

—A mí también, pero ¿por qué?

—Es una característica irlandesa.

—Ahora eres tú el que esquiva la pregunta.

—No hay mucho que decir de mí. Soy un chico de Brooklyn. Nada más.

—¿Me estás diciendo que no hay nada más que yo debería saber?

—La verdad es que no.

—Tus padres se ofenderían un poco si te oyeran.

—Los dos están muertos.

—Lo siento.

—No lo sientas. Mi madre murió hace doce años, justo antes de que yo cumpliera los trece. Una embolia. Muy rápido. Muy desagradable. Y, sí, era una santa... pero ¿qué iba a decir yo?

—¿Y tu padre?

—Mi padre murió cuando yo estaba en el ejército. Era policía y un exaltado que se peleaba con todo el mundo. Sobre todo conmigo. También le gustaba beber. Al menos una botella de whisky al día. Suicidio a plazos. Finalmente logró lo que quería. Y yo también, porque me pasé toda la infancia esquivando su cinturón cuando estaba borracho..., que era siempre.

—Debió de ser horrible.

Se frotó el pulgar con el índice.

—Este es el violín más pequeño del mundo.

—Entonces, ¿estás solo en el mundo?

—No, tengo una hermana pequeña, Meg. Ella es la lista de la familia: está acabando de estudiar en Barnard. Con beca y todo. Es muy impresionante para alguien que procede de una familia de irlandeses ignorantes.

—¿No fuiste tú también a la universidad?

—No, fui al *Brooklyn Eagle*. Entré como chico de los recados después del instituto. Y cuando me alisté ya había llegado a ayudante de redacción. Así fue como pude entrar en el *Stars and Stripes*. Final de la historia.

—Venga. No vas a pararte ahí.

—No soy tan interesante.

—Huelo a falsa modestia, y no me lo trago. Todo el mundo tiene una historia que contar. Incluso los chicos de Brooklyn.

—¿Quieres de verdad una larga historia?

—Por supuesto.

—¿Una historia de guerra?

—Si se trata de ti...

Cogió el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo.

—Durante los dos primeros años de la guerra, estuve sentado detrás de una mesa en la oficina del *Star and Stripes* en Washington. Supliqué que me

mandaran al extranjero. Y me mandaron a Londres, a un trabajo de despacho en la sede de los aliados. No dejé de pedir que me mandaran al frente, pero me dijeron que tenía que esperar turno. Así que me perdí el desembarco de Normandía y la liberación de París, la caída de Berlín y los yanquis liberando Italia, y todas aquellas historias tan sexis que les encargaban a los redactores con antigüedad y básicamente con estudios universitarios; siempre de teniente para arriba. Pero después de mucho pedir, me asignaron al Séptimo Ejército, que marchaba hacia Múnich. Me abrió completamente los ojos. Porque en cuanto llegamos allí, enviaron un batallón a un pueblo distante unos doce kilómetros de la ciudad. Decidí acompañarles. El pueblo se llamaba Dachau. La misión era sencilla: liberar un campo de prisioneros. El pueblo de Dachau era bastante bonito. No había recibido muchas bombas, ni nuestras ni de la RAF, y el centro permanecía casi intacto. Con casas preciosas de ladrillo rojo, jardines bien cuidados, calles limpias y, más allá, el campo. ¿Has leído algo sobre ese campo?

—Sí, he leído.

—Te juro que todos nos quedamos callados en cuanto cruzamos las puertas. Esperaban encontrar alguna resistencia armada por parte de los guardias del campamento, pero los últimos habían huido veinte minutos antes de aparecer nosotros. Y lo que encontramos...

Calló un momento, como si se censurara.

—Lo que encontramos era... indescriptible. Porque desafiaba toda descripción. O comprensión. O simplemente la razón humana. Era tan perverso, tan brutal, que no parecía de verdad, hasta el punto de que hablar de ello es como disminuirlo...

»Bueno, una hora después de que entráramos en el campo, llegó la orden de la sede de los aliados de que reuniéramos a todos los adultos residentes en Dachau. El capitán de la compañía —un tipo duro del sur que se llamaba Dupree, de Nueva Orleans— encargó la misión a dos sargentos. Yo llevaba pocas horas con aquel batallón, pero ya había llegado a la conclusión de que Dupree era el bocazas más grande del mundo. Los sargentos eran un graduado en The Citadel —«El West Point Confederado» como no paraba de recordarnos a los yanquis—, y el original señor Gung Ho. Pero después de

dar una vuelta de inspección por Dachau, el capitán estaba blanco como la tiza. Y su voz era apenas un susurro.

»—Llevaos cuatro hombres cada uno —dijo a los sargentos— y llamad a todas las puertas y tiendas del lugar. Todos los mayores de dieciséis años, hombres y mujeres, sin excepciones, tienen que salir a la calle. Cuando hayáis reunido a todos los adultos de Dachau, quiero que los traigáis aquí en una fila perfectamente ordenada. ¿Está claro, señores?

»Uno de los sargentos levantó la mano. Dupree le dio permiso para hablar.

»—¿Y si se resisten, señor? —preguntó.

»A Dupree se le empequeñecieron los ojos.

»—Asegúrese de que no lo hagan, Davis, de la forma que sea necesaria.

»Pero ninguna de las buenas personas de Dachau se resistió al ejército americano. Cuando nuestros hombres se presentaron ante sus puertas, salieron todos sumisamente, con las manos sobre la cabeza. Algunas mujeres gesticulaban desesperadamente hacia sus hijos, suplicando en un idioma que los soldados no comprendían... aunque estaba bastante claro lo que creían que iban a hacerles. Una joven madre —no tendría más de diecisiete años, con un bebé pequeñísimo en brazos— vio mi uniforme y mi pistola y literalmente se echó a mis pies, chillando horrorizada. Intenté razonar con ella, diciéndole una y otra vez: “No vamos a hacerte daño... no vamos a hacerte daño...”, pero estaba histérica. Y no me extraña. Finalmente, una mujer de edad que había en la fila la agarró, le dio un bofetón y le susurró algo al oído con rabia. La joven se esforzó por calmarse y, con el bebé apretado contra el pecho, se unió a la fila, sollozando en silencio. La mujer de más edad me miró con un respeto lleno de miedo y me hizo una reverencia sumisa, como diciendo: “Ya está tranquila. No nos haga daño, por favor”.

»“¡Hacerles daño! ¡Hacerles daño!”, tenía ganas de gritar. “Somos americanos. Somos los buenos. No somos como vosotros.”

»Pero no dije nada. Solo le devolví la inclinación y volví a mi condición de observador.

»Tardamos cerca de una hora en reunir a todos los adultos de Dachau. En aquella fila habría más de cuatrocientas personas. Mientras marchaban lentamente hacia el campo, muchos de ellos lloraban. Sin duda, estaban

convencidos de que los íbamos a fusilar.

»Solo había unos diez minutos desde el centro del pueblo hasta las puertas del campo. Diez minutos. No llegaba a un kilómetro. Diez minutos separaban aquel encantador pueblecito, donde todo estaba limpio y ordenado y perfectamente conservado, de aquella atrocidad. Aquello era lo que hacía de Dachau un lugar diez veces más extraordinario y horrible: el saber que la vida normal transcurría a apenas un kilómetro de distancia.

»Cuando llegamos a las puertas del campo, el capitán Dupree nos esperaba.

»—¿Qué quiere que hagamos con estas personas, señor? —preguntó el sargento Davis.

»—Llévenlos a dar una vuelta por el campo. Por todo el campo. Es un orden del Mando Aliado, dicen que del propio Ike. Tienen que verlo todo. Que no se les ahorre nada.

»—¿Y cuando hayan visto el campo, señor?

»—Déjenlos marchar.

»Hicieron lo que les ordenaban. Hicieron desfilar a aquellas cuatrocientas personas por todos los rincones del campo. Los barracones, con restos humanos amontonados en el suelo. Los hornos. Las mesas de disección. Las montañas de huesos y cráneos amontonados junto a los crematorios. Mientras los paseaban durante aquella excursión guiada, los supervivientes del campo —habría un par de centenares— permanecían en silencio en el patio. La mayoría estaban tan cadavéricos que parecían muertos vivientes. Ninguna de aquellas personas del pueblo miró a un superviviente a la cara. De hecho, la mayoría mantuvo los ojos fijos en el suelo. Estaban tan silenciosos como los supervivientes.

»Pero entonces, uno de los hombres perdió la cabeza. Iba bien vestido. Parecía un banquero acomodado. Debía de rozar los sesenta: un buen traje, zapatos de piel, reloj de oro con cadena en el chaleco. Sin más ni más se echó a llorar descontroladamente. Salió de la línea y se acercó temblando al capitán Dupree. En ese momento, dos de los soldados le apuntaron con sus armas. Pero Dupree les indicó que se calmaran. El banquero cayó de rodillas ante el capitán, sollozando desesperadamente. Y no paraba de repetir lo

mismo. Lo dijo tantas veces que me ha quedado grabado:

»*Ich habe nichts davon gewußt... Ich habe nichts davon gewußt... Ich babe nichts davon gewußt.*

»Dupree lo miraba desconcertado. Luego llamó a Garrison, el traductor que habían asignado a nuestro batallón. Era un chico tímido e intelectual, que nunca miraba a nadie a la cara. Se quedó junto al capitán y miró con los ojos muy abiertos al lloroso banquero.

»—¿Qué diantre dice, Garrison? —preguntó Dupree. El banquero balbuceaba de tal manera que Garrison tuvo que agacharse para oírlo.

»Al cabo de un momento se puso en pie.

»—Señor, dice: “No lo sabía... no lo sabía”.

»Dupree se puso blanco. De repente agarró al banquero por las solapas del traje y lo miró a la cara.

»—Una mierda no lo sabía —le susurró Dupree y le escupió a la cara antes de quitárselo de encima de un empujón.

»El banquero volvió a la fila tambaleándose. Mientras los residentes seguían recorriendo el campo, mantuve la vista puesta sobre aquel hombre. Ni siquiera intentó secarse la saliva de Dupree de la cara. Y no dejaba de repetir la misma frase: *Ich habe nichts davon gewußt... Ich habe nichts davon gewußt.* Un soldado que estaba a mi lado dijo: “Mira el viejo cabrón. Se ha vuelto loco”.

»Pero yo solo pude pensar: “Suena como un acto de contricción. O un Ave María. O algo que te dices a ti mismo una y otra vez, en un intento de hacer penitencia, de buscar el perdón o algo así”. Y me compadecí del hombre. Porque presentí lo que realmente quería decir. “Sí, sabía lo que sucedía en el campo. Pero no podía hacer nada. Y cerré los ojos... y me convencí de que la vida en el pueblo era tan normal como siempre”».

Jack calló un momento.

—Te juro que no creo que nunca pueda olvidar al hombre del traje, diciendo *Ich babe nichts davon gewußt* una y otra vez. Porque era una petición de perdón. Y la base de la súplica era escalofriantemente humana: todos hacemos lo que podemos para sobrevivir.

Cogió el cigarrillo. Pero estaba apagado, y tuvo que encender otro

Chesterfield. Después de que inhalara, se lo quitó de los labios e hice una calada larga y profunda.

—No sabía que fumaras —dijo.

—No fumo. Es un pasatiempo. Sobre todo cuando reflexiono.

—Te sientes reflexiva.

—Me has dado muchas cosas en que pensar.

Estuvimos un rato callados, compartiendo el cigarrillo.

—¿Perdonaste a aquel banquero alemán? —pregunté finalmente.

—¿Perdonarle? Claro que no. Se merecía la culpa.

—Pero comprendiste su sufrimiento, ¿verdad?

—Claro que lo comprendí. Pero no le habría ofrecido mi absolución.

—Pongamos que estuvieras en su lugar. Que fueras el director del banco del pueblo y tuvieras mujer e hijos y una buena vida. Pongamos que también supieras que un poco más allá de tu bonita casa había un matadero, en el cual hombres, mujeres y niños inocentes eran asesinados, solo porque tu gobierno había decidido que eran enemigos del estado. ¿Habrías protestado? ¿O habrías hecho lo que hizo él: callar, seguir con tu vida y fingir que no te dabas cuenta de nada?

Jack dio una última calada y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Quieres una respuesta sincera? —preguntó.

—Por supuesto.

—Entonces la respuesta es que no sé lo que habría hecho.

—Esta sí es una respuesta sincera —dije.

—Todo el mundo habla de hacer «lo correcto», tomar posición, pensar en lo que se llama un bien mayor. Pero hablar así es fácil. Cuando nos encontramos en primera línea, cuando nos están bombardeando, la mayoría decidimos que no somos héroes. Nos agachamos.

Le acaricié la mejilla con la mano.

—¿O sea que no te consideras un héroe?

—No... Un romántico.

Me besó apasionadamente. Cuando acabó, lo atraje hacia mí otra vez y susurré:

—Salgamos de aquí.

Vaciló.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Tengo que decirte algo —dijo—. Mañana no solo tengo que presentarme en la sede de la Marina.

—¿Adonde vas?

—A Europa.

—¿A Europa? Pero si la guerra ha terminado. ¿Por qué te vas a Europa?

—Como voluntario...

—¿Voluntario? Ya no hay guerra donde luchar, ¿de qué vas a ser voluntario?

—No habrá guerra, pero sigue habiendo una amplia presencia del ejército americano en el continente, ayudando con los refugiados, la limpieza de ruinas, la repatriación de prisioneros de guerra... En *Star and Stripes* me preguntaron si quería ir a cubrir la etapa de posguerra. En mi caso, también suponía una promoción inmediata a teniente, sin contar otro trabajo en el extranjero. Así que...

—¿Y cuánto durará este viaje de trabajo adicional?

Bajó los ojos, esquivando los míos.

—Nueve meses.

No dije nada... aunque nueve meses me parecieron de repente toda una eternidad.

—¿Cuándo te comprometiste a este viaje? —pregunté con calma.

—Hace dos días.

—Oh, Dios, no...

—No tengo suerte —dijo.

—Yo tampoco.

Volvió a besarme.

—Será mejor que me despida —susurró.

Se me encogió el corazón. Por un momento pensé en la clase de locura en que me estaba metiendo. Pero el momento pasó. Solo podía pensar: ya está.

—No —dije—. No me digas adiós. Todavía no. Hasta las nueve, no.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

De Sheridan Square a mi piso había solo cinco minutos. No dijimos nada por el camino, solo caminamos abrazados por las calles vacías de la ciudad. No dijimos nada mientras subíamos las escaleras. Abrí la puerta. Entramos. No le ofrecí una taza de café. No me la pidió. No miró a su alrededor. No hizo ningún comentario admirativo de mi piso. No hubo ninguna charla previa. Porque, por ahora, no había nada más que quisiéramos decirnos. Y porque, en cuanto se cerró la puerta, empezamos a quitarnos la ropa el uno al otro.

No me preguntó si era la primera vez. Fue excepcionalmente tierno. Y apasionado. Y un poco patoso... aunque no tanto como yo.

Después, se mostró reservado. Casi tímido. Como si hubiera dado a entender demasiado.

Estaba echada a su lado, entre las sábanas arrugadas y húmedas, abrazada a su pecho. Le rocé el cuello con los labios. Entonces, por primera vez, hablé:

—No permitiré que te levantes de esta cama.

—¿Es una promesa? —preguntó.

—Peor —dije—. Es un juramento.

—Pues sí que es serio.

—El amor es un asunto serio, señor Malone.

Se volvió a mirarme.

—¿Te estás declarando, señorita Smythe?

—Sí, señor Malone. Me estoy declarando. Mis cartas, como se dice, están sobre la mesa. ¿Eso te asusta?

—Todo lo contrario... Yo tampoco pienso dejarte salir de esta cama.

—¿Me lo prometes?

—Durante las próximas cuatro horas, sí.

—¿Y después?

—Después, vuelvo a ser propiedad del ejército de Estados Unidos, quien, en un futuro próximo, dictará el rumbo de mi vida.

—¿Incluso en lo referente al amor?

—No, el amor es algo sobre lo que no tiene control.

Callamos otra vez.

—Volveré —añadió finalmente.

—Ya lo sé —dije—. Si sobreviviste a la guerra, sin duda sobrevivirás a la paz. La cuestión es si volverás por mí.

En cuanto lo hube dicho, me odié a mí misma por decirlo.

—No me hagas caso —dije—. Hablo como si tuviera algún derecho de propiedad sobre ti. Perdona, soy una tonta.

Jack me abrazó con fuerza.

—No eres tonta —dijo—. Solo tontita.

—No bromees con esto, chico de Brooklyn —le conminé, golpeándole suavemente el pecho con un dedo—. No entrego mi corazón tan fácilmente.

—De eso estoy convencido —dijo, me besó y añadió—: Y aunque no te lo creas, yo tampoco.

—¿No hay ninguna chica esperándote en Brooklyn?

—Ninguna. Te lo juro.

—¿O alguna *fräulein* esperándote en Múnich?

—No hay ninguna.

—Bueno, pero seguro que Europa te parecerá muy romántica...

Silencio. Me habría gustado pegarme por sonar tan cursi. Jack me sonrió.

—Sara...

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero es que... maldita sea, no puede ser que te vayas mañana.

—Mira, si te hubiera conocido hace dos días, no me habría presentado voluntario para el viaje...

—Pero no nos conocimos hace dos días. Nos hemos conocido hoy. Y ahora...

—Se trata de nueve meses, no más. El 1 de septiembre de 1946 estaré en casa.

—¿Pero vendrás a buscarme?

—Sara, pienso escribirte cada día de estos nueve meses...

—No seas tan ambicioso. Cada dos días será suficiente.

—Si quiero escribirte todos los días, te escribiré todos los días.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo—. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

—Sabes que sí.

—Eres maravillosa, señorita Smythe.

—Lo mismo digo, señor Malone.

Lo empujé contra el colchón y me subí encima de él. Esta vez fuimos menos tímidos, menos patosos. Y totalmente desenfrenados. Aunque yo estaba muerta de miedo. Porque había perdido mi corazón por un desconocido... que estaba a punto de esfumarse a través del océano durante nueve meses. Por mucho que intentara evitarlo, me dolería.

Se acabó la noche. La luz empezó a filtrarse por las persianas. Miré el reloj de la mesita. Las ocho menos veinte. Instintivamente, me apreté contra él.

—He decidido una cosa —dije.

—¿Qué?

—Hacerte prisionero durante los próximos nueve meses.

—Y después, cuando me sueltes, el ejército puede tenerme prisionero en un bergantín durante dos años.

—Al menos te tendría para mí sola durante nueve meses.

—Dentro de nueve meses, me tendrás para ti todo el tiempo que quieras.

—Quiero creerlo.

—Créelo.

Se levantó y empezó a recoger su uniforme del suelo.

—Tengo que ponerme en marcha.

—Te acompaño a la base —dije.

—No es necesario...

—Es totalmente necesario. Pasaré otra hora contigo.

Se volvió para cogerme la mano.

—Es un largo viaje en metro —dijo—. Y es en Brooklyn.

—Puede que valga la pena ir a Brooklyn por ti —insistí.

Nos vestimos. Llené la cafetera y la puse al fuego. Cuando el líquido negro subió, serví dos tazas. Las levantamos, brindamos, pero no dijimos nada. El café parecía flojo, anémico. No tardamos más de un minuto en tragárnoslo. Jack me miró.

—Es hora de irse —dijo.

Salimos del piso. La mañana del día de Acción de Gracias del 45 era fría y resplandeciente. Demasiado para dos personas que habían estado despiertas

toda la noche. Tuvimos que entrecerrar los ojos en el camino a la estación de Sheridan Square. El metro a Brooklyn estaba desierto. Mientras cruzábamos Lower Manhattan, nos mantuvimos en silencio, muy apretados. Al pasar por debajo del East River, dije:

—No tengo tu dirección.

Jack sacó dos cajas de cerillas del bolsillo. Me dio una. Luego sacó un lápiz del bolsillo delantero de su uniforme. Lo lamió, abrió su cajetilla de cerillas y escribió una dirección de correos del ejército americano en la cubierta interior. Me dio las cerillas. Las guardé en la mano, después le quité el lápiz y escribí mi dirección en la cubierta interior de la otra cajetilla. Cuando se la devolví, se la guardó enseguida en el bolsillo de la camisa y se abrochó el botón para más seguridad.

—No pierdas esta caja de cerillas —dije.

—Ahora es mi posesión más preciada. ¿También me escribirás?

—A todas horas.

El metro continuó su precipitada carrera por debajo del río y de Brooklyn. Cuando se paró en Borough Hall, Jack dijo:

—Ya hemos llegado.

Salimos fuera, a la luz del día de Acción de Gracias, justo frente a los astilleros. Era un paisaje lúgubre e industrial, con media docena de fragatas además de otros buques de guerra amarrados en una sucesión de muelles. Estaban pintados todos de color gris. No éramos la única pareja que se acercaba a las puertas de la base de la Marina. Había seis o siete más, abrazándose apoyados en las farolas, susurrándose las últimas promesas de amor o simplemente mirándose.

—Tenemos compañía —musité.

—Es el problema de la vida en el ejército —dijo—. Que no hay intimidad. Dejamos de caminar. Le hice volverse hacia mí.

—Acabemos con esto, Jack.

—Pareces Barbara Stanwyck, la dama más dura.

Creo que en lenguaje cinematográfico se denominaría: «hacerse la valiente».

—No existe una forma fácil de hacerlo ¿no?

—No, no existe. Bésame. Y dime que me quieres.

Me besó. Me dijo que me quería. Yo le susurré lo mismo. Luego lo agarré de las solapas.

—Una última cosa —dije—. No te atrevas a romperme el corazón, Malone.

Lo solté.

—Anda, sube al barco —dije.

—Sí, señor.

Se volvió y caminó hacia la entrada. Me quedé en la acera, paralizada, obligándome a permanecer estoica, controlada, sensata. El guardia abrió las puertas. Jack se volvió y me gritó:

—El 1 de septiembre.

Me mordí el labio con fuerza y grité.

—Sí. El 1 de septiembre... sin falta.

Se cuadró y ejecutó un rápido saludo. Sonreí. Luego se volvió y entró en el muelle.

Por un momento fui incapaz de moverme. Seguí mirando hasta que Jack desapareció de mi vista. Me sentía en una especie de caída libre, como si hubiera caído por el agujero de un ascensor. Finalmente, me obligué a volver a la estación de metro, a bajar las escaleras y a subir al metro de Manhattan. Una de las mujeres que había visto ante la puerta del muelle estaba sentada delante de mí en el vagón. No tendría más de dieciocho años. En cuanto el metro arrancó, se hundió, y su corazón se rompió sin límites y en voz alta.

Como buena hija de mi padre, nunca habría podido llorar en público. La pena, la aflicción y el dolor sentimental se sufrían en silencio: era la norma de la familia Smythe. Si querías hundirte, tenías que hacerlo tras una puerta cerrada, en la intimidad de tu habitación.

Así que me comporté hasta que llegué a la calle Bedford. Y en cuanto cerré la puerta de mi piso, me eché en la cama y lo solté todo.

Lloré. Y lloré. Y lloré más. Pensando todo el tiempo: «Qué tonta eres».

4

—¿De verdad quieres saber mi opinión? —preguntó Eric.

—Pues claro —dije.

—¿Mi opinión más sincera?

Asentí nerviosamente.

—Venga, pues, allá va: eres una idiota.

Eché un trago, cogí la botella de vino, volví a llenar el vaso y me bebí la mitad.

—Gracias, Eric —dije finalmente.

—Me pediste una opinión sincera, S.

—Sí. Es cierto. Y sin duda me la has dado.

Apuré el vaso de vino, cogí de nuevo la botella —la segunda de la tarde— y lo volví a llenar.

—Perdona la brusquedad, S —dijo—. Pero tampoco es para darse a la bebida.

—Todo el mundo se merece un vaso o dos más de lo normal. Sobre todo cuando hay algo que celebrar.

Eric me miró con un escepticismo divertido.

—¿Y qué estamos celebrando?

Levanté el vaso.

—El día de Acción de Gracias, por supuesto.

—Bien, feliz día de Acción de Gracias —dijo con ironía, brindando conmigo.

—Y te hago saber que en este día de Acción de Gracias soy más feliz de lo que lo he sido nunca. De hecho, soy tan feliz que desvarío.

—Sí, desvarío es la palabra acertada.

Es verdad que estaba un poco achispada. Sin contar que estaba abrumada emocionalmente, agotada y sin fuerzas. Sobre todo porque, después de llorar desconsoladamente, solo me quedó una hora para reunirme con Eric en Luchows y celebrar el almuerzo del día de Acción de Gracias. Lo que no me dio tiempo para recuperarme de ningún modo —por ejemplo, durmiendo—. Me bañé rápidamente, calenté lo que quedaba del café de la mañana, e intenté no llorar al ver la taza que había utilizado Jack, tristemente abandonada en el fregadero. Después de terminar el café, ahora demasiado fuerte, fui en taxi a Luchows, en la Calle 14.

Luchows era toda una institución en Nueva York: era un restaurante germano-americano enorme, que se había decorado a semejanza del Hofbräuhaus de Múnich, aunque a mí siempre me pareció el interior extravagante de una película de Erich von Stroheim. Art déco alemán... y un poco pasado de rosca. Creo que a Eric le encantaba la sensación de absurdo que desprendía. También estaba encariñado —como yo— con los schnitzels, los wursts y el Frankenwein de Luchows... a pesar de que los dueños dejaron de servir vino producido en Alemania durante la guerra.

Era un poco tarde, o sea que ya encontré a Eric sentado a la mesa. Estaba fumando un cigarrillo y leyendo la edición matinal del *New York Times*. Levantó la cabeza al acercarme yo y pareció sorprendido.

—Vaya por Dios —dijo teatralmente—. Amor a primera vista.

—¿No se nota tanto, verdad? —pregunté, mientras me sentaba.

—Que va, en absoluto. Tienes los ojos más rojos que el pintalabios y tienes el resplandor poscoital...

—Chist —siseé—. Que te van a oír...

—No hace falta que me oigan. Solo con mirarte se darán cuenta enseguida. Te ha dado fuerte, veo.

—Sí, mucho.

—¿Y dónde está, si se puede saber, tu uniformado Don Giovanni?

—En un buque de soldados, en dirección a Europa.

—Maravilloso. O sea que no solo se trata de amor, sino también de rotura de corazón inmediata. Perfecto. Absolutamente perfecto. ¡Camarero! Una botella de algo burbujeante, por favor. Necesitamos lubricación urgente.

Después me miró y dijo:

—Venga. Soy todo oídos. Cuéntamelo todo.

Como soy tonta, se lo conté, y me bebí casi dos botellas de vino mientras tanto. Siempre se lo contaba todo a Eric. Era la persona que sentía más cercana en el mundo. Me conocía mejor que nadie. Por esta razón me daba miedo contarle lo de aquella noche con Jack. Porque sabía que Eric solo pensaba en mi propio interés. Lo que significaba que también sabía cómo interpretaría él aquella historia. Lo cual, a su vez, era una de las razones por las que estaba bebiendo tanto y tan deprisa.

—¿Quieres saber mi opinión de verdad? —preguntó Eric cuando terminé.

—Pues claro —contesté.

—¿Mi opinión completamente sincera?

Entonces fue cuando me dijo que era una idiota. Bebí un poco más de vino y brindé por el día de Acción de Gracias, e hice aquel comentario ridículo sobre lo delirantemente feliz que me sentía.

—Sí, desvarío es la palabra acertada —dijo Eric.

—Sé que parece una locura. Y sé que crees que me estoy portando como una adolescente...

—Estas cosas hacen que todo el mundo vuelva a tener quince años. Es lo que las hace a la vez estupendas y peligrosas. Estupendas porque... bueno, la verdad, no hay nada más gratificadamente desconcertante que enamorarse de verdad.

Decidí aventurarme en territorio peligroso.

—¿Has conocido tú este desconcierto?

El buscó sus cigarrillos y sus cerillas.

—Sí.

—¿A menudo?

—Ni hablar —dijo, encendiendo un cigarrillo—. Un par de veces. Y aunque al principio es una maravilla, el gran peligro es la esperanza de que pueda haber una vida más allá de este delirio inicial. Es entonces cuando

realmente puedes hacerte daño.

—¿Te hiciste daño tú?

—Si a lo largo de tu vida te has enamorado de verdad de alguien, sin duda te han hecho daño.

—¿Siempre es así?

Empezó a golpear la mesa con el dedo índice de la mano derecha, una señal de que se estaba poniendo nervioso.

—Según mi experiencia, sí, siempre es así.

Luego me miró con una expresión en la cara que venía a significar: «No me preguntes nada más». Así que, de nuevo, esta parte de su vida quedó fuera de mi alcance.

—No quiero que te hagan daño —dijo—. Sobre todo porque... imagino que es tu primera vez...

Asentí rápidamente con la cabeza y añadí:

—Pero y si te sintieras tan seguro de esto...

—Perdona si te parezco pedante, pero la seguridad es un concepto empírico. Y el empirismo, como tú sabes, no se basa en la teoría... sino en los hechos solamente. Por ejemplo, existe la seguridad de que el sol sale por el este y se pone por el oeste. Como existe la seguridad de que el agua se congela por debajo de los cero grados, y de que si te tiras por la ventana, aterrizarás en el suelo. Pero no existe la seguridad de que mueras a consecuencia de esa caída. Es probable, sí. Pero ¿seguro? ¿Quién sabe? Lo mismo sucede con el amor...

—¿Me estás diciendo que el amor es como tirarse por una ventana?

—Ahora que lo dices, no es una mala analogía. Sobre todo cuando es un *coup de foudre*. Tienes un día la mar de normal, no piensas para nada en el amor, vas a un sitio donde no esperabas ir, hay otra persona en la misma habitación y... ¡plaf!

—¿Plaf? ¡Qué bonito!

—Bueno, este es siempre el final de una caída libre. La zambullida inicial es totalmente embriagadora. Pero finalmente acaba con un plaf. También conocido como volver a poner los pies en el suelo.

—Pero ¿y si..., y si... esto tuviera que suceder realmente?

—De nuevo estamos entrando en el reino de lo no empírico. Quieres creer que este hombre es el amor de tu vida, y que estabais predestinados a conoceros. Pero toda creencia es teórica. No se basa en hechos, y mucho menos en la lógica. No hay pruebas empíricas de que este Jack Malone sea el hombre predestinado para ti. Solo la esperanza de que lo sea. Y, en términos puramente teóricos, la esperanza es un concepto aún más frágil que la fe.

Estaba a punto de coger otra vez la botella de vino, pero me lo pensé mejor.

—Sí que eres pedante, francamente —dije.

—Cuando es necesario. También soy tu hermano y te quiero. Por eso te recomiendo precaución en este asunto.

—No te gustó Jack.

—Esta no es la cuestión, S...

—Pero si te hubiera gustado, quizá no serías tan escéptico.

—Lo vi... ¿qué? Cinco minutos. Tuvimos una conversación desafortunada. Y punto.

—Cuando lo conozcas...

—¿Cuándo?

—Volverá el primero de septiembre.

—Oh, Dios mío, si te oyeras...

—Me prometió volver. Lo juró...

—S, ¿has perdido el juicio? ¿O la razón? Por lo que me has contado, este chico parece un fantasioso... y un vividor. Una típica combinación irlandesa.

—Esto no es justo...

—Escúchame. Tiene un permiso, ¿vale? Aparece en mi fiesta. Te conoce, seguramente eres la mujer más educada, más elegante que ha conocido en su vida. Pone en marcha su encanto y su labia. Antes de que puedas ni pensar, te está diciendo que eres la mujer de sus sueños: «La que sabía que me estaba destinada». Pero él sabe que puede decir estas cosas sin comprometerse, porque a las nueve de la mañana se larga. Y cariño, o yo no entiendo nada, o no volverás a saber de él.

No dije nada durante un buen rato. Me quedé mirando fijamente la mesa. Eric me habló en un tono más consolador.

—En el peor de los casos, lo puedes considerar una experiencia. En cierto modo, el que se haya esfumado de tu vida ahora no es un mal final. Porque para ti siempre será «aquel chico» con quien viviste una noche alocadamente romántica. Y nunca perderá el lustre. Mientras que si te casaras con él seguramente descubrirías que se corta las uñas de los pies en la cama, hace ruidosas gárgaras o se aclara la garganta de un modo asqueroso...

—Plaf. Me has devuelto a la tierra.

—¿Para qué están los hermanos? Además, estoy convencido de que, en cuanto hayas dormido un poco, lo verás con otra perspectiva.

Pero no fue así. Aquella noche dormí maravillosamente. Casi diez horas. Pero cuando me desperté tarde por la mañana, me sentí instantáneamente consumida por Jack. Se instaló en mi cabeza a los pocos segundos de abrir los ojos... y se negó a marcharse. Me senté en la cama y reviví, escena a escena, toda la noche anterior. Me acordaba de todo, hasta el punto de que incluso podía evocar su voz, el perfil de su cara, su tacto. Aunque intenté seguir el consejo de mi hermano, diciéndome una y otra vez que aquello no había sido más que un enamoramiento pasajero, mis argumentos no me convencían.

O, por decirlo de otro modo, entendía las razones por las que debería sentirme escéptica y dudosa sobre Jack Malone. El problema era que no quería aceptarlas.

Aquel era el aspecto más angustioso: la forma en que me negaba a aceptar la lógica, la razón, el sentido común de Nueva Inglaterra. Era como un abogado que intentara defender un caso en el que no creía. Siempre que pensaba que me acercaba a un juicio racional, Jack invadía mi cabeza otra vez... y me perdía.

¿Era aquello amor de verdad? ¿En su forma más pura y simple? No podía atribuir ningún otro significado a lo que sentía, excepto que me consumía, me debilitaba y me mareaba como una gripe fuerte.

El único problema era que, al contrario de lo que sucede con la gripe, la fiebre no disminuía. En realidad, cada día estaba peor.

Jack Malone no me dejaría. La necesidad que sentía de él era inmensa.

El domingo por la mañana después del día de Acción de Gracias, Eric me

llamó a casa. Era la primera vez que hablábamos después de Luchows.

—Hola —dije sin ninguna entonación.

—Válgame Dios...

—Válgame Dios, ¿qué? —dije, un poco enfadada.

—Válgame Dios, no pareces contenta de oír mi voz.

—Claro que estoy contenta.

—Sí, tu exuberancia es evidente. Llamaba para saber si los dioses del Equilibrio y la Proporción se habían posado sobre tus hombros.

—No. No lo han hecho. ¿Algo más?

—Detecto cierta brusquedad en tu tono. ¿Quieres que venga?

—¡No!

—Bien.

Entonces me oí decir a mí misma.

—Sí. Ven. Enseguida.

—¿Tan mal estás?

Tragué saliva.

—Sí, muy mal.

Y empeoró. Empecé a no poder dormir. Por las noches, entre las dos y las cuatro, me despertaba de golpe. Miraba el techo sintiéndome vacía y abrumada por la añoranza. No había nada razonable ni claro en aquella necesidad de Jack Malone. Simplemente estaba allí. Omnipresente. Irracional. Absurda.

Acabé rindiéndome al insomnio, y me levantaba de la cama y me ponía a escribir a Jack. Le escribía cada día. Normalmente, me limitaba a una postal, pero antes me pasaba una hora redactando y corrigiendo un texto de cinco líneas en un cuaderno.

Guardaba copias de todas las cartas que le escribía a Jack. A veces, cogía el sobre donde guardaba las copias y leía el volumen cada vez mayor de misivas de amor. Cuando cerraba el sobre, siempre pensaba: «Esto es ridículo».

Al cabo de cinco semanas, aún era más ridículo. Porque no había recibido una sola carta de Jack.

Al principio intenté racionalizar la falta de noticias de mi amado. Me

imaginaba su programa de trabajo: habrá tardado al menos cinco días en llegar a Europa en barco, otro par de días en llegar al lugar donde lo hayan destinado en Alemania, se necesitan al menos dos semanas para que su carta cruce el Atlántico —todo esto sucedía, al fin y al cabo, antes del correo aéreo. Teniendo en cuenta el trabajo adicional del sistema postal en Navidad, y el que hubiera todavía centenares de soldados destinados por todo el globo..., y entendía de golpe por qué no había sabido nada de él al llegar la Navidad.

Pero llegó el día de fin de año. Y seguía sin recibir carta de Jack... aunque yo seguía escribiéndole cada día.

Esperé. Ninguna respuesta. Enero dejó paso a febrero. Empecé a obsesionarme con la llegada del cartero a mi casa. Las cartas llegaban en un fajo a las diez y media. El encargado tardaba unas dos horas en clasificarlas y dejarlas ante las puertas de los pisos. Llegué a cambiar mi horario en *Life* para poder estar en casa a las doce y media y recoger el correo, luego volvía corriendo en metro para estar en la oficina a las dos menos diez —el final de mi hora de almorzar—. Estuve dos semanas siguiendo esta rutina, esperando contra toda esperanza que aquel día llegara por fin la tan esperada carta de Jack.

Pero siempre volvía a la oficina con las manos vacías. Y sintiéndome un poco más perdida cada día. Sobre todo porque mi insomnio empeoraba.

Una tarde, el señor Leland McGuire metió la cabeza en mi diminuto despacho.

—Voy a darte el encargo bombón de la semana —dijo.

—En serio —dije, un poco distraída.

—¿Qué te parece John Garfield?

—Es un gran actor. Es guapo. Con tendencias izquierdistas...

—Sí, mira, en relación con este aspecto, lo dejaremos totalmente de lado. No creo que al señor Luce le guste leer nada sobre la ideología socialista de Garfield en su revista. Garfield es un cachas. A las mujeres les gusta. Así que quiero que toques su lado varonil, pero sensible...

—Lo siento, Leland, no le entiendo. ¿Voy a escribir algo sobre John Garfield?

—No solo vas a escribir algo sobre Garfield, sino que vas a entrevistarlo.

Está en la ciudad y nos ha concedido una hora de su tiempo. Tienes que estar allí a las once y media. Verás una hora de sus películas y hablarás con él sobre las doce y media.

Sentí una punzada de pánico.

—A las doce y media no puedo.

—¿Cómo?

—Lo siento, pero a las doce y media no puedo.

—¿Tienes algo que hacer?

Me oí decir:

—Estoy esperando una carta...

Dios mío, cómo me arrepentí al instante de haber dicho aquello. Leland me miraba con incredulidad.

—¿Que esperas una carta? No entiendo qué tiene que ver eso con entrevistar a John Garfield a las doce y media.

—Nada, señor McGuire. Nada. Haré la entrevista con mucho gusto.

Me miró cautelosamente.

—¿Estás segura, Sara?

—Del todo, señor.

—De acuerdo —dijo—, entonces le diré al agente de prensa de Garfield que te llame después del almuerzo y te ponga al día. A menos, claro, que después de almorzar estés ocupada, esperando una carta...

Sostuve su mirada.

—Estaré esperando la llamada, señor.

En cuanto Leland salió de mi despacho, corrí al lavabo, me encerré en uno de los retretes y lloré como una tonta. Por último miré el reloj. Las doce y diez. Salí del lavabo, abandoné el edificio de *Time and Life* y me metí en el metro. Tras varios transbordos y una carrera desde Sheridan Square, llegué a mi piso a la una menos veinte. No había ninguna carta ante mi puerta. Bajé corriendo al sótano por las escaleras y llamé a la puerta del encargado. Se llamaba Kocsis y era un húngaro diminuto de unos cincuenta y tantos años —no debía de medir más de metro cuarenta—, que se esforzaba mucho en mostrarse malhumorado... excepto antes de Navidad, cuando esperaba su aguinaldo. Pero estábamos a mediados de febrero y no le hacía falta

derrochar amabilidad.

—¿Qué desea, señorita Smythe? —dijo en un inglés incierto después de abrir la puerta.

—Mi correo, señor Kocsis.

—No le ha llegado nada hoy.

Me puse nerviosa de repente.

—No puede ser —dije.

—Es verdad.

—¿Está totalmente seguro?

—¿Cree que miento?

—Tiene que haber una carta. Tiene que haber...

—He dicho que no hay carta y no hay carta. ¿Entendido?

Me cerró la puerta en las narices. Volví a mi piso, me dejé caer en la cama y me quedé mirando el techo... lo que me parecieron un par de minutos. Al cabo de un rato, miré el reloj de la mesita. Las tres menos doce. «Dios mío, dios mío —pensé—. Me estoy volviendo loca.»

Salté de la cama, salí corriendo del piso y subí al primer taxi que encontré. Llegué al edificio de *Time and Life* pasadas las tres y cuarto. Cuando llegué a mi despacho, había cuatro mensajes de «Mientras estabas fuera» sobre mi máquina de escribir. Los tres primeros eran de un tal Tommy Glick, el agente de prensa de John Garfield. Llegaron a la una y media, las dos y las dos y media. El último mensaje, dejado a las tres menos diez, era de Leland: «Pasa por mi oficina en cuanto llegues».

Me senté a la mesa. Escondí la cabeza entre las manos. Me había perdido las llamadas del agente de prensa. Habíamos perdido la entrevista con Garfield. Y ahora me despedirían.

Sabía que pasaría. Y estaba pasando. Me había dejado vencer por la irracionalidad, y ahora pagaría un precio muy alto por ello. Volví a oír la voz de mi padre en la cabeza: «No sirve de nada llorar por un error, jovencita. Hay que aceptar las consecuencias con dignidad y elegancia, y aprender de tu equivocación».

Así que me levanté, me arreglé el pelo, respiré hondo y crucé el pasillo lentamente, dispuesta a aceptar la penitencia. Llamé dos veces a la puerta.

«Leland McGuire: Editor de arte» estaba grabado en el vidrio emplomado.

—Pase —dijo.

Apenas cruzar la puerta, empecé a hablar.

—Señor McGuire, no sabe cuánto lo siento...

—Cierra la puerta, Sara, por favor, y siéntate.

Su tono era frío, despegado. Hice lo que me ordenaba y me senté en la dura silla de madera frente a su mesa, con las manos juntas en el regazo, como una colegiala recalcitrante convocada al despacho del jefe de estudios. Solo que en este caso, la figura de autoridad que me juzgaba podía destruir mi forma de vida, mi carrera.

—¿Te encuentras bien, Sara? —preguntó.

—Estoy bien, señor McGuire. Muy bien. Si me permite que le explique...

—No estás bien, Sara. De hecho, no estás bien desde hace semanas.

—No sabe cuánto siento haberme perdido las llamadas del señor Glick. Pero solo son las tres y media. Puedo llamarle y obtener la información sobre Garfield...

Leland me interrumpió.

—He encargado la entrevista de Garfield a Lois Rudkin. ¿Conoces a Lois?

Asentí con la cabeza. Lois era una recién graduada de Mount Holyoke, que había empezado a trabajar en septiembre. También era el tipo de periodista joven y ambiciosa. Sabía que me veía como competencia directa en el departamento... aunque yo me negara a entrar en el juego —creyendo, quizá tontamente, que el buen trabajo siempre triunfa—. Me di cuenta de lo que vendría a continuación: Leland había decidido que solo necesitaba una redactora en la sección de Arte, y Lois era la redactora.

—Sí —dije en voz baja—, conozco a Lois.

—Es una buena redactora.

De haber querido ser despedida en ese instante, habría podido añadir: «Y ya he visto la encantadora ofensiva que ha lanzado sobre usted». Pero me limité a asentir con la cabeza.

—¿Quieres contarme lo que te pasa, Sara? —preguntó.

—¿No está contento con mi trabajo, señor McGuire?

—No tengo ninguna queja. Escribes bien. Eres rápida. Exceptuando el día

de hoy, se puede confiar en ti. Pero siempre pareces agotada y totalmente distraída, hasta tal punto que, con relación al trabajo, no pareces estar aquí del todo. Y no soy el único de la oficina que se ha dado cuenta...

—Ya veo —dije, sin profundizar más.

—¿Te ha pasado algo horrible?

—No, nada horrible.

—¿Es una... cuestión del corazón?

—Podría ser.

—Es evidente que no quieres hablar de ello.

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes. Tu vida privada es tu vida privada. Hasta que empieza a afectar a tu trabajo. Y aunque el periodista que hay en mí se rebela frente a la idea del compañerismo empresarial, mis superiores de *Time and Life* creen que todos los que trabajan aquí deberían formar un «equipo», y estar comprometidos con la revista. En tu caso, me temo que todos te ven como una persona distante, hasta el extremo de que algunas personas te consideran altanera y ciertamente creída.

Aquello era nuevo para mí, y me disgustó mucho.

—De verdad que no pretendo ser altanera.

—La percepción lo es todo, Sara, especialmente en un ambiente de trabajo. Y la percepción de tus colegas de *Life* es que estarías mejor en otra parte.

—¿Va a despedirme, señor McGuire?

—No soy tan brutal, Sara. Ni tú has hecho nada para merecerlo. Sin embargo, también es verdad que quiero que pienses en la posibilidad de trabajar de forma independiente... en casa.

Más tarde, aquella noche, bebiendo vino tinto áspero con Eric en su piso, le conté a mi hermano el resto de mi conversación con Leland McGuire.

—Después de dejar caer la bomba de que creía que tenía que trabajar desde casa, me planteó sus condiciones. Me pagaría el sueldo completo durante seis meses y, a cambio, yo debería escribir un artículo cada dos semanas. Ya no se me consideraría parte del personal de *Time and Life*, sino una *freelance*, es decir, que no tendría beneficios.

—Créeme, te beneficiarás más de no tener que ir al despacho por las

mañanas.

—Ya se me había ocurrido. Pero también me preocupa no ser capaz de trabajar por mi cuenta.

—Hace tiempo que dices que quieres escribir ficción. Pues ahora tienes tu oportunidad...

—Ya he abandonado esta idea. No soy escritora...

—Solo tienes veinticuatro años. No abandones tan rápidamente la causa literaria. Sobre todo teniendo en cuenta que no lo has intentado de verdad.

—Bueno, tengo un problema con mi carrera de escritora: no logro empezar.

—Podrías convertir esto en una canción.

—Qué gracioso... Pero no solo soy una escritora fracasada, según Leland McGuire también soy un fracaso trabajando en equipo.

—¿Quién quiere trabajar en equipo?

—Es mejor esto a que te consideren arrogante o distante o creída. No soy tan creída, ¿verdad?

Eric rio.

—Bueno, nadie te confundiría con una brooklynita.

Le dirigió una sonrisa amarga.

—Muchas gracias.

—Lo siento. Ha sido una tontería.

—Sí. Lo ha sido.

—¿Sigues sin recibir noticias de él?

—Sabes que te lo habría dicho...

—Lo sé. Y no te lo quería preguntar...

—Porque..., a ver si lo adivino..., porque crees que soy una imbécil romántica, que ha perdido la cabeza por un vividor tras una noche de pasión.

—Cierto, pero igualmente le estaría agradecido a tu vividor irlandés de Brooklyn por haberte ayudado a salir de *Time and Life*. Nosotros no trabajamos en equipo, S. Eso significa que siempre estarás fuera de la corriente general. Y, te lo aseguro, no es tan malo... si sabes llevarlo bien. Por lo tanto, considéralo una oportunidad para descubrir si tú eres tu mejor

compañía. Presiento que estás hecha para trabajar por tu cuenta. Tienes el suficiente temperamento, después de todo.

Le di un golpecito en el hombro y le dije:

—Eres imposible.

—Es que me ofreces estupendas oportunidades para ponerme imposible.

Suspiré tristemente.

—No voy a saber nunca más de él, ¿verdad?

—Por fin aceptas la realidad.

—No dejo de pensar que... quizá tuvo un accidente, o lo trasladaron a algún lugar alejado desde donde no puede ponerse en contacto conmigo.

—Claro, también pueden haberle asignado una misión de espionaje junto a Mata-Hari, aunque los franceses se tomaran la libertad de fusilarla en 1917.

—Vale, vale.

—Supéralo, S. Por favor. Por tu bien.

—No sabes cuánto me gustaría. Pero... no se me va de la cabeza. Aquella noche pasó algo. Algo tan inexplicable y a la vez tan fundamental... Y aunque intente convencerme de que es una locura, no dejo de pensar que era él.

A la mañana siguiente, vacié mi mesa de *Life*. Crucé el pasillo y llamé a la puerta de Leland.

—He venido a despedirme —dije.

No me indicó que entrara ni que me sentara, ni siquiera se puso en pie. Parecía un poco nervioso en mi presencia.

—Bueno, no es una despedida, Sara. Seguiremos trabajando juntos.

—¿Ya ha pensado en mi primer encargo?

Evitó mirarme a los ojos.

—Todavía no, pero te llamaré dentro de unos días para discutir un par de cosas contigo.

—Entonces, espero su llamada.

—De acuerdo, de acuerdo, en cuanto hayamos sacado este número. Mientras tanto, tómate un par de días libres.

Volvió a mirar sus papeles y se puso a trabajar. Era la señal de que me marchara. Recogí la caja de cartón que contenía mis escasas posesiones de la mesa de mi despacho y me dirigí al ascensor. Al abrirse la puerta, sentí un

golpecito en el hombro. Era Lorraine Tewksberry, una de las maquettistas del departamento de arte y la transmisora oficial de chismorreos.

Era una mujer alta y delgada de unos treinta años, con la nariz prominente y el pelo negro recogido con horquillas. Entró conmigo en el ascensor. Al cerrarse la puerta, se inclinó hacia mí y me susurró al oído —para que no la oyera el ascensorista—: «Nos vemos en el Chock Full O’Nuts de la 46 con Madison dentro de cinco minutos».

La miré interrogativamente. Ella parpadeó, se puso el dedo índice en los labios y salió apresuradamente del ascensor en cuanto llegamos al vestíbulo.

Dejé la caja en recepción y caminé hacia el Chock Full O’Nuts. Lorraine ya estaba sentada en un compartimento del fondo.

—Solo tardaré un minuto, porque no tengo más tiempo. Es día de producción.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Solo para ti. Quería que supieras que a muchos de la revista nos sabe mal que te vayas.

—Me sorprende, teniendo en cuenta que el señor McGuire me dijo que todos creíais que soy distante y arrogante.

—Te diría cualquier cosa, porque desde el momento que le rechazaste, te la tenía jurada.

—¿Cómo sabes que se me había insinuado?

Lorraine levantó los ojos al cielo.

—No es una empresa tan grande —dijo.

—Pero solo me lo pidió una vez... y yo fui bastante educada.

—El caso es que le rechazaste. Y desde entonces, ha estado buscando la manera de deshacerse de ti.

—Todo eso sucedió hace casi dos años.

—Ha estado esperando que metieras la pata. Y, me sabe mal decirlo, pero estos últimos dos meses parecías un poco ausente. Si me permites preguntarlo, ¿es un problema de amor?

—Me temo que sí.

—Supéralo, guapa. Los hombres son todos idiotas.

—No te lo discutiré.

—Te aseguro que soy una experta en este tema. También sé que Leland no te encargará nada a partir de ahora. Se ha inventado este sistema de que trabajes por tu cuenta para echarle de la oficina, y para poder encargarle los buenos reportajes a la señorita Lois Rudkin... que, como ya sabrás, no es solo la periodista favorita de Leland en este momento, sino su amante ocasional.

—Se me había ocurrido...

—Y acertabas, guapa. Porque a diferencia de ti, la pelotillera señorita Rudkin sí salió con el casado señor McGuire. Que yo sepa, una cosa llevó a la otra y ahora... tachán, te quedaste sin empleo.

Tragué saliva.

—¿Qué debo hacer?

—Si quieres mi opinión... no deberías decir ni hacer nada. Quédate con el dinero del señor Luce los próximos seis meses y escribe la gran novela americana si te apetece. O vete a París. O apúntate a clases. O duerme hasta muy tarde mientras duren los cheques. Pero ten claro esto: no vas a volver a trabajar para *Life*. Él no lo va a permitir. Y dentro de seis meses, te despedirá oficialmente.

Años más tarde, me enteré de que en chino el símbolo para la palabra «crisis» tenía dos significados: peligro y oportunidad. Ojalá lo hubiera sabido entonces, porque mi reacción inicial a las palabras de Lorraine fue de pánico total, de crisis total. Recogí la caja de recepción y volví en taxi a mi piso. Cerré la puerta, me senté en la cama y escondí la cabeza entre las manos, pensando que mi mundo se estaba desmoronando. Y sin embargo me encontré lamentando la pérdida de Jack, como si hubiera muerto. Porque, que yo supiera, él estaba muerto.

Al día siguiente, puse una conferencia al Departamento del Ejército de Washington, DC. Un funcionario me dio la dirección donde solicitar el formulario de búsqueda de personal. Cuando recibieran el formulario rellenado por mí, recibiría una respuesta del departamento en un máximo de ocho semanas.

—¡De seis a ocho semanas! ¿No se puede hacer nada para acelerar el proceso?

—Señorita, todavía quedan cuatrocientos mil hombres estacionados en el

extranjero. Estas cosas requieren tiempo.

Aquella tarde solicité el formulario. También me dediqué a pasear y visité el quiosco más cercano, cerca del metro de Sheridan Square. Le expliqué mi problema y el encargado me dijo:

—A partir de mañana le puedo guardar el *Star and Stripes*. Pero los números atrasados... Esto me llevará más tiempo.

Por la mañana, estaba en el quiosco a las nueve en punto.

—Está de suerte —me dijo el quiosquero—. El distribuidor puede conseguirme los número atrasados de todo un mes. Treinta números en total.

—Me los quedo todos.

Llegaron dos días después. Los repasé todos. No había ningún artículo firmado por Jack Malone. Seguí comprando el *Star and Stripes* y no salía nada de Jack Malone. A lo mejor no firmaba con su nombre, me dije. A lo mejor le habían asignado una misión muy secreta, y no estaba publicando nada. A lo mejor me había mentido desde el principio y ni siquiera era periodista.

La solicitud de búsqueda del Departamento de Personas Alistadas llegó una semana después. La mandé al día siguiente. Al volver a mi piso desde la oficina de correos, miré el pequeño montón de cartas frente a mi puerta. Sin duda sería justicia romántica que hubiera una carta de Jack en el montón.

No la había.

Intenté controlarme. Intenté inventar otra justificación por su falta de respuesta. Pero solo podía pensar. «¿Por qué no me contestas?»

Al día siguiente, a pesar de haber dormido fatal, salté de la cama. Me sentía muy decidida. Había llegado el momento de recuperar mi autoestima y dejar atrás aquel monstruoso episodio. Más que eso, seguiría el consejo de Lorraine y Eric y emplearía el tiempo intentando escribir en serio.

Y empezaría aquella misma mañana.

Me duché rápidamente. Me vestí. Me preparé una cafetera. Me tomé dos tazas. Me senté frente a mi Remington. Metí un papel en la máquina. Respiré hondo, con los dedos sobre las teclas. Exhalé. Dejé resbalar los dedos hacia la mesa. Sin darme cuenta, empecé a golpear con ellos su superficie. Volví a respirar hondo, y me obligué a volver al teclado. Fue entonces cuando me

sentí como paralizada, como si se me hubiera agarrotado un nervio en la espalda que me impidiera mover los dedos.

Me estremecí. Intenté mover las manos, teclear una frase sencilla. No podía. Finalmente conseguí apartarlas del teclado. Me agarré con fuerza el borde de la mesa. Necesitaba alguna clase de lastre, como si estuviera a punto de perder el sentido del equilibrio. Me daba vueltas la cabeza. Sentía vértigo, confusión, miedo. De algún modo, llegué al baño, con una creciente sensación de náuseas. Cuando terminé de vomitar, me obligué a llegar al teléfono. Llamé a mi hermano.

—Eric —dije, casi en un susurro—, creo que estoy mal.

En nuestra familia, ir al médico se consideraba una señal de debilidad. Incluso admitir que no te encontrabas bien o te sentías vulnerable, era algo mal recibido. La resistencia se consideraba una virtud crucial, una señal de fortaleza y autosuficiencia. «No te quejes nunca» era otro de los principios estoicos de mi padre, y yo lo seguí a pies juntillas. Por esto Eric entendió inmediatamente que mi «estoy mal» era una clara petición de ayuda.

—Voy enseguida —dijo, con preocupación.

Llegó prontísimo. Debí de cruzar el Village corriendo, porque menos de diez minutos después llamaba a la puerta de mi apartamento.

—Está abierto —dije, con una voz apenas audible.

Yo estaba sentada ante la máquina de escribir, agarrando fuertemente el borde de la mesa. Porque sentía que la mesa era lo único que me mantenía erguida.

—Por Dios, S —dijo Eric, alarmadísimo—, ¿qué te ocurre?

—No lo sé. No puedo moverme.

—¿Estás paralizada?

—No puedo moverme.

Me puso las manos en los hombros. Sentí como si me hubiera tocado con un hierro candente. Di un salto, solté un chillido y me agarré con más fuerza aún a la mesa.

—Perdona, perdona —dijo Eric, alarmado por mi reacción.

—No te disculpes. Soy yo la que debería disculparse...

—Al menos está claro que no estás paralizada físicamente. ¿Estás segura

de que no puedes levantarte?

—Tengo miedo... —susurré.

—Es muy comprensible. Pero vamos a tratar de levantarte de esta silla y llegar hasta la cama. ¿Vale?

No dije nada. Eric se acercó y puso sus manos sobre las mías.

—Intenta levantarte de la mesa, S.

—No puedo.

—Sí. Sí puedes.

—Por favor, Eric...

Me asió los dedos. Empecé resistiéndome, pero él insistió con fuerza. De un tirón, me arrancó las manos de la mesa y ambas cayeron pesadamente sobre mi regazo. Las miré, inexpresiva.

—Bien —dijo—. Es un comienzo. Ahora te levantaré de la silla y te llevaré a la cama.

—Eric, lo siento...

—Cállate —dijo.

Me agarró por la espalda y por debajo de las rodillas y, con un esfuerzo, me levantó de la silla.

—Gracias a Dios que no has engordado —dijo.

—No creo, en estas circunstancias...

—Te pondrás bien, S. Vamos allá...

De ese modo me transportó los seis pasos que separaban la mesa de la cama. Me dejó sobre el colchón, se acercó a mi armario, encontró una manta y me la colocó encima. De repente, me sentí muerta de frío, me apreté el cuerpo con los brazos y empezaron a castañetearme los dientes. Eric descolgó el teléfono, marcó un número y habló en voz baja. Cuando colgó, se acercó a mí y dijo:

—He hablado con la enfermera del doctor Ballensweig. Tiene una hora libre a la hora de almorzar y te hará una visita a domicilio...

—No necesito un médico —dije—. Solo necesito dormir.

—Ya dormirás. Pero primero necesitas un médico.

Eric había descubierto al doctor Ballensweig poco después de licenciarse en Columbia. Dado que él le tenía una confianza ciega, se convirtió en mi

médico en cuanto me trasladé a la ciudad. Nos gustaba porque era directo (la antítesis de la omnipotencia médica de Manhattan) y porque su pequeña estatura, sus hundidos hombros y su forma tranquila de moverse nos recordaba a un médico de cabecera de pueblo de la vieja escuela.

Llegó a mi piso al cabo de varias horas. Llevaba un traje viejo y gastado, gafas de media luna y un maletín negro y antiguo de médico. Eric le abrió la puerta. Inmediatamente se acercó a la cama y me examinó.

—Hola, Sara —dijo, amablemente—. Pareces cansada.

—Lo estoy —logré decir en un susurro.

—Has adelgazado. ¿Sabes por qué?

Me encogí aún más.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Y te cuesta moverte.

Asentí otra vez.

—Está bien. Quiero hablar un momento con tu hermano. ¿Nos disculpas?

Le pidió a Eric que saliera del piso con él. Cuando volvió, lo hizo solo.

—Le he pedido a Eric que fuera a dar una vuelta mientras te examino.

Abrió su maletín.

—Veamos cuál es el problema.

Me hizo sentar. Le costó un poco. Utilizó una pequeña linterna para mirarme los ojos. Luego me miró los oídos, la nariz y la garganta, me tomó el pulso y la presión, comprobó mis reflejos y me hizo un montón de preguntas sobre mi salud general, mi dieta, mi incapacidad para dormir y el ataque que me había tenido pegada a la mesa una hora. Después, se sentó en una silla junto a la cama.

—Bueno, físicamente estás bien.

—Sí.

—Podría mandarte a un hospital de Nueva York para que te hicieran una batería de pruebas neurológicas, pero no creo que encontraran nada. También podría ingresarte en Bellevue para una observación psiquiátrica. Pero tampoco creo que valiera la pena desde el punto de vista clínico y solo conseguiría angustiarte más. Porque presiento que has sufrido una crisis

nerviosa menor.

No dije nada.

—No es tanto una crisis nerviosa como algo más físico, producido por la falta de sueño y una fuerte angustia emocional. Tu hermano me ha dicho que has pasado una mala temporada.

—Es todo una tontería...

—Si has acabado así, seguro que no es ninguna tontería...

—He permitido que las cosas se me fueran de las manos. Una reacción exageradamente romántica por mi parte.

—Todos exageramos cuando se trata de estos asuntos. Incluso las personas más centradas, como tú. Es lo normal.

—¿Qué cura hay?

Me sonrió paternalmente.

—Si lo supiera, sería el médico más rico de Estados Unidos. Pero ya sabes lo que te voy a decir: no hay cura. Excepto, quizá, el tiempo. Y esto es lo último que una persona en tu estado quiere oír. En tu caso, creo que es esencial que descanses. Que descanses mucho. Si puede ser en un lugar alejado de tu entorno habitual. Eric me ha dicho que estás de baja temporal en tu trabajo.

—Más bien baja permanente, doctor.

—Pues aprovéchalo para marcharte. No a otra ciudad, sino a un sitio donde puedas pasear. La costa siempre hace bien. Créeme, a mi entender, un paseo por la playa es mejor que cinco sesiones de psiquiatría, aunque yo sea seguramente el único médico de esta ciudad que te dirá esto. ¿Pensarás en serio en la posibilidad de salir de la ciudad una temporada?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Mientras tanto, aunque sé que no te gustan los calmantes, me preocupa tu falta de sueño. Quiero darte una inyección ahora que te haga dormir un buen rato.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta mañana por la mañana.

—Eso es mucho.

—Lo necesitas. El mundo siempre parece un poco más manejable después

de un buen descanso.

Abrió el maletín.

—Súbete la manga.

Percibí el aroma medicinal del alcohol cuando lo vertía sobre el algodón y me frotaba el brazo. Después sentí el pinchazo agudo de la aguja hipodérmica y otra vez el roce del algodón después de retirar la aguja. Me eché en la cama. Enseguida, el mundo se oscureció.

Cuando abrí los ojos, era de día. Las primeras luces se filtraban por las persianas. Tenía la cabeza pesada, como si tuviera un velo ante los ojos. Por un momento no supe dónde estaba. Todo me parecía bien. Hasta que Jack volvió a mi cabeza y me envolvió cierta tristeza residual.

Pero al menos había dormido. ¿Cuánto tiempo? Busqué el despertador de la mesita. Las seis y catorce. Cielo santo, había dormido casi dieciocho horas. Tal como me había prometido el buen doctor. No era de extrañar que estuviera tan embotada. Logré sentarme en la cama. La idea de que podía sentarme me tranquilizó. Aquello era una mejora con respecto al día anterior. Entonces me di cuenta de que estaba dentro de la cama y llevaba puesto un camisón. No tardé mucho en adivinar quién me había desvestido y metido en la cama, porque Eric dormía en el sofá, bajo una manta, y roncaba ruidosamente. Levanté las mantas y puse los pies en el suelo sin hacer ruido. Después, poco a poco, fui al baño.

Me preparé un baño bien caliente. Me quité el camisón y me metí en el vaporoso baño. Gradualmente, la niebla de mi cerebro se fue difuminando. Estuve casi una hora en la bañera, mirando el techo, desprendiéndome del raro interludio que había sido el último día. Dieciocho horas de sueño drogado habían calmado mis nervios exaltados como de la noche al día. Seguía sintiendo una intensa sensación de pérdida, no solo de Jack, sino también del trabajo que había sido incapaz de mantener. Pero el doctor Ballensweig tenía razón: el mundo parecía más sólido después de un largo periodo de inconsciencia. Y estaba contenta de poder volver a funcionar con normalidad.

Finalmente, me obligué a salir de la bañera. Me sequé. Me envolví el pelo en una toalla. Me puse un albornoz. Abrí la puerta procurando no hacer ruido.

Pero cuando volvía de puntillas a la cama, oí el chasquido de un encendedor Zippo al cerrarse con un chasquido. Eric estaba sentado en el sofá, fumándose el primer cigarrillo del día.

—Vaya... los muertos andan —dijo, con una gran sonrisa.

—Eric, no hacía falta que te quedaras a pasar la noche...

—Pues claro que sí. No iba a dejarte sola después de lo de ayer.

—No sabes cuánto lo siento.

—¿Por qué? En cuestión de crisis, la tuya ha sido una de las más suaves que he visto. Sobre todo porque pasó en casa.

—Igualmente me avergüenza...

—¿Por qué? ¿Porque las cosas fueron demasiado para ti? ¿Porque por una vez no pudiste con todo? Sé buena contigo, S, y prepara un poco de café.

—Claro, claro —dije. Me acerqué a la cocina y encendí el fuego.

—Estuviste realmente fuera de combate. Después de que el doctor Ballensweig te diera la inyección, no te moviste para nada. Meterte en la cama fue como desvestir a una muñeca. Pero esta parte no te interesa, imagino.

—No, la verdad es que no.

—Te dejé sola una hora, para ir a la farmacia y comprar las pastillas. El frasco está en tu mesita. El doctor Ballensweig quiere que tomes dos píldoras antes de irte a la cama, para que puedas dormir. Cuando tu sueño vuelva a estabilizarse, puedes dejarlas.

—No son calmantes, ¿verdad? No necesito calmantes.

—Son píldoras para dormir. Que te ayudan a dormir. Y las necesitas si quieres evitar otro día como el de ayer. O sea, que deja de hablar como un convertido a la Iglesia de la Ciencia Cristiana...

—Entendido —dije, mientras llenaba la cafetera de café molido.

—Mientras dormías hice otra cosa. Llamé a tu jefe en *Life*...

—¿Qué hiciste qué?

—Llamé a Leland McGuire y le dije que no te encontrabas bien. Y que por prescripción médica tenías que irte de Nueva York...

—Por Dios, Eric, no deberías haberlo hecho.

—Claro que sí. De otro modo te habrías pasado las próximas diez semanas

aquí sentada esperando que McGuire te llamara para encargarte un artículo... por mucho que como-se-llame, la chismosa de la oficina, te dijera que no lo hará nunca. Las órdenes del médico son las órdenes del médico. Necesitas un largo descanso en algún lugar natural y confortable. O sea que te vas a Maine.

Parpadeé sorprendida.

—¿Me voy a Maine?

—¿Te acuerdas de la casita que padre y madre alquilaban cerca de Popham Beach?

Me acordaba. Era una casita de dos habitaciones situada en una urbanización de veraneo que daba a uno de los rincones más extensos de la costa de Maine. Durante diez veranos consecutivos, nuestros padres alquilaron aquella casita para que pasáramos allí las vacaciones anuales en julio. Conocíamos a los dueños, una pareja de ancianos de Hartford llamados los Daniels. El día anterior, mientras yo permanecía en el sueño inducido por las drogas, Eric había llamado al señor Daniels y le había explicado que yo estaba temporalmente de baja en *Life* para poder escribir, y quería encerrarme en algún lugar bonito y tranquilo.

—Sin que dijera nada más —explicó Eric—, el viejo Daniels me ofreció su casita enseguida, diciéndome que estaba encantado de que fueras redactora de *Life*.

—Si supiera la verdad...

—Bueno, le pregunté cuánto pedía por alquilarla. Casi se ofendió por la pregunta. «No se me ocurriría cobrarle alquiler a la hija de Bidy Smythe... sobre todo fuera de temporada.»

—¿No me digas que llamó «Biddy» a padre? —dije, riendo.

—La informalidad WASP es insondable. Así que te deja la casita sin cobrarte nada... hasta el primero de mayo, si te apetece.

—Esto es mucho tiempo en un lugar tan aislado.

—Pruébalo dos semanas. Si no te gusta, si estás demasiado sola, vuelve a casa. No te costará más que la asistenta. Se llama señora Reynolds. Vive en el pueblo. Por cinco dólares, va dos veces a la semana a limpiar la casa, y tiene coche, o sea que te recogerá en la estación de Brunswick el lunes por la

mañana. Te he reservado una plaza en el tren de las nueve en Penn Station. Llegarás a Boston antes de las tres, y allí cambiarás al tren de Brunswick, que llega a las siete y veinte de la noche. La señora Reynolds te estará esperando en la estación.

—Veo que lo has organizado todo.

—Es una forma de obligarte. Necesitas salir de aquí. Si te dejara a ti, no lo harías.

Mi hermano tenía razón. De no haberse encargado él, me habría quedado en Manhattan, esperando noticias de Jack, de Leland, del Departamento de Personal Alistado. Y esperar ansiosamente algo que puede no llegar nunca, no puede ser bueno para la salud. Así que me dejé convencer. Llené un baúl con ropa vieja y montones de libros. Contra las protestas de Eric, metí también la máquina de escribir Remington.

—No deberías pensar en escribir —dijo.

—Me la llevo por si me viene la inspiración... aunque me parece tan poco probable como que un asteroide caiga sobre Popham Beach.

—Prométeme que no intentarás escribir hasta dentro de dos semanas como mínimo.

Se lo prometí y mantuve mi promesa. Porque en cuanto llegué a Maine, me abandoné a la indolencia. La casita era agradable, aunque estaba un poco deteriorada. Mantenía la humedad del invierno, pero después de varios días de encender el fuego en la chimenea —unido al juicioso uso de dos apestosas pero eficaces estufas de queroseno— la casa se secó y quedó soberbiamente acogedora. Se me pasaban los días sin hacer apenas nada. Dormía hasta muy tarde, y solía quedarme toda la mañana en la cama con una novela, o me sentaba en una butaca cómoda y vieja ante la chimenea y hojeaba diez años de números atrasados de *Saturday Night/Sunday Morning*, que descubrí almacenados en una cómoda de madera que también servía de mesita de centro. Por las noches escuchaba la radio, sobre todo cuando tocaban Toscanini y la sinfónica de la NBC, mientras leía hasta altas horas de la madrugada. Cada vez que sentía la necesidad imperiosa de escribir a Jack, me resistía. Mi máquina de escribir seguía tapada y oculta a la vista en un armario del dormitorio.

Pero, evidentemente, lo mejor del día era el largo paseo que hacía hasta Popham Beach.

La playa tenía cinco kilómetros de longitud. La urbanización estaba situada en la parte norte, un racimo de casas de piedra y tablas deterioradas por el tiempo, construido a un kilómetro más o menos del agua. La urbanización era el único indicio de poblamiento en la zona. Porque, en cuanto cruzabas la verja de la playa y mirabas a la derecha, se abría ante ti una inmensa vista de mar, cielo y arenas blancas.

Era abril, y la playa estaba totalmente desierta. Era también aquel interregno estacional entre el invierno y la primavera, que destaca por sus cielos intensamente azules y un frío tonificante. Yo me pertrechaba contra el frío, salía a la arena y enseguida sentía una especie de euforia. El viento era cortante, el aire salobre, el horizonte ilimitado. Caminaba cinco kilómetros hasta la punta sur, donde terminaba la arena. Allí, daba la vuelta y volvía a casa. Tardaba unas dos horas en hacer el trayecto. Durante la excursión, mi mente se vaciaba. Tal vez era por la grandeza épica de la costa de Maine. Tal vez por la sensación de aislamiento, la fuerza primitiva del viento y el agua, la falta total de otra voz humana. Por la razón que fuera, el doctor Ballensweig tenía razón. Caminar por una playa era un acto de recuperación. La tristeza que sentía —la sensación de pérdida— no se esfumó de golpe, pero, poco a poco, recuperé un cierto equilibrio. Con él se difuminó la fiebre emocional que me había afectado los pasados meses. No es que me sintiera muy sabia de repente, ni que dominara la locura febril de aquel amor intenso. Más bien, me sentía agradablemente apagada, cansada y contenta de haberme librado de una vida llena de incidentes. Por primera vez en mi vida, pasaba un largo periodo de tiempo sola, y me gustó.

No me relacioné con nadie, excepto con la asistenta, Ruth Reynolds. Era una mujer alegre y gruesa que rondaba los cuarenta. Su esposo, Roy, era soldador en Bath Iron Works, tenían un montón de hijos y, además de organizar aquella gran familia, ella ganaba algún dinero adicional cuidando de media docena de casitas de Popham Beach. Yo era la única residente de la urbanización en aquella época del año, o sea que tenía toda la atención de Ruth para mí. En la casa había una bicicleta, que yo usaba de vez en cuando

para ir a la tienda más cercana —un trayecto montañoso de ocho kilómetros por una carretera comarcal—. Pero casi siempre era Ruth la que insistía en llevarme en coche a Bath para comprar víveres. Y los jueves por la noche, me invitaba a cenar con su familia.

Su casa estaba a un kilómetro y medio de la urbanización, un mundo diferente a la elegancia deteriorada de aquel noble enclave. Ruth y Roy vivían con sus cinco hijos en una casa de tres habitaciones, destartalada y llena hasta los topes, en Cape Codder. Necesitaba una mano de pintura, por dentro y por fuera. Roy, un hombre grande como un oso, con los bíceps como las vigas de acero que soldaba cada día, era amable de una forma más bien tímida. Sus hijos, de los cinco a los diecisiete años, generaban un animadísimo caos, pero Ruth era una experta en mantener su vida doméstica colectiva en orden.

Se cenaba siempre a las cinco y media. Los pequeños se metían en la cama a las siete. Los dos chicos mayores se quedaban en la cocina oyendo a Buck Rogers o *La Sombra* en la radio. Roy se marchaba a hacer el turno de noche en Iron Works. Ruth sacaba una botella de oporto Christian Brothers del aparador, servía dos copitas y se sentaba frente a mí en una cómoda butaca.

Aquella cena de los jueves se convirtió en un ritual semanal.

—¿Sabes por qué me gusta tenerte aquí los jueves por la noche? —me dijo Ruth, mientras nos acomodábamos en sendos sillones para beber el dulce y pegajoso oporto—. Porque es el único día de la semana en que Roy hace el turno de ocho a cuatro de la madrugada. Lo que significa que es la única vez que puedo sentarme a charlar con una amiga.

—Me alegro de que me consideres una amiga.

—Pues claro. Y me gustaría verte más a menudo. Pero cinco hijos y la casa me dejan el tiempo justo para dormir seis horas al día y poco más.

Ruth brindó conmigo.

—Me alegro de que pases una temporada aquí —dijo.

—Bueno, en *Life* no me echan mucho de menos, que digamos.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé.

Y le expliqué que, pocos días antes, había mandado un telegrama a mi jefe,

Leland McGuire, explicando que quería quedarme en Maine, pero que volvería a Nueva York inmediatamente si me encargaba algún artículo. Veinticuatro horas después recibí su respuesta a través de Western Union.

Sabemos dónde encontrarte si te necesitamos. Stop. Leland.

—Esa es una respuesta escueta, francamente —dijo Ruth.

—Pero era de esperar. Dentro de seis meses, espero estar oficialmente sin empleo.

—Si yo fuera tú, no me preocuparía demasiado.

—¿Por qué no?

—Porque es evidente que eres inteligente, y tienes muy buena presencia.

—Qué buena presencia... Si supieras los errores que he cometido últimamente.

—Estoy segura de que no eran tales errores.

—Te aseguro que eran grandes errores. Me dejé abrumar tontamente por algo.

—¿Algo?

—No... alguien.

—Me imaginaba que debía de ser algo así.

—¿Es tan evidente?

—Nadie viene a Maine en esta época del año a menos que intente poner distancia entre sí mismo y sus problemas.

—No era un problema. Si acaso, una locura en grado máximo. Sobre todo porque solo duró una noche. Y yo, como una idiota, me permití creer que era amor verdadero.

—Pero si lo creiste, quizá lo era.

—O a lo mejor era todo pura fantasía por mi parte. Enamorarse del amor.

—¿Dónde está él ahora?

—En Europa, con el ejército. Le he escrito mil veces... pero, por ahora, no me ha contestado.

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

—Olvidarle, supongo.

—Oh, eso no podrás hacerlo nunca. Siempre estará contigo, porque te ha impactado de mala manera.

—Entonces, ¿qué hago?

—Es sencillo: convéncete de que no ha sucedido.

«Sabes lo que tienes que hacer, ¿no?» Aquella frase se me quedó grabada, porque resumía uno de los dilemas de la vida: ¿cómo conciliar la cabeza con el corazón?

Mi cerebro racional me decía que aceptara la realidad de que Jack Malone había entrado y salido de mi vida en solo doce horas. Mi corazón irracional me decía algo distinto: lo que me asombraba era lo persuasivo que podía ser el corazón, sobre todo teniendo en cuenta que antes de aquel día de Acción de Gracias yo me consideraba inmune a la falta de lógica. Pero ahora...

Ahora sabía que no era así.

La mañana siguiente mi charla con Ruth me levanté al amanecer. Tomé un desayuno ligero. Caminé por la playa. Regresé a las nueve. Puse al fuego una cafetera y, mientras subía el café, fui al dormitorio y saqué la máquina de escribir Remington del armario. La llevé a la mesa de la cocina. La destapé. En la funda había guardado un paquete de folios. Lo abrí y metí una hoja en el carro de la máquina.

La cafetera empezó a borbotear. Apagué el fuego y me serví una taza de humeante café Chock Full O’Nuts. Coloqué la taza junto a la máquina de escribir. Me senté. Soplé sobre el café y me tomé un trago largo y reconfortante. Dejé la taza. Posé los dedos sobre el teclado. Inmediatamente, se me cerraron en un puño. Me obligué a separarlos. Antes de que pudiera darle más vueltas, tecleé una frase.

«No tenía planeado estar en aquella fiesta.»

Mis manos se apartaron del teclado. Fueron a parar sobre la mesa; empecé a golpear la superficie estriada de pino con los dedos mientras leía aquella frase una y otra vez. Al cabo de pocos minutos, decidí intentar una segunda frase.

«Había pensado estar en otra parte.»

Aparté los dedos de la máquina de escribir y volví a repiquetear sobre la superficie de la mesa. Bebí un poco de café. Miré fijamente las dos frases escritas en aquella página todavía tan vacía. Decidí arriesgarme con una tercera frase:

«Porque aquella era la noche en que había prometido regalarme uno de los más raros placeres de Manhattan: ocho horas seguidas de sueño.»

Tres frases. Treinta y seis palabras. Las leí una y otra vez. Contundentes. Directas. Un indicio de ironía en la última línea. El lenguaje era simple, sin excesos verbales. No estaba mal para empezar. No estaba nada mal.

Cogí el café. Me bebí todo lo que quedaba en la taza. Fui a la cocina y la volví a llenar. Luché contra la necesidad momentánea de salir corriendo por la puerta. Me obligué a sentarme a la mesa. Mis dedos reiniciaron aquel repiqueteo frenético sobre la mesa.

Tres frases. Treinta y seis palabras. Una página mecanografiada a doble espacio contenía normalmente unas doscientas palabras.

Vamos, termina la página. Solo te faltan ciento sesenta y cuatro palabras. Qué caramba, has escrito las primeras treinta y seis en diez minutos. Ciento sesenta y cuatro más solo deberían costarte...

Cuatro horas. Esto es lo que me costaron. Cuatro largas y laboriosas horas, durante las cuales arranqué papeles y papeles del carro, me acabé otra cafetera, paseé arriba y abajo, mordisqueé el lápiz, hice anotaciones en los márgenes y, por fin, milagrosamente, llegué al final de aquella condenada página.

Más tarde, aquella noche, después de cenar, me tomé un vaso de vino tinto releiendo lo que había escrito. Era bastante fluido. La voz parecía cercana — o al menos no desalentadoramente distante. Estilísticamente, tenía cierta garra —sin exagerar con las frases ingeniosas. Lo más importante: la narración arrancaba enseguida. La historia tenía empuje. Era un inicio plausible.

Pero solo era una página.

Al día siguiente también me levanté con el alba. Un desayuno rápido, un paseo rápido por la playa, una cafetera, y a las ocho y media estaba sentada ante la máquina de escribir.

A mediodía, había escrito otra página. Aquella noche, antes de meterme en la cama, releí mis dos páginas terminadas. Suprimí unas treinta palabras superfluas. Ajusté varios pasajes descriptivos. Reescribí una frase rara, eliminé una metáfora bastante tonta: «Sus ojos tenían el brillo seductor de

una marquesina de Broadway», y la cambié por: «Tenía ojos de cama».

Después, antes de que me abatiera una crisis de seguridad en mí misma, dejé las páginas boca abajo sobre la mesa.

Volví a levantarme con el sol. Pomelo, tostada, café. La playa. Más café. La mesa.

Y me quedé en la mesa hasta que terminé la página del día.

Empezaba a emerger un patrón de trabajo. Ahora mis días tenían una estructura, un propósito. En cuanto tenía escrita la página, tenía la sensación de haber alcanzado algo. Todo el mundo habla de los embriagadores placeres de la escritura, todos menos los que realmente lo prueban. Este proceso no tiene nada de embriagador. Es un trabajo. Como todos los trabajos, solo es un placer en perspectiva. Te sientes aliviado cuando has cumplido con tu cuota diaria. Esperas que el trabajo realizado durante el día sea suficientemente satisfactorio. Porque, al día siguiente, tienes que llenar otra página con la máquina de escribir. Se necesita voluntad para cumplir el trabajo. Voluntad... y una curiosa sensación de seguridad. Como estaba descubriendo, escribir era un truco de seguridad que juegas contigo misma.

Una página al día, seis días a la semana. Después de la segunda semana de trabajo, mandé un telegrama a Eric:

He decidido que aislamiento espléndido. Stop. Me quedo varias semanas. Stop. Estoy escribiendo. Stop. No te horrorices. Stop. Me va bastante bien. Stop. Sigue recogiendo mis cartas y busca noticias de Europa o del Departamento de Personal Alistado. Stop. Besos, S.

Cuarenta y ocho horas después, se presentó un empleado de Western Union a mi puerta, con la respuesta de Eric:

Si te divierte hacer algo masoquista, como escribir, este masoquista se alegra por ti. Stop. Recojo tus cartas dos veces por semana. Stop. Nada de Europa ni de Washington. Stop. Archívalo en el apartado «espejismos» y sigue adelante. Stop. Odio a Joe E. Brown. Stop. Y te echo de menos.

Por primera vez en varios meses, no sentí la dolorosa punzada de tristeza por culpa de Jack. Más bien un apagado malestar. «Convéncete de que no ha sucedido». Y ya puesta, escribe la próxima página.

Otra semana. Otras seis páginas. Como siempre, descansé el domingo. Volví a ponerme el lunes. Después de las tres primeras semanas trabajando cada página —pasándome una hora con la construcción de una frase o tachando ciento cincuenta palabras cuando ya estaba acabando la página— empecé a teclear como una loca. Escribí tres páginas el lunes, cuatro el martes. Ya no me preocupaba obsesivamente por la forma, la estructura y el ritmo. Simplemente, me dejaba llevar. Ya no mandaba yo. La máquina escribía sola.

Y entonces, a las cuatro y dos minutos del miércoles por la tarde —miré el reloj—, del 20 de abril de 1946, me detuve. Me quedé un momento sentada y aturrida en la silla, mirando fijamente la página medio escrita en la máquina de escribir, absorbiendo la idea.

Acababa de terminar mi primera narración corta.

Pasaron algunos minutos. Me obligué a levantarme, cogí el abrigo y caminé hasta la orilla del agua. Me puse en cuclillas sobre la arena y contemplé el ritmo metronómico del oleaje atlántico. No sabía si la narración era buena o mala. Mi autodenigrante instinto de la familia Smythe me decía que aceptara el hecho de que probablemente no valía lo bastante para publicarla. Pero, al menos, la había terminado. Y pensaba disfrutar de este logro un ratito.

Al día siguiente, me senté a la mesa de la cocina y leí las veinticuatro páginas de la narración. Se titulaba *Permiso*, y sí, era una versión ficticia de la noche en que había conocido a Jack. Solo que, en este caso, estaba situada en 1941, y el narrador era una editora de treinta y dos años que se llamaba Hannah: una mujer soltera que siempre había tenido mala suerte con los hombres y que había empezado a creer que nunca conocería el amor. Hasta que conoce a Richard Ryan, un teniente de la Marina, de permiso una noche en Manhattan antes de salir con su barco hacia el Pacífico. Se conocen en una fiesta, la atracción es instantánea, pasan la noche recorriendo la ciudad, se abrazan, alquilan una habitación en un hotel barato, se despiden estoicamente en los muelles de la Marina en Brooklyn, y aunque él le jura que la quiere, Hannah sabe que no volverá a verle. Porque el momento es equivocado. Richard se va a la guerra, y ella presiente que pronto olvidará aquella noche

en Manhattan. Se queda sabiendo que, tras tropezar con su destino, lo ha perdido al cabo de solo doce horas.

Dediqué los tres días siguientes a corregir el relato, para que el lenguaje fuera escueto y desprovisto de sensiblerías. ¿Qué le había dicho Puccini a su libretista cuando trabajaban en *La Bohème*?: «Sentimiento... pero no sentimentalismo». Esto era lo que perseguía yo, una cierta intensidad que no acabara en sentimentalismo. El domingo, utilizando papel carbón, mecanografié dos copias en limpio de la narración corregida. Aquella noche, la leí por última vez. No sabía qué pensar. Parecía funcionar, y evocaba un cierto estado de ánimo agridulce... pero era una historia demasiado cercana a mí para que pudiera discernir si era buena o no. Así que cogí la primera copia de *Permiso*, la doblé y la metí en un sobre junto con la siguiente nota:

Eric:

Esto es... lo primero que ha salido de la botella. Quiero que seas totalmente sincero conmigo sobre su falta de mérito literario.

Volveré a Manhattan dentro de diez días. Cena conmigo en Luchows la noche de mi llegada.

Besos,

S

Al día siguiente, pedaleé hasta la oficina de correos y pagué un dólar extra para mandar aquel sobre urgente a casa de Eric. Utilicé el teléfono de la oficina para poner una conferencia a Boston. Hablé con una amiga de la universidad, Marge Kennicott, que trabajaba como ayudante de edición para Houghton Mifflin y vivía en la avenida Commonwealth. Le encantó la idea de tenerme en casa una semana —«... si no te importa dormir en un sofá lleno de bultos»—. Le dije que me esperara en cuarenta y ocho horas. En cuanto colgué, llamé a la estación de Brunswick y reservé una plaza en el tren de Boston del miércoles por la mañana. Luego fui con la bicicleta a casa de Ruth y le dije que me marcharía al cabo de dos días.

—Te voy a echar de menos —dijo—. Pero parece preparada para marcharte.

—¿Parezco curada de verdad? —pregunté, riéndome.

—Como te dije el otro día, nunca te curarás del todo de él. Pero estoy

segura de que ahora ves las cosas como son.

—Digamos que... —contesté— no pienso enamorarme de ese modo nunca más.

—Llegará alguien y te hará cambiar de opinión.

—No lo permitiré. El amor es un juego para bobos.

Lo decía en serio. Porque lo que más me irritaba de todo aquel episodio era cómo había socavado mi autocontrol, hasta el punto de que no podía pensar en nada más que en el objeto de mi amor. En mi breve narración, Hannah sale de su noche de pasión accidental sintiéndose desposeída, pero también con la convicción de que puede volver a enamorarse. Yo también lo sabía... y me preocupaba. Porque lo que ahora veía era que no había estado realmente enamorada de Jack Malone. Había estado enamorada de la idea de Jack. Había estado enamorada del amor. Y me juré no volver a cometer aquel error.

Llené el baúl, metí en él la máquina de escribir y lo envié a Nueva York. Hice mi último paseo por Popham Beach. Ruth insistió en llevarme a la estación de Brunswick. Nos abrazamos en el andén.

—Espero que me mandes un ejemplar de lo que has estado escribiendo cuando se publique.

—No se publicará nunca —dije.

—Sara, uno de estos días vas a empezar a quererte.

Pasé un semana muy agradable en Boston. Marge Kennicott vivía en un piso muy agradable de Back Bay. Tenía unos amigos muy agradables. También tenía un prometido muy agradable llamado George Stafford, Jr., que era el probable heredero de la asesoría financiera de la familia. Como siempre, Boston seguía siendo una ciudad muy agradable: bonita, snob y monótona. Me resistí a todos los intentos de Marge para hacerme salir con uno de sus muy agradables amigos solteros. No le conté nada de lo que me había hecho pasar siete semanas en Maine. Después de siete días de austera nobleza brahmánica, me moría de añoranza por el desorden ruidoso y la exuberancia caótica de Manhattan. Así que me sentí aliviada cuando finalmente subí al tren de vuelta a Penn Station.

El día antes de marcharme de Boston, llamé a Eric a casa. Me dijo que estaría trabajando a la hora de la llegada del tren, pero que nos veríamos para

cenar en Luchows aquella misma noche.

—¿Te llegó el sobre que te mandé? —pregunté, nerviosa.

—Oh, sí —contestó.

—¿Y?

—Hablaemos cuando nos veamos.

Había un montón de cartas sobre el felpudo, ante la puerta de mi piso. Las repasé, sin esperar nada de Jack. Mis expectativas se confirmaron. Pero sí había una carta del Departamento de Personal Alistado del Ejército, informándome de que el teniente John Joseph Malone estaba destinado en aquel momento a la sede de los aliados en Inglaterra. También incluían una dirección postal donde se le podía escribir.

Solo leí la carta una vez. Luego la tiré a la papelera, junto a la mesa, pensando: «Más vale que expulses de tu vida tus propios errores».

Había otra carta en el montón que me llamó la atención inmediatamente, porque la dirección del remitente era *Saturday Night/Sunday Morning*: una revista muy conocida a la que nunca había escrito, ni conocía a nadie que trabajara allí. Rompí el sobre y saqué la carta.

28 de abril de 1946

Distinguida señorita Smythe:

Me complace informarle que su narración corta, *Permiso*, ha sido aceptada para su publicación en *Saturday Night/Sunday Morning*. La he programado en principio para el número 46 de septiembre, y le pagaremos 125 dólares por los primeros derechos de publicación.

Aunque me gustaría publicar la narración íntegra, tengo un par de sugerencias para su consideración. Llame a mi secretaria cuando pueda para concertar una cita, por favor.

A la espera de reunirme con usted, le anticipo nuestro interés en publicar su narración en nuestra revista.

Atentamente,

NATHANIEL HUNTER

Editor de ficción

Tres horas después, con una copa de champán en la mano, cenando con Eric, todavía estaba estupefacta.

—Intenta parecer contenta, por el amor de Dios —dijo Eric.

—Estoy contenta. Pero también estoy aturdida por que hayas urdido todo esto.

—Como te he dicho, no he urdido nada. Leí la narración. Me gustó. Llamé a mi amigo de Columbia, Nat Hunter, que trabaja en *Saturday Night/Sunday Morning* y le dije que acababa de leer una narración que me parecía perfecta para la revista... y que resultaba que la había escrito mi hermana. Me pidió que se la mandara. Le gustó. La publicará. De no haberme gustado, no se la habría mandado a Nat. De no haberle gustado a Nat, no la habría publicado. Así que la aceptación de tu narración estuvo libre de nepotismo. No urdí nada.

—Sin embargo, sin ti no habría tenido acceso directo al editor de ficción.

—Bienvenida al funcionamiento del mundo.

Me incliné para tomarle la mano.

—Gracias —dije.

—De nada. Pero, qué caramba, es buena. Sabes escribir.

—Bueno, esta noche invito yo.

—Ya lo creo.

—Te he echado de menos, Eric.

—Lo mismo digo, S. Y pareces muy mejorada.

—Estoy mejor.

—¿Como nueva?

Brindé con él.

—Del todo —dije.

Al día siguiente, llamé a *Saturday Night/Sunday Morning*. La secretaria de Nathaniel Hunter estuvo de lo más amable y me dijo que el señor Hunter estaría encantado de invitarme a almorzar al cabo de dos días, si mi agenda me lo permitía.

—Me lo permite —contesté, intentando parecer indiferente.

También llamé a Leland McGuire en *Life*. Su ayudante contestó al teléfono y me hizo esperar cuando le pedí hablar directamente con mi antiguo jefe. Cuando volvió a ponerse me dijo:

—Leland me ha pedido que te salude y te diga que se pondrá en contacto contigo en cuanto tenga un encargo para ti.

Era la respuesta que esperaba. Ahora sabía con seguridad que, dentro de pocos meses, recibiría una nota de despido de *Life*. Pero con los 125 dólares

de *Saturday Night/Sunday Morning* podría sobrevivir otro mes por lo menos. Y quizá podría convencer a Nat Hunter para que me encargara algún artículo.

Como es de suponer, el día del almuerzo con el señor Hunter estaba muy nerviosa. A las once, ya estaba cansada de pasear por mi pisito, y decidí matar la hora y media que me quedaba antes del encuentro dando un paseo hasta la sede de *Saturday/Sunday* en Madison con la Calle 47. Mientras cerraba la puerta del piso, el señor Kocsis apareció en lo alto de las escaleras con un montón de cartas en la mano.

—El correo ha llegado temprano —dijo, y me dio solo una postal.

Luego se alejó por el pasillo, depositando las cartas en los felpudos de mis vecinos. Miré la postal. Aunque el sello era americano, tenía el matasellos de la Zona de Ocupación Americana, en Berlín. El estómago se me encogió. Rápidamente miré el dorso. Había solo tres palabras escritas.

Lo siento,
JACK

Me quedé mirando el mensaje largo rato. Por fin, me obligué a bajar y salir a la brillante luz del sol. Una vez en la calle, giré a la izquierda y me dirigí hacia el norte. Seguía apretando la postal en la mano. Al cruzar la avenida Greenwich, pasé junto a un cubo de basura. Sin pensármelo dos veces, tiré la postal dentro. Ni siquiera miré si había dado en el blanco. Seguí caminando.

5

El almuerzo con Nathaniel Hunter fue estupendamente. Tanto que me ofreció un empleo: editor ayudante de ficción de *Saturday Night/Sunday Morning*. No podía creer en mi suerte. Lo acepté enseguida. El señor Hunter pareció sorprendido por mi inmediata respuesta.

—Puedes pensártelo un par de días, si lo deseas —dijo, encendiendo uno de los cigarrillos Camel que no dejaba de fumar.

—Estoy decidida. ¿Cuándo empiezo?

—El lunes, si quieres. Pero Sara, ten en cuenta que, aceptando esta empleo, no tendrás mucho tiempo para escribir por tu cuenta.

—Encontraré el tiempo.

—He oído a muchos escritores prometedores decir lo mismo. Logran que alguna revista acepte una narración suya. Pero en lugar de intentar escribir ficción a tiempo completo, aceptan un empleo como publicistas o como relaciones públicas. Lo que inevitablemente significa que están demasiado cansados cuando terminan para ponerse a escribir. Como sabes, un trabajo de nueve a cinco es cansado.

—Tengo que pagar el alquiler.

—Eres joven, eres soltera, no tienes responsabilidades. Es el mejor momento para tratar de escribir una novela...

—Si está tan seguro de que debería quedarme en casa escribiendo, ¿por qué me ofrece este empleo?

—Porque, primero, me pareces lista, y necesito un buen ayudante, y

segundo, porque como persona que abandonó una prometedora carrera literaria para ser esclavo de un sueldo y editar la obra de los demás, considero mi deber corromper a otro escritor joven y prometedor con una propuesta faustiana que debería rechazar...

Me reí.

—Veo que es muy directo, señor Hunter.

—No hagas promesas, no mientas, es mi principio. Pero hazte un favor, Sara, no aceptes este empleo.

Pero no escuché su consejo. Porque no tenía bastante fe en mi propio talento como escritora. Porque tenía miedo de fracasar. Porque toda mi educación me empujaba a elegir la opción del trabajo seguro. Y porque también sabía que Nathaniel Hunter sería un buen jefe.

Como Eric, tenía treinta y pocos años: era alto y delgado, con el pelo espeso y canoso, gafas con montura de concha, y una mueca de permanente autodesaprobación en el rostro. Era bastante guapo, un tipo universitario con traje de cheviot, y era divertidísimo. Me dijo que llevaba doce años casado con una mujer llamada Rose, que daba clases a tiempo parcial en el Departamento de Historia del Arte de Barnard. Tenían dos hijos y vivían entre Riverside Drive y la Calle 108. Por todo lo que decía, estaba claro que amaba a su esposa y a sus hijos, aunque siempre que hablaba de su familia tenía sus comentarios de cinismo..., lo que, finalmente comprendí, era su manera de expresar afecto. Esto me hizo sentir cómoda enseguida con él, porque presentí que no habría tensiones ni flirteos como los que había experimentado trabajando con Leland McGuire. También me gustaba que, durante nuestro primer encuentro, no me preguntara nada de mi vida privada. Quería conocer mis puntos de vista sobre literatura, escritores, sobre trabajar en revistas, sobre Harry S. Truman, y si era simpatizante de los Dodgers o de los Yankees —de los Bronx Bombers, por supuesto. Nunca me preguntó si *Permiso* era, de alguna manera, autobiográfico. Se limitó a decir que era una buena narración y le sorprendió que fuera mi primer intento de escribir ficción.

—Hace diez años, yo estaba exactamente en tu posición —dijo—, me acababan de aceptar una narración corta en *The New Yorker*, y estaba

escribiendo una novela que estaba seguro que me convertiría en el John P. Marquand de mi generación.

—¿Quién le publicó la novela? —pregunté.

—Nadie, porque nunca la terminé. ¿Y por qué no la terminé? Porque me puse a hacer cosas locas y agotadoras como tener hijos y trabajar para Harper and Brothers para poder costearme el tener hijos, y después subir por el escalafón mejor pagado de *Saturday Night/Sunday Morning* para pagar escuelas privadas, un piso más grande, una casa de veraneo en el Cabo, y todas las demás necesidades de la vida familiar. Así que mira este brillante ejemplo de promesa desperdiciada... y recházame. No a-cep-tes es-te em-ple-o.

Eric se apuntó.

—Nat tiene razón —dijo, cuando le llamé a *The Quiz Bang Show* para hablarle de la oferta de empleo—. No tienes compromisos. Es el momento de jugar un poco fuerte, de evitar esas trampas burguesas...

—¿Trampas burguesas? —dije con una risita—. Puedes sacar al chico del partido, pero no puedes sacar el partido del...

Me interrumpió.

—No hace gracia. Sobre todo, porque nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Me sentí fatal.

—Eric, perdona. He sido una tonta.

—Seguiremos hablando luego —dijo.

Nos vimos aquella noche en McSorley's Ale House, en el Bowery. Eric estaba sentado en un compartimento del fondo, con una cerveza negra frente a él. Le alargué un gran paquete cuadrado.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un *mea culpa* por hablar sin pensar por teléfono.

Arrancó el envoltorio del paquete y se le iluminó la cara inmediatamente ante el disco de Beethoven, *Missa Solemnis*, dirigida por Toscanini.

—Debería hacerte sentir culpable más a menudo —dijo. Se inclinó para besarme en la mejilla—. Gracias.

—Fui muy indiscreta.

—Y yo seguramente un poco paranoico. Pero es que... —bajó la voz— ... algunos de mis amigos de aquella época han tenido dificultades últimamente.

—¿Qué clase de dificultades? —dije, susurrando también.

—Preguntas de los jefes, sobre todo en la industria del espectáculo, acerca de sus lealtades políticas. Y hay rumores de que los federales empiezan a husmear sobre quién perteneció a un pequeño y curioso partido del cual yo fui miembro.

—Pero tú lo dejaste, ¿cuándo? ¿En 1940?

—Cuarenta y uno.

—De esto hace cinco años. Es agua pasada. No creo que a nadie le importe que antaño fueras miembro. Fíjate en John Dos Passos. ¿No fue un cabecilla del partido en los años treinta?

—Sí, pero ahora es más de derechas que la derecha.

—Es lo que quiero decir. Hoover y los suyos no acusarían a Dos Passos de ser...

—Subversivo —dijo Eric rápidamente, para asegurarse de que no utilizaba la palabra empezada con «c».

—Sí, subversivo. Lo que yo digo es: da igual si fuiste o no miembro de aquel club, mientras esté claro que ya no estás afiliado. Por ejemplo, si un ateo se hace cristiano, ¿siempre se le considerará un ex ateo, o alguien que finalmente ha visto la luz?

—Lo último, supongo.

—Exacto. Deja de preocuparte. Has visto la luz. Eres un «buen americano». Estás a salvo.

—Espero que tengas razón.

—Pero prometo no hacer bromitas de estas por teléfono nunca más.

—¿Piensas aceptar el empleo de Nat?

—Me temo que sí. Y sí, conozco todas las razones lógicas para no aceptarlo. Pero soy cobarde. Necesito saber que me llegará un cheque cada mes. También creo en los misterios del momento...

—¿Qué quieres decir?

Entonces le conté lo de la postal que había recibido aquella mañana de Jack.

—¿Lo único que decía era «lo siento»? —dijo Eric.

—Sí, era breve y no muy agradable.

—No me extraña que aceptes el trabajo.

—Habría aceptado la oferta de Nat de todos modos.

—Pero la nota de adiós del «chico guapo» te ha acabado de decidir.

—Por favor, no le llames chico guapo.

—Lo siento. Es que me enfado por ti.

—Como te dije hace semanas, estoy curada.

—Eso dijiste.

—Eric, tiré su postal.

—Y aceptaste el empleo de Nat pocas horas después.

—Una puerta se cierra, y otra se abre.

—¿Es tuya la frase?

—Vete a la porra —dije con una sonrisa.

Llegaron las cervezas. Eric levantó la suya.

—Por la nueva editora de ficción de *Saturday Night/Sunday Morning*. No dejes de escribir, por favor.

—Te prometo que escribiré.

Seis meses más tarde, rememoré mentalmente aquella conversación. Era una tarde nevada de diciembre, poco antes de Navidad. Estaba en mi despacho del piso treinta y dos de las oficinas de *Saturday/Sunday*, en el Rockefeller Center. La pequeña y lúgubre ventana me ofrecía una visión pintoresca de un callejón. Había un montón de narraciones breves no aceptadas sobre mi mesa. Como siempre, había leído diez manuscritos aquel día, y ninguno era ni remotamente publicable. Como siempre, había escrito un informe de distinta extensión sobre cada narración. Como siempre, había añadido una nota de rechazo estándar a cada narración. Como siempre, lamentaba no haber escrito nada yo misma.

El empleo había resultado ser más absorbente de lo que había creído. Además, prácticamente no tenía nada que ver con la edición. En realidad, estaba empleada, junto con otros dos ayudantes de Nat, para discernir entre los aproximadamente trescientos manuscritos que llegaban a las oficinas de *Saturday/Sunday* cada mes de escritores desconocidos. La junta editorial de

la revista se jactaba de que se dedicaba la «consideración requerida» a cada manuscrito recibido, pero a mí me parecía bastante claro, después de ocho meses allí, que mi trabajo consistía, básicamente, en decir no. Muy de vez en cuando, tropezaba con una narración que prometía o incluso demostraba talento. Pero yo no tenía poder para hacerla imprimir. Lo máximo que podía hacer era mandarla «arriba», a Nat Hunter, con una recomendación entusiástica, consciente de que las posibilidades de que la publicara eran escasas. Porque la revista solo reservaba cuatro de sus cincuenta y cinco números anuales a las narraciones de escritores desconocidos. Las otras cuarenta y ocho semanas se dedicaban a nombres reconocidos y *Saturday/Sunday* se enorgullecía de ofrecer semana a semana ficción de los escritores más prestigiosos del momento: Hemingway, O'Hara, Steinbeck, Somerset Maugham, Waugh, Pearl Buck... La lista era imponente, y me hacía darme cuenta de lo absurdamente afortunada que había sido por contarme entre los cuatro escritores desconocidos que fueron arrancados de la oscuridad en 1946 publicando su obra en la revista.

Como estaba programado, *Permiso* apareció en el número del 6 de septiembre de *Saturday/Sunday*. Muchos de mis colegas de la oficina me felicitaron por la narración. Un editor de Harper and Brothers me mandó una simpática nota, diciendo que cuando tuviera una colección de narraciones breves para hacer un libro le interesaría verlas para publicarlas. Alguien de RKO Pictures me llamó una vez para preguntar sobre los derechos de la narración, pero más tarde mandó una carta explicando que «los romances de guerra estaban pasados de moda». Como había prometido, mandé un ejemplar de la revista a Ruth en Maine, y recibí una alegre postal a cambio («Eres una gran escritora... y ¡esta lectora quiere más!»). Eric se gastó una porción significativa de su sueldo semanal en una cena de celebración el 21. Y Nat Hunter también lo tuvo en cuenta invitándome a almorzar en Longchamps.

—¿Qué, te arrepientes de haber aceptado el empleo? —preguntó en cuanto llegaron las copas.

—En absoluto —mentí—. ¿Parezco arrepentida?

—Eres demasiado bien educada para expresar tu insatisfacción

abiertamente. Pero, como ya habrás descubierto, tu empleo no es muy apasionante. Tampoco lo es el mío, en todo caso, pero al menos tengo la compensación de una cuenta de gastos que me permite almorzar con escritores... como tú por ejemplo. Hablando del tema. ¿Dónde está la próxima narración?

—Estoy en ello —dije—. Pero me cuesta más de lo que esperaba.

—Eres muy mala mentirosa, señorita Smythe.

Tenía razón, claro. Yo era totalmente transparente. Y no avanzaba nada con mi siguiente narración... aunque sabía lo que iba a escribir. Era un cuento sobre una niña de ocho años, de vacaciones en Maine con sus padres. Era hija única: sobreprotegida, supermimada, consentida... pero también muy consciente de que sus padres no se llevan muy bien, y que ella es lo único que los mantiene unidos. Una tarde, sus padres tienen una discusión espantosa, y ella escapa de la casa alquilada de la playa. Se equivoca en un cruce y va a parar a un bosque muy espeso. Está toda la noche perdida, y la policía la encuentra a la mañana siguiente. Está trastornada, pero básicamente ilesa. Tiene un reencuentro con sus padres lleno de lágrimas. Durante un par de días, reina la armonía en la familia. Pero luego, sus padres empiezan a discutir de nuevo y ella vuelve al bosque. Porque ahora se ha dado cuenta de que, mientras ella está en peligro, sus padres permanecen unidos y se llevan bien.

Tenía un título para el cuento: *Perdida*. Tenía la estructura narrativa básica en la cabeza. Pero lo que no tenía era la voluntad de sentarme y trabajar. El trabajo en *Saturday/Sunday* era irritante. Llegaba a casa a las siete de la noche, atontada. Después de ocho horas de leer las historias de otros, lo que menos me apetecía era seguir con la mía. Así que empecé con el juego del aplazamiento. Me decía: «Estoy demasiado cansada para abrir la máquina de escribir; me levantaré a las seis y escribiré trescientas palabras antes de ir a la oficina». Pero cuando sonaba el despertador por la mañana, me daba la vuelta y dormía hasta las ocho y media. Cuando volvía a casa aquella noche, me sentía más falta de energía que nunca, incapaz de pensar en mi relato. Las noches que me sentía llena de energía, encontraba otras cosas que hacer. Como ir a ver un estupendo programa doble de Howard Hawks en el

Academy of Music de la Calle 14. O pasaba la noche con una entretenida novela de William Irish. O decidía que era el momento de ponerse a limpiar el baño...

Los fines de semana era aún peor. Me levantaba el sábado por la mañana, decidida a pasarme cuatro horas delante de la máquina de escribir. Me sentaba, escribía una frase. No me gustaba la frase. Arrancaba el papel de la máquina. Colocaba otro. Esta vez escribía dos e incluso tres frases en el papel antes de arrancar la hoja de la Remington.

Y entonces decidía irme a dar un paseo. O tomar un café en el Café Reggio de la calle Bleecker. O acercarme al Metropolitan Museum. O ver una sesión de cine de tarde en el Apollo de la Calle 42. O pasar por la lavandería. O cualquier cosa que me ayudara a esquivar la tarea de escribir.

Esto duró meses y meses. Siempre que Eric me preguntaba cómo iba mi nueva narración, le decía que hacía progresos lentos pero seguros. No me decía nada, pero el brillo escéptico de sus ojos significaba que sabía que mentía. Lo que aún me hacía sentir más culpable, porque no me gustaba engañar a mi hermano. Pero, ¿qué podía decirle? ¿Que había perdido la confianza en mi capacidad para hilvanar frases, y mucho menos una narración? ¿O que ahora sabía que era una escritora ocasional, con solo una historia que contar?

Finalmente, me sinceré con Eric. Era el día de Acción de Gracias de 1946. Como el año anterior, quedé con mi hermano para almorzar en Luchows. A diferencia del año anterior, no estaba enamorada. Por el contrario, estaba envuelta en decepción: por mi trabajo, por las circunstancias de mi vida... pero, sobre todo, por mí misma.

Como el año anterior, Eric pidió una botella de vino espumoso para celebrarlo. Cuando el camarero nos sirvió dos copas, Eric levantó la suya y dijo:

—Por tu próxima narración.

Bajé la mía y me oí decir:

—No hay narración, Eric. Y tú lo sabes.

—Sí. Lo sé.

—Hace tiempo que lo sabes.

Asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no decías nada?

—Porque todos los escritores saben lo que es estar bloqueado. Es algo de lo que no tienes ganas de hablar con nadie.

—Me siento fracasada —dije, tragando saliva.

—Qué tontería, S.

—Puede ser una tontería, pero es la verdad. Lo estropeé todo en *Life*. No debería haber aceptado este trabajo en el *Saturday/Sunday*. Ahora no puedo escribir. Lo que significa que toda mi producción literaria se reducirá a una historia olvidada, publicada cuando tenía veinticuatro años.

Eric bebió su vino y sonrió.

—¿No crees que te estás poniendo un poco melodramática?

—Quiero ser melodramática.

—Bien. Me gustas más como Bette Davis que como Katharine Hepburn.

—Dios mío, hablas como él.

—¿Sigue en tu cabeza?

—Solo hoy.

—Por ser tu aniversario, supongo.

Parpadeé. Y dije:

—Eso no ha estado bien.

—Tienes razón. No lo ha estado. Lo siento.

—A veces eres muy duro conmigo.

—Solo porque tú eres dura contigo misma. Además, no te estoy criticando. Son bromas constructivas: intento animarte. Deja de torturarte porque no puedes trabajar. Si tienes una historia que contar, hazlo. Si no... no es el fin del mundo. O al menos es lo que he decidido yo últimamente.

—¿No habrás abandonado la idea de escribir tu obra, verdad?

Miró fijamente su copa un momento, luego (como siempre) cogió cigarrillos y cerillas. Encendió uno, pero no volvió a mirarme.

—No hay obra —dijo en voz queda.

—No entiendo...

—Pues es sencillo. La obra que he estado escribiendo los últimos dos años no existe.

—Pero ¿por qué no existe?

—Porque nunca escribí nada.

Intenté disimular mi estupefacción. Fracasé.

—¿Nada de nada? —pregunté también en un susurro.

Se mordió el labio.

—Ni una palabra —dijo.

—¿Qué ha pasado?

Se encogió de hombros.

—El rechazo que uno puede soportar tiene un límite. Siete obras sin producir han sido suficientes para mí.

—Las cosas cambian. Los gustos cambian. Tienes que tener esperanza.

—Y de paso, «el médico se cura a sí mismo».

—Sabes lo difícil que es seguir los propios consejos.

—De acuerdo, escucha mi consejo. Deja de autoflagelarte. Guarda la máquina de escribir hasta que de verdad estés lista para utilizarla de nuevo.

—No la utilizaré nunca más.

—Deja de hablar como yo, por el amor de Dios. Porque tú sí la volverás a usar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque querrás. Estoy seguro de ello. Y porque al final le olvidarás.

—Ya le he olvidado.

—No, S. Sigue por ahí, molestando. Se nota.

¿Tan transparente era? ¿Era todo tan obvio? Desde que había recibido la postal de Jack, había decidido arrancarlo de mi cabeza, archivarlo, cerrar la puerta de golpe. Al principio, estaba tan enfadada y ofendida por su escueta respuesta que no me costó descartarlo como un error de juicio. ¿Cómo se atrevía a escribir solo tres asquerosas palabras en respuesta a las tres docenas de cartas, al menos, que le había mandado yo? Me hacía sentir como una imbécil, una inocentona. No dejaba de oírme a mí misma en los muelles de la Marina de Brooklyn, diciéndole que no me rompiera el corazón. No dejaba de oír a Jack diciendo que me amaba. ¿Cómo había podido ser tan ingenua, tan inmadura?

La furia es siempre un buen antídoto contra el mal de amor, sobre todo si

tienes buenas razones para sentirte agraviada. Me agarré durante meses a aquel intenso sentimiento de rencor. Me ayudaba a soportar su completo rechazo. Me había equivocado enormemente. Como había predicho Eric, Jack Malone había resultado ser un artista de una noche: un Don Giovanni en uniforme caqui. Si al menos hubiera tenido la decencia —o el valor— de escribirme enseguida, diciéndome que no había futuro para nosotros. Si no me hubiera tenido pendiente tanto tiempo. Si yo no hubiera sido una romántica bobalicona.

Después de la rabia viene el resentimiento. Después del resentimiento, la amargura. Y cuando finalmente disminuye el sabor amargo, lo que te suele quedar es melancolía. Un cóctel lamentable de aceptación y añoranza. La escuela más triste pero más sabia de los refranes de toda la vida.

El caso es que el día de mi almuerzo de Acción de Gracias con Eric no me sentía solo melancólica. Por supuesto, aquel día (mi denominado aniversario con Jack, como había observado ásperamente Eric) me hizo reflexionar sobre todo lo que había sucedido duante el pasado y caótico año. Pero también me recordó algo que no tenía ganas de aceptar (y que Eric, como siempre, detectó enseguida): que seguía echándole de menos.

Y seguía sin entender cómo una sola noche con alguien me había producido aquel impacto tan clamoroso y duradero.

A menos que...

A menos que fuera él.

Pero intenté no refocilarme con estos pensamientos. Porque significaba pensar en Jack. Y no quería pensar en Jack porque, a su vez, significaba pensar si existía algo llamado destino, una idea que reanimaba el dolor residual que seguía sintiendo por la pérdida de Jack.

No obstante, pocos días después del día de Acción de Gracias, recuperé algo de perspectiva y, de nuevo, metí al señor Malone en aquel cajón de mi archivo mental clasificado como «errores románticos».

Aquella misma semana, seguí el consejo de Eric y guardé la Remington en hibernación en el fondo de mi armario. Al principio, sentí una considerable culpabilidad por abandonar la idea de escribir. Pero a mediados de diciembre, la constante puñalada de la angustia había disminuido. Y racionalizándolo

como una loca, logré convencerme de que mi carrera como escritora no estaba terminada. Más bien que había decidido tomarme un largo periodo sabático.

—¿Voy a poder leer algún día tu nueva narración? —preguntó Nathaniel Hunter durante el almuerzo de Navidad.

—Por ahora no, creo.

Me miró interrogadoramente.

—¿Y eso por qué, Sara?

Lo miré directamente a los ojos.

—Porque no la he escrito, señor Hunter.

Hizo una mueca.

—Es una lástima.

—Es solo una narración.

—Prometías mucho, Sara.

—Es muy amable, pero, si no puedo escribir la narración, la promesa no significa nada, ¿verdad?

—Me siento mal. Responsable.

—¿Por qué? Ya me lo advirtió. Pero no es el trabajo lo que me ha impedido escribir. Soy yo.

—¿No quieres ser escritora?

—Creo que sí. Pero... pero ya no entiendo nada.

—Es una queja muy común, me parece.

—Dígamelo a mí. Sobre todo porque este último año he aprendido una regla básica de la vida.

—Ilumíname.

—Cada vez que crees que sabes lo que quieres, aparece alguien que cambia tu perspectiva por completo.

—Algunos lo denominarían «tener una mentalidad abierta».

—Yo lo denominaría una receta continua de infelicidad —dije.

—Bueno, a lo mejor algunas personas aparecen para ayudarte en lo que quieres.

—Sin duda. El problema es: una vez hallado lo que quieres, ¿puedes aferrarte a ello? Y lo terrible es: la respuesta a esta pregunta se reduce a cosas

como la suerte, el momento, una pizca de casualidad. Cosas sobre las que tenemos muy poco control.

—Escucha a uno que ha comprometido del todo su vida: no tenemos ningún control sobre nada. Creemos que sí, pero la verdad es que la mayor parte de las grandes decisiones que tomamos en la vida no las pensamos lo suficiente. Las tomamos con demasiada rapidez, por instinto y, en general, por miedo. Sin darte cuenta, te hallas atrapado en una situación que no deseas para ti. Y te preguntas: «¿Cómo demonios he acabado así?». Pero todos sabemos la respuesta: porque querías acabar así... aunque te pases el resto de tu vida negándolo.

—O sea, que me está diciendo que nos metemos en la trampa solos.

—Clarísimamente. ¿Conoces aquella cita de Voltaire: «El hombre nace libre, pero encadenado por todos lados»? Bueno, en la América de hoy, la mayor parte de las cadenas son autoimpuestas..., cortesía del matrimonio.

—No pienso casarme nunca.

—Eso lo he oído mil veces. Pero te casarás, créeme. Y seguramente sin pensártelo demasiado.

Me reí y dije:

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque es lo que pasa siempre.

En aquel momento, consideré los comentarios de Nathaniel Hunter como las observaciones de un intelectual cínico, que se acerca a la mediana edad y a la pérdida de sus perspectivas literarias. Pero también sabía que amaba a su familia, y que probablemente aquello suavizaba las desilusiones profesionales que tenía que soportar. Podía estar «encadenado», pero en el fondo le gustaban las cadenas.

Dos semanas después de Navidad, al ir a trabajar una mañana, me encontré una nota en la puerta del departamento de literatura, convocando a todo el personal a una reunión urgente en la oficina del director editorial a las diez. Poco después estaban todos reunidos alrededor de la mesa del señor Hunter, hablando en tono conspirador. Pero el señor Hunter no estaba.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a mis colegas.

—¿No me digas que no te has enterado? —me preguntó Emily Flouton,

una de las editoras ayudantes de ficción.

—¿Enterarme de qué?

—De que nuestro felizmente casado jefe se ha fugado con Jane Yates.

Me quedé atónita. Jane Yates era una mujer silenciosa y delgada, de casi treinta años, que trabajaba en el departamento de arte de *Saturday/Sunday*. Con sus rasgos marcados, su larga trenza y las gafas redondas sin montura, parecía la especie de bibliotecaria de Nueva Inglaterra destinada a acabar como una solterona.

—¿El señor Hunter se ha fugado con ella? —me oí decir.

—No está mal, ¿verdad? —dijo Emily—. No solo eso, también ha dejado el trabajo. Se rumorea que él y Jane quieren irse a vivir a New Hampshire o a Vermont, para que él pueda escribir.

—Pues yo creía que era feliz en su matrimonio.

Emily puso cara de impaciencia y dijo:

—Cariño, ¿qué hombre es feliz en su matrimonio? Aunque le dieras libertad total, se sentiría atrapado.

No volví a ver a Nat Hunter. Porque nunca volvió a aparecer por las oficinas de *Saturday/Sunday*. Y no sin razón. En 1947, abandonar un matrimonio se consideraba una falta grave, que podía ser castigada con la degradación profesional, si no con el ostracismo. De haber seguido engañando a su esposa, no habría habido problema, porque el adulterio se toleraba (siempre que no te pillaran). Pero abandonar a tu familia entonces se consideraba del todo inmoral y muy poco americano. En el caso de Nat Hunter, además, era alucinante porque el objeto de su deseo era una mujer que a mí me recordaba a la señora Danvers de *Rebecca*.

«La mayor parte de las grandes decisiones que tomamos en la vida no las pensamos lo suficiente. Las tomamos con demasiada rapidez, por instinto y, en general, por miedo. Sin darte cuenta, te hallas atrapado en una situación que no deseas.»

Muchos meses después de la brusca partida del señor Hunter, todavía oía su declaración. Yo no dejaba de preguntarme: ¿la decisión de cambiar su vida también la tomó con demasiada rapidez, por instinto y por miedo? ¿Quizá por miedo a hacerse mayor, a sentirse atrapado y a no escribir la novela que se

había prometido escribir?

Según mi información, tampoco después de marcharse a New Hampshire con Jane Yates logró publicar su novela. Se decía que acabó dando clases de composición inglesa en una pequeña universidad de Franconia, hasta su muerte en 1960. «Fallo hepático» fue la causa según la necrológica del *New York Times*. Solo tenía cincuenta y dos años.

Pero, inmediatamente después de su partida de *Saturday/Sunday*, Sara no dejaba de recordar sus comentarios sobre cómo nadie reflexiona lo bastante sobre los grandes acontecimientos de su vida. Y me juré a mí misma: no cometeré este error.

Más tarde, en la primavera de 1947, conocí a un hombre llamado George Grey. Era un banquero de veintiocho años especializado en inversiones, que trabajaba en Lehmann Brothers. Había estudiado en Princeton, era erudito, elegante, guapo, robusto y un buen compañero. Nos presentaron en la boda de una de mis amigas de Bryn Mawr. Me pidió salir. Acepté. Lo pasamos bien. Volvió a pedírmelo. Volví a aceptar. Lo pasamos mucho mejor aún. George Grey, decidí, era una buena persona. Y, con gran sorpresa por mi parte (después de dos citas), admitió que estaba encaprichado conmigo.

Tan encaprichado que, un mes después de conocernos, me propuso matrimonio.

¿Sopesé mi decisión? ¿Le pedí tiempo para reflexionar, pensar o meditar sobre las consecuencias de aquella petición tan importante?

Por supuesto que no.

Dije que sí. Sin pensarlo dos veces.

6

A todo el mundo le sorprendió la noticia. A nadie más que a mí.

—¿En serio te vas a casar con alguien que se llama Grey? —preguntó Eric cuando le hablé del compromiso.

—Sabía que reaccionarías así —dije.

—No reacciono. Solo te hago una pregunta.

—Sí, Eric. Se llama Grey. ¿Estás contento?

—Emocionado. Y... a ver si me aclaro... La primera vez que me lo mencionaste fue hace dos semanas. Entonces hacía que le veías... ¿cuánto tiempo exactamente?

—Unas dos semanas —dije, un poco avergonzada.

—O sea que solo hay un mes entre la primera cita y el anuncio del compromiso. Es un trabajador rápido... aunque no se pueda comparar con el Chico de Brooklyn.

—Estaba esperando que lo sacaras a colación.

—Lo hago porque todavía está acechando por ahí...

—No es verdad, maldita sea.

—Claro que es verdad. ¿Por qué si no ibas a casarte con otro?

—Tal vez porque estoy enamorada de él.

—Estás diciendo tonterías... y lo sabes. No eres la clase de mujer que se enamora de un banquero de inversiones llamado Grey.

—Me gustaría que dejaras de decirme lo que pienso. George es estupendo. Me hará muy feliz.

—Te convertirá en algo que no quieres ser.

—¿Cómo puedes decir esto, si ni siquiera le conoces?

—Porque se llama George Grey,⁸ por esto. Ese nombre evoca una pipa y unas zapatillas... que no tardará en pedirte que le traigas.

por esto. Ese nombre evoca una pipa y unas zapatillas... que no tardará en pedirte que le traigas.

por esto. Ese nombre evoca una pipa y unas zapatillas... que no tardará en pedirte que le traigas.

—No soy un perro —dije, con tensión en la voz—. No le llevo cosas a la gente.

—Todos acabamos haciendo cosas que juramos no hacer... sobre todo cuando perseguimos la ilusión del amor.

—Esto no es una ilusión, maldita sea, Eric.

—Ilusión, engaño, confusión, puedes describir tu estado de muchas maneras...

—No sufro ningún estado.

—Sí que lo sufres. Y se llama «engañarse uno mismo... en aras de la seguridad».

—Gracias por la confianza que me das haciéndome saber lo que pienso.

—Nadie se conoce a sí mismo, S. Nadie. Es la razón principal por la cual nos metemos en unos líos tan grandes.

Bueno, pues yo sí sabía por qué me casaba con George Grey. Porque era un buen hombre, responsable y muy enamorado de mí. A todos nos gusta que nos halaguen. O, incluso mejor, que nos digan que somos únicos, lo mejor que le ha pasado a alguien. George lo hacía todo el tiempo. Y yo no podía resistirme. Porque eso era exactamente lo que necesitaba oír.

También me apoyaba mucho, sobre todo en la cuestión de mi obturada carrera de escritora. Poco después de anunciar nuestro compromiso, salimos una noche con Emily Flouton, que se había convertido en una de mis mejores amigas en *Saturday/Sunday* después de la marcha de Nathaniel Hunter. A Emily acababa de dejarla su novio de los últimos dos años, y cuando le conté a George que estaba un poco deprimida, él insistió en que fuera con nosotros a un concierto en el Carnegie Hall y después a cenar en el Algonquin. Emily y yo nos pasamos casi toda la cena discutiendo sobre la sustituta del señor Hunter, una mujer menuda y huesuda de cuarenta y pocos años llamada Ida Spenser. La habían traído de *Collier's* para que fuera nuestra jefa, y enseguida se ganó mala reputación en nuestro departamento por comportarse como una directora perpetuamente inflexible —de la variedad vieja solterona— y por aplastar a cualquiera que se atreviera a contradecir su forma rígida

de hacer las cosas. La odiábamos todos. Mientras esperábamos que nos sirvieran en el Grill Room del Algonquin, Emily y yo nos pusimos a despotricar contra la señorita Spenser. George nos escuchaba embelesado... a pesar de que la política de nuestra oficina no tuviera ningún interés para él. Pero era un hombre siempre atento.

—... y entonces va y me dice que yo no tenía derecho a animar a ningún autor sin su aprobación —dijo Emily—. Solo ella puede decidir si un escritor recibe o no una carta de aliento.

—Debe de tratarse de una mujer muy insegura —dijo George.

Emily le miró con admiración.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque George es muy observador con la gente —contesté.

—Deja de halagarme —dijo, apretándome la mano—. Me voy a volver vanidoso.

—¿Vanidoso tú? —dije—. Ni hablar. Eres demasiado bueno para eso.

—Ahora sí que me vas a convertir en un presumido —dijo, besándome ligeramente en los labios—. Bueno, la única razón de que haya dicho que vuestra jefa puede ser una persona insegura es que trabajé para alguien así en el banco. Tenía que controlarlo todo. Todas las cartas a los clientes, todos los informes entre departamentos tenían que pasar por sus manos. Era obsesivo. Porque era la persona más asustada que he visto en mi vida. Le aterrorizaba delegar; no confiaba en nadie. Y por un motivo muy sencillo: no confiaba en sí mismo.

—Estás hablando de nuestra señorita Spenser —dijo Emily—. Está tan insegura de sí misma que cree que todos vamos a por ella. Lo que en realidad es verdad. ¿Qué fue de tu jefe?

—Lo ascendieron y le hicieron director de la empresa. Lo que fue estupendo, porque, francamente, estuve a punto de dejar mi empleo.

—No te creo —dijo, golpeándole juguetonamente—. No dejarías nunca un trabajo. Iría en contra de tu idea del deber y la responsabilidad.

—Haces que parezca muy estirado, cariño.

—Estirado no. Solo responsable. Muy responsable.

—Haces que parezca un defecto personal —dijo en un tono fingidamente

melodramático.

—Nada de eso, mi amor. Creo que la responsabilidad es una gran virtud, sobre todo en un marido.

—Brindo por eso —terció Emily tristemente—. Todos los hombres con los que salgo parecen haber nacido con el gen de la irresponsabilidad.

—Tendrás más suerte —dije.

—No tanta como tú —dijo Emily.

—Eh, el que tiene suerte soy yo —intervino George—. Voy a casarme con una de las escritoras más prometedoras de Estados Unidos.

—Oh, por favor... —dije, ruborizándome—. Solo he publicado una narración.

—Pero menuda narración —dijo George—. ¿No estás de acuerdo, Emily?

—Del todo —contestó ella—. En el departamento todos creen que era una de las tres o cuatro mejores historias que se publicaron el año pasado.

Y teniendo en cuenta que los otros tres escritores eran Faulkner, Hemingway y J. T. Farrell...

—¡Para! —dije yo—. O me esconderé debajo de la mesa.

Emily gruñó y dijo:

—Lo que necesita esta mujer, George, es una masiva dosis de confianza en sí misma.

—Pues yo soy el hombre adecuado para esta misión —dijo George con una sonrisa.

—Y tienes que convencerla de que deje *Saturday/Sunday* antes de que acabe con su talento.

—Fue solo un cuento —dije—. Dudo que sea capaz de escribir otro.

—Claro que escribirás otro —dijo George—. Porque después de casados, no tendrás que preocuparte por pagar el alquiler, ni de tener que aguantar a la pesada de la señorita Spenser en *Saturday/Sunday*. Te habrás librado de esto y podrás concentrarte en tu ficción.

—Suenas estupendo —dijo Emily.

—No estoy segura de que vaya a dejar *Saturday/Sunday* enseguida —dije.

—Claro que sí —insistió George dulcemente—. Es el momento ideal para cambiar.

—Pero es mi trabajo...

—Escribir es tu trabajo... y quiero darte la oportunidad de hacerlo con tranquilidad.

Se inclinó para besarme en la frente. Luego se puso de pie y se disculpó.

—La llamada de la naturaleza —dijo chasqueando los labios—. ¿Qué os parece si pedimos otra ronda? Estar enamorado da sed.

Sonreí. Tensa. Y me encontré pensando: «Qué conversación más tonta». Al instante, mi mente regresó a nuestra conversación de enamorados: «Eh, el que tiene suerte soy yo... Voy a casarme con una de las escritoras más prometedoras de Estados Unidos». No podía creer que estuviéramos intercambiando epítetos de pareja casada como «cariño» y «mi amor». Me estremecí. Fue solo una pequeña contracción de los hombros. No debió de durar más de una fracción de segundo. Pero como consecuencia de aquel estremecimiento me planteé una pregunta: ¿Era esta la primera sombra de duda?

Antes de que tuviera tiempo de pensar en ello, Emily dijo:

—Caramba, qué suerte tienes.

—¿Tú crees?

—¿Si lo creo? Es fantástico.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Supongo? ¿Supongo? ¿No ves lo que has encontrado?

—Un buen hombre.

—¿Bueno? ¿Qué te pasa esta noche? ¿Has tomado pastillas de «eufemismos» o qué?

—Es que... no lo sé... Estoy un poco nerviosa, creo. Me tomaría otro martini.

Crucé la mirada con un camarero que llevaba una bandeja y le hice el gesto de que me trajera otra copa.

—Claro que estás nerviosa —dijo Emily—. Vas a casarte. Pero, al menos, te casas con alguien que sin duda te adora.

—Supongo que sí...

—¿Lo supones? Venera el suelo que pisas.

—¿No te preocuparía ser objeto de tanta adoración?

Emily puso cara de desesperación y frunció el ceño.

—Si te oyeras... —dijo—. Mírate, una escritora publicada, prometida con un hombre que cree en tu talento, que te va a liberar de la preocupación de ganarte la vida para poder dedicarte por completo a tu «arte», y que encima te considera la persona más maravillosa del planeta. Y lo único que se te ocurre es tener miedo de que te adoren. En serio...

—Todos tenemos derecho a las dudas de última hora, ¿no?

—No cuando se ha tropezado con el premio gordo.

—No es una rifa, Emily.

—¡Ya estás otra vez!

—Vale, vale...

—Mira lo que te digo, si no quieres casarte con George, yo te sustituyo. Mientras tanto, intenta aceptar el hecho de que has tenido suerte en el amor. Sé que te resulta difícil admitir algo tan terrible...

—Emily, estoy enamorada. Solo... estoy ansiosa, nada más.

—Ojalá tuviera tus problemas.

—¡Hola!

Las dos levantamos la cabeza. George se acercaba a la mesa con una amplia sonrisa. La gente siempre lo describía como «juvenil», y con razón. Con su pelo rubio perfectamente peinado, sus gruesas gafas de concha, su cara regordeta y pecosa y su capacidad de parecer siempre algo desarreglado —incluso vestido con uno de los trajes hechos a medida de Brooks Brothers que utilizaba—, siempre tenía un cierto aire de colegial: de alguien que, incluso a los veintiocho años, estaría en su salsa en un partido de fútbol en Exeter —su alma mater de la escuela preparatoria.

Pero cuando se sentó con nosotras, me encontré mirando más allá de su barniz adolescente, y viendo en qué se convertiría al cabo de doce años: un banquero apuesto de mediana edad cuya actitud juvenil habría sido sustituida por corpulencia. Un hombre grueso y pesado, sin ninguna clase de ligereza, ni mucho espíritu.

—¿Pasa algo, cariño?

Su voz mostraba preocupación. Salí de mi trance de ansiedad de golpe y lo miré con una sonrisa tierna y amorosa.

—Estoy un poco despistada, cariño.

—Seguro que ya está pensando en la siguiente historia —dijo George a Emily.

—O soñando con la boda —dijo Emily, con algo más que un atisbo de ironía que mi prometido no captó.

—Vaya, o sea, hablabais de eso.

«¡Uf!»

Sí, sabía que George Grey era un hombre profundamente convencional. Y sí, sabía que era alguien que siempre tendría los pies firmemente arraigados en la *terra firma*. No había nada imaginativo ni caprichoso en George. Cuando intentaba ponerse apasionadamente romántico, a menudo acababa pareciendo tontaina. Pero también tenía una enternecedora —y bastante atractiva— capacidad para admitir su falta de imaginación y la imposibilidad de ponerse fantasioso. En nuestra tercera cita, me confesó:

—Me das un pliego de documentos de empresa y me absorbo durante horas, como si estuviera pasando las páginas de una buena novela. Pero ponme una sinfonía de Mozart y estoy perdido. No sé qué tengo que escuchar.

—No tienes que escuchar nada en concreto. Solo tiene que gustarte lo que oyes. Un día Duke Ellington dijo: «Si suena bien es que es bueno».

Me miró con ojos admirativos.

—Eres tan lista.

—Nada de eso —dije.

—Tienes tanta cultura.

—No eres precisamente del Bronx, George. Fuiste a Princeton.

—Eso no es ninguna garantía de cultura —dijo, y los dos nos reímos como locos.

Me gustaba su humor autodenigrante. Como me gustaba que me regalara libros y discos y noches en el teatro y domingos por la tarde en conciertos de la Filarmónica de Nueva York, aunque yo supiera que, para George, escuchar a Rodzinski dirigiendo un programa completo de Prokófiev era el equivalente musical a dos horas de dentista. Pero nunca dejaba entrever que se aburría. Estaba ansioso por complacerme y aprender. También era un lector voraz,

normalmente de libros voluminosos.

Creo que es el único hombre que he conocido que hubiera leído los cuatro volúmenes de *La crisis mundial* de Churchill. Admitía que la ficción no era uno de sus mayores intereses.

—Pero puedes aconsejarme lo que debo leer.

Así que le regalé *Adiós a las armas* de Hemingway. Al día siguiente, me llamó a las oficinas de *Saturday/Sunday*.

—Menudo libro —dijo.

—¿Ya lo has terminado?

—Ya lo creo. Este sí sabe escribir.

—Sí, Hemingway tiene esa capacidad.

—Y todo lo de la guerra... es tan triste.

—¿Te conmovió la historia de amor entre Frederic y Catherine?

—Me caían las lágrimas durante la última escena en el hospital.

—Me alegro.

—¿Pero sabes lo que pensaba al terminar el libro?

—Dime, mi amor.

—Que si hubiera tenido un buen médico americano para curarla, seguramente se habría salvado.

—Bueno, no se me había ocurrido. Pero, sí, supongo que es cierto.

—No quiero decir que los médicos suizos sean malos.

—Tampoco creo que Hemingway quisiera decir eso.

—Bueno, después de leer este libro, no me gustaría que tuvieras que tener un hijo en Suiza.

—Me conmueves —dije.

En fin, George era más bien literal. Pero decidí que podía convivir con tan poco sentido artístico por su honestidad, su carácter responsable y porque estaba totalmente abrumada por la atención que me dedicaba. Las semanas anteriores a la boda, silencié mis persistentes dudas sobre un futuro con George recordándome: «Es tan bueno...».

—Sí, de acuerdo, lo admito —dijo Eric después de conocer a George—. Es un chico muy afable. Demasiado afable, si te soy sincero.

—¿Cómo se puede ser demasiado afable? —pregunté.

—Está tan ansioso por gustar... Quiere gustar a los demás al precio que sea.

—Eso no es lo peor que puede pasar, ¿verdad? Además, es comprensible que estuviera nervioso al conocerte.

—¿Por qué diantre tendría que poner nervioso a nadie conocerme? —preguntó Eric amablemente.

—Porque, para George, conocerte es como conocer a nuestro padre. Sentía que, si tú no aprobabas el matrimonio, no nos casaríamos.

—Es la cosa más tonta que he oído en muchos años.

—Es un poco anticuado...

—¿Anticuado? Yo diría paleozoico. Pero lo que yo piense no tiene importancia, porque no hay forma de que escuches mis consejos.

—No es verdad.

—Pues responde a esto: si te dijera que creo que te enfrentabas a un desastre, un craso error, ¿estarías de acuerdo conmigo?

—Por supuesto que no.

—La defensa descansa.

—Pero no lo crees, ¿verdad?

—Como te he dicho, el chico está bien.

—¿Solo bien?

—Tuvimos una agradable conversación, ¿no?

La verdad es que era cierto. Quedamos para tomar algo después del trabajo en el bar del Hotel Astor de Broadway, que estaba en una esquina junto a los estudios de radio donde Eric seguía inventando chistes para *The Quiz Bag Show*. George estaba muy nervioso. Yo estaba muy nerviosa. Eric estaba muy tranquilo. Yo había advertido a George de que mi hermano podía ser un poco idiosincrático, y tenía puntos de vista políticos más bien a la izquierda del centro.

—Entonces no le contaré que estoy en el comité de campaña para la nominación del gobernador Dewey a presidente republicano.

—Esto es un país libre, puedes decir a Eric lo que te apetezca. Pero has de saber que es un demócrata convencido a lo Henry Wallace y no soporta el partido republicano y todo lo que representa. Pero nunca voy a decirte lo que

puedes o no decir. Tú mismo.

Se lo pensó un momento y luego dijo:

—Quizá lo mejor sea evitar la política.

Lo consiguió durante la hora que pasamos con Eric. Igual que consiguió mostrarse sorprendentemente informado sobre el estado actual de Broadway, sobre el proyecto de teatro federal —hizo que Eric recordara sus años con Orson Welles—, y hacer algunas preguntas inteligentes sobre si el nuevo medio llamado televisión acabaría con la radio —a lo que mi hermano respondió mordazmente: «No solo se cargará la radio como la conocemos ahora... también reducirá el nivel de inteligencia general de la audiencia en un veinticinco por ciento como mínimo».

Me impresionó —e incluso me conmovió— que George se hubiera informado sobre temas que podían interesar a mi hermano... especialmente porque yo solo le había mencionado de pasada los años de Eric en el proyecto del teatro federal. Pero George era así, siempre meticuloso, siempre bien preparado, siempre queriendo llegar a la mejor parte de todos. Escucharle hablar con propiedad sobre la próxima temporada de Broadway, sabiendo perfectamente que el teatro aburría mortalmente a George, y que probablemente había tenido que empollar *Variety* y otras revistas del mundo del espectáculo toda una semana antes de la cita, hizo que le amara de verdad. Porque sabía que lo había hecho por mí.

Hacia el final de aquella hora juntos, George se disculpó para llamar a su oficina. En cuanto estuvo fuera de nuestro alcance, Eric dijo:

—Veo que le has enseñado bien.

—La verdad es que apenas le he contado nada.

—Pues me ha impresionado.

—¿En serio?

—Para ser republicano, tiene bastante cultura.

—¿Cómo sabes que es republicano?

—Venga. Es evidente. Te apuesto lo que quieras a que apoya la nominación de Dewey.

—No lo sé...

—Sí lo sabes. Y apostaría dinero a que papá Grey es un pez gordo del

Partido Republicano del condado de Westchester.

Mi hermano siempre tan perceptivo. Pero se equivocaba en una cosa: Edwin Grey, padre, era en realidad presidente del Partido Republicano del estado de Nueva York; consideraba al gobernador Dewey su mejor amigo, y ejercía de consejero no oficial de un joven y prometedor político llamado Nelson Rockefeller.

Sí, mi futuro suegro tenía poder, además de ser un famoso abogado y socio de un importante gabinete de Wall Street, y con la misma actitud severa y victoriana que mi padre. Su esposa, Julia, era una mujer alta y contenida, con un porte claramente aristocrático y el convencimiento no expresado —pero claramente discernible— de que el mundo estaba dividido en dos grupos: la desagradable plebe y una pequeña cantidad de personas que ella consideraba dignas de interés.

Los Grey eran presbiterianos, tanto de fe como de temperamento. Vivían como miembros moderados de la nobleza en un rincón de Greenwich, Connecticut, que, en los años cuarenta, todavía era muy rural. Su casa, una mansión de imitación Tudor de catorce habitaciones, estaba rodeada por siete acres de bosque, cortados por un riachuelo. Era bucólico. Poco antes de que George me propusiera matrimonio, me llevó allí a pasar un fin de semana.

—Sé que les vas a encantar —dijo durante el trayecto en tren desde Grand Central Station—. Pero espero que no te sorprenda su forma de hacer las cosas. Son muy formales.

—Me recuerdan a mis padres —dije.

Resultó que al lado de los Grey mis padres parecían bohemios alocados. Aunque me trataron con cortesía y un relativo grado de interés, estaban totalmente absortos en su rígido protocolo doméstico. Se vestían para cenar. Un criado con librea servía las copas en el salón. Todas las comidas se hacían en el comedor. La señora Grey se supeditaba a su marido en todos los temas de conversación. Él era quien expresaba las opiniones, mientras la señora Grey charlaba de esto y aquello, y me preguntaba cosas. Fue un interrogatorio educado pero hábil, durante el cual me hizo hablar de mis padres, mi educación, mi currículum profesional y mis puntos de vista sobre la vida. Me daba cuenta de lo que pretendía: investigar si era adecuada para

su hijo. Respondí a sus preguntas de una forma educada pero directa. Procuré no parecer ni nerviosa ni pedante. Mis respuestas siempre eran recibidas con una sonrisa tensa, lo que equivale a decir que no podía interpretar su reacción. George miró fijamente su plato durante las sesiones de interrogatorio. Papá Grey también se inhibió de él, aunque escuchaba atentamente todo lo que yo decía... Lo comprobé cuando aparté la vista de la señora Grey y lo descubrí evaluándome, con los dedos entrelazados bajo la barbilla, como un juez en el estrado. Solo interrumpió una vez a su esposa, para preguntarme si mi padre había sido socio del Hartford Club: el lugar de reunión más almidonado para los más WASP de entre los capitanes del comercio de Hartford.

—Fue su presidente durante un par de años —dije tranquilamente.

Miré rápidamente a George al otro lado de la mesa. Intentó disimular una sonrisa. Cuando volví a mirar a papá Grey, me concedió una ligerísima inclinación de aprobación, como si dijera: «Si tu padre fue presidente del Hartford Club, no puedes estar mal del todo». Siguiendo el ejemplo de su marido, la señora Grey me dedicó otra de sus tensas sonrisas, un poco más amplia de lo normal, pero igualmente reprimida. Le devolví la sonrisa, pensando para mis adentros: la formalidad es siempre una forma de defender un punto de vista estrecho sobre el mundo; la convicción de que puedes clasificar a las personas solo por las escuelas y las universidades que han frecuentado, sus afiliaciones políticas, los clubs a los que pertenecían sus padres. Mis padres también funcionaban siguiendo este rígido principio, y de repente sentí una oleada de simpatía por George, que había sido educado en un hogar tan árido emocionalmente.

A diferencia de mí, sin embargo, no tenía a un Eric que contrarrestara a sus padres. Yo ya lo sabía todo sobre su hermano mayor, Edwin. Era la estrella de la familia. Primero de su clase en Exeter. Capitán del equipo de lacrosse de la escuela. Estudiante destacado en Harvard, donde se había graduado *summa cum laude* en 1940. Y aunque había sido aceptado en la Facultad de Derecho de esa universidad, decidió alistarse en el ejército como subteniente. Murió durante la invasión de Normandía.

—No creo que mis padres se hayan recuperado de su muerte —explicó

George en nuestra segunda cita—. Era el depositario de todas sus esperanzas y ambiciones. Lo adoraban.

—Seguro que también te adoran a ti —dije.

Pero él se encogió de hombros tristemente y dijo:

—Nunca he sido un gran deportista ni un estupendo estudiante.

—Fuiste a Princeton.

—Sí, pero solo porque mi padre estudió allí... como le gusta recordarme. Mis notas en Exeter no fueron nada del otro mundo. Y en la universidad no pertencí a ningún gran equipo ni me gradué con honores. Fui un estudiante normal. Aprobé sin problemas, pero para mis padres esto es sinónimo de «fracaso». Esperan excelencia. Y yo no cumplí.

—En la vida hay mucho más que buenas notas o pertenecer al equipo de lacrosse. Pero mis padres eran igual. Sus metas sociales estaban siempre relacionadas con una forma extrema de rectitud. Probidad a toda costa.

George me diría luego que fue en aquel momento cuando se enamoró de mí, porque yo, gracias a mi propia educación, comprendía bien en qué ambiente había crecido... y también porque utilizaba palabras como rectitud y probidad.

—No eres solo bonita —me diría más tarde aquella noche—. También tienes un montón de vocabulario.

Sentada allí frente a sus enormemente reprimidos padres, me sentí inmensamente unida a George. Estábamos cortados por el mismo patrón austero e incómodo. Los dos —a nuestra manera discreta— intentábamos alejarnos de las limitaciones de la educación WASP. Nos entendíamos mutuamente. Como yo, George había sufrido un desengaño amoroso. Aunque nunca me habló mucho de ello, mencionó que había salido dos años con una mujer llamada Virginia: la hija de algún conocido abogado de Wall Street, con lo que se había ganado la aprobación de sus padres. Cuando ella rompió el compromiso (porque se había enamorado del hijo de un senador de Pensilvania), los padres de George se lo tomaron muy mal, considerándolo otro fracaso de su hijo, incapaz de lograr nada. Me había preguntado por Jack, pero no le di muchos detalles, más que nada porque se había esfumado en Europa antes de que pudiera convertirse en algo sustancial.

—Fue un tonto al dejarte perder —dijo George.

—Y ella también —contesté inmediatamente.

—No creo que ella lo juzgue así.

—Pues yo sí. Y eso es lo que importa.

Se ruborizó, y luego me tomó la mano.

—Al menos esta vez he tenido suerte —dijo.

—El momento lo es todo, supongo.

Sin duda, el momento estaba a nuestro favor. Teníamos entornos familiares, niveles educativos y perspectivas sociales similares. Lo más importante, estábamos los dos dispuestos para el matrimonio (a pesar de mis secretas protestas, sabía que era cierto). George era sólido. Era equilibrado, responsable. Me amaba sin reservas. Aunque yo no sentía una gran pasión hacia él, me convencí de que la ausencia de ardor no era lo más importante. Al fin y al cabo, había perdido la cabeza por Jack y había acabado sintiéndome boba. La pasión había concluido, era para los tontos. Enturbiaba la mente. Entorpecía el pensamiento racional. Te conducía por caminos equivocados. Era un error, un error que no pensaba volver a cometer.

Así que, cruzando la mirada con él a través de la mesa del comedor de sus padres, viendo que me miraba con un afecto tan incondicional, tomé una decisión. Si me proponía matrimonio, aceptaría.

El resto de la cena fue un éxito, dentro de lo que cabe. Charlamos educadamente. Yo conté un par de anécdotas anodinas sobre mi trabajo en *Saturday/Sunday*. No dije nada cuando papá Grey soltó una diatriba contra Harry S. Truman calificándole de mercero socialista —si mi padre hubiera estado vivo para conocer a papá Grey, habría sido un amor a primera vista. Fingí interés cuando papá Grey discutió con George un apremiante tema del día: una nueva normativa para los clubs de Princeton que les obligaba a aceptar miembros de otros credos religiosos («Es el lobby judío el que ha forzado este tema», retronó papá Grey; un comentario que George esquivó con una inclinación de cabeza poco comprometida). Sonreí mucho y no hablé si no me hablaban primero.

Después de cenar, pasamos a la biblioteca. Aunque necesitaba de verdad un brandy, no lo pedí. Tampoco me lo ofrecieron, si bien papá Grey se sirvió

uno y preparó otro para George. El fuego ardía en la chimenea. Tomé mi media taza de café. Toda una pared de la biblioteca estaba ocupada por fotografías enmarcadas de Edwin en distintos momentos de su vida. La mesita cercana al sofá estaba también repleta de retratos de Edwin, en todos con el uniforme del ejército. Era realmente deslumbrante. La habitación era un santuario; busqué en las demás paredes y mesitas fotografías de George. No había ninguna.

Como si me leyera el pensamiento, la señora Grey dijo:

—Tenemos muchas fotos de George en otros lugares de la casa. La biblioteca es para Edwin.

—Por supuesto —dije en voz queda, luego añadí—: No sé cómo se puede sobrellevar esta pérdida.

—No somos la única familia que ha perdido un hijo —dijo papá Grey, con la voz ligeramente temblorosa.

—No pretendía decir...

—El dolor es un asunto privado, ¿no cree? —dijo él, y se volvió para servirse más brandy.

—Me disculpo si he sido inoportuna —dije.

Silencio. Un silencio que debió de durar todo un minuto. Lo rompió finalmente la señora Grey. Su voz era un susurro.

—Tiene razón. La sensación de pérdida no se desvanece. Porque Edwin era excepcional. Tenía grandes dotes para todo.

Miró brevemente a George, luego otra vez sus manos, unidas fuertemente en su regazo.

—Era totalmente insustituible.

Otro largo silencio. George miraba el fuego, sin decir nada, con los ojos opacos.

Me disculpé poco después y subí a la habitación de invitados que me habían asignado. Me desvestí, me puse un camisón y me metí en la cama, tapándome bien. No podía dormir, lo que no era sorprendente, teniendo en cuenta que no dejaba de pensar en la cena, la escena de la biblioteca y la forma en que los padres de George le hacían pagar sutilmente la muerte de Edwin.

«La sensación de pérdida no se desvanece. Porque Edwin era excepcional. Tenía grandes dotes para todo.»

Si no hubiera mirado a George en aquel momento, habría pensado que se limitaba a expresar el dolor incurable de una madre. Pero al mirar a George mientras decía que su hermano era irremplazable, le estaba dando a entender —a mí también—: «Si tenía que perder un hijo, deberías haber sido tú».

No podía creer tanta crueldad. Me despertó un inmenso sentido de protección hacia George. También me dio un proyecto: emancipar a aquel hombre de su familia amándolo.

Porque estaba segura de que, con el tiempo, le amaría.

Estuve mirando el techo del dormitorio casi una hora. Luego oí pasos en las escaleras, seguidos de la puerta de la habitación de George —situada frente a la mía— que se abría y se cerraba. Esperé cinco minutos. Me levanté, salí de la habitación y crucé el pasillo de puntillas. Sin llamar, abrí silenciosamente la puerta de George. Estaba en la cama, leyendo. Me miró, sobresaltado. Me puse un dedo frente a los labios, cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a su cama; me senté a su lado. Me fijé en que llevaba un pijama de rayas. Le acaricié el pelo. Estaba aturdido; tenía los ojos muy abiertos. Me incliné y le besé largamente. Me devolvió el beso, primero nervioso, pero luego con considerable ardor. Un momento después, me aparté suavemente. De pie, me quité el camisón por la cabeza. El frío de la habitación me hizo estremecer. Me metí bajo las sábanas junto a él. Le cogí la cabeza con las manos y le besé en la cara suavemente. Estaba tenso.

—Es una locura —dijo—. Mis padres...

—Chist —dije, llevándome un dedo a los labios. Me puse encima de él.

Era la primera vez que hacíamos el amor. A diferencia de Jack, George seguía las reglas carnales de la época, cuando el sexo antes del matrimonio todavía se consideraba un territorio extraño y peligroso, que solo se cruzaba cuando se había pasado una considerable cantidad de tiempo con la otra persona. Aunque nos habíamos besado, la tendencia natural de George a la circunspección suponía que no me había hecho ninguna insinuación real. Por su forma de preguntarme sobre mi relación con Jack (y si *Permiso* era autobiográfico) deduje que sabía que yo no era virgen. Pero entonces, en la

cama con él por primera vez, me di cuenta de que él sí lo era.

Estaba nervioso. Patoso. Era rápido. Tan rápido, que después se me acercó y susurró:

—Lo siento.

—Tranquilo —dije, susurrando como él—. Habrá más veces.

—¿Las habrá?

—Sí. Las habrá. Si quieres.

—Quiero.

—Bien. Porque empezaba a pensar...

—¿Pensar qué?

—A pensar cuándo diantre pasaría esto.

—La seducción no es uno de mis fuertes.

—¿Nunca?

Se apartó de mí.

—Nunca.

—¿Ni siquiera con Virginia?

—A ella no le interesaba.

—Eso pasa, supongo.

—Sí, pero normalmente no con tu prometida.

—Pues me alegro de que te escaparas. Imagínate qué matrimonio más triste habría sido.

—La única suerte que he tenido ha sido conocerte a ti.

—Me siento halagada.

—No deberías. Eres estupenda. Mis padres también lo creen.

—¿En serio?

—Les causaste buena impresión. Lo he notado.

—Pues yo, personalmente, no sabía cómo interpretar lo que estaban pensando.

—Es su forma de comportarse. Tienen dos religiones: el presbiterianismo y el distanciamiento.

—Eso no les da derecho a ser distantes contigo.

—Todo es por culpa de la muerte de Edwin.

—Su muerte debería hacerles valorarte aún más.

—Me valoran. Pero tienen dificultades para expresarse.

—Te subvaloran. No deberían hacerlo.

Me miró asombrado.

—¿Lo crees de verdad, Sara?

Le acaricié la cara con un dedo.

—Sí —dije—. Lo creo.

Salí a hurtadillas de su habitación antes del amanecer. Estuve en la cama una hora, pero no podía dormir, así que tomé un baño. Después me vestí y bajé, decidida a dar un paseo. Cuando me dirigía a la entrada, una voz me sorprendió desde el comedor:

—Debe de haber dormido mal, señorita Smythe.

Me detuve y vi a la señora Grey sentada en un extremo de la mesa del comedor. Estaba vestida y peinada, y tenía una taza de café delante.

—No tan mal.

Me miró con irónico desprecio.

—Si usted lo dice. ¿George sigue durmiendo?

Intenté no ruborizarme. No debí de conseguirlo porque ella arqueó las cejas.

—No sabría decirle —dije.

—Claro. ¿Un café?

—No quiero molestarla...

—Si me molestara, no le pediría que tomara un café conmigo.

—Me apetece un café —dije, y me senté.

Ella se levantó y se acercó a un bufet sobre el que había una cafetera de plata y la consiguiente porcelana. Me sirvió una taza, volvió a la mesa y la colocó frente a mí.

—Seguro que el café le irá muy bien después de una noche en vela —dijo.

Por Dios... Levanté la taza y tomé un sorbo rápido. Luego la dejé sobre la mesa. En el momento que duró aquel simple movimiento, había decidido pasar por alto su último comentario. En cambio, pregunté:

—¿Usted también ha dormido mal?

—Siempre duermo mal. Y está esquivando mi pregunta.

La miré directamente a los ojos.

—Si me hubiera hecho una pregunta, señora Grey, le habría respondido inmediatamente. Porque lo contrario habría sido descortés. Pero no me hizo ninguna pregunta. Simplemente hizo una observación.

Otra de sus sonrisas tensas.

—Ahora entiendo por qué es escritora. Su poder de observación es formidable.

—No soy escritora.

—¿No lo es? —dijo ella—. ¿Qué me dice de la narración publicada en *Saturday Night/Sunday Morning*?

—Una historia publicada no me convierte en escritora.

—Qué modesta... sobre todo teniendo en cuenta la inmodestia de la narración. ¿Estaba enamorada de aquel chico de la Marina?

—Era una historia, señora Grey, no un recuerdo personal.

—Claro, querida. Las escritoras de veinticuatro años siempre inventan historias sobre el amor de su vida.

—Existe algo llamado imaginación...

—No cuando se trata de una historia como la suya. Es un género bastante común: «confesionario romántico», lo que se suele encontrar en el *Ladies' Home Companion*...

—Está intentando insultarme, señora Grey...

—En absoluto, querida. Pero contésteme a esto... y fíjese que se lo planteo como una pregunta: ¿De verdad pasó la noche con su marinero en un hotel barato?

Entorné los ojos.

—No, pasó la noche en mi piso. Y no era marinero. Estaba en el ejército.

Hubo un silencio, durante el cual ella levantó su taza de café y tomó un sorbo.

—Gracias por aclararme estos puntos.

—De nada.

—Si cree que voy a contarle esto a George, se equivoca.

—Es que George ya lo sabe.

—No esté tan segura. Cuando se trata de mujeres, los hombres solo oyen lo que quieren oír. Es uno de los muchos defectos de su sexo.

—Cree que George tiene muchos defectos, ¿verdad?

—George es un buen chico. No es un líder por naturaleza, pero es modesto y humano. Por mi parte, no veo qué le encuentra una chica lista como usted. Su matrimonio no funcionará, porque él acabará por aburrirla.

—¿Quién ha dicho que vayamos a casarnos?

—Créame: se casarán. *C'est le moment juste*. Es como pasan las cosas. Pero será un gran error.

—¿Puedo preguntarle algo, señora Grey?

—Por supuesto, querida.

—¿Fue la muerte de su hijo lo que la convirtió en una misántropa, o siempre ha sido tan amargada y triste?

Apretó los labios, y miró su propio reflejo en la negra superficie del café. Al cabo de un momento, me miró.

—He disfrutado mucho de nuestra conversación, querida. Ha sido muy ilustrativa.

—Para mí también.

—Me alegro. Y creo que he sacado una espléndida conclusión de nuestra pequeña charla..., lo que creo que los escritores llaman una epifanía.

—¿Que es... señora Grey?

—Nunca nos caeremos bien.

Más tarde, aquella mañana, subí en un tren de vuelta a Manhattan con George. Nos sentamos en el coche club. Insistió en comprar una botella de champán (que resultó ser el vino espumoso del estado de Nueva York). Me sujetó la mano durante todo el trayecto hasta Grand Central Station. No podía apartar de mí sus ojos rebosantes de adoración. Parecía enfermo de amor, aquel mismo resplandor del día después que yo debía de irradiar la mañana del día de Acción de Gracias, hacía dieciocho meses.

Cuando pasábamos por Port Chester, me dijo:

—Cásate conmigo.

Me oí decir a mí misma:

—De acuerdo.

Pareció sorprendido.

—¿Qué?

—De acuerdo, me casaré contigo.

—¿En serio?

—Sí. En serio.

Su expresión de asombro se transformó en otra de júbilo.

—No puedo creerlo —dijo.

—Créelo —insistí yo.

—Llamaré a mis padres en cuanto lleguemos a Manhattan. Estarán encantados. Mi madre especialmente.

—Ya lo creo que lo estarán —dije en voz baja.

No le conté nada a George de la charla que habíamos tenido su madre y yo durante el desayuno. Tampoco se lo conté a Eric. Porque sabía que, de haberle descrito la conversación con la señora Grey, o haberle hablado de la extraordinaria rigidez de la familia en la que pensaba entrar, habría intentado convencerme de que no me casara.

Así que no dije nada, solo que estaba encantada de la vida, y estaba segura de haber tomado una buena decisión. Conoció a George en el bar del hotel Astor. Le pareció simpático. Después, cuando George me preguntó si había causado buena impresión a mi hermano, yo le dije:

—Ha dicho que eras estupendo.

Igual que su madre creía que yo era estupenda. ¡Oh, las mentiras que contamos para no enfrentarnos a lo que nos asusta!

Por supuesto que, inmediatamente después de aceptar la propuesta de George, una voz llena de dudas empezó a mortificarme. Más angustioso fue el descubrimiento de que, cuanto más tiempo pasaba con George, más fuerte se hacía la voz. Pocas semanas después, era tan omnipresente que empecé a pensar: «Tienes que salir de esto». Rápidamente.

Pero entonces, uno o dos días después, me encontré muy mal de repente. El resto de la semana, mis mañanas empezaron con una frenética escapada al baño. Convencida de que padecía algún parásito ameboide, pedí hora al doctor Ballensweig. Me hizo unas pruebas. Cuando me dio los resultados, me sentí como si me hubiera atropellado un coche.

En cuanto llegué a casa, llamé a George al banco.

—Hola, cariño —dijo.

—Tenemos que hablar —dije.

—¿Qué pasa? —dijo con preocupación.

Respiré hondo.

—¿Ha pasado algo horrible?

—Depende de cómo lo mires.

—Dímelo, cariño. Dímelo.

Otra inhalación profunda. Luego dije:

—Estoy embarazada.

7

Tras unos cuantos días terribles, fui a ver a Eric y le di la noticia. Parpadeó, pero no dijo nada. Finalmente, me hizo una pregunta.

—¿Estás contenta?

Me eché a llorar, escondiendo la cabeza en el hombro de mi hermano. Me abrazó y me meció.

—No tienes que pasar por esto si no quieres —susurró.

Aparté la cabeza de su hombro.

—¿Qué estás insinuando?

—Solo digo que si quieres salir de esto, quizá pueda ayudarte.

—¿Médicamente, quieres decir?

Asintió con la cabeza.

—Una amiga que es actriz conoce a un médico...

Levanté una mano.

—No podría hacerlo.

—Bien —dijo él—. Era solo una oferta...

—Ya lo sé, y te lo agradezco...

Volví a llorar y a esconder la cabeza en su hombro.

—No sé qué diablos hacer —dije.

—Voy a preguntarte algo: ¿quieres casarte con él?

—No. Es un error. Incluso su madre me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Después de la noche que pasé en su casa de Greenwich.

—¿Fue la noche en que tú y George...?

Asentí con la cabeza. Y me ruboricé:

—Debió de adivinarlo.

—Seguro que estaba escuchando detrás de la puerta. Bueno, si ella te dijo que era un error, estará más bien encantada si decides no casarte.

—No puedes hablar en serio. George sabe que estoy embarazada. Sus padres saben que estoy embarazada. No hay ninguna forma de que me permitan salir de esto.

—No estamos en un estado feudal, a pesar de los esfuerzos del Partido Republicano. No eres propiedad de nadie. Puedes hacer lo que te plazca.

—¿Te refieres a criar al niño yo sola?

—Sí. Podríamos hacerlo entre los dos.

Tardé un momento en reaccionar.

—Me siento halagada. Muy emocionada. Pero es una idea alocada. Y lo sabes. No podría criar a mi hijo sola.

—Yo estaría contigo.

—No me refiero a eso.

—Te preocupa lo que puedan pensar los demás.

—Me preocupa convertirme en una persona marginada. Lo has dicho mil veces: en el fondo, este es un país puritano. Se margina a las personas que cometen transgresiones sexuales. Tener un hijo fuera del matrimonio y criarlo sola se considera un gran pecado.

—¿Y un matrimonio espantoso es una alternativa mejor?

—Estoy segura de que puedo hacerlo funcionar. George no es mala persona.

—No es mala persona. Menudo calificativo, S.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero, ¿qué quieres que haga?

—Cortar por lo sano. Dile que tendrás el niño pero no te casarás con él.

—No soy tan valiente, Eric. Soy demasiado convencional.

—Bueno, cuando George y sus padres acaben contigo te vas a sentir como un personaje de una obra de Ibsen.

—Muchas gracias.

—¿Cómo se lo han tomado?

Consideré la pregunta y respondí.

—Se lo tomaron reflexivamente.

—¿Reflexivamente? ¿Qué demonios significa eso?

—Reaccionaron con moderación ante la noticia.

—Son WASP, por el amor de Dios, no italianos. Claro que fueron medidos. Pero seguro que también fueron gélidos.

No dije nada. Porque gélidos era la palabra exacta. Aunque George había comunicado a sus padres nuestro compromiso la misma tarde en que acepté su propuesta, habíamos quedado que tardaríamos un par de meses en decidir la fecha de la boda.

Luego recibí la noticia del doctor Ballensweig, y tuve que transmitírsela a George. Se lo tomó bastante bien y me dijo que deseaba mucho tener hijos conmigo. Yo le hice saber que un niño podía ser motivo de tensión entre recién casados, sobre todo entre dos personas que solo hacía un mes que se conocían antes de comprometerse. Pero George me aseguró que todo iría bien.

—Estando como dos tortolitos —dijo—. Porque cuando se está tan enamorado como nosotros, los problemas se solucionan fácilmente.

«Dos tortolitos.» Qué maravilla.

—Naturalmente —dijo—. A papá y a mamá les preocupará un poco el tener que adelantar la boda.

—Se lo dirás tú, ¿verdad?

Hubo un largo silencio en el teléfono. Cuando volvió a hablar, parecía que se presentara «voluntario» para una avanzadilla en el país de los injun.

—Claro que se lo diré yo —dijo, intentando disimular su nerviosismo—. Seguro que les ilusionará ser abuelos.

George marchó a Connecticut la noche siguiente. Por la mañana temprano sonó el teléfono en mi oficina. Era mi futura suegra.

—Soy Julia Grey —dijo, bruscamente.

—Ah, hola —dije yo, bastante confundida.

—Mañana pienso ir a la ciudad. Es importante que nos veamos. ¿Te parece bien a las cuatro en el Palm Court del Plaza? ¿De acuerdo?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, me colgó, dejando bastante claro

que le daba igual si me iba bien o no aquella hora. Me convocaba. Estaría allí.

Enseguida descolgué el teléfono y llamé a George a su oficina.

—Querida, estaba a punto de llamarte —dijo.

—Tu madre se te adelantó.

—Oh. Vaya.

—Y por la brusquedad de su tono, me dejó bastante claro cómo se había tomado la noticia.

George se aclaró la garganta. Ruidosamente. Luego dijo:

—Bueno, fue una sorpresa para ellos. Pero después del inicial... esto...

—¿Impacto?

—Sí, bueno, esto..., se quedaron bastante impactados. Pero fue solo un momento. Después se pusieron...

—¿Furiosos?

—A reflexionar.

—Entonces es que me odian.

—Querida, no te odian. Por el contrario...

—¿Qué creen? ¿Qué soy una elección perfecta? ¿Una mujer perfecta para un banquero?

Casi le oí gemir al otro lado del teléfono.

—Cariño, todo se arreglará. Te lo juro. Confía en mí.

—No tengo elección, ¿verdad?

—No te preocupes por la brusquedad de mi madre. Es su...

—Su estilo, supongo.

—Caramba, ya empezamos a terminar las frases del otro.

Colgué el teléfono. Apoyé la cabeza en las manos. Me sentía acorralada, atrapada. Sin salida.

La tarde siguiente, salí de la oficina a las tres y media y fui caminando a la Quinta Avenida, aterrorizada. Entré en el Hotel Plaza a la hora en punto. La señora Grey estaba sentada en una mesa en el Palm Court. Me vio acercarme. No sonrió. No me alargó la mano. Simplemente señaló una silla a su lado y dijo:

—Siéntate, Sara.

Obedecí. Me miró durante largo rato, con los labios apretados, convirtiéndolos en una fina línea que le biseccionaba la cara. Intenté sostener su desdeñosa mirada. Empecé a retorcerme las manos. Naturalmente, ella se dio cuenta.

—¿Estás nerviosa, Sara? —me preguntó con suavidad.

Mis manos se detuvieron en seco.

—Sí, estoy nerviosa.

—Supongo que yo en tu lugar también estaría nerviosa. Pero la cuestión es que yo nunca me hubiera metido en una situación como esta. Siempre se paga un precio muy alto por la impulsividad.

—Y supongo que usted nunca ha sido culpable de hacer nada impulsivo. Sus labios se estiraron en su ya legendaria sonrisa llena de tensión.

—No —dijo.

—¿Ni un solo acto de imprudencia en toda su vida?

—Me temo que no.

—Qué controlada...

—Me lo tomaré como un cumplido, Sara. Pero hablemos de negocios...

—No sabía que hablaríamos de negocios.

—Oh, sí. Esto es, sin duda, una conversación de negocios. Porque por lo que a mí respecta, no tenemos que hablar de nada más que de la forma más práctica de organizar una boda a toda prisa. No queremos que camines por el pasillo visiblemente encinta, ¿verdad?

Otra de sus sonrisas crispadas. No dije nada.

—Por supuesto, todos los invitados sabrán por qué hemos sido tan expeditivos con la ceremonia. Lo que, a su vez, significa que queremos que sea una celebración reducida y discreta. Sin duda esto no cuadra con tus fantasías de la infancia de una gran boda de blanco...

—¿Cómo sabe cuáles eran mis fantasías de la infancia? —pregunté, dejando traslucir mi enojo.

—¿No sueñan todas las niñas con una gran boda?

—No.

—Claro, olvidé que tú y tu hermano siempre fuisteis un poco especiales en todo, para gran disgusto de vuestros encantadores padres.

La miré furiosa y con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo se atreve a hacer presunciones...?

—No son presunciones, querida. Me limito a afirmar un hecho. Tenemos buenos amigos en Hartford, los Montgomery. Eran vecinos de tus padres, *n'est-ce pas*?

—Sí, vivían unas casas más abajo.

—Bien, cuando el señor Grey y yo descubrimos, de forma abrupta, diría yo, que ibas a ser nuestra nuera, decidimos investigar un poco. Resultó que el señor Grey conocía al señor Montgomery de Princeton, clase del noventa y ocho. Y el señor Montgomery y su esposa, Miriam, nos dieron mucha información sobre tu familia. Yo no sabía, por ejemplo, que tu hermano fuera comunista.

—No es comunista.

—Estuvo en el partido, ¿no?

—Sí... pero eso fue en los años treinta, cuando estaba de moda...

—¿De moda? Que yo sepa, el Partido Comunista desea derribar el gobierno de este país. ¿Esto te parece *chic*, Sara?

—Dejó el partido en el cuarenta y uno. Cometió un error. Es el primero en admitirlo.

—Lástima que tus pobres padres no estén aquí para oír su renuncia.

Noté que me ponía furiosa.

—Eric puede no ser un hombre convencional, pero siempre fue un buen hijo para nuestros padres... y es el mejor hermano del mundo.

—Admiro tu lealtad familiar. Sobre todo ante tan poco convencionalismo.

—No sé de qué me habla.

—Oh, sí que lo sabes. Como lo sabían tus difuntos padres. De hecho, se dice que la falta de convencionalismo de tu hermano preocupaba tanto a tu padre que aceleró su muerte.

—Es una barbaridad echarle la culpa a Eric...

—Nadie está culpando a nadie, Sara. Solo te informo de lo que me han dicho los demás. También me he enterado de que contradijiste el deseo de tu padre trasladándote a vivir a Nueva York después de Bryn Mawr. Poco después, sufrió aquel infarto...

Estaba a punto de gritarle. O de pegarle. O de escupirle a la cara. Me latía el corazón aceleradamente, mi rabia era inmensa. Ella se dio cuenta y reaccionó con una de sus pequeñas sonrisas. Una sonrisa que me invitaba a hacer algo reprobable... y pagar un precio aún mayor que el que estaba pagando ahora. Una sonrisa que me obligó a recuperar el control.

Así que respiré hondo varias veces, me puse de pie y dije:

—No tenemos nada más que decirnos, señora Grey.

Su tono siguió siendo tranquilo y uniforme.

—Si te vas ahora, querida, te estarás buscando aún más problemas.

—No me importa.

—Oh, sí que te importa. Al fin y al cabo, no me puedo imaginar que una revista tan familiar como *Saturday Night/Sunday Morning* permita que una madre soltera siga trabajando para ellos. Y cuando *Saturday/Sunday* te despida por conducta amoral, ¿quién va a contratarte? Después está lo de tu piso. ¿No hay una cláusula en los contratos de alquiler de Nueva York... —el señor Grey me lo mencionó *en passant*...— que permite que un propietario eche a su inquilino si este ha cometido actos de inmoralidad? Por cierto, que tener un hijo fuera del matrimonio no encaja exactamente... Además, ¿cómo podrías permitirte demandar un desahucio como este?

Volví a sentarme. No dije nada. La señora Grey bajó la cabeza un momento. Cuando volvió a levantarla, era la viva imagen del civismo.

—En el fondo sabía que eras una chica sensata, Sara. Estoy segura de que a partir de ahora nos entenderemos perfectamente. ¿Un té?

No respondí. Seguramente porque me sentía como un convicto debe de sentirse cuando lo condenan a cadena perpetua. Aquello era el abismo, y yo había caído en él.

—Consideraré tu silencio una afirmación —dijo, y le hizo un gesto al camarero—. Volvamos a nuestro asunto. La boda...

Me explicó sus planes. Dadas las circunstancias, una boda en la parroquia de la familia en Connecticut estaba fuera de lugar («No se puede organizar una celebración así en dos semanas»). En lugar de eso, se celebraría un servicio sencillo en la iglesia de la Marble Collegiate de Manhattan, al cual podía invitar a cuatro personas, incluido mi hermano («Supongo que él te

acompañará al altar», preguntó secamente). Después habría una recepción sencilla allí mismo, en el Plaza. George se encargaría de los «detalles de la luna de miel», aunque la señora Grey le había sugerido «un modesto hotelito» en Provincetown, en el cual había reservado una semana para nosotros. Después de la luna de miel, iríamos a vivir a nuestra nueva casa... en Old Greenwich, Connecticut.

Tardé un momento en entenderlo.

—¿George y yo vamos a vivir dónde? —pregunté.

—En Old Greenwich, Connecticut. No me digas que no te lo ha dicho...

—Teniendo en cuenta que les comunicó a ustedes la noticia anoche...

—Claro, claro. El pobre chico tiene un montón de cosas en la cabeza. En fin, cuando nos dio la maravillosa noticia anoche, el señor Grey le dio esta estupenda sorpresa. Como regalo de bodas, os dejamos vivir en una casita que compramos como inversión hace un año en Old Greenwich. No digo que sea una mansión. Pero es perfecta para una familia que empieza. Y está a solo cinco minutos a pie de la estación, para que George pueda ir y venir de Manhattan. ¿Conoces Old Greenwich? Es un pueblecito encantador... justo al lado de Long Island Sound, o sea que será perfecto para...

«Para que muera asfixiada.»

—... salir con otras madres jóvenes. Cuando nazca el niño tendrás mucho que hacer allí. Cafés matinales. Reuniones de la iglesia. Ventas de beneficencia. La asociación de padres...

Mientras la escuchaba delinear, con evidente placer, mi prosaico futuro, yo solo podía pensar: he aquí una clase magistral sobre cómo ahondar en una herida.

Finalmente la interrumpí.

—¿Por qué no podemos vivir en el piso de George una temporada?

—¿En ese lugar horrible? No lo permitiría, Sara.

No era horrible: un piso de un dormitorio, con todos los servicios, en un edificio residencial de Mayflower, en la 61 con Central Park Oeste.

—Podemos encontrar un piso más grande en la ciudad —dije.

—La ciudad no es un buen lugar para tener un niño.

—Pero el niño tardará siete meses en nacer. No tengo ganas de ir y venir

de Connecticut para ir a trabajar...

—¿A trabajar? —dijo, como si le divirtiera—. ¿Dónde?

—En *Saturday/Sunday*, claro.

—Ah, eso. A finales de semana presentarás tu renuncia.

—No lo haré.

—Claro que lo harás. Porque te casarás una semana después. Y las mujeres casadas no trabajan.

—Pensaba ser una excepción.

—Lo siento, querida. No puede ser. En fin, dado tu estado, tendrías que dejar tu trabajo dentro de pocos meses. Son las pegas de la maternidad.

Intenté mantenerme racional, razonable y controlada.

—¿Y si me niego? ¿Si salgo de este hotel ahora mismo y no hago nada de esto?

—Ya te he apuntado las consecuencias. Creo en la libertad individual, de modo que, por mí, puedes hacer lo que te plazca. Desgraciadamente, el resultado de esta decisión puede no ser de tu agrado, porque criar a un hijo sola sin un trabajo ni un sitio decente donde vivir puede ser un poco difícil. Pero nunca te lo impediríamos...

Se me humedecieron los ojos. Sentí las lágrimas que me resbalaban por la cara.

—¿Por qué hace esto? —susurré.

La señora Grey me miró perpleja.

—¿Hacer qué, querida?

—Destrozarme la vida.

—¿Destrozar te la vida? Ahórrame el melodrama barato, Sara. Yo no te he obligado a quedarte embarazada, ¿verdad?

No dije nada.

—En fin, si yo fuera tú, estaría encantada con lo bien que están saliendo las cosas. Al fin y al cabo, no muchas chicas tienen una casa en una bonita urbanización como regalo de bodas.

Una tensa sonrisa final. Miré fijamente la mesa. Hubo un largo silencio.

—¿Se te comió la lengua el gato, querida? ¿O es que has visto la lógica de mis argumentos?

Mi mirada siguió clavada en la mesa.

—Espléndido —dijo finalmente—. Nuestros planes seguirán según lo acordado. Oh... mira quién llega. Qué momento más acertado para aparecer.

Levanté la mirada. George estaba de pie en la entrada del Palm Court, esperando con indecisión que su madre le hiciera el gesto de que podía acercarse a la mesa. Sin duda, también le había dicho a qué hora tenía que llegar al Plaza. Así como la noche anterior le había dicho exactamente cómo pensaba organizar nuestra vida a partir de aquel día. Porque, en el mundo de la señora Grey, aquel era el precio que uno debía pagar por transgredir su sentido del orden, el decoro y la categoría social.

La señora Grey utilizó el dedo índice derecho para hacer venir a George. Él se acercó tímidamente a nuestra mesa, como un colegial convocado al despacho del director.

—Hola a todas —dijo, intentando parecer alegre—. ¿Todo va bien?

Me miró y vio que había llorado. Inmediatamente, se puso en tensión. Su madre dijo:

—Sara y yo hemos estado discutiendo planes para el futuro y estamos de acuerdo en todo.

No dije nada. Seguí mirando la superficie de la mesa. Su voz se volvió irritada:

—¿No es así, querida?

No levanté la cabeza, pero dije:

—Sí. Todo está bien.

—Y ahora nos entendemos, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Ya lo ves, George, todo va de primera, como te dije que iría. Como ya sabrás, Sara, el pobre chico es muy sufridor. ¿No es así, George?

—Supongo que sí —dijo él nerviosamente.

Se sentó a mi lado e intentó cogerme la mano. Pero yo me aparté antes de que pudiera cogerla. La señora Grey fue testigo de este pequeño drama y sonrió.

—Voy a retocarme; os dejo solos para que habléis.

En cuanto desapareció de nuestra vista, George dijo:

—Cariño, no te preocupes...

—No sabía que me estaba casando con tu madre.

—No es así.

—Claro que sí, al menos parece que ella es la que lo decide todo.

—Después de la boda la podemos apartar de nuestra vida.

—Después de la boda, estaremos viviendo en Old Greenwich, Connecticut.

Gracias por hablar de este pequeño cambio de dirección conmigo.

—La oferta de la casa me la hicieron anoche.

—Y tú, claro, decidiste aceptarla sin consultarme.

—Quería llamarte esta mañana.

—Pero no lo hiciste.

—Tenía un montón de reuniones.

—Mentiroso. Te daba miedo mi reacción.

Él bajó la cabeza.

—Sí. Me daba miedo tu reacción. Pero, oye, la casa de Old Greenwich fue una generosa oferta de mis padres. No tenemos que aceptarla.

Lo miré con absoluto desprecio.

—Sí que tenemos —dije—, y tú lo sabes.

Una pausa. Se agitó en la silla. Finalmente dijo:

—Te gustará Old Greenwich.

—Me alegro de que pienses así —dije.

—Y si no te gusta...

—¿Qué?

—Entonces... —volvió a agitarse—. Te prometo que funcionará. Pasemos el mal trago de la boda...

—Y luego, a ver si lo adivino, ¿le dirás a ella que se aparte de nuestra vida para siempre?

Otra pausa incómoda.

—Lo intentaré —dijo, casi en un susurro.

Luego tosió para indicar que su madre volvía. Cuando ella se acercó a la mesa, George se levantó inmediatamente y le apartó la silla. Después de sentarse, ella le indicó a su hijo que hiciera lo mismo. Luego volvió a mirarme.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Habéis hablado?

De no haber sido tan cobarde, me habría levantado y habría salido del Plaza, aceptando mi suerte. Pero hacer esto, en 1947, significaba arriesgar mucho en el plano personal. Y, por mucho que la odiara, la señora Grey tenía razón en una cosa: decidir ser madre soltera habría significado quedarme en el paro al instante, y ser marginada socialmente. En aquel entonces, solo las viudas y las mujeres abandonadas podían permitirse ser madres solteras. Decidir tener un hijo fuera del matrimonio —o, aún peor, rechazar una oferta de matrimonio del padre del hijo— se habría considerado, en el mejor de los casos, totalmente reprobable; en el peor, una locura. Y yo no poseía la mentalidad «despreocupada» necesaria para ir en contra de los convencionalismos. Me habría gustado tener la vena sediciosa de Eric, pero sabía que no podría. Me gustara o no, era una persona conservadora. Mis padres podían haberse desesperado por mis pequeños actos de rebeldía, como vivir en Manhattan después de la universidad. Pero me habían infundido tal miedo a la autoridad —y tenía la idea de la respetabilidad tan grabada en mis adentros— que me sentía incapaz de hacer lo imposible: decir a George Grey y su familia que se fueran a paseo.

No pensaba contar mi conversación con la señora Grey a Eric —o cómo me habían empujado a vivir en Old Greenwich, Connecticut—, porque sabía que se pondría hecho una fiera. En el mejor de los casos, tendría que escuchar sus convincentes y desapasionados argumentos, suplicándome que huyera de aquella pesadilla doméstica mientras podía. En el peor de los casos, haría algo melodramático... como animarme a que saliera del país, a París o a México, hasta que naciera el niño.

Pero ya me había decidido. Me casaría con George. Me iría a vivir a una urbanización de Connecticut. Tendría el niño. Me había metido sola en aquel lío. Aceptaría mi suerte. Porque me la merecía.

Incluso me puse a racionalizar como una loca. Estaba claro que George estaba dominado por su madre, pero en cuanto nos casáramos, yo la iría echando de nuestras vidas. Sí, no soportaba tener que dejar Nueva York, pero quizá Old Greenwich me daría la paz y la quietud que necesitaba para ponerme a escribir de nuevo. Sí, mi futuro marido era el equivalente

emocional de un helado de vainilla, pero ¿no había jurado no ser víctima de la pasión nunca más? ¿No había jurado evitar otro...?

Jack.

Jack. Jack. Maldito seas, Jack. Aquella absurda noche me había llevado directamente a los brazos aburridos y seguros de George Grey.

En las dos semanas que faltaban para la boda, dije que sí a todo. Dejé que la señora Grey hiciera los arreglos para la ceremonia y la fiesta. Dejé que me pidiera hora en una modista que cobró 85 dólares por un vestido blanco de boda convencional —«Por supuesto, no pensamos dejar que lo pagues tú», dijo la señora Grey en la prueba. Le permití elegir el orden del servicio, el menú, la recepción y la figura del pastel. Acompañé a George en tren a inspeccionar nuestra nueva casa. Era una casita de dos pisos, situada en la Avenida Park, a cinco minutos andando de la estación del tren. La Avenida Park era muy frondosa y muy residencial. Todas las casas tenían un buen jardín enfrente, con un césped muy verde. Estaban todos perfectamente cuidados. Las casas no mostraban ninguna señal de deterioro: ni pintura pelada, ni tejados decrepitos, ni ventanas sucias. De mi primer paseo por la Avenida Park, deduje inmediatamente que en aquella comunidad no se toleraban pecados como un césped mal cortado o paseos de grava en mal estado.

Todas las casas de la Avenida Park desprendían el carácter de Nueva Inglaterra, testamentos de un estilo gótico a lo Poe, asociado a las tablillas blancas y los ladrillos rojos. La nuestra era una de las más pequeñas, con los techos bajos y las habitaciones diminutas, empapeladas con un estampado floral discreto de tonos rojos y azules, el tipo de dibujos antiguos americanos que recuerdan el interior de una caja de chokolatinas Whitman. El mobiliario era espartano en forma y tamaño: sofás estrechos, sillas de respaldo recto, un par de estrechas camas individuales en el dormitorio principal. Había una mesa de madera en el otro dormitorio con una silla también de madera.

—Este es el sitio perfecto para que escribas tu novela —dijo George, intentando animarme.

—Y ¿dónde dormiré el bebé? —pregunté en voz queda.

—Los primeros meses en nuestra habitación. Pero solo tenemos que pensar

en esta casa como un principio. En cuanto tengamos un par de hijos, sin duda necesitaremos...

Le interrumpí.

—De uno en uno, ¿vale?

—Claro, claro —dijo, ansioso por mi tono irritado—. No quería apremiarte.

—Sé que no querías.

Recorrí el pasillo hasta el dormitorio principal y me senté en una de las camas. El colchón era como una losa de cemento. George se sentó a mi lado. Me cogió la mano.

—Podemos comprar una cama doble si quieres.

Me encogí de hombros.

—Y puedes cambiar lo que quieras.

«¿Qué te parecería pegarle fuego, cariño?»

—Está bien así —dije, sin ninguna entonación especial.

—Claro. Y seremos felices aquí, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Seguro que te acabará gustando. Cáspita, Old Greenwich es un lugar estupendo para tener una familia.

«Cáspita.» Me casaba con un hombre que utilizaba la palabra «cáspita».

Pero seguí sin intentar librarme de la boda. Por el contrario, cambié mi vida con toda la calma del mundo. Presenté mi renuncia en *Saturday/Sunday*. Informé al propietario de mi piso de que lo dejaba. Como lo había alquilado amueblado, no tenía que llevarme muchas cosas. Algunos libros, el gramófono y la colección de discos, algunas fotos de familia, tres maletas llenas de ropa y la máquina de escribir. Al ver mi pequeño montón de posesiones pensé: «Viajo ligera».

Finalmente, tres días antes de la ceremonia, me armé de valor para comunicar a Eric mi inmediato traslado a Old Greenwich. Mi demora en informarle de esta novedad era puramente estratégica, porque sabía que se subiría por las paredes en cuanto lo oyera.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

—¿Te han obligado a hacer este traslado? —preguntó furioso, mientras

recorría mi piso vacío.

—Los padres de George nos ofrecieron esta casita como regalo de boda, y yo pensé ¿por qué no?

—¿Solo eso?

—Sí.

Me miró con un gran escepticismo.

—¿Tú, la neoyorquina más empedernida del mundo, decides sin más terminar tu existencia en Manhattan para vivir en Old Greenwich solo porque los papis de George os han regalado una casa? No te creo.

—Me pareció que me iría bien un cambio —dije, intentando mantener la calma—. Y me apetece un poco de paz y tranquilidad.

—Oh, vamos, S, deja esa serenidad de mierda. No quieres vivir en Connecticut. Yo lo sé y tú lo sabes.

—Es arriesgado, pero puede salir bien.

—Ya te lo dije. Te lo dije antes. Puedes dejarlo ahora y yo te apoyaré en todo lo que hagas.

Me toqué el estómago.

—No puedo elegir.

—Sí puedes. Es que no lo ves.

—Créeme, sí lo veo. Pero no puedo forzar hasta ese punto mi imaginación. Tengo que hacer lo que se espera de mí.

—¿Aunque eso destroce tu vida?

Me mordí el labio y me di la vuelta con los ojos llenos de lágrimas.

—Para, por favor —dije.

Eric se acercó y me puso una mano en el hombro. Por primera vez en mi vida, lo rechacé.

—Lo siento —dijo.

—No tanto como yo.

—Todos destrozamos nuestra vida de alguna manera, supongo...

—¿Quieres hacerme sentir mejor diciendo esto?

—No. Quiero sentirme mejor yo.

Me hizo reír.

—Tienes razón —dije finalmente—. De una forma u otra, todos la liamos.

Solo que algunos lo hacemos más a lo grande.

A favor de Eric, tengo que decir que nunca volvió a reprocharme que me casara con George y me fuera a vivir a Connecticut. Tres días después de aquella difícil conversación en mi piso, se puso su único traje, una camisa blanca y limpia, y —para él— una corbata discreta, y me acompañó al altar de la iglesia de la Marble Collegiate. George llevaba un frac que no le sentaba bien —con el cuello alto— y acentuaba su aire juvenil. El sacerdote era un hombre aburrido con poco pelo y mucha caspa. Leyó el servicio en tono monótono y a toda velocidad. De principio a final, toda la ceremonia duró quince minutos. Como solo había veinte invitados, la iglesia parecía una caverna, y nuestros juramentos resonaron por las hileras de bancos vacías. Fue realmente solitario.

La recepción posterior también fue bastante apresurada. Se celebró en un comedor privado del Plaza. El señor y la señora Grey no se comportaron precisamente como grandes anfitriones. No intentaron charlar con Eric, ni con mis amigos del *Saturday/Sunday*. Los compañeros de George del banco se mostraron excepcionalmente estirados. Antes de cenar, se apretujaron en un rincón, hablando entre ellos, y soltando de vez en cuando algunas risitas a coro. Yo estaba segura de que hablaban de lo que todos pensaban en aquella triste celebración: «Esto es lo que se llama una boda de penalti».

Aunque, claro, al ser una boda de penalti WASP, todo el mundo disimulaba como si se tratara de una boda normal.

Nos sentamos para cenar. El señor Grey hizo un brindis. Como todo aquel día, fue carente de emoción y nervio: «Por favor, levanten sus copas para dar la bienvenida a Sara a nuestra familia. Esperamos que ella y George sean felices».

Nada más. El brindis de George fue casi igual de flemático: «Solo quiero decir que soy el hombre más afortunado del mundo, y sé que Sara y yo haremos una gran pareja. Y quiero que todos sepan que tenemos una política de puertas abiertas en Old Greenwich, por lo que esperamos tener pronto montones de visitas».

A través de la mesa vi la cara de desesperación de mi hermano. Cuando vio que lo había descubierto me sonrió avergonzado. Dejando a un lado ese

pequeño momento, se había comportado toda la tarde como un modelo de tacto y diplomacia. Aunque parecía totalmente respetable en su traje negro, el señor y la señora Grey lo miraban nerviosos y con disgusto, como si fuera una especie de marciano izquierdista, que fuera a saltar sobre una mesa y arengarnos con fragmentos de *El Capital*. Por el contrario, en la recepción, se empeñó en charlar con mis suegros, e incluso logró hacerles soltar un par de risitas. Aquel fue un asombroso fenómeno, descubrir que los Grey tenían sentido del humor, así que me llevé a Eric a un rincón mientras cruzaba la sala en busca de bebida, y le susurré:

—¿Qué les has echado en el vino?

—Solo les estaba comentando lo mucho que me recordaban a *Los magníficos Ambersons*⁹

Contuve una carcajada.

—Me alegro de ver que todavía te queda sentido del humor —dijo—. Te hará falta.

—Todo irá bien —dije, no muy convencida.

—Y si no es así, siempre puedes volver conmigo.

Le apreté la mano.

—Eres el mejor.

Arqueó las cejas.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta de una vez.

Eric sí tuvo un momento de malicia, cuando George le pidió que «hablara en nombre de la familia de la novia». Se levantó, alzó la copa y dijo:

—La mejor cita sobre *le domicile conjugal* procede de aquel francés bajito, Toulouse-Lautrec, que dijo que «el matrimonio es una comida sosa, precedida del postre». Estoy seguro de que este no será el caso de George y Sara.

Bueno, me pareció muy ingenioso, aunque algunos de los invitados tosieron nerviosamente después de que Eric se sentara. Luego, George y yo cortamos el pastel. Posamos para que nos fotografiaran. El pastel se sirvió con el café. Diez minutos después, el señor y la señora Grey se levantaron e indicaron que había llegado el momento de despedirse. Nos dijimos adiós. Mi suegro me dio un rápido beso en la frente, pero no me deseó suerte. La señora Grey me besó en las mejillas y dijo:

—Lo hiciste muy bien, querida. Sigue así y nos llevaremos de maravilla.

Entonces vino Eric a abrazarme y me susurró.

—No dejes que te depriman.

Se marchó. La sala se vació. La recepción había empezado a las cinco y media. Eran las ocho y ya había terminado. No nos quedaba más que subir a la «suite de luna de miel» que George había reservado para aquella noche.

Subimos. George se metió en el baño y salió con el pijama puesto. Yo me metí en el baño y me desnudé, luego me puse una bata. Entré en la habitación y encontré a George en la cama. Me desabroché la bata y me metí en la cama a su lado, desnuda. De pronto, me atrajo hacia sí. Me besó en la cara, en el

cuello, en el pecho. Se desabrochó el pantalón del pijama. Me separó las piernas y se colocó encima de mí. Un minuto después, soltó un gemido y se apartó. Luego se volvió a abrochar el pantalón del pijama, me besó en la nuca y me deseó «buenas noches».

Tardé un momento en darme cuenta de que se había dormido. Miré el reloj de la mesita. Las ocho y cuarenta. «Las ocho y cuarenta de un sábado por la noche, la noche de mi maldita boda, ¿y mi marido ya dormía?»

Cerré los ojos e intenté unirme a su sueño inconsciente. No lo conseguí. Volví a abrir los ojos. Salí de la cama y fui al cuarto de baño, cerrando la puerta detrás de mí. Me preparé un baño. De repente, mientras el agua caía del grifo, hice algo que tenía pendiente desde hacía varias horas: llorar.

Al poco rato, el llanto se volvió incontrolable, y tan fuerte que debía oírse por encima del ruido del agua. Pero no hubo ninguna llamada a la puerta del baño, seguida de un abrazo tranquilizador de George, diciéndome que todo se arreglaría.

Porque, evidentemente, George dormía como un tronco. Si todos los grifos del Niágara no podían despertarle, ¿cómo iban a hacerlo los sollozos de su esposa?

Al fin, logré controlarme un poco. Cerré los grifos. Me miré en el espejo del baño. Tenía los ojos enrojecidos, el maquillaje corrido. Me metí en el baño, cogí una toalla de tocador, la mojé en el agua caliente y me la coloqué sobre la cara. Miré fijamente su blanco vacío, pensando: «He cometido el peor error de mi vida».

Demasiado deprisa. Demasiado deprisa. Todo sucedía demasiado deprisa. Él hacía el amor demasiado deprisa. Nos habíamos prometido demasiado deprisa. Había aceptado aquella boda demasiado deprisa. Él se había dormido demasiado deprisa.

Y ahora...

Ahora estaba atrapada... aunque, por supuesto, yo me había atrapado a mí misma.

La luna de miel tampoco fue un gran éxito. El hotel que había propuesto la señora Grey en Princetown era un lugar anticuado, dirigido por personas mayores y lleno básicamente de personas mayores. Tenía una elegancia

desvencijada. El colchón de nuestra cama se hundía. Las sábanas olían a moho. El baño estaba fuera de la habitación. Había manchas de óxido en la bañera y el esmalte del lavamanos estaba desconchado. Como era temporada baja no había muchos locales abiertos en Princetown para cenar, y teníamos que contentarnos con las comidas del hotel, todas a base de hervidos. Llovió tres de los cinco días que estuvimos allí, pero pudimos dar algún paseo por la playa. Aparte de eso, nos sentábamos en el salón del hotel a leer. George intentó mostrarse animado. Yo intenté mostrarme animada. Incluso conseguí que me hiciera el amor sin pijama. Igualmente, se terminó en un minuto. Le pedí que no se apartara y se durmiera enseguida. Se disculpó. Profusamente. En lugar de eso, me abrazó muy fuerte. Enseguida se durmió y me quedé atrapada en sus brazos. No dormí bien aquella noche. Y no es que durmiera bien ninguna de las noches de Princetown, gracias al colchón hundido, la mala comida, la poca gracia del hotel y el hecho de que la cruda realidad del matrimonio con George empezaba a pesarme.

Las cinco noches llegaron a su fin. Subimos a un autobús que tardó cinco horas en recorrer todo Cape Cod hasta Boston. Allí, tomamos un tren en dirección sur. Llegamos a Old Greenwich poco antes de medianoche. A esa hora, no había taxis en la estación y tuvimos que arrastrar las maletas durante los diez minutos que había hasta la Avenida Park. Mientras nos acercábamos a la casa, solo podía pensar: «Aquí me moriré».

Sí, estaba siendo un poco melodramática. Pero la casa parecía tan gris, tan pequeña, tan triste... En la sala estaban amontonadas las cajas y las maletas de nuestros respectivos pisos de Nueva York. Las miré y pensé: «Podría llamar a un transportista mañana y hacer que se llevaran mis cosas mientras George está trabajando, y marcharme antes de que volviera por la noche».

Pero, ¿adonde iba a ir?

En nuestro dormitorio, las dos camas individuales estaban separadas por una mesita. La primera vez que había visto la casa con George, me había dicho que lo primero que teníamos que hacer era apartar la mesita y juntar las camas. Pero estábamos tan cansados después de nuestro viaje desde Princetown que cada uno se metió en su cama y nos dormimos enseguida. Cuando desperté por la mañana, había una nota para mí en la mesita.

Cariño:

He ido a la ciudad a ganarme el tocino. Como dormías tan a gusto, he decidido prepararme yo mismo el tocino. Volveré a las 6:12.

Besos...

«He ido a la ciudad a ganarme el tocino.» ¿Es que no tenía ningún sentido de la ironía?

Me pasé el día deshaciendo las maletas. Fui a dar un paseo por la Avenida Sound Beach, la antigua calle Mayor de Old Greenwich, donde hice algunas compras. En el 47, aquel rincón de Connecticut no se había convertido todavía en un atareado dormitorio de Manhattan, y Old Greenwich tenía todavía un ambiente pueblerino. Como corresponde a los pueblos, todos los tenderos se dieron cuenta enseguida de que era una nueva clienta e hicieron gala de su encanto comunal.

—Ah, usted es la chica que se ha casado con el chico de los Grey, y vive en la Avenida Park —dijo la mujer de Cuffs, la papelería del pueblo, y el único lugar donde vendían el *New York Times*.

—Sí, soy Sara Grey —dije, incómoda con mi apellido.

—Nos alegramos de que viva aquí. Espero que sea muy feliz.

—Parece un lugar muy agradable —dije, haciendo un esfuerzo por parecer sincera.

—Lo es. Y perfecto para tener hijos. —Me miró la cintura, que todavía no delataba ninguna prominencia. Intentó reprimir una sonrisa—. Si es que piensa tener hijos tan pronto después de la boda.

—Nunca se sabe —dije con calma.

En todas las tiendas de la Avenida Sound Beach, me recibieron con la misma pregunta: «¿Es nueva en el pueblo?». Cuando les explicaba quién era, sonreían maliciosamente, y añadían algún comentario agradable como: «Me han dicho que tuvo una boda muy bonita». O: «Caramba, ustedes sí que tuvieron un romance vertiginoso».

Al final de aquella primera expedición de compras, me sentía como si me pudiera colgar un rótulo del cuello que dijera: «Recién casada y embarazada». Lo peor de todo fue, sin embargo, la desesperación que sentía

al pensar que las ocho tiendas de la Avenida Sound Beach serían mi mundo.

George llegó a las seis y doce de Grand Central Station, con un ramo de flores. Después de besarme en los labios, se dio cuenta de que la mitad de las cajas y maletas de la sala habían desaparecido.

—¿Ya has deshecho las maletas? —preguntó.

—Sí, he guardado casi todas mis cosas.

—Bien hecho —dijo—. Mañana puedes guardar las mías. Oye, cariño, ¿podrías plancharme un poco los trajes?

—Sí, supongo que sí.

—Perfecto, perfecto. Oye, subo a cambiarme. ¿Qué te parece si nos tomamos un martini para celebrar nuestra primera noche en casa?

—¿Un martini? De acuerdo.

—No demasiado seco. Me encanta el vermut. Y cuatro aceitunas, si tenemos.

—No, no tenemos.

—Bueno, no pasa nada. Apúntalo para comprarlo mañana. Se me olvidaba, ¿qué hay para cenar?

—Pues, he comprado costillas de cordero y brécol...

—Cáspita, quería decírtelo, no soporto el brécol.

—Vaya, lo siento.

—¿Cómo ibas a saberlo? Carne y patatas, es lo mío. ¿Sabes preparar pan de carne picada?

—La verdad es que no.

—Es facilísimo. Le diré a Bea, la cocinera de mamá, que te llame mañana y te dé su receta. Y, cariño...

—¿Sí? —dije, con la voz bastante apagada.

—Si como después de las siete, no duermo bien. Si pudieras poner la cena en la mesa antes de las seis cuarenta y cinco, sería estupendo.

—Haré lo que pueda.

Se inclinó para besarme en la frente.

—No se puede pedir más.

Subió a cambiarse. Me metí en la cocina y asumí mi nuevo papel de ama de casa. Puse las costillas de cordero en el horno. Pelé las patatas y las metí

en una olla con agua hirviendo. Encontré un jarro, una botella de ginebra y una de vermut. Preparé un gran jarro de martinis. De repente, sentía la necesidad de tomar algo fuerte.

George alabó mis cócteles, recordándome amablemente que «comprara las aceitunas» al día siguiente. Le gustaron las costillas, pero insinuó que podían haber estado más hechas («Me gusta la carne casi quemada»). Pero mi puré de patatas no pasó el examen («Está un poco grumoso, ¿no te parece, cariño? Además, yo soy más de patatas asadas»). No había preparado nada de postre, lo cual le desilusionó... «Bueno, es la primera vez que cocinas para mí como marido y mujer, ¿cómo ibas a saber lo que me gusta y lo que no? Ya irás aprendiendo, ¿no?»

Sonreí. Tensa. Como la madre de George.

—¿Pudiste pasear un poco por Old Greenwich? —preguntó.

—Sí. Es muy... pintoresco.

—Pintoresco —dijo, saboreando la palabra—. Es la palabra exacta, sí señor. Te dije que te gustaría.

—Todos parecían saber quién era.

—Bueno, es un pueblo pequeño. Los rumores corren.

—Evidentemente, porque todos parecían saber también que estoy embarazada.

—Oh —dijo preocupado.

—Y yo me pregunto cómo es posible que esta noticia haya llegado a oídos del pueblo.

—No lo sé.

—Ah, ¿no?

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Me pregunto...

—Ya sé lo que puede haber pasado. La gente se ha enterado de que nos hemos casado con prisas y han sumado dos y dos.

—A menos que alguien haya sido descuidado con nuestro pequeño secreto, claro.

—¿Quién haría esto?

—Tu madre.

—No digas algo tan horrible.

—Es pura especulación...

—¿Por qué habría de ser tan vengativa?

—Es su estilo... por no decir su forma de ponerme en mi lugar. De hecho, si tuviera dinero, apostararía mil dólares a que ella dejó caer algo sobre mi embarazo, a sabiendas de que el rumor se difundiría como un cáncer...

—¿Por qué haces esto? —dijo, en un tono cortante.

—Como he dicho antes, es pura especulación...

—Pues deja de especular ahora mismo. No lo permitiré.

Lo miré fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Que no qué?

Respiró hondo e intentó ser más diplomático.

—Solo digo que mi madre tiene un lado difícil, pero no es rencorosa. Además, te quiere...

—Eso sí que tiene gracia.

—No sabía que me había casado con una cínica.

—Y yo no sabía que me había casado con el niño de mamá.

Se volvió, como si le hubiese abofeteado.

—Lo siento —dije.

—No te preocupes —dijo él.

Pero los dos sabíamos que era preocupante.

Cuando me desperté a las nueve del día siguiente, había una nota sobre la almohada.

¡Eh, dormilona!

¿Voy a tener que prepararme el tocino cada mañana?

Bea te llamará esta mañana para darte la receta del pan de carne. Me muero de ganas de probar el tuyo esta noche. Muchos besos.

Sí, tendrás que freírte el tocino cada mañana. Porque no hay nada que pueda hacerme levantar temprano solo para ser tu cocinera siempre a punto.

Bea llamó más tarde... cuando yo terminaba de guardar la ropa de George. Sonaba como una mujer de unos cincuenta años, con un fuerte acento sureño y la clase de modales deferentes que me recordaron a la Hattie McDaniel de

Lo que el viento se llevó. Me llamó «señita Grey». Se refirió a mi marido como «señó George». Me dijo que «cosinaba» para el señó George desde que este era un mocoso, y que era «el chiquiyo más goloso» que conocía. También me informó de que si le daba su ración de dulce, haría feliz al señó George. Le prometí intentarlo.

Luego me dio su receta de pan de carne. Era larga y complicada. Necesitaba varias latas de tomate concentrado Campbell's y al menos dos libras de carne picada. Nunca me había gustado la carne picada. Ahora me daba cuenta de que acabaría odiándola.

Después de apuntarme la receta, fui caminando al pueblo y dejé todos los trajes de George en la tintorería, porque no tenía ninguna intención de convertirme también en su mayordomo. Luego compré todos los ingredientes necesarios para la carne, sin olvidar un bote de aceitunas y un pastel de siete capas en la panadería. Al volver a casa, pasé por un garaje donde también vendían bicicletas. Había una bicicleta de mujer usada, pintada de negro y con el manillar alto. Llevaba un par de cestas de mimbre a cada lado de la rueda trasera. Perfecta para ir de compras. Estaba en buen estado, y aunque veinte dólares no era un precio barato para una bicicleta usada, seguía pareciéndome un precio razonable, sobre todo porque el propietario del garaje me aseguró que me la pondría a punto él mismo. Así que le di el dinero, cargué las compras en las cestas y pedaleé hasta Sound Beach Avenue.

En lugar de volver directamente a casa, me dirigí a la calle Mayor, pasé por delante del instituto, el pequeño hospital y varias casas imponentes, luego giré a la izquierda y pedaleé todo un kilómetro hasta que llegué a una verja que anunciaba la entrada a Todd's Pint Beach: Solo residentes.

Como estábamos a finales de abril y no había guardia en la puerta, seguí pedaleando, pasé junto a un aparcamiento y giré a la izquierda. Frené de golpe. De golpe también, esboqué mi primera sonrisa del día. Porque allí, frente a mí, había una larga franja de arena blanca, y las aguas intensamente azules de Long Island Sound.

Aparqué la bicicleta contra una verja de madera, me quité los zapatos y sentí crujir la arena bajo mis pies. Era un día agradable, el sol estaba en su

momento más alto, en un cielo nítido. Aspiré varias bocanadas de aire marino y luego pedaleé playa abajo. Tenía una longitud de kilómetro y medio más o menos. La recorrí lentamente, vaciando mi mente, disfrutando del primer momento de paz desde que supe que estaba embarazada. En el otro extremo de la playa, me senté en la arena y me pasé media hora simplemente mirando el oleaje del Sound, el flujo metronómico de la marea columpiándome en un temporal estado de placidez. Y pensé: «Esta playa será mi válvula de escape, mi escotilla de escape. Esta playa me ayudará a sobrevivir a George y su familia, a Old Greenwich y la carne picada».

Volví a casa y seguí la receta de Bea al pie de la letra: se toman dos libras de carne picada, se mezclan a mano con cebolla picada, sal, pimienta y copos de avena finamente triturados —sí, copos de avena—, y se añade un tercio de la lata de sopa de tomate concentrado Campbell's. Se forma una barra con la masa y se coloca en una fuente para el horno. Se utilizan los dos tercios restantes de la sopa de tomate para cubrir la masa por completo. Después se deja en el horno treinta y cinco minutos.

A sabiendas de que George llegaría a casa a las seis y doce, puse la carne en el horno a las seis y cinco... con tiempo de sobras para cumplir con la orden de mi marido «cena antes de las siete». Entró en casa a las seis y veinte. Llevaba flores. Me dio un beso en la mejilla.

—Algo huele bien —dijo—. Será que ha llamado Bea.

—Llamó —dije, pasándole un martini.

—¡Has comprado las aceitunas! —dijo, encantado de la vida, como si hubiera hecho algo tan extraordinario como dividir el átomo.

—Tus deseos son órdenes —dije sin acritud.

Me miró atentamente.

—Es una broma, ¿verdad?

—Sí, George, es una broma.

—Quería asegurarme. Eres una chica llena de sorpresas.

—Ah, ¿sí? —dije—. ¿Qué clase de sorpresas?

Tomó un sorbo de su martini y dijo:

—Como la bicicleta nueva del jardín.

—No es nueva, George. Es de segunda mano.

—Es nueva para mí, porque no la había visto nunca.

Sonrió. Ahora me tocaba a mí tomar un largo sorbo de martini.

—La he comprado hoy.

—Obviamente. ¿Era cara?

—Veinte dólares.

—No es barata.

—Es una buena bicicleta. Quieres que lleve un vehículo seguro, ¿no?

—Esa no es la cuestión.

—Y ¿cuál es la cuestión?

—El que la hayas comprado sin consultarme.

Lo miré totalmente estupefacta.

—¿Estás bromeando? —dije.

Su sonrisa estaba como fijada.

—Lo único que digo es que, si vas a salir y realizar una compra importante como una bicicleta, me gustaría enterarme...

—Fue una decisión del momento. Vi la bicicleta en el garaje de Flannery, el precio me pareció justo y la compré. De todos modos, necesito una bicicleta para ir al pueblo...

—Eso no te lo discuto.

—Pues ¿qué es lo que me discutes?

—Que te gastaras veinte dólares del dinero de la casa sin...

Lo interrumpí.

—¿Estás oyendo lo que dices?

—No hace falta ese tono, Sara.

—Sí que hace falta. Porque estás siendo ridículo. Escúchate. Eres tan generoso, tan benevolente, un marido tan amoroso...

Se desesperó.

—No sabía que tuvieras una faceta tan cruel —dijo.

—¡Una faceta cruel! Lo único que hago es responder a las tonterías que dices, como que necesito tu aprobación por escrito antes de conducirnos a la bancarrota gastando veinte dólares, como una extravagante, en una bicicleta.

Silencio. Finalmente dijo:

—No he hablado nunca de un permiso por escrito.

Entonces me tragué el resto de mi copa y subí como una tromba al dormitorio, di un portazo y me tiré boca abajo en la cama. Al cabo de un minuto oí un tímido golpe en la puerta.

—No estás llorando, ¿verdad? —preguntó ansiosamente.

—Por supuesto que no lloro. Estoy demasiado enfadada.

—¿Puedo pasar?

—También es tu habitación.

Se abrió la puerta. Se acercó tímidamente a mi cama. Llevaba mi copa de martini en la mano derecha. La había llenado de nuevo.

—Una oferta de paz —dijo, alargándomela.

Me senté y la cogí. Se agachó a mi lado y brindó con su copa.

—Todos dicen que los primeros diez años de matrimonio son los peores.

Intenté sonreír.

—Era una broma —dijo.

—Ya lo sé.

—No hemos tenido un gran comienzo, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo puedo mejorar las cosas?

—Empieza por dejar de tratarme como si fuera tu criada. Sí, estoy en casa, lo que supone que me encargaré de cosas como la compra y la gestión general de la casa. Pero el hecho de que ahora sea económicamente dependiente de ti no significa automáticamente que mi deber sea servirte.

—Nunca te trataría como a una criada.

—Te aseguro que lo haces. Y quiero que dejes de hacerlo.

—Bien —dijo, apartando la mirada como un niño que ha recibido un rapapolvo.

—Y con respecto al asunto del dinero... descubrirás que, cuando se trata de gastar, soy fiel a mis raíces de Nueva Inglaterra, y no me interesan las pieles, ni los diamantes, ni los camarotes de lujo en el *Queen Mary*, ni tener lo mismo que los vecinos. Y no creo que una bicicleta pueda calificarse de lujo o de frivolidad, sobre todo si la voy a usar para ir a la compra.

Me tomó la mano.

—Tienes razón. Metí la pata. Y lo siento.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Es solo que no estoy acostumbrado a vivir con una esposa.

—No soy una esposa. Soy Sara Smythe. Es diferente. Métetelo en la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo.

Los dos tomamos un sorbo de nuestro martini.

—Quiero que nos vaya bien, Sara.

Me toqué la cintura.

—Tiene que ir bien. Por razones obvias.

—Haremos que funcione. Te lo prometo.

Me besó suavemente en los labios y me acarició el pelo.

—Bien —dije, acariciándole la mejilla.

—Me alegro de que hayamos hablado.

—Yo también.

Me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza. Luego dijo:

—¿Estará ya a punto la carne?

Lo estaba. Bajamos y comimos. Aprobó mi pan de carne. Le gustó el pastel de siete capas y se rio cuando le conté los comentarios de Bea sobre su pasión por los dulces. Nos metimos en la cama. Hicimos el amor. Esta vez logró contenerse durante casi dos minutos. Se mostró auténticamente complacido con este logro. Luego me besó con pasión en los labios, se levantó y se dio un golpe con la mesita que separaba nuestras camas. Mientras se metía bajo las mantas, dijo:

—A ver si me acuerdo de sacar esta condenada mesita.

Aquella noche dormí bien. Pero a primera hora de la mañana, George me despertó. Cuando abrí los ojos, vi que estaba muy preocupado por algo.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté.

—Mis trajes...

—¿Qué?

—Mis trajes. ¿Dónde has puesto mis trajes?

—Los llevé a la tintorería.

—¿Que hiciste qué?

Me desperté del todo.

—Dijiste que necesitaban un planchado y los llevé a la tintorería...
—Te pedí que los plancharas tú.
—No sé planchar trajes.
—¿No sabes? ¿En serio?
—Lo siento, no me enseñaron cosas tan fundamentales en Bryn Mawr.
—Ya empiezas otra vez con tu desagradable ironía.
—Solo soy desagradable porque tú eres desconsiderado.
—¿Desconsiderado? ¿Y qué diantre voy a ponerme hoy para ir al trabajo?
—¿Qué te parece el mismo traje de ayer?
—Está arrugado.
—Pues plánchatelo.

Se fue al armario furioso y descolgó el traje de un tirón.

—Muy bien, lo haré —dijo—. Porque yo sí sé cómo planchar un traje.

—Bien, es bueno saber que la educación de Princeton te sirvió de algo.

Me dejé caer sobre la almohada y me tapé la cabeza con las mantas. Me quedé en aquella posición durante casi media hora, hasta que oí un portazo, cuando George se fue a trabajar. Mientras estaba así, mi estómago ejecutó algunos saltos mortales. Me sentía mal. Pero no era un mareo matinal lo que sufría. Era desesperación.

Naturalmente, George se moría de culpabilidad por aquella discusión matinal y a primera hora de la tarde me envió un gran ramo de flores, acompañado de una tarjeta:

Me siento tonto y planchado.

Y te quiero.

Al menos, era moderadamente ingenioso.

Cuando George llegó a casa por la tarde, se comportó como si hubiera sufrido una conversión paulina. Por supuesto, apareció con otra oferta de paz a base de flores, incrementada con una gran caja de bombones... que indicaban hasta qué punto se sentía culpable.

—¿Dos ramos en un día? —dije, señalando las doce rosas que habían llegado antes—. Esto empieza a parecer un funeral de la mafia.

Puso cara de susto.

—¿No te gustan las flores?

—Solo intentaba bromear.

—Claro, claro —dijo—. No estaba seguro.

—Gracias.

—No, gracias a ti.

—¿Por qué?

—Por aguantarme. Sé que no ha de ser fácil.

—Lo único que quiero es que haya una cierta igualdad entre los dos.

—La habrá. Te lo prometo.

—¿De verdad?

Me abrazó.

—Lo estoy haciendo todo mal. Pero cambiaré.

—Bien —dije, y le besé en la frente.

—Te quiero.

—Y yo a ti —asentí rápidamente, esperando parecer convincente.

Pero George tenía la cabeza en otra parte, porque preguntó:

—¿Huele a pan de carne?

Asentí con la cabeza.

—Eres estupenda.

Durante las siguientes semanas, George hizo un verdadero esfuerzo por establecer una *entente cordiale* entre nosotros. Eliminó todas las exigencias domésticas de su conversación. No le pidió a Bea que me llamara para darme más de sus recetas favoritas. Aceptó el hecho de que yo no fuera capaz de planchar un traje. Estuvo de acuerdo con mi sugerencia de gastar cinco dólares dos veces a la semana en una asistenta. Intentó ser atento, sobre todo cuando mi embarazo empezó a hacerse visible y yo empezaba a cansarme con facilidad. Intentó ser cariñoso y considerado.

En resumen, lo intentó. Y yo también. Intenté adaptarme a la vida doméstica; una vida alejada de los ritmos inquietos y la diversidad frenética de la gran ciudad. Intenté adaptarme a la tarea de llevar una casa; a ser aquella persona que en el fondo siempre había jurado no ser: un ama de casa en una urbanización.

Por encima de todo, intenté adaptarme al matrimonio, a aquella sensación de compartir el espacio, compartir las preocupaciones, compartir los objetivos y el destino. Pero, en el fondo de mi corazón, sabía que no había una auténtica sensación de compartir nada. De no haber sido por aquel accidente biológico, nuestro compromiso se habría ido a pique en pocos meses —sobre todo después de que tuviera el primer indicio de lo controladora que podía ser su madre. Pero allí estábamos, jugando a casitas, fingiendo que éramos unos recién casados felices, pero sabiendo para nuestros adentros que era todo una farsa. Porque no había nada sólido entre nosotros, ningún fundamento, camaradería o relación. Y mucho menos amor.

Presentía que George también lo sabía. Un mes después de nuestra boda, ya empezábamos a no saber qué decirnos. Sí, conversábamos, pero era todo forzado, trabajoso y lleno de largos silencios. No teníamos intereses en común. Sus amigos en Connecticut eran todos carne de club. Los hombres no hablaban más que de golf, el índice Dow Jones y el horror sin fin que representaba Harry S. Truman. Las mujeres se intercambiaban recetas y consejos sobre la maternidad, organizaban cafés matinales y me miraban con desconfianza. Y no es que yo alardeara de mi vida en Greenwich Village de ningún modo. Asistí a tres cafés matinales e intenté participar en la conversación sobre los peligros de las estrías y la imposibilidad de hacer un pastel de cabello de ángel realmente sabroso. Pero se notaba que percibían mi falta de interés. No era «una de ellas». Les parecía intelectual y reservada y nada entusiasmada con mi nueva posición de mantenida. Intenté «encajar» de veras, pero la ambivalencia se huele a la legua. Sobre todo cuando las que huelen son camarilla.

Eric insistió en venir a verme una vez a la semana. Tomaba un tren a última hora de la mañana en Grand Central y pasaba el día conmigo. Volvía a la ciudad en el tren de las 6:08... justo a tiempo de esquivar el encuentro con George. Yo preparaba el almuerzo y, si hacía buen tiempo, cogíamos una de las bicicletas del garaje de Flannery —el dueño, Joe Flannery, y yo nos habíamos hecho amigos—, nos íbamos a Todd's Point y pasábamos la tarde en la playa.

—¿Sabes qué te digo, S? —dijo Eric un fragante jueves por la tarde a

mediados de mayo, mientras estábamos echados sobre una manta, disfrutando del cálido sol—. Old Greenwich puede ser el lugar más soso de la tierra, pero te juro que podría acostumbrarme a esta playa.

—Esta playa es mi seguro de cordura —dije.

—¿Tan malo es?

—Bueno, no me pega con una tubería ni me encadena al radiador...

—Al menos, eso sería más animado...

Me reí con ganas.

—Tienes la mente retorcida, Eric.

—¿Acabas de enterarte?

—No, pero veo que cuando vivía en la Sodoma y Gomorra de Manhattan, tu ingenio no me parecía tan exagerado.

—Mientras que aquí, en la Central WASP...

—Oh, si vivieras aquí, serías el Anticristo. Creo que te quemarían vivo en la plaza del pueblo.

—¿Cómo lo aguantas?

—Vengo mucho por aquí.

—¿Echas de menos la ciudad?

—Solo cinco veces a la hora.

—Pues dile que quieres volver a vivir allí.

—También podría decirle que quiero irme a vivir a Moscú. Su madre no querría ni oír hablar de ello. Y si Julia Grey no quiere hablar de algo, la cuestión está saldada.

—Ya veo que es sutilmente entrometida.

—Sutilmente, no. Sin ningún tipo de manías. Las primeras dos semanas, más o menos, nos dejó en paz. Pero ahora que la luna de miel ha terminado, me llama al menos una vez al día.

—Qué suerte tienes.

—Nunca había dicho esto de nadie... pero a ella la odio.

—¿Tan mala es?

—Sí, es espantosa.

A tenor de todos los indicios, podría ser peor. Porque ahora que estaba legalmente atada a su hijo, la señora Grey se sentía con derecho a dirigir

todos los aspectos de mi vida. También dejó muy claro que su único interés en mí era por mi papel de criadora de la familia Grey.

La llamada diaria llegaba puntualmente a las nueve de la mañana.

—Hola, querida —decía rápidamente.

Luego, sin sus habituales cortesías, me comunicaba la agenda del día.

—Te he pedido hora con un obstétrico excelente en Greenwich.

—Estoy contenta con el médico que me lleva.

—¿Te refieres al doctor Reid?

—Sí, me refiero a Peter Reid. Su consulta está a cinco minutos de mi casa y, lo más importante, me siento muy cómoda con él.

—Estoy segura de que es muy simpático. Pero ¿sabes en qué universidad estudió? En la McGill de Montreal.

—La McGill es una universidad excelente. Y, que yo sepa, también nacen niños en Canadá. Así que estoy segura de que el doctor Reid...

Me interrumpió.

—Querida, la McGill puede ser una buena universidad, pero no es una universidad americana. Mientras que el especialista al que te mando yo, el doctor Eisenberg, fue a Harvard. Has oído hablar de Harvard, ¿verdad, querida?

No dije nada.

—Resulta que es el jefe de obstetricia del Doctors Hospital, con consultas tanto en Manhattan como en Greenwich. Y es judío.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Los judíos son los mejores médicos. Tiene que ver con su innato complejo de inferioridad social: los hace más concienzudos y rigurosos. Porque, es obvio, siempre sienten la necesidad de trabajar más y demostrar que son mejores. Especialmente en el caso del doctor Eisenberg, que está intentando conseguir su admisión en el Greenwich Country Club. ¿No tendrás ninguna objeción a que te trate un judío, verdad, querida?

—Por supuesto que no. A lo que me niego es a que me digan a qué médico tengo que ir.

—Pero querida, nosotros pagamos tu atención médica...

—La paga mi marido...

—No, querida. El sueldo de George en el banco puede alcanzar para pagar los honorarios del doctor Reid, pero sin duda no para pagar a un hombre eminente como Milton Eisenberg.

—Entonces no me visitaré con el doctor Eisenberg.

—Sí que lo harás, querida. Porque se trata de nuestro nieto. Y tenemos que procurarle lo mejor.

—Yo juzgaré qué médico es el mejor para...

—La cuestión está cerrada, querida. Tienes visita con el doctor Eisenberg a las diez y media, mañana por la mañana. Mandaré un taxi a recogerte a las diez.

Luego colgó sin despedirse. Cuando descargué mi rabia con George aquella noche, se encogió de hombros y dijo:

—Lo hace por tu bien.

—No es verdad.

—Quiere que te visite el mejor médico posible.

—Quiere manipularlo todo.

—Esto no es justo...

—¿Que no es justo? ¡Que no es justo! ¿Cómo te atreves a hablarme de lo que es justo?

—Tómalo a broma, por favor. Será más fácil para todos.

Así que me vi transferida al doctor Eisenberg, un hombre seco y malhumorado de sesenta y pico años, desprovisto de humanidad pero rebosante de petulancia. No era de extrañar que tuviera el visto bueno de la señora Grey.

Cada día recibía una llamada. Cada día había un asunto nuevo que la señora Grey necesitaba discutir conmigo. Casi siempre el objeto de la llamada no tenía ninguna importancia.

—Hola, querida. Quiero que vayas a Cuff's, en la Avenida Sound Beach, y le compres a tu marido la edición matinal del *Wall Street Journal*. Hay un artículo sobre un compañero suyo de Princeton, Prescott Lawrence, que está haciendo un trabajo estupendo en Wall Street.

—Me consta que George recibe el *Wall Street Journal* en el banco.

—Pero quizá hoy no lo reciba. Sé buena y pásate por Cuff's a recoger el

periódico.

—Vale, vale —dije, y pasé por completo de la orden.

Aquella tarde, llamaron a la puerta. Era un repartidor de periódicos, con un ejemplar del *Wall Street Journal* en la mano.

—El periódico que ha pedido —dijo.

—No lo he pedido.

—Pues alguien lo ha hecho.

Una hora después, llegó la llamada.

—Querida, ¿tienes el periódico?

Me mordí la lengua.

—Asegúrate de que George lea el artículo sobre Prescott Lawrence. Y por favor, en el futuro, no me compliques la vida por una petición tan sencilla.

Día sí, día también se producían las llamadas. Por fin, cuando ya estaba de cuatro meses, exploté. Era un caluroso día de julio, la temperatura sobrepasaba los treinta grados y la humedad también era muy elevada. La casa era un horno. Me sentía hinchada y pesada. Nuestro dormitorio era como una sauna. Llevaba días sin dormir bien.

Entonces llegó la llamada de la señora Grey.

—Buenos días, querida...

Antes de que tuviera tiempo de darme la primera orden del día, colgué. El teléfono volvió a sonar a los pocos segundos. Lo dejé sonar. Cinco minutos más tarde, volvió a sonar, pero no lo descolgué. De hecho, no contesté en casi todo el día, aunque no dejó de sonar cada veinte minutos más o menos.

Hasta las tres de la tarde, no dejó de martirizarme. Pero después sentí un alivio enorme. Había obtenido una pequeña victoria. Finalmente, lo había comprendido. A partir de entonces, dejaría de avasallarme.

A las seis y veinte de la tarde, el teléfono volvió a sonar. Pensando que sería George, que llamaba para decirme que vendría más tarde, respondí. Fue un error.

—Hola, querida.

Su voz era tan compuesta como siempre.

—¿Te importaría explicarme por qué me has colgado esta mañana?

—Porque no quería hablar con usted.

Hubo un silencio. Me di cuenta de que la había desorientado con aquella respuesta. Por último, dijo:

—Eso no es aceptable.

—Me da igual si es aceptable o no. No pienso aguantar su insoportable conducta hacia mí nunca más.

Se rio, de una forma seca y cortante.

—Vaya, vaya, veo que hoy estás envalentonada.

—No estoy envalentonada. Estoy harta.

—Bien, ay, me temo que tendrás que aguantar mi presunta tendencia a entrometerme. Porque te has casado con mi hijo y...

—Casarme con su hijo no le da derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—Al contrario, tengo mucho derecho. Vas a tener a nuestro nieto...

—Lo que sea será mi hijo.

—Intenta huir de este matrimonio y descubrirás muy pronto de quién es el hijo.

—No intento huir de este matrimonio.

—Sí que lo intentas. ¿Si no, por qué te visita tu hermano cada semana?

—Porque es mi hermano, por eso. Porque me siento sola.

—Eso es porque no le gustas a nadie, querida. No encajas... y seguro que te has quejado de ello a tu hermano en las largas tardes que pasáis juntos en Todd's Point...

—¿Cómo diantre sabe que mi hermano viene a visitarme?

—Es un pueblo pequeño. La gente habla. Especialmente conmigo. Y querida, no blasfemes conmigo. No pienso tolerarlo.

—Me importa un pito lo que tolere o no tolere...

—Oh, sí que te importa —dijo suavemente—. Porque has de saber una cosa: si quieres dejar este matrimonio, por mí estupendo, y también para el señor Grey. Pero nos dejarás el niño...

Tardé un momento en asumirlo.

—¿Qué ha dicho? —dije, en voz muy baja.

Su tono siguió siendo cordial, suave.

—He dicho que me alegraría de que abandonaras a tu marido después del nacimiento del niño... con la condición, por supuesto, de que tuviéramos

nosotros la custodia del niño.

—¿Nosotros?

—George, claro... Hablando legalmente.

Me temblaba el teléfono en la mano. Respiré hondo, intentando rehacerme.

—¿Está escuchando lo que dice? —le pregunté.

—¡Qué pregunta tan extraordinaria! —dijo, con una risa burlona—. Por supuesto que escucho lo que digo. La cuestión es: ¿lo has escuchado, tú, querida?

—Y si desaparezco...

—¿Adónde? ¿A una cabaña en el bosque? ¿A un piso de una habitación en la ciudad? Sabes que no repararíamos en gastos para encontrarte. Y acabaríamos por encontrarte. Cuando lo hiciéramos, el simple hecho de tu desaparición reforzaría nuestro caso contra ti. Claro que puedes esperar a tener el niño y presentar luego una demanda de divorcio contra George. Pero antes de elegir este camino, recuerda que el señor Grey es socio de uno de los gabinetes más reputados de Wall Street. Si es necesario, toda la artillería legal del gabinete se volvería contra ti. Créeme, un tribunal de divorcios te declararía una madre inepta antes de que tuvieras tiempo de respirar.

Empezó a temblarme la mano otra vez. Me sentía mal.

—¿Estás ahí, querida? —preguntó.

No podía hablar.

—¿Te he trastornado, querida?

Callé. Siguió hablando.

—Ay, Señor, me parece que sí. Yo solo quería plantearte las alternativas, en caso de que quisieras hacer alguna tontería. Pero no tienes intención de hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Callé.

—Quiero una respuesta.

Callé. No podía abrir la boca.

—Una respuesta. Ahora.

—No —susurré—. No haré ninguna tontería. —Y colgué.

Cuando llegó George más tarde, me encontró en la cama, envuelta en una manta. Me miró alarmado.

—¿Cariño? ¿Cariño?

Me sacudió el hombro. Lo miré inexpresivamente.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

No le contesté. Porque no me sentía capaz de contestarle. La capacidad de hablar me había abandonado. Estaba allí, pero no estaba.

—Cariño, por favor, dime qué ha pasado.

Seguí mirándole fijamente. Tenía la mente extrañamente en blanco. Un vacío.

—Oh, Dios mío... —dijo George y salió de la habitación.

Me desmayé. Cuando me desperté, había llegado la ayuda bajo la forma de mi suegra. Estaba de pie junto a la cama, con George a su lado. Cuando abrí los ojos, George se arrodilló a mi lado y me acarició la cabeza.

—¿Ya estás mejor, cariño? —preguntó.

Yo seguía incapaz de reaccionar. Él miró a su madre, con gesto de preocupación. Ella le indicó con la cabeza que saliera de la habitación, que se fuera. En cuanto estuvo fuera, se acercó y se sentó en la cama de George. Me miró durante largo rato. Su mirada era desapasionada.

—Supongo que esto es culpa mía —dijo, con voz tan calmada como siempre.

Bajé los ojos. No podía soportar verla.

—Sé que estás ahí, querida —dijo—. Como sé que esta clase de pequeñas dolencias son normalmente una señal de debilidad personal, y normalmente son autoinfligidas. Así que, entiéndelo: a mí no me engañas. Para nada.

Cerré los ojos.

—Adelante, finge que duermes —dijo—. Como finges esta crisis nerviosa. Si fuera algo relacionado con tu embarazo, entonces te tendría una cierta simpatía. La verdad es que yo no soportaba estar embarazada. Me asqueó cada minuto del embarazo. Supongo que a ti te pasa lo mismo. Sobre todo teniendo en cuenta cómo odias a la familia del hombre con quien te has casado.

Tenía razón acerca de mi desprecio por su familia. Sin embargo, se equivocaba acerca de mis sentimientos hacia mi embarazo. Me despreciaba por el lío en que me había metido yo sola. Lo absurdo de mi matrimonio, el

abhorrecible carácter de la señora Grey... Lo único, la única cosa que mantenía mi cordura era el niño que llevaba dentro. No sabía quién o qué sería aquel niño. Solo sabía que sentía un amor profundo, absoluto e incondicional hacia él o ella. No comprendía bien este amor. De habérmelo preguntado alguien, no creo que hubiera sabido explicarlo de una forma racional y directa. Porque no era nada racional ni directo. Era simplemente algo global. El niño era mi futuro, mi *raison d'être*.

Pero ahora, la señora Grey había mancillado este futuro con un oscuro fantasma.

«Si quieres dejar este matrimonio, a mí me parece bien, y al señor Grey también. Pero nos dejarás al niño...»

En mi cabeza empezó a desplegarse un nuevo escenario. El niño nace. Me lo dejan unos minutos. Llega una enfermera y me dice que se lo lleva a maternidad. En cuanto lo dejo, llega un alguacil con una orden judicial. La señora Grey ha cumplido su amenaza.

«Créeme, un tribunal de divorcios te declararía inepta como madre antes de que tuvieras tiempo de respirar.»

Me estremecí de arriba abajo. Fue como si hubiera tocado un hilo eléctrico. Me acurruqué.

—¿Tienes frío, querida? —dijo la señora Grey—. ¿O estás actuando para mí?

Volví a cerrar los ojos.

—De acuerdo, como tú quieras. Pronto llegará un médico. Pero estoy segura de que confirmará lo que ya sé: no te sucede nada físico. Pero si persistes en continuar con este estado de ausencia, sé de buenas clínicas mentales en Fairfield County, donde te cuidarán hasta que nazca el niño... e incluso quizá después, si tu estado mental no cambia. Me han dicho que encerrar a alguien no es tan difícil. Sobre todo, a alguien como tú, que muestra los habituales signos de trastorno mental.

Alguien llamó a la puerta.

—Ah, debe de ser el médico.

El médico era un hombre solemne y taciturno de unos cincuenta años. Se presentó como el doctor Rutan y explicó que aquella noche se encargaba de

las visitas a domicilio del doctor Eisenberg. Tenía toda la humanidad y encanto del doctor Eisenberg. Cuando no respondí a sus primeras preguntas, porque seguía incapaz de hablar, no expresó preocupación ni interés. Se puso a trabajar. Me tomó el pulso y la presión sanguínea. Me auscultó el corazón. Me colocó el estetoscopio en el abdomen hinchado. Escuchó. Me palpó y tocó con las manos. Me abrió la boca y, con un depresor lingual y una linterna, me miró la garganta. Luego, con una linterna más pequeña, me miró los ojos. Volviéndose hacia mi marido y mi suegra, dijo:

—Todo va bien. Está sufriendo una pequeña crisis nerviosa o lo que se podría describir como un gran disgusto. No es raro durante el embarazo. Si la mujer es de constitución frágil, la experiencia puede sobrepasarla y exagerarlo todo. Entonces, como los niños, se retiran a su interior. Y se deprimen.

—¿Cuánto puede durar? —preguntó George.

—No lo sé. Aliméntela y que esté tranquila. Puede reaccionar en un par de días.

—¿Y si no lo hace? —preguntó la señora Grey.

—Entonces —dijo el médico—, consideraremos otras opciones médicas.

Volví a cerrar los ojos. Solo que esta vez tuvo el efecto deseado. Perdí el conocimiento.

Cuando volví a abrir los ojos, supe enseguida que algo andaba mal. Era plena noche. Oía los suaves ronquidos de George en la cama contigua. La habitación estaba a oscuras. Hacía mucho calor. Tanto calor que estaba empapada. Empapada de arriba abajo. También sentía una necesidad urgente de ir al lavabo. Pero cuando intenté sentarme, me sentí mareada, con vértigo, aturrida. Finalmente, logré poner los pies en el suelo. Me costó ponerme de pie. Intenté dar un paso y tuve que apoyarme. Mi pequeño episodio de la tarde anterior, mi estado de ausencia, como había dicho la señora Grey, debió de ser más grave de lo que creía. Porque me sentía muy débil.

Me arrastré fuera de la habitación, buscando el camino del baño con las manos extendidas delante de mí. Llegué, abrí la puerta y apreté el interruptor. La habitación se llenó de luz.

Y grité.

Porque allí —en el espejo del baño— había un reflejo de mí misma. Mi cara estaba blanca como la tiza. Tenía los ojos amarillos. Y la parte interior de mi camisón estaba roja. De un rojo oscuro. Empapada de sangre.

Luego sentí que volvía a perder la conciencia. Solo que esta vez la caída fue acompañada de un fuerte golpe. Y todo se oscureció.

Cuando recuperé la conciencia, estaba en una habitación blanca. Con una luz fuerte y muy blanca. Y un hombre mayor con una chaqueta blanca y rígida me iluminaba los ojos con una pequeña linterna. Tenía el brazo izquierdo atado a la cama. Un tubo me salía del brazo y había una botella de suero colgando junto a la cama.

—Bienvenida —dijo él.

—Ah... bueno —dije, incoherentemente.

—¿Sabe dónde está?

—¿Cómo...? ¿Qué?

El hombre habló más fuerte, como si yo estuviera sorda.

—¿Sabe dónde está?

—Oh... pues... no.

—Está en el hospital de Greenwich.

Tardé un momento en comprender.

—De acuerdo.

—¿Sabe quién soy? —preguntó el hombre.

—¿Le conozco?

—Ya nos habíamos visto. Soy el doctor Eisenberg, su ginecólogo. ¿Sabe por qué está aquí, Sara?

—¿Dónde estoy?

—Como le he dicho antes, está en el hospital de Greenwich. Su marido la encontró en el suelo del baño, cubierta de sangre.

—Recuerdo...

—Ha tenido mucha suerte. Se quedó inconsciente. De haber caído hacia el otro lado, podría haberse partido la nuca. Pero solo se ha hecho algunos rasguños.

Empezaba a recuperar la claridad mental. Y de repente sentí miedo.

—¿Estoy bien? —pregunté en voz baja.

El me miró atentamente.

—Ya le he dicho que solo ha sufrido algunos rasguños. Y ha perdido mucha sangre...

Ahora tenía miedo. Y estaba muy despierta.

—Doctor, ¿estoy bien?

Eisenberg me sostuvo la mirada.

—Ha perdido al niño.

Cerré los ojos. Sentía que me caía otra vez.

—Lo siento —dijo.

Me puse la mano delante de la boca. Me la mordí con fuerza. No quería llorar delante de aquel hombre.

—Volveré más tarde —dijo, y se dirigió a la puerta.

—¿Era un niño o una niña?

Se volvió.

—El feto estaba solo parcialmente formado.

—Contésteme: ¿era un niño o una niña?

—Un niño.

Parpadeé. Volví a morderme el puño.

—Tengo otra mala noticia —dijo—. Como el feto estaba solo parcialmente formado, tuvimos que operarla para sacarlo de la matriz. Durante la operación, descubrimos que parte de la pared de su matriz estaba dañada a causa del anormal embarazo. Tanto, que de hecho es poco probable que pueda volver a concebir, y mucho menos soportar un embarazo hasta el final. Comprenda que este no es un diagnóstico final. Pero por mi experiencia clínica, las probabilidades de que pueda volver a tener hijos son escasas.

Hubo un largo silencio. Se miró los zapatos.

—¿Tiene alguna otra pregunta? —preguntó finalmente.

Me puse las palmas de las manos frente a los ojos, y apreté con fuerza, para borrar el mundo de mi vista. Después de un momento, Eisenberg dijo:

—Seguro que querrá estar sola un rato.

Oí que se cerraba la puerta. Seguí apretándome las palmas de las manos contra los ojos. Porque no me veía capaz de abrirlos. En aquel momento no podía enfrentarme a nada. Era una caída libre.

Volvió a abrirse la puerta. Oí que George pronunciaba mi nombre dulcemente. Aparté las manos. Lo miré. Estaba muy pálido y parecía que no hubiera dormido en varios días. A su lado estaba su madre. De repente me escuché decir:

—No la quiero aquí.

La señora Grey palideció.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó.

—Mamá... —dijo George, poniéndole una mano en el brazo, una mano que ella apartó rápidamente.

—Salga de aquí inmediatamente —grité.

Se acercó con calma a mi cama.

—Perdonaré este comentario teniendo en cuenta que acabas de sufrir una experiencia traumática.

—No quiero su perdón. Salga de aquí.

La cara se le contrajo en una de sus tensas sonrisas. Se inclinó para acercarse más a mí.

—Voy a preguntarte algo, Sara. ¿Después de autoinfligirte esta tragedia, vas a utilizar la falta de respeto como forma de disimular el hecho de que te has convertido en mercancía deteriorada?

Entonces le pegué. Utilizando mi mano libre, le pegué en la cara. La pillé desprevenida y la hice caer al suelo. Gritó. George se acercó enseguida, gritando algo incoherente. Ayudó a su madre a levantarse, susurrando «Lo siento, lo siento...» en su oído. Ella se volvió y me miró, desorientada, estupefacta, desprovista de su malicia triunfal. George le pasó un brazo por la cintura y la acompañó fuera. Pocos minutos después, volvió, tan hundido como si hubiera acabado de sufrir un accidente de coche.

—La he dejado con una de las enfermeras —dijo—. He dicho que había tropezado y caído.

Me aparté de él.

—Lo siento tanto —dijo, acercándose—. No sé cómo decirte cuánto lo siento...

Lo interrumpí.

—No tenemos nada más que decirnos.

Intentó tocarme. Pero levanté un brazo para detenerlo.

—Cariño... —dijo.

—Por favor, vete, George.

—Le pegaste con razón. Se lo merecía...

—George, ahora no quiero hablar.

—De acuerdo, de acuerdo. Volveré más tarde. Pero, cariño, de verdad: todo se arreglará. No me importa lo que diga el doctor Eisenberg. Es solo una opinión. En el peor de los casos, podemos adoptar. Pero, en serio...

—George, ahí está la puerta. Por favor, utilízala.

Suspiró profundamente. Parecía hundido. Y asustado.

—De acuerdo, volveré mañana a primera hora.

—No, George. No quiero verte mañana.

—Pues volveré pasado mañana...

—No quiero volver a verte.

—No digas eso.

—Lo digo.

—Haré lo que sea...

—¿Lo que sea?

—Sí, cariño. Lo que sea.

—Pues quiero que hagas dos cosas. La primera es que llames a mi hermano y le cuentes lo que ha pasado. Cuéntaselo todo.

—Claro, claro. Le llamaré en cuanto llegue a casa. ¿Y la segunda petición?

—Aléjate de mí.

Tardó un momento en comprender.

—No lo dices en serio —dijo.

—Sí, lo digo en serio.

Silencio. Finalmente le miré. Lloraba.

—Lo siento —dije.

Se secó los ojos con las manos.

—Haré lo que me pides —dijo.

—Gracias.

Se quedó paralizado, incapaz de moverse.

—Adiós, George —susurré, y volví la cara.

Después de que se marchara, vino una enfermera con un pequeño recipiente de cerámica que contenía una jeringa y un vial. Colocó el recipiente en la mesita, insertó la aguja en el tapón de goma del vial, lo invirtió y llenó parte de la jeringa con un líquido viscoso.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algo que la ayudará a dormir.

—No quiero dormir.

—Órdenes del médico.

Antes de que pudiera seguir protestando, sentí un pinchazo en el brazo. Me dormí a los pocos segundos. Cuando me desperté, era de día. Eric estaba sentado a los pies de mi cama. Me dirigió una sonrisa triste.

—Hola —dijo.

Busqué su mano. Se acercó más a mí y unió sus dedos con los míos.

—¿Te llamó George? —pregunté.

—Sí. Me llamó.

—¿Y te contó...?

—Sí. Me lo contó.

De repente, me eché a llorar. Eric me abrazó inmediatamente. Escondí la cabeza en su hombro. Mis sollozos se hicieron más fuertes. Me abrazó con fuerza mientras lloraba. Estaba inconsolable. Nunca había sentido una pena tan grande y desatada. Y no podía parar.

No sé cuánto tiempo estuve llorando. Eric no dijo nada. No intentó consolarme con palabras. Porque las palabras no significaban nada en aquel momento. Nunca podría tener hijos. Aquella era la horrible verdad. Nada de lo que pudieran decirme lo cambiaría. La tragedia convierte el lenguaje en algo estéril.

Finalmente, me fui calmando. Me aparté de Eric y me recosté otra vez en los almohadones. Eric me acarició la cara. No dijimos nada durante un largo rato. Todavía estaba en estado de shock. Finalmente, él rompió el silencio.

—Bueno... —dijo.

—Bueno... —dije.

—El sofá de mi casa no es la cama más cómoda del mundo, pero...

—Será perfecta.

—Decidido, pues. Mientras esperaba que te despertaras, he hablado con una de las enfermeras. Dice que podrías irte dentro de tres días. Así que, si te parece, llamaré a George para quedar con él e iré a tu casa de Old Greenwich a recoger tus cosas.

—Nunca fue mi casa.

—George estaba muy afectado. Me suplicó que te pidiera que lo reconsideraras.

—No hay ninguna posibilidad.

—Es lo que le insinué.

—Debería casarse con su madre y acabar de una vez.

—¿Cómo no se me ocurrió decirle eso?

Me hizo sonreír.

—Me encantará que vuelvas, S. Te he echado de menos.

—Lo he jodido todo, Eric. Lo he jodido todo.

—No pienses eso —dijo él—. Porque no es verdad. Pero sigue utilizando este lenguaje. Deslustra tu imagen refinada. Y me gusta.

—Me metí yo sola en este absoluto desastre.

—Esta es tu interpretación, y de una clase que te causará mucho dolor innecesario.

—Me merezco este dolor...

—¡Alto ahí! Tú no te mereces nada de esto. Pero ha sucedido. Y con el tiempo encontrarás la forma de superarlo.

—Nunca lo superaré.

—Lo harás. Porque tienes que hacerlo. No tienes elección.

—Supongo que podría saltar por la ventana.

—Piensa en todas las malas películas que te perderías.

Esta vez casi me hizo reír.

—Yo también te he echado de menos, Eric. Más de lo que puedo expresar.

—Espera a que hayamos compartido piso dos semanas, y verás cómo no volvemos a hablarnos.

—Un asteroide caerá sobre Manhattan antes de que eso suceda. Se necesitan dos para pelearse.

—Una expresión simpática.

—Sí. Los irlandeses tienen dichos muy acertados.

Puso cara de desesperación.

—Sí, como «vivir para ver».

—Pues es verdad.

Miré por la ventana. Era un día espléndido de verano, con un cielo azul resplandeciente y un sol abrasador. Ni un solo indicio de un futuro inclemente. Era un día en que todo debería parecer posible e ilimitado. — Dime una cosa, Eric.

—¿Qué?

—¿Siempre es tan difícil?

—¿Qué es siempre tan difícil?

—Todo.

Se rio.

—Pues claro. ¿Todavía no te habías enterado?

—A veces me pregunto: ¿voy a enterarme algún día de algo?

Volvió a reírse.

—Ya sabes la respuesta, ¿verdad?

Seguí mirando hacia el mundo exterior. Y dije:

—Sí, la verdad es que sí.

TERCERA PARTE

Sara

I

En lo primero que me fijé de Dudley Thomson fue en sus dedos. Eran cortos, rechonchos y carnosos, como una ristra de salchichas polacas. Tenía una cara enorme y ovalada. Su barbilla aparecía incrementada por varias capas de grasa. Apenas tenía cabello y llevaba unas gafas redondas de concha y un traje muy caro de tres piezas de color gris oscuro con estrechas líneas blancas. Se adivinaba que estaba hecho a medida, porque se ajustaba perfectamente a su corpulencia. Su oficina estaba revestida de madera, tenía gruesas cortinas de terciopelo verde, cómodas butacas de piel y un gran escritorio de caoba. Me pareció una imitación a pequeña escala de un club de caballeros de Londres. De hecho, todo en Dudley Thomson desprendía anglofilia. Semejaba una versión corpulenta de T. S. Eliot. Pero no era un poeta como Eliot y se vestía al estilo de un banquero inglés. Era un abogado de divorcios, socio de Potholm, Grey y Connell, el importante gabinete de Wall Street del que también era socio el señor Edwin Grey.

Dudley Thomson me había convocado a una reunión en su despacho. Habían pasado tres semanas desde que me habían dado el alta en el hospital de Greenwich. Estaba viviendo con mi hermano en su piso de la calle Sullivan, y dormía cada noche en su desvencijado sofá. Como me había advertido una de las enfermeras del hospital, probablemente pasaría por un periodo de depresión y aflicción. Tenía razón. Me había pasado casi las tres semanas enteras dentro del piso de Eric, y apenas salía para comprar comida o para ir al cine alguna tarde en el Academy of Music de la Calle 14. No

quería ver a nadie, y mucho menos a amigos casados con hijos. La visión de un cochecito de bebé en la calle me aterrizzaba. Igual que pasar por una tienda que vendiera vestidos premamá o cositas de bebé. Curiosamente, no había vuelto a llorar después de mi estallido en el hospital de Greenwich. Me sentía constantemente atontada, y no tenía ganas de hacer nada más que estar encerrada entre las cuatro paredes del piso de Eric. Y esto, gracias al apoyo tolerante de mi hermano, es exactamente lo que había hecho, pasar los días leyendo novelas de intriga y escuchando la extensa colección de discos de Eric. Casi no puse la radio. No compré ningún periódico. No contesté al teléfono —tampoco es que sonara mucho. Eric, el hombre más paciente del planeta, no demostró su preocupación por mi necesidad de aislamiento. Aunque me hacía sutiles preguntas sobre mi bienestar, nunca me propuso que saliéramos. Tampoco hizo comentarios sobre mi lúgubre humor. Sabía lo que estaba pasando. Sabía que tenía que seguir su curso.

Al cabo de tres semanas de este periodo de autoencarcelamiento, recibí una carta de Dudley Thomson. Me explicaba que representaba a la familia Grey en el acuerdo de divorcio y me pedía que concertara una cita con él lo más pronto posible. Decía que podía ir a la reunión con un representante legal, pero sugería que no hacía falta gastar dinero en abogados de cara a esta charla preliminar, porque los Grey querían arreglar el asunto lo más rápidamente posible.

—Contrata a un abogado —dijo Eric cuando le mostré la carta—. Quieren librarse de ti de la manera más barata posible.

—Pero es que yo no quiero nada de ellos.

—Tienes derecho a una pensión... o al menos a una cantidad razonable. Es lo menos que te deben esos malnacidos.

—Prefiero dejarlo...

—Te explotaron...

—No, no lo hicieron.

—Te utilizaron como a una gallina ponedora y...

—Eric, deja de convertir esto en una obra de lucha de clases. Sobre todo teniendo en cuenta que los Grey y nosotros somos de la misma asquerosa clase.

—Igualmente deberías conseguir todo el dinero posible.

—No, porque no sería ético. Y no es mi estilo. Sé lo que quiero de los Grey. Si me lo dan, podemos dar por terminado este asunto sin más sufrimiento. Créeme, lo que no quiero para nada es más sufrimiento.

—Al menos búscate un buen abogado de divorcios que te defienda...

—No necesito a nadie. Es mi nuevo principio, Eric. A partir de ahora, no pienso depender de nadie.

Así que concerté una cita para ver al señor Thomson, y entré en su oficina sin representación legal. Esto le sorprendió bastante.

—Esperaba que viniera con un representante legal —dijo.

—¿En serio? —dije—. ¿Después de asegurarme que no necesitaba un abogado para esta reunión?

Sonrió brevemente, mostrando unos dientes en mal estado (una señal segura de su profunda anglofilia).

—Nunca espero que la gente haga caso de mis consejos —dijo.

—Bueno, pues yo lo he hecho. Terminemos con esto. Dígame qué propone.

Tosió ligeramente y removió algunos papeles para disimular su sorpresa ante mi franqueza.

—Los Grey quieren ser lo más generosos posible...

—Querrá decir que George Grey quiere ser lo más generoso posible. Estaba, todavía lo estoy, casada con él, no con su familia.

—Sí, sí, claro —dijo, un poco avergonzado—. George Grey quiere ofrecerle un acuerdo razonable.

—¿Cuál es la idea de George, y de usted, de un «acuerdo razonable»?

—Pensábamos en una cifra en torno a los doscientos dólares al mes... pagaderos hasta que usted vuelva a casarse.

—Nunca volveré a casarme.

Intentó sonreír con benevolencia. Pero fracasó.

—Comprendo que esté angustiada, señora Grey, dadas las circunstancias. Pero estoy seguro de que una mujer inteligente y atractiva como usted no tendrá ningún problema para encontrar marido...

—Excepto que no estoy en el mercado de las esposas. Y aunque lo

estuviera, ahora, desde el punto de vista médico, soy «mercancía dañada», utilizando las amables palabras de mi suegra.

Se mostró sinceramente avergonzado.

—Sí, me he enterado de sus... problemas médicos. No sabe cuánto lo lamento.

—Gracias. Pero a lo que íbamos. Me temo que doscientos dólares al mes es inaceptable. Mi sueldo en *Saturday Night/Sunday Morning* era de trescientos dólares al mes. Creo que es lo que me merezco.

—Creo que podemos llegar a los trescientos dólares.

—Bien. Ahora quiero hacerle una propuesta. Cuando le dije que no pensaba volver a casarme, estoy segura de que se dio cuenta de que George tendrá que pagarme una pensión el resto de su vida.

—Sí, se me ocurrió.

—Me gustaría simplificar el asunto. Estoy dispuesta a aceptar un solo pago por parte de George. En cuanto se realice, no le volvería a pedir ningún tipo de pensión.

Apretó los labios.

—¿Y en qué cantidad estaba pensando?

—Estuve casada con George casi cinco meses. Estuve con él los dos meses anteriores a la boda. Digamos que un total de siete meses. Me gustaría un año de pensión por cada uno de esos meses. Esto hace...

Dudley ya estaba escribiendo las cifras en un papel.

—Veinticinco mil doscientos dólares —dijo.

—Exactamente.

—Es mucho dinero.

—No tanto si se piensa que, con un poco de suerte, viviré otros cuarenta y cinco o cincuenta años.

—En eso tiene razón. ¿Esta cantidad es negociable?

—No, es mi última oferta. O George acepta pagármela de golpe, o tendrá que mantenerme hasta que me muera. ¿Queda claro, señor Thomson?

—Absolutamente. Por supuesto, tendré que hablarlo con los Grey... perdone, con George.

—Bien, ya sabe dónde puede localizarme —dijo, poniéndome de pie.

Me alargó la mano. La estreché. Era suave y blanda.

—¿Puedo preguntarle algo, señora Grey?

—Por supuesto.

—Puede parecerle raro, teniendo en cuenta que represento a su marido, pero siento curiosidad por saber algo: ¿por qué no quiere una pensión para siempre?

—Porque no quiero tener nada que ver con los Grey nunca más. Y puede transmitirles este sentimiento a sus clientes, si lo desea.

Me soltó la mano.

—Creo que ya lo saben. Adiós, señora Grey.

Al salir de las oficinas de Potholm, Grey y Connell, vi al señor Edwin Grey caminando hacia mí por el pasillo. Inmediatamente, bajó los ojos para evitar los míos. Pasó por mi lado sin decir ni una palabra.

En cuanto salí del edificio, paré un taxi y me fui directamente a la calle Sullivan. La reunión me había dejado agotada. No estaba acostumbrada a representar el papel de dura negociadora. Pero estaba contenta por la forma en que había llevado las cosas. Y me había sorprendido a mí misma con la declaración de que no volvería a casarme nunca. Lo había dicho sin pensar, sin premeditación. No había pensado en ello antes de hacer aquella afirmación, pero evidentemente reflejaba lo que pensaba entonces. Si pensaría lo mismo acerca del matrimonio al cabo de siete años, era harina de otro costal. Lo que sabía entonces era esto: no funcionaba cuando el corazón mandaba sobre la cabeza. No funcionaba cuando la cabeza mandaba sobre el corazón. Lo que significaba que...

¿Qué?

Quizá no salía bien nunca. Solo se salía del paso.

Y esta puede ser la razón de que el amor siempre decepcione. Nos enamoramos pensando que el amor nos convertirá en personas enteras, que apuntalará nuestros cimientos, acabará con nuestra sensación de estar incompletos, nos dará la estabilidad que deseamos. Pero descubrimos que, por el contrario, es una experiencia terriblemente arriesgada. Porque está cargada de ambivalencia. Buscamos certezas en otra persona y descubrimos dudas, tanto en el objeto de nuestro amor como en nosotros mismos.

Tal vez el truco consista en reconocer la ambivalencia fundamental que acecha tras cualquier clase de empeño humano. Porque en cuanto se reconoce, en cuanto se aprecia el carácter defectuoso de todas las cosas, se puede seguir adelante sin decepciones.

Hasta que te enamoras de nuevo, por supuesto.

Dos días después de mi visita a Dudley Thomson, me llegó una carta suya. En ella, me informaba de que George Grey había aceptado mi propuesta de un único pago de 25.200 dólares con la condición de que «abnegara» —según él— de reclamar cualquier clase de pensión u otra forma de manutención. También proponía pagar la mitad de esta cantidad en el momento de firmar el acuerdo vinculante legalmente —que él redactaría en cuanto le informara de que, en principio, yo aceptaba estas condiciones—, y la otra mitad cuando obtuviéramos el divorcio oficial dentro de veinticuatro meses (en aquel entonces el estado de Nueva York era muy reticente a conceder divorcios sin más ni más).

Cogí el teléfono e informé al señor Thomson de que aceptaba estas condiciones. Una semana después de esta llamada, llegó un acuerdo legal por correo. Era largo y muy complicado para alguien como yo que no había estudiado derecho. Eric también lo leyó y decidió que era laberíntico. De modo que me buscó un abogado en el barrio que se llamaba Joel Eberts. Era un hombre corpulento, que rayaba en los sesenta años, y tenía el físico de un estibador. Su despacho estaba en la esquina de las calles Thompson y Prince. Era una sola habitación, con el linóleo despegado y luces fluorescentes. Daba la mano de un modo brutal. Pero me gustó su estilo directo.

Después de echarle un vistazo al contrato, silbó y dijo:

—¿De verdad estuvo casada con el hijo de Edwin Grey?

—Eso me temo. ¿Conoce a los Grey?

—Creo que soy demasiado semítico para su gusto. Pero en mis tiempos mozos, ejercía como abogado laboral, y durante una época representé a los trabajadores portuarios de la base naval de Brooklyn. ¿Ha estado alguna vez en la base naval?

—Sí —dije débilmente—. Una vez.

—Bueno, el gabinete del viejo Grey hizo mucho dinero representando a los

contratistas privados de la base naval. El propio Grey tenía fama de disfrutar apretando las clavijas a los trabajadores, sobre todo cuando negociaba contratos. Y el caso era que siempre se salía con la suya. Yo odiaba a aquel cabrón, y perdone mi lenguaje, o sea que me encantará revisarle esto. Seis dólares a la hora es mi tarifa. ¿Le parece bien?

—Muy razonable. Demasiado razonable, de hecho. ¿No debería pagarle más?

—Esto es el Village, no Wall Street. Seis dólares a la hora es mi tarifa y no pienso subírsela solo porque tratemos con Potholm, Grey y Connell. Pero permítame que le haga una pregunta: ¿por qué quiere solo un pago de estos cabrones?

—Tengo mis motivos.

—Si voy a representarla, debería contármelos.

Vacilé, pero luego le informé de mi desgraciado matrimonio, la pesadilla de mi suegra y el aborto, con sus consecuencias permanentes. Cuando terminé, se inclinó para apretarme la mano.

—Veo que lo ha pasado mal, señorita Smythe. Lo siento de verdad.

—Gracias.

—Escuche, le arreglaré esto en un par de días. No creo que tenga que dedicarle más de diez o doce horas.

—Me parece muy bien —dije.

Una semana después, el señor Eberts me llamó al piso de Eric.

—Perdone que haya tardado tanto en ponerme en contacto con usted, pero he tardado más en negociarlo de lo que esperaba.

—Yo creía que estaba todo claro.

—Señorita Smythe... cuando se trata de leyes, no hay nada claro. Mire, este es el trato. Primero, la mala noticia: he dedicado veinte horas a este acuerdo, por lo que le costará ciento veinte dólares... Es el doble del precio que le dije, pero estas cosas pasan. Sobre todo teniendo en cuenta que la buena noticia es muy buena. Le van a hacer un pago de treinta y cinco de los grandes.

—¿Treinta y cinco mil dólares? Pero el señor Thomson y yo habíamos acordado veinticinco mil.

—Sí, pero yo siempre consigo un poco más para mis clientes de lo que han negociado. Mire, hablé con un doctor amigo mío, que me dijo que podría denunciar a ese medicucho que su suegra le impuso. ¿Cómo se llamaba?

—Doctor Eisenberg.

—Sí, ese es el curandero. Según mi amigo médico, Eisenberg se comportó con negligencia al no detectar que su embarazo era de alto riesgo, y en consecuencia podría considerarse responsable de los daños permanentes que usted ha sufrido. Evidentemente, el idiota de Dudley Thomson, de Potholm, Grey y Connell, intentó esquivar la posibilidad de una negligencia médica, hasta que le dije que, si los Grey querían un caso de divorcio público muy desagradable, estábamos preparados para ello.

—Pero yo no hubiera seguido adelante con esto.

—Era perfectamente consciente de ello. Pero un farol no cuesta nada. También le dije que queríamos un pago de cincuenta mil dólares...

—¡Dios del cielo!

—Sabía que no lo aceptarían. Pero les metí miedo, porque al día siguiente se presentaron con una contraoferta de treinta y cinco. Thomson dice que es su última oferta, pero estoy seguro de que podría sacarles cuarenta...

—Treinta y cinco me parece perfecto —dije—. La verdad es que ni siquiera creo que debiera aceptar esta nueva cantidad.

—¿Por qué diantre no habría de aceptarla? Los Grey tienen mucho dinero. Médicamente hablando, tienen parte de culpa en lo que le sucedió. Para ser exactos, este es un buen trato para ellos. En cuanto le paguen, no tendrán ninguna responsabilidad hacia usted... que es como usted lo quería, ¿verdad?

—Sí, pero... pero ya había aceptado veinticinco.

—Hasta que contrató a un abogado. Confíe en mí: se lo deben.

—No sé qué decir.

—No diga nada. Coja el dinero... y no se sienta para nada culpable.

—Al menos déjeme pagarle un poco más de ciento veinte dólares.

—¿Por qué? Es mi tarifa.

—Gracias.

—No, gracias a usted. Me he divertido ganando por una vez frente al maldito Edwin Grey. Mañana tendré a punto el acuerdo. La llamaré cuando

tenga que firmarlo. Y otra pequeña buena noticia: le pagarán los treinta y cinco inmediatamente, con la condición de que no presente recurso contra el divorcio.

—¿Para qué iba a hacer tamaña tontería?

—Eso mismo les dije yo. Pues ya está. ¿Contenta?

—Abrumada.

—No lo esté. Pero si me permite un pequeño consejo, señorita Smythe.

—Por favor.

—Como decíamos en Brooklyn, no malgaste el dinero.

Seguí su consejo. Cuando recibí el pago, un mes más tarde, lo ingresé en el banco y salí de compras. A buscar piso. Solo tardé una semana en encontrar lo que buscaba: un piso soleado de un dormitorio en la primera planta de un edificio de piedra de finales de siglo, en la Calle 77 Oeste con Riverside Drive. El piso era espacioso, con tres habitaciones luminosas, techos altos y suelo de parqué. Junto a la sala había una pequeña alcoba que podía convertirse fácilmente en un estudio. Pero lo que me hizo decidir, lo que me hizo querer aquel piso, fue que tenía un pequeño jardín privado. Solo era una parcelita de diez por diez llena de grava y hierbajos, pero me di cuenta de que podía quedar estupendo. Lo maravilloso era que tendría mi propio jardín en pleno centro de Manhattan, un retazo de verde en medio del asfalto y el cemento. También es cierto que las paredes del piso estaban empapeladas con un grueso papel marrón con motivos florales. Y que la cocina estaba un poco anticuada, con una nevera antigua que necesitaba entregas diarias de hielo. Pero la agente de la inmobiliaria me dijo que estaba dispuesta a rebajarme trescientos dólares de los ocho mil que costaba para compensar las reformas que necesitaba hacer. Le pedí que me rebajara doscientos más y nos pusimos de acuerdo. Aceptó. Como era un edificio antiguo, no tenía que pasar el veto de los inquilinos. Solo había un recibo mensual de mantenimiento de veinte dólares. Volví a contratar a Joel Eberts para la parte legal. Pagué en efectivo. El piso era mío una semana después de encontrarlo.

—Mi hermana es propietaria —me dijo Eric con malicia cuando le estábamos echando un vistazo al piso pocos días después.

—Ahora me llamarás burguesa capitalista.

—No estoy siendo ideológico, es pura ironía. ¿O no notas la diferencia?

—¿En serio? No me había dado cuenta, camarada.

—Calla...

—No seas tan paranoico. Dudo que el señor Hoover haya puesto micrófonos en este piso. La propietaria anterior era una viejecita letona...

—Para Hoover, todos somos posibles subversivos. ¿No te has enterado de lo que pasa en Washington? Un puñado de congresistas están denunciando a todos los rojos de Hollywood. Han pedido una comisión de investigación contra la infiltración comunista en la industria del espectáculo.

—Eso sucede en Hollywood.

—Créeme, si el Congreso empieza intentando descubrir comunistas en Los Ángeles, es cuestión de tiempo que lo hagan en Nueva York.

—Como te he dicho otras veces, si algo así sucede, solo tienes que decirles que dejaste el Partido en el 41, y estarás a salvo. Además, siempre puedes decirles a los federales que tienes una hermana megacapitalista y propietaria...

—Muy graciosa.

—Sé sincero, Eric: ¿te gusta?

Volvió a mirar la habitación vacía.

—Sí, tiene muchas posibilidades. Sobre todo cuando te deshagas de este papel de la Europa Oriental. ¿Tú qué crees que representa? ¿Primavera en Riga?

—No lo sé, pero junto con la cocina, esto desaparece antes de que me instale.

—¿Estás segura de que te gustará vivir en el Upper West Side? La vida es un poco aburrida, aquí, en los Dakotas.

—Mira, lo único que echo de menos de Old Greenwich es la sensación de espacio abierto. Por eso me gusta esta zona. Estoy a un minuto del Riverside Park. Tengo el Hudson. Tengo el jardín...

—Para o vas a parecer Thoreau en el estanque de Walden.

Me reí y dije:

—Cuando haya pagado y arreglado el piso, todavía me quedarán treinta y dos mil dólares en el banco, incluyendo el dinero de la herencia de nuestros

padres, que puse en acciones del gobierno.

—A diferencia de tu disoluto hermano.

—Mira, es de esto de lo que quería hablarte. La agente que me vendió el piso me dijo que había otro libre en la tercera planta. Por qué no me dejas que te lo compre y...

Me interrumpió.

—Ni hablar —dijo.

—No te cierres en banda. Tu piso en la calle Sullivan no es nada del otro mundo...

—Es más que suficiente. No necesito más.

—Venga, Eric, es un piso de estudiante. Es como un escenario malo de *La Bohème*, y ya tienes casi treinta y cinco años.

—Sé perfectamente la edad que tengo, S —dijo, enfadado—. Igual que sé lo que necesito y lo que no. No necesito tu caridad para nada, ¿entendido?

La dureza de su tono me asombró.

—Solo era una idea. Ya sé que no te gusta el Upper West Side, y si quieres un piso en el sur...

—No quiero nada de ti, S.

—Pero, ¿por qué? Puedo ayudarte.

—Porque no quiero ayuda. Porque necesitar ayuda me hace sentir fracasado.

—Sabes que no pienso eso de ti.

—Yo sí. Así que gracias, pero no.

—Al menos piénsatelo.

—No. Asunto concluido. Pero acepta un consejo práctico de una persona poco práctica: búscate un buen asesor financiero y deja que invierta tus treinta y dos mil en acciones: GE, General Motors, RCA, esa clase de cosas. Dicen que IBM también es una buena inversión, aunque todavía es una empresa que está empezando.

—No sabía que siguieras el mercado, Eric.

—Pues claro, los ex marxista-leninistas siempre eligen las mejores acciones.

Cuando el piso fue mío pocos días después, contraté a un decorador para

que quitara el papel, escayolara las paredes y las pintara de blanco. También le pedí que me diseñara una cocina moderna, con una nevera Amana. El conjunto me costó seiscientos dólares, y por este precio también me pulió el suelo de madera, construyó dos librerías de obra en la sala y cambió los azulejos del baño. Como el resto del piso, también los puse blancos. Los cuatrocientos dólares restantes de mi presupuesto de reformas se fueron en muebles: una cama antigua de latón, una cómoda alta, un sofá sencillo tapizado de beige, una butaca blanda —tapizada con la misma tela—, una gran mesa de pino que me serviría de escritorio. Es sorprendente lo que podías comprar entonces por 400 dólares, incluso me alcanzaron para adquirir un par de alfombras, algunas lamparitas y una mesa de cocina con dos sillas a juego.

Las reformas duraron un mes. Los muebles llegaron el día que terminaron los pintores. Por la noche, gracias a la ayuda de Eric, lo tenía todo en su sitio. Los días siguientes los pasé comprando cosas básicas como platos y vasos, cubiertos y toallas. Me pasé en ciento cincuenta dólares de mi presupuesto comprando una radio y un fonógrafo RCA de última generación, que iban metidos en un gran armario de caoba. Fue un capricho, pero totalmente necesario.

Deseaba muy pocas cosas materiales. Después de leer en *Life* sobre el RCA Home Concert Hall —sí, así se llamaba— supe que me lo compraría... aunque costara la escandalosa suma de 149,95 dólares. Y helo ahí, en un rincón de mi piso, emitiendo la obertura de la tercera sinfonía de Brahms. Me rodeaban los primeros muebles que había comprado en mi vida. De repente tenía posesiones. De repente me sentí muy mayor... y muy vacía.

—¿En qué piensas? —preguntó Eric, y me pasó un vaso de vino espumoso a modo de celebración.

—Estoy un poco aturdida, la verdad.

—¿Te aturde ser la dueña de todo lo que ves?

—Me aturde haber acabado aquí, con todo esto.

—Podría ser peor. Podrías seguir siendo una residente de la Colonia Penal Grey en Old Greenwich.

—Sí, supongo que el divorcio tiene sus compensaciones.

—Te sientes culpable. Se nota.

—Sé que parece una estupidez, pero no dejo de decirme a mí misma que no está bien que me hayan dado todo esto sin...

—¿Qué? ¿Sufrimiento? ¿Martirio? ¿Crucifixión?

Me reí.

—Sí —respondí—. Algo terrible y penitente como eso.

—Me encantan los masoquistas. Bueno, S, por lo que a mí respecta, treinta y cinco de los grandes no empieza ni siquiera a compensarte por el hecho de que nunca...

—Basta —dije.

—Lo siento.

—Tranquilo. Es mi problema. Ya me acostumbraré a la idea.

Me pasó un brazo por los hombros.

—No tienes que acostumbrarte.

—Sí. Sí tengo. Porque si no...

—¿Qué?

—Si no, haré alguna tontería... como convertirlo en la tragedia central de mi vida. Y no quiero. No estoy hecha para el papel de heroína llorona. No es mi estilo.

—Al menos, concédete un tiempo para hacerte a la idea. Solo han pasado dos meses.

—Estoy bien —mentí—. Estoy muy bien.

La verdad es que estaba muy mal. Porque no hacía más que ocupar todas las horas del día. Después de instalarme en el piso, quedé con media docena de asesores financieros, antes de decidirme por Lawrence Braun, el marido de una vieja amiga de Bryn Mawr, Virginia Sweet. Se había casado con Lawrence inmediatamente después de la universidad, y ahora tenía tres hijos de menos de cinco años en una casa colonial laberíntica de Ossining. Pero no fue la relación con Virginia lo que me hizo decidirme por Lawrence, sino el hecho de que fuera el único asesor que no se comportó con paternalismo conmigo, ni dijo cosas como: «Ya sé que las señoras no tienen buena cabeza para los números, a menos que se trate de la talla del cinturón, ¡ja, ja!» (sí, esto era habitual en 1947). Muy al contrario, Lawrence me interrogó

cuidadosamente sobre mis objetivos financieros a largo plazo —seguridad, seguridad y más seguridad— y mi actitud hacia el riesgo (evitarlo a toda costa).

—¿Quiere obtener beneficios inmediatos de este dinero? —preguntó.

—En absoluto —contesté—. Pienso volver a trabajar en cuanto sea posible. Me niego a ser lo que se llama una mujer que vive de rentas. Es una pérdida de tiempo.

—¿Y si vuelve a casarse?

—No me casaré. Nunca.

Se lo pensó un momento y dijo.

—Bien, entonces pensemos a largo plazo.

Su plan de inversiones era muy claro. Invertiría los cinco mil dólares que tenía en bonos del gobierno en un plan de pensiones que podría recuperar a los sesenta. Invertiría otros veinte mil dólares en acciones, con la intención de conseguir un beneficio mínimo del seis por ciento anual. Y los cinco mil restantes serían para que jugara con ellos, o para subsistir hasta que encontrara trabajo.

—Si todo va bien, cuando llegue a los cuarenta tendrá una cantidad sustancial como respaldo. Si, además, tenemos en cuenta que tiene un piso en propiedad, un valor seguro, creo que no tendrá que depender económicamente de nadie.

Eso es lo que quería: independencia total. Nunca más pensaba volver a depender de nadie. No le estaba cerrando mi puerta a los hombres, ni a la posibilidad de enamorarme. Pero no tenía ninguna intención de meterme en una situación en la que tuviera que depender de un hombre para sentirme una persona, ni por mi estado social ni por el dinero. A partir de entonces, sería una unidad autónoma: autosuficiente, sin ataduras ni impedimentos.

Así que acepté el plan de inversiones de Lawrence. Se extendieron cheques y se hicieron las inversiones. Aunque me quedaron cinco mil dólares en el banco para gastar, seguí siendo prudente, y no me dejé llevar por frivolidades. Porque entonces el dinero significaba para mí independencia. O, al menos, la ilusión de la independencia.

Después de resolver mi situación económica, llamé a *Saturday*

Night/Sunday Morning. La horrible sucesora de Nathaniel Hunter solo había durado unos meses en el empleo. La había sustituido una mujer menuda y descarada llamada Imogen Woods, una auténtica Dorothy Parker, famosa por sus largos almuerzos, sus resacas perpetuas y su buen gusto para la ficción. Cuando la llamé, me pidió que pasara la tarde siguiente a las cinco. La encontré sentada en una butaca junto a su mesa, corrigiendo pruebas de la revista. Un Pall Mall se consumía en un cenicero lleno hasta los topes. Tenía un vaso largo en una mano y un lápiz en la otra. Llevaba gafas de media luna en la punta de la nariz, a través de las cuales me miró atentamente.

—Vaya, otra refugiada de la vida matrimonial —dijo.

—Veo que las noticias vuelan.

—Mujer, esto es una revista. Llena de personas que creen que hacen algo importante, pero que, en el fondo, saben que no hacen nada que valga la pena, y por consiguiente se lo pasan en grande chismorreando sobre las vidas, más interesantes, de los demás.

—Mi vida no es especialmente interesante.

—Un matrimonio que solo dura cinco meses siempre es interesante. El más breve de mis tres desastres matrimoniales duró seis meses.

—¿Y el más largo?

—Un año y medio.

—Es impresionante.

Se rio soltando humo.

—Sí, una barbaridad. Dígame, ¿cuándo va a escribirnos otra narración? Busqué la suya en el archivo y es muy buena. ¿Dónde está la siguiente?

Le expliqué que me consideraba una escritora de una sola narración, que lo había vuelto a intentar, pero había descubierto que no tenía nada que decir.

—¿En serio será su única historia? —preguntó.

—Creo que sí.

—Debió de ser un chico especial, su marinero.

—Era de ficción.

—Sí, y yo soy Rita Hayworth. Bueno, no voy a interrogarla, por muchas ganas que tenga. ¿En qué puedo ayudarla?

—Sé que mi antiguo puesto está ocupado, pero pensaba que quizá podría

hacer de lectora *freelance*...

—Sin duda —dijo—. Desde que terminó la maldita guerra, todos los americanos han decidido ser escritores. Nos entierran en manuscritos espantosos. Nos encantará pasarle unos veinte a la semana. Pagamos tres dólares por informe. No es una fortuna, pero llega para comer. Su amiga Emily me dijo que se había instalado en un piso de propiedad.

—Es verdad —dije.

—Cuéntemelo —pidió.

Hice lo que me pedía, y le expliqué cómo había empezado a buscar piso después de dejar a George y cómo había encontrado el mío en la Calle 77 Oeste, lo había vaciado y lo había redecorado en tonos neutros.

—Eso servirá bien —dijo.

—¿El qué servirá?

—Su historia sobre el piso. Lo podemos llamar *Segundo acto. Empezar de nuevo* o algo por el estilo. Lo que quiero es un relato agudo y divertido sobre cómo encontrar un sitio propio después de que se hunda el matrimonio.

—Ya le he dicho que no escribo ficción.

—Y no le estoy pidiendo que escriba ficción. Le estoy pidiendo que contribuya a una nueva sección que Su Alteza el editor me ha pedido que organice. Quiere que lo llame «Retazos de vida», para que vea la imaginación que tiene. Pero esto es lo que quiere: un artículo breve y elegante sobre la batalla de la llamada «vida real». Mil palabras, ni una más, la tarifa son cuarenta dólares, y para que no sude más de la cuenta, lo quiero en mi mesa dentro de cinco días. Es decir, el lunes a primera hora. ¿Le queda claro, Smythe?

Tragué saliva. Ruidosamente.

—¿Está segura de que quiere que lo escriba? —insistí.

—No acostumbro perder el tiempo encargando artículos que no quiero. Venga, Smythe: ¿Lo va a hacer o no?

Después de una tensa pausa nerviosa, dije:

—Sí, lo haré.

—Pues hecho. Mientras tanto, haré que uno de mis lacayos busque los últimos veinte manuscritos amontonados en la pila de «cuentos no

solicitados» y se los mandaremos a su casa. Pero primero escíbame el artículo. Y el lunes quiere decir el lunes. ¿Entendido?

—Haré lo que pueda.

—No, lo hará muy bien. Porque esto es lo que espero de usted. Una última cosa: sea contundente. Me gusta. La contundencia siempre funciona.

Por supuesto, el domingo a las diez de la noche había perdido la esperanza de cumplir con la fecha límite de la mañana siguiente. La zona alrededor de mi mesa parecía simular una nevada, porque el papel arrugado me llegaba a la altura de las rodillas. Estaba bloqueada, paralizada, tenía una barricada mental. Los cuatro días anteriores, había intentado docenas de comienzos diferentes para el artículo. Y cada vez me había llevado las manos a la cabeza, desesperada, había arrancado el papel de la Remington y me había maldecido por aceptar el encargo. No era una escritora, era un fraude. Era alguien que había tenido un golpe de suerte la primera vez y una zona libre de musas desde entonces. Aún peor, sabía perfectamente que la inspiración solo constituía un cincuenta por ciento más o menos de los ingredientes necesarios para escribir. El oficio, la diligencia y la perseverancia constituían el resto de la ecuación, y yo dejaba mucho que desear en estos aspectos. Porque, si no poseía la tenacidad y la seguridad en mí misma que se requería para escribir un tonto artículo de mil palabras acerca de las reformas de mi piso, ¿cómo iba a dedicarme jamás a escribir profesionalmente?

Ahora conocía la respuesta: no tenía la tenacidad, el rigor, la sangre fría necesaria para seguir en el oficio de escribir. No tenía suficiente confianza en mí misma.

Poco antes de medianoche, llamé a Eric y le repetí esta queja. Terminé con el siguiente comentario lastimoso:

—Supongo que tendré que limitarme a editar.

—Qué desenlace tan trágico —dijo, con algo más que un atisbo de ironía.

—Sabía que podía contar con tu simpatía y comprensión.

—Es que no entiendo por qué no puedes escribir el maldito artículo y terminar de una vez.

—¡Porque no es tan fácil! —dije, y añadí—: Sí, ya sé que parezco exageradamente nerviosa.

—Al menos no has perdido la capacidad de criticarte.

—¿Por qué te cuento las cosas?

—Solo Dios lo sabe, pero si quieres un consejo de escritor, ahí va: siéntate y escríbelo. No pienses tanto: escribe.

—Muchísimas gracias —dije.

—A disponer —dijo—. Buena suerte.

Colgué el teléfono y me arrastré hasta el dormitorio, me eché en la cama y me adormecí (apenas había dormido la noche anterior). Cuando me desperté, el reloj de la mesita marcaba las cinco y doce minutos. Me senté en la cama, sobresaltada, pensando: «Tengo que entregar un artículo en menos de cinco horas».

Me desnudé. Me duché, con un último chorro de agua helada. Me vestí. Puse una cafetera al fuego. Miré el reloj. Las cinco y media de la mañana. La hora de entrega era a las diez. Cuando subió el café, me llevé una taza a la mesa. Coloqué una hoja de papel en la Remington. Tomé un sorbo rápido de café ardiente, y respiré hondo.

«No pienses tanto: escribe.»

Vale, vale. Lo intentaré.

Sin pensar, tecleé el primer párrafo.

«La muchacha de la inmobiliaria tenía poco más de treinta años. Iba cargada de colorete y lucía una sonrisa envarada, inmutable. Observaba el dedo desnudo de mi mano izquierda y el precioso anillo de compromiso que días antes había cambiado a la mano derecha.

»—¿Era un idiota? —me preguntó.

»—No —respondí—. Pero no funcionó.»

Me detuve un momento. Tomé otro sorbo de café. Miré las seis líneas de la página. Me puse a escribir de nuevo.

«—Entonces, ¿quiere empezar de nuevo? —preguntó ella.

»—No —dije—. Solo busco un piso.»

No está mal, no está mal. Sigue así. Me tragué el resto del café. Volví a mirar el teclado. Me puse a teclear otra vez.

Cuando volví a levantar la vista faltaban once minutos para las nueve. La luz de la mañana inundaba la sala. Y tenía cuatro páginas escritas en un

rincón de la mesa. Arranqué la última página de la Remington y la coloqué sobre la pila. Luego, con un lápiz en la mano, releí el artículo de arriba abajo, eliminé algunas frases torpes, revisé la gramática y reescribí un pequeño diálogo. Otra mirada rápida al reloj: las nueve y dos minutos. Cogí diez páginas en blanco y una hoja de papel carbón. Metí el papel carbón entre dos hojas, las coloqué con cuidado en mi Remington y pasé a limpio el artículo. Tardé menos de cuarenta minutos. Las nueve y cuarenta y dos. No había tiempo que perder. Cogí la copia superior del artículo, la metí en el maletín, cogí el abrigo y corrí a la puerta. Paré un taxi en Riverside Drive, en dirección sur, y le pregunté al taxista si, a cambio de una buena propina, me podía llevar al Rockefeller Center antes de las diez.

—De aquí al Rockefeller Center en doce minutos —dijo—. Ni hablar.

—Haga lo que pueda, por favor.

—Señora, esto es lo único que se puede hacer.

Además de ser un filósofo a su modo, el taxista era un maníaco detrás del volante. Pero me dejó en la 50 con la Quinta Avenida a las diez y cuatro minutos. Le di cinco dólares, aunque el taxímetro solo marcaba ochenta y cinco centavos.

—Recuérdeme que la recoja otra vez —manifestó cuando le dije que podía quedarse el cambio—. Espero que obtenga lo que quería con tantas prisas.

Entré como una tromba en el vestíbulo de *Saturday/Sunday*. El ascensor estaba lleno y paró en todos los pisos antes de llegar al quince. Las diez y once minutos. Crucé rápidamente el pasillo. Llamé a la puerta de Imogen Woods, esperando que saliera su secretaria. Pero me abrió la propia señorita Woods.

—Llega tarde —dijo.

—Solo unos minutos.

—Y parece que la persigan.

—El tráfico.

—Ya, ya, me suena. Y déjeme adivinarlo: su perro se ha comido el artículo.

—No —dije, peleándome con los cierres del maletín—. Lo traigo.

—Bien, bien, los milagros suceden a veces.

Le di las cinco páginas. Las cogió y me señaló la puerta.

—La llamaré cuando lo haya leído —dijo—, tal vez dentro de dos días, porque voy atrasadísima en todo. Mientras tanto, tómese un café, Smythe. Me parece que lo necesita.

La verdad es que me obsequié con un desayuno en Lindy's: panecillos y salmón ahumado, acompañados de mucho café solo. Luego me fui andando a Colony Record Shop y me gasté 2,49 dólares en una nueva grabación de *Don Giovanni*, con Ezio Pinza como galán. Sintiéndome un poco derrochona, volví a casa en metro, me quité los zapatos, puse los cuatro nuevos discos en el fonógrafo, pulsé la palanca de arranque, me eché en el sofá y me pasé unas cuantas horas sin hacer nada más que escuchar aquel relato sublime y oscuro de crimen carnal y castigo de Mozart y Da Ponte. La música me alivió. Estaba agotada, sin fuerzas. Y no tenía ni idea de cómo había logrado escribir el artículo. Aunque tenía la otra copia en mi mesa, no quería volver a leerla entonces. Ya habría tiempo para descubrir si era buena o no.

A las tres de la tarde —justo cuando Don Giovanni descendía al infierno— sonó el teléfono. Era Imogen Woods.

—Bueno —dijo—, sabe escribir.

—¿En serio? —dije, insegura.

—Sí. En serio.

—¿Entonces, le ha gustado?

—Sí, oh insegura, me ha gustado. Tanto que voy a encargarle otro artículo... si no está demasiado llena de dudas para enfrentarse a un encargo.

—Puedo encargarme —dije.

—Así me gusta —contestó.

El encargo era para otro artículo de «Retazos de vida», pero esta vez quería que escribiera algo divertido e ingenioso sobre nuestro rito de iniciación más enervante: la primera cita. También esta vez tenía que ocupar unas mil palabras. También esta vez insistió para que se lo entregara en el plazo de una semana. También esta vez me tiré de los pelos hasta que —siguiendo el consejo de Eric— me senté y escribí. Conté la tonta historia de aquella noche en que Dice Becker, uno de mis compañeros de clase de Hartford High, un chico nervioso y alto, que destacaba en ciencias, con la piel llena de granos y

los dientes prominentes, me invitó al Square Dance de la iglesia episcopaliana del barrio. No fue precisamente la primera cita más lasciva de la historia. Fue más bien rara y muy tierna. Al final de la noche —tenía el toque de queda a las nueve y media— me acompañó a mi casa y me estrechó la mano castamente.

«No pasó nada increíblemente memorable —escribí—. Ninguno de los dos hizo nada que pudiera avergonzarnos, como darnos un cabezazo intentando besarnos. Porque no hubo beso. Los dos fuimos terriblemente formales. Formales, correctos y muy inocentes. Que, al fin y al cabo, es como han de ser las primeras citas.»

Esta vez cumplí con la fecha de entrega con veinte minutos de antelación. Cuando volvía a casa desde las oficinas de *Saturday/Sunday*, volví a desayunar en Lindy's, luego fui a Colony y me compré un disco nuevo de Horowitz con tres sonatas de piano de Mozart. Volví caminando a mi piso y, cuando entré, estaba sonando el teléfono.

—Bueno, en mi envidiosa opinión —dijo Imogen Woods—, una primera cita debería acabar conmigo abriendo los ojos a la mañana siguiente y descubriendo que estoy en la cama con Robert Mitchum. Pero, claro, no soy una buena chica como tú.

—No soy una buena chica —dije.

—Claro que lo eres. Y por eso eres la escritora perfecta para *Saturday/Sunday*.

—¿Entonces, te gustó el artículo?

—Sí, exceptuando alguna corrección sin importancia, me gustó. Mucho. ¿Cuál será el próximo?

—¿Quieres que escriba algo más?

—Me gustan las chicas con capacidad de deducción.

Mi tercer encargo fue un artículo titulado «Cuando no te sale nada bien», un relato moderadamente divertido de ese problema tan habitual llamado «un mal día». Sí, era consciente de que eran temas ligeros. Sí, sabía que con aquello no ganaría nunca un Premio Pulitzer. Pero también sabía que tenía facilidad para la ironía cuando se trata de temas domésticos o personales. En palabras de Imogen Woods, escribía con contundencia. Aún mejor, había

descubierto que podía volver a escribir... un descubrimiento que me asombraba y me encantaba. No era ficción. No era un arte grandioso. Pero estaba bien construido y tenía cierta gracia. Por primera vez desde hacía años, me sentía extrañamente segura de mí misma. Tenía un talento. Pequeño, quizá, pero un talento al fin y al cabo.

Entregué «Cuando nada te sale bien» un día antes de la fecha límite. Como siempre, lo celebré con un desayuno en Lindy's y la compra de un disco en Colony —una grabación de las *Variaciones Goldberg* de Bach para clavicémbalo, interpretado por Wanda Landowska, un regalo por ochenta y nueve centavos. No supe nada de la señorita Woods durante casi cuarenta y ocho horas. Cuando me llamó, yo ya estaba convencida de que no le gustaba mi artículo y de que mi carrera en *Saturday/Sunday* había terminado.

—Bueno, Su Alteza el editor y yo hemos hablado un poco de ti —dijo en cuanto descolgué el teléfono.

—Oh, vaya —dije—, ¿pasa algo malo?

—Sí, no le gusta lo que escribes y quería que yo misma te lo comunicara.

Después de una larga pausa, logré decir:

—Bien, supongo que era de esperar.

—Señor, deberías oírte, doña Fatalista.

—¿Es que no te ha pedido que me despidas?

—*Au contraire*, a Su Alteza le encantan tus artículos. Tanto que quiere que te ofrezca un contrato.

—¿Qué clase de contrato?

—¿Qué contrato crees? Un contrato para escribir, tonta. Tendrás una columna semanal en la revista.

—No puede ser.

Pero era verdad. Y durante la primera semana de 1948, mi columna —«La vida real», por Sara Smythe— hizo su aparición en la revista. En el fondo no era más que una continuación de los «Retazos de vida» que había escrito para la señorita Woods. Cada semana pensaba en algún incidente o problema menor —«El chico que tenía mal aliento», «No soy capaz de cocer la pasta en su punto», «Siempre se me hacen carreras en las medias nuevas»— y lo convertía en un divertimento ligero y rápido. Sin duda, la columna era una

celebración de lo trivial y lo prosaico. Pero era bastante gracioso, y como tenía su raíz en lo mundano de la existencia cotidiana femenina, nunca se me agotaban las ideas.

Empezaron pagándome cincuenta dólares por columna y pactamos cuarenta y ocho columnas al año. Era mucho dinero para mí, teniendo en cuenta que no tardaba más de un día en escribirlas. Pero, a los seis meses de su inauguración, Su Alteza renegoció mi contrato en vista de que el *Ladies' Home Journal* y *Woman's Home Companion* intentaron atraerme. Porque para mi absoluta sorpresa, «La vida real» se había convertido en un éxito. Recibía unas cincuenta cartas a la semana de lectoras de todo el país, diciéndome lo mucho que disfrutaban con mis divertidas observaciones sobre lo que Imogen Woods llamaba «cosas de chicas». Su Alteza en persona — Ralph J. Linklater— también había recibido algunos elogios de lectores de la columna. Entonces sucedieron dos cosas que me hicieron más valiosa: primera, cuatro anunciantes de *Saturday/Sunday* pidieron que su anuncio figurara junto a mi columna, y segunda, dos revistas femeninas me hicieron sendas ofertas con un considerable aumento de sueldo si desertaba de *Saturday/Sunday*.

Aquellas ofertas me dejaron asombrada. Tanto que se las mencioné de pasada a Imogen Woods, en medio de una conversación telefónica sobre mi próxima columna. Inmediatamente, se mostró preocupada.

—En serio, Imogen —la tranquilicé—. No se me ha ocurrido dejar la revista. No sería ético.

—Bien, que Dios bendiga tu conciencia a lo George Washington. Pero prométeme una cosa: no respondas a esas ofertas hasta que haya hablado con Su Alteza.

Por supuesto, le prometí no responder a las revistas de la competencia. Seré una ingenua, pero estaba muy contenta cobrando cincuenta dólares por columna. Sobre todo porque ya no me costaba nada escribirlas. No pensaba utilizar las otras ofertas para negociar. Cuando Su Alteza me llamó personalmente a casa al día siguiente, me di cuenta de pronto de que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo.

Había conocido al señor Linklater poco antes de esta conversación, cuando

me invitó a almorzar —con la señorita Woods— pocos meses después de iniciar la columna. Era un hombre fornido y apuesto que me recordó mucho a Charles Laughton. Le gustaba dirigir la revista de una forma paternalista, pero era antipático con el que se atrevía a contradecirle. Como me había advertido la señorita Woods antes del almuerzo: «Trátale como si fuera tu tío favorito y le encantarás. Pero si intentas alardear de ingenio con él, que sé que no lo harás, no te hará ni caso».

Por supuesto, mis modales de la familia Smythe me obligaban a tratar con deferencia a la autoridad. Después, la señorita Woods me diría que Su Alteza me consideraba «un encanto» —textualmente—, «exactamente la clase de chica lista y simpática que queremos que escriba en nuestra revista».

Me llamó a las ocho de la mañana. Yo había estado levantada hasta última hora la noche anterior, terminando la columna de la semana siguiente, y me sentía un poco adormilada cuando descolgué el teléfono.

—Sara, buenos días. Soy Ralph J. Linklater. ¿No te habré despertado?

Me desperté de golpe.

—No, señor. Me alegro de que me haya llamado.

—Y yo de hablar con nuestra columnista estrella. Sigues siendo nuestra columnista estrella, ¿verdad, Sara?

—Claro, señor Linklater. *Saturday/Sunday* se ha portado muy bien conmigo.

—Me encanta oírte decir eso, Sara. Porque, como ya sabrás, me gusta que todos los que trabajamos en *Saturday/Sunday* seamos como una familia. Nos consideras tu familia, ¿verdad, Sara?

—Por supuesto, señor Linklater.

—Estupendo. Es agradable saberlo. Porque nosotros te consideramos una parte muy valiosa de nuestra familia. Hasta el punto de hacerte un contrato en exclusiva y aumentarte el sueldo a ochenta dólares la semana.

La palabra exclusiva despertó alarmas en mi cabeza. Decidí mostrarme prudente.

—Vaya, señor Linklater, ochenta dólares a la semana es muy generoso de su parte. Y Dios sabe que quiero quedarme en *Saturday/Sunday*, pero, si acepto su oferta, mis ingresos serán exclusivamente de ochenta dólares a la

semana. Y eso es un poco limitado, ¿no le parece?

—Pues cien dólares, entonces.

—Esto es muy aceptable, pero supongamos que alguien me ofrece ciento veinte dólares sin exclusividad.

—Nadie haría eso —dijo, un poco irritado de repente.

—Seguramente tiene razón, señor —dije, siempre muy cortés—. Lo único que me preocupa es la idea de cerrarme a otras opciones, a otros mercados potenciales. ¿Aprovechar las oportunidades no forma parte del estilo de vida americano?

No podía creer que hubiera pronunciado aquella frase (aunque sabía que Su Alteza solía escribir aquellos artículos titulados «El punto de vista del editor» sobre *Nuestro estilo de vida*). No podía creer que estuviera negociando ferozmente —para mí misma— con nuestro paternal director, Ralph J. Linklater. Pero una vez metida en aquella negociación, sabía que tenía que llegar hasta el final.

—Sí, tienes razón, Sara —dijo Su Alteza de mala gana—, un mercado competitivo es uno de los grandes logros de la democracia americana. Y siento mucho respeto por una joven como tú que comprende la comercialidad de su oficio. Pero ciento veinte por columna es lo máximo que puedo pagarte. Sin embargo, hay algo que sí puedo hacer. Según la señorita Woods, te encanta la música clásica, y entiendes mucho. Supongamos que también escribes para nosotros una columna mensual entretenida sobre cómo escuchar a Beethoven y a Brahms, qué disco le puedes regalar a tu amorcito por Navidad y cosas por el estilo. Bautizaremos la columna... ¿se te ocurre algo?

—¿Qué le parece «Música sin complicaciones»?

—Perfecto. Y estoy dispuesto a pagarte otros sesenta dólares al mes por esta columna, además de los ciento veinte que cobrarás por «La vida real». ¿Te parece un buen trato?

—Muy bueno.

A los pocos días, tenía un contrato con *Saturday/Sunday* con las condiciones acordadas por Su Alteza. Contraté a Joel Eberts para que lo examinara. Joel habló con alguien del departamento legal de la revista, y después de cierto estira y afloja, consiguió incluir una cláusula que permitía a

ambas partes revisar las condiciones del contrato a los dieciocho meses. De nuevo, el señor Eberts me cobró solo seis dólares la hora por sus servicios. Y cuando me presentó la factura de veinticuatro dólares, dijo:

—Siento tener que cobrarle una hora más, pero...

—Señor Eberts, por favor. Puedo permitírmelo. Ahora gano más dinero del que sé cómo gastar.

—Ya se le ocurrirán formas de gastarlo.

La verdad es que no había muchas cosas que quisiera comprar. Mi nueva columna de música significaba estar inundada de discos gratis de todas las discográficas. No tenía hipoteca ni alquiler. Ni nadie a quien mantener. Aún tenía aquellos cinco mil dólares en el banco. Lawrence Braun estaba consiguiendo unos beneficios considerables con mi cartera de veinticinco mil dólares. Empecé a ganar siete mil dólares al año, de los que me quedaban unos cinco mil netos. Prudentemente, empecé a colocar dos mil anuales en un plan de pensiones, pero seguía teniendo casi sesenta dólares a la semana para vivir. En 1948, el billete más caro de Broadway o del Carnegie Hall valía dos dólares y medio. El cine costaba sesenta centavos. Mi factura en el supermercado era de menos de diez dólares. Desayunar en mi local griego favorito me costaba cuarenta centavos, e incluía huevos revueltos, tocino, tostadas, zumo de naranja y café sin límite. Una buena comida en Luchows para dos no costaba más de ocho dólares.

Por supuesto, yo quería gastar el máximo de dinero posible en Eric, pero solo me dejaba invitarle de vez en cuando a cenar o aceptaba los discos sobrantes que recibía de las discográficas. Un par de veces insistí en mi idea de comprarle un piso, pero siempre recibía un instantáneo «No, gracias». Aunque a menudo me decía que estaba entusiasmado con mi éxito, para mí estaba claro que lo ponía un poco nervioso.

—Creo que empezaré a presentarme como el hermano de Sara Smythe —dijo una noche.

—Pues yo siempre me presento como la hermana del guionista de comedia más divertido de Nueva York —contraataqué.

—Nadie valora a los guionistas de comedia —dijo.

Eso no era del todo cierto, porque pocos meses después de que yo firmara

mi contrato con *Saturday/Sunday*, Eric me llamó una mañana temprano en un estado de gran excitación. Un cómico joven llamado Marty Manning había sido contratado por la NBC para elaborar un programa destinado a una hora de máxima audiencia en televisión, que empezaría a emitirse en enero de 1949. Manning le dijo a Eric que su compañero Joe E. Brown le había contado grandes cosas de él, y, después de un largo almuerzo en el Friar's Club, le ofreció a Eric un contrato que lo convertía en uno de los principales guionistas del programa.

—Por supuesto, acepté inmediatamente, porque Manning es todo un talento: es muy listo e innovador. El problema es: ¿quién diantre va a ver la televisión? ¿Conoces a alguien que tenga un televisor?

—Todo el mundo dice que va a arrasarlo.

—No estés tan segura.

Pocos días después, uno de los abogados de la NBC se puso en contacto con Eric para hablar del contrato. El sueldo era asombroso: doscientos dólares a la semana, y empezaría el 1 de septiembre de 1948, aunque el programa no se emitiría hasta el 28 de enero. Sin embargo, había un problema: el canal se había enterado de que Eric estaba muy metido en la campaña presidencial de Henry Wallace, que había sido vicepresidente con Roosevelt, hasta que este lo abandonó en la campaña de 1944 por ser demasiado radical, y en su lugar eligió al novato y universalmente odiado Harry S. Truman. Si Roosevelt hubiera mantenido el tipo y Wallace hubiese continuado como vicepresidente, ahora sería nuestro presidente y, como le gustaba observar a Eric, tendríamos a un socialista democrático como Dios manda en la Casa Blanca. En cambio, acabamos con «aquel peñazo de Missouri» —palabras de Eric también—, un peñazo que todos creían que perdería ante Dewey en noviembre. Sobre todo porque Wallace se presentaba como candidato de su propio Partido Progresista y le iba a robar a Truman muchos votantes de centroizquierda.

A Eric le encantaba todo de Wallace: su rigurosa inteligencia, su fe en la justicia social, su incansable apoyo al obrero y a los principios originales del New Deal. Desde que Wallace anunció su candidatura a la presidencia —en la primavera del 48— mi hermano había sido una figura destacada en la

campana «El mundo del espectáculo a favor de Wallace», y se había convertido en uno de los principales recolectores de fondos de la zona de los tres estados, organizando espectáculos y solicitando contribuciones de la comunidad del espectáculo de Nueva York.

Como describiría Eric más tarde, el abogado de la NBC —Jerry Jameson— era un tipo la mar de razonable, con un tono de voz muy razonable, y una forma muy razonable de explicar por qué el canal de televisión tenía ciertos problemas con su activismo político.

—Dios sabe que la National Broadcasting Company es una defensora incondicional de los derechos de la Primera Enmienda —le dijo Jameson—. Y estos derechos, Eric, incluyen apoyar al partido político o al candidato que tú quieras, sea de izquierdas, de derechas o un lelo cualquiera.

Jameson se rio de su propia broma. Eric no se apuntó. En cambio dijo:

—Vayamos al grano, señor Jameson.

—La cuestión es, señor Smythe, que si apoyara de forma privada a Wallace no habría problema. Pero el hecho de que vaya haciendo gala de su radicalismo para que lo vean todos preocupa a los jefazos de la NBC. Saben que Manning le quiere a usted. No deja de decir a todos lo bueno que es usted. Y tal como lo ve la dirección: si Marty lo quiere en su equipo, Marty lo tendrá. Solo les preocupa...

—¿Qué? ¿Que organice un Politburó en la NBC? ¿Que intente incluir a Joe Stalin el *Gracioso* en el equipo de guionistas de Marty?

—Ya veo por qué le quiere Marty. Ingenio no le falta...

—No soy comunista.

—Me alegra saberlo.

—Soy un americano leal. Nunca he apoyado un poder extranjero. Nunca he predicado la desobediencia civil, ni la demolición del Congreso, ni he defendido a ningún sovieta como nuestro próximo comandante en jefe.

—Créame, señor Smythe, no tiene que convencerme de su patriotismo. Solo pedimos... Mi consejo es... que no se haga ver en la campana de Wallace. Puede asistir a las recaudaciones de fondos. Pero no se sitúe tan en primer plano a favor de ese tipo. Seamos claros, Wallace no tiene ninguna posibilidad de ser elegido. Dewey será nuestro próximo presidente... y

después del cinco de noviembre, a nadie le va importar todo esto. Pero, Eric, se lo aseguro, la televisión sí que les va a importar a todos. Dentro de cinco o seis años acabará con la radio y podría usted convertirse en uno de los pioneros del medio. Alguien en la vanguardia de toda una revolución, amigo mío...

—Ya está bien, Jameson. Soy guionista, no Tom Paine¹⁰. Y dejemos las cosas claras: no soy su amigo.

. Y dejemos las cosas claras: no soy su amigo.

. Y dejemos las cosas claras: no soy su amigo.

—De acuerdo. Me ha quedado claro. Le estoy pidiendo que sea realista.

—De acuerdo. Seré totalmente realista. Si quieren que me retire de la campaña de Wallace, quiero un contrato de dos años con Manning a trescientos dólares la semana.

—Es excesivo.

—No, Jameson. Es el trato. —Y colgó.

Serví un poco más de vino a Eric. Lo necesitaba.

—¿Qué pasó luego? —pregunté.

—Una hora después, el muy cabrón me llamó y aceptó los trescientos dólares a la semana, los dos años de contrato, las tres semanas de vacaciones, el seguro médico, bla, bla, bla, con la condición de que me lo quitarían todo si se me veía recaudando fondos para el malo del señor Wallace. Incluso añadieron una cláusula adicional: no querían que me acercara a los mítines de Wallace, las fiestas de campaña, todo eso. «Es el precio de tus cien dólares adicionales a la semana», me dijo Jameson.

—Es indignante —dije—. Por no decir que es inconstitucional.

—Bueno, como dijo el propio Jameson, no tenía que aceptar sus condiciones... «porque al fin y al cabo estamos en un país libre».

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya lo he hecho. He aceptado las condiciones de la NBC.

No dije nada.

—¿Detecto un atisbo de reproche en tu silencio? —preguntó.

—Solo me sorprende un poco tu decisión, nada más.

—Tengo que decirte que los partidarios de Wallace fueron muy comprensivos. Me apoyaron e incluso manifestaron su agradecimiento.

—¿Agradecimiento? ¿Por qué?

—Porque les voy a dar los cinco mil dólares adicionales que voy a ganar este año en la NBC por desaparecer de la campaña de Wallace.

Me reí con ganas.

—Es genial —dije—. Qué jugada más buena.

Se llevó un dedo a los labios.

—Evidentemente, todo esto es Top Secret, porque si la NBC supiera lo que

estoy haciendo con el dinero de su soborno, el hacha caería sobre mi cabeza. Solo hay un problema, no tendré los cinco mil hasta que empiece a cobrar...

—Te extenderé un cheque —dije.

—Te prometo que te lo habré pagado a primeros de febrero.

—Cuando sea. Estoy impresionada, señor Maquiavelo. ¿Nunca dejas que tu mano derecha sepa lo que hace tu mano izquierda?

—Vamos, es el estilo americano.

Wallace, como era de esperar, recibió una paliza en las elecciones. Como el resto de la nación, Truman se fue a la cama la noche de las elecciones esperando despertarse con la victoria de Thomas Dewey. Pero las matemáticas no respondieron así, y Harry se quedó en la Casa Blanca. La mañana de las elecciones, me entró miedo. Temiendo que un voto por Wallace acabara por ser un voto por Dewey, cambié de idea y voté por el presidente. Cuando se lo confesé posteriormente a Eric, se encogió de hombros y dijo:

—Alguien tiene que ser sensato en esta familia.

Dos meses después, se estrenó *The Big Broadway Review* con Marty Manning en la NBC. Fue un éxito enorme e inmediato. Poco después, mi banquero llamó una mañana para decirme que acababan de ingresar un cheque de cinco mil dólares en mi cuenta. Eric siempre fue un hombre de palabra.

Y ahora, finalmente, también había tenido un gran éxito. *The Big Broadway Review* acabó llamándose *The Marty Manning Show* y era el tema de conversación de la ciudad. A todo el mundo le encantaba. Incluso yo salí a comprarme un televisor, porque, comprensiblemente, tenía que ver lo que se inventaba mi hermano cada semana. Marty Manning y su séquito se convirtieron en estrellas de la noche a la mañana. Pero Eric y los demás guionistas también fueron reconocidos. *The New York Times* publicó un largo artículo en su sección *Arts and Leisure* del domingo sobre un día en la vida de los guionistas de *Marty Manning*, donde Eric destacaba como primer guionista de aquella banda de hombres pagados para inventar gags. Incluso Winchell lo mencionó en su columna:

Oí un buen chiste el otro día en el Stork Club del escriba de *Marty Manning*, Eric Smythe: «¡Donde hay testamento, siempre hay pariente!». Smythe, el mayordomo de las frases ingeniosas de Marty Manning, tiene también una hermana ingeniosa: Sara, que hace reír a las señoras cada semana con su hilarante columna en *Saturday Night/Sunday Morning*. Estos Smythe son un par de chistosos con talento...

—¿No me digas que le contaste aquel chiste tan malo a Winchell? —le pregunté a Eric al ver la columna.

—Estaba borracho.

—Pues a él le pareció divertido.

—¿No sabías que los republicanos acérrimos no tienen sentido del humor?

—Me encanta que me llamen «chistosa».

—¿Qué quieres, S? La fama al fin.

No solo fama, sino, para Eric, celebridad. El éxito lo transformó. Disfrutaba con su recién encontrada estima profesional y con la prosperidad. Finalmente, se deshizo de su aura de autodesprecio, su necesidad de representar el papel de escritor fracasado en el desván. Al cabo de un mes del estreno del programa, cambió su estudio de la calle Sullivan por un piso elegantemente amueblado en Hampshire House, en Central Park South. El alquiler era de doscientos cincuenta escalofriantes dólares al mes, casi cuatro veces más que su piso en el Greenwich Village, pero, como le gustaba decir: «Eh, ¿para qué sirve el dinero?».

Además de su ingenio para la comedia, Eric descubrió que tenía otro don interesante durante aquel primer año embriagador con Marty Manning: su capacidad para derrochar el dinero. En cuanto se mudó a Central Park Sur, renovó todo su guardarropa y empezó a usar trajes hechos a medida. Mientras los demás guionistas de Manning se vestían como personajes de Damon Runyon —es decir, como si volvieran de un día de rastreo— Eric se vestía como un dandi de Noel Coward: corbatas, trajes cruzados con dibujo príncipe de Gales, zapatos hechos a mano, lociones caras para después del afeitado... Pero no solo en ropa se iba su dinero. Salía cada noche, era un habitual del Stork Club, el *zi*, el Astor Bar, los clubs de jazz que se alineaban en la Calle 52. Siempre pagaba la cuenta. Por lo mismo, insistió en invitarme a pasar una semana en el ultracaro Hotel Nacional de Cuba. Tenía un criado personal.

Prestaba dinero a cualquiera que se lo pidiera. Y estaba siempre sin blanca a final de mes... hasta que llegaba la siguiente nómina.

Intenté aleccionarlo sobre las virtudes de economizar y ahorrar un poco cada mes. No me escuchó. Se lo estaba pasando demasiado bien. Y también estaba enamorado de un músico llamado Ronnie García, que tocaba el saxo con la banda del Rainbow Room. Ronnie era un cubano americano diminuto, que había crecido en el Grand Concourse del Bronx; había dejado la escuela, era músico autodidacta y devoraba los libros a una velocidad feroz. Nunca había conocido a una persona tan leída. Como músico, había tocado con Dick Haymes, Mel Torme y Rosemary Clooney... pero también podía hablar como un erudito de los *Cuatro Cuartetos* de Eliot (con un auténtico acento del Bronx). Eric le había conocido entre bastidores en una fiesta en el Rainbow Room para Artie Shaw en abril de 1949, y desde entonces eran inseparables. Por supuesto, no podían proclamar que eran pareja. Se exigía total discreción. Aunque el personal del Hampshire House evidentemente sabía que Ronnie vivía con Eric, aquello no se mencionaba nunca. Los demás guionistas de *Marty Manning* nunca le preguntaban por su vida privada, aunque todos sabían que era el único del grupo que no fanfarroneaba de sus conquistas femeninas. Ronnie y Eric nunca se hacían la más mínima demostración de afecto físico en público. Solo una vez, en una cena con mi hermano en Chinatown, Eric me preguntó abiertamente sobre Ronnie.

—Creo que es estupendo. Es muy inteligente y toca el saxo como los ángeles.

—Bien —dijo tímidamente—. Me alegro de que te guste. Porque... bueno..., esto..., ya sabes por dónde voy, ¿verdad?

Puse una mano sobre la de mi hermano.

—Sí, Eric, lo sé. Y me parece bien.

Me miró con cautela.

—¿Estás segura?

—Si tú estás contento, yo también. Es lo único que importa.

—¿En serio?

—Totalmente.

Me apretó la mano.

—Gracias —susurró—. No sabes lo que esto significa para mí.

Me incliné para darle un beso en la cabeza.

—Cállate.

—Ahora solo faltas tú.

—Ni hablar —dije rápidamente.

Lo decía en serio. Porque aunque no me faltara la compañía masculina, ni pretendientes, evitaba expresamente el compromiso. Había salido con un editor de Random House, Donald Clark, unos cuatro meses. Y tuve un breve romance con un periodista del *Daily News* llamado Gene Smadbeck. Pero los dos se acabaron, supongo que porque Clark era demasiado estirado y en cambio Smadbeck, a los treinta años, ya intentaba matarse bebiendo (aunque sobrio fuera un encanto). Cuando le dije a Gene que habíamos terminado, no se lo tomó muy bien, porque se había convencido ilusamente de que estaba enamorado de mí.

—Déjame adivinar —dijo—, me dejas por algún empresario que te dé la seguridad que yo no te puedo dar.

—Ya me casé una vez con un hombre así, tú lo sabes, y le dejé al cabo de cinco meses. Te aseguro que no necesito a un hombre para que me dé seguridad. Ya tengo bastante estando sola.

—Pues seguro que me dejas por alguien.

—¿Por qué los hombres siempre tenéis esta idea absurda de que si una mujer no quiere volver a veros es porque hay otro? Siento desilusionarte, pero no te dejo por nadie. Te dejo porque te veo decidido a autodestruirte antes de los treinta y cinco... y no quiero participar en este melodrama.

—Caramba, no te pones dura ni nada.

—Tengo que ser dura —dije—. Porque solo siendo una mujer dura puedo seguir estando sola.

Esta conversación tuvo lugar en el New Yorker Hotel, en la 34 con la Séptima. Después de liberarme, cogí el metro para volver a casa y pasé el resto de la velada escuchando una vez más la asombrosa interpretación de Ezio Pinza de *Don Giovanni*. De todos los discos de mi cada vez mayor colección, era el que había escuchado más veces. Y aquella noche descubrí por qué. En la ópera, Doña Elvira jura vengarse de Giovanni, porque este le

ha robado su virtud. Pero la verdad es que la angustia de Elvira está basada en el hecho de que se había enamorado como una loca del Don que la había seducido y abandonado. Mientras tanto, Doña Ana hace lo que puede para esquivar al aburrido y prudente Don Octavio que quiere hacerla su esposa a toda costa.

Por alguna razón, aquella historia me sonaba.

Yo me había enamorado de Don Giovanni. Y me había enamorado de Don Octavio. Pero ¿por qué enamorarse cuando estás encontrando tu propio camino en el mundo?

La noche de fin de año de 1949, Eric celebró una fiesta en su piso de Hampshire House. Debía de haber unos cuarenta invitados, sin contar la banda de cinco intérpretes, con Ronnie —naturalmente— al saxo. Acababan de renovarme mi contrato con *Saturday/Sunday* por dos años más. Gracias a Joel Eberts, mi tarifa había subido a ciento cincuenta dólares por columna. La revista también me había encargado la crítica de cine, a cambio de ciento cincuenta dólares más a la semana. Y seguía escribiendo la columna mensual de «Música sin complicaciones». En conjunto, ganaría dieciséis mil dólares en 1950, una locura para un trabajo tan fácil y divertido. Mientras tanto, Eric acababa de negociar la renovación de su contrato con la NBC. Además de seguir siendo el primer guionista de Marty Manning, la emisora quería que presentara nuevas ideas para otros programas. Para tenerle contento —y alejado de las ávidas manos de la CBS—, le subieron el sueldo a cuatrocientos dólares a la semana, más una tarifa como asesor anual de doce mil dólares, junto con su propio despacho y una secretaria.

Y allí estábamos apretujados en la sala de Eric con vistas a Central Park, gritando «cinco-cuatro-tres-dos-uno», en los últimos momentos de los años cuarenta. Todos gritamos «Feliz Año Nuevo», y le dimos la bienvenida a una nueva década.

Después de dejarme besar por dos docenas de desconocidos, logré encontrar a mi hermano cerca de una de las ventanas. Fuegos artificiales en el parque iluminaban el cielo de medianoche. Eric, alegre por el exceso de champán, me abrazó como un oso.

—¿Te lo puedes creer? —me preguntó.

—¿Crear qué?

—Tú. Yo. Esto. Todo.

—No. No me lo puedo creer. No puedo creer en nuestra suerte.

Fuera se oyó un estruendo como de ametralladora, seguido del flash rojo, blanco y azul de una supernova deslumbrante.

—Es esto, S —dijo Eric—. Sin duda este es el momento. Saboréalo. Porque puede que no dure. Puede desvanecerse de un día para otro. Pero ahora, ahora mismo, vamos ganando. Ganamos la pelea. Por ahora, al menos.

La fiesta terminó al amanecer. Le di la bienvenida a la primera salida de sol de 1950 con los ojos legañosos. Estaba loca por meterme en la cama. El portero de Hampshire House me buscó un taxi. En mi piso, me quedé dormida a los pocos segundos de meterme entre las sábanas. Cuando me desperté, eran las dos de la tarde. Fuera estaba nevando. Por la noche, la nevada se había convertido en una ventisca importante, que no cesó hasta la mañana del tres de enero. La ciudad quedó paralizada a causa de la nieve acumulada. Fue prácticamente imposible salir durante otros dos días. Me mantuve con el surtido de latas de mi despensa y escribí las cuatro columnas de «La vida real» de todo el mes, aunque solo fuera para utilizar de algún modo aquel periodo forzoso de encierro.

La mañana del cinco de enero, la radio anunció que la ciudad volvía a la normalidad. El día era frío y claro. Habían retirado la nieve de las calles; las aceras estaban cubiertas de sal. Salí y aspiré con placer el mal aire de Manhattan. Sabía que necesitaba hacer una compra de alimentos importante (ahora tenía todos los estantes vacíos). Pero antes de llenar la despensa, lo que me apetecía de verdad —después de cinco días encerrada— era un paseo enérgico. Riverside Park era mi destino habitual, pero aquella mañana decidí ir hacia el este.

Doblé la esquina en la Calle 77, pasé por una serie de sitios conocidos: la Collegiate School para chicos, Gitlitz's Delicatessen, el Hotel Belleclaire. Crucé Broadway. Seguí junto a los desvencijados edificios de piedra situados entre las avenidas Amsterdam y Columbus. Miré hacia el esplendor gótico colosal del Museo de Historia Natural. Atravesé Central Park Oeste y entré en el parque.

Los caminos de Central Park todavía no estaban limpios de nieve, o sea que tuve que pasar por la carretera bordeada de nieve. A los pocos minutos de descender por la colina, ya no estaba en la ciudad de Nueva York, sino en algún rincón glacial del bosque de Nueva Inglaterra: un paisaje helado y blanco, en el cual todo el sonido era absorbido por la porosa densidad de la nieve.

Caminé aún más abajo, crucé hacia el sendero que llevaba al lago. Me metí en un sendero estrechito que conducía a un cenador. Lo tomé. En el cenador, me senté en un banco. El lago estaba helado. Por encima se imponía el perfil de la ciudad: orgulloso, grandioso, impenetrable. De todas las vistas de Manhattan, aquella era mi preferida: la quietud pastoral del parque frente a la sombra del esplendor mercantil y descarado de aquella isla enloquecida. No era extraño que hubiera ido allí después de cinco días de estar encerrada en casa. Había empezado una nueva década, con todas sus inquietantes promesas. Era mi primera ocasión de reconocerlo. ¿Dónde mejor que allí?

A los pocos minutos oí murmullos a lo lejos. Una mujer de mi edad entró en el cenador. Tenía la cara delgada y noble, y una severidad atractiva que me hizo clasificarla inmediatamente como una compañera de Nueva Inglaterra. Empujaba un cochecito. Le sonreí y miré en su interior. Muy envuelto contra el frío había un niño. Sentí la habitual punzada de tristeza que me atacaba cada vez que veía un niño. Como siempre, lo disimulé con una sonrisa tensa y un cumplido.

—Es muy guapo —dije.

—Gracias —dijo la mujer, sonriendo—. Estoy de acuerdo.

—¿Cómo se llama?

La pregunta la respondió otra voz. La voz de un hombre. Una voz que había oído antes.

—Se llama Charlie —dijo la voz.

El hombre, que venía dos o tres pasos por detrás de la mujer y el niño, entró en el cenador. Inmediatamente, puso una mano protectora sobre la mujer del cochecito. Luego se volvió hacia mí. Y me puse blanca.

Sentí que un grito me subía por la garganta. Logré sofocarlo. No sé cómo, pero después de unos segundos de silencio provocados por el impacto,

conseguí decir:

—Hola.

Jack Malone también tardó un momento en recuperar la voz. Al final, se obligó a sonreír.

—Hola, Sara —dijo.

2

—Hola, Sara.

Le miré sin decir nada. ¿Cuánto tiempo hacía? El día de Acción de Gracias de 1945. Cuatro años, más o menos. Dios mío, cuatro años. Y de algún modo me había perseguido todo aquel tiempo. No había pasado un solo día sin que pensara en él. Preguntándome siempre dónde estaría. Si volvería a verle algún día. O si aquellas tres palabras de la postal, «Lo siento. Jack», eran su declaración final.

Cuatro años. ¿Podían haber pasado tan deprisa? Parpadeas una vez y eres una novata en Nueva York, recién salida de la universidad. Parpadeas otra vez, y eres una mujer divorciada de veintiocho años, que se encuentra de repente cara a cara con el hombre con quien pasó una noche cincuenta meses atrás..., cuya presencia ha sido una sombra en todo lo que has hecho desde entonces.

Observé su cara. Cuatro años después, seguía pareciendo igual de irlandés. Seguía teniendo la piel rojiza y la mandíbula cuadrada. Aquel monaguillo todavía no tenía arrugas. Llevaba un abrigo marrón oscuro, gruesos guantes de piel y una gorra plana. A primera vista, Jack Malone era una copia exacta del hombre que yo había conocido en 1945.

—¿Os conocéis?

Era la mujer la que hablaba. Un dato: era su esposa. Su voz era agradable, sin desconfianza, a pesar del impacto evidente que habíamos manifestado su marido y yo hacía solo un momento. Volví a mirarla. Sí, sin duda era

contemporánea mía, y era bonita de una forma pálida. Llevaba un abrigo azul marino con el cuello de piel y guantes a juego. Se sujetaba el cabello, castaño claro y corto, con una cinta de terciopelo negro. Era tan alta como Jack, casi un metro setenta, calculé, pero sin corpulencia alguna. A pesar de su grueso abrigo, se notaba que era angulosa y delgada.

Tenía una cara atractiva y demacrada que recordaba los retratos de los primeros colonos de la Colony Bay en Massachusetts. Podía imaginármela afrontando la dureza del Boston de 1610 con una decisión de acero. Aunque me obsequió con una simpática sonrisa, presentí que en caso necesario, podía ser formidable.

El bebé dormía. Pero no era un bebé en realidad; tenía por lo menos tres años. Un niño. Y muy gracioso, como todos los niños tan pequeños. Embutido en un traje de nieve azul marino, llevaba unos pequeños guantes sujetos al traje con imperdibles. El color del traje hacía juego con el abrigo de su madre. Era enterecedor. Es adorable poderte coordinar con tu hijo. Qué bonito privilegio, aunque estaba segura de que ella no lo consideraba un privilegio. ¿Por qué? Tenía un marido, un niño. Le tenía a él, maldita sea. A él... y una matriz en buen estado. Aunque estoy segura de que ella consideraba que tenía todo aquello por derecho. Su «derecho divino a la maternidad y a aquel hombre». Aquel horrible, abominable, egoísta y guapo irlandés...

Oh, Dios, si alguien me oyera.

—Sí —oí que decía él—, nos conocemos. ¿Verdad que sí, Sara?

Volví de golpe a Central Park.

—Sí, nos conocemos —logré decir.

—Sara Smythe..., mi esposa Dorothy.

Ella sonrió e inclinó la cabeza. Yo hice lo mismo.

—Y nuestro hijo Charlie, claro —dijo él, apoyándose en el cochecito.

—¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir tres y medio —precisó Dorothy.

Hice unos cálculos rápidos en mi cabeza, y luego miré directamente a Jack. El esquivó mis ojos.

—¿Tres y medio? —dije—. Es una buena edad, seguro.

—Es maravillosa —dijo Dorothy— porque ya habla. Lo cierto es que no para, ¿verdad, cariño?

—Ya lo creo —dijo Jack—. ¿Cómo está tu famoso hermano?

—Prosperando —contesté.

—Así nos conocimos Sara y yo —dijo Jack a Dorothy—. Nos conocimos en una fiesta que celebraba su hermano... ¿cuándo fue?

—La víspera del día de Acción de Gracias de 1945.

—Caramba, tienes mejor memoria que yo. Y ¿cómo se llamaba el chico con quien estabas aquella noche?

Vaya con el simulador. Cubriéndose las espaldas como un ladrón experimentado.

—Dwight D. Eisenhower —respondí.

Hubo un momento de asombrado silencio, seguido de una risita nerviosa de Jack y Dorothy.

—Sigues siendo la más rápida del Oeste —dijo Jack.

—Espere un momento —dijo Dorothy—, ¿no es usted la Sara Smythe que escribe para *Saturday Night/Sunday Morning*?

—Sí, es ella —contestó Jack.

—Me encanta su columna —dijo—. Soy una gran admiradora suya.

—Yo también —añadió Jack.

—Gracias —dije, mirando al suelo.

Le dio un codazo a su marido.

—No me habías dicho que conocías a la Sara Smythe de «La vida real por Sara Smythe».

Jack se encogió de hombros.

—¿Y no leí en *Winchell* —añadió Dorothy—, que su hermano es uno de los guionistas de Marty Manning?

—Es el niño mimado de Manning —dijo Jack—. Su primer guionista.

Sin mirar a Jack, dije:

—Veo que nos has seguido la pista.

—Bueno, leo los periódicos como todo el mundo. Pero me alegro de ver que a los dos os ha ido tan bien. Por favor, saluda a Eric de mi parte.

Asentí con la cabeza. Pensando: «¿Ya no te acuerdas de que no le caíste

bien?».

—Tiene que venir a visitarnos algún día —dijo Dorothy—. ¿Vive en este barrio?

—Cerca, sí.

—Nosotros también —dijo Jack—. En el 20 de la Calle 84 Oeste, junto a Central Park Oeste.

—A Jack y a mí nos encantaría que usted y su marido...

—No estoy casada —advertí, evitando también la mirada de Jack.

—Perdóneme —dijo Dorothy—. No sé por qué lo he dado por supuesto.

—No se preocupe —dije—. Estuve casada.

—¿Ah, sí? —preguntó Jack—. ¿Cuánto tiempo?

—No mucho tiempo...

—Lo siento —dijo Dorothy.

—No lo sienta. Fue una equivocación. Una equivocación rápida.

—La gente se equivoca —medió Jack.

—Sí —dije—. Tienes razón.

Tenía que acabar aquella conversación inmediatamente. Miré el reloj. — Oh, qué tarde —exclamé—. Tengo que volver.

—¿Vendrá a vernos? —preguntó Dorothy.

—Por supuesto —dije.

—¿Y si quiero ponerme en contacto contigo? —preguntó Jack.

—No estoy en la guía —repuse—. Mi nombre no figura.

—Claro —dijo Dorothy—. Usted es famosa...

—No se puede decir que sea famosa.

—Bueno, nosotros sí figuramos —dijo Jack—. O puedes localizarme en la oficina.

—Jack trabaja en Steele y Sherwood —puntualizó Dorothy.

—¿La agencia de relaciones públicas? —pregunté—. Creía que eras periodista.

—Lo era, mientras hubo una guerra de la que informar. Pero ahora el dinero está en las relaciones públicas. Recuerda esto: si buscas a alguien que le dé un empujón a tu imagen pública... nuestra empresa puede hacerlo por ti.

No podía creer su actitud, la forma como fingía que yo no era más que una

conocida casual. O quizá para él yo no era nada más que eso. Dorothy volvió a darle un codazo de reprimenda.

—Ya está bien —dijo ella—. Siempre estás trabajando.

—Hablo en serio. Nuestra empresa podría hacer mucho por una joven columnista tan prometedora como Sara. Podríamos darte un perfil totalmente nuevo.

—¿Con o sin anestesia? —dije. Jack y Dorothy se rieron al instante.

—Caramba, sí que eres la más ingeniosa del Oeste —dijo él—. Me he alegrado de verte después de tanto tiempo.

Reprimí mis ganas de decir: «Yo a ti también».

—Mucho gusto en conocerla, Dorothy —dije.

—No, el placer es mío. De verdad, es mi periodista preferida.

—Me halaga —dije.

Luego, con un saludo rápido de la mano me di la vuelta y volví caminando hacia la carretera. Cuando llegué, me apoyé en un farol y respiré hondo para rehacerme. Luego oí sus voces que se acercaban por el mismo camino. Enseguida me puse a caminar por la carretera y me dirigí a toda velocidad a la salida de la Calle 77. No me volví, por miedo a encontrármelos detrás de mí. Quería escapar. Rápidamente.

Cuando llegué a Central Park Oeste, paré un taxi para recorrer las cuatro largas travesías hasta Riverside Drive. En cuanto llegué a mi casa, cerré la puerta del piso de golpe, tiré el abrigo sobre el sofá y empecé a pasear por la sala. Sí, estaba frenética. Sí, estaba irritada. Sí, estaba muy pero que muy desazonada.

El muy cabrón. El cabrón rompecorazones.

«¿Cuántos años tiene?»

«Acaba de cumplir tres años y medio.»

«Tres años y medio. Qué bonita edad.»

Tres y medio significaba que Charlie había nacido a principios del verano del 46. Si «acababa de cumplir» esta edad, significaba que la concepción había tenido lugar en...

Empecé a descontar meses con los dedos. Junio, mayo, abril, marzo, febrero, enero, diciembre, noviembre, octubre...

En octubre del 45.

Oh, completo h.d.p. Ella ya estaba en escena cuando me lanzaste tu embrujo.

Pensar... pensar en la forma idiota e infantil de tragarme tu actuación. Los miles de palabras inútiles que escribí en mis cartas. Los meses absurdos de consumirme mientras esperaba que me contestaras. Y luego... luego aquella postal escueta.

«Lo siento.»

Pero ahora sabía por qué. Como sabía que en los últimos años había ido siguiendo mis progresos. Sabía que había escrito para *Saturday/Sunday*, y conocía el éxito de Eric. Podría haberse puesto en contacto conmigo fácilmente a través de la revista. Pero claro, ¿cómo iba a hacer algo tan directo y al descubierto aquel hombre encantador?

Le di una patada a la mesa. Me maldije por ser tan tonta, por ser tan exagerada, por encontrarle todavía tan atractivo. Fui a la cocina. Encontré una botella de J&B en un armario. Me serví un trago y me lo bebí pensando: «Nunca bebo antes del anochecer». Pero necesitaba algo fuerte. Porque de todo el remolino de emociones que giraban en mi cerebro, la que predominaba sobre todas era el anhelo total y absoluto de tener a aquel hombre maldito. Quería odiarle, despreciarle por su deshonestidad y por la mala pasada que me había jugado. Aún mejor, quería apartarle de mis pensamientos con una frialdad desapegada, encogerme de hombros y seguir adelante. Pero heme allí —menos de veinte minutos después de verle— sintiéndome a la vez furiosa y ávida. Le odiaba. Le quería. Por mucho que lo intentara no podía deshacerme del impacto instantáneo, de la rabia y el deseo que me había producido verle en el parque. El impacto y la rabia eran comprensibles, sí. Pero aquel deseo ardiente me desconcertaba por completo. Y me dejó con una necesidad desesperada de otro pequeño escocés.

Después del segundo trago, guardé la botella y salí del piso. Me obligué a comer en una cafetería del barrio, y después me metí en un cine de baja categoría con programa doble, el Beacon. La película B del programa era una cinta bélica sin interés con Cornell Wilde y Ward Bond. Pero la película buena, *La costilla de Adán*, con Hepburn y Tracey, era deliciosa: ingeniosa,

fresca y urbana —por no hablar de que estaba ambientada en el mundo de las revistas, lo que me divirtió mucho. Las estrellas de cine no solo pronuncian las mejores frases sino que, también, se ven envueltas en problemas románticos en la pantalla que siempre se resuelven... o terminan con una maravillosa gravedad trágica. Para el resto de simples mortales, las cosas nunca acaban tan limpiamente. Siempre está todo embrollado.

Volví a casa sobre las seis. En cuanto crucé la puerta, el teléfono sonó. Lo descolgué.

—Hola —dijo él.

Inmediatamente, el corazón me dio un vuelco.

—¿Sigues ahí, Sara? —preguntó Jack.

—Sí. Sigo aquí.

—O sea que tu nombre sí figura.

No dije nada.

—No te culpo por decírmelo.

—Jack, no tengo ganas de hablar contigo.

—Ya sé por qué. Y me lo merezco. Pero si pudiera...

—¿Qué? ¿Explicarte?

—Sí, me gustaría intentar explicarme.

—No tengo ganas de oír excusas.

—Sara...

—No. No quiero excusas. Ni explicaciones. Ni justificaciones.

—Lo siento. No sabes cuánto lo...

—La enhorabuena. Mereces lamentarlo. Lamentar haberme engañado. Haberla engañado a ella. Ya formaba parte de tu vida cuando nos conocimos, ¿verdad?

Silencio.

—Bueno, ¿sí o no?

—Estas cosas nunca son sencillas.

—Oh, por favor...

—Cuando te conocí, no...

—Jack, ya te lo he dicho. No quiero saberlo. Así que déjame en paz. Ya no tenemos nada más que decirnos.

—Sí tenemos... —dijo él con vehemencia—. Porque estos últimos cuatro años...

—Voy a colgar...

—... estos últimos cuatro años no he dejado de pensar en ti ni una sola hora ni un solo día.

Un largo silencio.

—¿Por qué me dices esto ahora? —pregunté al fin.

—Porque es verdad.

—No te creo.

—No me sorprende. Y sí, sí... Sé que debería haberte escrito... Debería haber respondido a todas aquellas asombrosas cartas que me enviaste. Pero...

—En serio que no tengo ganas de escucharte, Jack.

—Por favor, veámonos.

—Ni hablar.

—Mira, estoy en Broadway con la Calle 83. Podría estar en tu casa en cinco minutos.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Por la guía.

—A ver si adivino lo que le dijiste a tu esposa..., que salías a comprar tabaco y a tomar un poco el aire. ¿Acierto?

—Sí —dijo de mala gana—. Algo así.

—Sorpresa, sorpresa. Más mentiras.

—Al menos deja que te invite a una taza de café. O una copa...

—Adiós.

—Sara, por favor... Dame una oportunidad.

—Te la di. ¿No te acuerdas?

Colgué el teléfono. Volvió a sonar al instante. Levanté el receptor.

—Solo diez minutos de tu tiempo —dijo Jack—. Solo te pido esto.

—Yo te di ocho meses de mi tiempo... y ¿qué hiciste con ellos?

—Cometí un terrible error.

—Finalmente, un atisbo de reconocimiento. No me interesa. Déjame en paz y no vuelvas a llamarme.

Colgué, pero luego dejé el teléfono descolgado.

Luché contra la tentación de tomar otro trago de escocés. Unos minutos después sonó el interfono de la puerta. Por Dios, estaba allí. Entré en la cocina y levanté el auricular. Grité:

—Te he dicho que no quería volver a verte.

—Hay una cafetería en la esquina —dijo Jack, con la voz entrecortada por la mala conexión—. Te esperaré allí.

—No pierdas el tiempo —dije—. No pienso ir.

Colgué.

La siguiente media hora intenté hacer cosas. Fregué los platos acumulados en el fregadero desde el día anterior. Me preparé una taza de café. Me la llevé a la mesa. Me senté e intenté corregir las cuatro columnas que había escrito durante la ventisca. Finalmente, me levanté, cogí el abrigo y salí.

Había dos minutos caminando desde mi casa hasta el Gitlitz's Delicatessen.

Estaba sentado en un compartimento cercano a la puerta. Tenía una taza de café delante y un cenicero con cuatro colillas. Cuando yo entré, estaba encendiendo otro Chesterfield. Se puso en pie de un salto, con una sonrisa nerviosa en la cara.

—Empezaba a perder la esperanza... —dijo.

—Piérdela —dije, sentándome—. Porque dentro de diez minutos me voy.

—Me alegro tanto de verte —dijo, sentándose frente a mí—. No sabes cuánto me alegro...

Le interrumpí.

—Me tomaría una taza de café.

—Claro, claro —dijo, haciendo un gesto al camarero—. ¿Qué quieres comer?

—Nada.

—¿Estás segura?

—No tengo hambre.

Fue a cogerme la mano. La aparté.

—Estás preciosa, Sara.

Miré el reloj.

—Nueve minutos y quince segundos. Se te acaba el tiempo, Jack.

—Me odias, ¿verdad?

Esquivé la respuesta mirando otra vez el reloj.

—Ocho minutos, cuarenta y cinco segundos.

—Tomé una opción equivocada.

—Hablar es barato..., como dicen en Brooklyn.

Parpadeó y le dio una calada al cigarrillo. La camarera se acercó con el café.

—Tienes razón —dije—. Lo que hice es inexcusable.

—Solo tenías que contestar a una de mis cartas. Te llegaron todas, ¿verdad?

—Sí, todas. Eran fantásticas, extraordinarias. Tanto que las conservo todas.

—Me emocionas. Ahora vas a decirme que se las enseñaste todas a... ¿cómo se llama?

—Dorothy.

—Ah, sí, Dorothy. Muy de *El Mago de Oz*. A ver si lo adivino: la conociste en Kansas con su perrito *Toto*...

Cerré la boca un momento y después dije:

—Creo que voy a marcharme.

—No te vayas, Sara. No sabes cuánto lo siento...

—¿Cuántas cartas te escribí?

—Treinta y dos cartas y cuarenta y cuatro postales —dijo.

Lo miré atentamente.

—Es un inventario muy preciso.

—Para mí todas tienen un gran valor.

—Oh, por favor. Puedo aguantar las mentiras. Pero las mentiras sensibleras...

—Es la verdad.

—No te creo.

—Estaba embarazada, Sara. No lo sabía cuando te conocí.

—Pero evidentemente ya la conocías, de un modo u otro, cuando me conociste a mí. O no podría estar embarazada de ti. ¿O es que me equivoco?

Suspiró pesadamente, exhalando una bocanada de humo.

—La conocí en agosto del cuarenta y cinco. *Stars Stripes* acababa de

enviarme a Inglaterra después de la misión en Alemania. Me habían destinado por un periodo de tres meses a su oficina principal en Europa, que estaba situada en la sede de los aliados, en las afueras de Londres. Dorothy trabajaba allí como mecanógrafa. Acababa de salir de la universidad y se había presentado voluntaria. «Tenía la romántica idea de hacer algo por la guerra», me dijo más tarde. «Me veía como una heroína de Hemingway trabajando en un hospital de campaña.» Pero el ejército la destinó a Londres como secretaria. Un día, durante una pausa para tomar café en la cantina, charlamos. Se aburría mucho escribiendo a máquina. Yo me aburría reescribiendo a otros periodistas todo el día. Empezamos a vernos después del trabajo. Empezamos a dormir juntos. No era amor. No era pasión. Era solo... algo que hacer. Una forma de pasar el rato en la aburrida capital de Inglaterra. Nos gustábamos, eso sí. Pero los dos sabíamos que solo se trataba de una aventura pasajera, sin ningún futuro fuera de Inglaterra.

»Dos meses más tarde, a principios de noviembre, me dijeron que tenía que cubrir el inicio de la reconstrucción en Alemania... pero primero podía tomarme un descanso en Estados Unidos. Cuando le dije que me marchaba, se puso un poco triste... pero también fue realista. Había sido bonito. Nos gustábamos. Y yo pensaba que ella era toda una señora.

Yo no era más que un chico católico de Brooklyn, mientras que ella era una episcopaliana con clase de Mount Kisco. Yo fui al Erasmus High. Ella fue al Rosemary Hall y a Smith. Estaba fuera de mi alcance. Ella también lo sabía, aunque era demasiado buena para decírmelo. En parte yo me sentía halagado de que se hubiera dignado pasar el tiempo conmigo. Pero estas cosas suceden durante la guerra. Ella está allí, tú estás allí... ¿Por qué no?

»Bueno, salí de Inglaterra el 10 de noviembre, esperando no volver a ver a Dorothy. Dos semanas después te conocí. Y...»

Se interrumpió y apagó el cigarrillo. Luego cogió otro Chesterfield y lo encendió.

—¿Y qué? —pregunté en voz baja.

—Lo supe.

Silencio.

—Fue inmediato e instantáneo —dijo—. Un vuelco total. Pero lo supe.

Miré fijamente mi café. No dije nada. De nuevo, hizo ademán de cogerme la mano. Esta vez no la aparté. Sus dedos tocaron los míos. Me estremecí. Quería apartar la mano, pero no la moví. Cuando volvió a hablar, su voz era casi un susurro.

—Todo lo que te dije aquella noche, era cierto. Todo, Sara.

—No quiero escucharte.

—Sí quieres.

Aparté la mano.

—No, no quiero.

—Lo supiste, Sara.

—Sí, claro que lo supe —susurré—. Treinta y dos cartas, cuarenta y dos postales... y me preguntas si lo supe. No te echaba solo de menos. Me moría por verte. No quería, pero no podía evitarlo. Y cuando no contestaste...

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó dos sobres. Los colocó delante de mí.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Dos cartas que te escribí y no llegué a mandarte.

Las miré. Los sobres llevaban el sello del ejército de Estados Unidos. Parecían estropeados y un poco envejecidos.

—La primera la escribí en el barco, de camino a Alemania —dijo—. Pensaba mandártela en cuanto atracáramos en Hamburgo. Pero cuando llegué, me esperaba una carta de Dorothy. Me decía que estaba embarazada. Inmediatamente pedí un permiso de una semana y tomé el barco a Londres. Por el camino, decidí decirle que, por mucho que me gustara, no podía casarme con ella. Porque... —otra profunda calada al cigarrillo— ...no estaba enamorado de ella. Y porque te había conocido. Pero cuando llegué a Inglaterra, ella...

—¿Qué? ¿Se echó en tus brazos? ¿Lloró? ¿Dijo que tenía mucho miedo de que la abandonarás? ¿Luego te dijo que te quería?

—Sí, todo. También dijo que su familia la repudiaría si tenía al niño sola. Después de conocerles, creo que me decía la verdad. No la culpo...

—¿Por qué ibas a culparla? En su lugar, yo habría hecho exactamente lo mismo.

—Sentí que no tenía elección. Salió a relucir el viejo dogma de los jesuitas: «Si no eres responsable de tus actos... no escaparás a los pecados de la carne...», y toda la parafernalia católica sobre la culpabilidad me llevó a decir que sí, que me casaría con ella.

—Fue muy responsable por tu parte.

—Es una buena mujer. No tenemos grandes problemas. Nos llevamos bien. Es un acuerdo... afable, creo.

No hice ningún comentario. Al cabo de un momento, tocó uno de los sobres y dijo:

—Escribí la segunda carta cuando volvía a Hamburgo. En ella te explico...

—De verdad que no tengo ganas de conocer tus explicaciones —dije, empujando los sobres hacia él.

—Llévatelos a casa y léelos por lo menos.

—¿Qué sentido tiene? Lo pasado, pasado está... y hace cuatro años. Pasamos una noche juntos. Creí que era el comienzo de algo. Me equivoqué. *C'est la vie*. Se acabó el asunto. No estoy enfadada contigo por «cumplir con tu deber» casándote con Dorothy. Es solo que... podrías haberme ahorrado mucha aflicción y sufrimiento si hubieses sido sincero y me hubieras explicado lo que pasaba.

—Quería hacerlo. Es lo que explico en la segunda carta. La escribí en el tren de vuelta a Hamburgo. Pero cuando llegué, encontré tres de tus cartas esperándome y me entró pánico. No sabía qué hacer.

—Y decidiste que lo mejor era no hacer nada. Negarte a contestar mis cartas. Tenerme pendiente de ti. ¿O tenías la esperanza de que finalmente captara el mensaje y me esfumara?

Clavó la vista en su taza de café y calló. Finalmente, habló:

—*Ego te absolvo...* ¿Es esto lo que quieres? La vergüenza la podría haber afrontado. La culpabilidad la podría haber afrontado. La verdad la podría haber afrontado. Pero elegiste el silencio. Después de jurarme amor, que es algo muy grande para jurarlo, no podías afrontar un problema ético tan simple como aclarar las cosas conmigo.

—No quería hacerte daño...

—Oh, por el amor de Dios, no me vengas con estereotipos tontos —dije,

enfadándome de golpe—. Me hiciste más daño manteniéndome en la ignorancia. Y cuando te dignaste mandarme una postal, ¿cuál era tu mensaje? «Lo siento.» Después de ocho meses y todas aquellas cartas, solo me dijiste eso. No sabes cómo te desprecié cuando encontré tu postal en mi felpudo.

—A veces hacemos cosas que ni siquiera nosotros entendemos.

Apagó el cigarrillo. Estaba a punto de encender otro pero se lo pensó mejor. Parecía desconcertado y triste, como si no supiera qué hacer a continuación.

—Debo irme —dije.

Iba a ponerme en pie, pero me cogió la mano.

—Sé exactamente dónde vives desde hace dos años. He leído todo lo que has escrito en *Saturday Night/Sunday Morning*. He querido llamarte cada día.

—Pero no lo hiciste...

—Porque no podía. Hasta hoy. Cuando te vi en el parque, supe inmediatamente que... Aparté mi mano de la suya y le interrumpí.

—Jack, esto no conduce a nada.

—Por favor, deja que vuelva a verte.

—No salgo con hombres casados. Y tú estás casado, ¿recuerdas?

Me volví y me dirigí rápidamente a la puerta, sin mirar si me seguía. El aire nocturno de enero fue como una bofetada en la cara. Pensé en ir hacia el este, a mi piso, pero me daba miedo que me llamara otra vez. Así que me dirigí al sur, por Broadway, y me metí en un bar en el vestíbulo del hotel Ansonia. Me senté en una mesa cerca de la puerta. Me bebí un J&B. Pedí otro.

«A veces hacemos cosas que ni nosotros entendemos.»

Sí, como enamorarme de ti.

Tiré el dinero sobre la mesa. Me levanté y me marché. Paré un taxi. Le pedí que me llevara en dirección sur. Cuando llegamos a la Calle 34, le pedí que diera media vuelta. El taxista se mostró aturdido por mi repentino cambio de dirección.

—Señora, ¿tiene idea de adonde va? —preguntó.

—Ninguna —dije.

Pedí al taxista que me dejara frente a mi casa. Con gran alivio vi que Jack

no me esperaba fuera. Pero había pasado a verme, porque los dos sobres me esperaban sobre el felpudo, ante mi puerta. Los recogí. Entré en el piso. Me quité el abrigo. Entré en la cocina y puse el hervidor al fuego. Tiré las dos cartas al cubo de la basura. Me preparé una taza de té. Fui a la sala. Puse un disco del Cuarteto de cuerda de Budapest interpretando el cuarteto K 421 de Mozart. Me senté en el sofá e intenté escuchar la música. A los cinco minutos, me levanté, fui a la cocina y recogí las cartas de la basura. Me senté en la mesa de la cocina. Coloqué los sobres delante de mí. Los miré durante largo rato, haciendo un esfuerzo para no abrirlos. Escuchaba a Mozart. Finalmente, cogí el primer sobre. Iba dirigido a mi antiguo piso de la calle Bedford. La dirección estaba corrida, como si hubiera estado expuesta a la lluvia. El mismo sobre estaba arrugado, gastado y envejecido. Pero seguía cerrado. Lo rasgué. Dentro había una hoja de papel de *Stars and Stripes*. La letra de Jack era clara, fluida, fácil de descifrar.

27 de noviembre de 1945

Mi preciosa Sara:

Estoy en algún punto de la costa de Nueva Escocia. Llevamos dos días navegando. Todavía falta una semana para que atraquemos en Hamburgo. Mi «magnífica habitación» podría calificarse educadamente de «íntima» (mide 3 por 2 metros, como una celda de la prisión). Tampoco es muy privada, porque la comparto con cinco chicos más, dos de ellos roncadoreos congénitos. El ejército es especialista en inventar formas de meter seis soldados en un armario. No me extraña que ganáramos la guerra.

Cuando levamos anclas en Brooklyn hace dos días, tuve que hacer un esfuerzo para no saltar por la borda, nadar hasta la costa, coger el metro de vuelta a Manhattan y llamar a tu puerta de la calle Bedford. Pero esto me habría costado un año de arresto, mientras que la actual sentencia penal es de solo nueve meses. Más vale que me estés esperando en la base naval de Brooklyn cuando atraquemos en septiembre..., de otro modo puedo hacer algo desesperado y autodestructivo como hacerme monje.

¿Qué puedo decir, señorita Smythe? Solo esto: la gente siempre habla de eso que se denomina «a primera vista». Nunca me lo había creído... y siempre había pensado que era cosa de películas baratas (normalmente con Jane Wyman como protagonista).

Pero quizá no lo creía porque nunca me había ocurrido. Hasta que te conocí.

¿No te parece que la vida es maravillosamente absurda? En mi última noche en Nueva York fui a parar a una fiesta a la que no debería haber ido, y... aquí estamos. Y casi inmediatamente, pensé: «Voy a casarme con ella».

Y lo haré... si me aceptas.

Sé que voy un poco rápido. Sé que estoy un poco excitado. Pero se supone que el amor te vuelve

impetuoso y chiflado.

Nuestro sargento nos llama para asignarnos las tareas, o sea que tengo que dejarte. Mandaré esta carta en cuanto llegue a Hamburgo. Mientras tanto, solo pensaré en ti de noche y de día.

Te quiero,
JACK

En cuanto terminé de leer esta carta, la releí. Y luego otra vez. Quería sentirme desconfiada, escéptica y dura. Pero solo sentía tristeza. La sensación de todo lo que había entre nosotros tras aquella noche. Una sensación de lo que podría haber sido.

Cogí el otro sobre. Igual de manchado y arrugado. Un recordatorio de que el papel, como las personas, envejece visiblemente después de cuatro años.

3 de enero de 1946

Querida Sara:

Hoy he estado haciendo cálculos, y resulta que han pasado treinta y cinco días desde que me despedí de ti en Brooklyn. Aquel día me marché pensando: he encontrado el amor de mi vida. Durante todo el viaje por el Atlántico, estuve haciendo planes para deshacerme del trabajo de periodista del ejército y volver contigo a Manhattan sin tener que pasar por un consejo de guerra.

Cuando el barco llegó a Hamburgo, encontré una carta esperándome. Una carta que ha dado un vuelco a mi vida.

En los cinco párrafos siguientes, me contaba cómo había conocido a una mecanógrafa americana llamada Dorothy mientras estaba destinado en Inglaterra, cómo habían tenido una aventura pasajera y cómo esta había terminado a principios de noviembre.

Pero entonces, al llegar a Hamburgo, había recibido una carta de ella diciéndole que estaba embarazada. Había ido a verla a Londres. Dorothy había llorado de alivio al verle, porque temía que él la abandonara. Pero él no era de estos.

Todas las acciones tienen consecuencias potenciales. A veces tenemos suerte y esquivamos las repercusiones. A veces nos toca pagar el precio. Que es lo que estoy haciendo ahora.

Esta es la carta más difícil que he escrito, porque tú eres la mujer con quien quiero estar el resto de mi vida. Lo sé con certeza, de forma absoluta. ¿Cómo lo sé? Simplemente lo sé.

Pero no puedo hacer nada para cambiar la situación. Tengo que ser responsable. Tengo que casarme con Dorothy.

Me gustaría golpearme la cabeza contra la pared y maldecirme por haberte perdido. Porque sé

que a partir de ahora estarás siempre conmigo.

Te quiero.

No sabes cuánto lo siento.

Por favor, intenta perdonarme.

JACK

Oh, qué idiota. Idiota, idiota. ¿Por qué demonios no me mandaste la carta? Lo habría entendido. Te habría creído. Te habría perdonado enseguida. Lo habría soportado. Y algún día lo habría superado. Y nunca te habría odiado.

Pero no podías enfrentarte... ¿a qué? ¿A hacerme daño? ¿A abandonarme? ¿O sencillamente a admitir aquel desgraciado incidente?

Pero el hecho de admitir algo —haber cometido un error, haberse equivocado en una opinión, una opción absurda— a veces es lo más difícil del mundo. Especialmente cuando, como Jack, te encuentras atrapado por un accidente biológico.

—¿Te lo crees de verdad? —preguntó Eric aquella noche por teléfono.

—En cierto modo, tiene sentido y explica...

—¿Qué? ¿Que es un cobarde moral, que no podía ofrecerte el beneficio de la verdad?

—Admitió que había cometido un gran error.

—Todos cometemos errores. A veces nos perdonan y a veces no. La cuestión es si tú quieres perdonarle.

Una larga pausa. Finalmente dije:

—¿El perdón no es siempre lo más fácil para todos?

Eric suspiró ruidosamente.

—Claro, y ya puesta, ¿por qué no te pegas un tiro en el pie con una ametralladora y vuelves a cargarla?

—¡Vamos!

—Me has preguntado mi opinión y es esta. Pero, S, eres una chica mayor. Créele si quieres. Ya sabes lo que pasó una vez. Por tu bien, espero que no vuelva a suceder. Así que, si quieres un consejo barato: *cuidado con el comprador*.

—No hay nada que comprar aquí, Eric. Está casado, por el amor de Dios.

—¿Desde cuando «estar casado» ha impedido las tonterías

extraconyugales?

—No haré tonterías, Eric.

La verdad es que no tenía la intención de hacer tonterías. A las tres de la mañana, después de dejar que el insomnio ganara aquella noche la batalla, me senté a la mesa y escribí una carta a máquina.

6 de enero de 1950

Querido Jack:

¿Quién dijo que la distancia nos da siempre la razón? ¿O que si llegas a un cruce de carreteras, siempre tienes que elegir un camino? Me alegro de haber leído tus cartas... que ahora te devuelvo. Me explicaron muchas cosas. Me entristecieron, porque, como tú, también había sentido algo parecido a la certeza tras la noche del día de Acción de Gracias. Pero todos tenemos un pasado... y el tuyo hacía imposible ningún futuro para nosotros. No siento rencor ni animosidad contra ti por lo de Dorothy. Solo me habría gustado que hubieras tenido el valor de mandarme aquellas cartas.

Me insinuaste que tu matrimonio es razonablemente bueno. Como yo he pasado por un mal matrimonio, «razonablemente bueno» me parece más que razonablemente bien. Considérate un hombre afortunado.

Para terminar, os deseo, a ti y a tu familia, mucha suerte en el futuro.

Atentamente,

Y firmé «Sara Smythe». Porque quería estar del todo segura que entendía el mensaje subyacente de la carta: adiós.

Busqué la dirección de Steele y Sherwood en la guía. Encontré un sobre de buen tamaño y escribí aquella dirección. Me puse algo de ropa, fui hasta el buzón de la esquina de Riverside Drive con la Calle 77, y volví rápidamente a mi piso. Me desvestí y me metí en la cama. Ya podía dormir.

Pero no concilié el sueño hasta muy tarde. Porque a las ocho de la mañana sonó el interfono. Fui a la cocina a contestar. Era alguien de la floristería del barrio. Se me encogió el corazón. Abrí la puerta. El chico de reparto me dio una docena de rosas rojas. Llevaban una tarjeta:

Te quiero,

JACK

Puse las flores en agua. Rompí la tarjeta. Pasé el día fuera del piso, holgazaneando por el centro y viendo películas con vistas a mi columna

mensual de cine. Cuando llegué a casa por la noche, fue un alivio ver que no había cartas sobre el felpudo.

Pero al día siguiente, a las ocho, volvió a sonar el interfono.

—De la floristería.

Oh, no...

Esta vez, recibí una docena de claveles rosas. Y una tarjeta, por supuesto.

Por favor, perdóname. Por favor, llámame.

Te quiero,

JACK

Puse las flores en agua. Rompí la tarjeta. Rogué por que mi carta llegara a su oficina aquella mañana y él recibiera el mensaje y me dejara en paz. Pero a las ocho de la mañana siguiente... el interfono.

—De la floristería.

—¿Qué tenemos hoy? —pregunté al chico de reparto.

—Una docena de lirios.

—Llévatelas.

—Lo siento, señora —dijo, poniéndomelas en la mano—. Una entrega es una entrega.

Busqué mi tercer —y último— jarrón. Arreglé las flores y abrí la tarjeta.

Yo sí que voy a elegir un camino en ese cruce.

Y sigo queriéndote.

JACK

Maldito. Maldito. Maldito. Cogí el abrigo y salí como una tromba en dirección a Broadway, a una oficina de Western Union con la Calle 72. Una vez allí, me acerqué al mostrador y cogí un formulario para telegramas y un lápiz muy gastado. Escribí:

Basta de flores. Basta de tópicos. No te quiero. Sal de mi vida. No vuelvas a acercarte a mí.

SARA

Fui a una ventanilla y entregué el formulario a un empleado. Él me lo leyó

en voz alta con una voz monótona, diciendo «stop» cada vez que yo había indicado un punto. Cuando terminó, me preguntó si quería la tarifa normal o la urgente.

—La más rápida posible.

Me costó un dólar quince centavos. Entregarían el telegrama a Jack en su oficina dentro de dos horas. Mientras buscaba el dinero en mi bolso para pagar el telegrama, me temblaban las manos. De vuelta a casa, me paré en una cafetería y me tomé una taza de café, intentando convencerme de que había hecho lo correcto. Mi vida —me decía a mí misma— iba bien por una vez. Tenía éxito profesional. Tenía seguridad económica. Había superado la ruptura matrimonial lo mejor que cabía esperar. Sin duda, la certeza de que nunca podría tener hijos seguía obsesionándome... pero siempre estaría allí, estuviera con quien estuviera. Y seguro que estaría allí si me liaba con un hombre casado. Especialmente con uno que ya tenía un hijo propio.

De acuerdo, de acuerdo, todavía le quería. Pero el amor no puede funcionar sin una base pragmática. Y no había nada pragmático en la situación de Jack. Solo nos daría —me daría— disgustos.

Por supuesto que había hecho lo correcto mandando aquel telegrama. ¿O no?

Estuve fuera el resto del día. Cuando llegué a casa por la noche, abrí la puerta y sentí una punzada de desilusión cuando vi que no había ningún telegrama de Jack esperándome. Al día siguiente dormí hasta casi las nueve. Me desperté con un sobresalto y bajé enseguida a ver si había llegado alguna carta del señor Malone. No había nada. Se me ocurrió que no habían llegado flores. A lo mejor estaba tan dormida que no había oído el interfono...

Llamé a la floristería.

—Lo siento, señorita Smythe —dijo el señor Handleman—, hoy no es su día de suerte.

Ni lo fue el día siguiente. Ni el siguiente. Ni el siguiente.

Pasó una semana sin saber nada de Jack. «Sal de mi vida. No vuelvas a acercarte a mí.» Oh, Dios, me había tomado la palabra.

Una y otra vez me dije que había hecho bien, que era una decisión sensata. Una y otra vez, le eché de menos.

Y finalmente, nueve días después de que yo mandara aquel telegrama, recibí una carta. Era breve y decía:

Sara:

Esta es la segunda carta más difícil que he escrito en mi vida. Pero a diferencia de la primera, esta la voy a mandar.

Respetaré tus deseos. No volverás a saber de mí. Pero has de saber que siempre estarás conmigo, y que nunca lograré apartarte de mi cabeza porque tú eres el amor de mi vida.

Esta carta no la rompí. Quizá porque me quedé demasiado aturdida. Aquella mañana, tomé un taxi a Penn Station y subí a un tren en dirección a Chicago, donde un club de señoras me había invitado a dar una charla, me pagaban doscientos dólares, más los gastos, por una hora de trabajo. Tenía que estar fuera cuatro días. Sin embargo, llegué a Chicago a tiempo de vivir la peor ventisca de la ciudad en treinta años. Como descubrí enseguida, una ventisca en Chicago hacía que el equivalente climático de Manhattan pareciera un suave chubasco primaveral de nieve. No es que Chicago quedara paralizada, quedó petrificada. El mercurio bajó a menos veintitrés grados. El viento del lago Michigan era cortante como un bisturí. No dejaba de nevar. Se anuló la charla. Se anuló el tren de regreso. Era imposible salir. Estuve ocho días encerrada en el Hotel Ambassador de la Avenida North Michigan. Maté el tiempo escribiendo algunas columnas de «La vida real» en la Remington y leyendo novelas de misterio. Pensaba: «Esto no es el Medio Oeste americano. Esto es una mala novela rusa».

Cada hora que pasaba intentaba convencerme de que había hecho bien enviándole el telegrama a Jack. Ya me había roto el corazón una vez. No iba a permitir que lo hiciera de nuevo. O, al menos, esta era la justificación que no dejaba de repetirme, intentando no pensar que había cometido el peor error de mi vida.

Finalmente, los trenes se pusieron en marcha. Conseguir un billete en uno que fuera a Nueva York fue una pesadilla. A las cuarenta y ocho horas, el conserje del Hotel Ambassador me consiguió un asiento sin litera. Así que estuve toda la noche sentada en el coche bar, bebiendo café malo, intentando leer la última novela de J.P. Marquand (y hartándome un poco de la supuesta

crisis espiritual que sufría su estirado protagonista, un banquero de Boston). Me dormí, y me desperté con el cuello rígido al amanecer en el precioso Newark, en Nueva Jersey.

Hacía frío, pero el día era claro en Manhattan. Me metí en un taxi y dormí en el trayecto hasta Broadway. Tenía un montón de cartas en el felpudo de mi piso. Las repasé por encima. Ninguna con la clara caligrafía de Jack. Me había tomado al pie de la letra. Entré. Miré la nevera y los armarios de la cocina y comprobé que tenía pocos víveres. Descolgué el teléfono y llamé a Gristedes con un largo pedido. Como todavía era temprano, dijeron que me mandarían al chico con el pedido en una hora.

Deshice las maletas y tomé un baño. Mientras me secaba, sonó el interfono. Me puse un albornoz, me envolví el pelo en una toalla, fui a la cocina, descolgué y dije:

—Voy enseguida.

Salí al pasillo. Abrí la puerta. Jack estaba allí. Se me detuvo el corazón. Él me dedicó una de sus ansiosas sonrisas. —Hola —dijo.

—Hola —le contesté, sin entonación.

—Te he hecho salir del baño.

—Sí, es verdad.

—Lo siento. Volveré más tarde.

—No —dije—. Pasa.

Le hice pasar. En cuanto cerró la puerta, me volví a mirarlo. Menos de un segundo después, estábamos abrazados. El beso duró largo rato. Cuando terminó, él solo dijo mi nombre. Silencié la posibilidad de una conversación colocando mi mano en su nuca y besándole de nuevo. Fue un beso largo e intenso. No hacía falta hablar. Solo quería abrazarle. Y no dejarle marchar.

3

Más tarde, aquella mañana, miré a Jack y le dije:

—Quiero que me concedas un pequeño deseo.

—Lo intentaré.

—Quédate conmigo todo el día.

—Hecho —dijo, salió de mi cama y se dirigió a la cocina completamente desnudo.

Oí que hablaba por teléfono; una conversación en voz baja de pocos minutos. Luego volvió al dormitorio, con dos botellas de cerveza.

—Ahora estoy oficialmente fuera de la ciudad hasta el viernes a las cinco de la tarde —dijo—. Son tres días y tres noches. Dime qué quieres hacer, adonde quieres ir...

—No quiero ir a ninguna parte. Solo quiero que estés aquí conmigo.

—Me parece estupendo —dijo, se metió en la cama y me besó intensamente—. Tres días contigo en la cama me parece la mejor idea del mundo. Sobre todo porque nos da carta blanca para beber Schlitz a las diez de la mañana.

—De haber sabido que venías, habría comprado champán.

Uno siempre sabe cuándo tiene una buena relación con alguien. Mientras estás con esa persona, no puedes dejar de hablar. O al menos así fue durante aquellos tres días. No salimos del piso. Nos montamos una barricada frente al mundo. No contesté al teléfono. No abrí la puerta, excepto cuando había hecho algún pedido. Me mandaron provisiones de Gristedes. Llamé a la

tienda de bebidas del barrio y les pedí que me mandaran vino, bourbon y cerveza. Y de Gitlitz's Delicatessen nos hacíamos traer comida preparada cuando nos apetecía.

Nos ocultamos del mundo. Hablamos. Hicimos el amor. Dormimos. Nos despertamos. Hablamos otra vez. En realidad, sabíamos poco el uno del otro. Estábamos ansiosos de información. Yo quería saberlo todo, retomar el hilo donde lo habíamos dejado hacía cuatro años, y que me contara su infancia en Brooklyn y me hablara de su severo padre y de su madre, que había muerto cuando Jack tenía trece años.

—Fue espantoso —dijo—. Yo estaba en el séptimo curso. Era el domingo de Pascua de 1935. Volvíamos de misa, mi madre, mi padre, Meg y yo. Me quité el traje y salí a la calle, a jugar con un par de amigos del barrio. Mi madre me dijo que estuviera de vuelta en una hora como máximo, porque venían unos parientes a almorzar. Cuando estaba jugando con mis amigos, vimos venir a Meg corriendo por la calle, con lágrimas en los ojos... Solo tenía once años... y gritaba: «Mamá está muy enferma». Después solo recuerdo haber corrido como un loco hasta la casa. Cuando llegamos, había una ambulancia enfrente y la policía. De repente, salieron dos hombres por la puerta. Cargaban una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana. Mi padre iba detrás de ellos, sostenido por su hermano Al. Mi padre no lloraba nunca, pero entonces sollozaba como un niño. Y lo supe.

»Fue un infarto. Se le bloqueó una de las arterias que van al corazón y... Solo tenía treinta y cinco años. Ningún historial de problemas cardíacos. Nada. Mi madre no estaba nunca enferma. Estaba demasiado ocupada cuidándonos para pensar en ponerse enferma. Pero allí estaba. En la camilla. Muerta.

»Fue como si me hubieran arrancado el suelo bajo los pies. Esto es lo que me enseñó la muerte de mi madre. Sales a jugar, creyendo que tu vida es segura. Vuelves y descubres que está mutilada para siempre.»

Le pasé una mano por el pelo.

—Tienes razón —dije—. No hay nada seguro. Y no creo que nadie pase por la vida sin tener que vérselas con algunas cartas malas.

Me tocó la cara.

—Y, de vez en cuando, los cuatro ases.

Le besé. Luego dije:

—¿Seguro que no soy un farol?

—Eres la mejor mano posible.

Mucho más tarde, aquella noche, después de darnos un festín con unos bocadillos de ternera de Gitlitz's y unas botellas de Budweiser, me habló de su trabajo como relaciones públicas.

—Naturalmente, yo me veía dejando *Stars and Stripes* y obteniendo un gran empleo en el *Journal-American* o incluso en el *New York Times*. Pero cuando supe que iba a ser padre, decidí optar por algo un poco más lucrativo que los habituales sesenta dólares a la semana de los grandes periódicos... y esto en el caso de que me dieran un empleo. En fin, el jefe de la oficina de Londres de *Stars and Stripes*, Hank Dyer, había trabajado en Steele y Sherwood antes de la guerra, así que tuve una entrada bastante fácil. Y me gusta, porque casi todo el tiempo lo único que haces es almorzar y beber martinis con periodistas y charlar con el cliente. Al principio, solo trabajaba en Manhattan, pero el negocio ha empezado a expandirse y ahora tenemos un montón de cuentas corporativas. Así que, por ahora, soy el enlace con una serie de compañías de seguros por toda la Costa Este. No es tan divertido como en la primera época, cuando me encargaba de un promotor de boxeo y un par de productores de Broadway de poca monta. Pero me han subido el sueldo a setenta dólares a la semana y las dietas de viaje están bien...

—Tienen que compensarte bien si te hacen ir a Albany o Harrisburg.

—No creo que aguante con las compañías de seguros más de dos años. Luego, si puedo, me gustaría dejar las relaciones públicas y volver a un periódico. Mi hermana Meg espera que gane un Pulitzer antes de los treinta y cinco. Yo le he dicho: «Solo si tú llegas a editora jefa de McGraw-Hill». Yo creo que es capaz. McGraw-Hill acaba de hacerla editora... y solo tiene veinticinco años.

—¿Está casada?

—Qué va. Cree que todos los hombres son unos aprovechados —dijo Jack.

—Tiene razón.

Jack me miró cautelosamente.

—¿Lo dices de veras?

—Claro —dije, con una sonrisa.

—¿Tu ex marido era un aprovechado?

—No, solo un banquero.

—Pasó algo malo durante tu matrimonio, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—Por la forma en que siempre evitas hablar de ello.

—Como he dicho antes, casarme con George fue el mayor error de juicio que he cometido. Pero en aquel momento pensé que no tenía elección. Me quedé embarazada.

Entonces se lo conté todo. La triste y precipitada boda. La angustiada luna de miel. Mi limitada vida en Old Greenwich. La pesadilla de mi suegra. La pérdida del bebé. La pérdida de mi capacidad de tener hijos. Cuando terminé, Jack se inclinó sobre la mesa de la cocina y me tomó las manos.

—Oh, mi vida —dijo—. ¿Cómo lo soportas?

—Como se soporta todo: sin más. No hay elección, excepto darse a la bebida, el alcohol, las pastillas, las crisis nerviosas, la depresión o cualquier opción que suponga autocompasión. Pero ¿sabes qué pienso a veces? Sobre todo por las noches, cuando no puedo dormir. ¿Fue culpa mía? ¿De algún modo me provoqué el aborto? Porque, en aquellos días, no dejaba de pensar: si lo pierdo, me libraré de George...

—Era una forma de pensar perfectamente legítima, teniendo en cuenta que el tonto de tu marido y su maldita madre te estaban haciendo la vida imposible. Además, todos pensamos cosas malas cuando tenemos miedo o nos sentimos atrapados...

—La cuestión es que obtuve lo que deseaba. Aborté. Y también destruí mi posibilidad de tener hijos...

—¿Quieres hacer el favor? No destruiste nada. Fue..., no sé como decirlo..., muy mala suerte. Creemos que tenemos el dominio sobre tantas cosas. Y no es así. Es verdad que existen momentos en que tenemos que tomar una decisión sobre cuestiones éticas. Pero, en general, somos víctimas de cosas sobre las que tenemos muy poco control. Tú no tenías ninguno sobre esto. Ninguno.

Tragué saliva. Lo miré con atención. Su vehemencia me había sorprendido... y agradado.

—Gracias —dije finalmente.

—De nada.

—Necesitaba oírlo.

—Y yo necesitaba decírtelo.

—Levántate —dije.

Obedeció. Lo atraje hacia mí. Le besé con intensidad.

—Vuelve a la cama —dije.

Hacia las nueve de la segunda noche, se levantó de la cama y dijo que tenía que hacer una llamada. Se puso los pantalones y se metió un cigarrillo entre los labios; se disculpó y fue a la cocina. Le oí marcar un número. Habló con un tono de voz amable y tranquilo durante unos diez minutos. Fui al baño e intenté distraerme tomando una ducha. Cuando salí diez minutos después, envuelta en un albornoz, estaba sentado en el borde de la cama, con un cigarrillo recién encendido. Le sonreí, nerviosa, ignorando si se notaba que me sentía culpable y que tenía un rival.

—¿Todo bien en casa? —pregunté amablemente.

—Sí, bien. Charlie tiene un poco de gripe, o sea que Dorothy ha pasado mala noche...

—Pobre Dorothy.

Me miró con atención.

—¿No estás celosa de verdad?

—Pues claro que estoy celosa. Te quiero para mí. Quiero estar contigo de día y de noche. Pero como estás casado con Dorothy, no puede ser. Sí, tengo celos de que Dorothy sea tu esposa. Pero esto no significa que la odie. La envidio muchísimo, lo que demuestra mi mal gusto, es evidente. Y tú la quieres, ¿verdad?

—Sara...

—No te lo pregunto de forma acusadora. Solo me interesa. Por razones obvias.

Apagó el cigarrillo a medio fumar. Cogió un Chesterfield nuevo del paquete y lo encendió. Hizo dos inhalaciones profundas antes de hablar:

—Sí —dijo—. La quiero. Pero no es amor.

—¿Qué quieres decir?

—Acabamos juntos debido a Charlie. Estamos locos por el niño. Nos llevamos bien. O, al menos, hemos encontrado la forma de llevarnos bien. No hay... pasión. Es una forma de afabilidad...

—No hacéis...

—Sí, de vez en cuando. Pero a ella no parece importarle.

—¿Y a ti?

—Digámoslo así. Con Dorothy es..., no sé..., está bien, supongo, nada más. Contigo... lo es todo. No sé si me entiendes.

Me incliné para besarle.

—Te entiendo.

—Hazte un favor, échame ahora. Antes de que esto se complique.

—El problema es que si te echo, estarás aquí dentro de cinco minutos, suplicando que te deje entrar.

—Es verdad.

—Vayamos poco a poco, ¿vale? —dije.

—Sí, poco a poco. Y todavía nos queda mañana.

—Exacto. Casi veinticuatro horas.

—Ven aquí —dijo.

Me acerqué a él. Empezó a besarme en la cara, en el cuello. Susurrando:

—No te muevas.

—No voy a ninguna parte —dije.

Dormimos hasta muy tarde. Volvía a nevar. Preparé café y tostadas. Nos metimos en la cama a desayunar. Por primera vez en días, no dijimos nada durante un rato, con la clase de agradable silencio que existe normalmente entre una pareja bien consolidada. Compartimos el *New York Times*. En mi gramófono sonaba el disco de Pau Casals de las suites para violoncelo de Bach. La nieve seguía cayendo.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo.

—Yo también.

—Déjame ver tu historia —dijo Jack.

—¿Qué historia? —dije, sin entenderle.

—La historia que escribiste sobre nosotros.

—¿Cómo te has enterado?

—Por Dorothy. Como te dijo en el parque, es una gran admiradora tuya. Hace años que lee *Saturday Night/Sunday Morning*. Cuando volvíamos aquel día del parque, me contó que lo primero que había leído de ti era una historia breve que escribiste en *Saturday/Sunday* en... ¿cuándo fue?

—1947.

—Bueno, cuando me explicó de qué iba la historia, solo dije: «Oh...» y esperé que no se diera cuenta del impacto que me había producido.

—¿No sospechó nada?

—No. Ella no sabe que pasamos la noche juntos. Enséñamela, anda. —No creo que tenga ninguna copia en casa.

—¿Esperas que me lo crea?

—De acuerdo —dije—. Un momento.

Fui a la sala, busqué en una de mis cajas de archivos y encontré la revista que contenía *Permiso*. Volví al dormitorio y se la entregué a Jack. Luego me metí en el baño.

—Voy a bañarme —dije—. Llama a la puerta cuando hayas terminado. Llamó quince minutos después. Jack entró, se sentó en el borde de la bañera y encendió otro cigarrillo.

—¿Qué? —pregunté.

—¿De verdad crees que beso como un adolescente?

—No, pero creo que el chico de la historia sí.

—Pero es nuestra historia.

—Sí. Pero también es solo una historia.

—Una historia estupendamente escrita.

—No hace falta que digas esto.

—No lo haría si no fuera cierto. ¿Dónde está la siguiente?

—Por ahora esta es toda mi producción literaria.

—Me gustaría leer más cosas tuyas.

—Puedes hacerlo, cada semana en *Saturday Night/Sunday Morning*.

—Ya sabes a qué me refiero.

Le puse una mano enjabonada en el muslo.

—No me importa ser trivial, ligera y de segunda fila.

—Eres mucho más que eso.

—Es tu opinión, y me conmueve. Pero también conozco mis limitaciones.

—Eres una gran escritora.

—No es verdad. De todos modos no tengo ningún interés en ser uno de los grandes. Me gusta lo que escribo. Lo hago bastante bien. Ya sé que es inconsecuente y banal. Pero gano dinero y puedo ir al cine por la tarde. ¿Qué más se puede pedir?

—Fama literaria, supongo —dijo.

—La fama es una abeja. Tiene música. Tiene aguijón. Y también tiene alas.

—¿Emily Dickinson?

Lo miré y sonreí.

—Eres muy listo, Malone.

Fue pasando el día. Hacia las cinco volví a meterlo en mi cama. A las seis me miró y dijo:

—Tengo que irme.

—Sí. Supongo que sí.

—No quiero irme.

—Y yo no quiero que te vayas. Pero así son las cosas.

—Sí. Así son las cosas.

Se duchó y se vistió.

—Ahora voy a marcharme —dijo—. Antes de que empiece a besarte otra vez.

—De acuerdo —dije bajito—. Vete.

—¿Mañana?

—¿Perdona?

—¿Podemos vernos mañana?

—Claro. Por supuesto. Pero... ¿tendrás tiempo?

—Lo encontraré. A las cinco, si te va bien.

—Estaré aquí.

—Bien.

Se inclinó hacia mí. Le puse las manos en el pecho, para que no se acercara

más.

—Mañana, Malone.

—Solo un último beso.

—No.

—¿Por qué?

—Porque acabaremos en la cama.

—Entendido.

Lo ayudé a ponerse el abrigo.

—Debería quedarme —dijo.

—Pero te vas.

Abrí la puerta.

—Sara, yo...

Le puse un dedo en los labios.

—No digas nada.

—Pero...

—Mañana, mi amor. Mañana.

Me cogió una mano y me miró directamente a los ojos. Sonrió.

—Sí —dijo—. Mañana.

4

Al día siguiente, a las cinco y veinte ya estaba convencida de que no aparecería. Estaba caminando de un lado a otro desde las cinco menos diez, convencida de que Jack había cambiado de idea, o Dorothy le había descubierto, o había sucumbido a la culpabilidad. Pero entonces sonó el timbre y salí corriendo. Y allí estaba, con una botella de champán francés en una mano y un ramo de lirios en la otra.

—Lo siento, mi vida —dijo—. Se ha alargado una reu...

Lo interrumpí.

—Estás aquí —dije, agarrándolo por las solapas y tirando de él hacia mí—. Es lo único que cuenta.

Una hora más tarde, en la cama, me miró y dijo:

—¿Qué fue del champán?

Busqué por el suelo y lo encontré debajo de nuestra ropa. El champán estaba tumbado sobre el abrigo de Jack. Las flores estaban a su lado.

—Ha ido a parar allí —dije.

Saltó de la cama, recogió la botella, rompió la cápsula y lo descorchó. Una fuente de espuma nos bautizó.

—Muy buena —dije, con la cara chorreando champán.

—Vaya —dijo.

—Tienes suerte de que te quiera —añadí.

Me pasó la botella.

—Tengo copas —dije.

—A morro, mi vida —replicó—. A lo moscovita.

—Muy bien, camarada —cogí la botella y bebí un trago—. Por cierto, este champán es francés y demasiado caro para tirarlo por mi dormitorio. ¿Cuánto vale, seis o siete dólares la botella?

—¿Qué más da?

—Si tienes que mantener una familia, sí es importante.

—Caramba, eres muy responsable.

—Cállate —dije, pasándole la mano por el pelo.

—Con gusto —dijo, y me empujó otra vez hacia la cama.

Poco después, estábamos abrazados en el lecho. Nos quedamos sumidos en pensamientos silenciosos durante un rato. Luego él dijo:

—Desde que salí de aquí anoche, no podía pensar en otra cosa que no fuera volver contigo.

—Yo también he contado las horas.

—A las tres de la madrugada todavía estaba despierto.

—Lo mismo que yo.

—De haberlo sabido... estuve tentado de llamarte.

—Nunca me llames desde tu casa.

—No lo haré.

—Para que esto funcione, tenemos que ser totalmente discretos. Nada de llamadas desde tu casa o desde la oficina. Utiliza un teléfono público siempre que quieras llamarme. No podemos enviarnos correspondencia. Si te hago un regalo, lo dejas aquí. Y nadie tiene que saber lo nuestro. Nadie.

—¿Por qué te preocupa tanto mantenerlo en secreto?

—¿Crees que quiero el papel de la «feliz destructora» de hogares? ¿O de mujer mantenida? ¿La *maîtresse*? Ni hablar, soldado. Seré tu amante. No seré tu *femme fatale*. Te quiero para mí... pero no quiero la aflicción inherente a amar a un hombre casado. Esto es lo que he decidido a las tres de la madrugada. Tú tendrás tu vida. Yo tendré la mía. Y tú y yo tendremos una vida juntos... de la que nadie tiene que enterarse.

—Te aseguro que Dorothy no sospecha nada... aunque le intrigó la nueva loción que llevaba ayer.

—Pero si yo no llevaba ningún perfume...

—Ya, pero me metí en una farmacia antes de ir a casa para comprar dos frascos de Mennen Skin Bracer, y me puse un poco antes de entrar en casa... por si acaso tenía tu olor en mi piel.

—¿Por qué dos frascos?

Jack fue a buscar su abrigo y sacó una bolsita de una farmacia del barrio.

—Uno para casa, y uno para dejar aquí. También me compré el mismo jabón, el desodorante y el dentífrico que uso en casa.

Lo miré cautelosamente.

—Veo que eres rápido. ¿O es que ya lo habías hecho antes?

—Nunca, nunca había hecho esto.

—Me alegra saberlo.

—Solo procuro no hacer daño a Dorothy.

—Si de verdad no quieres hacerle daño, vístete y vete. Porque esto sin duda va a hacer daño a Dorothy.

—No, si no se entera.

—Se enterará.

—Solo si se lo permito. No permitiré que se entere.

—¿Tan listo eres?

—No es cuestión de ser listo... Es cuestión de protegerla.

—¿Como aquello de «ojos que no ven corazón que no siente»?

—No..., como: no voy a dejarla... pero no quiero dejarte a ti tampoco. Por supuesto, puede que a ti no te guste este arreglo.

—Vaya, así que esto es lo que es: ¿un arreglo? *Cinq-à-sept*, como dice el viejo y alegre Páree. Ya sabes, nuestra literatura francesa, Jack. ¿Quién voy a ser? ¿Emma Bovary?

—¿No estaba casada?

—Touché.

—Sara...

—Qué tonta he sido al considerarme una mujer adúltera, cuando de hecho... ¿qué soy?... una cortesana... ¿Es esta la palabra exacta? Sí, una cortesana cuyo aristocrático amante deja una botella de loción para después del afeitado en su *toilette*.

Un largo silencio. Jack intentó abrazarme. Yo le puse una mano en el

pecho y lo aparté suavemente.

—No voy a permitir que me enredes otra vez —dije.

—No te haré daño.

—Ya lo veremos. —Miré el reloj—. Deberías volver a casa con tu esposa.

Se marchó cinco minutos después.

—Estaré fuera de la ciudad el lunes y el martes. Tengo que estar de vuelta en Nueva York el miércoles al mediodía —dijo, mientras se ponía el abrigo.

—Bien —dije.

—Pero si todo va bien, podré acabar mis reuniones en Filadelfia y estar aquí sobre las ocho de la noche del martes... si me permites pasar la noche aquí.

—No lo sé. Creo que tendré que pensármelo, Jack.

—Sara...

—Y no olvides llevarte la loción y el cepillo de dientes. No los quiero en casa.

—Te llamaré —dijo, y me besó en la frente antes de marcharse del piso.

Pero no me llamó en todo el fin de semana. Tampoco me llamó el lunes. Idiota, idiota, no dejaba de decirme a mí misma. «Lo has alejado.» A las ocho del martes por la noche me estaba preparando para lo peor. «Si de verdad no quieres hacerle daño, vístete y vete. Porque esto sin duda va a hacer daño a Dorothy.» ¿Por qué diantre lo había dicho? Sin duda le había hecho efecto. ¿Por qué me había puesto tan tonta con lo de la loción? Porque siempre tenía que ser la más sensata y razonable. «Deberías volver a casa con tu esposa.» Me había tomado la palabra. Se había ido a casa. Para siempre.

Pero a las ocho sonó el timbre. Salí como una tromba y abrí, furiosa. Jack llevaba el abrigo marrón oscuro y la clase de sombrero de fieltro marrón de ala corta que usaban los periodistas. Llevaba una maleta en una mano y un ramo en la otra.

—¿Dónde te habías metido? —pregunté.

—En Filadelfia —dijo, como si le sorprendiera mi irritación—. Ya lo sabías.

—¿Y el sábado y el domingo?

—En casa con la familia, como me ordenaste...

—Ya sé lo que te dije. Pero no significa que tengas que seguir todos mis consejos.

Intentó reprimir una sonrisa.

—Ven aquí, excéntrica —dijo.

A los pocos segundos de cerrar la puerta del piso, nos habíamos quitado la ropa mutuamente. No llegamos más allá de la alfombra del salón. Cuando tuve la sensación de que empezábamos a molestar a los vecinos, le tapé la boca con la mía. Al acabar, no dijimos nada durante un buen rato.

—Hola —dijo finalmente.

—Hola —contesté riendo.

—Cuatro días han sido...

—Demasiado —dije—. No sabes cuánto te he echado de menos.

—No lo habría dicho jamás.

—No te vuelvas creído, soldado.

Me levanté y fui al dormitorio. Me puse el albornoz. Me acerqué al armario y saqué una bolsa. Cuando volví a la sala, Jack estaba sentado en el sofá, poniéndose los calzoncillos.

—No hace falta que te vistas —dije.

—Pero me voy a congelar. No pones la calefacción muy alta.

—Esto te calentará.— Le di un gran paquete rectangular, envuelto para regalo con el elegante papel azul de Brooks Brothers.

—¿Un regalo? —preguntó.

—Ay, ay, ay, qué listo...

Rasgó el papel. Sonrió e inmediatamente se puso el albornoz azul de lino que yo le había comprado el día anterior.

—Tienes gusto, Smythe —dijo.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Brooks Brothers. Qué categoría. Me siento como si hubiera ido a Princeton.

—Te queda bien.

Se colocó delante del espejo del armario del salón y se miró.

—Sí —dijo—. Es verdad.

Volví a meter la mano en la bolsa y saqué otro paquete.

—¿Estás loca? —dijo.

—No. Solo soy generosa.

—Demasiado —dijo, y me besó en los labios.

—Primero mira si te gusta —dije.

Abrió el paquete. Se rio. Dentro había dos frascos de loción Bay Rum de Caswell Massey.

—¿Dos frascos? —dijo, abriendo uno de ellos.

—Una para quedarse aquí y otro para tu casa.

Me miró con una sonrisa divertida, luego olió el aroma de la loción.

—Es buena —dijo—. ¿Intentas decirme algo?

—Sí. Con la Mennen olías como la taquilla de un vestuario.

—Vaya, qué snob. Albornoces de Brooks Brothers y ahora lociones de Caswell Massey. Lo siguiente serán clases de dicción.

—¿Lamentas que te compre cosas bonitas?

Me acarició el pelo.

—Claro que no. Me encanta. Solo que no sé cómo le explicaré a mi esposa el cambio de loción.

—Puedes decir que la compraste tú.

—Pero es que yo soy de los que no se gastan más de un dólar en una loción.

—Bueno, chico de Brooklyn, tengo una idea. Pasas por Caswell Massey mañana, en Lexington con la Calle 46, y le compras a tu esposa una botella de su *eau de toilette*. Luego puedes decirle que mientras se la comprabas, probaste la loción Bay Rum y decidiste jubilar la Mennen. Le gustará, te lo aseguro.

Se echó un poco de loción en la mano y luego se la puso en la cara.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Me acerqué y empecé a besarle el cuello.

—Funciona.

—Eres estupenda. ¿Tu máquina de escribir es lo bastante portátil?

—No demasiado.

Se acercó a mi mesa y levantó la Remington.

—Yo podría llevarla.

—No tengo ninguna duda. Pero ¿para qué ibas a hacerlo?

—Tengo una idea.

Dos días después, iba en un tren camino de Albany con Jack. Nos inscribimos en el Capital Hotel como señor y señora Malone. Mientras él estaba fuera visitando clientes, yo me senté a la mesa de nuestra habitación y escribí una columna de «La vida real» en la Remington. Jack volvió del trabajo a las cinco en punto. Lo desvestí en menos de un minuto. Media hora después, encendió un cigarrillo y dijo:

—Sin duda, esto es lo más sexy que me ha sucedido nunca en Albany.

—Espero que sí —dije.

Estábamos a unos diez grados bajo cero en Albany, así que nos quedamos en el hotel aquella noche y pedimos servicio de habitaciones. Al día siguiente Jack se enfrentó a los elementos para visitar a más clientes. Yo di una vuelta rápida por la ciudad y decidí que había visto suficiente de Albany por una mañana. De modo que volví a la habitación, escribí la mitad de mi columna cinematográfica en la Remington y pasé la tarde viendo un delicioso programa doble con Victor Mature (*Sansón y Dalila* y *Avenida Wabash*) en un cine cercano. Estaba de vuelta en el hotel a las cinco y media. Cuando estaba abriendo la puerta de la habitación, oí a Jack hablando por teléfono.

—De acuerdo, de acuerdo, sé que estás enfadada, pero... ¿qué más da una noche más? Sí, sí, sí... Tienes razón... pero, vaya, no es que no quiera volver... Sabes que te quiero... Mira, una noche más en Albany puede suponer diez dólares más a la semana... De acuerdo, de acuerdo... Tú también, cariño... Dale un beso a Charlie de mi parte... y sí, mañana a las cinco sin falta... Bien, adiós.

Esperé un momento antes de abrir la puerta. Jack estaba encendiendo un cigarrillo y sirviéndose un bourbon Hiram Walker en uno de los vasos del baño del hotel. Intentó sonreír, pero parecía tenso. Me acerqué, le rodeé el cuello con los brazos y dije:

—Cuéntame.

—No es nada.

—No puede ser nada si te ha puesto tan tenso.

Se encogió de hombros.

—Una llamada de trabajo que me ha puesto nervioso.

Le solté, fui al baño, cogí el otro vaso del lavabo, volví a la habitación y me serví dos dedos de bourbon.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No me gusta que me mientan.

—¿En qué te he mentado?

—«Una llamada de trabajo que me ha puesto nervioso.» He oído con quién hablabas por teléfono.

—¿Cómo que lo has oído?

—Estaba en la puerta...

—¿Fisgando?

—No quería entrar precisamente cuando estabas hablando con Dorothy.

—O es que querías escuchar...

—¿Por qué iba a querer escuchar, Jack?

—No lo sé. Eres tú la que se ha quedado en la puerta...

—Porque no quería ponerte en una situación incómoda entrando en la habitación...

—Lo siento —dijo de repente.

—No me mientas, Jack. Nunca.

Se dio la vuelta y se puso a mirar a través del sucio cristal las tenues luces del centro de Albany.

—Pensé que... no lo sé..., que lo último que querrías escuchar era que había tenido una pelea con Dorothy.

—No seas tonto, Malone. Puede que no me guste que estés casado, pero ese es tu territorio y lo acepto. Sin embargo, si vamos a continuar viéndonos, tendrás que seguirle mintiendo a Dorothy. Si puedes hacerlo, bien. Si no puedes, cogeré el último tren de vuelta a Grand Central esta noche.

Se volvió y me tocó el brazo.

—No tomes ese tren.

—¿Por qué os habéis peleado?

—Quería que volviera esta noche.

—Pues deberías haber vuelto.

—Pero yo quería quedarme contigo.

—Te lo agradezco, pero no cuando empiezas a mentirme ocultándome tus mentiras a Dorothy.

—Soy un idiota.

Sonreí.

—No, eres un idiota casado. ¿Sospecha algo?

—En absoluto. Solo se siente sola. Y yo tengo un lío en la cabeza. Hay veces que desearía que Dorothy no fuera tan buena y comprensiva. Si fuera una mala pécora...

—¿Todo sería más fácil?

—No me sentiría tan mal.

—Pobrecito, no es una mala pécora.

—Caramba, a veces eres muy dura —dijo.

—Es porque tengo que serlo. No es fácil amar a alguien con la lealtad dividida.

—No está tan dividida. Yo te amo.

—Pero estás comprometido con ella.

Se encogió de hombros. Y dijo:

—No puedo elegir.

—Pues tienes un dilema. La cuestión es: ¿dejarás que el dilema siga siendo insoluble?

—¿Qué propones?

—Busca la manera de estar conmigo y con Dorothy. Compartimenta. A la francesa.

—¿Lo soportarás?

—No lo sé. El tiempo lo dirá. La cuestión es, en realidad: ¿lo soportarás tú, Jack?

—Tampoco lo sé.

—Pues intenta averiguarlo, Jack. Porque si este romance se convierte en un largo ejercicio de mala conciencia, yo lo dejaré. Sé lo que puedo y lo que no puedo esperar de esto. Tú decides, mi amor.

Volvimos a Manhattan al día siguiente. En Grand Central Station, me abrazó con fuerza.

—Es mejor que me quede en casa unos días —dijo.

—Creo que es lo más prudente.

—¿Puedo llamarte?

—¿Tienes que preguntarlo?

Me besó ligeramente en los labios.

—Te quiero —dijo.

—Pareces inseguro.

—Intento no estarlo.

No supe nada de él al día siguiente. Ni el otro. Ni el día después. Naturalmente, su silencio me volvió loca. Porque solo podía significar una cosa: habíamos terminado.

Llegó y pasó el fin de semana. El lunes, me quedé todo el día junto al teléfono, por si acaso. Pero no me llamó. Luego, a las seis y media del martes por la mañana, sonó el timbre de la puerta. Estaba fuera. Detrás de él, un taxi esperaba en la calle. Su cara se iluminó cuando abrí la puerta, aunque yo todavía llevaba el camisón y era la viva imagen del desorden matutino.

—¿Estás a punto? —preguntó.

—¿Dónde demonios te habías metido? —pregunté, un poco atontada.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora quiero que te vistas y hagas la maleta...

—No entiendo nada.

—Es fácil, tenemos una reserva en el tren de las 8:47 en Penn Station, en dirección a Washington, DC. Estaremos tres días en el Mayflower Hotel y...

—Jack, quiero una explicación...

Se inclinó para besarme.

—Luego, cariño. Tengo que pasar por la oficina antes de que nos marchemos.

—¿Quién dice que vaya a ir? ¿Y por qué apareces tan repentinamente con esto?

—Porque lo he decidido hace solo diez minutos. Andén diecisiete en Penn Station. No llegues más tarde de las ocho y media. Tienes unos noventa minutos para hacer las maletas y llegar a la estación.

—No lo sé, Jack.

—Sí lo sabes —dijo, besándome otra vez—. Adiós.

Antes de que yo pudiera decir nada más, se giró y volvió al taxi. Una vez

dentro, bajó la ventanilla y dijo:

—Te espero.

Y el taxi se marchó.

Volví adentro. Le di una patada a una silla. Tomé una decisión firme y rápida: no me empujaría a salir de la ciudad con él, solo porque hubiera decidido de repente que tenía que acompañarle. Caramba, el muy fresco no me había llamado durante seis días. No tenía la menor intención de capitular a sus peticiones.

Una vez tomada esta decisión, fui al dormitorio e hice la maleta. Luego me metí en la ducha, me vestí a toda prisa, cogí la máquina de escribir y me subí a un taxi en la Avenida West End.

Llegué a la estación con diez minutos de adelanto. Como había dicho, Jack me esperaba en el andén. Un mozo me llevó la maleta y la Remington en un carrito. Al ver que me acercaba, Jack se quitó el sombrero y me saludó con una inclinación.

—Soy tonta por hacer esto —dije.

—Bésame —dijo.

Le di un beso rápido en los labios.

—No ha sido un gran beso —dijo.

—Primero quiero algunas respuestas.

—Las tendrás —dijo, dándole una propina al mozo.

Encontramos nuestros asientos. En cuanto el tren salió de la estación, Jack propuso que fuéramos a desayunar al coche bar. Pedimos café. Jack charló de banalidades, me preguntó sobre los seis días anteriores, las películas que había visto, cómo iba mi trabajo, y si creía que Stevenson tenía alguna posibilidad frente a Ike si —como era de esperar— se enfrentaban en las elecciones del 52. Al final, le interrumpí.

—¿Por qué diantre estás tan contento esta mañana?

—Oh, por muchas cosas —dijo, rebotando alegría.

—¿Vas a explicarme por qué no he sabido nada de ti en seis días?

—Sí.

Llegó el café. Callamos hasta que el camarero se marchó.

—Bien, adelante —dije.

Se puso el consabido cigarrillo entre los labios. Después de encenderlo, echó un vistazo al vagón, para asegurarse de que no había nadie sentado a nuestro lado. Luego se inclinó y dijo:

—Se lo he dicho.

Tardé un momento en entenderlo.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Se lo he dicho.

—¿Le has dicho a Dorothy...?

—Sí. Se lo he dicho a Dorothy.

Cada vez estaba más estupefacta.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Se lo he contado todo.

—¿Todo?

—Sí —dijo—. Todo.

5

El tren estaba saliendo de Nueva Jersey cuando fui capaz de volver a hablar.

—¿Cuándo se lo dijiste? —susurré.

—La noche en que volví de Albany contigo.

—¿Cómo se lo explicaste?

—Le expliqué toda la historia. Que nos habíamos conocido en Estados Unidos en el 45. Que al instante supe que eras...

Calló y le dio una calada al cigarrillo. Al cabo de un momento habló de nuevo.

—Dorothy no es tonta. Captó lo esencial de la historia inmediatamente. Luego dijo: «Entonces, ¿vas a dejarnos?». Dije que no, que no les dejaría, porque me había comprometido... Había hecho un voto... con ella. Y evidentemente por Charlie. Pero tampoco quería dejarte a ti. Que si ella quería, por supuesto me marcharía inmediatamente. Pero que ella tenía que tomar la decisión.

—¿Y ella te echó?

—No. Me dijo que necesitaba tiempo para pensar. Y me hizo prometer que no te llamaría hasta que ella se lo hubiera pensado. Por eso no te llamé en toda la semana. Respeté su deseo, aunque me tuvo a la espera cinco días. Finalmente, anoche, habló conmigo.

»—No tengo mucha elección —dijo—. Pero has de saber una cosa: no quiero saber nada. Para mí tú estás fuera un par de días a la semana. Fuera de la ciudad. Pero cuando estés en casa con Charlie y conmigo, estás con

nosotros y nada más.

Entonces intervine yo:

—Por supuesto que tiene otra opción. Puede echarse. Si yo estuviera en su lugar, lo haría. Sin pensarlo dos veces.

—Sí, probablemente me lo merezco.

Dejé la taza de café. Me incliné hacia delante y hablé despacio:

—No lo crees realmente, Jack. Deberías haberte visto la cara hace diez minutos cuando me viste en el andén. Eras como el gato a quien acaban de dar la leche. No lograba entender por qué. Ahora, claro, entiendo perfectamente por qué estás tan contento. Qué situación más estupenda para un hombre: la esposa leal en casa con el hijo... y encima, está la otra, ante la cual tu leal esposa ha decidido hacer la vista gorda, suponiendo que nunca te refieras a ella con nada más que «fuera de la ciudad». De hecho, tengo una idea, ¿por qué no dejas de utilizar mi nombre y empiezas a llamarme por mi nuevo acrónimo: FDC, fuera de la ciudad?

—Creía que estarías contenta con la noticia.

—Ya lo creo que lo creías. Al fin y al cabo, eres tú el que de la noche a la mañana ha pasado de ser un católico abrumado por la culpa a ser un alegre polígamo mormón. Porque tu pobre esposa te ha dado permiso para hacer lo que te plazca.

—No estoy presumiendo.

—No, solo estás encantado contigo mismo. ¿Por qué no? Has confesado y te han absuelto. Y ahora te me puedes tirar dos o tres veces a la semana, y volver a casa con un ramo de rosas, sintiéndote irreprochable...

—Chist —dijo, mirando nerviosamente alrededor.

—No me digas nunca que me calle —dije, poniéndome en pie.

—¿Adonde vas?

—Me voy.

Se levantó también.

—¿Qué quiere decir que te vas?

Me fui por el pasillo como una tromba. Jack echó dinero sobre la mesa y me siguió. Me alcanzó entre dos vagones. Me lo sacudí de encima.

—No lo entiendo —dijo, gritando para hacerse oír sobre el ruido de las

ruedas.

—Claro que no lo entiendes. Porque nunca piensas en los sentimientos de los demás...

—Se lo conté a Dorothy porque no podía mentir...

—No, se lo contaste a Dorothy porque necesitabas traspasarle a ella el remordimiento que sentías al engañarla. Estabas casi seguro de que no te echaría. Y acertaste. Ahora tienes el arreglo ideal. Solo hay un pequeño problema: no quiero tener nada que ver con esto.

—Si me dejaras explicarte...

—Adiós —dijo.

—¿Qué?

—Bajaré en Newark.

Pasé al siguiente vagón. Jack me siguió.

—No bajes del tren —dijo.

—No pienso formar parte de un arreglo.

—No es un «arreglo».

—Pues a mí es lo que me parece. Si me disculpas...

—Querida... —dijo, tocándome suavemente en el hombro.

—¡Vete! —grité.

De repente, todos nos miraban. Me ruboricé. Jack se puso pálido.

—Bien, bien —susurró—. Como quieras.

Después de eso, volvió al coche bar.

Con la mirada clavada en el suelo —para evitar las miradas de disgusto de los demás pasajeros— me senté en mi asiento. Miré por la ventana, sintiendo la angustia que siempre sigue a un «intercambio verbal». Pocos minutos después, un revisor pasó por el pasillo, gritando:

—Newark. Próxima parada, Newark.

Estuve a punto de levantarme, coger la maleta y la máquina de escribir. No me moví. El tren entró en Newark. Continué sentada. A los pocos minutos, el revisor hizo sonar el silbato y seguimos nuestro camino hacia el sur.

Una media hora más tarde, Jack se acercó por el pasillo. Tuvo que mirarme dos veces para estar seguro. Pero no sonrió.

—Todavía estás aquí —dijo, sentándose frente a mí.

—Es evidente —dije.

—Estoy sorprendido.

—Yo también.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—¿Quién dice que he cambiado de idea? —dije—. Todavía puedo bajar en Filadelfia.

—Tú decides, Sara. Como si decides...

—No me dejaré meter en el papel de la otra.

—Pero es precisamente por eso por lo que se lo dije —susurró—. Por eso admití que te quería. Porque no te quería ver en el papel de amante. Porque Dorothy tenía que saber, por doloroso que fuera, que estaba enamorado de ti. Porque eso, a su vez, le daba a ella algunas opciones: como echarme, si quería.

—¿No te decepcionó que ella, estúpidamente, decidiera seguir contigo?

—En cierto modo, sí..., me decepcionó. Porque me habría sentido más libre pudiendo estar contigo todo el tiempo. Pero también me habría disgustado mucho. Por Charlie y por Dorothy, que es demasiado buena para estar con un desgraciado como yo.

Suspiré ruidosamente.

—Sigo pensando que no deberías habérselo dicho. Porque ahora, cada vez que estés conmigo, no podré dejar de pensar que ella lo sabe.

—De acuerdo, ella lo sabe. Pero no es como si Dorothy y yo hubiéramos sido alguna vez los amores de nuestras vidas. Ella no estaría conmigo de no haber sido por aquel pequeño accidente. Ella también lo sabe, o sea que es con ella con quien tengo un arreglo. No contigo. Contigo nunca. Créeme, todo saldrá bien.

—No lo sé...

—Te lo prometo.

—No prometas nada.

—¿Por qué no?

—Porque abres las puertas a la desilusión. Y porque, ahora que Dorothy lo sabe, las cosas cambiarán entre nosotros. El cambio siempre desazona.

—No permitiré que las cosas cambien entre nosotros.

—Cambiarán, mi amor. Porque ya no viviremos con el temor del descubrimiento.

—Pero esto es bueno.

—Estoy de acuerdo. —Luego añadió—: Pero ya no será tan romántico, ¿verdad?

En Washington, nos registramos inmediatamente en un hotel e hicimos el amor. Volvimos a hacer el amor aquella noche. Y la noche siguiente en Baltimore. Y la otra en Wilmington. Volvimos a Manhattan. Compartimos un taxi. Me dejó en mi piso. Me besó largamente y con intensidad. Prometió llamarme al día siguiente.

Cumplió su promesa y me llamó el día siguiente por la tarde desde el trabajo. Le pregunté cómo lo habían recibido en casa el día anterior. Me di cuenta de que elegía las palabras con cuidado.

—Se alegró de verme.

—¿No hubo preguntas sobre «fuera de la ciudad»?

—Ninguna.

—¿Cómo está Charlie?

—Estupendamente.

—¿Has dormido con ella? —me oí decir a mí misma de repente.

—Sara... —dijo, intentando no perder la paciencia.

—Necesito saberlo.

—Dormimos en la misma cama.

—No me vengas con historias, Jack.

—Ella quería, o sea que...

—No tuviste más remedio. ¡Jolín! Doña Sarcasmos ataca de nuevo.

—No deberías preguntarme estas cosas.

—Tienes razón. No debería. Es ofensivo y denigrante para mí misma. Como estar enamorada de un hombre casado. ¿Puedes venir ahora? —le pregunté, sin dejarle hablar.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Porque te necesito ahora.

Lo tenía en la puerta treinta minutos después. Al cabo de una hora, saltó de mi cama e hizo una grave llamada de teléfono para informar a un cliente de

que llegaría diez minutos tarde. Mientras se vestía, dijo:

—Mañana estoy fuera de la ciudad.

—¿Dónde?

—Hartford y Springfield, teóricamente. Pero podría estar aquí, si a ti te va bien.

—Intentaré reordenar mis compromisos.

Cuando apareció, al día siguiente por la noche, llevaba una pesada maleta.

—He pensado que podría dejar algunas cosas aquí. Si te parece bien.

—Supongo que te gustaría tener tu propio armario.

—No estaría mal.

Aquella noche, guardó dos trajes, dos pares de zapatos, tres camisas y varias mudas de ropa interior. Su paraguas pronto encontró un lugar junto al mío en el paragüero frente a la puerta. Un abrigo suyo acabó en mi armario de la entrada. Así como un impermeable y uno de sus sombreros favoritos. Poco a poco mi segundo armario se llenó con todo su guardarropa. Su albornoz estaba colgado junto al mío detrás de la puerta del dormitorio. Su crema de afeitar, el cepillo y la cuchilla monopolizaban un rincón del lavabo. Sus corbatas colgaban de la maneta del armario (hasta que le compré una percha de corbatas). Había dos cartones de Chesterfield guardados en un armario de la cocina. Había botellas de Ballantine Ale —su cerveza preferida— en la nevera. Y siempre había una botellita de Hiram Walker en la sala.

Ahora vivía allí.

O, al menos, vivía allí dos días a la semana. Los otros dos días estaba de verdad fuera de la ciudad. Viajaba al norte, a rincones perdidos de Nueva Inglaterra (Worcester, Lowell, Manchester). Al oeste, a las ciudades del cinturón industrial de Pensilvania. Al sur, siguiendo el eje Filadelfia-Washington. Algunas semanas, cogía la Remington y le acompañaba en sus viajes (aunque, con lo esnob que soy, solía limitarme a los viajes a Washington o Filadelfia). El viernes por la noche, él volvía a su casa con Dorothy y Charlie. Aunque tenía la costumbre de llamarme cada día —siempre desde un teléfono público—, no volvía a verle hasta el siguiente lunes. Al principio, no me gustaba su larga ausencia de tres días, pero, al cabo de un mes, empecé a apreciar la simetría de nuestro programa

doméstico. Me encantaba estar con Jack. Me encantaba su camaradería. Me encantaba que estuviera en mi cama. Nunca me aburría con él. Me hacía feliz.

Pero también acabó por gustarme recuperar mi intimidad durante el fin de semana. Como había descubierto durante mi breve y desgraciado matrimonio con George, no era una persona con facilidad para la cohabitación. Incluso con Jack —un hombre al que amaba— una parte de mí estaba contenta de verle marchar todos los viernes, porque esto significaba que, durante unos días, mi vida sería solo mía. Podía moverme a mi propia velocidad, organizarme el programa a mi modo, no preocuparme por las necesidades de otro. Y, el lunes a las seis, empezaba a estar pendiente de su llegada, esperando que se abriera la puerta de la calle —él tenía sus propias llaves— y oír su llave en mi cerradura.

También empecé a aceptar que aquello era, verdaderamente, un arreglo. Porque a diferencia de un matrimonio convencional, nuestra relación se regía dentro de parámetros estrictos. Sabíamos cuándo podíamos —o no podíamos— vernos. Nunca le llamaba a la oficina. Nunca le llamaba a casa. Lo tenía para mí un tiempo establecido de la semana. Si quería, podía alargar este tiempo acompañándole fuera de la ciudad. Llegado el viernes, ya no era mío. Pero en lugar de lamentarme por su ausencia de setenta y dos horas, enseguida lo reconocí como una ventaja. En cierto modo, el arreglo me iba la mar de bien, y le encontraba ventajas —en el sentido de libertad personal y tiempo para mí misma— que no tenían las mujeres casadas. En definitiva, no tenía que participar en la lucha de poder que define casi todos los matrimonios. Nuestro arreglo —el trato que habíamos hecho entre nosotros, sin ponerlo en palabras claramente— funcionaba según un principio muy simple: allí no mandaba nadie. Nadie ejercía de cabeza de la casa. Nadie hacía el papel de traer el dinero a casa ni de mujercita de su hogar. Éramos iguales.

Por supuesto, discutíamos como locos. Pero a medida que el arreglo se enraizaba, las discusiones se apartaron de la complejidad emocional de mi truncada vida con Jack. Como le dije aquella noche en Albany —y como yo sabía muy bien—: en cuanto un romance se ve atrapado en interminables discusiones sobre sus problemas inherentes se le está poniendo la etiqueta de

terminal.

Así que evitamos adrede estos temas. Yo siempre preguntaba por Dorothy y Charlie, eso sí. Siempre que se mencionaba a su hijo en la conversación, me abordaba la sensación de pérdida que en todo momento acompañaba mis pensamientos acerca de mi incapacidad de tener hijos. Jack era sensible a esto, y en varias ocasiones había esquivado deliberadamente mis preguntas sobre su hijo. Pero yo le obligaba a hablar de él, asegurándole que quería estar al día de los progresos de Charlie... sobre todo porque para Jack el niño lo era todo.

Tres meses después de nuestro arreglo, me di cuenta de que siempre que discutíamos era sobre cuestiones no personales, por ejemplo, sobre la conveniencia de apoyar un estado policial como Corea del Sur.

—Mira —dijo Jack—, el hijo de puta que gobierna Corea del Sur... ¿Cómo se llama?

—Sygman Rhee.

—Bueno, no hay ninguna duda de que el régimen Rhee es absolutamente totalitario. Pero al menos es nuestro régimen totalitario.

—¿Lo ves? Lo admites. Es un dictador represivo. Y aunque solo sienta desprecio por Stalin y su secuaz norcoreano, ¿tenemos derecho a apoyar regímenes totalitarios?

—Cualquiera que te oiga... Pareces un liberal a lo Adlai Stevenson.

—Soy una liberal a lo Adlai Stevenson.

—Lo que significa esencialmente que tienes una visión edulcorada y blanda del mundo. Deberías aprender un poco de *realpolitik*. Como descubrió Chamberlain con gran horror, la pacificación no lleva a ninguna parte.

—Por favor, no me vengas con tu visión endurecida de la política extranjera. «Habla bajo, pero lleva un buen palo» quizá le funcionó a Teddy Roosevelt, pero hoy en día los palos son bombas atómicas... y resulta que a mí me aterran.

—Escucha, la fuerza es lo único que entienden los agresores. El general McArthur tiene razón: si queremos acabar con el conflicto de Corea mañana, deberíamos hacer que Corea del Norte y China prueben nuestras bombas atómicas, y dejar después que Chiang Kai-shek dirija el espectáculo.

—Caramba, suerte que es Harry Truman el que está en la Casa Blanca y no el chiflado de McArthur...

—Ese hombre fue un héroe de guerra.

—Es cierto, pero está descontrolado.

—Solo si eres comunista.

—No soy comunista.

—Quizá no, pero teniendo en cuenta que es cosa de familia...

Se interrumpió.

—Lo siento —dijo instantáneamente—. Ha sido una tontería.

—Sí que lo ha sido. Mucho.

—Perdóname.

—Con una condición: que no vuelvas a sacarlo nunca a relucir. Me arrepiento de haberte hablado del flirteo de Eric con el partido en el pasado.

—No volveré a mencionarlo nunca.

—¿Es una promesa solemne?

—Por supuesto.

—Bien. Porque creo que ha llegado el momento de contarle a mi hermano lo nuestro.

—¿Cómo crees que se lo tomará?

Me encogí de hombros. Pero sabía la respuesta: no muy bien.

Aquel año no me veía mucho con Eric, porque él estaba muy solicitado. Entre escribir para el *The Marty Manning Show*, elaborar nuevas ideas de programas para la NBC, estar con Ronnie y en general pasárselo en grande, su tiempo estaba muy limitado. Sin embargo, nunca dejó de ser un hermano leal, y me llamaba al menos dos veces a la semana.

Poco después de que Jack empezara a dejar su ropa en mi piso, Eric y Ronnie me visitaron por sorpresa una tarde de domingo hacia las cinco. En la puerta, Eric me informó de que me llevaban a tomar algo al St. Regis, cenaríamos en el 21 y luego iríamos a una sesión de jazz en el Blue Note.

—Qué bien —dije—. Voy a por mi abrigo.

Eric y Ronnie se miraron.

—¿No nos vas a dejar entrar? —preguntó Eric.

—Claro que podéis entrar —dije algo azorada—. Pero ¿qué sentido tiene si

vamos a salir enseguida?

Eric me miró con un profundo escepticismo.

—S, ¿a quién tienes ahí?

—A nadie. ¿Por qué habría de haber alguien?

—Bien —dijo Eric—, nos resguardaremos del frío mientras te arreglas.

Pasó por mi lado. Ronnie se quedó en el umbral, para no mostrarse descortés.

—Pasa tú también, Ronnie —dije—. Porque el conejo ya ha salido del sombrero.

No, Jack no me había hecho una visita sorpresa y estaba escondido dentro. Pero había pruebas de su presencia por todo el piso, pruebas que habría escondido de haber sabido que Eric vendría.

—Vaya —dijo Eric, contemplando un par de zapatos negros junto a la puerta—, no solo hay un hombre misterioso, sino que además tiene los pies grandes.

Se paseó por mi piso y arqueó las cejas cuando vio la colección de artículos masculinos en el lavabo, las zapatillas junto a mi cama, la colección de libros en la mesita de la sala.

—No sabía que te gustara Mickey Spillane —apuntó Eric, cogiendo un ejemplar de *Yo, el jurado*.

—Ha empezado a gustarme hace poco —dije.

—Ya lo creo —abundó Eric—, junto con el bourbon Hiram Walker y los Chesterfields. Vaya, vaya, S, estás desarrollando algunos hábitos masculinos. Cuando me descuide, habrás instalado una escupidera junto a la cama y jugaremos al pinnacle por las noches con los chicos de la comisaría del distrito 20.

—Bueno..., pensaba aprender a jugar a los bolos.

Eric miró a Ronnie.

—Es muy ingeniosa, mi hermanita.

—Siempre lo había creído.

—Gracias, Ronnie —dije.

—¿A ti no se te ocurriría nunca que un hombre vive aquí, verdad Ronnie?
—preguntó Eric.

—No hay ningún indicio —contestó Ronnie, manteniendo la seriedad.

—Gracias otra vez, Ronnie —dije yo.

—Sí, muchas gracias, Ronnie —dijo Eric— por ponerte del lado de mi hermana.

—No me pongo de su lado —negó Ronnie—. Solo respeto su intimidad.

—*Touché*, Ronnie —dijo Eric—. Pero como hermano mayor, no tengo que respetar su intimidad. Así que se lo preguntaré directamente: ¿por qué no me dijiste que vivías con alguien?

—Porque —contesté— no vivo con nadie.

—Bien, doctor Watson —dijo Eric—, todas las pruebas apuntan a una presencia masculina en el hogar. Una presencia masculina permanente.

—A lo mejor no te lo quiere contar —apuntó Ronnie.

—Sí —añadí—. Quizá no quiera.

—Bien, bien —dijo Eric—. No quiero interferir para nada en los asuntos de mi hermana. ¿Tiene un nombre?

—Curiosamente lo tiene. Pero todavía no voy a decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy preparada para hacerlo.

Todo el resto de la velada, Eric me estuvo fastidiando con la misma pregunta: «¿Quién es?». Tras su intento número veinte de sacarme información, Ronnie le dijo que se levantaría y se marcharía si no me dejaba en paz. Eric le hizo caso. Pero al día siguiente, a primera hora, me llamó para pedirme otra vez el nombre del caballero en cuestión.

—Debe de ser algo malo si no me lo quieres decir.

—Ten paciencia, cuando esté preparada, te lo contaré todo.

—¿Por qué no lo estás ahora?

—Porque no sé si tiene futuro.

—Pues aunque no lo tenga tienes que contármelo igualmente.

—¿No puedes aceptar el hecho de que no tienes que saberlo todo de mí?

—No.

—Pues mala suerte. Mis labios están sellados.

Eric mantuvo la presión dos semanas más e hizo aumentar mi culpabilidad. Porque él tenía razón: siempre habíamos sido sinceros el uno con el otro. Eric

incluso me había hablado de su sexualidad, una admisión terrible en aquella época, de modo que yo le debía una respuesta directa a su pregunta... aunque me aterrorizara su reacción. Finalmente propuse a Eric que quedáramos para tomar algo en el Oak Room del Plaza. Íbamos por el segundo martini cuando finalmente hice acopio de valor para decirlo:

—El hombre se llama Jack Malone.

Eric se puso blanco.

—No lo dices en serio —dijo.

—Totalmente en serio.

—¿Él? —dijo.

—Sí. Él.

—Pero esto es increíble. Se lo había llevado el viento. Destrozó tu vida. Y después de que lo encontraras con su esposa, ¿no me dijiste que lo mandarías a paseo?

—Ya lo sé, ya lo sé, pero...

—¿Y cuánto tiempo exactamente hace que dura esto?

—Más de cuatro meses.

Eric me miró totalmente estupefacto.

—¿Cuatro meses? ¿Por qué lo has mantenido en secreto tanto tiempo?

—Porque me aterrorizaba que te pareciera mal.

—Oh, por el amor de Dios, S, puede que no me gustara el chico cuando lo conocí, y no me gustó en absoluto la forma en que te dejó, pero...

—Cuando Jack desapareció me dijiste mil veces que era una tonta dedicando tanta energía emocional a algo que era inútil. Por eso, cuando volvió a entrar en mi vida, estaba muy preocupada por cómo reaccionarías.

—No tengo colmillos ni duermo en un ataúd, S.

—Ya lo sé, ya lo sé. Y me siento muy mal por habértelo ocultado tanto tiempo. Pero antes de decírtelo necesitaba descubrir si tenía o no futuro con él.

—Y evidentemente lo tienes, o no me lo estarías contando.

—Le quiero, Eric.

—Ya se nota.

—Pero es que lo digo en serio. No es una aventura absurda con un hombre

casado, ni un romance pasajero. Es el amor de mi vida. Y es mutuo.

Eric calló. Tomó un sorbo del martini. Finalmente se encogió de hombros y dijo:

—Entonces tendría que volver a verle, ¿no crees?

Quedamos para unos días después, un viernes a última hora de la tarde en el bar del St. Moritz, a una manzana del piso de Eric en Central Park Sur. Estaba hecha un manojo de nervios. Igual que Jack, aunque le dije que mi hermano había prometido comportarse. Empezamos mal porque nos hizo esperar media hora. Luego vino un camarero con un mensaje de Eric diciendo que no podía salir de una reunión y que llegaría al cabo de diez minutos.

Pasaron cuarenta minutos más, durante los cuales Jack se tomó otros dos bourbons con soda y se fumó tres cigarrillos más.

—¿Es una bromita de tu hermano? —preguntó finalmente en tono irritado.

—Seguro que tiene una buena razón... —dije, cada vez más nerviosa.

—O cree que su tiempo es más valioso que el mío. Yo solo soy un relaciones públicas, mientras que él es todo un guionista.

—Jack, por favor.

—Tienes razón, tienes razón. Me estoy comportando como un exaltado.

—¡No! Es normal que estés enfadado. Pero yo no puedo hacer nada...

—Tomemos otra copa.

—¿El cuarto bourbon con soda?

—¿Me estás diciendo que no aguanto la bebida?

—¡Camarero! —le dije a uno que pasaba junto a nuestra mesa—. Otro bourbon con soda para el señor, por favor.

—Gracias —dijo Jack, secamente, cuando el camarero se alejó.

—Nunca me interpondría entre un hombre y su bebida.

—¿Es esta tu idea de la ironía?

—No. Es una indirecta que tú no quieres entender.

—Conozco mis límites.

—Perfecto.

Jack miró hacia la puerta.

—Pero creo que tu hermano no.

Miré en la misma dirección. Se me encogió el corazón. Porque Eric

acababa de llegar y estaba borracho. Llevaba un cigarrillo entre los labios, la mirada desenfocada y el paso incierto. Cuando nos vio, se quitó el sombrero y se inclinó en una reverencia. Luego llegó tambaleándose a nuestra mesa y me dio un húmedo beso en los labios.

—Todo es culpa del señor Manning. Ha insistido en meterme dos botellas de vino por la garganta.

—Llegas con una hora y cuarto de retraso —dije.

—El mundo del espectáculo es así —dijo, dejándose caer en una butaca.

—Al menos podrías disculparte con Jack.

Eric se puso inmediatamente de pie. Adoptó la posición de firmes e hizo un saludo militar. Tenía ganas de matarlo. Por suerte, Jack no perdió la serenidad. Se bebió el bourbon con soda y cogió la otra copa que el camarero acababa de dejar en nuestra mesa.

—Me alegro de verte, Eric —dijo amablemente.

—Lo mismo que yo, señor Malone —contestó Eric, imitando sin tino el acento de Pat O'Brien.

—Quizá será mejor que nos veamos otro día —dije.

—Sí —asintió Jack—. Me parece una buena idea.

—Tonterías, tonterías —dijo Eric—. Una copita y recuperaré el equilibrio por completo. ¿Qué van a beber conmigo los enamorados? Pero, claro... ¡Camarero! Una botella de champán.

—Yo seguiré con el bourbon —dijo Jack.

—¿Bourbon? —masculló Eric—. Por favor, ¿qué necesidad hay de ser tan proletario?

—¿Me estás llamando proletario? —preguntó Jack.

Eric volvió a imitar el acento de Pat O'Brien.

—Bueno, debajo de todo hombre ordinario se oculta un poeta.

—Por el amor de Dios, Eric —dije.

—Estaba bromeando —se disculpó, normalizando la voz—. No pretendía ofender.

Jack asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Levantó la copa y se bebió la mitad de su contenido.

—Ah —dijo Eric—. El tipo fuerte y silencioso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jack.

—No me pasa nada —negó Eric—. Nada de nada. De hecho, soy más feliz que un irlandés en un pantano.

—Ya está bien, Eric —dije.

—Tienes toda la razón. Me disculpo por mi absurda cita. Venga, hagamos las paces con una copa de champán francés.

—Ya te he dicho que seguiría con el bourbon.

—Bien, bien. Lo comprendo. Y lo apruebo.

—¿Qué? —preguntó Jack.

—Lo apruebo. El bourbon, me refiero. Teniendo en cuenta que el bourbon es una bebida tan auténticamente americana.

—¿Tienen algo de malo las bebidas americanas? —preguntó Jack.

—En absoluto, socio —dijo, imitando ahora a John Wayne—. Es solo que el bourbon no me dice nada, hijo.

—Ya, había olvidado que los comunistas beben champán.

Fue como si hubieran abofeteado a Eric. Yo quería salir corriendo del bar. Después del impacto, Eric se rehizo y trató de imitar a Scarlett O'Hara.

—Ay, Señor, alguien ha hablado demasiado libremente de mi pintoresco pasado. ¿No habrás sido tú, hermanita?

—Vámonos, Jack —dije.

—Pero, ¿y el champán? —preguntó Eric.

—Trágate lo —dijo Jack.

—Me encanta el *patois* lírico de los brooklynenses.

—Hablo americano, aunque supongo que a ti hablar americano te parecerá demasiado patriótico.

—En absoluto. Al fin y al cabo, ¿no fue el propio Sam Johnson quien dijo que el patriotismo es el último refugio de los sinvergüenzas?

—Que te jodan —susurró Jack, y lanzó lo que quedaba de su copa a la cara de Eric. Luego se volvió y salió hecho una furia del bar.

Eric se quedó sentado, con las mejillas chorreando bourbon con soda. Parecía perplejo por su bautismo.

—Gracias —dije, con la voz temblorosa—. Muchísimas gracias.

—¿He hecho algo malo?

—Vete a la mierda —dije, y me marché.

Crucé corriendo el vestíbulo y alcancé a Jack cuando estaba a punto de salir a la calle.

—Querido —dije—. Lo siento muchísimo...

—No tanto como yo. ¿Por qué diantre lo ha hecho?

—No lo sé. Nervios, supongo.

—Eso no ha sido nerviosismo, eso ha sido comportarse como un cerdo.

—Por favor, perdóname.

—No es culpa tuya, cariño. Él es quien tiene un problema. Y el problema soy yo.

Me dio un beso rápido en la mejilla.

—Mira, tengo que volver a casa —dijo—. Te llamaré durante el fin de semana, cuando se me pasen las ganas de pegarle puñetazos a la pared.

Se fue en dirección a Central Park Sur. Quería ir detrás de él y asegurarle que aquel incidente no quería decir nada... aunque sabía que no era cierto. Lo peor que puedes hacer cuando algo va muy mal es insistir en que no pasa nada. Que, mañana, todos tan amigos. Ojalá fuera así. Ojalá no complicáramos tanto las cosas.

O sea que no fui detrás de Jack, convencida de que sería mejor hablar con él cuando la temperatura emocional hubiera vuelto a la normalidad. Volví al bar, pertrechándome para la confrontación que estaba a punto de tener con mi hermano.

Pero cuando entré en el bar, encontré a Eric caído en la butaca, durmiendo. Roncaba ruidosamente, con gran disgusto de los demás clientes, además del camarero.

—¿Va con usted este hombre? —preguntó, cuando me puse en cuclillas junto a Eric.

—Me temo que sí.

—Pues lléveselo.

Me costó un minuto de sacudidas hacer que Eric se despertara. Me miró desorientado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Mirar a un imbécil —dije.

El camarero buscó a un mozo del hotel para que me ayudara a sacar a Eric del St. Moritz y llegar a su piso de Hampshire House. Por suerte, Ronnie estaba en casa. Puso cara de desesperación cuando vio el estado tan poco sobrio de Eric. Lo cogimos por un brazo cada uno y lo llevamos al dormitorio.

—Solo estoy un poco cansado —farfulló Eric antes de caer boca abajo sobre la cama y dormirse.

Ronnie le quitó los zapatos a mi hermano y lo tapó con una manta.

—Déjemosle dormir —susurró, indicándome que le siguiera al salón—. Seguro que necesitas una copa.

—Después de lo sucedido, lo último que me interesa es el alcohol.

Luego le conté la pequeña actuación de Eric en el bar del St. Moritz.

—Válgame Dios —dijo Ronnie cuando terminé—. Él sí sabe cómo liar las cosas.

—No puedo creer que se haya portado así... sobre todo sabiendo lo importante que es para mí que se lleve bien con Jack.

—Está celoso.

—¿De qué?

—De tu chico, claro.

—Pero es una locura. Cuando estaba casada, no tenía celos de mi marido...

—Por lo que yo sé, eso es porque aquel no representaba ninguna amenaza. Mientras que este...

—No lo entiendo. ¿Por qué demonios iba a sentirse amenazado por Jack?

—Porque significa mucho para ti, por eso. Y porque le dolió mucho que se lo ocultaras tanto tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho.

—Tenía que ocultárselo. Hasta que estuviera segura...

—Mira, yo no te estoy criticando. Lo único que digo es que tu loco hermano te quiere más que a nada en el mundo. Deberías oír las cosas que dice de ti. Lo eres todo para él. Y ahora aparece este, al que ya conocía, ¿no?

—Sí, y se odiaron a primera vista.

—A eso me refiero. Este tal Jack aparece de repente otra vez en tu vida y

evidentemente es tan serio que se lo ocultas a tu hermano. Durante meses. Y ahora tiene miedo de perderte.

—¿Perderme? Eso es lo último que podría pasar.

—Tú lo sabes. Yo lo sé. Pero los celos no son precisamente una emoción racional.

Me quedé con Ronnie hasta las seis, esperando que Eric se despertara. Pero cuando se hizo evidente que dormiría toda la noche, volví a mi piso. Me moría de ganas por hablar con Jack, pero el teléfono permaneció silencioso. Sin embargo, a las ocho de la mañana, sonó el timbre de mi puerta. Salté de la cama, me puse una bata y corrí a la entrada. Era Eric. Tenía los ojos colorados y la cara pálida. Estaba claramente nervioso.

—¿Volverás a hablarme? —preguntó.

—No tengo muchas opciones.

Entró. Preparé una cafetera. Se sentó a la mesa de la cocina, sin decir nada. A los pocos minutos hablé.

—Oigamos el acto de contricción.

—Hice mal.

—Muy mal.

—Ahora Jack me odia.

—¿Te importa realmente si te odia o no?

—Claro que me importa. Porque sé lo que significa para ti.

—No es solo conmigo con quien deberías disculparte.

—Es verdad —dijo—. No volverá a suceder.

—No. Porque no quiero que me pongas en una situación en la que tenga que elegir entre tú y Jack. No hay ninguna necesidad de hacer esta elección.

—Ya lo sé, ya lo sé. Ronnie me dijo lo mismo anoche... después de pegarme la peor bronca de mi vida por lo que había hecho. Me dijo que me había portado como un niño de trece años.

—Eso es muy benevolente.

—¿Crees que Jack me perdonará?

—Inténtalo.

No supe nada de Jack aquel fin de semana, lo que me preocupó, porque normalmente me llamaba al menos una vez el sábado. El domingo por la

noche, ya estaba pensando si por culpa de la pequeña actuación de Eric, habría cambiado de opinión. El lunes por la mañana, estaba segura de lo que vendría después: una turbadora llamada telefónica, en la cual me informaría de que, después de pensarlo mucho, había decidido que no podía continuar con su lealtad dividida y tenía que volver de forma permanente al seno de su familia. O quizá llegaría una carta de despedida en el correo de la mañana, en la que me diría que los excesos de Eric del viernes le habían aclarado las cosas, y ahora se daba cuenta de que no teníamos ningún futuro. O, aún peor, me mandaría un telegrama, con el mismo mensaje que aquel que me había mandado años atrás:

Lo siento,
JACK

Es asombroso cómo el silencio hace surgir los miedos más terroríficos y nos hace esperar lo peor.

Pero Jack me llamó a las nueve del lunes.

—Creía que no volvería a saber más de ti —dije.

—No soy tan estúpido.

—Pero estabas enfadado.

—Sí, estaba enfadado. Aunque no contigo.

—El caso es que no me llamaste. Y me preocupé mucho.

—Necesitaba calmarme. Y el fin de semana en casa ha sido un jaleo. Charlie se puso a cuarenta de fiebre...

—Dios mío. ¿Ya está mejor?

—Sí. Tuvimos que llamar al pediatra. Era una cuestión viral. Pero estuvimos toda la noche del viernes levantados. Luego, el domingo por la mañana, cuando estábamos desayunando, Dorothy se hundió y se echó a llorar. Cuando le pregunté qué sucedía, se negó a decírmelo. Evidentemente, yo sabía por qué estaba tan disgustada. Pero cuando intenté que me contara lo que le preocupaba, se encerró en sí misma. Entonces le pregunté: «¿Quieres que me vaya?». De repente dejó de llorar. Se puso hecha una furia. Me dijo: «Eso te debería ir de perlas, claro». «No —le dije yo—, la verdad es que no.»

A lo que respondió: «Mira, no sé si puedo soportarlo más», y se metió en el dormitorio.

«Decidí que era mejor dejarla sola. Una media hora después, salió, vestida, maquillada y absolutamente tranquila. Me besó, me pidió que le perdonara el arranque y luego me dijo que, ya que teníamos que quedarnos en casa por Charlie, se iba a la tienda a comprar algo bueno para almorzar. Estuvo fuera unos treinta minutos. Cuando volvió, fue como si no hubiera pasado nada. Nos sentamos, comimos, a Charlie le bajó la fiebre, miramos el programa de Milton Berle en la televisión... como una familia bien avenida. Y el resto del fin de semana no habló para nada de lo que la disgustaba. Esta mañana, he hecho la maleta y le he dicho que estaría fuera de la ciudad hasta el jueves por la noche. Me ha dado un beso de despedida, y me ha dicho alegremente “No te olvides de llamar”. Y la verdad es, Sara, que nunca me había sentido tan mala persona.»

—Pues acaba con esto, Jack.

—Tú no quieres que lo haga, ¿verdad?

—Claro que no —dije—. ¿Y tú?

—Te quiero más que a nada. Si no fuera por ti, no sé cómo aguantaría el día a día. Lo siento..., empiezo a hablar como un idiota sentimental.

—A mí me parece bien. Sigue hablando como un idiota sentimental.

—Tuve noticias de tu hermano ayer.

—¿Qué? —dije, alarmada.

—Cuando esta mañana he llegado a la oficina había una carta y un paquete envuelto para regalo esperándome. ¿Quieres saber lo que decía?

—Claro.

—Es corto y cariñoso: «Querido Jack: la otra tarde me comporté como un niño. Como un niño borracho. Mi comportamiento no tiene excusa. En la vida a veces hacemos tonterías. Esta fue la más tonta de todas. Sé lo mucho que te quiere mi hermana. Nunca haría nada para hacerle daño intencionadamente, pero sé que mi comportamiento del viernes le hizo mucho daño, y por eso me siento avergonzado. Como estoy avergonzado de haberte tratado con tanto desprecio. Si no quieres perdonarme, no te culparé. Solo puedo decirte, para terminar, que estaba equivocado. Y que lo siento

mucho».

«Añadía una postdata: “Te mando la botella de champán que os quise ofrecer el otro día. Espero que tú y Sara brindéis con ella por vuestra felicidad”. La verdad es que me emocionó. Y le mandé en seguida una nota: “Gracias por la botella. Todo está olvidado. Jack”. ¿Crees que es suficiente?»

—Creo que es perfecto —dije—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por perdonar. A veces no es fácil.

—Te quiero, Sara.

—Lo mismo digo, Jack. ¿Nos veremos esta noche?

—Bueno, no pienso beberme el champán yo solo.

Desde aquel momento, se estableció una *entente cordiale* entre mi hermano y Jack. Aunque apenas se veían, los dos preguntaban siempre el uno por el otro. Jack era un gran admirador de *The Marty Manning Show* y a menudo escribía una tarjeta a Eric cuando le gustaba especialmente alguno de sus gags. Cuando llegó el cumpleaños de Jack, Eric le regaló una pluma Parker preciosa.

Yo estaba encantada de que Eric y Jack hubieran firmado un armisticio. Porque, en el fondo, eran polos opuestos y con puntos de vista sobre las cosas profundamente dispares. Sabía que, en realidad, no se caían bien, pero, después del incidente del St. Moritz, los dos hicieron un esfuerzo por evitar decirme nada que pudiera considerarse un comentario mordaz. Quizá ambos se dieron cuenta de que era una tontería pelearse por mi afecto, porque cualquier batalla sería alienante y autodestructiva. Además, yo no quería tener que elegir entre los dos, porque habría sido una decisión horrible en la que todos habríamos salido perdiendo. Como le dije a Eric después de su nota de disculpa:

—No se trata de un concurso de popularidad. Tú eres mi hermano querido. El es mi enamorado. De no ser por mí, nunca os habríais conocido.

—Sí —dijo Eric— todo es culpa tuya.

—Ya lo sé. Y comprendo que no podéis ver las cosas del mismo modo en...

—¿Nada?

—Tienes razón, tienes razón. Él es un republicano de Eisenhower y tú un demócrata liberal. Tú estás en el mundo del espectáculo y él es un empleado corporativo. Tú eres ateo, él es un católico convencido.

—Por no hablar de un firme defensor del séptimo mandamiento.

—No puedes parar, ¿eh? En caso de duda, recurramos al ingenio.

—Perdona, perdona.

—Por favor, Eric, no hagas de Jack un campo de batalla entre nosotros. Acabaría mal.

—No volveré a mencionarlo.

En su favor, hay que decir que no lo hizo. Tampoco Jack volvió a hablar despectivamente de mi hermano. La esposa de Jack tampoco tuvo otra manifestación de disgusto sobre la lealtad dividida de su marido —o, al menos, él no me lo dijo—. Al estilo de los años cincuenta, dejamos de hablar de ello. En aquella época, todo el mundo hacía lo que podía por evitar las discusiones sinceras sobre temas que podían ser dolorosos. La necesidad de analizarlo todo se evitaba a toda costa. Era mejor no decir nada y aceptar que existían cosas que no podían arreglarse.

Así que se estableció un *statu quo* entre todos nosotros. Yo veía a mi hermano los fines de semana, y veía a Jack el resto de los días. Su esposa nunca preguntaba por mí. Yo dejaba que fuera Jack el que sacara el tema de su familia. Era todo muy civilizado, muy educado, muy agradable. Y también encontré una útil aliada en la hermana de Jack, Meg.

Después de la escena del St. Moritz, yo tenía mis dudas acerca de que me presentara a Meg, porque tenía miedo de no gustarle, o de que no estuviera de acuerdo con mi papel de otra mujer en la vida de su hermano. El propio Jack parecía poco dispuesto a confesárselo todo a su hermana.

—Tengo que encontrar el momento adecuado —me dijo.

Y aunque yo sabía que lo que me estaba diciendo en realidad era: «Me da pánico contárselo», le convencí de que esperara hasta que lo creyera conveniente.

Así que me quedé muy sorprendida una mañana de junio al responder al teléfono en mi piso —un mes después de explicarle a Eric la reaparición de Jack en mi vida—, y oír una voz franca y seca que se identificaba de este

modo:

—Soy Meg Malone, la hermana fantasma.

—Oh, hola —dije, un poco sorprendida.

—Pareces nerviosa —dijo.

—Bueno...

—No hay necesidad. Sobre todo con alguien como yo. ¿Quedamos para almorzar?

—Bien, de acuerdo.

—Estupendo. A la una en Sardi's. Una cosita: bebes, ¿verdad?

—Pues, sí.

—Entonces nos llevaremos bien.

A pesar de lo segura que estaba Meg de que no tenía ninguna necesidad de ponerme nerviosa por conocerla, yo estaba extraordinariamente tensa cuando entré en Sardi's a la hora de almorzar. El *maître* me acompañó a «la mesa habitual de la señorita Malone», un reservado en una posición prominente en el centro del restaurante. Ya estaba allí cuando llegué, con un cigarrillo en una mano, un gimlet en la otra y un ejemplar del *Atlantic Monthly* abierto sobre la mesa. A diferencia de Jack, era menuda pero bonita, con un estilo algo hombruno. Al acercarme a la mesa, me miró de arriba abajo con atención. Luego, mientras me sentaba, señaló el ejemplar del *Atlantic* y dijo:

—¿Se te había ocurrido alguna vez que Edmund Wilson es un saco de imbecilidades?

—Imbecilidades... ¿o solo gordo y pomposo?

Aquel comentario fue recibido con un atisbo de sonrisa.

—¿Qué bebes? —preguntó.

—Si eso es un gimlet, tomaré uno.

—Tuyo —dijo ella y se puso a hacer una diatriba contra Wilson, Cyril Connolly y todos los demás supuestos proveedores de crítica literaria.

Cuando llegó el otro gimlet, me estaba enterando de todos los detalles de la guerra interna en McGraw-Hill. Cuando llegó el almuerzo y una botella de Soave, ella quería saberlo todo sobre mi trabajo en *Saturday Night/Sunday Morning*. Cuando llegó el café, eran las tres, las dos habíamos bebido a base de bien y yo estaba escuchando la parte negativa de la última aventura de

Meg con un editor jefe de *Knopf*.

—¿Sabes lo que más me gusta de los hombres casados? —dijo, haciendo un amplio gesto con la copa de vino—. Que se crean que controlan la situación, cuando somos nosotras las que la controlamos en realidad. Podemos echarlos de casa cuando nos hartamos de ellos. Aunque yo soy una romántica en estas cosas.

—Ya se nota —dije, riéndome.

—Jack siempre dice que he heredado los genes cínicos de la familia. A diferencia de él que, a pesar de su duro aspecto de chico de Brooklyn, es muy blando con todo. Deberías oír cómo habla de ti. Por lo que a él respecta, eres su salvación, su redención de todo lo que lo ha atrapado en la vida. Cuando intentó hablarme de ti al principio, se mostraba tan nervioso, tan aprensivo... Finalmente, le corté y le dije: «Por el amor de Dios, Jack, no soy el padre Gillhooley. ¿La quieres?». Y él contestó: «Más que a nada en...». Y... Vaya por Dios... te has ruborizado.

—Sí —dije—. Me he ruborizado. —No te ruborices. Estoy encantada por los dos. Como escribió alguien en el edificio Brill: «El amor es algo maravilloso».

—Le daba un miedo terrible contártelo.

—Eso es porque mi hermano es un católico irlandés de la peor calaña. Cree de verdad en el pecado original, la pérdida de la inocencia, el fuego del infierno y la condenación, y todo ese rollo del Antiguo Testamento. Mientras que yo le dije: la moral es una tontería. Lo que cuenta es que la gente mantenga un cierto grado de honestidad entre ella. Por lo que sé, él ha sido bastante honesto con Dorothy en este asunto.

—Puede que sí, pero a veces me siento muy culpable al pensar en ella.

—Mira, podría haberse portado mal con ella y dejarla sola con Charlie. La verdad es que muchos hombres lo habrían hecho. Pero ha sido leal. Como Dorothy es leal. Siempre he pensado que Dorothy era básicamente una mujer decente. No es muy ingeniosa, ni la alegría de la huerta, pero es buena persona. Si en su matrimonio no tiene un amor apasionado, lo tiene contigo. Con Dorothy mantiene un compañerismo básico que funciona, y tampoco está mal. Muchos de los matrimonios que conozco se basan en el odio mutuo.

—¿Significa eso que no te casarás nunca?

—Yo no diría nunca. Pero, en el fondo, creo que estoy hecha para la soltería. Me gusta tener a un hombre... pero también me gusta que se marche.

—Puedo simpatizar con esta idea.

—¿Puedes soportar ser «la otra mujer»?

—Es sorprendente descubrir lo mucho que puedes aguantar en la vida.

Después de aquel almuerzo, Meg y yo nos hicimos buenas amigas, y quedamos para una salida de chicas cada seis semanas más o menos. A Jack le encantó que nos hubiéramos caído tan bien... aunque también le preocupó lo que íbamos a contarnos durante aquellas futuras cenas bien regadas con alcohol. Una noche, en el piso, acurrucados en el sofá, se dedicó a interrogarme acerca de mi última conversación con su hermana.

—A ti no te importa de qué hablamos —dije, tomándole el pelo.

—Seguro que solo habláis de cosas de chicas —dijo.

—¡Cosas de chicas! Somos dos mujeres profesionales, educadas en Bryn Mawr y Barnard y tú te imaginas que intercambiamos recetas de cocina.

—No, pero sí que os imagino hablando de esmalte de uñas y medias.

—Si no supiera que me estás provocando, te ibas a enterar.

—Pues a ver... ¿de qué habláis?

—De cómo te portas en la cama.

Se puso blanco.

—¿En serio?

—Totalmente. Y Meg quiere conocer todos los detalles.

—Dios del cielo...

—¿De qué creías que hablábamos?

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Por qué sois tan tontos los hombres?

—Porque cometemos el error de enamorarnos de chicas listas como tú.

—¿Te gustaría más una chica tonta?

—Jamás.

—Esta ha sido una respuesta inteligente.

—O sea que no vas a decirme...

—No. Nuestras conversaciones son privadas... como debe ser. Pero sí te

confesaré una cosa que le dije ayer: soy feliz.

Me miró con atención.

—¿En serio?

—No te quedes tan sorprendido.

—No estoy sorprendido. Solo complacido.

—Pues yo también. Porque todo va de maravilla.

Se inclinó y me besó.

—La vida puede ser algo bueno.

—Sí —dije, y le devolví el beso—. Puede serlo.

Y cuando la vida es buena, el tiempo pasa a una velocidad inesperada. Tal vez porque los días están marcados por un cierto ritmo eufónico, la sensación de que los acontecimientos se suceden de un modo fácil y bien ordenado; de que las circunstancias están a tu favor. Mis columnas tenían éxito. Harper y Brothers me pagarían unos estupendos cinco mil dólares —mucho dinero en aquella época— por publicar un libro con mis artículos de «La vida real» en 1952. A Jack le ascendieron a ejecutivo senior, y aunque seguía en el apartado de las compañías de seguros, le habían duplicado el sueldo. Mientras tanto, a Eric le renovaron el contrato en la NBC con un aumento de sueldo que engordó aún más su cuenta bancada. Meg fue ascendida a editora senior en McGraw-Hill y se lió con un bajo de la banda de Artie Shaw —duró unos seis meses, algo casi épico en el plano romántico en comparación con sus estándares. Y lo mejor de todo, mi vida con Jack se había aposentado en una agradable rutina. Por lo que vi, Dorothy también se había adaptado a los extraños hábitos domésticos de su marido, aunque seguía negándose a hablar de sus días conmigo como no fuera para referirse a esos días «fuera de la ciudad».

Es una verdad reconocida que nunca nos damos cuenta de nuestra felicidad hasta que ha pasado. Pero durante la última mitad de 1951, yo era consciente de que aquella estaba siendo, sin ninguna duda, una estupenda época de mi vida.

Entonces se acabó. Recuerdo incluso el día exacto: el 8 de marzo de 1952. A las seis de la mañana. Me despertó el insistente timbre de la puerta. Jack estaba en Pittsburgh trabajando. No podía imaginar quién me molestaba a

aquella hora tan temprana.

Abrí la puerta y encontré a Eric temblando. Parecía que hubiera estado levantado toda la noche. También parecía asustado. Me entró miedo inmediatamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Quieren que declare —dijo.

6

Fueron los de la emisora: la National Broadcasting Corporation. La tarde anterior, un vicepresidente senior de Asuntos Corporativos, un tal señor Ira Ross, llamó a Eric a su despacho del piso treinta y dos del Rockefeller Center y le preguntó si tenía un momento para presentarle a un colega. Eric le preguntó si aquello podía esperar al día siguiente, porque tenía que entregar enseguida la nueva edición de *The Marty Manning Show*.

—Lo siento —dijo Ross—, pero tenemos que verte ahora.

—Tenemos —preguntó Eric—. En cuanto aquel asqueroso dijo «tenemos», supe que era hombre muerto.

Eric se tomó un momento para beberse el café. Me preguntó si tenía whisky en casa.

—Eric, son las seis de la mañana.

—Sé qué hora es —dijo—. Pero el café no es lo bastante fuerte y un trago me animaría un poco.

Al ver que dudaba, añadió:

—Por favor, S. No es un buen momento para discutir los pros y los contras de beber antes del amanecer.

Me levanté y fui a buscar una botella de Hiram Walker a un armario de la cocina.

—No es de centeno, es bourbon. A Jack no le gusta el de centeno.

—Mientras tenga cincuenta grados, me da exactamente igual.

Se sirvió un buen trago en el café y se lo bebió, parpadeando, reconfortado

por el whisky.

—Esto está mejor —dijo, y siguió con su relato —: Subí a la oficina de Ross en el piso treinta y dos. Entre los guionista de la NBC, Ross siempre ha sido algo así como Himmler, porque es el tipo que extermina a quienes la empresa quiere quitarse de encima. Su secretaria se puso pálida cuando me vio, una clara señal de que yo estaba acabado. Pero en lugar de acompañarme al despacho, me llevó a una sala de reuniones adjunta. Había cinco tipos sentados a la mesa. Cuando entré, todos me miraron, como si fuera un condenado a muerte que hubieran llevado ante un tribunal de apelación para una última petición de clemencia. Se produjo un silencio tenso y largo. Como soy idiota, intenté animar el ambiente con un chiste.

»“¿Todo esto es por mí?”, dije. Pero nadie rio. Por el contrario, Ross se levantó. Es un tipo despiadado. La clase de contable indescriptible con gafas de cristal grueso y el pelo oscuro y grasiento. Seguro que le hicieron la vida imposible en la escuela y desde entonces no deja de vengarse, porque se nota que disfruta con el poco poder que le da su trabajo. Especialmente en momentos como aquel, a punto de iniciar su propia investigación sobre actividades antiamericanas en el piso treinta y dos del Rockefeller Center.

»Se levantó y me presentó a los demás sin ninguna entonación: Bert Schmidt, el jefe de Variedades y Comedia de la cadena; Golden y Frankel, de Asuntos Legales, y un caballero que se hacía llamar agente Brad Sweet de la Agencia Federal de Investigación. Deberías haber visto a Sweet. Parecía salido del departamento de castings. Un tipo del Medio Oeste, corpulento y con la mandíbula cuadrada, el pelo cortísimo y un cuello de toro. Seguro que jugaba de defensa cuando iba al instituto en Nebraska, se casó con la misma chica que le acompañó al baile de graduación, y probablemente se pasó los cuatro años de preparación en el estado de Wichita soñando con el momento en que podría trabajar para el señor Hoover y defender a mamá y a la bandera americana de los peligrosos guionistas subversivos como yo. ¿Te haces una idea?»

—Sí —dije, poniéndome un poco de bourbon en el café—. Me hago una idea.

—¿Whisky tú también?

—Creo que también lo necesito.

—En fin, Ross me indicó una silla. Me senté. Mientras lo hacía advertí que, frente al agente Sweet, había una gruesa carpeta con mi nombre. Miré a los abogados. Tenían mi contrato con la NBC enfrente. Intenté mirar a los ojos a Bert Schmidt, porque siempre ha sido mi mejor defensor en la NBC, pero desvió la mirada. Me entró pánico.

»Entonces Ross inició la inquisición con la pregunta habitual: “Estoy seguro de que usted ya sabe por qué está aquí”.

»“No exactamente”, dije, “pero si hay dos abogados presentes, debo de haber hecho algo realmente terrible. Déjeme adivinar. Copié un par de chistes de Ernie Kovaks y ahora me van a acusar de plagio”.

»Como antes, el cociente de risas fue igual a cero. Por el contrario, Ross se puso de mal humor y me dijo que mostrara un poco de respeto. Dije que no pretendía faltar al respeto a nadie... y que me dijeran qué había hecho.

»Entonces, el agente Sweet me miró con sus ojos fanáticos de la escuela de patriotismo y enunció la pregunta que yo sabía que acabaría por tener que responder.

»“Señor Smythe, ¿es o ha sido alguna vez miembro del Partido Comunista?”.

»Sin pensarlo, contesté inmediatamente: “No”. El agente Sweet intentó controlar una risita mientras abría aquella carpeta tan gruesa y decía:

»“Miente, señor Smythe. Si esto fuera un tribunal, podrían procesarle por perjurio”.

»“Pero esto no es un tribunal de justicia”, protesté, “es un tribunal de canguros...”

»Aquello puso furioso a Ross.

»“Oye, tío listo”, dijo, con un susurro bajo y amenazador, “más vale que cooperes, o...”

»Uno de los abogados, creo que fue Frankel, le puso una mano en el brazo, como diciendo: “Nada de amenazas”. Luego me miró e intentó hablar en un tono amable y razonable.

»“Tiene razón, señor Smythe. Esto no es un tribunal de justicia. No es una investigación ni una comisión del congreso. Es solo una reunión convocada

por su bien”.

»“¡Por mi bien!”, dije un poco demasiado alto. “Esta sí que es buena”.

»“Lo que queremos”, dijo Frankel, “es evitar una situación potencialmente perjudicial para usted”.

»“Vaya, entonces aquí somos todos amigos”, dije, mirando a los ojos a Bert Schmidt. “Vaya, vaya, vaya, no sabía que tenía tantos amigos en posiciones elevadas”.

»“Así no vamos a ninguna parte”, dijo Ross a sus compañeros inquisidores. Entonces Schmidt intentó jugar a policía bueno.

»“Eric, por favor, intenta cooperar”.

»“De acuerdo, de acuerdo”, dije. “Adelante”.

»El agente Sweet volvió a mirar la carpeta.

»“Como he dicho, señor Smythe, tenemos pruebas que refutan su última afirmación. Según nuestros archivos, se afilió al Partido Comunista en marzo de 1936 y fue miembro de su célula de Nueva York durante cinco años, y no renunció hasta 1941”.

»“De acuerdo, lo admito. Durante un breve periodo de mi vida, después de salir de la universidad, fui miembro del Partido. Pero eso fue hace diez años”.

»“¿Por qué ha mentido sobre su afiliación en el pasado?”, preguntó el agente Sweet.

»“¿Admitiría usted una afiliación tan antigua y tan tonta?”.

»“Por supuesto que no, pero si me lo preguntara un agente federal del gobierno de Estados Unidos, le diría la verdad. Un error es un error. Pero un error solo puede rectificarse si se admite y se intenta dejar claro”.

»“Ya le he dicho que dejé el Partido hace diez años”.

»El otro abogado, Golden, intervino intentando aparentar amabilidad.

»“¿Por qué dejaste el Partido, Eric?”

»“Porque había perdido la fe en las doctrinas que predicaba. Creía que se equivocaban ideológicamente en muchas cosas. Y porque empecé a creer los rumores que corrían sobre la represión policial de Stalin en Rusia”.

»“Entonces”, dijo el abogado Golden, intentando echarme una mano, “te diste cuenta de que los comunistas estaban equivocados”.

»No lo planteó como una pregunta, sino como una afirmación. Bert

Schmidt me lanzó una mirada suplicándome “no lo estropees”. Y yo dije:

»“Así es. Decidí que el comunismo era una equivocación. Y una perversidad”.

»Era la respuesta acertada, sin duda, porque inmediatamente todo el mundo se relajó, aunque el propio Ross parecía desilusionado de que yo hubiera dejado de hacer el papel del testigo hostil. Ese hombre habría disfrutado enfocándome los ojos con una lámpara y pegándome en la cabeza con una guía de teléfonos para sacarme la verdad. Por el contrario, todos se volvieron amables y despreocupados. Al menos de momento.

»“Dado su admirable cambio de convicciones en la cuestión del comunismo, dijo el agente Sweet, ¿se considera un americano patriota?”.

»También me esperaba esta pregunta estúpida. Y sabía que tenía que mentir. Así que aseguré al agente Sweet y a todos los demás de la mesa que amaba a mi país más que a mi vida, o alguna imbecilidad por el estilo. A Sweet pareció gustarle mi respuesta.

»“¿Entonces estará dispuesto a cooperar?”, preguntó.

»“¿Cooperar? ¿Qué significa cooperar?”.

»“Significa que nos ayudará a infiltrarnos en la red comunista que amenaza la estabilidad fundamental de Estados Unidos”.

»“No era consciente de esta amenaza”, dije.

»“Créame, señor Smythe”, dijo el agente Sweet, “existe y es formidable. Pero con la cooperación de antiguos miembros del Partido, como usted, podemos adentrarnos en su corazón y eliminar a los líderes clave”.

»Te lo aseguro, S, en aquel preciso momento, estuve a punto de perder la cabeza. Quise decirle al agente Sweet que se parecía a uno de los Hardy Boys persiguiendo a los comunistas malos. “Ayudarnos a infiltrarnos en la red comunista que amenaza la estabilidad fundamental de Estados Unidos.” ¿Te lo puedes creer? Como si en este país existiera una red comunista.

»Intenté hablar con lógica:

»“Mire señor Sweet, en los años treinta mucha gente se afilió al Partido porque estaba de moda en aquella época. Era una moda, como el hoola-hop”.

»A Ross le encantó mi comentario:

»“¿Pretende poner una doctrina tan perversa como el comunismo al mismo

nivel que algo tan infantil como el hoola-hop?”.

»“Lo que quiero decir, señor Ross, es que yo era un chico ingenuo, acabado de salir de Columbia, que creía en los derechos del hombre y en la distribución igualitaria de la riqueza que el Partido predicaba. Pero, en el fondo, la razón de que me afiliara fue que era algo normal. Entonces trabajaba en el proyecto federal de teatro”.

»“Un nido de actividades subversivas”, dijo Ross, interrumpiéndome.

» “Señor Ross, ¿desde cuándo un puñado de actores y directores han amenazado la estabilidad fundamental de algún régimen?”.

»“Ajá”, dijo Ross, en tono triunfal. “¿Considera que el gobierno de Estados Unidos es un régimen?”.

»“Yo no he dicho eso”.

»“Un americano realmente patriótico sabría que los padres fundadores nos dieron el sistema de gobierno más democrático del planeta”.

»“He leído *Los documentos federales*, señor Ross. Comprendo perfectamente la doctrina de separación de poderes, elaborada por Hamilton, Madison y otros hombres inteligentes... que, francamente, se quedarían consternados al ver que un ciudadano de su país es interrogado sobre su fidelidad a la bandera”.

»“Esto no es un interrogatorio”, aulló Ross, furioso, y pegó un puñetazo sobre la mesa. De nuevo, Frankel le puso una mano en el brazo para calmarle. Luego dijo:

»“Eric, creo que lo que quiere tener claro el agente Sweet, así como los demás, es si sigues teniendo o no relación con el Partido”.

»“¿Este voluminoso expediente sobre mí no demuestra que lo dejé hace diez años?”.

»“Sin duda”, dijo Sweet. “¿Pero cómo podemos saber que su renuncia al Partido no es una trampa? Que nosotros sepamos, podría seguir siendo un agente operativo encubierto, haciéndose pasar por ex comunista”.

»“¿No hablará en serio?”, dije.

»“Señor Smythe, el FBI siempre habla en serio. Sobre todo cuando se trata de asuntos de seguridad nacional”.

»“Ya se lo he dicho y se lo diré de nuevo: dejé el Partido en 1941. No he

tenido más relaciones con el Partido. No me gusta el Partido, y ahora me arrepiento de haber estado afiliado a él. Por el amor de Dios, solo soy un guionista de Marty Manning. ¿Desde cuándo se considera una amenaza para la seguridad nacional alguien que escribe chistes?”.

»“Señor Smythe”, dijo el agente Sweet, “nuestros informes indican que, en los últimos diez años, se ha visto con muchos comunistas”.

»Entonces empezó a enumerar una lista de nombres, casi todos escritores, con quienes he tenido en el pasado alguna relación profesional. Intenté explicarle que, como yo, muchos de ellos eran chicos de mi generación que se afiliaron al Partido. ¿Sabes lo que dijo Sweet?

»“Mi hermano es de su generación y no se afilió al Partido”.

»De nuevo, tuve que reprimir mis ganas de decir algo como: “Porque su hermano probablemente era un patán del Medio Oeste, y no un escritor educado de la Costa Este que fue lo bastante estúpido para leer a Marx y tragarse la mierda de la Unión Mundial de Trabajadores.” Por el contrario, expliqué de nuevo que había cometido un error de juventud, del que ahora me arrepentía enormemente. De nuevo, Golden intentó echarme una mano.

»“Eric, sé que todos los de esta mesa están complacidos con la admisión de tu error. Como ha dicho el agente Sweet, todos cometemos errores, especialmente cuando somos jóvenes. Y aunque yo personalmente te creo cuando dices que no has tenido contacto con el Partido desde 1941, reconocerás que es necesaria alguna prueba más de tu desconexión con el Partido”.

»Sabía lo que vendría después, aunque aún esperaba contra toda esperanza poder esquivar la pregunta que estaban a punto de hacerme.

»“Es muy sencillo”, dijo Golden, “el agente Sweet necesita saber los nombres de las personas que te metieron en el Partido, y las que siguen siendo miembros activos actualmente”.

»“Y”, añadió el agente Sweet, “al darnos estos nombres, no solo estará demostrando su falta de afiliación a las actividades actuales del comunismo... sino que estará confirmando su patriotismo”.

»“¿Desde cuándo denunciar a personas inocentes se considera un acto de patriotismo?”, dije.

»“Los comunistas no son inocentes”, me gritó Ross.

»“Los comunistas de entonces que yo conozco sin duda lo son”.

»“Ah”, dijo el agente Sweet, “entonces admite que conoce comunistas”.

»“Ex comunistas como yo”.

»“Eric”, dijo Frankel, “solo con que le dieras al agente Sweet unos cuantos nombres”.

»“¿Y destruyera sus vidas al hacerlo?”.

»“Si son inocentes como dices tú, no tienen nada que temer”.

»“A menos, claro, que se nieguen a dar nombres. De eso se trata, ¿verdad? Me asustan para que les dé nombres. Luego, cuando haya cometido un acto de cobardía y denuncie a un par de personas, van a verles a ellos y les hacen lo mismo. “Denos nombres y le dejaremos en paz.” “El problema es que cuando me dejen en paz, tengo que tratar con mi conciencia. Y a lo mejor no me gusta”.

»“¿Está diciendo que no va a darnos nombres?”, preguntó Ross.

»“Estoy diciendo que como no conozco a ningún comunista en activo, darles un puñado de nombres no servirá para nada”.

»“Deje que nosotros juzguemos eso, señor Smythe”, dijo Sweet.

»“¿Y si me niego?”.

»“Puede despedirse de su empleo”, dijo Ross. “No solo en la NBC, sino en todos las emisoras, todos los estudios de cine, agencias de publicidad o universidades del país. No encontrará ningún empleo. Yo me aseguraré de ello”.

»Lo miré a los ojos.

»“Estoy seguro de ello”, dije.

»De repente, Bert Schmidt entró en aquel diálogo socrático.

»“Eric, escúchame. Eres uno de los mejores escritores de comedia del país actualmente. A mi modo de ver, eres uno de los grandes valores de la NBC; un gran elemento de nuestra industria, con un próspero futuro ante ti. No tenemos ningunas ganas de perderte. Sé que todo esto es muy desagradable, pero a todos nos han hecho las mismas preguntas. Aunque tú te niegues a dar nombres, otra persona lo hará. Y esta persona conservará su trabajo. Lo que te estoy diciendo es que puedes dejar esto atrás y olvidarte. Nadie sabrá

nunca que fuiste tú el que dio los nombres... ¿no es cierto, agente Sweet?”.

»“Por supuesto. Su declaración firmada será confidencial y solo para los ojos de los agentes del FBI, y algunos investigadores que trabajan para la HUAC, la comisión de actividades antiamericanas”.

»“¿Entonces yo tampoco sabré nunca quién me denunció?”.

»“Nadie le denunció, señor Smythe”, dijo el agente Sweet. “Simplemente hicieron lo correcto. Que es lo que le pedimos que haga usted”.

»“Tengo un contrato con esta emisora. No pueden echarme sin más”.

»Golden y Frankel empezaron a pasar hojas de sus copias de mi contrato. Frankel fue el primero en hablar:

»“Según la cláusula veintiuno (a) de los Términos y Condiciones de Empleo, se te puede despedir de la National Broadcasting Corporation por razones de inmoralidad”.

»“Eso es una tontería”.

»“Esto tendría que decidirlo un tribunal”, dijo Frankel. “Tendrías que demandarnos, y ya sabes que te costaría mucho dinero. No quiero que creas que te amenazo, pero el hecho es que tenemos los bolsillos más llenos que tú, Eric. Y el caso se alargaría años, durante los cuales no tendrías ningún trabajo... y como ha dicho el señor Ross, nadie te lo daría”.

»No podía creer lo que oía. Kafka en el Rockefeller Center. Decidí que tenía que ganar tiempo. De modo que dije:

»“Necesito tiempo para pensarlo”.

»“Por supuesto”, dijo el agente Sweet. “Estamos dispuestos a concederle setenta y dos horas para tomar una decisión. Pero entienda que si se niega a cooperar, no solo la NBC podrá despedirle, sino que la agencia informará de ello a la HUAC. Sin duda, será citado a testificar ante la comisión. Si se niega a hacerlo, o va a Washington y se niega a responder las preguntas de la comisión bajo juramento, se le acusará de perjurio y se le condenará a prisión”.

»“Vaya, menudo panorama me está pintando”.

»“No tiene que ser su futuro”, dijo el agente Sweet, “si coopera”.

»Entonces mostró su mejor baza. Abrió la carpeta, sacó una foto de Ronnie y la sostuvo en alto. Se me encogió el estómago. Tuve que esconder las

manos debajo de la mesa porque no quería que vieran cómo me temblaban.

»“¿Conoce a este hombre?”, preguntó Sweet.

»“Sí, le conozco”. Me temblaba la voz.

»“¿De qué lo conoce?”.

»“Es un amigo”.

»Sweet se echó hacia delante:

»“¿Qué clase de amigo?”.

»Deberías haber visto la mirada despectiva de aquel idiota, como si yo fuera Sodoma y Gomorra, todo en uno. Busqué apoyo en Bert Schmidt pero, como antes, me dirigió una angustiada mirada que significaba: “No puedo ayudarte”.

»A Sweet no le gustó mi silencio.

»“Por favor, conteste, señor Smythe. ¿Qué clase de amistad tiene con este hombre?”.

»Todos los ojos estaban puestos en mí. Ross sonreía. Me costó hablar.

»“Solo somos amigos”, dije finalmente.

»Sweet suspiró ruidosamente. Luego sacó una carpeta más pequeña de la grande, la abrió y empezó a leer: “Ronald García. Nacido en el Bronx, Nueva York. Edad: treinta y cuatro. Profesión: músico. No tiene antecedentes ni detenciones. Dirección actual: Suite 508, Hampshire House, 150 Central Park Sur, Nueva York, Nueva York”. Esta es también su dirección, señor Smythe.

»“Sí, es mi dirección”.

»“Entonces, en esencia, el señor García vive con usted”.

»“Ya le he dicho que éramos amigos. Nos conocemos del mundo del espectáculo. Ronald no tenía piso. No ganaba mucho dinero y le ofrecí que se quedara en mi casa una temporada”.

»“¿Y dónde duerme en su piso?”.

»“En el sofá. Es de esos que se convierten en cama”.

»Sweet estudió el expediente otra vez.

»“Según las dos criadas del Hampshire House que hemos entrevistado, ese sofá cama nunca ha sido utilizado. Lo han afirmado las dos, y han dejado claro también que han visto las cosas personales del señor García en la mesita de noche y sus artículos de tocador en el baño. Y además que el estado de la

ropa de cama... indicaba claramente que habían dormido dos personas en ella y que habían tenido...”

»Frankel le interrumpió.

»“Creo que hemos oído bastante, agente Sweet. Y estoy seguro de que el señor Smythe ha comprendido”.

»Me tapé la cara con las manos. Tenía la sensación de que iba a vomitar. Me tenían arrinconado. Y los cabrones lo sabían.

»Sentí el peso de una mano en el hombro. Luego oí la voz de Bert Schmidt.

»“Vamos, Eric, vamos a tomar un café”.

»Me ayudó a levantarme. Yo estaba en estado de shock. No podía soportar volver a mirar a aquellos desgraciados. Pero al salir, el agente Sweet me dijo:

»“Setenta y dos horas, señor Smythe. Ni una más. Espero que haga lo correcto”.

»Schmidt y yo bajamos en el ascensor al vestíbulo. Paró un taxi y le dijo al conductor que nos llevara al Carnegie Deli entre la 56 y la Séptima.

»“No tengo precisamente hambre, Bert”, dije.

»“Solo quiero salir de esta mierda de edificio”, añadió.

»En el Deli nos sentamos en un reservado del fondo. Después de que la camarera nos sirviera café, Schmidt empezó a hablar en un tono bajo y conspirador.

»“Lo siento”, dijo. “No sabes cuánto lo siento”.

»“¿Qué les dijiste?”.

»“A mí no me investigaron”.

»“No me lo creo. Claro que te interrogaron. Te he oído fanfarronear de tus días con Odets y Harold Clurman en el viejo Grupo de Teatro... un auténtico nido de subversión política”.

»“Al menos yo nunca fui miembro del Partido”.

»“Pero conocías a un montón de gente que sí lo era. Y estoy seguro de que tuviste que dar un par de nombres, ¿verdad?”.

»“Yo nunca haría eso”.

»“No digas tonterías, Bert. Tienes dos ex esposas y tres niños en escuelas privadas. No dejas de quejarte de que no tienes dinero para pagar a todas las

chicas que te gustaría tirarte”.

»“Baja la voz, por favor”.

»“¿Están destruyendo mi vida y quieres que susurre?”.

»“De acuerdo, de acuerdo”, dijo Bert, suavemente. “Todo esto es horrible. Es una mierda. No puedo estar más de acuerdo contigo. Pero Eric, no tengo influencia con estos desgraciados. Nadie la tiene. Tienen sus propias reglas”.

»“Reglas inconstitucionales”.

»“Puede ser... pero todo el mundo tiene demasiado miedo para decirlo”.

»“Bert, tienes que decírmelo: ¿Les diste mi nombre?”.

»“Te lo juro por mis hijos, te lo juro: No, no lo hice”.

»“Pero cooperaste con ellos, ¿no?”.

»“Eric, por favor...”

»“Respóndeme”.

»Se tapó los ojos con las manos. Cuando las apartó, tenía los ojos húmedos.

»“Sí”, dijo en voz baja. “Les di algunos nombres”.

» “¿Algunos?”.

»“Dos o tres... quizá cuatro. Pero, de verdad, Eric, los nombres que les di... eran de personas a las que habrían investigado de todos modos. Les dije lo que ya sabían”.

»Me miró, suplicando que le comprendiera, que le absolviera. Yo no sabía qué decir. Se dio cuenta.

»“No me vengas con este silencio despreciativo”, dijo, furioso de repente. “No tenía elección. Tengo bocas que alimentar, responsabilidades. Si me negaba a cooperar...”

»“Ya lo sé, lo habrías perdido todo. Si los chicos que has denunciado se niegan a cooperar, lo perderán todo. Se llama pasar la pelota”.

»“Como quieras”, me siseó. “Hazte el santo. Gana un Óscar a la virtud y a la nobleza si quieres”.

»“Me van a despedir igualmente, ahora que saben mi pequeño secreto inmoral”.

»“Si cooperas con los federales, la emisora no te despedirá”.

»“No lo sabes con seguridad”.

»“Sí que lo sé. Porque Frankel y Golden, de Asuntos Legales, me aseguraron que si ayudabas al agente Sweet, la NBC haría la vista gorda con tus arreglos domésticos”.

»“¿Lo tienes por escrito?”.

»“¿Estás loco? No van a poner eso por escrito, porque tienen todas las cartas en la mano. Pero sé que, si cooperas, no te despedirán. Como he dicho arriba, nadie quiere perderte. Eres un elemento valioso para la emisora. Y, personalmente, me gustaría seguir siendo tu amigo”.

»En ese momento me levanté y salí del restaurante. Eso fue a las cinco de ayer por la tarde. Desde entonces he estado caminando».

Cogí la botella de Hiram Walker y le eché otro poco en el café.

—¿No has vuelto a casa desde entonces?

—No. He estado dando vueltas y he terminado en uno de esos cines que no cierran en toda la noche, en la Calle 42. Intentando absorberlo todo.

—¿Dónde está Ronnie?

—Fuera de la ciudad por un par de noches, con una banda que toca con Rosemary Clooney en Atlantic City. Iba a llamarle al hotel... pero no he querido preocuparle todavía. Ya habrá tiempo para eso. Bueno, el caso es que no me veía con ánimos de volver a mi piso... ahora que sé que los federales se han tomado la molestia de entrevistar a las criadas sobre...

Levantó la taza de café y apuró el bourbon.

—¿Tan importante soy, S? ¿Soy tan peligroso para la seguridad nacional como para que tengan que interrogar a un par de criadas sobre quién duerme en mi cama?

—Yo tampoco me lo puedo creer.

—Pues créetelo, S. Porque estos desgraciados van en serio. O coopero con ellos o me suicido profesionalmente.

—Necesitas un abogado.

—¿Para qué? ¿Qué va a decirme un abogado caro que yo no sepa ya? Además, aunque el abogado pudiera hacer el milagro y quitarme de encima a los federales, la emisora me haría la vida imposible sobre la base de mi supuesta «inmoralidad». En cuanto se hiciera público, mi carrera estaría peor que muerta. Estaría acabado.

—Tienes que descubrir quién te denunció.

—¿De qué serviría?

—Quizá podrías utilizar la ética para que se retractara de su denuncia...

—Utilizar la presión ética. Eres muy inteligente, S... pero ahora mismo, te pareces a Pollyanna¹¹. No hay ética en este juego, S. Nada de nada. Cada uno procura por sí mismo, y es con eso con lo que Joe McCarthy y sus secuaces juegan: el miedo básico de todo adulto a perder lo que ha conseguido con su trabajo. Bert Schmidt tiene razón: si tienes que elegir entre perder tu modo de vida o vender a tus amigos, joderás a tus amigos.

. No hay ética en este juego, S. Nada de nada. Cada uno procura por sí mismo, y es con eso con lo que Joe McCarthy y sus secuaces juegan: el miedo básico de todo adulto a perder lo que ha conseguido con su trabajo. Bert Schmidt tiene razón: si tienes que elegir entre perder tu modo de vida o vender a tus amigos, joderás a tus amigos.

. No hay ética en este juego, S. Nada de nada. Cada uno procura por sí mismo, y es con eso con lo que Joe McCarthy y sus secuaces juegan: el miedo básico de todo adulto a perder lo que ha conseguido con su trabajo. Bert Schmidt tiene razón: si tienes que elegir entre perder tu modo de vida o vender a tus amigos, joderás a tus amigos.

—¿Entonces vas a cooperar?

—No me mires así —dijo, con hostilidad.

—No te miro de ninguna manera, Eric. Solo te lo pregunto...

—No lo sé. ¿Qué tengo? Dos días y medio para tomar una decisión. Tampoco tengo dinero en el banco.

—¿Cómo que no tienes dinero? Has ganado más de sesenta mil dólares este año...

—Sí, y he gastado más de sesenta mil.

—¿Cómo lo has hecho?

—Es fácil. Tan fácil que ahora también tengo algo llamado deudas.

—¿Deudas? ¿Con tu sueldo? ¿Cuánto?

—No lo sé. Siete u ocho mil, quizá...

—Oh, Dios mío...

—Sí, oh, Dios mío. Ahora ves el problema que tengo. Si no coopero, no solo soy un comunista reconocido y un perverso, sino que la NBC también me corta el chorro del dinero. Y estoy en bancarrota por todas partes.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—No tengo la menor idea. ¿Tú qué harías?

—¿Sinceramente?

—Sí, sinceramente.

—Sinceramente... —dijo—. No lo sé.

7

Los dos días siguientes fueron una pesadilla. Insistí para que mi hermano fuera a ver a un abogado. Como es natural, llamamos a Joel Eberts. En cuanto dieron las nueve, le llamé a su despacho. Se puso él mismo al teléfono y nos dijo que fuéramos inmediatamente. Dado su historial sindicalista, el señor Eberts simpatizó del todo con el dilema de Eric. Pero después de repasar su contrato con la NBC, y de oír la información sobre Ronnie que tenía el FBI, dijo que no podía hacer otra cosa que ofrecer su apoyo moral.

—Claro que podríamos demandarles. Pero, como le dijo el abogado de la NBC, pueden permitirse alargarlo durante años. Mientras tanto le etiquetarían de rojo. Y, aunque a mí no me importa quién duerma con quién, me temo que pueden utilizar la cláusula de la moral. Aún peor, si les demanda, le pueden filtrar el asunto a algún cerdo como Winchell, quien lo difundiría rápidamente en su columna. Y usted estaría acabado.

—¿Qué debo hacer, pues? —preguntó Eric.

—Amigo mío, la decisión es suya. Y no le envidio en absoluto. Porque, se mire como se mire, saldrá perdiendo. Aquí la cuestión es: ¿qué es lo que menos quiere perder?

Eric se removió nervioso en el asiento.

—No puedo denunciar a personas que solo fueron culpables de un idealismo tonto que yo también compartí. Por Dios, aunque fueran los Rosenberg, no les denunciaría. Seguramente no soy lo bastante patriótico.

—El patriotismo no tiene nada que ver —dijo Joel Eberts—. Joe McCarthy

y el payaso de Nixon son sin duda los dos patriotas más grandes que uno se pueda imaginar. Y los dos son unos canallas. No, aquí la cuestión es más peliaguda: se trata de perjudicarse a sí mismo para salvar a otros... aunque sepa que un día u otro caerán de todos modos. Por supuesto, para mí es fácil decir cómo podría reaccionar. Pero no estoy en su situación. Estoy seguro de que Hoover y sus secuaces tienen también mi expediente, pero no me pueden acusar por mi política. Al menos por ahora. No pueden destruir mi vida. Pero sí pueden destrozarle la suya.

Miré como Eric se retorció las manos. Sin darse cuenta, no dejaba de balancearse en la silla. Tenía los ojos inexpresivos, obsesionados. Necesitaba dormir, aunque fuera para escapar de aquella angustia un par de horas. Yo deseaba tanto ayudarlo... Pero no sabía cómo hacerlo.

—Solo puedo darle un consejo —dijo Joel Eberts—. Y si estuviera en su lugar, es lo que haría: salir del país.

Eric se lo pensó un momento.

—Pero ¿adonde iba a ir? —preguntó.

—Hay muchos otros lugares en el mundo además de Estados Unidos.

—Lo que pregunto es ¿cómo iba a ganarme la vida?

—¿Qué te parece Londres? —propuse—. En Londres tienen televisión, ¿no?

—Sí, pero no tienen mi sentido del humor. Son ingleses, por el amor de Dios.

—Seguro que encontrarías un puesto. Y si no es Londres, puede ser París o Roma...

—Sí, yo escribiendo gags para los franceses. Menuda idea...

Joel Eberts intervino.

—Su hermana tiene razón. Un hombre con su talento encontrará trabajo en cualquier parte. Pero esto es ahora un problema secundario. Ahora debería concentrarse en abandonar el país antes de cuarenta y ocho horas.

—¿No me seguirán los federales?

—No lo creo. Por ahora, en cuanto te han metido el miedo en el cuerpo, te dejan en paz, a menos que intentes volver a entrar.

—¿Quiere decir que no podré volver nunca a Estados Unidos?

—Créame, dentro de un par de años todo este asunto de las listas negras estará totalmente desacreditado.

—Un par de años —dijo Eric en tono desconsolado—. ¿Quién ha oído hablar de un americano que tuviera que exiliarse?

—¿Qué puedo decirle? Corren malos tiempos.

Eric me cogió la mano. La apretó con fuerza.

—No quiero irme. Me gusta vivir aquí. Es lo único que conozco. Lo único que tengo.

Tragué saliva y dije:

—Las demás opciones son horribles. Al menos así podrás salir lo más limpiamente posible.

Silencio. Eric siguió agitándose en la silla, batallando consigo mismo para tomar una decisión.

—Aunque decidiera marcharme, hay un problema. No tengo pasaporte.

—Eso no es problema —dijo Joel Eberts.

Nos dijo lo que teníamos que hacer. Insistí para que siguiéramos su consejo en seguida porque, como había advertido Eberts a Eric, no podía permitirse el lujo de sopesar mucho su decisión.

—Dentro de cuarenta y ocho horas esperan que les proporcione una lista de nombres —dijo Eberts—. Si no lo hace, ya estamos. La apisonadora apuntará en su dirección. Se quedará sin trabajo. Recibirá una citación de la HUAC. A partir de entonces, el Departamento de Estado impedirá que le concedan un pasaporte hasta que haya testificado. Se lo hicieron a Paul Robeson. Y se lo harán a usted sin duda.

Pero la forma de evitarlo era conseguir un pasaporte para Eric en cuarenta y ocho horas. Según Eberts, costaba unas dos semanas conseguirlo a menos que se demostrara que se había decidido viajar en el último momento. Así que, en cuanto salí del despacho de Eberts, nos fuimos en taxi a una gran sucursal de Thomas Cook's en la Quinta Avenida con la Calle 43. Después de hacer unas comprobaciones, el agente de viajes encontró una litera en el *SS Rotterdam* que salía hacia Hoek van Holland la noche siguiente. Compramos el billete y corrimos a la oficina de pasaportes de la Calle 51 con la Quinta. El funcionario inspeccionó el billete de Eric a Europa, y le dijo que

para tener el pasaporte a las cinco del día siguiente —apenas dos horas antes de que zarpara el *SS Rotterdam*—, necesitaba fotografías, una copia de su partida de nacimiento y una serie de firmas ante notario antes de la hora de cerrar.

Era un jaleo, pero Eric logró tenerlo todo por la tarde, antes de la hora de cerrar. El funcionario le aseguró que tendría el pasaporte al día siguiente a las cinco, lo que dejaría a Eric una hora para cruzar la ciudad y llegar al barco a las seis (tenía que estar en el barco al menos una hora antes de zarpar). Sería justo, pero llegaría.

En cuanto salimos de la oficina de pasaportes, Eric propuso que fuéramos a su piso de Hampshire House. Una vez allí, le ayudé a elegir entre su inmenso guardarropa lo que podía caber en una gran maleta. Mientras le ponía la funda a su máquina de escribir Remington, se hundió de repente en la silla.

—No me hagas subir a ese barco —dijo.

Intenté no perder la cabeza.

—Eric, no hay más remedio.

—No quiero dejarte. No quiero dejar a Ronnie. Tengo que verle esta noche.

—Pues llámale. A ver si puede volver.

Se echó a llorar.

—No. No podría soportar la despedida. La escena en el muelle. Toda esa angustia.

—Sí —dije en voz baja—. Yo lo evitaría si fuera tú.

—Le escribiré una carta, que puedes darle cuando vuelva este fin de semana.

—Lo comprenderá. Yo se lo explicaré.

—Todo esto es absurdo.

—Sí —dije—. Es absurdo.

—Solo soy un comediante. ¿Por qué me tratan como si fuera Trotsky?

—Porque son fanfarrones. Y porque tienen carta blanca para avasallar.

—Todo iba tan bien.

—Y volverá a ir bien.

—Me encanta lo que hago, S. He encontrado mi lugar. No solo gano

muchísimo dinero, sino que me divierte muchísimo escribiendo los guiones. Que es como debería ser el trabajo. Por eso me duele tanto tener que marcharme, sabiendo que, por primera vez en mi vida, todo es como yo quiero que sea. El trabajo. El dinero. El éxito. Ronnie...

Se apartó suavemente de mí y se acercó a la ventana del salón. La noche había caído sobre Manhattan. Abajo se veía el interior oscuro de Central Park, flanqueado por el resplandor seductor de los pisos iluminados a lo largo de la Quinta Avenida y Central Park Oeste. Lo que siempre me había sorprendido de aquel panorama era lo bien que reflejaba el espíritu de arrogante indiferencia de la ciudad. Era un perfil que emitía un desafío: «Intenta conquistarme». Pero, aunque lo hicieras, incluso si, como Eric, te festejaba el éxito en Nueva York, nunca llegabas a dejar tu marca en aquel lugar. Tanto empeño, tanta ambición y, en cuanto había pasado tu momento, eras olvidado. Porque siempre había alguien más en Manhattan que llegaba detrás de ti, luchando para lograr su momento. Hoy, Eric era el guionista de comedia más aclamado en televisión. Cuando el *SS Rotterdam* zarpara al día siguiente, correría el rumor de que había preferido marcharse al extranjero que denunciar a nadie. Algunos aplaudirían su decisión, otros la lamentarían. Dentro de una semana, a esta hora, sería un pensamiento terciario en las mentes de cualquiera de sus colegas profesionales. Porque así es como funcionaban las cosas. Su desaparición sería como una muerte. Solo los que le amaban lamentarían su ausencia. Para todos los demás que le conocían, el impacto de su desaparición sería un alivio temporal —y bien recibido— de las presiones del trabajo. Durante unos días, la gente hablaría en voz baja sobre lo transitorio del éxito, y lo acertado o no, éticamente, de la decisión de Eric de salir del país. Luego el tema se olvidaría. Porque empezaría otra semana y con ella las exigencias de un nuevo guion.

Como siempre.

Aunque no se lo pregunté, me di cuenta de que Eric estaba pensando lo mismo mientras los dos contemplábamos el resplandor atenuado del perfil del centro de la ciudad. Me rodeó con un brazo y dijo:

—La gente se pasa la vida persiguiendo lo que yo tenía.

—Deja de hablar en pasado.

—Pero es que ha terminado, S. Ha terminado.

Pedimos la cena al servicio de habitaciones. Nos bebimos dos botellas de champán.

Dormí en su sofá cama aquella noche, deseando en todo momento que Jack estuviera en la ciudad. A la mañana siguiente, Eric me hizo una lista de sus deudas. Eran casi cinco mil dólares de números rojos en lugares como Dunhill y Brooks Brothers, el 21 y El Morocco, y un surtido de bares y tiendas de artículos de lujo, en las que tenía cuenta. Tenía menos de mil dólares en el banco.

—¿Cómo te has metido en este lío? —pregunté.

—Siempre pagaba las cuentas. Y también me descubrí una debilidad posmarxista por los artículos de lujo.

—Es un defecto peligroso. Especialmente si está asociado a una generosidad sin límites.

—¿Qué quieres que te diga... excepto que, a diferencia de ti, nunca he conocido los placeres del ahorro? Al menos, algo bueno de salir del país será que estaré fuera del alcance de Hacienda.

—¿No me digas que también tienes problemas de impuestos?

—No es un problema, en realidad. Es solo que no he presentado declaraciones desde..., no lo sé..., quizá tres años.

—Pero algún impuesto habrás pagado, ¿no?

—Si no me he tomado la molestia de presentar la declaración, ¿por qué iba a mandarles dinero?

—O sea que les debes...

—Mucho. Creo que es el treinta por ciento de todo lo que he ganado desde que trabajo en la NBC. Es decir, un montón de pasta.

—Y no has ahorrado nada.

—Por el amor de Dios, S, ¿cuándo he hecho algo sensato?

Miré la lista de deudas y decidí que las liquidaría yo cuando Eric estuviera al otro lado del Atlántico. Además de la parte del acuerdo de divorcio que tenía invertida, había ahorrado con regularidad desde que escribía para *Saturday/Sunday*, y también había ingresado los cinco mil dólares que me habían avanzado en Harper y Brothers. Así que podría limpiar el nombre de

mi hermano en una serie de tiendas de la ciudad. Hacienda era harina de otro costal. Quizá podría vender unas acciones, o pedir una hipoteca sobre el piso. Pero por ahora solo quería meter a Eric en el barco. Tenía miedo de que de repente perdiera la cabeza o desapareciera sin más, y le hice prometer que se quedaría en el piso hasta las tres, hora en que cogeríamos un taxi a la oficina de pasaportes.

—Pero este podría ser mi último día en Manhattan. Al menos déjame invitarte a almorzar en el 21.

—Prefiero que seas discreto, Eric. Por si acaso...

—¿Qué? ¿Crees que J. Edgar Hoover y su amiguito han decidido seguirme por todas partes?

—Hagámoslo lo más discretamente posible.

—No hay nada discreto en esto. Nada.

A Eric no le gustó, pero finalmente decidió quedarse en casa todo el día mientras yo hacía los recados. Le hice firmar un cheque por valor de los mil dólares que le quedaban en la cuenta. Fui a su sucursal de Manufacturers' Hanover, lo cobré, y le compré la cantidad equivalente en cheques de viaje. Hice una visita rápida a Joel Eberts y recogí un documento de poderes. Luego corrí a Tiffany's y le compré una estilográfica de plata en la que hice grabar: «De S para E. Siempre».

Estaba de vuelta en su piso a las tres. Eric firmó el documento de poderes, y me dejó totalmente al cargo de sus asuntos económicos. Decidimos que, al día siguiente, buscaría un almacén donde guardar su ropa, papeles y artículos personales hasta que Eric volviera. Me dio un sobre grueso, dirigido a Ronnie. Le prometí que hablaría con él en cuanto llegara a la ciudad. Eric se metió un rato en el baño y yo introduje mi regalo de Tiffany's en su maleta. Luego, justo antes de las cuatro y media, lo miré y dije:

—Ya es la hora.

De nuevo, se acercó a la ventana, apoyó la cabeza en el cristal, y miró por la ventana.

—Nunca volveré a tener una vista como esta.

—Seguro que Londres es precioso.

—Pero allí los edificios son bajos.

Se giró hacia mí. Tenía la cara húmeda. Me mordí el labio.

—Todavía no —dije—. No me hagas llorar todavía.

Se secó los ojos con la manga. Respiró hondo.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

Salimos rápidamente. El portero nos buscó un taxi. Quedamos atrapados en el denso tráfico de la Quinta Avenida, y llegamos a la oficina de pasaportes con apenas dos minutos de adelanto. Eric era el último cliente del día. Cuando se acercó a la ventanilla, el funcionario con quien había tratado el día anterior lo hizo sentarse un momento.

—¿Hay algún problema?

El funcionario evitó mirarle a la cara. En cambio, descolgó el teléfono, marcó un número y habló con alguien. Colgó el teléfono y dijo:

—Una persona estará con usted enseguida.

—¿Hay algún problema? —preguntó Eric.

—Espere un momento, por favor.

Señaló un banco en la pared opuesta. Nos sentamos. Yo miré ansiosamente el reloj de la pared. Con el tráfico de aquella hora, tardaríamos, con suerte, cuarenta minutos en llegar al muelle de la Calle 46. El tiempo era esencial.

—¿Qué crees que pasa? —le pregunté a Eric.

—Nada, espero, excepto burocracia sin fin.

De repente, se abrió una puerta. Por ella entraron dos hombres con trajes oscuros. Cuando Eric los vio, se puso pálido.

—Mierda —susurró.

—Buenas tardes, señor Smythe —dijo uno de ellos—. Espero que no sea una sorpresa desagradable.

Eric no dijo nada.

—¿No va a presentarnos? —preguntó el hombre. Luego alargó la mano—. Agente Brad Sweet de la Agencia Federal de Investigación. ¿Usted debe de ser Sara Smythe?

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—El portero de Hampshire House la conoce. Y nos ha informado de que ha estado en el piso de su hermano desde ayer por la tarde. Por supuesto, después de visitar la oficina de un abogado llamado... —Alargó una mano. Su

compañero le pasó una carpeta. La abrió y leyó en voz alta—: La oficina de un abogado llamado Joel Eberts de la calle Sullivan. Tiene unos antecedentes subversivos impecables, por no hablar de un expediente más grueso que la guía de teléfonos de Manhattan. Luego, después de su pequeña charla legal, fueron a las oficinas de Thomas Cook en el 511 de la Quinta Avenida y compraron un billete para el *SS Rotterdam* que zarpa esta noche. Después, por supuesto, vinieron a la oficina de pasaportes, con la esperanza de conseguirlo utilizando la excusa del viaje en el último minuto, tan utilizado por las personas que necesitan salir de Estados Unidos a toda prisa.

Cerró el expediente.

—Pero me temo que no saldrá del país esta noche, porque el Departamento de Estado retiene su petición de pasaporte, pendiente del resultado de la investigación de la Agencia sobre sus afiliaciones políticas.

—Esto es un ultraje —me oí decir.

—No —dijo suavemente el agente Sweet—. Es todo absolutamente legal. Al fin y al cabo, ¿por qué habría de darle el Departamento de Estado un pasaporte a alguien cuya presencia en el extranjero podría ser perjudicial para los intereses americanos...?

—Oh, por el amor de Dios —dije—, ¿qué mal ha hecho al país?

Eric no dijo nada. Se quedó sentado en el banco, mirando fijamente el falso suelo de mármol.

—Si coopera con nosotros mañana, se le dará un pasaporte en veinticuatro horas. Si es que todavía desea salir del país. A las cinco de la tarde en la NBC, señor Smythe. Estoy deseoso de que nos veamos allí.

Con una seca inclinación en mi dirección, el agente Sweet y su compañero se marcharon. Eric y yo nos quedamos un rato más en el banco. No podíamos movernos.

—Estoy muerto —dijo.

Volví a quedarme con él aquella noche. Intenté hacerle hablar, para ensayar alguna estrategia que pudiera utilizar ante Sweet y la gente de la NBC.

—¡No hay nada que discutir! —dijo Eric.

—¿Pero qué vas a hacer?

—Voy a meterme en la cama, taparme la cabeza con las mantas y esconderme.

No podía impedirle que lo hiciera. Tampoco quería hacerlo, porque así al menos sabía dónde estaba. Estaba tan agotado, tan tenso, que se quedó dormido en cuanto se metió en la cama. Intenté hacer lo mismo, pero pasé gran parte de la noche mirando el techo, sintiéndome al mismo tiempo furiosa y totalmente indefensa ante el ataque sistemático del FBI contra mi hermano. Mi cabeza no paraba, intentando pensar en alguna salida para Eric. Pero no se me ocurrió nada. O denunciaba a alguien o sufriría las consecuencias.

Quería creer que yo en su lugar me comportaría como una Juana de Arco y me negaría a cooperar. Pero todos nos vemos haciendo cosas heroicas mientras estamos sentados en un sillón. Sin embargo, cara a cara con la realidad de un dilema, las cosas son muy diferentes. Nunca sabes de qué madera estás hecho hasta que te encuentras frente a un precipicio, mirando a un vacío muy profundo.

Me quedé dormida hacia las tres. Cuando me desperté sobresaltada, el sol ya estaba en lo alto. Miré el reloj. Las doce y once minutos. Mierda. Mierda. Mierda. Llamé a Eric. No hubo respuesta. Me levanté del sofá y fui al dormitorio. No estaba allí. Tampoco estaba en el cuarto de baño ni en la cocina. Aterrada, busqué una nota por todas partes, deseando que hubiera salido a dar un paseo. Nada. Descolgué el teléfono interior y hablé con el portero.

—Sí, el señor Smythe ha salido hacia las siete de la mañana. Pero ha sido raro...

—¿Qué ha sido raro?

—Me ha llamado antes de bajar y me ha preguntado si quería ganarme diez pavos. He dicho que sí. «Bien, voy a bajar en ascensor al sótano y te daré diez pavos si me abres la puerta de servicio y me dejas salir. Y si alguien viene a preguntar por mí esta mañana, le dices que he dejado el piso.» Le he dicho que muy bien. Por diez dólares puedo mentir un poco.

—¿Ha venido alguien?

—No, pero había dos tipos en un coche aparcado al otro lado de la calle desde que he llegado a trabajar a las seis.

—¿O sea que no le han visto marcharse?

—No podían porque ha salido por detrás.

—¿No le ha dicho adonde iba?

—No, pero llevaba una maleta...

Me alarmé mucho.

—¿Que llevaba qué?

—Llevaba una gran maleta. Como si se fuera a alguna parte.

Pensé rápidamente.

—¿Le gustaría ganar otros diez dólares? —le pregunté.

Me vestí, cogí el ascensor hasta el sótano. Entregué diez dólares al portero. Abrió la puerta de servicio.

—Si esos hombres vienen preguntando por mí o por Eric... —dije.

—¿Siguen arriba durmiendo?

La entrada de servicio llevaba a un callejón junto a la Calle 56 Oeste. Paré un taxi y fui a la oficina de Joel Eberts. Porque la verdad es que no sabía adonde ir. Como siempre, me recibió con los brazos abiertos y se quedó consternado cuando le conté lo que había sucedido el día anterior en la oficina de pasaportes.

—Dios mío —dijo—, nos estamos convirtiendo en un estado policial, y todo en nombre de la «amenaza roja».

Pero aún se alarmó más cuando supo que Eric había sido visto por última vez saliendo a escondidas de Hampshire House con una maleta en la mano.

—Puedes huir, pero no puedes esconderte de esos cerdos. Si no se presenta en la NBC, la HUAC le citará al instante. Y los federales se inventarán algún delito o falta para que emitan una orden de arresto contra él. Tiene que enfrentarse a ellos, para bien o para mal.

—Estoy de acuerdo, pero no sé adonde ha ido, y no puedo aconsejarle.

—No se necesita pasaporte para ir a Canadá —dijo Eberts.

Hizo una llamada rápida a Penn Station, pidiendo que le pusieran con la oficina de reservas. Sí, le dijeron, había salido un tren a las diez de la mañana, pero no había ningún pasajero con el nombre de Eric Smythe. Cuando preguntó si podían mirar si había reservado un billete en los próximos trenes, le dijeron que no tenían ni tiempo ni personal suficiente para

reparar todas las listas de trenes.

—¿Sabe qué me han dicho en la oficina de reservas? —dijo Eberts después de colgar—. Si encontrarle es tan importante, llame a los federales.

Fue la única vez que me reí en dos días.

De pronto, tuve una idea y le pedí que me dejara usar el teléfono. Primero llamé al Rainbow Room, hablé con el recepcionista y descubrí que su banda estaba actuando en el hotel Shoreham de Atlantic City. Conseguí el número y tuve suerte: Ronnie, como buen músico, seguía durmiendo a las doce y media. Pero se despertó enseguida cuando le conté lo que había sucedido en los dos últimos días.

—¿No tienes ni idea de dónde está? —preguntó, auténticamente preocupado.

—Tenía la esperanza de que hubiera venido a verte. Pero entonces ya habría llegado.

—Mira, me quedaré en la habitación toda la tarde. Si a las cuatro no ha llegado, intentaré librarme de la actuación de esta noche y volver a Manhattan. Espero que no haya hecho ninguna estupidez. Si pierde el trabajo, que lo pierda. Ya me ocuparé de él. Lo mismo que harás tú, estoy seguro.

—Creo que le ha entrado miedo —dije, intentando convencerme a mí misma de eso—. Estoy casi segura de que aparecerá en un par de horas. Así que voy a volver a su piso ahora mismo. Puedes localizarme allí todo el día.

Volvía a estar en Hampshire House a la una. Utilicé la entrada de servicio y subí en ascensor al piso de Eric. No había ninguna señal de que hubiera vuelto, ni la centralita tenía llamadas para él. Utilicé el teléfono interior para llamar a Sean, el portero.

—Lo siento, señorita Smythe. Su hermano todavía no ha aparecido, pero los dos tipos del coche siguen ahí delante.

Estuve al teléfono toda la tarde, llamando a todos los bares, restaurantes y locales que Eric frecuentaba. Llamé al agente de viajes de Thomas Cook que había reservado el pasaje a Europa para Eric, con la esperanza de que le hubiera reservado algún billete dentro de Estados Unidos. Hablé cada hora con Ronnie. Llamé al encargado de mi edificio, para saber si había visto a mi hermano esperándome fuera. Sabía que todos mis intentos de localizarle eran

inútiles, pero tenía que hacer algo.

A las cuatro, Ronnie me llamó para decir que había encontrado a alguien que le sustituiría aquella noche y volvía en tren a Manhattan. Llegó a las seis y media. A esa hora yo ya estaba harta de caminar por el piso, intentando adivinar por qué el agente Sweet no había telefonado a las cinco para preguntar por el paradero de Eric. Al fin y al cabo, se suponía que tenía que presentarse a esa hora en la NBC. Pero ahora era un fugitivo, un hombre que tenía que huir. Aunque no quería poner en palabras mi miedo ante Ronnie, no dejaba de pensar: «No volveré a ver a mi hermano».

A las ocho, llamamos al Carnegie Deli y nos hicimos traer bocadillos y cervezas. Nos sentamos en el salón y seguimos esperando. La noche pasó deprisa. Ronnie era un gran conversador y me contó un montón de historias de su infancia en Puerto Rico y su trabajo como músico. Me habló de sesiones de bebida que duraban toda la noche con Charlie Parker, y de cómo había sobrevivido a la experiencia de ser uno de los hombres de Artie Shaw durante siete meses, y por qué Benny Goodman era el peor director de banda de la historia. Me hizo reír. Amortiguó el miedo que los dos sentíamos. Pero hacia las doce, Ronnie empezó a admitir su angustia.

—Si el tonto de tu hermano ha hecho algo autodestructivo, nunca se lo perdonaré...

—Ya somos dos.

—Si le pierdo, yo...

Se estremeció. Le puse una mano en el brazo.

—Volveré, Ronnie. Estoy segura.

Sin embargo, a las dos de la madrugada todavía no había vuelto. Ronnie se retiró al dormitorio y yo, de nuevo, me eché en el sofá. Estaba tan exhausta que me quedé dormida enseguida. Luego oí a humo. Abrí los ojos de golpe. Acababa de amanecer. Se filtraba una tenue luz a través de las persianas. Medio dormida, miré mi reloj. Las seis y diecinueve. Entonces oí una voz.

—Buenos días.

Era Eric, sentado en un butaca cerca del sofá, chupando con ansia un cigarrillo. Su maleta estaba en el suelo, a su lado.

Salté de la cama y le abracé.

—Gracias a Dios... —dije.

Eric esbozó una triste sonrisa.

—Él no tuvo nada que ver con esto —dijo.

—¿Dónde diantre has estado?

—Por ahí.

—Me has vuelto loca. Creía que te habías marchado.

—Lo hice. Más o menos. A las siete de ayer, me desperté y decidí que lo único que podía hacer era meterme en un vuelo a Ciudad de México. Porque México, junto con Canadá, es el único país donde se puede entrar sin pasaporte. Y como había pasado un tiempo allí después de la muerte de padre, pensé que era un destino lógico para mí.

»Evidentemente sabía que los federales estarían vigilando el edificio, o sea que le di una propina al portero para que me dejara salir por la puerta de servicio. Paré un taxi y le pedí que me llevara a Idlewild. ¿Sabes una cosa divertida? Si el taxista no hubiera enfilado el puente de la Calle 59, estoy seguro de que ahora estaría en un vuelo a México. Pero me vi allí, en dirección a Queens por aquel puente. Cometí el error de volver la cabeza, y vi el perfil de la ciudad a través del cristal posterior del coche. Y antes de que tuviera tiempo de pensarlo, le dije al taxista: «Cambio de planes. En cuanto salga del puente, gire y vuelva a Manhattan».

»Al taxista no le hizo ni pizca de gracia. “¿Está loco o qué?”, me preguntó.

»“Sí, estoy loco. Lo suficientemente loco para quedarme cuando debería irme”.

»Hice que me dejara en Grand Central Station. Dejé la maleta en la consigna, pero llovía, o sea que antes de darle la maleta al encargado, la abrí para coger un paraguas plegable que había metido pensando en Londres. Entonces encontré tu regalo. Te juro que lloré cuando vi la inscripción. Porque también sabía que sería la pluma que utilizaría para escribir los nombres.

Tragué saliva. Y no dije nada.

—Esto es lo que había decidido, en pleno puente de la 59. Sería un chivato. Cantaría como un canario. Vendería a varias personas que hacía años que no veía, y que eran tan inocentes como yo. Conservaría mi trabajo, mi estilo de

vida, y seguiría pagando mi cuenta del 21. Claro que me sentiría mal... pero tampoco haría mucho daño, ¿no? Si los federales sabían que yo había sido miembro del Partido, también sabrían que las personas que denunciaría lo habían sido. Lo único que haría sería decirles lo que ya sabían.

»O al menos eso es lo que me dije para convencerme.

»Me guardé la pluma en el bolsillo de la americana, y decidí que celebraría mis últimas ocho horas como hombre con la conciencia relativamente tranquila haciendo lo que me viniera en gana. Sobre todo teniendo en cuenta que tenía mil dólares en cheques de viaje en la cartera. Así que fui a desayunar con champán al Waldorf. Luego me acerqué a Tiffany's y compré una cigarrera de plata carísima para Ronnie y una cosita para ti.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita azul con las letras Tiffany's. Me la lanzó. Yo la miré.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté.

—Totalmente. Vamos, ábrelo.

Levanté la tapa y vi un par de pendientes de platino absolutamente deslumbrantes, con unos diamantes pequeños, pero perfectos, incrustados. Me quedé sin habla.

—¿Tu silencio indica ambivalencia? —preguntó.

—Son una preciosidad. Pero no deberías haberlo hecho.

—Por supuesto que debería. ¿No sabes que la mayor regla americana es: cuando cometes un acto de cobardía, atenúa el golpe gastando mucho dinero?

»Bueno, después de mi juerga en Tiffany's, fui a la Quinta Avenida y pasé unas horas agradables en el Metropolitan Museum, mirando los Rembrandt. Tienen *El retorno del hijo pródigo* en préstamo de Amsterdam. ¡Caray qué cuadro!, como diría Jack Warner¹². La angustia de la familia, la necesidad de redención, la división entre responsabilidad y deseo, todo metido en un lienzo muy oscuro. Te lo juro, S, la única persona que ha utilizado el negro mejor que Rembrandt es Coco Chanel.

. La angustia de la familia, la necesidad de redención, la división entre responsabilidad y deseo, todo metido en un lienzo muy oscuro. Te lo juro, S, la única persona que ha utilizado el negro mejor que Rembrandt es Coco Chanel.

. La angustia de la familia, la necesidad de redención, la división entre responsabilidad y deseo, todo metido en un lienzo muy oscuro. Te lo juro, S, la única persona que ha utilizado el negro mejor que Rembrandt es Coco Chanel.

»Después del Met, ya era la hora de almorzar. Fui al 21. Dos martinis, una langosta de Maine entera, media botella de Pouilly-Fumé... y ya estaba a punto para más *hoch kultur*. La Filarmónica de Nueva York daba un concierto matinal en el Carnegie Hall con tu viejo favorito, Bruno Walter, dirigiendo. Y la banda tocaba la Novena Sinfonía de Bruckner. Fue impresionante. Una catedral de sonidos. Una visita guiada por el cielo en compañía de un creyente devoto, y la sensación de que hay algo más grande y absoluto que nuestros triviales empeños en el «planeta de la estupidez».

»El público se volvió loco cuando el concierto terminó. Yo también me puse en pie y los vitoreé a voz en grito. Hasta que miré el reloj. Las cuatro y media. Era la hora de acercarse al Rockefeller Center y hacer el trabajo sucio.

»El agente Sweet y el desgraciado de Ross me esperaban en el piso cuarenta y tres. De nuevo, me llevaron a la sala de reuniones. De nuevo, Ross me miró malhumorado.

»“¿Qué”, dijo “ha decidido cooperar?”.

»“Sí”, dije, “les daré unos nombres”.

»“El agente Sweet me contó su pequeña escapada de ayer a la oficina de pasaportes”.

»“Me entró pánico”, dije.

»“Esta es una forma de describir sus actos”.

»“Pero si le hubieran dado el pasaporte, ahora estaría fuera del país”, dijo Sweet.

»“Y me habría arrepentido de esta decisión toda la vida”, dije.

»“Mentiroso”, dijo Ross.

»“No me diga que no ha oído hablar de la conversión paulina, señor Ross”.

»“¿No sucedió en el camino de Damasco?”, preguntó el agente Sweet.

»“Sí, y ahora va a suceder en el Rockefeller Center”, dije. “Qué quieren saber?”.

»Sweet estaba sentado frente a mí. Hacía esfuerzos por dominar su

excitación, consciente de que iba a denunciar a mis amigos.

»“Nos gustaría saber”, dijo, “quién le metió en el Partido, quién dirigía su célula, y cuáles eran los demás miembros de su célula”.

»“Bien”, dije. “¿Le parece bien si se lo escribo?”.

»Sweet me pasó un cuaderno. Yo saqué tu preciosa pluma. La destapé. Respiré hondo un par de veces. Y escribí ocho nombres. Tardé menos de un minuto, y lo más curioso fue que los recordaba perfectamente.

»Cuando terminé, volví a tapar la pluma, me la metí en el bolsillo, y les devolví el cuaderno, como si no fuera capaz de mirarlo. Sweet se acercó y me dio un golpecito en el hombro.

»“Sé que no le ha sido fácil, señor Smythe. Pero me alegro de que haya hecho lo correcto, lo más patriótico”.

»Luego cogió el cuaderno, lo miró fijamente y lo echó delante de mí.

»“¿Qué demonios es esto?”.

»“Quería nombres”, dije. “Ahí tiene nombres”.

»“Nombres”, dijo, cogiendo el cuaderno de nuevo. “¿Esto le parecen nombres?: Dormilón, Gruñón, Tímido, Mudito, Feliz, Mocososo y Sabio, y ¿quién demonios es B?”.

»“Blancanieves, por supuesto”, dije.

»Ross arrancó el cuaderno de manos de Sweet. Lo miró y dijo:

»“Acaba de cometer un hara-kiri profesional”.

»“No sabía que hablaba japonés, Ross. A lo mejor fue uno de sus espías durante la guerra”.

»“Fuera de aquí”, gritó. “Está acabado”.

»Mientras me marchaba, Sweet me dijo que esperara una citación de la HUAC uno de estos días.

»“Nos veremos en Washington, idiota”, gritó mientras me marchaba».

Miré a Eric con los ojos muy abiertos.

—¿Escribiste los nombres de los siete enanitos? —pregunté.

—Bueno, fueron los primeros comunistas que se me ocurrieron. Porque al fin y al cabo vivían en comuna, compartían los bienes.

Se puso triste. Empezó a temblar. Me acerqué y lo abracé.

—Está bien, está bien —dije—. Has hecho bien. Estoy orgullosa de ti...

—¿Orgullosa de qué? ¿De que haya destruido mi carrera en una tarde? ¿De que no pueda encontrar trabajo? ¿De que vaya a perderlo todo?

De repente oí la voz de Ronnie.

—A nosotros no nos has perdido —dijo.

Lo miré. Ronnie estaba de pie en el umbral del dormitorio. Eric miró en su dirección.

—¿Qué haces aquí? —dijo inexpresivamente—. No tenías que volver hasta el lunes.

—A Sara y a mí nos preocupaba que te desvanecieras sin más.

—La verdad es que creo que vosotros dos deberíais preocuparos por cosas más importantes.

—Hay que oír al señor Falsa Modestia —dijo Ronnie—. ¿Y dónde demonios has estado desde que denunciaste a los siete enanitos?

—Oh, por ahí. Básicamente en un montón de bares de Broadway, luego en un cine nocturno de la Calle 42. Vi una monada de película de Robert Mitchum: *Esa clase de mujer*. Howard Hughes era el productor. Jane Russell la estrella, naturalmente. Un guion muy hábil: «Me estaba quitando la corbata y preguntándome si debería colgarme con ella». Fue como un resumen de lo que yo sentía.

—Don Autocompasión —dijo Ronnie—. Lástima que no te gastaras una moneda en decirnos que estabas sano y salvo.

—Oh, pero eso habría sido muy fácil. Yo no hago cosas fáciles.

Le acaricié el pelo.

—Pero hiciste bien, señor Smythe —dije—. ¿Verdad que sí, Ronnie?

—Sí —asintió, se acercó y le tomó la mano—. Lo hizo muy bien.

—Esto merece un brindis —dije, descolgando el teléfono—. ¿El servicio de habitaciones sirve champán a estas horas?

—Claro —dijo Eric—. Y ya puesta diles que traigan un chupito de arsénico.

—Eric, no te preocupes —dije—. Sobrevivirás a esto.

Él apoyó la cabeza en el hombro de Ronnie.

—Lo dudo —dijo.

8

La noticia salió en los periódicos de la mañana siguiente. Como era de prever, fue el gran patriota, Walter Winchell el encargado de difundir la calumnia. Era solo un párrafo de cinco líneas en una columna del *Daily Mirror*. Pero hizo mucho daño.

Puede que sea el escriba de Marty Manning, pero antes era un rojo. Y ahora Eric Smythe está en paradero desconocido después de jurar la Quinta enmienda con los federales. Quizá sepa inventarse un chiste, pero no sabe cantar 'God Bless America'. ¿Y qué puedo decir de la compañía romántica que el solterón Smythe tiene en su nido de Hampshire House? No me extraña que la NBC le mostrara la puerta de «No vuelvas por aquí».

La columna de Winchell salió a la calle a mediodía. Una hora después, Eric me llamó a mi piso. Yo todavía estaba bajo el impacto de aquella denigración del trabajo de mi hermano, pero no sabía si él lo habría visto. Hasta que oí su voz, por supuesto. Parecía mareado.

—¿Lo has leído? —preguntó.

—Sí. Lo he leído. Y estoy segura de que podrías demandar al cerdo de Winchell por difamación.

—Acaban de darme un certificado de desahucio —dijo.

—¿Qué?

—Me han pasado una carta por debajo de la puerta de parte de la dirección de Hampshire House, informándome de que tengo que dejar el piso en cuarenta y ocho horas.

—¿Sobre qué base?

—¿Tú qué crees? La frase de Winchell sobre la «compañía romántica» que tengo en mi «nido de Hampshire House».

—Pero la dirección sabía sin duda que Ronnie vivía contigo.

—Claro. El trato era que yo no decía nada y ellos no preguntaban. Pero ahora el cerdo de Winchell lo ha sacado todo a la luz, y la dirección de Hampshire House se ve obligada a hacer algo público y notorio... como echar a un perverso.

—No te llames así.

—¿Por qué no? Es como me verán todos ahora. Al fin y al cabo, soy «el solterón Smythe», ¿no? No hace falta ser una lumbrera para entender el significado subyacente de esta frase.

—Llama a Joel Eberts, pídele que presente una moción para detener el desahucio, y luego demándales.

—¿Para qué? Ganarán de todos modos, y aún tendré más deudas.

—Yo pagaré el abogado. Además el señor Eberts no es tan caro...

—Pero sería una batalla de seis meses que acabaría perdiendo. No pienso agotar tu cuenta bancaria. Sobre todo porque necesitarás el dinero. Gracias a mí tu puesto en *Saturday/Sunday* seguramente está en peligro.

—No seas tonto —dije—. No van a jugar la carta de culpable por asociación.

Pero sí lo hicieron. El día después de que apareciera el artículo de Winchell, recibí una llamada de Imogen Woods, mi editora en *Saturday/Sunday*. Intentó mostrarse tranquila y serena, pero era evidente que estaba nerviosa. Me pidió que fuéramos a tomar un café. Cuando le dije que iba atrasada en el trabajo —gracias a los caóticos sucesos de aquella semana— y no podía verla hasta después del fin de semana, su tono cambió.

—Me temo que es urgente —dijo.

—Ah —dije, cada vez más nerviosa—. ¿Podemos hablar ahora?

—No, no creo que sea indicado hablar por teléfono... No sé si me explico. Se explicaba. Y me había preocupado mucho.

—Entendido, ¿dónde quieres que nos veamos? —pregunté.

Propuso el bar del Hotel Roosevelt cerca de Grand Central Station al cabo

de una hora.

—Pero tengo que entregarte un artículo esta tarde —dije.

—Puede esperar —dijo.

Llegué al Roosevelt a las once como habíamos quedado. Imogen tenía un Manhattan en la mesa frente a ella. Me sonrió forzosamente cuando me vio. Se levantó y me besó en la mejilla. Me ofreció una copa. Dije que prefería un café a aquella hora de la mañana.

—Tómame una copa, cariño —dijo, irradiando nerviosismo.

—De acuerdo —contesté, imaginando que el alcohol sería necesario—. Un escocés con soda.

Ella pidió otra copa. Habló de cotilleos relacionados con el estreno en Broadway de una obra de Garson Kanin la noche anterior.

—Winchell también estaba —dijo, observando mi reacción.

No reaccioné de ninguna manera.

—Creo que es un monstruo —añadió.

—Yo también.

—Y quiero que sepas que pensé mucho en ti ayer, después de ver la columna de Winchell —dijo.

—Gracias, pero fue a mi hermano al que ofendieron...

—Oye, quiero que sepas que, personalmente, estoy completamente de vuestro lado...

Los timbres de alarma empezaron a sonar en mis oídos.

—Es muy amable por tu parte —dije—, pero, como te he dicho, es Eric el que está sufriendo ahora, no yo.

—Sara...

—¿Qué pasa, Imogen?

—Esta mañana temprano, recibí una llamada de Su Alteza el Editor. Parece que la junta de la revista se reunió anoche y uno de los grandes temas de conversación fue el remolino provocado por la controversia que rodea a tu hermano. Porque, seamos sinceras, no eran solo sus asociaciones políticas en el pasado lo que les preocupaba. Sino también su vida privada.

—Exacto. Es su vida privada. Sus asociaciones políticas en el pasado. No las mías.

—Sabemos que nunca tuviste relación política...

—'¿Qué quiere decir «sabemos»?

—Su Alteza, Ralph J. Linklater, recibió una visita ayer por la mañana de un tipo del FBI llamado Sweet. Le comunicaron que habían hecho una concienzuda investigación del pasado político de tu hermano. Llevaban meses tras él. Por supuesto decidieron investigarte a ti también.

—No puedo creerlo. ¿Por qué se iban a interesar por mí?

—Porque, como tu hermano, tienes una cierta plataforma pública...

—Escribo críticas de cine y una columna totalmente frívola sobre cosas totalmente frívolas...

—Sara, por favor..., solo soy el mensajero. —Después de echar un vistazo por el bar, se inclinó y susurró—: Personalmente, creo que estas investigaciones son una locura. Y más antiamericanas que las actividades antiamericanas que se supone que quieren desarraigar. Pero estoy en medio como todo el mundo.

—Nunca, jamás he sido comunista —siseé—. Por el amor de Dios, voté a Truman en el cuarenta y ocho, no a Wallace. Creo que soy la persona más apolítica imaginable.

—Eso es lo que le dijeron los federales a Linklater.

—Entonces ¿qué problema hay?

—Hay dos problemas. El primero es tu hermano. Si hubiera cooperado con la NBC, no habría pasado nada. Pero el hecho de que no lo hiciera le plantea un problema a *Saturday/Sunday*.

—Pero ¿por qué? No soy su guardiana.

—Escucha, de haber hablado Eric, el artículo de Winchell no se habría publicado y todo se habría olvidado. Pero ahora se le delata como un antiguo comunista y como un hombre que no tiene... ¿cómo lo diría...?, una vida doméstica corriente. Por lo que me dijo Linklater esta mañana, la junta cree que los problemas de Eric pueden proyectar una mala fama sobre ti...

—Dejémonos de historias, Imogen —dije en voz muy alta—. Lo que me estás diciendo es que a *Saturday/Sunday* le preocupa tener a una columnista cuyo hermano es un ex comunista y un homosexual reconocido...

Aquello hizo que el bar quedara en silencio. Imogen parecía querer que se

la tragara la tierra.

—Sí —dijo en voz baja—. Esta es la esencia de su dilema. —Me hizo un gesto para que me acercara—. Pero encima hay otro problema. Su Alteza sabe lo tuyo con un hombre casado.

Me incorporé en la silla, aturdida.

—¿Quién se lo dijo? —dije finalmente.

—El tipo del FBI.

Mi estupefacción aumentó.

—Pero ¿cómo es posible que lo sepa?

—Supongo que, cuando decidieron investigar a tu hermano hace un par de meses, decidieron también investigarte a ti. Y aunque no encontraron nada en el terreno político, descubrieron que tenías una relación con un hombre casado...

—Pero la única forma de hacer eso fue espiándome. O escuchando mis llamadas telefónicas. O...

—No sé cómo lo descubrieron. Lo único que sé es que lo saben. Y se lo han dicho a Linklater... y Linklater se lo ha dicho a la junta.

—Pero... pero... se trata de mi vida privada. No tiene ningún impacto en mi columna. No soy precisamente una persona pública. Como tú sabes incluso me negué a que saliera una foto mía en la revista. Nadie sabe quién soy. Me gusta que sea así. Entonces ¿por qué... por qué... iba a importarle a nadie con quién comparto mi vida?

—Ahora que han delatado a tu hermano, creo que a Linklater le preocupa que corran rumores sobre tus arreglos domésticos. Es solo cuestión de tiempo que Eric reciba una citación de la HUAC. Su testimonio saldrá en los periódicos. Si sigue negándose a cooperar, lo acusarán de desacato, y probablemente irá a la cárcel. Esto supondrá aún más publicidad. ¿Quién dice que los federales no le filtren a Winchell o a cualquier otro cerdo alguna pista sobre ti y tu amigo casado? Y ya sabes lo que escribiría ese cerdo: «No es solo el rojo más rojo de Eric Smythe quien tiene una interesante vida privada. La hermana soltera, Sara, la que escribe la divertida columna de “La vida real” en *Saturday/Sunday*, tiene también un interesante asunto con un tipo que lleva una alianza en el dedo. Y yo que creía que *Saturday /Sunday* se

consideraba una revista familiar».

—Pero esta lógica es una locura...

—Sé que es una locura... pero es como piensa la gente ahora. Tengo un hermano que es profesor de química en Berkeley. Y la Universidad Regents le ha pedido que firme un juramento de lealtad, sí, un documento, en que jura que no es miembro de ninguna organización subversiva que ponga en peligro la estabilidad de Estados Unidos. Han obligado a todos los miembros de la universidad a hacer lo mismo. A mí me parece algo repugnante. Como creo que es repugnante lo que le está sucediendo a tu hermano. Y a ti.

—¿Qué me está sucediendo, Imogen?

Me miró a los ojos.

—Quieren que dejes de escribir tus columnas una temporada.

—En resumen, me estáis echando.

—No, de ningún modo te estamos echando.

—¿Y cómo lo llamarías tú?

—Escúchame. A Su Alteza le caes muy bien, Sara, como a todos. No queremos perderte. Solo creemos que, hasta que todo este asunto de tu hermano se haya resuelto, es mejor que seas discreta.

—Es decir, que desaparezca del panorama.

—Ese es el trato, y teniendo en cuenta las circunstancias, no creo que esté tan mal. En el próximo número de la revista decimos que te vas a tomar un permiso de seis meses para escribir otras cosas. Seguimos pagándote un sueldo de doscientos dólares a la semana. Dentro de seis meses, revisamos la situación.

—¿Y si para entonces mi hermano sigue teniendo problemas?

—Cruzaremos ese puente cuando llegemos ahí.

—¿Y si decido demandaros? Hacer pública la forma en que estáis ejerciendo presión para...

—Yo no lo haría si fuera tú. No puedes ganar, Sara. Si te enfrentas a ellos, te despedirán y te quedarás sin nada. Así, al menos, salvas la situación sin perder el honor, y sin perder todos tus ingresos. Considéralo una temporada sabática, cortesía de *Saturday/Sunday*. Vete a Europa. Escribe una novela. Lo único que pide Su Alteza es...

—Ya lo sé, mi completo y total silencio.

Me levanté.

—Me voy —dije.

—Por favor, no hagas nada precipitado —dijo ella—. Por favor, piénsatelo bien.

Asentí con la cabeza. Imogen se puso de pie y me tomó la mano.

—Lo siento —susurró.

Aparté la mano.

—Debería darte vergüenza —dije.

Salí del Roosevelt. Caminé rápidamente por Madison Avenue, sin ver a los peatones que avanzaban hacia el sur. Tenía un ataque de rabia y le habría arrancado la cabeza de un mordisco a cualquiera que me hubiera empujado. En aquel momento odiaba el mundo. Odiaba su mezquindad, su malevolencia y su rencor. Más que nada, odiaba aquella forma de utilizar el miedo para dominar a los demás. En aquel momento, tenía ganas de subir al primer tren en dirección a Washington, entrar en el despacho de J. Edgar Hoover, y preguntarle qué creía conseguir persiguiendo a mi hermano. «Dice que defiende nuestra forma de vida», le diría. «Pero lo único que hace es aumentar su poder. La información es conocimiento. El conocimiento es control. El control se basa en el miedo. Porque ahora nos tiene a todos atemorizados, usted gana. Y nosotros, como ovejas, no podemos culpar a nadie más que a nosotros de su poder. Porque nosotros se lo hemos dado.»

Estaba tan furiosa que recorrí unas veinte manzanas sin darme cuenta de dónde estaba. Levanté la cabeza y vi el rótulo de una calle que decía «Calle 59 Este». Me encontraba a solo cinco minutos del piso de Eric. Pero sabía que no podía verle en el estado en que me encontraba. Como sabía que no podía contarle la conversación que acababa de mantener con Imogen Woods... a pesar de que me daba cuenta de que, en cuanto viera la nota de *Saturday/Sunday* de la siguiente semana, anunciando mi «temporada sabática», se culparía a sí mismo.

Me apoyé en una cabina de teléfonos, preguntándome qué iba a hacer a continuación. Mi respuesta a aquella pregunta fue entrar inmediatamente en la cabina, meter una moneda en la ranura y hacer algo que había jurado no

hacer nunca: llamar a Jack al trabajo.

Tenía que llegar de Boston aquella mañana, y pensaba pasar a verme antes de volver a casa por la noche. Pero yo necesitaba verle enseguida. Cuando le llamé, su secretaria me dijo que estaba reunido.

—¿Querrá decirle que ha llamado Sara Smythe?

—¿Él ya sabe de qué se trata?

—Sí, soy una vieja amiga del barrio. Dígale que estoy en Manhattan y quería invitarle a comer en Lindy's. Estaré allí a la una, si puede ir. Si no, dígale que me llame al restaurante.

Jack entró en Lindy's exactamente a la una. Parecía muy nervioso. Como nunca nos veíamos de día y mucho menos en un lugar público, no me saludó con un beso. Se sentó ante mí y me cogió la mano por debajo de la mesa.

—He visto lo de Winchell —dijo—.

Le puse al día de todo lo que había pasado: la negativa de Eric a denunciar, la columna de Winchell, la nota de desahucio de Hampshire House, y mi conversación con Imogen Woods. Cuando llegué a la parte del FBI informando a *Saturday/Sunday* sobre mi relación con un hombre casado, Jack se puso tenso.

—No te preocupes —dije—. No creo que esto se haga público. No permitiré que se haga público.

—No me lo puedo creer —dijo—. No puedo comprender cómo...

Se interrumpió. Me soltó la mano y empezó a buscarse cigarrillos en los bolsillos.

—¿Estás bien?

—No —dijo, sacando un Chesterfield y el encendedor.

—Te lo prometo, Jack, tu nombre no se relacionará con...

—Al diablo mi nombre. A Eric y a ti os han denigrado. Y aquellos cerdos... Yo les...

Se calló. La expresión consternada de su cara por nuestra situación me conmovió de una forma indescriptible. En aquel momento, lo amé incondicionalmente.

—Lo siento —dijo finalmente—. No sabes cuánto lo siento. ¿Cómo lo lleva Eric?

—Creo que está buscando piso. El desahucio es para mañana a las seis.

—Dile que si necesita algo..., cualquier cosa que yo pueda hacer.

De repente me incliné para besarle.

—Eres un buen hombre —dije.

Tenía que volver enseguida a la oficina. Pero prometió llamarme por la noche, antes de volver a casa con Dorothy. No solo me llamó, sino que también llamó a Eric a su piso, ofreciéndose para cualquier cosa. Al día siguiente, se presentó en Hampshire House a las cinco para ayudar a mi hermano a trasladar sus cosas al Ansonia, en Broadway con la Calle 74. El Ansonia era un hotel residencial, donde vivían personas del mundo del espectáculo de la escala media a baja. El nuevo piso de Eric era oscuro, con un solo dormitorio, y daba a un callejón. Tenía el papel pintado gastado, la moqueta deshilachada y llena de quemaduras de cigarrillos, con una cocina diminuta consistente en un hornillo y una nevera en mal estado. Pero el alquiler era bajo: veinticinco dólares a la semana. Y a la dirección no parecían preocuparle los arreglos domésticos de cohabitación de sus residentes. Siempre que se pagara el alquiler a tiempo y no se armaran jaleos, la actitud era: no queremos saber nada.

Eric no podía soportar su nuevo piso. Odiaba la suciedad y el ambiente de último reducto del Ansonia. Pero no tenía otras opciones. Porque estaba sin blanca. Después de su juerga compradora, le quedaron menos de cien dólares en el bolsillo. Con la nota de desahucio de Hampshire House llegó una factura de cuatrocientos dólares, de servicio de habitaciones y otros. Cuando Eric comunicó al director del hotel que no podría pagar la factura antes de marcharse, le informaron de que se quedarían con sus posesiones. Así que Ronnie y yo pasamos por Tiffany's y cobramos setecientos veinte dólares por la devolución de los pendientes de diamantes y la cigarrera de plata. Tras pagar la factura de Hampshire House, los trescientos veinte dólares restantes fueron para pagar el depósito y dos meses de alquiler en el Ansonia. Jack insistió en contratar la furgoneta que trasladaría las cosas de Eric a su nuevo piso. También contrató a dos pintores para que arrancaran el lúgubre papel de su nuevo piso y alegraran el lugar con varias capas de pintura blanca.

Eric y yo nos quedamos abrumados ante la generosidad de Jack.

—Oye, no era necesario que lo hicieras —le dije a Jack mientras le preparaba la cena en mi casa. Era el lunes después de que Eric se trasladara al piso y los pintores se habían puesto a trabajar aquel día.

—Contratar a dos pintores durante un par de días no me va arruinar. Además, he cobrado una bonificación inesperada. Así sin más, me dieron un cheque de ochocientos dólares. Es la forma de Steele y Sherwood's de darme las gracias por atraer a un nuevo cliente de seguros. Cuando las cosas te van bien, deberías ayudar a los demás, ¿no crees?

—Por supuesto. Pero siempre creí que tratándose de Eric...

—Caramba, todo eso pertenece al pasado. Por lo que a mí respecta, es de la familia. Y tiene problemas. Sé cómo me sentiría si me viera obligado a vivir en el Ansonia después de Hampshire House. Por lo tanto, si una capa de pintura alegra un poco la vida a tu hermano, será dinero bien empleado. También sufro por ti.

—Estaré bien —dije, no muy convencida.

—¿Has vuelto a *Saturday/Sunday* desde que te viste con la editora?

—No.

—Tienes que aceptar su oferta, Sara. Tu editora tiene razón, si te querellas con *Saturday/Sunday*, perderás. Acepta el dinero, cariño. Tómalo con calma. Dentro de un par de meses, todo esto de las denuncias habrá pasado. Se les está yendo de la mano. Están yendo demasiado lejos.

Quería creer a Jack y que la pesadilla de las listas negras acabaría pronto. Como quería rechazar la oferta de *Saturday/Sunday* de doscientos dólares como sueldo de mantenimiento. Porque lo que me ofrecían en realidad era un negocio faustiano: dinero para atenuar su sentimiento de culpabilidad por suspenderme..., por el miedo absurdo de que su llamada «revista familiar» no pareciera tan «familiar» si se descubría que una de sus columnistas se metía en la cama con un hombre casado, y que además tenía un hermano ex comunista que encima practicaba «el amor del que no puede pronunciarse el nombre».

«A Su Alteza le caes muy bien, Sara, como a todos nosotros. No queremos perderte. Solo creemos que, hasta que todo este asunto de tu hermano esté solucionado, es mejor que seas muy discreta.»

Dios, Imogen parecía tan culpable cuando me soltó aquella propuesta. Pero claro, como todos, ella también estaba en peligro. Si no «seguía las órdenes», podía poner en peligro su puesto en la revista. O quizá se le preguntaría sobre su lealtad hacia Dios y el país. Aquello era lo peor de la lista negra, la forma en que asustaba a todos para que no se comportaran con sentido común, y cómo apelaba a los instintos más básicos del ser humano: la supervivencia... a toda costa.

«Acepta el dinero, cariño.»

Al final, lo hice. Porque Jack tenía razón, no podía ganar aquella batalla. Y también porque sabía que *Saturday/Sunday* podría haberme despedido sin más. Al menos, así, tendría un sueldo los próximos seis meses, y el dinero me serviría para ayudar a Eric a salir adelante.

La columna de Winchell sobre el despido de Eric no solo dio lugar al desahucio de Hampshire House. Uno por uno, todos los restaurantes o tiendas que antes le recibían como a un gran cliente —y, en vista de su generosidad, le daban crédito— le cerraron la puerta en las narices. Pocos días después de su traslado al Ansonia, quedó con Ronnie para tomar una copa después de medianoche en el Stork Club. Pero cuando se presentó, el maître le informó de que su presencia no era deseada allí. Eric, que le llamaba por su nombre («Caramba, si solía darle una propina de diez pavos a la semana»), le suplicó que le dejara entrar.

—Lo siento, señor Smythe —dijo el maître—. Las normas no las pongo yo. Y creo que la dirección está un poco preocupada por la cuenta que nos debe.

Al día siguiente llegó la factura del Stork Club: setecientos cuarenta y cuatro dólares y treinta y ocho centavos. A pagar en el plazo de veintiocho días sin falta.

Esta petición fue seguida rápidamente de otras similares de Alfred Dunhill, 21, El Morocco y Saks Fifth Avenue, solicitando que se liquidaran las cuentas en el plazo de cuatro semanas o se presentarían demandas legales.

—No sabía que tanta gente leyera a Walter Winchell —dije, mientras repasaba el pequeño pliego de cartas amenazadoras.

—Vaya, ese cerdo es muy popular. Siendo como es tan buen americano.

—¿En serio gastaste ciento setenta y cinco dólares en un par de zapatos hechos a mano? —pregunté, mirando una de las facturas.

—Un idiota y su dinero se separan rápidamente.

—A ver si lo adivino: ¿esto es de Bud Abbott, o quizá de Lou Costello? De Oscar Wilde seguro que no es.

—No lo creo, a pesar de que ahora me siento muy unido a aquel caballero. Sobre todo porque podré escribir mi propia «Balada de la cárcel de Reading» cuando la HUAC me acuse de desacato al tribunal.

—Cada drama a su tiempo, por favor. Todavía no has recibido la citación de la comisión.

—Claro que la he recibido —dijo él, y recogió un documento de la mesa astillada que ahora utilizaba como escritorio—. Las buenas noticias siempre llegan juntas. Esta ha llegado esta mañana. Un agente federal ha venido en persona y me la ha puesto en la mano. Incluso tengo fecha de aparición: el veintiuno de julio. Washington es muy húmedo en julio, ¿verdad? Como casi todas las cárceles federales.

—No vas a ir a la cárcel. Eric.

—Sí voy a ir. Porque la comisión me pedirá nombres. Bajo juramento, por supuesto. Cuando me niegue a darles la información, iré sin duda a la cárcel. Así es como funciona.

—Llamaremos a Joel Eberts. Necesitas un abogado.

—No, no lo necesito. Porque la ecuación es muy sencilla: cooperas y te ahorras la cárcel. No cooperas y te pasas de seis meses a un año como invitado del gobierno de Estados Unidos en una de sus selectas prisiones.

—Primero lo primero, Eric. Dame las facturas.

—Ni hablar.

—Tengo dinero en el banco. No es problema...

—No permitiré que pagues mis estupideces.

—Es solo dinero, Eric.

—Fui un derrochador.

—O fuiste muy generoso. Déjame ser generosa a mí también. ¿Cuánto es el total? ¿Unos cinco mil?

—Me avergüenzo de mí mismo.

—Aún te avergonzarás más si te llevan a juicio por impago de facturas. Así nos quitamos de encima las deudas. Un dolor de cabeza menos. Ya tienes bastantes.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, pasándome el pliego de facturas—. Haz de buena samaritana. Pero con una condición: estos cinco mil son un préstamo. Y te los devolveré en cuanto consiga un empleo.

—Si te hace sentir mejor, de acuerdo, considéralo un préstamo. Pero yo nunca te pediré este dinero.

—No puedo soportar tanta generosidad.

Me reí y dije:

—No te darás cuenta y tendrás que renunciar a tu misantropía y empezar a aceptar que hay unas cuantas personas buenas que se preocupan por ti.

Al día siguiente pagué las facturas de Eric. También llamé a Imogen Woods al *Saturday/Sunday* y le informé de que aceptaría la oferta de excedencia de la revista. Me aseguró que seis meses después volvería a escribir para ellos.

—Por favor, no me odies —dijo—. Estoy en medio como todos los demás.

—Todos estamos atrapados, ¿verdad?

—¿Qué vas a hacer estos seis meses?

—Mi primer objetivo será intentar que mi hermano no vaya a la cárcel.

En realidad, mi primer objetivo era intentar hacer salir a Eric de la depresión en la que estaba cayendo rápidamente. Una depresión que aumentó cuando a Ronnie le ofrecieron un trabajo que era una estupenda oportunidad: una gira de tres meses por todo el país con la orquesta de Count Basie. La oferta llegó una semana después de que se instalara en el Ansonia con Eric. En privado me dijo que —aunque estaba como loco ante la perspectiva de tocar en la gran orquesta de Basie— creía que no debería aceptarlo. Porque le preocupaba la estabilidad mental de Eric.

Tomando un café en el deli de Gitlitz's, Ronnie me contó:

—No duerme y se bebe una botella de Canadian Club cada noche.

—Hablaré con él —dije.

—Buena suerte. No quiere escuchar a nadie.

—¿Sabe lo de la oferta de Basie?

—Por supuesto. «Vete, vete —me ha dicho—. Estaré perfectamente sin ti.»

—¿Tú quieres el empleo, verdad?

—Es la oportunidad de tocar con Count... Claro que lo quiero.

—Pues acéptalo.

—Pero... Eric me necesita. Y aún me necesitará más cuando se acerque el día de su comparecencia en el Congreso.

—Yo estaré allí.

—Tengo miedo por él.

—No tengas miedo —mentí—. En cuanto encuentre algún empleo, volveré a ser el mismo.

La verdad es que Eric llamó a muchas puertas después de que le echaran de la NBC. Al principio, era optimista acerca de sus perspectivas de empleo. Al fin y al cabo, era Eric Smythe, el primer guionista de *The Marty Manning Show*; un hombre que en Nueva York se consideraba uno de los principales innovadores de la comedia en el nuevo medio llamado televisión. Encima tenía la fama de ser un profesional de pies a cabeza. Era listo, malicioso y rápido. Cuando se trataba de sacar algo adelante, siempre lo hacía a tiempo, y siempre era nuevo y original. Como reconocía todo el mundo en su ramo, era lo mejor de lo mejor.

Pero nadie quiso contratarle. Ni siquiera querían recibirle. En cuanto se instaló en el Ansonia, empezó a llamar por teléfono, intentando concertar citas con varios productores y agentes de la ciudad.

—Ayer creo que hice una docena de llamadas —dijo, cuando pasé por su piso con una bolsa de comida—. Las personas a quienes llamé habrían matado en el pasado con tal de que escribiera para ellos. Pero ninguno tenía tiempo para hablar conmigo. Tres estaban reunidos, cuatro almorzando y el resto fuera de la ciudad.

—Bueno —dije—, quizá no era tu día de suerte.

—Gracias, Louisa May Alcott, por ver siempre el lado bueno de la vida.

—Solo digo que no pierdas la cabeza todavía.

A las cinco de la tarde siguiente, sin embargo, la había perdido totalmente. De nuevo, Eric había llamado a los mismos productores y agentes. De nuevo,

ninguno de ellos había querido hablar con él.

—¿Sabes qué decidí hacer entonces? —me dijo por teléfono—. Decidí pasar por los locales de Broadway en la Calle 50 y dejarme caer a la hora de almorzar por el Jack Dempsey's, donde se reúnen la mitad de los agentes de comedia de Nueva York para cambiar impresiones. Debía haber, no sé, seis de ellos sentados a una mesa. Todos me conocían. Todos habían intentado alguna vez captarme como cliente... aunque siempre fui uno de esos orgullosos que mantenía que no necesitaba agente. En fin, entro tranquilamente en Jack Dempsey's. En cuanto los de la mesa me ven acercarme, actúan como si el leproso del barrio hubiera hecho su aparición. La mitad de ellos no me dirigió la palabra. La otra mitad tenía que irse inmediatamente. A los pocos minutos de aparecer yo, la mesa estaba vacía. Excepto uno de los viejos, Moe Canter. Tendrá setenta y dos años. Lleva representando a actores desde la época del vodevil. Moe es un hombre directo. En cuanto todos desaparecieron del panorama, me dijo que me sentara y me invitó a una taza de café. Y me habló así de claro:

«—Eric, ¿qué puedo decirte? Los del gremio están asustados. Todo el mundo tiene miedo de acabar en la lista negra de algún congresista, y venderían a su propio hermano para poder seguir trabajando. En consecuencia, por el momento, creo que deberías pensar en otra clase de trabajo. Porque, después del artículo de Winchell, eres un intocable en la ciudad. Lo siento, pero así están las cosas.

»Luego me dijo lo mucho que me admiraba por negarme a denunciar a mis amigos. Sabes lo que le contesté: “A todos les gustan los héroes... siempre que estén muertos”.»

Respiré hondo. Intenté hablar con lógica.

—De acuerdo —dije— son malas noticias, pero...

—¿Malas? Es una catástrofe. Mi carrera está acabada. La tuya también. Y todo es culpa mía.

—No digas eso. Y no te borres del panorama tan rápidamente. Piensa que el artículo de Winchell apareció hace solo una semana. Y está fresco en la memoria de todos. Dentro de un mes...

—Tienes razón. Todos habrán olvidado el artículo de Winchell. Entonces

se estarán concentrando en mi desacato ante la comisión de actividades antiamericanas. Y después de mi actuación ante los congresistas, estoy seguro de que mis oportunidades de empleo no aumentarán precisamente.

Oí derramarse un líquido en un vaso.

—¿Qué es esto?

—Canadian Club.

—¿Ahora empiezas a las tres de la tarde?

—No, en realidad hoy he empezado a las dos.

—Sufro por ti.

—No hay por qué sufrir. Mira, siempre me puedo ganar la vida componiendo sonetos. O puedo inundar el mercado de versos épicos en noruego. Esta sección del mercado de la escritura creo que es a prueba de listas negras. Solo tengo que repasar el islandés y...

—Paso a verte —dije.

—No es necesario, S, solo estoy un poco deprimido.

—No tardo ni cinco minutos.

—No estaré. Tengo una cita importante esta tarde...

—¿Con quién?

—Con el cine Loew de la Calle 84. Ponen un grandioso programa doble: *Miedo repentino*, con Joan Crawford, Gloria Graham y el delicioso Jack Palance, seguido de *La trampa de acero* con Joe Cotton. Una tarde de buenaventura monocromática en estado puro.

—Al menos deja que Jack y yo te invitemos a cenar esta noche.

—¿Cenar? A ver, deja que consulte mi agenda... No, lo siento, pero ya he quedado esta noche.

—¿Qué vas a hacer?

—Según mi agenda, me voy a emborrachar. Solo.

—¿Por qué me esquivas?

—Quiero estar solo, querida.

—Quedemos para tomar un café.

—Hablaremos mañana, querida. Y por favor, no me llames más, porque voy a descolgar el teléfono.

Colgó. Evidentemente, intenté volver a llamar. Comunicaban. Me puse el

abrigo y corrí las tres manzanas de Broadway que separaban mi piso del hotel Ansonia. Cuando llegué a su lúgubre recepción, el portero me dijo que mi hermano acababa de salir del edificio. Cogí un taxi en dirección norte, y pagué setenta y cinco centavos por un viaje al Loew de la Calle 84. Busqué en la platea, busqué en los palcos, busqué en el anfiteatro. Ni rastro de mi hermano. Mientras yo le buscaba, proyectaban *Miedo repentino*. Cuando me convencí de que Eric no estaba allí, me dejé caer en una butaca. En la pantalla, Joan Crawford tenía unas palabras con Jack Palance:

«Recuerda lo que dijo Nietzsche: vive peligrosamente». Respuesta:

«¿Sabes lo que le ocurrió a Nietzsche?» «¿Qué?» «Murió.»

Salí del cine. Volví a casa. Llamé al Ansonia. En la habitación de Eric no contestaban. Jack llegó del trabajo. Se quedó conmigo a la espera toda la tarde. Llamé al Ansonia cada media hora. Mi hermano seguía sin responder. A las nueve, Jack salió e hizo una ronda por los bares del barrio, mientras yo esperaba junto al teléfono. Jack volvió al cabo de una hora, sin noticias de Eric. A medianoche, Jack se fue a la cama. Yo seguí junto al teléfono de la sala. Finalmente me adormecí. Cuando me desperté, eran las seis y media. Jack estaba vestido y me ofrecía una taza de café.

—Debes de sentirte estupendamente —dijo.

—Más bien diabólica.

Tomé un sorbo de café y llamé al Ansonia.

—Lo siento —dijo el telefonista después de una docena de intentos—. No contestan en esa habitación.

Colgué.

—Quizá debería llamar a la policía —dije.

—Hablaste con él ayer por la tarde, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, la policía no va a hacer nada para localizar a un hombre que falta desde hace menos de veinticuatro horas. Espera a la tarde. Si entonces no sabes nada de él, nos preocuparemos. ¿De acuerdo?

Dejé que me levantara y me diera un fuerte abrazo.

—Intenta dormir un poco —dijo—. Y llámame al despacho si hace falta.

—¿Estás seguro?

—Diles que eres la señorita Olson de Standard Life en Hartford, y mi curiosa secretaria no pensará mal.

—¿Quién es la señorita Olson?

—Una que me acabo de inventar. Intenta no preocuparte por Eric, ¿eh? Seguro que está bien.

—Te has portado tan bien estos días...

Meneó la cabeza.

—Ojalá pudiera hacer más.

Me metí en la cama. Cuando me desperté de nuevo, pasaba el mediodía. Cogí el teléfono de la mesita y llamé al Ansonia. Esta vez tuve suerte. Contestó Eric, muy dormido.

—Gracias a Dios —dije.

—¿Por qué estás tan agradecida?

—Porque has vuelto. ¿Dónde has estado?

—En los locales de siempre, y acabé en el cine New Liberty de la Calle 42. Yo y la hermandad de vagabundos del barrio durmiendo en el anfiteatro.

—Fui a buscarte al Loew de la Calle 48 ayer por la tarde.

—Me lo imaginaba, por eso decidí meterme en el New Liberty.

—¿Por qué me esquivas? Nunca me habías evitado, Eric.

—Bueno, hay una primera vez para todo. Mira, voy a dormir un rato.

Y descolgaré el teléfono. No nos llames. Ya te llamaremos..., que es lo que me dice todo el mundo en Nueva York.

Naturalmente, volví a llamar. Pero siempre comunicaba. Reprimí el deseo de ir al Ansonia a verle personalmente. Pero sí utilicé el alias de la señorita Olson y llamé a Jack. Me dio un consejo: Calma. Déjale unos días a solas.

—Tiene que acostumbrarse a la situación solo —dijo Jack.

—Pero no está bien como para estar solo.

—Todavía no se ha vuelto loco, ¿verdad?

—No, solo bebe todo el día y está fuera toda la noche.

—Está sufriendo. Lo que le ha pasado es como una muerte. Tienes que dejar que siga su curso. Ahora mismo, nada de lo que le digas tendrá sentido para él. Porque no puede encontrarle sentido a nada.

Así que no le llamé durante tres días. Esperé a las cinco del viernes por la

tarde. Parecía estar bastante despierto y sobrio.

—Tengo un trabajo —dijo.

—¿En serio? —dije, animada de golpe.

—Te lo juro. De hecho, es más que un trabajo, es una nueva vocación.

—Cuéntame.

—Soy un vago profesional.

—Eric...

—Escúchame. Es un trabajo fantástico; la forma más productiva que se pueda imaginar de matar el tiempo. Me paso el día vagabundeando. Voy de cine en cine. Me tomo un almuerzo de veinticinco centavos en el Automat. Paseo por el Metropolitan y el Museo de Historia Natural, camino, camino, camino. ¿Sabes que ayer caminé desde la Calle 74 Oeste hasta Washington Heights? Solo tardé tres horas. Una parte de mí quería seguir caminando hasta los Cloisters, pero como eran las tres de la madrugada...

—¿Fuiste caminando a Washington Heights por la noche? ¿Te has vuelto loco?

—No, solo cumplo con mi papel de vago.

—¿Has bebido mucho?

—Mientras duermo te aseguro que no. Pero tengo noticias laborales frescas.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, noticias espléndidas. Decidí saltarme a los agentes y utilizar mi agenda de teléfonos para ofrecerle mis servicios a cinco comediantes diferentes que conocía. ¿Sabes qué? Todos me rechazaron. No se trata de cómicos de primera fila. Son comediantes de poca monta que trabajan en clubs de poca monta como el Poconos y el Catskills en West Palm Beach. O sea que mi caché ha bajado tanto que ni los cómicos de segunda fila quieren saber nada de mí.

—Ya te he dicho mil veces que este periodo inicial será duro. En cuanto haya pasado la comparecencia ante la comisión...

—Y haya cumplido mi condena de un año...

—De acuerdo, pongamos que te condenan. Pongamos que vas a la cárcel. Será espantoso, pero saldrás. Cuando terminen las listas negras, no solo te

respetarán por negarte a denunciar a nadie, sino...

—¿Cuándo terminen las listas negras? No sabes lo que dices. Las posibilidades de que las listas negras terminen son tantas como las mías de llegar a secretario de Estado. E incluso en el caso de que todo el asunto se desacreditara, la porquería seguiría ahí. Siempre me mirarían como el «soltero ex comunista». Nadie volverá a contratarme jamás.

Se negó a dejarse animar. También se negó a verme. De nuevo, fui al Ansonia. De nuevo, se había ido cuando llegué. Pasaron veinticuatro horas antes de que pudiera hablar con él por teléfono de nuevo. Esta vez no le pedí ninguna explicación sobre lo que había hecho la última noche. Intenté parecer práctica.

—¿Cómo estás de dinero? —pregunté.

—Nado en la abundancia. Enciendo cigarros cubanos con billetes de cinco dólares.

—Me alegro de oírlo. Te dejaré un sobre con cincuenta dólares en la recepción.

—No, gracias.

—Eric, conozco perfectamente tu situación económica.

—Ronnie me dejó algo de dinero antes de irse.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—No te creo.

—Es tu problema, S.

—¿Por qué no me dejas ayudarte?

—Porque ya has pagado un precio muy alto por mi estupidez. Tengo que irme.

—¿Nos veremos este fin de semana para cenar?

—No —dijo, y colgó.

Metí cincuenta dólares en un sobre y lo dejé en la recepción del Ansonia. Al día siguiente lo encontré en mi felpudo, con el nombre de Eric tachado y el mío escrito con la caligrafía de mi hermano. Aquel día le dejé al menos una docena de mensajes. Ninguna respuesta. Desesperada, logré localizar a Ronnie en un hotel de Cleveland. Se quedó estupefacto cuando le conté el

errático comportamiento de Eric.

—Le llamo un par de veces a la semana —dijo Ronnie— y siempre parece que esté bien.

—Me dijo que le habías dejado dinero...

—Sí, unos treinta dólares...

—Pero te fuiste de gira hace diez días. Tiene que estar sin blanca. Tiene que aceptar mi dinero.

—No lo hará, porque se siente culpable de lo que te pasó en *Saturday/Sunday*.

—Pero sabe que me pagan doscientos dólares a la semana. Y no tengo hipoteca ni tengo que mantener a nadie. ¿Por qué no puede aceptar cincuenta? Todavía tengo mucho...

—No tengo que explicarte cómo piensa tu hermano. Tiene una gran conciencia y una asquerosa tendencia a la terquedad. Es una mala combinación.

—¿Aceptaría dinero de ti?

—Supongo que sí. Pero no puedo llegar de ninguna manera a los cincuenta dólares a la semana.

—Tengo una idea.

Aquella tarde fui a Western Union y le mandé cincuenta dólares a Ronnie a su hotel de Cleveland. Al día siguiente, él se los envió a Eric al Ansonia. Llamé a Ronnie la otra noche a su siguiente destino: Cincinnati.

—Tuve que contarle el cuento de que Basie le había aumentado el sueldo a toda la banda —dijo—, pero no me pareció desconfiado. Creo que necesitaba el dinero porque me dijo que iría enseguida a Western Union a cobrarlo.

—Bueno, al menos ahora sabemos que tendrá dinero suficiente cada semana para alimentarse. Si pudieras convencerle para que me viera.

—Te querrá ver cuando esté preparado para verte. Sé que te echa de menos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo, claro.

Obedecí y me mantuve a distancia. Le llamé cada día para saber si estaba bien. Si tenía suerte, encontraba a Eric cuando estaba sobrio y

razonablemente lúcido. Sin embargo, normalmente estaba borracho o con resaca, y básicamente desanimado. Dejé de preguntarle si había explorado otras opciones posibles de empleo. En cambio, escuché sus monólogos sobre las cinco películas que había visto el día anterior. O los libros que había leído en la biblioteca de la Calle 42 —se había convertido en uno de los habituales de su sala de lectura. O el espectáculo de Broadway que había visto la noche anterior «colándose en el segundo acto».

—Lo de colarse en el segundo acto es lo más fácil del mundo —me dijo—. Te quedas cerca del teatro hasta que termina la primera parte. Cuando salen todos a fumarse un cigarrillo, te mezclas con la gente, entras y buscas un asiento vacío en el fondo de la platea. Y puedes ver los dos siguientes actos sin pagar. No está mal, ¿verdad?

—Ya lo creo —dije, intentando parecer animada, y fingiendo que colarse en los espectáculos de Broadway era una actividad aceptable para un hombre que rondaba los cuarenta.

Lo que realmente tenía ganas de hacer era intervenir, correr al Ansonia, meter a Eric en un coche y llevármelo a Maine un par de semanas. Incluso le había insinuado la idea por teléfono, argumentando que un tiempo fuera de Nueva York le sentaría bien y le daría cierta perspectiva.

—Ya lo entiendo —dijo—. Una semana de paseos por una playa vacía me devolvería el equilibrio y la fe en la humanidad, y me pondría en plena forma para enfrentarme a los simpáticos chicos de la Comisión de Actividades Antiamericanas.

—Solo creo que un cambio de escenario te iría bien.

—Lo siento, no cuela.

Dejé de suplicarle que me dejara verle. En cambio, encontré a un recepcionista del Ansonia, Joey, que estaba dispuesto a informarme de las idas y venidas de Eric por cinco dólares a la semana. Sabía que aquello era una forma de vigilancia, pero tenía que estar al corriente de su estado general mental y físico. Joey tenía mi número de teléfono para un caso de urgencia. Una semana antes de la comparecencia ante la comisión, sonó el teléfono a las tres de la madrugada. Jack, que dormía a mi lado, se incorporó de golpe. Yo hice lo mismo. Descolgué el receptor, temiéndome lo peor.

—Señorita Smythe, soy Joey, del Ansonia. Perdona que la llame en plena noche, pero como me dijo que la llamara a cualquier hora si había algún problema...

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aterrorizada.

—No se preocupe, su hermano está bien. Pero llegó hace unos quince minutos, completamente bebido. Estaba tan mal, que tuvimos que sacarlo del taxi entre el vigilante de noche y yo. En cuanto llegamos arriba, se puso a vomitar. Y vomitaba mucha sangre...

—Llama a una ambulancia...

—Ya lo he hecho. Llegará enseguida.

—Voy para allá.

Jack y yo nos vestimos y salimos de casa en un momento. Cogimos un taxi que nos llevó al Ansonia. Había una ambulancia aparcada enfrente. Cuando entramos a toda prisa en el vestíbulo, estaban bajando a Eric en una camilla. En las tres semanas en que no nos habíamos visto, había envejecido diez años. Su cara estaba demacrada, esquelética. Tenía una barba descuidada y en aquel momento manchada de sangre. Su pelo parecía quebradizo, las manos huesudas, las uñas mordidas y sucias. Parecía desnutrido y cadavérico. Pero lo que me asustó más fueron sus ojos. Estaban rojos, inyectados en sangre y vidriosos, como si padeciera un estado de estrés permanente. Le tomé la mano. La noté extremadamente delgada, sin peso alguno. Lo llamé por su nombre. Me miró sin expresión. Me eché a llorar. Jack, blanco de la impresión, me abrazó hasta que los enfermeros lo sacaron fuera y lo metieron en la ambulancia.

Nos dejaron acompañarlo. La ambulancia subió por Broadway a toda velocidad. Sostuve la mano de Eric los cinco minutos que tardamos en llegar al Roosevelt Hospital. No paraba de llorar. No paraba de menear la cabeza.

—No debería haberle dejado solo —dije.

—Hiciste todo lo que pudiste.

—¿Todo? Míralo, Jack. Le fallé.

—Déjalo —dijo—. No le has fallado a nadie.

En el hospital, llevaron a Eric a urgencias. Pasó una hora. Jack fue a un café cercano abierto toda la noche y volvió con donuts y café. Fumó un

cigarrillo tras otro. Yo no dejé de pasear por la sala de espera, preguntándome por qué demonios no nos decían nada. Finalmente, un médico con aspecto cansado, con una bata blanca, entró por la puerta batiente de urgencias. Tenía unos treinta años y llevaba un cigarrillo encendido en la boca.

—¿Alguien espera por el señor —Miró la historia que llevaba en la mano.
—... Eric Smythe?

Jack y yo nos acercamos inmediatamente al doctor. Me preguntó por mi relación con el señor Smythe. Se lo dije.

—Mire, señorita Smythe, su hermano sufre una combinación de desnutrición, intoxicación por alcohol y una úlcera duodenal que probablemente le habría matado en pocas horas si no lo hubiesen traído aquí. ¿Cómo ha llegado a este estado de desnutrición?

Me oí decir:

—Es culpa mía.

Inmediatamente, Jack intervino.

—No le haga caso, doctor. El señor Smythe ha tenido problemas profesionales graves y ha sufrido una gran depresión. Su hermana ha hecho lo que ha podido...

El médico lo interrumpió.

—No intento buscar culpables. Solo quiero saber cómo ha llegado a este estado, porque hemos tenido que llevarlo a quirófano...

—Oh, Dios mío —dije.

—Cuando se rompe la glándula duodenal, hay que operar o se muere. Pero creo que le hemos cogido a tiempo. Las próximas dos horas serán cruciales. Pueden irse si quieren. Si nos dejan su número, les llamaremos...

—Yo me quedo —dije.

Jack asintió con la cabeza.

El médico se marchó. Yo me senté en la sala de espera, intentando controlar mis emociones. Jack se sentó a mi lado. Me pasó un brazo por los hombros.

—Lo superará —dijo.

—Esto no debería haber pasado...

—No es culpa tuya.

—Sí lo es. No tendría que haberle dejado solo.

—No pienso permitir que te martirices más...

—Eric lo es todo para mí, Jack. Todo.

Escondí la cabeza en su hombro. Al cabo de un momento, dije:

—No quería decir eso...

—Tranquila. Lo comprendo.

—Ahora te he hecho daño.

—Calla —dijo tiernamente—. No tienes que explicarme nada.

A las siete de la mañana, seguíamos sin saber nada del estado de Eric, excepto que había salido del quirófano y lo habían trasladado a cuidados intensivos. Jack se ofreció a llamar a su oficina para decir que no se encontraba bien, pero yo insistí para que fuera a trabajar. Me hizo prometer que le llamaría cada hora para ponerle al día, aunque no hubiera novedades.

En cuanto se fue, me eché en un sofá de la sala de espera y me dormí. Más tarde, una enfermera me despertó.

—Señorita Smythe, puede pasar a ver a su hermano.

Me desperté de golpe.

—¿Está bien?

—Ha perdido mucha sangre, pero lo ha superado. Por los pelos.

Me acompañaron por urgencias a un ala oscura y atestada de un extremo del hospital. Eric estaba en una cama en el extremo de una hilera de veinte camas. El ruido era ensordecedor, un barullo sin fin de pacientes angustiados, enfermeros bruscos y personas que gritaban para hacerse oír por encima del eco de la cavernosa sala. Eric estaba grogui pero lúcido. Permanecía echado y tapado con una sábana, dos catéteres intravenosos, uno de plasma y el otro de un líquido claro y viscoso desaparecían debajo de las sábanas. No dijo nada al verme. Le besé en la frente. Le acaricié la cara. Intenté no llorar. Fracasé.

—¡Qué tontería! —dijo, con la voz espesa después de la anestesia.

—¿Qué?

—Llorar, como si hubiera muerto.

—Hace un par de horas, parecías muerto.

—Me siento muerto ahora. Sácame de aquí, S.

—Ni lo sueñes.

—Quiero decir que me den una habitación. La NBC la pagará...

No le contesté, porque me pareció obvio que deliraba.

—Que me den una habitación —volvió a decir—. La NBC...

—No hablemos de eso ahora —dije, acariciándole la frente.

—No anularon mi seguro...

—¿Qué?

—En mi cartera...

Busqué a un ordenanza, que encontró la cartera de Eric (la habían guardado en la caja de seguridad del hospital después de ingresarlo, junto con su reloj y los siete dólares en metálico que llevaba encima). En la cartera había una tarjeta de Mutual Life, en el dorso de la cual había un número de teléfono. Llamé y descubrí que Eric todavía constaba en el plan de vida y seguro médico de la NBC.

—Sí, he encontrado su expediente —dijo el agente de Mutual Life con quien hablé—. Y somos conscientes de que el señor Smythe no trabaja ya en la NBC. Pero según las condiciones de la póliza, su seguro sigue vigente hasta el treinta y uno de diciembre de 1952.

—¿Así que puedo trasladarle a una habitación privada del Roosevelt Hospital?

—Me temo que sí.

Al cabo de una hora, Eric estaba instalado en una habitación pequeña pero bastante agradable de un piso alto del hospital. Todavía estaba muy desorientado.

—Vaya. ¿No tiene vistas? —fue su único comentario acerca del nuevo entorno antes de volver a adormecerse.

A las cuatro de la tarde, llamé a Jack para confirmarle que Eric estaba fuera de peligro. Luego fui a casa y dormí hasta la mañana siguiente. Cuando me desperté, encontré a Jack durmiendo a mi lado. Lo abracé. Se había evitado la tragedia. Eric lo había superado. Y yo tenía a aquel hombre extraordinario en la cama conmigo.

—Tú también lo eres todo para mí —susurré.

Pero él me respondió con un ronquido.

Me levanté, me duché, me vestí y le llevé el desayuno a Jack a la cama.

Como siempre, encendió un cigarrillo antes de tomar un sorbo de café.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó.

—Bueno, el mundo siempre parece mejor después de dormir doce horas.

—Tienes razón. ¿A qué hora vas a ir al hospital?

—Dentro de media hora. ¿Puedes venir conmigo?

—Tengo una reunión a primera hora en Newark...

—No te preocupes.

—Salúdale de mi parte. Y dile que si necesita cualquier cosa...

De camino al hospital, se me ocurrió que Jack había encontrado la forma de llevarse bien con mi hermano. Desde lo de la lista negra, había sido escrupulosamente correcto —y generoso— con Eric, pero desde una distancia prudencial. Evitaba tener que tratar con él cara a cara. No podía culparle... sobre todo teniendo en cuenta que el FBI lo tenía fichado como el hombre de mi vida. Y me admiraba enormemente su discreta manera de apoyar a Eric en aquellos momentos... cuando muchas personas se habrían aterrorizado con solo verse vagamente asociadas a él.

Eric estaba despierto cuando llegué al hospital. Aunque seguía demacrado y ojeroso, un atisbo de color había vuelto a sus mejillas. Y estaba un poco más lúcido que el día anterior.

—¿Estoy tan mal como me siento?

—Sí. Tan mal.

—Eres directa.

—Te lo mereces. ¿Qué intentabas hacer, si se puede saber?

—Beber mucho.

—¿Y no comer nada?

—Comer te quita un tiempo precioso para beber.

—Tuviste suerte de que Joey estuviera en el Ansonia...

—Me quería morir, S.

—No digas eso.

—Es la verdad. No veía otra salida...

—Te lo he dicho mil veces: saldrás de esta. Pero solo si dejas que te ayude.

—No valgo el precio que has pagado...

Me froté el pulgar y el dedo índice.

—¿Sabes lo que es? El violín más pequeño del mundo.

Sonrió sin fuerza. Le cogí la mano y dije:

—¿Qué más tenemos además de la vida?

—La bebida.

—Quizá sí, pero tengo malas noticias en este caso. Según el médico con quien he hablado esta mañana, tus días de bebedor han terminado. Tu duodeno pende de un hilo. Con el tiempo se irá reparando por sí solo. Pero incluso curado, tu estómago no podrá aceptar más bebida. Lo siento mucho...

—No tanto como yo.

—El médico también ha dicho que estarás aquí al menos dos semanas.

—Al menos le tocará pagar a la NBC.

—Sí, al menos es un consuelo.

—¿Qué hay de mi comparecencia ante la comisión la semana que viene?

—Le pediré a Joel Eberts que la retrase.

—Para siempre, si puede ser.

Al final, Eberts solo consiguió retrasar la citación de la comisión un mes. Durante ese tiempo, Eric se recuperó bastante. Después de sus dos semanas de estancia en el Roosevelt Hospital, le convencí para que me dejara alquilar una casita en Sagaponack. En esa época, aquel rincón de Long Island no estaba urbanizado. Sagaponack era un pueblecito de pescadores, una comunidad marinera y nada sofisticada de barcos langosteros, bares para escupir en el suelo y pescadores curtidos. Aunque estaba a solo tres horas en tren de Manhattan, era otro mundo. La casa que alquilamos era una estructura sencilla de dos dormitorios, deteriorada por la intemperie ante una amplia extensión de playa. Al principio, Eric solo podía sentarse en la arena, y mirar cómo rompían las olas de Long Island Sound. Pero al final de nuestras dos semanas allí, ya caminaba un par de kilómetros al día. Aunque tomaba una dieta blanda muy estricta —me convertí en una experta en cocinar pasta con queso—, engordó ligeramente. Y lo mejor de todo, empezó a dormir ocho horas por la noche. De día hacíamos lo mínimo posible. Había un estante con novelas baratas de detectives en la casita, y las devoramos. No había radio ni televisión. No compramos un solo periódico en las dos semanas de nuestra estancia. Eric dejó claro que quería aislarse del mundo en aquella playa. Yo

no tenía ninguna objeción a su plan. Después de las últimas semanas, yo también deseaba cerrarle la puerta a ese revoltijo que se denominaba vida. Echaba mucho de menos a Jack. Lo invité a pasar unos días con nosotros, pero dijo que estaba abrumado de trabajo... y los fines de semana no podía porque aquellos días eran sacrosantos para Dorothy y Charlie. No había teléfono en la casita. Para hablar con él, tenía que acercarme al pueblo dos veces a la semana y esperar en correos su llamada. Habíamos quedado a las tres de la tarde los martes y los jueves. Siempre cumplió. La empleada de correos también llevaba la centralita, y como me pareció muy curiosa tuve cuidado de no mencionar nada de la lista negra ni de la familia de Jack por teléfono. Si nos escuchaba —y estoy bastante segura de que lo hacía—, solo oía a dos personas que se echaban mucho de menos. Pero cada vez que le propuse que pasara con nosotros un día y una noche, Jack insistió en que tenía demasiado trabajo en aquel momento.

Las dos semanas pasaron de una forma deliciosamente imprecisa. La noche antes de marcharnos, Eric y yo nos instalamos en la playa para ver la puesta de sol en el Sound. Mientras la playa se empañaba con una claridad de whisky de malta en la luz mortecina, Eric dijo:

—En momentos como estos, me digo a mí mismo: es la hora del cóctel.

—Al menos aún estás aquí para ver momentos como estos.

—Pero estos momentos son mejores con un martini. En las próximas semanas, sé que voy a echar de menos el alcohol.

—Todo irá bien.

—No. No es así. Dentro de cuatro días tengo que presentarme ante la comisión.

—Sobrevivirás.

—Ya lo veremos.

A la mañana siguiente, volvimos a la ciudad. Llegamos a Penn Station a mediodía y tomamos un taxi. Dejé a Eric en el Ansonia.

Quedamos para desayunar al día siguiente a las nueve, y después le acompañaría a ver a Joel Eberts.

—¿Seguro que tenemos que ver a Eberts? —me preguntó mientras el portero del Ansonia sacaba su maleta del maletero.

—Es tu abogado. Estará contigo cuando te presentes ante la comisión el viernes. Será mejor que hables con él para planear una estrategia de antemano.

—No hay estrategia posible para acogerse a la Quinta.

—Ya hablaremos de esto mañana —dije—. Ahora sube y llama a Ronnie. ¿Dónde toca esta noche?

—No lo sé. Tengo el programa de su gira en alguna parte.

—Pues búscalo y llámale. Seguro que está esperando con ansia tu llamada.

—Gracias por estas dos últimas semanas. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—Lo haremos.

—Querrás decir después de que salga de la cárcel.

Le di un beso de despedida. Volví a subir al taxi e hice el trayecto de cuatro travesías hasta la Calle 77 Este. Me pasé la tarde revisando las cartas acumuladas. Había un voluminoso paquete de *Saturday Night/Sunday Morning* que contenía veinte cartas de varias lectoras, que habían visto el anuncio de mi supuesta retirada sabática de la revista y me deseaban un pronto retorno.

«Voy a echarla de menos», decía una tal señorita M. Medford de South Falmouth, Maine. Sentí de nuevo una cierta sensación de pérdida al leerlo. Porque, aunque no se lo hubiera dicho nunca antes a Eric o a Jack, echaba mucho de menos publicar.

Hacia las cuatro, salí del piso a comprar víveres. Volví antes de las cinco. Diez minutos después, oí la llave en la puerta. La abrí y tiré de Jack para meterlo en el piso. En un minuto, lo tenía en la cama. Media hora más tarde, hablamos.

—Creo que te he echado de menos —dije.

—Creo que yo también te he echado de menos.

Finalmente nos levantamos. Nos preparamos la cena. Comimos, tomamos una botella de Chianti, volvimos a la cama. No recuerdo a qué hora nos dormimos. Recuerdo que me desperté con un sobresalto. Alguien llamaba a la puerta. Tardé un momento en darme cuenta de que era de noche. Las cuatro y dieciocho minutos, según el reloj de la mesita. El timbre volvió a sonar. Jack

se agitó.

—¿Qué pasa...? —dijo medio dormido.

—Voy a ver —dije, me puse la bata y fui a la cocina.

Descolgué el teléfono interior. Apreté el botón para hablar y murmuré medio dormida:

—Diga.

—¿Es usted Sara Smythe? —preguntó con brusquedad.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Policía. ¿Podemos pasar, por favor?

Oh, no. Dios mío, no.

Me quedé un momento paralizada, incapaz de moverme. Luego volví a oír la brusca voz en el oído.

—Señorita Smythe, ¿está usted ahí?

Apreté el botón que abría la puerta de la calle. Un momento después, oí que llamaban a la puerta. Pero no era capaz de responder. Los golpes se hicieron más fuertes. Oí que Jack se levantaba de la cama. Entró en la cocina mientras se ataba el cinturón de la bata. Me encontró de pie junto al interfono, con la cabeza apoyada en la pared.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Por favor, abre la puerta —dije.

Los golpes eran cada vez más insistentes.

—¿Quién demonios es?

—La policía.

Se puso blanco. Fue al vestíbulo. Oí que abría la puerta.

—¿Está Sara Smythe? —preguntó la misma voz que había oído por el interfono.

—¿Qué sucede, agente? —preguntó Jack.

—Tenemos que hablar con la señorita Smythe.

Un momento después, dos policías de uniforme entraron en la cocina. Jack iba tras ellos. Uno de ellos se me acercó. Tenía unos cincuenta años, la cara grande y blanda, y la mirada contrariada de quien tiene que dar malas noticias.

—¿Es usted Sara Smythe? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Tiene un hermano llamado Eric?

No respondí. Me dejé caer al suelo, llorando.

9

La policía nos acompañó al centro. Yo iba en el coche con Jack, la cabeza apoyada en su hombro. Él me rodeaba con los brazos. Me abrazaba tan fuerte que me hacía sentir como si me quisiera dominar. Yo necesitaba que me dominaran porque estaba a punto de hundirme.

Las primeras luces se filtraban en el cielo nocturno mientras nos dirigíamos a la Calle 34. Nadie dijo nada en el coche. Los dos policías miraban hacia el parabrisas salpicado por la lluvia, sin hacer caso de los ruidos que emitía su radio. Jack hacía lo que podía por consolarme en silencio, pero su consternación era evidente. Podía oír los fuertes latidos de su corazón en el pecho. Quizá tenía miedo de que me pusiera a gritar otra vez, que es lo que había hecho con una angustia incontrolable desde que me habían dado la noticia. Después, había estado media hora en la cama agarrando con fuerza las sábanas. Estaba inconsolable. Cada vez que Jack intentaba consolarme, me ponía a gritar que se marchara. Estaba tan descontrolada, tan desolada, que no podía soportar la idea de que alguien me ofreciera consuelo en un momento que no admitía consuelo, no admitía alivio. Finalmente, uno de los policías me preguntó si necesitaba un médico. Entonces logré rehacerme un poco y vestirme. Jack y uno de los policías me cogieron del brazo para ayudarme a salir del coche, pero les rechacé educadamente. Como habría dicho el propio Eric (imitando a nuestro padre con malicia): una Smythe nunca se desmorona en público. Aunque haya recibido las peores noticias posibles.

Ahora estaba demasiado incapacitada para llorar. La pena que sentía era tan infinita, tan incalculable que iba más allá de las simples lágrimas o los alaridos de angustia. No podía hablar, no podía razonar. En todo el trayecto, no pude hacer nada más que apoyar mi cabeza en el hombro de Jack, y esforzarme por no perder el control.

Nos dirigimos hacia el sur en la Segunda Avenida durante dos manzanas, luego otra vez al este por la Calle 32 hasta que nos detuvimos en la entrada lateral de un edificio de ladrillo bajo. Grabadas en la puerta principal había las palabras: «Oficina del Forense de la ciudad de Nueva York».

Los policías nos acompañaron por la entrada lateral, donde decía: «Ingresos». Dentro, un anciano negro estaba sentado detrás de una mesa. Era el san Pedro del depósito. Cuando uno de los agentes se inclinó y dijo: «Smythe», el hombre abrió una gran libreta y pasó un dedo por la página hasta encontrar el nombre de mi hermano. Luego descolgó el teléfono y marcó un número.

—Smythe —dijo en tono bajo—. Cabina cincuenta y ocho.

Me sentí mareada otra vez. Jack lo notó y me pasó un brazo por la cintura. Al cabo de un momento, un ayudante con bata blanca llegó a la sala de espera.

—¿Han venido a identificar a Smythe? —preguntó monótonamente.

Uno de los agentes asintió con la cabeza. El ayudante indicó con el pulgar que le siguiéramos. Recorrimos un estrecho pasillo, pintado de color verde institucional e iluminado por luces fluorescentes. Nos paramos frente a una puerta de metal. La abrió. Estábamos en una habitación pequeña, refrigerada como una nevera para la carne. Había una pared con cajones de acero numerados. El ayudante se encaminó hacia el cajón 58. Uno de los agentes me indicó amablemente que me acercara. Jack se quedó a mi lado. Me apretó el brazo con fuerza. Hubo un largo momento de silencio. Los agentes me miraron incómodos. El asistente empezó a repiquetear distraídamente con los dedos sobre la puerta de acero. Finalmente, respiré hondo e hice un gesto al ayudante.

El cajón se abrió deslizándose. Cerré los ojos con fuerza. Después de un momento me obligué a abrirlos. Eric estaba ante mí, cubierto de cuello para

abajo con una sábana blanca. Tenía los ojos cerrados. Su piel parecía blanqueada. Sus labios se habían vuelto azules. No parecía estar en paz. Simplemente parecía sin vida. El caparazón vacío que había sido mi hermano.

Reprimí un sollozo. Volví a cerrar los ojos, porque no podía soportar su visión. Porque no quería que aquella última visión fuera la que permaneciera en mi mente para siempre.

—¿Es Eric Smythe? —preguntó el ayudante.

Asentí con la cabeza.

El hombre tapó la cara de Eric con la sábana, y luego empujó el cajón otra vez hacia dentro. Se cerró con un golpe seco. El ayudante cogió un portapapeles, colgado de un clavo en la pared. Pasó unas cuantas páginas, encontró lo que buscaba y me pasó el portapapeles.

—Firme al pie de la página, por favor —dijo, y se sacó un lápiz mordisqueado del bolsillo del pecho de su gastada bata blanca.

Firmé. Le devolví el portapapeles.

—¿Qué funeraria utilizarán? —preguntó.

—No tengo ni idea —dije.

Arrancó una parte del formulario. Llevaba el nombre de Smythe seguido de un número de serie. Me lo alargó.

—Cuando lo sepa, dícales que nos llamen y digan este número. Ya saben cómo va.

Jack arrancó el papel de la mano del ayudante.

—Entendido —dijo, guardándose el papel en el bolsillo de la americana—. ¿Hemos terminado?

—Sí, han terminado.

Los policías nos acompañaron fuera.

—¿Podemos llevarles a casa? —preguntó uno.

—Quiero ir al Ansonia —pedí.

—Ya iremos más tarde —dijo Jack—. Ahora necesitas descansar.

—Yo me voy al Ansonia —insistí—. Quiero ver su piso.

—Sara, no creo...

—Me voy a su piso —dije, sin poder contener la ira.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Jack, haciendo un gesto con la cabeza a los policías.

Volvimos a entrar en el coche. Conseguí controlarme durante el trayecto. Jack parecía agotado y extremadamente preocupado. Aunque sostuvo mi mano, parecía ausente. O quizá fue porque yo me sentía como si estuviera viviendo un sueño: una pesadilla en movimiento de la que no podía escapar.

En el Ansonia, todavía estaba de guardia Joey. Se mostró muy solícito. Buscó a alguien que atendiera la recepción y nos llevó al bar.

—Sé que es temprano, pero ¿le iría bien una copa?

—Estaría bien —dije.

—¿Whisky?

Jack asintió. Joey trajo una botella de escocés barato y dos vasitos. Los llenó hasta el borde. Jack se tragó el suyo de golpe. Yo tomé un sorbo del mío y casi me atraganto. Tomé otro sorbo. El whisky me quemó la garganta, como una medicina áspera pero necesaria. Al cuarto sorbo el vaso estaba vacío. Joey lo llenó de nuevo y después hizo lo mismo con el de Jack.

—¿Le encontraste tú? —pregunté.

—Sí —dijo Joey en voz baja—. Le encontré. Y... de haberlo sabido, no habría permitido que el chico del reparto...

—¿Qué chico del reparto? —pregunté.

—Un chico de una tienda de bebidas cercana. Por lo que he sabido, su hermano llamó a la tienda ayer por la tarde y pidió que le llevaran dos botellas de Canadian Club a la habitación. Al menos esto es lo que me ha dicho Phil, el recepcionista de día. Él estaba trabajando cuando se presentó el chico de la tienda, preguntando por el piso de su hermano. De haber estado yo en la recepción, la habría llamado enseguida, porque, después de lo que sucedió hace dos semanas, sabía que no podía beber. Pero llegué a las siete. No vi ni supe nada de su hermano hasta después de medianoche, cuando me llamó, y parecía estar muy mal. Como si estuviera tan mal que no pudiera ni pronunciar las palabras. No entendí nada de lo que me dijo. Busqué a alguien que se quedara en mi lugar y subí. Debí de llamar durante unos cinco minutos. No hubo respuesta. O sea que bajé y cogí la llave. Cuando abrí la puerta... —Se interrumpió, aspiró aire y lo soltó—. No fue una visión

agradable, señorita Smythe. Se había caído al suelo. Le salía sangre por la boca. También había sangre en el teléfono, lo que significa que ya sufría una hemorragia cuando me llamó. Iba a llamarla, pero la situación era tan mala que creí que sería mejor esperar a la ambulancia. No tardó mucho en llegar, unos diez minutos máximo. Pero cuando llegó, él ya había muerto. Luego se presentaron los policías y se encargaron de todo. Me dijeron que no podía llamarla, porque ellos tenían que darle la noticia personalmente.

Cogió un vaso y lo llenó de escocés.

—Yo también necesito una copa —explicó, y se lo bebió entero—. No sabe lo mal que me siento con todo esto.

—No es culpa tuya —dijo Jack.

—Las dos botellas de Canadian Club... ¿estaban vacías? —pregunté.

—Sí, del todo —dijo Joey.

Mi cabeza volvió a aquella mañana en el Roosevelt Hospital, cuando le comuniqué a Eric que el médico había dicho que no podría volver a beber.

Se lo había tomado con filosofía. Aunque no lo había dicho claramente, parecía bastante contento de volver a estar entre los vivos. Durante nuestras dos semanas en Sagaponack, se había rehecho mucho. Y cuando le había dejado allí menos de veinticuatro horas antes, estaba...

Reprimí un sollozo. Escondí la cabeza entre las manos. Jack me acarició el pelo.

—Tranquila —dijo tiernamente.

—No puedo —grité—. Se ha matado.

—No lo sabes —dijo Jack.

—Se bebió dos botellas de Canadian Club, porque era consciente de que su úlcera no lo soportaría. Yo se lo advertí. Los médicos se lo advirtieron. Parecía estar tan bien ayer en el tren volviendo de Island... No estaba nada preocupada por él. Pero evidentemente malinterpreté...

Me desmoroné y me eché a llorar otra vez. Jack me rodeó con sus brazos y me meció.

—Lo siento, lo siento —me disculpé.

—No te culpes —dijo Jack.

Joey tosió nerviosamente.

—Tengo algo más que contarle, señorita Smythe. Algo que me contó Phil. Hacia las tres de la tarde de ayer, su hermano tuvo una visita. Un hombre trajeado y con un maletín. Le enseñó no sé qué identificación a Phil y le dijo que era un funcionario federal. Pidió a Phil que llamara a su hermano y le hiciera bajar al vestíbulo, pero sin decirle quién quería verle. Phil hizo lo que le ordenaba. Su hermano bajó al vestíbulo, y el funcionario le dio un documento y le dijo algo oficial como: «Le entrego una notificación oficial que, tal y tal...». Phil no lo oyó bien. Pero dijo que su hermano parecía muy aturdido por lo que decía el tipo.

—¿Qué pasó después de que entregaran a Eric la notificación? —pregunté.

—El tipo del traje se marchó, y su hermano volvió a su habitación. Unos noventa minutos después, llegó el chico de la tienda.

—¿Eric no salió para nada en ese rato?

—Según Phil, no.

—Entonces el papel tiene que seguir arriba. Vamos.

Joey parecía dudoso.

—Está todo hecho una pena, señorita Smythe. Quizá debería esperar...

—Puedo aguantarlo —dije, y me puse en pie.

—No es una buena idea —dijo Jack.

—Eso ya lo decidiré yo —dije, y salí del bar.

Joey y Jack iban detrás de mí. Joey se paró en recepción y recogió la llave del piso 512 de los compartimentos para cartas. Subimos en ascensor hasta el quinto piso. Caminamos hasta la puerta con el número 512. Joey se detuvo antes de meter la llave.

—¿Está segura de que quiere entrar, señorita Smythe? —preguntó.

—No pasa nada.

—Déjame pasar primero —dijo Jack.

—No. Quiero verlo.

Joey se encogió de hombros y giró la llave. La puerta se abrió. Entré. Contuve la respiración. Ya me esperaba una moqueta manchada de sangre. Pero no estaba preparada para las extraordinarias dimensiones de la mancha. La mancha todavía estaba húmeda y brillante. Cubría el teléfono y salpicaba los muebles. Se veía el perfil sangrante de una mano en dos de las paredes y

en una mesa cercana donde había caído Eric. Me vino a la cabeza de repente toda la horrible secuencia de los últimos minutos de mi hermano. Había estado sentado en el sofá, destrozado, bebiendo. Una botella vacía de Canadian Club yacía en el suelo junto al pequeño televisor barato. La segunda botella —vacía, excepto un par de dedos de líquido— permanecía en la mesita de centro. Había manchas de sangre en el sofá. Eric debió de empezar a perder sangre antes de terminar la segunda botella. Asustado, se había tapado la boca con la mano (la razón de todas las huellas de manos sangrientas). Entonces se había arrastrado hasta el teléfono y había llamado a Joey. Pero había sido demasiado incoherente a causa del Canadian Club (y el impacto de la hemorragia). Se le cayó el teléfono. Cayó sobre la mesa plegable de cartas que le servía de mesa. Se apoyó en ella para sostenerse. Pero fue a parar al suelo. Y murió inmediatamente. O, al menos, esto es lo que yo deseaba desesperadamente. Porque no podía soportar la idea de que Eric hubiera sufrido mucho.

No pude mirar mucho rato la mancha. Mis ojos se movieron hacia la mesita de cartas. Había un documento con aspecto oficial bajo un cenicero. También estaba manchado de sangre. Tiré de él. Lo miré. Era una notificación de Hacienda, en la que se informaba a Eric de que iba a ser sometido a una investigación, y de que, según la información de sus ingresos que habían recibido de la National Broadcasting Company, se le pedía un pago inmediato de 43.545 dólares para liquidar los tres años de atrasos en los pagos de impuestos. La carta también decía que, si quería apelar la cantidad especificada, tenía que hacerlo antes de treinta días presentando los certificados necesarios en su oficina de Hacienda. De otro modo, si ignoraba la fecha límite de apelación o no pagaba la cantidad especificada, sería procesado judicialmente, sería encarcelado o se le confiscarían sus propiedades.

«Cuarenta y tres mil quinientos cuarenta y cinco dólares.» No era raro que pidiera aquellas dos botellas de Canadian Club. Si me hubiera llamado, habría alquilado un coche y lo habría acompañado a Canadá. O le habría dado dinero para que se fuera en avión a México y resistiera allí un par de meses. Pero le había entrado el pánico y había sucumbido al miedo. O quizá

no era capaz de enfrentarse a la idea de pasar por otro juicio después del de la comisión, seguido de encarcelamiento, ruina económica y los años que tardaría en intentar pagar aquella deuda.

Me temblaba la carta en la mano. Jack se puso inmediatamente a mi lado, y me sostuvo.

—Cerdos —dije—. Cerdos.

Me quitó el papel y lo miró por encima.

—Dios mío —dijo—. ¿Cómo pueden haber hecho algo así?

—¿Cómo? ¿Cómo? —repetí, como si estuviera totalmente desquiciada—. Es fácil. Si Eric hubiera cooperado y denunciado a otros, esta petición nunca le habría llegado. Pero si no le sigues la corriente a aquellos mierdas, hacen lo que sea para destruirte. Lo que sea.

Me puse a llorar otra vez. Escondí la cabeza en el hombro de Jack.

—Lo siento —dijo—. No sabes cuánto lo siento...

Sentí otra mano en mi hombro.

—Por favor, salgamos de aquí —dijo amablemente—. No es bueno que vean esto.

Llegamos no sé cómo al ascensor y luego al bar. Joey nos dejó el whisky y un par de vasos. Jack lo sirvió. Yo estaba descendiendo a un estado de aturdimiento profundo, hasta el punto de que me temblaban las manos. El whisky me ayudó un poco. Por octava vez aquella noche, me sobrepuse. Jack estaba hundido en una butaca, mirando al frente. Le tomé la mano.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Abrumado. Y me siento culpable de...

Dudó.

—¿Sí?

—Me siento culpable de no haberme llevado bien con Eric.

—Son cosas que pasan.

—Debería haberlo intentado. Debería...

Se interrumpió, a punto de echarse a llorar. La gente te sorprende en los momentos más raros. Jack, a quien nunca le gustó mi hermano, estaba llorando por su muerte. Esto es lo que sucede con las auténticas tragedias. Recuerdan a todo el mundo que las discusiones que tenemos son, en última

instancia, estériles. La muerte silencia la pelea, y de repente nos encontramos pensando que nuestra discusión con la otra persona tenía una obsolescencia innata; que, como todo lo que hacemos, era algo del momento. Y aquel momento —esta astilla de tiempo que llamamos vida— no cuenta para nada. Pero seguimos discutiendo, peleando, sintiendo rencor, angustia, celos, resentimiento..., la cara malhumorada que proyecta sombras sobre la existencia de todos. Vivimos así aunque sepamos que todo terminará; que de algún modo todo está condenado. Quizá este sea el sentido real de la ira: la forma en que nos ponemos furiosos contra nuestra total insignificancia. La furia dota de consecuencia a lo que es fundamentalmente inconsecuente. La furia nos hace creer que no moriremos.

Bebimos un poco más de whisky. Tuvo sus efectos beneficiosos. No dijimos nada durante un rato. Nos quedamos sentados en aquel bar vacío que poco a poco se fue inundando de luz diurna. Finalmente hablé.

—Tengo que decírselo a Ronnie.

—Sí —dijo Jack—. Estaba pensando lo mismo. ¿Quieres que lo haga yo?

—No. Tiene que saberlo por mí.

Pedí a Joey que subiera y buscara entre los papeles de Eric el programa de la gira de Ronnie. Lo encontró en la misma mesa donde había encontrado yo la demanda de Hacienda. Aquella noche Ronnie tocaba en Houston. Esperé hasta mediodía para llamarle, hora en que yo ya estaba de vuelta en mi piso y había empezado a hacer las gestiones para celebrar el funeral. Ronnie estaba medio dormido cuando contestó al teléfono. Se sorprendió al oír mi voz y se preocupó inmediatamente.

—Parece que estés mal —dijo.

—Estoy mal, Ronnie.

—Se trata de Eric, ¿verdad? —preguntó en voz muy baja.

Y entonces se lo dije. Intenté hacerlo de la forma más simple posible, porque sabía que me echaría a llorar otra vez si entraba en detalles. Cuando terminé hubo un largo silencio.

—Ronnie... ¿estás bien? —pregunté finalmente.

Otro silencio.

—¿Por qué no me llamó? —preguntó con una voz apenas audible—. ¿O te

llamó a ti?

—No lo sé. O quizá sí y no quiero decir...

—Te quería más que a nada...

—Por favor, Ronnie. Para. No puedo soportarlo...

—De acuerdo, de acuerdo.

Otro silencio.

—¿Todavía estás ahí? —pregunté.

—Cielos, Sara...

Se echó a llorar. De repente se cortó la comunicación. Media hora más tarde, me llamó. Parecía trastornado, pero con un cierto control.

—Perdona que haya colgado —se disculpó—. Es que no podía.

—No hace falta que te expliques —dije—. ¿Estás mejor ahora?

—No —contestó, de una forma categórica—. No lo superaré nunca.

—Lo sé —dije—, lo sé.

—Le quería de verdad.

—Y él a ti, Ronnie.

Oí que tragaba saliva, esforzándose por no llorar. ¿Por qué será que siempre intentamos hacernos los valientes en momentos en que el valor es inútil?

—No sé qué decir —dijo Ronnie—. No lo puedo entender.

—Es que no se entiende. El funeral será pasado mañana. ¿Podrás venir?

—Es imposible. Basie es muy estricto. Me dejaría marchar si se hubiera muerto mi madre. Pero volver a Nueva York para el funeral de un amigo, de ningún modo. Y los demás empezarían a hacer preguntas acerca de la amistad que tenía con Eric.

—No te preocupes.

—Sí me preocupo. Quiero estar allí. Debería estar.

—Llámame en cuanto vuelvas a la ciudad. Llámame siempre que quieras.

—Gracias.

—Cuídate.

—Tú también. ¿Sara?

—¿Sí?

—¿Qué voy a hacer?

Sabía lo que iba a hacer yo. Después de colgar, me arrastré hasta el dormitorio, me eché en la cama y me dejé ir. Debí de llorar una hora sin parar. Jack intentó consolarme, pero yo le grité que se fuera. Tenía que hacerlo, llorar hasta cansarme; rendirme al horror puro de lo que había sucedido.

Hay momentos en que crees que llorarás para siempre. Nunca es así. En algún momento, el puro agotamiento físico te obliga a detenerte, a rehacerte, a calmarte entre la enloquecedora agitación de la aflicción. Así que, después de una hora —quizá unos noventa minutos; había perdido la noción del tiempo— hice un esfuerzo para levantarme de la cama. Me quité toda la ropa y la dejé caer al suelo. Llené la bañera. La puse todo lo caliente que era capaz de soportar. Aunque primero me hizo pestañear, mi cuerpo se adaptó enseguida al calor. Cogí una toalla de tocador. La sumergí en el agua. La escurrí. Me la coloqué sobre el rostro. La dejé allí una hora entera, mientras yo flotaba en el agua e intentaba mantener la cabeza vacía. Jack tuvo el acierto de no entrar a ver cómo estaba. Se mantuvo a distancia. Cuando finalmente salí de la bañera, con un albornoz y el pelo envuelto en una toalla, no intentó abrazarme, ni dijo nada necio como: «¿Ya estás mejor, cariño?». Era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que no deseaba que me agobiaran.

Lo que sí dijo fue:

—¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza. Me senté en el sofá.

—Ven —dije.

Se sentó junto a mí. Le tomé la cara con las manos. No dije nada. Solo le miré durante largo rato. Él no dijo nada. No me preguntó en qué pensaba. Quizá lo sabía. «Tú eres todo lo que tengo ahora. Todo.»

El funeral de Eric se celebró dos días después en la Funeraria Riverside, en Amsterdam con la Calle 75. Solo asistieron una docena de personas: Jack y Meg, Joel Eberts, un puñado de amigos de Eric de su época en el teatro y un par de compañeros de clase de Columbia. No se presentó nadie de la NBC. Marty Manning mandó una corona y una nota para mí, en la que decía que Eric no era solo un estupendo guionista de comedia, sino un auténtico

*mens*ch¹³

... y alguien que no merecía la mala suerte que le había tocado:

«Vivimos una época extraña —escribió Manning— en que un hombre tan divertido y amable como su hermano es empujado a la desesperación. Todos los que trabajaban en el programa le querían. Todos hubiéramos deseado poder estar allí el lunes para despedirnos como Dios manda, pero el lunes es nuestro gran día de ensayo. Y como habría dicho el propio Eric: “El show debe continuar”. Por favor, recuerde que pensamos en usted...»

Yo sabía perfectamente —por Eric— que el lunes solo se hacía la primera lectura del guion de la semana, y que nunca empezaba en serio hasta las once de la mañana. De haberlo querido, Manning y compañía podrían haber asistido al servicio de las diez en Riverside. Pero comprendía su reticencia a presentarse en el funeral. Como comprendía el texto subyacente a la mención de Eric empujado a la desesperación. Como todos, Manning y su equipo tenían un miedo cerval a correr la misma suerte. Y estaba bastante segura de que Ira Ross y los jefazos del piso treinta y dos habían dado la orden de que nadie de la NBC asistiera al funeral, por si acaso el FBI había decidido apostar a un hombre en la puerta para apuntar los nombres de todos los que se atrevieran a demostrar su solidaridad con Eric.

Finalmente resultó que el señor Hoover y sus secuaces decidieron que mi hermano ya no representaba ningún peligro para la seguridad nacional, porque a menos que estuvieran vigilando la capilla de Riverside disimuladamente, no detecté ninguna señal de presencia del FBI. Y las doce personas que se atrevieron a mostrar sus caras se sentaron juntas en las primeras dos filas mientras un sacerdote unitario hacía una serie de comentarios enérgicos acerca de la integridad, la conciencia y el valor de Eric. El nombre del sacerdote era Roger Webb. La funeraria me lo había recomendado cuando dije que Eric era básicamente no creyente («entonces le conviene este reverendo unitario», me dijo el director de la funeraria). Con todo, esperaba un aburrido cura sin sotana, que diría algunas plegarias, murmuraría un par de alabanzas y no dejaría de mirar el reloj en todo el servicio. Pero Roger Webb era joven, fervoroso y muy simpático. Se tomó la molestia de llamarme un día antes del funeral para hacerme un montón de preguntas sobre Eric. Le pedí que pasara por mi casa para hablar. Se presentó

dos horas después, con su cara de niño de treinta años de Columbus, Ohio. Por algunos comentarios que me hizo mientras tomábamos café, me dio la sensación de que era una buena persona, y como muchos unitarios, de temperamento liberal. Así que fui sincera y le conté exactamente lo que le había ocurrido a Eric, y la admirable pero autodestructiva elección que había hecho cuando se negó a declarar contra otros. Incluso me arriesgué a mencionar su relación con Ronnie.

Me escuchó en silencio. Finalmente me dijo:

—Me parece que su hermano fue una persona extraordinaria. Totalmente original.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

—Sí —dije—. Era exactamente así.

—En este país nos asusta mucho la originalidad. Se habla mucho del individualismo y de vivir al estilo John Wayne. Pero en el fondo somos un país de Babbits. «No balancees el barco, no te salgas de la norma social, no cuestiones el sistema, sé un jugador de equipo, un trabajador de empresa.» Si no te conformas, que Dios te ayude.

—Me parece que oigo a Eric.

—Seguro que su hermano lo habría dicho de una forma más ingeniosa e inteligente que yo. Yo era un gran seguidor de *The Marty Manning Show*.

—Quiero que diga lo que piensa en el servicio, si le parece bien.

—En estos días nadie puede decir lo que piensa, porque pueden utilizarlo contra ti. Pero hay formas de hacer llegar el mensaje.

La mañana siguiente, Roger Webb habló a la escasa concurrencia de doce personas de pie a la izquierda del ataúd de mi hermano. Nos habló de elegir.

—Elegir nos define. Elegir nos obliga a enfrentarnos a nuestra auténtica naturaleza, nuestras aspiraciones, nuestros miedos, nuestra fibra ética. En la vida, a menudo elegimos mal. O, en el caso de Eric, hacemos algo calladamente heroico, elegimos bien, aunque sepamos que aquella elección acabará con todo lo que hemos creado en la vida. Eric se enfrentó a una abrumadora decisión. ¿Debía perjudicar a otros para salvarse? Es la clase de elección que ilumina una conciencia individual. Si Eric hubiera optado por salvarse, su decisión habría sido comprensible, porque, al fin y al cabo, el

instinto de conservación está muy extendido. Hablando personalmente, no sé qué habría hecho de haber tenido que tomar la decisión de Eric. Por este motivo, espero que todos encontremos comprensión en nuestros corazones para los que recientemente han tenido que enfrentarse a esta elección, y por la razón que sea, no pudieron hacer acopio de tanta fortaleza moral como Eric. Perdonar es una de las cosas más difíciles en la vida, y posiblemente la más crucial. Eric hizo algo enormemente valeroso. Pero tampoco debemos condenar sin más a los que obraron de otro modo. Este es un momento curioso de la vida americana, que con cierta perspectiva se verá como una coyuntura enloquecida y demagógica de nuestra historia colectiva. Espero que todos encontremos el valor para comprender las presiones morales que se han ejercido sobre tantos de nosotros, y celebrar el valor y el ánimo de Eric, pero también demostrar simpatía por los que creyeron necesario tomar una decisión igual de difícil pero más beneficiosa para sí mismos.

»Como sacerdote, podría relacionar este sermón con alguna línea de la Biblia. Pero como unitario, también puedo invocar la poesía, concretamente estos versos de Swinburne: “Duerme; y si la vida fue amarga contigo, perdona; si fue dulce, da las gracias; no tienes nada más que vivir. Y dar las gracias es bueno, como perdonar”».

A mi lado, Jack escondió la cara entre las manos. Meg se echó a llorar. Como muchos de los asistentes. Pero yo seguí mirando fijamente el ataúd, consternada de que aquello sucediera de verdad. Quizá era la crudeza de la visión de aquella sencilla caja de pino y la idea de que mi hermano estaba dentro. O quizá era el saber que todo lo que haces en la vida se reduce a esto: este es tu último destino. Por la razón que fuera, estaba demasiado atontada para llorar; amortiguada por el impacto de los últimos días.

Rezamos el padre nuestro. Pedimos que Dios perdonara a nuestros deudores como —teóricamente— nosotros perdonábamos a nuestros deudores. Cantamos un solo himno: «Dios es nuestra fortaleza», elegido no por su animado mensaje luterano, sino porque Eric me había dicho una vez que era el único himno que no se había podido sacar de su atea cabeza después de todos aquellos domingos en que nuestros padres nos arrastraban a la iglesia. Roger Webb hizo la bendición final, diciendo a todos que nos

fuéramos en paz. Los encargados de la funeraria empujaron el ataúd por el pasillo. Lo seguimos, y salimos a un perfecto día de primavera. Los asistentes se abrazaron y se secaron los ojos mientras se cargaba el ataúd en un coche fúnebre. La gente empezó a despedirse. Solo cuatro —Jack, Joel Eberts, Roger Webb y yo— íbamos a acompañar a Eric al crematorio de Queens. Yo lo quise así, porque sabía que todos los ojos estarían puestos en mí cuando el ataúd desapareciera dentro del horno, y quería que aquel último momento fuera privado.

Hicimos el recorrido en una larga limusina negra siguiendo al coche fúnebre. Quedamos atrapados en un espantoso embotellamiento en el Queensboro Bridge. Había habido un accidente más adelante. Todo el mundo se puso a tocar la bocina. No habíamos hablado desde que salimos de la funeraria. Roger Webb rompió el silencio.

—Parece que vamos a llegar un poco tarde —comentó distraídamente.

—Creo que nos esperarán —apuntó Joel Eberts, y yo me reí por primera vez en muchos días.

—A Eric le habría encantado —dije, gritando por encima del estruendo de bocinas—. Una perfecta despedida neoyorquina. Aunque nunca le gustó mucho Queens.

—A nadie de Manhattan le gusta Queens, el Bronx o Brooklyn —dijo Joel Eberts—. El problema es que, cuando te mueres, Manhattan ya no te quiere para nada. Imposible evitar que te manden a Queens, al Bronx o a Brooklyn. Creo que a esto se le llama «ironía».

—¿Su hermano especificó en su testamento que quisiera ser incinerado? —preguntó Roger Webb.

—No hay testamento —dijo Joel Eberts.

—Era de esperar —admití—. Eric era antieiciente. Pero tampoco hay nada que heredar. Y aunque lo hubiera, los cerdos de Hacienda se lo quedarían todo. Sin duda, ahora intentarán poner alguna clase de retención en las pocas cosas que haya dejado.

—Este es otro día de trabajo, Sara —dijo Joel Eberts.

—Sí, supongo que tiene razón —asentí fatigadamente.

—Joel tiene razón —dijo Jack, apretándome la mano—. Cada cosa a su

tiempo. Ya has sufrido bastante.

—Y no ha terminado —admití con desolación.

—Menudo sermón, reverendo —dijo Joel Eberts—. Pero qué quiere que le diga... Aunque ya veo que poner la otra mejilla es una idea elevada y noble, ponerla en la práctica es condenadamente imposible... y perdone mi lenguaje.

—Soy unitario, o sea que puede usar «condenadamente» cuanto guste —contestó Roger Webb con una sonrisa—. Pero tiene razón. «Poner la otra mejilla» es una idea cristiana. Y como tantos ideales, sobre todo cristianos, es excepcionalmente difícil ajustarse a ellos. Pero hay que intentarlo.

—¿Incluso ante una traición descarada? —preguntó Joel Eberts—. Perdone, pero yo creo que hay una causa y efecto en nuestras acciones. Si uno se arriesga a hacer *a*, entonces *b* sucederá inevitablemente. El problema es que casi todo el mundo cree que podrá evitar las consecuencias de *b*. No se puede. Las cosas siempre vuelven a ti.

—¿No le parece una visión moral muy del Antiguo Testamento? —preguntó Roger Webb.

—Vaya, soy judío —dijo Joel Eberts—. Pues claro que veo estas cosas a través del Antiguo Testamento. Al elegir, tomas una decisión. Tienes que asumir sus consecuencias.

—O sea que ¿para usted no hay nada parecido a la absolución? —preguntó Jack.

—Ha hablado como un buen católico —dijo Joel Eberts—. Esta es la gran diferencia entre los irlandeses y los judíos. Aunque los dos nos revolcamos en la culpa, ustedes siempre persiguen la absolución. Siempre están trabajándose el perdón. En cambio los judíos vamos a la tumba culpándonos de todo.

El tráfico finalmente empezó a moverse. Diez minutos después llegamos a la puerta del cementerio. Seguimos el camino asfaltado en silencio, a través de hileras e hileras de tumbas. Al final, tras kilómetros de lápidas, llegamos a un edificio bajo de piedra, con una estrecha y larga chimenea. El coche fúnebre dejó atrás la entrada principal y se dirigió a la parte posterior del crematorio. Nosotros nos paramos ante la entrada. El chófer de la limusina se volvió hacia nosotros y dijo.

—Esperaremos aquí hasta que venga alguien a decirnos que está todo a

punto.

Diez minutos después, un caballero de pelo gris y traje oscuro salió por la puerta del crematorio y nos hizo una señal con la cabeza. Entramos. La capilla era una habitación pequeña y sencilla, con cinco hileras de bancos. El ataúd de Eric estaba a la derecha del altar. Nos instalamos en la primera fila. Como habíamos acordado previamente, Roger Webb no hizo ninguna plegaria final. Ni una bendición final. Se limitó a leer un pasaje del Libro de las Revelaciones:

Dios secará las lágrimas de nuestros ojos; y no habrá más muertes, ni más aflicción, ni llanto, tampoco habrá más dolor: porque todas estas cosas se han dejado atrás.

No creía ni una palabra de aquel pasaje de la Biblia. Mi difunto hermano tampoco. Y me parecía que Roger Webb tampoco. Pero siempre me había gustado el contenido de aquellas líneas: la idea de una eternidad sin angustias ni adversidades; una compensación celestial por las vicisitudes de la vida. Roger Webb las pronunció con una gran belleza. Tanta que tuve que contener un sollozo. Un momento después, oí el estruendo de la maquinaria. Se abrió una cortina tras el féretro y una cinta hizo deslizar el ataúd hacia el horno. Inmediatamente me puse tensa. Inmediatamente, Jack me tomó la mano. Y me la apretó con fuerza.

La cortina se cerró. El director del funeral abrió las puertas de la capilla. Salimos y volvimos en coche a la ciudad sin decir nada.

Cuando llegamos a mi piso, Jack se ofreció a quedarse conmigo otra noche. Pero aquello habría significado cinco días seguidos y, aunque él no lo mencionaba, yo sabía que Dorothy se estaba poniendo nerviosa por su larga ausencia. No quería hacer nada que pusiera en peligro el equilibrio que habíamos establecido entre los dos hogares, e insistí en que volviera con su familia.

—Mira lo que haremos —dijo—. Pediré el resto de la semana de permiso y mañana me quedaré contigo todo el día.

—No puedes hacer esto —dije—. Y tú lo sabes. Ya te has tomado media semana de permiso.

—Tú eres más importante.

—No —dije, abrazándole—. No lo soy. Tienes un trabajo que cumplir. No lo pongas en peligro por mí. Estaré bien.

Prometió llamarme dos veces al día, cada día. Sin embargo la primera llamada de la mañana siguiente fue de la funeraria Riverside. Las cenizas de Eric habían llegado del crematorio. ¿Estaría en casa aquella mañana para recibirlas?

El timbre sonó una hora más tarde. Era un caballero con un traje oscuro y un sombrero Homburg. Con una pequeña inclinación, me preguntó cómo me llamaba, luego me alargó una cajita, envuelta en papel marrón. La llevé adentro y la puse sobre la mesa de la cocina. La miré durante largo rato, sin querer abrirla. Finalmente, me animé a rasgar el papel. No había pedido una urna, así que me habían devuelto los restos de mi hermano en una caja cuadrada de cartón. La caja estaba pintada de gris, imitando el mármol. Tenía una tarjeta pegada a la tapa que decía: «Eric Smythe». Admiré la caligrafía. Era impresionante.

Reprimí mis deseos de levantar la tapa y mirar lo que había dentro. En lugar de eso, cogí el impermeable, me metí la caja en uno de los bolsillos y salí del piso. Fui caminando por Broadway hasta la estación de metro de la Calle 72.

Sabía adonde iba. Había elegido el punto hacía días, cuando —en los pocos momentos de lucidez que había tenido desde la muerte de Eric— reflexionaba sobre dónde le habría gustado que esparciera sus cenizas. Aunque el río Hudson era un lugar conveniente, yo sabía que no le gustaría la idea de acabar en un punto cercano a Nueva Jersey; siempre hacía muchas bromas sobre el Estado Jardín (una vez que propuse ir a Princeton y alrededores, me contestó ásperamente: «Lo siento, yo a Jersey no voy»).

También borré el East River de mi lista de posibilidades, porque no tenía ningún recuerdo que lo asociara a él. Ni Central Park, porque en el fondo mi ultraurbanizado hermano no era especialmente aficionado a los espacios verdes y abiertos. Le encantaba la caótica jungla de las calles de la ciudad, el tráfico estruendoso, la nerviosa circulación de la multitud, el brío frenético de Manhattan. Parte de mí lo quería esparcir en la Calle 42, pero era un poco

desolador. Luego se me ocurrió una idea. Aunque Eric no tenía ninguna afinidad con lo verde o con los terrenos exuberantes, sí que pasaba una considerable cantidad de tiempo en uno de los espacios públicos más urbanos de la ciudad: Washington Square Park. En todos los años que vivió en el Village, era su oficina al aire libre: se pasaba horas sentado en un banco leyendo una novela, o contemplando a los jugadores de ajedrez que ocupaban el rincón nororiental del parque. A menudo comentaba lo mucho que le gustaba la mezcolanza igualitaria del parque, por no mencionar la colección de personajes pertenecientes a la chusma de Nueva York que se reunían allí cada día.

—Me siento en este parque —me dijo una vez—, y sé por qué caramba salí de Hartford y no volví jamás.

Ahora estaría para siempre con los habituales de su refugio favorito al aire libre.

Por supuesto, no podía ir en taxi. Por mucho que Eric fuera un manirroto durante sus últimos años, le habría encantado la idea de ir a su lugar definitivo de reposo por un níquel en el metro. Tampoco pensaba pedirle a nadie que me acompañara a esparcir sus cenizas. Aquel sería mi último momento con mi hermano. Y quería que fuera privado.

Así que metí una ficha en el torniquete de la Calle 72 y cogí la línea 1 en dirección sur. Eran las diez de la mañana. Había pasado la hora punta, pero seguía lleno de gente. No había asientos libres, por lo que permanecí en pie sujetándome a una anilla. Alguien chocó conmigo. Al instante, me metí la mano en el bolsillo. Una idea angustiosa me cruzó la mente: si hubiera sido un ladronzuelo y me hubiera robado la caja, el pobre ladrón habría sufrido un infarto al ver lo que había pillado.

Estuve de pie todo el trayecto. Salí en Sheridan Square y me dirigí hacia el este. Giré en la calle Bedford, la calle donde estaba mi primer piso en Manhattan. Entré por la calle Sullivan y pasé ante la puerta del edificio de piedra en que Eric había vivido más de una década. Recordé aquellos años en el Village. Me pregunté si Eric seguiría vivo en caso de no haberse hecho tan famoso. Si no hubiera llegado a ser un guionista tan conocido en un medio tan conocido, ¿lo habrían pasado por alto los federales? Ningún éxito

compensaba el precio que mi hermano había pagado. Ninguno.

Cuando llegué a Washington Square Park, el sol estaba en su apogeo. Había un par de borrachos durmiendo en los bancos. Dos jovencitos jugaban al ajedrez. Un par de estudiantes de la Universidad de Nueva York vulneraban las señales de «Prohibido pisar la hierba». Un organillero tenía un monito en el hombro. Cuando le dio a la manivela de su máquina esta emitió una versión Honky Tonk de «*La donna é mobile*» de *Rigoletto*. A Eric le habría gustado, tanto Verdi como aquel excéntrico instrumento que le despedía con música. Miré al cielo sin nubes, y me alegró comprobar que aquel día no hacía viento. Saqué la caja del bolsillo. Le quité la tapa. Miré el polvo blanquecino. Empecé a caminar por el camino que daba la vuelta al parque, un trayecto de diez minutos como máximo. Cada pocos metros, tomaba un puñado de cenizas y las esparcía por el camino. No levanté la vista para ver si alguien se fijaba en lo que yo hacía. Caminé despacio, y le di la vuelta completa al parque. Cuando llegué a la puerta de la Quinta Avenida de nuevo, la caja estaba vacía. Eric ya no estaba. Me encaminé hacia el norte.

Volví caminando a mi casa. Al día siguiente bajé por Broadway hasta Battery Park. Un día o dos más tarde —mi sentido del calendario había desaparecido—, me dirigí al norte, y terminé en los Cloisters, en Fort George Park. Como me había prometido, Jack me llamó dos veces al día, muy preocupado por mi estado emocional. Le dije que estaba bien. Había tenido que irse a Wilmington y Baltimore y se sentía culpable de no estar conmigo.

—No te preocupes por mí —dije—. Voy tirando.

—¿Estás segura?

—No tienes por qué preocuparte —mentí.

—Te echo de menos. No sabes cómo.

—Eres estupendo, Jack. No habría podido soportarlo sin ti.

Pero no podía soportarlo. Había dejado de dormir. Mi alimentación consistía en galletas saladas, latas de sopa de tomate Campbell's y café en grandes cantidades. Y me pasaba ocho horas al día andando o matando el tiempo en los cines con programa doble que se alineaban en Broadway. Como mi hermano en las semanas posteriores a su despido, yo también me había convertido en una vagabunda profesional.

Una semana después del funeral, recibí una llamada de Joel Eberts. Parecía preocupado.

—¿Está libre esta mañana? —preguntó.

—Desde que me suspendieron con sueldo, soy una mujer desocupada.

—Pues pase por mi despacho. Tengo que consultarle un par de cosas.

Fui una hora después. Joel se mostraba extrañamente nervioso. Me dio un rápido abrazo paternal y me dijo que parecía cansada. Luego me indicó una silla frente a su mesa. Cogió una carpeta que llevaba el nombre «Eric Smythe» y se puso a repasar su contenido.

—Hay un par de cosas que quería discutir con usted. La primera es la póliza de seguros de Eric.

—¿Su qué?

—Resulta que Eric tenía un seguro de vida en la NBC. Era parte del seguro médico que pagó su factura de hospitalización el mes pasado. Como habíamos descubierto, la emisora no había anulado su seguro médico después de despedirle. También he descubierto que aquellos cerdos tampoco cancelaron su seguro de vida. Más que eso, el año pasado, cuando todos en la NBC creían que Eric era lo mejor de lo mejor, y para ser más exactos, comercialmente valioso, le aumentaron el seguro de vida a setenta y cinco mil dólares.

—¡Por Dios!

—Sí, es un montón de dinero. Y es todo para usted.

—No puede ser.

—Bueno, al menos la mitad irá a parar a su cuenta. La otra mitad, me temo que irá a parar a Hacienda. Sé que están pidiendo cuarenta y tres mil dólares... pero tengo un buen gestor de impuestos, un gran hijo de puta que se ha estudiado el caso y está bastante seguro de que puede rebajar la petición en siete o diez mil dólares. Así que todavía le quedarán unos treinta y cinco mil dólares..., que no está mal.

—No me lo puedo creer.

—A Eric le haría feliz que fueran para usted.

—Pero sin testamento, ¿cómo pueden ser para mí?

—Usted es su único familiar vivo. No hay más hermanos, ¿verdad? Habrá

que hacer papeles y gestiones legales. Pero, confíe en mí, será pan comido. El dinero es suyo.

Me quedé sentada, sin decir nada. Porque no sabía qué decir. Joel Eberts me miró con atención.

—Estas son las buenas noticias —dijo.

—Quiere decir que hay...

Dudó un momento; luego dijo:

—Quería hablarle de otra cosa.

Su tono me preocupó.

—¿Es grave? —pregunté.

—Me temo que sí.

Otra pausa llena de aprensión. Joel Eberts no era una persona aprensiva.

—Sara —dijo, inclinándose hacia mí—. Necesito preguntarle algo.

—Adelante —dije, cada vez más angustiada—. Pregunte.

—Y si le dijera...

Se interrumpió. Parecía muy incómodo.

—¿Qué sucede, Joel?

—Una parte de mí no quiere entrar en esto.

—¿Entrar en qué?

—La pregunta que tengo que hacerle.

—Pregunte.

Calló un momento.

—De acuerdo. Vamos allá. ¿Y si le digo que sé el nombre de la persona que denunció a su hermano al FBI...?

—¿Lo sabe? —requerí en voz muy alta.

Él levantó la mano.

—Poco a poco. Pongamos que lo sé. La cuestión es... y creo que debería pensarlo con calma: ¿querría saber el nombre de esta persona?

—¿Está bromeando? Por supuesto. Dígamelo. ¿Quién fue el desgraciado...?

—Sara... ¿está segura? ¿Segura del todo?

De repente, me entró frío. Pero asentí con la cabeza. Y dije:

—Quiero saberlo.

Me miró directamente a los ojos, cautivándome con su intensidad.
—Fue Jack Malone.

10

No podía moverme. Me quedé rígida en la silla, mirándome las manos. Fue como si me hubieran dado una patada en la cara.

Aunque no le miraba directamente, sentía la mirada de Joel Eberts fija en mí.

—¿Está bien? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No sabe cuánto lo siento —dijo.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—El día después del funeral.

—¿Ha esperado todo este tiempo para decírmelo?

—Primero quería comprobarlo. No quería decirle una cosa así si no estaba totalmente seguro de que era cierta. E incluso entonces, tuve muchas dudas sobre si debía decírselo...

—Ha hecho bien en decírmelo. Tenía que saberlo.

Él soltó un suspiro cansado.

—Sí, supongo —dijo.

—¿Cómo lo descubrió?

—Los abogados hablan con otros abogados que hablan con otros abogados...

—No le sigo.

—¿Ha oído hablar de Marty Morrison?

Negué con la cabeza.

—Es uno de los abogados de empresa más importantes de la ciudad. Desde que empezó esta imbecilidad de las listas negras, el gabinete de Marty ha representado a muchas personas que han sido citadas a testificar ante la comisión. Porque no solo están investigando el mundo del espectáculo. Los federales han estado metiendo las narices en escuelas, universidades e incluso en algunas de las mayores empresas del país. Para ellos, hay un rojo bajo todas las camas.

»El caso es que Marty y yo nos conocemos de toda la vida. De pequeño vivía a dos manzanas de mi casa en Flatbush. Estudiamos juntos derecho en Brooklyn. Luego él se decantó por Wall Street pero continuamos siendo amigos. Por supuesto siempre discutimos por nuestras diferencias políticas. Yo siempre digo que él es el único republicano con quien compartiría el pan. El me llama a mí Eugene Debs¹⁴. Pero es un abogado honesto. Muy bien relacionado. Conoce muy bien los entresijos del sistema.

. Pero es un abogado honesto. Muy bien relacionado.
Conoce muy bien los entresijos del sistema.

. Pero es un abogado honesto. Muy bien relacionado. Conoce muy bien los entresijos del sistema.

»Resulta que también es un gran admirador de Marty Manning. Hará como un año, almorzando, me comentó un *sketch* que había visto la noche anterior en el programa de Manning. Yo fanfarroneé diciendo que el principal guionista de Manning, Eric Smythe, era cliente mío. Marty quedó muy impresionado... pero bromeó acerca de ello: “¿Desde cuándo un abogado de estibadores se dedica a representar a guionistas?”.

»Aquella fue la única vez que mencionamos a su hermano. Pasó un año. Los federales meten la nariz en la NBC. Eric se niega a denunciar a sus amigos. Acaba difamado en la columna de Winchell. Al día siguiente, Marty me llama y me dice: “Vi el artículo sobre tu cliente en Winchell. ¡Qué mala suerte!”. Luego me pregunta si puede ayudarme, porque él conoce a todos los idiotas de la comisión. El también cree que son unos mierdas oportunistas, aunque no lo admitiría nunca en público.

»Le agradecí a Marty su ofrecimiento, pero le dije que tu hermano no quería hacer un trato... y que sin duda no pensaba convertirse en un chivato después del daño que le había causado la columna de Winchell. De modo que, por desgracia, ya no podía hacer nada.

»Luego, tres semanas después, Eric murió. Y...»

Calló. Apretó los labios. Evitó mi mirada.

—Lo que voy a decirle la pondrá furiosa. Porque no era asunto mío. Pero... Calló otra vez.

—Adelante —dije.

—Estaba tan indignado..., tan furioso... por la muerte de Eric que llamé a Marty. «¿Puedes hacerme un favor? —dije—. Busca el nombre del cabrón que ha vendido a mi cliente.» Y lo hizo.

—¿Jack Malone?

—Sí. Jack Malone.

—¿Cómo lo descubrió su amigo?

—No le costó mucho. Según la ley federal, todo lo que se testimonia en una audiencia de la comisión, o durante una entrevista con un agente del FBI, no puede publicarse ni hacerse público de ningún modo. Pero hay tres ex

hombres G, que tienen el apoyo del magnate de los supermercados de derechas llamado Alfred Kohlberg y de un sacerdote superpatriótico llamado padre John F. Cronin, que han montado una empresa llamada Consultores de Negocios Americanos. Su labor principal, y no se lo creerá, es investigar a los empleados de las grandes empresas, para asegurarse de que no son rojos. Pero también publican dos boletines: *Contraataque* y *Canales rojos*. Estas porquerías existen con el mero propósito de airear los nombres de quienes han sido acusados de ser comunistas en una sesión cerrada ejecutiva de la comisión. Estos dos boletines son la biblia de los seguidores de la lista negra: es donde miran los empresarios y los ejecutivos de la industria del espectáculo para ver quién ha sido denunciado. Por supuesto, Marty Morrison está suscrito a estas dos asquerosas publicaciones. Descubrió que tu hermano aparecía en *Canales rojos*, que es el medio por el cual los jefes de Eric de la NBC supieron que alguien le había denunciado en una sesión de la comisión.

»A partir de esto fue fácil para Marty llamar a un par de abogados que conoce en la ciudad, que han acaparado el mercado de la lista negra y han ganado un montón de dinero representando a personas que han tenido que testificar ante la comisión. Por supuesto los abogados intercambian impresiones constantemente; es lo suyo. Marty dio en el blanco a la tercera llamada. Un importante abogado llamado Bradford Ames que, entre otras cosas, representa legalmente a Steele y Sherwood. Ames le debía un favor a Marty y este se lo cobró.

»“Entre nosotros, ¿tienes alguna idea de quién pudo denunciar a Eric Smythe?”, le preguntó Marty. Evidentemente, Ames se había enterado de lo de tu hermano, porque el hecho de que estaba en la lista negra y su muerte habían salido en los periódicos. “Entre nosotros —le dijo a Marty—, conozco al tipo que vendió a Smythe. Porque le representé cuando testificó en una sesión ejecutiva de la comisión. Lo curioso de este caso fue que el hombre no pertenecía al mundo del espectáculo. Era un relaciones públicas que trabajaba en Steele y Sherwood: Jack Malone.”»

Mi cabeza funcionaba a toda velocidad.

—¿Jack testificó ante la HUAC? —pregunté a Joel.

Eso es lo que parece.

—No me lo creo, Jack es el americano más leal que uno pueda imaginarse.

—Según Marty, tenía un esqueleto en el armario. Algo sin importancia, pero incluso un diminuto esqueleto puede utilizarse hoy en día. Parece que poco antes de la guerra, el señor Malone firmó a favor de una comisión de refugiados antifascistas... que era una de aquellas organizaciones que ayudaban a las personas a huir de la Alemania nazi, de Italia y de los Balcanes. Resulta que la comisión en la que participó Malone tenía una relación directa con el Partido Comunista americano. Brad Ames dijo que Malone juró sobre un montón de biblias que nunca había sido miembro del partido..., que unos amigos de Brooklyn le habían introducido en la comisión..., que solo había ido a un par de reuniones, y nada más. El problema era que uno de los tipos que supuestamente le había metido en la comisión había sido citado por la HUAC. Y había dado el nombre de Malone durante su testimonio. Así es como Jack Malone terminó en las páginas de *Canales rojos*, y sus jefes en Steele y Sherwood descubrieron su accidental flirteo con la subversión.

»Por supuesto, Malone cantó *Yankee Doodle Dandy* ante sus jefes, y dijo que haría lo que fuera para limpiar su buen nombre. Llamaron al abogado de la empresa, Bradford Ames. Se encontró con Malone, y lo discutieron. Luego Ames habló con alguien de la comisión, e hizo un trato. Que es como funcionan las cosas en la HUAC. Si el testigo no es hostil, el número de nombres y los nombres en sí se acuerdan previamente entre la comisión y el abogado del testigo. Malone se ofreció a denunciar al mismo tipo que le había denunciado a él. Aquello no era suficiente para la comisión. Entonces se ofreció a denunciar a tres personas que conocía de aquella comisión. Pero la HUAC dijo que ni hablar, porque el tipo que había denunciado a Malone ya había denunciado también a aquellos tres.

» “Tienes que darles un nombre nuevo —dijo Ames—. Solo uno. Luego les dices que fue un error de juventud, y que amas a América más que a Kate Smith y todo el rollo. Después de esto te dejarán en paz.”

»Entonces fue cuando Malone dijo: “Eric Smythe”. Naturalmente, Ames conocía el nombre, porque él también veía a Marty Manning. Dijo a Malone que creía que la comisión estaría satisfecha con aquel nombre. Porque Eric

Smythe era un pez relativamente gordo.

»Una semana después, Malone fue a Washington a testificar ante la HUAC. Fue una sesión ejecutiva, lo que significa que fue todo a puerta cerrada, y no se podía hacer público. Supongo que Malone creyó que no se enteraría nadie.»

—Pero los abogados hablan entre ellos.

«Lo siento —había dicho Jack cuando le conté que habían denunciado a Eric—. No sabes cuánto lo siento... Dile que si necesita cualquier cosa..., lo que sea..., si puedo ayudarle...»

Recuerdo que me incliné para besarle y dije: «Eres un buen hombre».

Le vi después de la muerte de Eric, de pie en aquella estremecedora habitación del Ansonia, mirando la mancha de sangre, y sollozando sobre mi hombro. De nuevo, dijo: «Lo siento. No sabes cuánto lo siento...». De nuevo, me conmovió tanto su solidaridad emocional, su aflicción. «Lloraba por Eric, por mí, por lo trágico de aquella muerte», recuerdo que había pensado yo más tarde.

Pero entonces resultaba que había sido el sentimiento de culpabilidad lo que le hacía llorar. Culpabilidad, vergüenza, remordimiento y...

Tragué saliva. Cerré los puños. No solo nos había traicionado... sino que había llorado por ello.

—¿Exoneró la comisión a Malone? —pregunté.

Malone. No Jack. No volvería a ser Jack. Ahora sería Malone. El hombre que había destruido a mi hermano.

—Por supuesto —dijo Joel Eberts—. Su nombre quedó totalmente limpio. Según Marty, Steele y Sherwood estaban tan contentos por cómo había manejado la situación con la HUAC, que le dieron una bonificación.

«No tienes que hacerlo», había dicho yo cuando él insistió en pagar el traslado de Eric y la pintura del Ansonia.

«Pagar a dos pintores dos días no me va a arruinar—había dicho él—. De todos modos, he recibido una bonificación sorpresa. Sin más ni más me han dado un cheque de comisiones de ochocientos dólares. Es la forma de Steele y Sherwood de agradecerme...»

Que denunciara. Que salvara su piel. Que destruyera la vida de Eric. Que

matará el amor y la confianza que había entre nosotros. Que lo destruyera todo. Todo por ochocientos dólares. Al cambio actual, ¿serían quizá treinta monedas de plata?

—O sea que Malone cree que nadie sabe que denunció a Eric —pregunté.

—No estoy seguro, Sara, lo he dicho antes y lo repito: no sabe lo mal que me siento con todo esto...

—¿Por qué habría de sentirse culpable? —dije, poniéndome de pie—. Le doy las gracias.

—¿Por qué?

—Por decirme la verdad. Seguro que no fue una decisión fácil. Pero fue la correcta.

—¿Qué va a hacer con esto, Sara?

—No hay nada que hacer —dije—. Está hecho.

Salí de la oficina a la calle. Di dos pasos, luego me acerqué a una farola y me apoyé. No, no me desmoroné. Ni solté un grito de angustia. Pero me atravesó una oleada de dolor. Intenté respirar. Me incliné y vomité en la calle.

Vomitó hasta que no me quedó nada que vomitar. Mi cuerpo estaba empapado de sudor. Intenté sobreponerme. Encontré un pañuelo de papel en el bolsillo de la chaqueta y lo utilicé para secarme la boca. Luego hice acopio de fuerzas para parar un taxi que me llevara a casa.

Cuando llegué a mi piso, entré en la sala y me senté en un sillón. Estuve así lo que me parecieron minutos. Pero cuando miré el reloj vi que había pasado una hora. El impacto seguía siendo tan penetrante que no era consciente del tiempo. Me sentía vidriosa, vacía, hasta el punto de que cualquier respuesta emocional corriente me parecía inútil. Me quedé allí sentada, sin comprender. Sin saber qué hacer.

Pasó otra hora. Entonces oí una llave en la cerradura. Entró Jack. Volvía de un viaje, con una maleta en una mano y un ramo de flores en la otra.

—¡Hola! —dijo, dejó la maleta y se acercó a mí.

Clavé la vista en el suelo. No podía soportar la idea de mirarle. El se dio cuenta enseguida de que algo andaba mal.

—Sara, mi vida... —dijo.

No dije nada. Se inclinó e intentó tocarme. Me lo quité de encima. Ahora

parecía alarmado.

—¿Qué ha pasado? —susurró, agachándose a mi lado.

—Quiero que te vayas, Jack. Que te vayas y no vuelvas.

Dejó caer las flores.

—No lo entiendo —dijo, con una voz que era apenas un susurro.

—Sí que lo entiendes —repliqué. Me levanté y le dije—: Vete.

—Sara, por favor —suplicó.

Cuando me dirigía al dormitorio, me puso una mano en el hombro. Me volví.

—Nunca, nunca vuelvas a tocarme.

—¿Por qué estás...?

—¿Por qué? ¿Por qué? Sabes el porqué, Jack. Solo creías que nunca lo descubriría.

Su expresión cambió. Se sentó en el sofá. Escondió la cara entre las manos. Durante largo rato no dijo nada.

—¿Puedo explicarlo? —preguntó finalmente.

—No. Porque nada de lo que digas tiene importancia.

—Sara, mi amor...

—No me vengas con palabras cariñosas. No quiero explicaciones. Ni racionalizaciones. No tenemos nada más que decirnos.

—Tienes que escucharme.

—No tengo que escucharte. Ahí está la puerta. Utilízala.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Joel Eberts. Conocía a alguien que conocía al tipo que te representó cuando compareciste ante la comisión. Joel dijo que, según su amigo abogado, no opusiste ninguna resistencia. Cantaste sin hacerte rogar.

—No tenía elección. No la tenía.

—Todos tenemos elección. Tú hiciste la tuya. Ahora tienes que convivir con ella.

—Me tenían acorralado, Sara. Iba a perderlo...

—¿Qué? ¿Tu trabajo? ¿Tus ingresos? ¿Tu estatus profesional?

—Tengo un hijo. Tengo que pagar el alquiler. Tengo que poner comida en la mesa.

—Todos tienen que hacerlo. Eric también.

—Mira, lo último que quería era perjudicar a tu hermano.

—Pero aun así diste su nombre al FBI y a la Comisión de Actividades Antiamericanas...

—Pensé...

—¿Qué? ¿Qué los federales le dejarían en paz con una advertencia?

—Alguien les dio mi nombre. Insistieron para que les diera otros nombres.

—Podías haberte negado.

—¿Crees que no quería?

—Pero no lo hiciste.

—No había salida. Si me negaba a dárselos, perdería mi empleo. Y luego otra persona denunciaría a las mismas personas.

—Pero habría sido otro, no tú.

—Tenía que poner mis responsabilidades ante...

—¿Responsabilidades con quién, Jack?

—Con Dorothy y Charlie.

—Pero ¿conmigo no? ¿O con mi hermano totalmente inocente? ¿Éramos tan fácilmente sacrificables?

—Sabes que no lo pienso.

—Ya no te conozco.

—No digas esto, Sara.

—¿Por qué no? Es la verdad. Lo has destruido todo.

Logré mantener la voz más o menos controlada. Jack ocultó aún más la cara entre las manos. Calló un momento. Cuando habló, su voz parecía disminuida, débil.

—Por favor, intenta comprender: insistieron, exigieron que les diera un nombre. Te aseguro que intenté explicarles que nunca había sido comunista; que había participado en aquella comisión antifascista cuando tenía dieciocho años, y solo porque creía que luchaba contra Hitler, Mussolini y Franco. El tipo del FBI me dijo que lo comprendía. Que sabía que yo también había servido a la patria en la guerra y no me había metido en política desde entonces. Por lo que a ellos respecta, yo era un «buen americano» que había cometido un error de juventud. Otras personas que habían estado en aquella

comisión también habían cometido errores y como demostración de su patriotismo, habían dado los nombres de los que habían estado asociados al grupo en aquella época, o habían tenido simpatías comunistas.

»“Seguramente son tan inocentes como usted —dijo uno de los federales—. Pero tiene que comprender que estamos investigando una amplia conspiración que supone un peligro para la seguridad nacional. Solo necesitamos descubrir quién está en el centro de la conspiración. Por eso necesitamos que nos dé nombres. Dándonos esa información no solo le está haciendo un servicio al país, también se está eliminando usted de nuestra investigación. Pero si se niega a ayudarnos, la nube de la sospecha planeará siempre sobre usted. Seamos sinceros, cualquiera que haya sido comunista en el pasado será descubierto. Usted puede salir limpio de esto... mientras pueda.”»

Jack se quedó en silencio. Levantó la cabeza. Intentó mirarme a la cara. Pero yo me volví.

—Su argumento tenía una lógica despiadada. Alguien me había denunciado. Yo tenía que demostrar mi inocencia denunciando a otro. Este a su vez demostraría su inocencia denunciando a algún otro. Todos se estaban traicionando. Porque el problema era que nadie podía elegir.

—Sí podían —dije, furiosa de repente—. Los diez de Hollywood eligieron, fueron todos a la cárcel. Arthur Miller eligió: se negó a denunciar a nadie. Mi hermano eligió... y ha perdido la vida.

Jack volvió a esconder la cabeza entre sus manos.

—Intenté darles solo los nombres de las demás personas de la comisión.

»“No es suficiente —me dijeron—. Ya conocemos a todos los que estuvieron con usted en aquella época. Necesitamos algo más”.

»Les dije que no conocía a ningún comunista. No se lo creyeron.

»“Todo el mundo conoce a un ex comunista”.

Dije que no soportaba la idea de perjudicar a nadie.

»“No está perjudicando a nadie —dijeron—. Siempre que esta persona renuncie a su pasado y acepte colaborar con nosotros, no le pasará nada.”

»Intenté convencerles de que el único comunista que conocía no estaba en aquella comisión y que aquello había pasado hacía diez años. Pero no se

dejaron convencer. Tenía que darles un nombre nuevo. De otro modo...

»Tenía un problema. Tenía que darle a un excomunista. Pero no conocía a ningún ex comunista.»

—Excepto a mi hermano.

—Estaba desesperado. Lo que les dije a los federales fue: «La única persona que conozco que pudo tener alguna relación con el partido lo dejó hace muchos años y es irrelevante». Me dijeron: «Entonces podrá exonerarse él mismo, como está a punto de hacer usted».

—Entonces les diste el nombre de Eric.

—Sara, cariño, dada su fama dentro del mundo de la televisión, lo habrían señalado por su pasado político tarde o temprano. Seguro que te das cuenta de esto.

—Oh, sí, claro que me doy cuenta. Si he de ser franca, desde que empecé este asqueroso asunto de la lista negra, supe que algún día el flirteo de Eric con el partido saldría a relucir. Lo que no me esperaba era que el hombre al que quise resultara ser el delator, el Judas.

Una larga pausa.

—¿Al que quise? —preguntó.

—Sí. Al que quise. Ya no.

Me miró, consternado.

—En ningún momento quise perjudicarlo —dijo—. Pensé que, como todo el mundo, seguiría el juego.

—Por suerte, Eric tenía algo llamado conciencia.

—¿Crees que yo no tengo conciencia? —dijo, ahora de pie y alzando la voz con desesperación—. ¿Crees que no me obsesiona lo que le ha ocurrido a Eric?

—Te portaste tan bien cuando le despidieron. Podrías haber sido actor. Te mostraste tan comprensivo y dispuesto a ayudar. No sabías qué hacer para ayudarlo más.

—No estaba actuando. Era...

—Ya lo sé. Culpabilidad y angustia, vergüenza, penitencia. Eres el perfecto católico. Seguro que incluso te confesaste después de venderlo.

—Nunca se me ocurrió que se hundiría...

—¿Eso era suficiente para denunciarle?

—Por favor, intenta comprender...

—No hay nada que comprender...

—No quería perjudicarlo.

—Pero le perjudicaste.

—No lo sabía...

Lo miré fijamente.

—¿Qué has dicho? —pregunté despacio.

Tomó aire.

—He dicho: «No lo sabía».

—*Ich habe nichts davon gewußt* —dije.

—¿Qué?

—*Ich habe nichts davon gewußt*. No lo sabía.

—No te entiendo...

—Sí me entiendes. Dachau, 1945. Estabas con el batallón del ejército que liberó el campamento. Ike ordenó que todos los habitantes del pueblo se pasearan entre los barracones y los hornos crematorios, para que vieran el horror que se había perpetrado en su nombre. Y apareció aquel banquero gordo y bien vestido que se echó a llorar y no paraba de decir... *Ich habe nichts davon gewußt... Ich habe nichts davon gewußt*. ¿Te acuerdas?

Asintió con la cabeza.

—¿Aquello ocurrió o no? —pregunté—. ¿O fue otra de tus mentiras?

—No —dijo él—. Ocurrió.

—*Ich habe nichts davon gewußt*. Me lo contaste la primera noche. Ya estaba enamorada de ti antes de que me lo contaras. Después... —tragué saliva—, ... después, pensé que eras el mejor hombre que había conocido en mi vida. Qué tonta era. Sobre todo después de tu pequeño acto de desaparición. Debería haberlo comprendido. Pero me habías robado el corazón, cerdo asqueroso...

—Mi corazón sigue siendo tuyo, Sara.

—Mentiroso.

—Es la verdad.

—Si fuera la verdad, nunca habrías denunciado a Eric. Pero creías que ibas

a salirte con la tuya. Creías que no me iba a enterar.

Se echó a llorar.

—Lo siento —dijo.

—Disculpa no aceptada. Tú y Eric erais todo mi mundo. Ahora no tengo nada.

—Cariño, yo sigo aquí.

—No, no es verdad.

—Sara, por favor, te lo suplico...

—Vete.

Se tambaleó hacia mí con los brazos abiertos.

—Te quiero —dijo.

—No te atrevas a decir esa palabra.

—Te quiero.

—¡Fuera ahora mismo!

—Yo...

Intentó abrazarme. Le grité que se marchara. Luego empecé a pegarle. Le pegué en la cara y en la cabeza. No opuso ninguna resistencia, no se defendió. De repente, yo también estaba llorando. Lloraba descontroladamente. Mis golpes eran ineficaces. Me dejé caer al suelo, llorando sin parar. De nuevo, intentó abrazarme. Esta vez, utilicé el puño derecho y le di en la boca. Se tambaleó hacia atrás y se golpeó con la mesita. La tiró, y con ella una lámpara se fue al suelo. Jack la siguió y aterrizó de rodillas. Dejé de llorar de golpe. Nos miramos con los ojos muy abiertos. Se tocó los labios. Le sangraban. Se levantó y fue al baño tambaleándose. Salió sosteniendo un pañuelo contra la boca. Estaba rojo de sangre. No dijo nada. Me levanté. Me alargó una mano. La rechacé. Fui a la cocina. Encontré un trapo. Saqué un bloque de hielo del congelador. Lo puse en el fregadero y lo desmenucé con un cortahielo. Envolví una buena porción en el trapo y volví a la sala.

—Toma —dije, y se lo alargué—. Esto hará que no se te hinche.

Lo cogió y se lo puso contra la boca.

—Quiero que te vayas ahora, Jack.

—De acuerdo —murmuró.

—Mañana empaquetaré tus cosas. Dejaré un mensaje en tu oficina diciendo a qué hora no estaré para que puedas pasar a recogerlas.

—Mañana tenemos que hablar...

—No.

—Sara...

—No me llames nunca más.

—Sara...

—Dame tus llaves del piso.

—Esperemos a mañana antes de...

—¡Las llaves! —dije, gritando.

De mala gana, buscó su llavero, lo abrió y sacó dos llaves. Luego las dejó en mi mano extendida.

—Ahora lárgate. —Me fui al dormitorio y cerré la puerta tras de mí.

Me eché en la cama. Jack llamó varias veces, suplicándome que le dejara entrar. Me puse una almohada sobre la cabeza para amortiguar su voz. Finalmente, al cabo de unos minutos, dejó de golpear la puerta.

—Llamaré más tarde —dijo, desde el otro lado de la puerta—. Por favor, intenta perdonarme.

No contesté. Me apreté aún más fuerte la almohada sobre la cabeza.

Seguí en la cama hasta que oí que se cerraba la puerta principal. Mi angustia fue sustituida rápidamente por una claridad insensible. No habría perdón ni absolución. Lo que había hecho Jack era tan cruel, una traición tan grande a la confianza, que nunca podría disculparle. Había traicionado a Eric. Me había traicionado. Sí, comprendía las razones por las cuales había denunciado a mi hermano. Sí, comprendía las presiones a que le habían sometido. Pero no podía perdonarle. Aunque se pueda perdonar la estupidez o la despreocupación, es imposible disculpar una acción cínica y calculada. De acuerdo, era solo cuestión de tiempo antes que alguien hubiera acusado a Eric de simpatizar con los comunistas en el pasado. Pero ¿cómo iba a dormir otra vez junto al hombre que había hecho la acusación? Aquello era lo que más me asombraba de la decisión de Jack: su incapacidad para ver que, señalando con el dedo a mi hermano, estaba destruyendo nuestra vida en común. Sabía lo inseparables que éramos Eric y yo. Sabía que era la única familia que tenía.

Estaba calladamente celoso, siempre me lo había parecido, de nuestra mutua lealtad. ¿Por eso lo había destruido todo? O había una realidad más profunda y perturbadora acechando tras su acción: que Jack Malone era un cobarde moral. Un hombre que se negaba a enfrentarse a los hechos y que, cuando se le presentara una decisión crítica, siempre elegiría la opción más expeditiva y beneficiosa para sí mismo. No fue capaz de escribirme después de saber que Dorothy estaba embarazada. Años después, cuando volvió a entrar en mi vida por casualidad, me había suplicado que comprendiera la vergüenza que le había hecho desaparecer tanto tiempo. Como soy una tonta, finalmente me había creído sus excusas, sus apasionadas disculpas. Al dejarle entrar de nuevo en mi vida, había iniciado el proceso que habría de acabar con la muerte de mi hermano.

Echada allí en la cama, oí la voz de mi hermano resonando en mi cabeza: «Olvídale —me había dicho mil veces durante aquel año en que estuve consumiéndome por Jack—. Es un desgraciado.»

Como también recordé aquel desastroso encuentro que había organizado yo en el bar del St. Moritz, cuando Eric se presentó borracho y se mostró tan ofensivo que Jack le acabó tirando su copa a la cara.

Siempre se habían odiado... aunque los dos lo negaran. Cuando aquel federal le pidió a Jack que denunciara a un comunista, quizá pensó: «Ahora es mi oportunidad de vengarme de aquel cabrón».

Pero aquellas especulaciones no llevaban a ninguna parte. Porque solo había un hecho claro: nunca más volvería a tener nada que ver con Jack Malone.

Empezó a sonar el teléfono. No hice caso. Una hora después, llegó un ramo de flores. No lo acepté y le dije al chico de reparto que lo tirara a una papelería. Por la tarde, llegó un telegrama. Lo rompí sin abrirlo. A las seis, sonó el timbre de la puerta. Estuvo sonando quince minutos. Cuando por fin se acalló, esperé quince minutos antes de abrir la puerta y echarle un vistazo al pasillo. Había una carta junto a la puerta de la calle. Salí a recogerla. Reconocí la letra del sobre. Volví a mi piso y la tiré a la basura. Luego me puse el abrigo. Cogí mi máquina de escribir y una maleta que había preparado un poco antes. Cerré la puerta del piso y salí con los bultos a la

calle.

En cuanto puse los pies en la acera, me encontré con Jack, escondido en el portal, pálido y excitado hasta el frenesí, empapado por la lluvia.

—Vete —grité.

Miró mis maletas alarmado.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—¿Adonde?

—No es asunto tuyo —dije, bajando los escalones.

—Por favor, no te vayas...

No dije nada. Me dirigí hacia la avenida West End. Me siguió.

—No puedes irte. Lo eres todo para mí.

Seguí caminando.

—Estaré perdido si te vas.

Seguí caminando. De repente se colocó delante de mí y se puso de rodillas.

—Eres el amor de mi vida.

Lo miré desde arriba. Sin furia ni piedad. Más bien con indiferencia.

—No —dije gravemente—. Tú eres el amor de tu vida.

Agarró una punta de mi impermeable.

—Sara, cariño... —rogó, hecho un mar de lágrimas.

—Por favor, apártate de mi camino, Jack.

Se agarró con más fuerza al dobladillo de mi impermeable.

—No —dijo—. Hasta que me hayas escuchado, no.

—Me voy, Jack.

Intenté moverme. No me soltó.

—Jack, hemos terminado.

—No digas esto.

—Hemos terminado.

—Tienes que escucharme.

—Hemos terminado. Déjame marchar...

Me interrumpió una voz.

—¿Sucede algo, señora?

Me volví. Se acercaba un policía.

—Pregúntele a él —dije, señalando a Jack, todavía de rodillas, con la cabeza.

El policía lo miró con desdeñosa diversión.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el policía.

Jack me soltó el dobladillo.

—No hay ningún problema —dijo—. Solo estoy...

—Suplicando que le perdone, me parece a mí —dijo el policía.

Jack miró fijamente al suelo. El policía se dirigió a mí.

—¿La estaba molestando?

—Solo quería coger un taxi. No me dejaba.

—¿La va a dejar coger un taxi?

Jack dudó un momento, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Bien hecho. Ahora quiero que se levante y se siente en los escalones mientras yo ayudo a su amiga a buscar un taxi. ¿Se va a comportar?

Jack se puso en pie, se acercó a los escalones y se sentó; parecía totalmente derrotado. El policía recogió mis maletas y me acompañó a la esquina de la Calle 77 con la avenida West End. Levantó la mano. Un taxi se detuvo a los pocos segundos. El chófer salió y puso mis maletas en el maletero.

—Gracias —le dije al policía.

—No hay de qué. Ese hombre no le ha hecho nada malo, ¿verdad?

—Nada delictivo, si se refiere a esto.

—Pues entonces, bien. Que tenga buen viaje, vaya donde vaya. Vigilaré a su enamorado un par de minutos para que no salga detrás de usted.

Me metí en el taxi.

—A Penn Station —le dije al taxista.

Salimos. Miré hacia atrás y vi a Jack todavía sentado en los escalones, llorando sin control.

En Penn Station, recogí el billete que había reservado aquella tarde y busqué a un mozo que me llevara las maletas a un coche cama que había reservado en el tren nocturno a Boston. Había pagado un suplemento para tener el compartimiento para mí sola. Aquella noche necesitaba estar sola. Después de instalarme, un revisor llamó a la puerta. Le dije que no iba a cenar, pero me gustaría tomar un whisky doble con soda. Me puse el camisón

y una bata. Bajé la cama. Volvió el camarero con el whisky. Me lo tomé lentamente. Un par de veces me tembló el vaso en la mano. Terminé la copa. Me metí entre las rígidas sábanas. Apagué la luz. El tren salió de la estación. Me dormí.

Me despertó un golpe en la puerta. Entró el camarero, con tostadas y café. Estábamos a media hora de Boston. Empezaba a romper el día. Me senté en la cama y me bebí el café, mirando el amanecer de Nueva Inglaterra. Había dormido como un tronco, sin sueños. Tenía el estómago encogido por la tristeza. Pero no tenía ganas de llorar. Había tomado una decisión; se me había endurecido el corazón. Era de día y yo estaba en movimiento. Y el café que había traído el camarero era aceptable.

En South Station, en Boston, cambié de tren. A mediodía, había llegado a Brunswick, Maine. Como habíamos quedado, Ruth Reynolds me estaba esperando en la estación. Habían pasado cinco años desde que había ido a Maine en la primavera de 1946 después de que todo se torciera tras la desaparición de Jack. La tarde anterior, cuando me sentí llegar al fondo otra vez, decidí que lo único que podía hacer era salir de la ciudad; desaparecer sin dejar rastro una temporada. De haberme quedado en Manhattan, Jack no habría dejado de bombardearme con llamadas, flores, telegramas y apariciones a última hora de la noche en mi puerta. Dicho con claridad, necesitaba alejarme de todo lo que tuviera que ver con la lista negra, la NBC, *Saturday Night/Sunday Morning*, Walter Winchell y todas las dolorosas consecuencias que ahora asociaba con Manhattan. Busqué en mi agenda de teléfonos y encontré el de Ruth Reynolds en Bath, Maine. Se acordó de mí enseguida —«Caramba, si soy una de las mayores admiradoras de tu columna. ¿Por qué ya no escribes?». Y sí, tenía un par de casitas de verano para alquilar. No habría problema para alojarme a la mañana siguiente, si hacía falta.

Así que reservé una plaza en el primer tren, hice una maleta y me fui... dejando a Jack lleno de lágrimas en un escalón. Y allí estaba, de vuelta en Maine. Envuelta en uno de los abrazos de oso de Ruth Reynolds.

—Vaya, estás muy guapa —mintió.

—Tú también —dije, aunque me había quedado de piedra al verla en el

andén y advertir que había engordado al menos quince kilos en aquellos años.

—No tienes que disimular, cariño —dijo—. Estoy gorda.

—No es verdad.

—Eres una buena chica, Sara, pero no sabes mentir.

Salimos de Brunswick en coche hacia Bath.

—¿Qué, qué tal sienta ser una periodista estrella? —me preguntó.

—No soy una estrella. Y ahora estoy de permiso de *Saturday/Sunday*.

—¿Por eso has decidido volver a Maine?

—Sí —mentí—. Tengo que escribir.

—Bueno, pues has elegido un lugar perfecto para tener paz y tranquilidad.

No he podido conseguirte la casa de la otra vez, porque los señores Daniels la vendieron hace años. ¿Sigues en contacto con ellos?

Negué con la cabeza.

—Pero te he encontrado un lugar acogedor. Y tiene otro dormitorio por si tienes invitados... o viene tu hermano a visitarte.

Me puse rígida. Ruth se dio cuenta.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No —dije, porque me había jurado a mí misma no contarle a nadie los sucesos de los últimos meses.

—¿Cómo está tu hermano?

—Muy bien, muy bien.

—Me alegro.

Charlamos de banalidades el resto del trayecto. Cuando llegamos a Bath, entramos en la carretera 209 y paramos en la tienda de comestibles de un pueblo llamado Winnegance para aprovisionarnos. Luego seguimos por una carretera asfaltada y solitaria que avanzaba serpenteando por la alargada península que acababa en Popham Beach. La playa estaba tan vacía como siempre.

—Aquí nunca cambia nada, ¿verdad? —dije.

—Esto es Maine.

Ruth me dijo que les encantaría que fuera a su casa aquella noche a cenar. Pero lo rechacé con la excusa de que estaba cansada.

—¿Mañana entonces? —preguntó.

—Ya hablaremos dentro de un par de días —dije— cuando esté instalada.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Por supuesto. La casa me parece muy bien.

—Estaba hablando de ti, Sara. ¿Tienes algún problema?

—¿No decías que estaba tan guapa?

Mi áspero tono la dejó estupefacta.

—Y decía la verdad, pero...

Antes de que me hiciera otra pregunta, la interrumpí.

—He pasado unos meses muy malos, ¿de acuerdo?

—Sara, discúlpame. No quería entrometerme.

—No te estás entrometiendo. Perdona mi tono. Es que... necesito estar sola.

—Pues aquí en Maine no avasallamos a nadie. Cuando quieras compañía, ya sabes dónde encontrarla.

No quería compañía. Ni conversación. Ni ninguna forma de contacto humano. Quería encerrarme en mí misma; alejarme de todos. Eso es lo que hice. Escribí una carta al departamento administrativo de *Saturday/Sunday* pidiéndoles que me mandaran los cheques directamente al banco. Escribí a Joel Eberts, autorizándole —cuando llegara el cheque del seguro de Eric— a pagar la deuda de Hacienda e ingresar el resto en mi fondo de inversión. También le mandé un juego de llaves de mi piso y le pedí —pagando— que contratara a alguien que recogiera mis cartas, las guardara y me pagara las facturas... con la condición de que no revelara mi paradero a nadie que quisiera ponerse en contacto conmigo. Pocos días después, recibí una carta suya comunicándome que su secretaria pasaría una vez a la semana para recoger mi correspondencia. También incluía un formulario de poderes, para que pudiera extender cheques a mi cargo de cara a las facturas.

«Pero ¿está segura», me preguntaba en su carta, «de que no quiere que le mande las cartas personales?»

«Totalmente segura» le contesté. «Y debe mantener mi dirección en secreto, sobre todo para Jack Malone, si se pusiera en contacto con usted. Mejor dicho, tampoco quiero saber si se ha puesto en contacto con usted. De modo que no deseo esta información.»

Estaba decidida a destruir cualquier posibilidad de contacto entre Jack y yo. No solo porque me negaba a moverme de mi irreconciliable posición, sino también porque tenía miedo de que, si leía sus cartas de súplica —o, aún peor, me veía con él cara a cara—, me derrumbara inmediatamente... como había hechos años atrás cuando había vuelto a entrar por casualidad en mi vida. Habíamos terminado. Nada de lo que pudiera decir o hacer lo podría cambiar. Había salido de mi vida. Ahora estaba sola. Y lo quería así.

No tuve ningún contacto con Ruth a lo largo de las tres primeras semanas que estuve en la casa. Ella venía dos veces a la semana a limpiar y cambiar las sábanas. Pero yo procuraba estar paseando por la playa cuando ella venía. Ruth aceptó mi reserva y me dejaba notas preguntando si podía hacerme algún recado. Yo le dejaba listas de comestibles y libros que le pedía de la biblioteca. Además de dejarle dinero para estos encargos, siempre terminaba mi lista con una disculpa por mi reserva: «Perdóname por estar tan distante. Algún día, cuando vuelva al planeta Tierra, pasaré a verte con una botella de algo fuerte y escocés y te lo contaré todo. Pero por ahora, déjame revolotear en mi solipsismo...», una palabrota que significa autocompasión.

Pocos días después, al volver de uno de mis paseos matinales encontré los comestibles que había pedido y tres novelas que siempre había evitado leer (*La montaña mágica* de Mann, *Las alas de la paloma* de James y, a modo de antídoto de palomitas para tanta literatura seria, *Señor Roberts* de Thomas Heggen, una maravillosa serie de anécdotas de la Segunda Guerra Mundial). También había una botella de J&B. Con una nota:

Sara:

No hace falta que te disculpes. Solo quiero que sepas que estamos aquí si nos necesitas. Como todavía refresca por las noches, he pensado que una botella de escocés te serviría de calefacción... sobre todo si no te apetece encender la chimenea cada noche.

Pasó una semana. Luego otra. Y otra. Leí. Caminé. Dormí. Recibí una carta de Joel Eberts, informándome de que había llegado el cheque de setenta y cinco mil dólares del seguro. Gracias a su experto en impuestos había hecho un trato con Hacienda en el tema de los pagos atrasados de Eric.

Se conformaron con 31.500 dólares. Yo quería que lo rebajaran aún más, pero, como dijo mi experto, ya habíamos conseguido una rebaja sustancial. Y tenemos que estar agradecidos por esto. Estuve hablando con Lawrence Brau, tu asesor financiero. Piensa invertir el resto en empresas sólidas, a menos (como dijo él) «que la señorita Smythe se haya vuelto aventurera de golpe». Le dije que, mientras usted no me indicara lo contrario, esas acciones estaban bien.

En este aspecto no tengo más noticias, excepto decirle que tiene un montón de cartas aquí. Se las guardaré con mucho gusto. Cuando las quiera, no tiene más que decirlo.

Para terminar, Sara, permítame que le desee que de algún modo esté sobreponiéndose a todo lo que le ha ocurrido. Nadie se merece lo que usted ha tenido que soportar en los últimos dos meses. Por definición, la vida es injusta. Pero en los últimos tiempos ha sido despiadadamente injusta con usted. Esto cambiará. Quizá nunca supere la pérdida de su hermano. Como puede que nunca supere la traición del señor Malone. Pero sé que algún día se sobrepondrá a ambas cosas. Porque para seguir adelante, todos tenemos que sobreponernos y aceptar lo que nos sale al paso en la vida.

Sin embargo, por ahora, tómese su tiempo. Ponga al mundo a la espera. Busque su camino en esta difícil coyuntura. Y sepa que estoy aquí siempre que me necesite.

Pero yo no necesitaba a nadie. Hasta el comienzo de mi cuarta semana en la casa. Era un martes por la mañana. Me desperté con una sensación extraña. Dos minutos después, estaba totalmente mareada. Pasé un espantoso cuarto de hora en el baño. Al día siguiente volví a encontrarme mal. El jueves, la náusea del amanecer me dejó en paz. Pero volvió de nuevo el viernes, y me atacó todo el fin de semana.

Tenía que ir al médico. Sobre todo porque llevaba dos semanas de retraso con el periodo. Volví a ponerme en contacto con Ruth. No le expliqué lo que me pasaba con detalle. Solo le dije que era un problema médico. Me mandó a su médico de cabecera, un hombre severo de unos cincuenta años llamado Grayson, que llevaba una camisa blanca y planchada, una rígida chaqueta blanca, gafas sin montura y el ceño permanentemente fruncido. Parecía un farmacéutico perverso. Tenía la consulta en la calle Center de Bath. Sus pacientes eran los empleados de Bath Iron Works y sus familias. No tenía ninguna clase de tacto. Le conté lo que me sucedía y que se me había retrasado el periodo.

—Tiene pinta de estar embarazada —dijo, sin emoción.

—Es imposible —dije.

—Quiere decir que usted y su marido no han tenido...

Calló y luego pronunció la palabra «relaciones» con considerable disgusto.

—No estoy casada —dije.

Sus ojos viajaron a mi mano izquierda. Percibió la ausencia del anillo. Vaciló y dijo:

—Pero ha tenido «relaciones» con...

—Con alguien, sí. Pero no hay forma médica de que me quede embarazada.

Entonces le expliqué mi anterior aborto y que el ginecólogo del Hospital de Greenwich me había dicho que no podría tener hijos.

—Quizá se equivocara —dijo el doctor Grayson, y me pidió que me arremangara.

Me extrajo un poco de sangre, me dio un frasco de cristal y me hizo pasar a un baño. Cuando volví con la muestra de orina, me pidió que volviera al cabo de dos días a recoger los resultados.

—Pero si ya sé los resultados —dije—. No puedo estar embarazada. Es algo imposible.

Pero seguí experimentando mareos matutinos. Cuando volví a la consulta del doctor Grayson dos días después, levantó brevemente la mirada de mi ficha y dijo:

—El test ha salido positivo.

Me quedé totalmente aturdida. No sabía qué decir. Excepto:

—No puede ser.

—Estos tests se equivocan pocas veces.

—En este caso, estoy segura de que es una equivocación.

El médico se encogió de hombros sin ningún interés.

—Si quiere engañarse, allá usted.

—Qué cosa más horrible de decir.

—Está embarazada, señorita Smythe —dijo, poniendo un énfasis especial en mi estado civil—. Esto es lo que dice el test, y por lo tanto es mi diagnóstico clínico. Puede creérselo o no.

—¿Puedo hacerme otra prueba?

—Puede hacerse todas las pruebas que quiera, si está dispuesta a pagarlas. Pero yo le aconsejaría que fuera a ver a un ginecólogo cuanto antes mejor. Vive aquí, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—El ginecólogo más cercano es el doctor Bolduck de Brunswick. Está en la calle principal, cerca de la universidad. Le daré su teléfono.

Garabateé unos números en un formulario de recetas, lo arrancó y me lo dio.

—Mi recepcionista la atenderá cuando salga.

Me levanté.

—Una última cosa, señorita Smythe —dijo.

—¿Sí?

—Enhorabuena.

Ruth me esperaba en el vestíbulo. Pagué la factura y le dije que ya estaba a punto para que nos marcháramos. Antes no le había explicado lo de mi prueba de embarazo. Y no pensaba contárselo ahora. Pero mi expresión era de clara preocupación. Porque cuando salimos me tocó en el brazo y dijo:

—No es nada fatal, ¿verdad?

Casi me eché a reír.

—Ojalá lo fuera.

—Vaya por Dios —dijo ella.

Y me di cuenta al instante de que me había delatado. En ese momento, apoyé la cabeza en su hombro. Me sentía aturdida, perpleja.

—¿Qué te parecería desayunar? —preguntó.

—Lo vomitaré todo.

—O puede que no.

Me llevó a un pequeño restaurante cercano a Iron Works. Insistió para que yo tomara huevos revueltos con patatas y dos gruesas tostadas con mantequilla. Al principio me negué pero luego me lo comí todo. Después de tres días de náuseas, la comida me supo a gloria. También ayudó a amortiguar el impacto de la noticia.

—Sé que eres una persona muy reservada —dijo Ruth—, o sea que no voy a hacer preguntas. Pero si quieres hablar...

De repente empecé a contarle todo lo que me había sucedido desde mi última estancia en la casa de verano. Salió todo como un torrente. Ella se puso pálida cuando le conté lo del bebé que había perdido y me dijeron que

no podría volver a concebir. Me cogió del brazo cuando le informé de la muerte de Eric y el papel de Jack en el hundimiento de mi hermano.

—Oh, Sara —susurró—. Ojalá hubiera sabido lo de tu hermano.

—No creo que su muerte saliera en los periódicos de Maine.

—Tampoco los leo. No tengo tiempo.

—Estás mejor así, créeme.

—Qué año tan horrible has pasado.

—Los he tenido mejores —dije—. Y ahora, para acabarlo de rematar, resulta que estoy embarazada.

—No puedo ni imaginarme lo aturdida que debes sentirte.

—Un diez en la escala de Richter.

—¿Estás contenta?

—Nunca he estado en un choque de trenes, pero ahora creo que entiendo lo que se siente.

—No te culpo.

—Pero, en cuanto desaparezca el aturdimiento..., sí, creo que voy a estar muy contenta.

—Esto está bien.

—Es como una noticia venida del espacio. Ya había aceptado que nunca podría tener hijos.

—Debió de ser muy difícil.

—Mucho.

—Los médicos se equivocan a menudo.

—Por suerte.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Vas a decírselo a él?

—De ninguna manera.

—¿No crees que se merece saberlo?

—No.

—Lo siento, no es asunto mío.

—No puedo... No voy a decírselo. Porque no puedo perdonarle.

—Entiendo que sea difícil.

Noté la ambivalencia en su tono de voz.

—¿Pero...? —pregunté.

—Como he dicho, Sara, no soy la más indicada para meter la nariz en los asuntos de los demás.

—Venga, di lo que ibas a decir.

—También es su hijo.

—Y Eric era mi hermano.

Silencio.

—Tienes razón en esto. Asunto concluido.

—Gracias. —Levanté la taza de café. Y añadí:— Pero es una buena noticia.

Ella levantó su taza y la hizo chocar con la mía.

—Es una noticia estupenda —dijo—. La mejor.

—Y totalmente increíble.

Ruth se rio.

—Cariño —concluyó— todas las buenas noticias son increíbles. Por un montón de razones obvias.

11

Varios días después fui a ver al doctor Bolduck. Me armé de valor para soportar a otro médico pétreo y severo, que miraría mi dedo sin anillo y representaría su papel de puritano de Nueva Inglaterra. Pero Bolduck era un hombre alegre y simpático que rozaba la cuarentena, un licenciado en Bowdoin que había instalado la consulta en la ciudad donde había estudiado. Me hizo sentir cómoda enseguida.

—¿Así que la manda el doctor Grayson? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Hace mucho que es su médico?

—Soy nueva en la zona. Y ya estoy buscando otro médico de cabecera.

—¿En serio?

—Creo que no nos caímos muy bien.

—Pero si el doctor Grayson es un hombre encantador —dijo, arqueando las cejas a lo Groucho Marx—. Con el tacto que tiene...

Me reí y dije:

—Creo que no le gustó que no estuviera casada. ¿Le molesta eso, doctor?

Se encogió de hombros.

—Su vida privada es su vida privada, señorita Smythe. A mí lo único que me preocupa es que usted y el bebé estén bien durante el embarazo.

—Todavía no puedo creer que esté embarazada.

Sonrió.

—Es bastante habitual.

—Lo que quiero decir es que, médicamente hablando, no puedo estar embarazada.

Entonces le expliqué lo que había pasado cinco años antes en el hospital de Greenwich. A diferencia del doctor Grayson, demostró un interés inmediato, y preguntó el nombre del ginecólogo que me había llevado en aquella ocasión.

—Le escribiré para pedirle su historial médico. Mientras tanto, estoy de acuerdo con usted: sería prudente repetir la prueba de embarazo.

Me tomó una muestra de sangre. Llené un frasco con orina. Quedé para ver al doctor Bolduck al cabo de una semana. Volví a la casa de Popham Beach. Intenté hacerme a la idea de la novedad. Había deseado tanto un hijo. Había llorado en silencio mi incapacidad de tenerlo. Cuando Jack volvió a entrar en mi vida, la pena se intensificó, aunque yo me negaba a hablar de ello con él. Ahora estaba embarazada (a menos, claro, que la prueba resultara negativa). De haber sido cristiana, lo habría considerado un milagro. De haber estado todavía con Jack, me habría vuelto loca de contenta. En cambio, sentía una rara mezcla de euforia y desaliento. Euforia porque finalmente tendría un hijo. Desaliento porque nunca volvería a hablar con el padre del niño. Entre las peores ironías, esta era la más lúgubre.

Mi cabeza estaba constantemente llena de pensamientos acerca de Eric y Jack. La aflicción se apoderaba de mí sin avisar. Un momento me sentía razonablemente serena; al siguiente, estaba al borde del abismo. Recordé lo mal que me había sentido los meses que siguieron al aborto, cómo la pena se había convertido en una compañera en la sombra, acechándome en todo momento. Esta vez, su presencia era más aguda, más constante. Porque Jack lo había destruido todo. Aquella idea fortaleció mi decisión de no ponerme en contacto con él por el embarazo. No podía confiar en él. Lo despreciaba demasiado. No tendría nada que ver con este niño.

Sí, estaba siendo dura, despiadada. Pero la dureza era necesaria, una forma de poder soportar la permanente sensación de pérdida. Al principio, me proporcionó un *modus vivendi* para poder pasar los días que a menudo me parecían inacabables. Pero ahora tenía aquella asombrosa perspectiva de tener un niño. Y aunque aquella perspectiva no había suavizado mi posición con

respecto a Jack, me proporcionaba esperanza: un destino al final de toda aquella angustia.

Fui a mi visita con el doctor Bolduck siete días después. Seguía tan alegre como siempre.

—Me temo que el encantador doctor Grayson tenía razón: las pruebas de embarazo se equivocan muy pocas veces. Va a tener un hijo sin ninguna duda.

Sonreí.

—Bueno, al menos parece contenta con la noticia —dijo.

—Es que lo estoy. Y pasmada.

—Es comprensible. Teniendo en cuenta que he leído su historial del Hospital Greenwich... que no llegó hasta ayer. A mi parecer, el médico que la atendió se equivocó al decirle que su matriz dañada la imposibilitaba para un embarazo. Es verdad que una de sus trompas de Falopio quedó muy dañada, lo que significa menos posibilidades de concepción. Y es verdad que las lesiones que sufrió la pared interna de su matriz disminuyen las posibilidades de un embarazo. Pero no las descarta totalmente. Personalmente conozco varios casos en que se ha producido una concepción después de un suceso médico de esta clase, y el embarazo llegó a buen término. Lo que, en lenguaje normal, significa que su médico del Hospital Greenwich fue una pizca demasiado pesimista sobre sus posibilidades de tener un hijo. Personalmente, creo que lo que hizo fue vergonzoso, porque le ha provocado años de angustia innecesaria. Pero no se lo diga a nadie. En el juramento hipocrático hay una cláusula que dice que no hablarás mal de otro médico... y mucho menos ante un paciente.

—No se preocupe, ya le censuro yo. Era un hombre antipático. Tan antipático que a su lado el doctor Grayson se parece a Albert Schweitzer.

Ahora le tocó reírse al doctor Bolduck.

—Esta la utilizaré —dijo.

—Adelante.

Su sonrisa se mudó en una expresión de seriedad profesional.

—Aunque sea una noticia estupenda, voy a tener que decirle que se lo tome con calma. Mucha calma. Porque debido al daño interno previo, este

será un embarazo muy delicado, de mucho riesgo.

—¿Puede ser que lo pierda?

—Siempre hay una posibilidad entre seis de abortar durante los tres primeros meses del embarazo.

—Pero con mi historial...

—Las posibilidades bajan a una entre tres... pero todavía a su favor. Solo tiene que ir con mucho cuidado. Siempre que no se dedique a escalar el monte Kathadin o decida jugar a hockey sobre hielo, tiene pocas probabilidades de perderlo. ¿Piensa quedarse aquí?

No tenía otro lugar a donde ir. Y como el descanso y la tranquilidad de espíritu serían esenciales los próximos nueve meses, no tenía ninguna intención de volver a Manhattan.

—Sí, me quedaré en Maine.

—Insisto en que no es asunto mío... pero ¿está segura de que es una buena idea vivir sola en un lugar tan aislado como Popham Beach?

Tuve que admitir que no. De modo que, por mucho que me pesara la pérdida de aquella extraordinaria franja de arena, cielo y océano, una semana después me trasladé a Brunswick. Días después, a través de los anuncios clasificados de la *Maine Gazette*, encontré un piso agradable, aunque algo rústico, en la calle Federal. Tenía un dormitorio y se hallaba en un discreto edificio de ladrillo blanco. La decoración se podría haber descrito educadamente como «cansada»: paredes amarillentas, mobiliario caduco, una cocina mínima, una cama de latón que necesitaba urgentemente que le sacaran brillo. Pero la luz entraba a raudales en la sala. Había una ancha mesa plegable de caoba y una silla de editor antigua preciosa (la mesa y la silla fueron en realidad lo que me convenció para quedarme el piso). Y estaba cerca de la universidad, de la ciudad y de la consulta del doctor Bolduck, de modo que podía ir caminando a todas partes.

Ruth me ayudó con el traslado. Abrí una cuenta en el Casco National Bank de la calle Maine, y —vía Joel Eberts— hice que me mandaran allí los cheques semanales de *Saturday Night/Sunday Morning*. Todavía me quedaban cuatro meses más de «permiso». Con la paga tenía bastante para pagar los dieciocho dólares semanales del alquiler y las necesidades básicas.

Incluso me sobró para comprarme una radio, una Victrola, y una buena colección de libros y discos. Volví a leer periódicos: el *Maine Gazette* y el *Boston Globe*, los dos locales (porque el *New York Times* tardaba tres días en llegar a Brunswick). Joe McCarthy y sus secuaces seguían en pleno frenesí demagógico. Los Rosenberg estaban en la etapa final del proceso de apelación contra su condena a muerte por haber —presuntamente— revelado secretos sobre la bomba atómica a los soviéticos. Eisenhower tenía asegurada la elección a la presidencia frente a Adlai Stevenson en las elecciones del próximo noviembre. Y la lista negra se alargaba con cada nuevo informe enviado por Associated Press desde Washington. A un nivel más personal, supe que aquella escalada del miedo rojo significaba que no había ninguna posibilidad de que me admitieran otra vez en *Saturday/Sunday* después de que mi cuarentena terminara. La muerte de Eric había salido en todos los periódicos, y Su Alteza el Editor estaría demasiado nervioso para molestar a la junta con la petición de mi readmisión. Al fin y al cabo, era la hermana de un hombre muerto que había tenido la frescura antipatriótica de no denunciar a otros. Seguro que aquello me convertía en mercancía dañada y poco americana... no merecedora de acceder a *Saturday Night/Sunday Morning*.

Así que pensé que, a medio embarazo, el dinero de la culpa de *Saturday/Sunday* se acabaría, y después de esto tendría que empezar a utilizar el dinero del seguro de la NBC o de mi cartera de acciones... aunque un rincón de mi frugal cerebro puritano se estremecía ante la idea de empezar a gastar mi capital a una edad tan temprana. Especialmente teniendo en cuenta que necesitaría aquel dinero para criar a mi hijo yo sola. También me preocupaba que, gracias al artículo de Winchell y mi marcha forzada de *Saturday/Sunday*, corriera el rumor por la ciudad de que era sospechosa políticamente y de que era mejor no emplearme.

Pero cada vez que empezaba a tener uno de estos devaneos mentales sobre mis futuras perspectivas de empleo —o su falta—, lograba calmarme con la idea de que, de una forma u otra, encontraría la forma de ganarme la vida. Además, era más afortunada que otros. Tenía dinero en el banco y un piso en Manhattan que me pertenecía. Podían quitarme mi carrera... pero no iban a arrebatarme el techo que me cubría.

De todos modos, no tenía la menor intención de volver a Manhattan durante una temporada. Como no tenía la menor intención de decirle nada a nadie sobre mi embarazo. Ruth era la única persona que lo sabía y me había prometido ser discreta.

—Créeme —dijo—, sé cómo son las ciudades pequeñas. En cuanto se corra la voz empezarán a mirarte con curiosidad.

—¿Pero no me mirarán igualmente con curiosidad cuando se me empiece a notar?

—Depende de lo discreta que decidas ser, cuánta gente conozcas y lo que les cuentes. Te lo prometo, si se enteraran de que eres la Sara Smythe que escribe en *Saturday Night/Sunday Morning*, tu agenda se llenaría de golpe. La mitad del departamento de literatura de Bowdoin querría quedar contigo, porque aquí no viene nunca nadie nuevo. Y mucho menos una persona nueva que es una columnista de fama nacional...

—No soy precisamente Walter Lippmann, Ruth. Soy una figura menor que escribe sobre temas menores.

—Vaya con doña Modestia.

—Es verdad. Y te aseguro que no le pienso explicar a nadie lo que hacía en Manhattan. Gracias al FBI, he quedado harta de entrometidos para el resto de la década.

Así que fui muy discreta. Siguiendo los consejos del doctor Bolduck, no hice nada agotador, y me limité físicamente a dar paseos por Bowdoin Pines, detrás del campus, o a ir a la biblioteca de la universidad —donde conseguí un carnet de lector para residentes en Brunswick— y a las tiendas de la calle Maine. Encontré un colmado que repartía a domicilio y un quiosco que aceptó pedir la edición dominical del *New York Times* para mí. Me hice buena clientela de la librería y de la tienda de discos más grandes de la ciudad. No tardé en tutearme con las bibliotecarias de Bowdoin, el señor Cole de la tienda de ultramarinos, Thelma, la cajera jefe del Casco National Bank y el señor Mullin, el farmacéutico. Aunque todos me preguntaron al principio mi nombre y si era nueva en la ciudad, el interrogatorio terminó ahí. Nunca me hicieron preguntas maliciosas sobre lo que hacía en Brunswick o si tenía marido o de qué vivía. Como fui descubriendo, esta falta de curiosidad

metomentodo era la forma de ser de Maine. Las personas respetaban tu intimidad... porque deseaban que respetaras la suya. Mejor aún, al mejor estilo de Maine, el código social tácito era de una independencia feroz: «Tus asuntos son tus asuntos, no los míos». Aunque les interesara tu historia pasada, se obligaban a parecer despreocupados... por miedo a ser tachados de entrometidos o chismosos. Maine era probablemente uno de los pocos lugares de América donde ser taciturno y reservado se consideraban virtudes cívicas.

En consecuencia, Brunswick era un lugar agradable para vivir. Después de cinco años de entregar artículos semana tras semana, resultó un placer tomarme un descanso de mi máquina de escribir. Me puse al día en mis lecturas. Asistí como oyente a un curso de conversación de francés en la universidad, y me pasé al menos tres horas al día estudiando conjugaciones verbales y vocabulario. Una vez a la semana, Ruth insistió en venir a recogerme en su Studebaker para llevarme a cenar a su casa. Una vez a la semana recorría a pie las tres manzanas que separaban mi piso de la consulta del doctor Bolduck, para que me examinara. A las seis semanas de embarazo, me dijo que estaba satisfecho con mis progresos.

—Por ahora todo va bien —dijo, después de que me vistiera y me sentara en la silla frente a su mesa—. Si llegamos al segundo trimestre sin complicaciones, tiene muchas posibilidades de culminar con éxito el embarazo. Se lo toma con calma, ¿verdad?

—Brunswick no es precisamente una ciudad agotadora.

El doctor Bolduck pestañeó.

—¿Es un cumplido con segundas?

—Lo siento. No me he expresado bien.

—No, tiene razón. Es un lugar muy agradable.

—Lo cual lo convierte en el lugar adecuado para mí en este momento de mi vida.

—Quería preguntarle una cosa: ¿está escribiendo algo actualmente?

Palideció. Inmediatamente él se excusó.

—Perdone —dijo—. No pretendía entrometerme.

—¿Cómo sabe que soy escritora?

—Estoy suscrito a *Saturday Night/Sunday Morning*, Sara. También leo el

Main Gazette cada tarde. La muerte de su hermano salió en el periódico local.

—No me lo puedo creer.

—Era solo una nota de prensa: una reseña sobre la súbita muerte de su hermano y su despido anterior de la NBC tras la denuncia de Winched. Y que Sara Smythe de *Saturday Night/Sunday Morning* era su hermana.

—¿Por qué no lo había mencionado antes?

—Porque no quería parecer curioso. De hecho, ahora me siento como un idiota por haberme ido de la lengua. Ojalá no hubiera comentado nada.

—¿Cree que otras personas de Brunswick saben quién soy?

El doctor se agitó en su silla.

—Lo saben, ¿no es cierto?

—Bueno... —dijo, indeciso—. Es un lugar pequeño. Y aunque nadie se lo preguntará directamente, sí hablan entre ellos. Por ejemplo, la otra noche, estaba en una cena con un par de profesores de la universidad y Duncan Howell, el editor del *Maine Gazette*. No sé cómo salió su nombre en la conversación, pero Duncan me dijo: «¿Sabes quién me he enterado que está viviendo en Brunswick? Sara Smythe, la que escribía aquella columna tan ingeniosa en *Saturday/Sunday*. Me encantaría proponerle que escribiera algo para nosotros... pero no quiero ser entrometido. Sobre todo porque me imagino que está aquí huyendo de Nueva York y todo el jaleo de su hermano...».

Me sentí enferma de repente.

—Doctor Bolduck, ¿no le diría que soy paciente suya?

Por Dios, no. Eso no habría sido ético. Nunca, jamás me atrevería...

—Claro, claro —dije débilmente.

—Me siento fatal. Pero le prometo una cosa. Tal como somos en Maine, nadie le dirá que sabe quién es usted.

—Quién soy yo no tiene importancia. Lo que me preocupa es cómo me mirarán por la calle cuando se me note el embarazo.

—Le aseguro que nadie le volverá la espalda por su estado social.

—Solo chismorrearán a mis espaldas.

—Teniendo en cuenta que es una ciudad pequeña, es un lugar bastante tolerante. Creo que encontrará más simpatías que en otros lugares. Se lo

aseguro, en la cena de la otra noche todos pensaban que lo que le había ocurrido a su hermano era algo terrible... y que fue una persona muy valiente manteniéndose firme en sus convicciones.

—¿Entonces, usted cree que era simpatizante de los comunistas? ¿Un secuaz de Stalin, disfrazado de guionista principal de Marty Manning? — Sonríe.— ¿Por qué?

—Porque en Brunswick es muy raro conocer a alguien con ingenio neoyorquino. ¿Me permite decir algo? Como mucha gente de aquí que conozco, tengo muchas dudas sobre lo que están haciendo McCarthy y los suyos. Sobre todo porque se supone que toda esta caza se hace en nuestro nombre... y esto me hace sentir muy incómodo. Solo quiero decirle que lamento mucho su pérdida. ¿Tiene otros hermanos?

—Él era mi única familia.

El doctor Bolduck no dijo nada... y se lo agradecí. Desvié rápidamente el tema hacia asuntos médicos y le pregunté si mi necesidad de ir al baño cada media hora era preocupante.

—Me temo que es una molestia habitual durante el embarazo —dijo él—. Una molestia para la cual la profesión médica no tiene explicación.

—Entonces, ¿hasta la semana que viene? —dije, y me puse en pie.

Bolduck se levantó también.

—De nuevo me disculpo por mi metedura de pata.

—No... Estas cosas es mejor saberlas.

—¿Le importaría que le dijera otra cosa?

—Adelante.

—Sé que tal como es Duncan Howell nunca se atreverá a llamarla para pedirle que escriba para el *Maine Gazette*. Pero a mí me pareció que estaría encantado si a usted le interesara.

—Me estoy tomando un descanso del trabajo —dije—. Pero gracias por la información.

Como es lógico, dos días después descolgué el teléfono y llamé a Duncan Howell al *Maine Gazette*. Me lo pasaron inmediatamente.

—Esto es un honor para mí —dijo.

—Creo que es el primer editor que me lo ha dicho.

—Me alegro de saberlo. Nos encanta tenerla en Brunswick.

—Y a mí me gusta vivir aquí.

—¿Puedo invitarla a almorzar, señorita Smythe?

—Con mucho gusto.

—Tenemos dos opciones. Puedo llevarla a la versión elegante de Brunswick, que es el comedor de nuestro mejor hotel, el Stowe House. O puedo enseñarle un poco de color local, en nuestro mejor restaurante: el Miss Brunswick.

—El restaurante sin duda —dije.

Duncan Howell era un hombre apuesto y elegante de treinta y pocos años. Se vestía como un profesor de universidad: americana de cheviot, jersey con cuello de pico, corbata de lana. Llevaba gafas con montura de concha. Fumaba en pipa. Era nativo de Brunswick. Había crecido sabiendo que estudiaría en Bowdoin y acabaría trabajando en el periódico que pertenecía a su familia desde hacía setenta y cinco años. Hablaba con el ritmo pausado y apacible del campo que lo delataba como nativo de Maine. Pero como todas las personas que conocí en el estado, no era en absoluto pueblerino.

Ya estaba sentado en un reservado de Miss Brunswick cuando entré. Era un restaurante americano clásico: una estructura de uralita prefabricada con una barra de vinilo y seis reservados, y una clientela de camioneros y soldados de la base naval aérea, un cocinero con un cigarro encendido en los labios, y camareras que utilizaban lápices a modo de horquillas. Enseguida me gustó. Como me gustó Duncan Howell.

Se puso de pie al verme. Esperó a que me sentara antes de hacerlo él. La camarera le llamó «Duncan». Él insistió en llamarme señorita Smythe. Me sugirió que probara el «especial camioneros»: un bistec, un montón de panqueques, tres huevos, patatas fritas, seis tostadas y café sin límite. Cuando dije que me conformaba con una modesta hamburguesa y una taza de café, me dijo que nunca tendría futuro como conductora de grúas.

Pedimos. Charlamos sobre esto y aquello. Me habló de política local, de la ampliación de la papelera y de la preocupación de los habitantes de la comarca porque pudiera anularse el tren de Boston, debido a su poca viabilidad económica. También me habló del *Main Gazette*, que lo había

fundado su bisabuelo en 1875, que había mantenido su postura independiente y —como casi todo en Maine— se negaba a apoyar servilmente a ningún partido político determinado.

—Por tradición, el estado es republicano —me explicó—. Pero eso no significa que apoyemos siempre a los candidatos republicanos al gobierno nacional o estatal. Siempre estuvimos a favor de Roosevelt. Dos veces apoyamos a los demócratas en las elecciones al Senado...

—¿Y qué piensa de Joe McCarthy? —pregunté.

No se mostró desconcertado por mi tono desafiante... aunque yo misma me sorprendí por haberle planteado la pregunta tan directamente.

—Le seré totalmente franco, señorita Smythe. Me tomo la idea de la amenaza comunista en serio. Por ejemplo, pienso que todas las pruebas apuntan a la culpabilidad de los Rosenberg, y que la traición exige la pena capital. Pero con respecto al señor McCarthy... bueno, me preocupa, francamente. Porque, primero, le considero un oportunista que utiliza el tema del comunismo como forma de acumular poder, y segundo, porque ha destruido a muchos inocentes al hacerlo.

Me miró directamente.

—Y para mí, destruir a personas inocentes es imperdonable.

Le miré a los ojos.

—Me alegro de que piense así.

Desvió la conversación hacia mi «trabajo» en aquel momento.

—Ahora mismo no estoy trabajando. Sin duda usted sabe por qué.

—Publicamos una reseña sobre su hermano. Lo siento mucho. ¿Vino a Maine por eso?

—Sí, necesitaba alejarme durante una temporada.

—Imagino que en *Saturday/Sunday* no pusieron objeciones a darle un permiso.

—Al contrario, querían que me marchara. Porque, a su modo de ver, la negativa de mi hermano a seguirle la corriente a la HUAC significaba que yo representaba un peligro para ellos.

Duncan Howell se mostró estupefacto.

—No me diga que eso es lo que hicieron.

—Me quedé tan perpleja como usted. Sobre todo porque ellos sabían que yo era la persona más apolítica posible. Incluso mi pobre hermano había renunciado por completo a su breve flirteo con el comunismo en los años treinta.

—Aún así, se negó a denunciar a nadie.

—Acertadamente, en mi opinión.

—Es una decisión difícil, se mire como se mire. Puedo entender que para algunos denunciar a otros sea un gesto patriótico... mientras que para otros solo sea una demostración de servilismo. Pero, sin duda, respeto los principios de su hermano.

—Ya ve de qué le han servido. Seré franca con usted, señor Howell. Hay momentos en que desearía que hubiera declarado como han hecho todos. Porque así seguiría vivo. Y porque, francamente, si la historia nos enseña algo es que este argumento que es ahora una cuestión de vida o muerte será muy inconsecuente dentro de unos años. Lo que quiero decir es que, tarde o temprano el país recuperará la razón y se acabará la lista negra. Con el tiempo los historiadores calificarán este periodo de aberración política; una mancha vergonzosa en la vida de nuestra nación. Y tendrán razón. Pero mi hermano estará muerto.

—Estoy seguro de que a él le gustaría que siguiera escribiendo.

—Pero ¿es qué no me ha oído? Yo también estoy en la lista negra.

—Solo para *Saturday/Sunday*. Y no la han despedido oficialmente.

—En cuanto termine mis seis meses de permiso, lo harán. Y la noticia se sabrá enseguida en Manhattan. En cuanto *Saturday/Sunday* me despida, me declararán definitivamente intocable como periodista.

—No en Brunswick, Maine. Aquí no.

—Bueno, es agradable saberlo —dije, con una risita.

—Estoy seguro de que lo más duro de su temporada sabática forzada es «no publicar», por decirlo de algún modo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he estado toda mi vida rodeado de periodistas. Si hay algo de lo que no pueden prescindir es del público. Le ofrezco un público, Sara. Un público pequeño. Pero un público en definitiva.

—¿No tiene miedo de emplear una patata caliente política como yo?

—No —dijo tranquilamente.

—¿Y qué querría que escribiera?

—Algo parecido a su columna sobre «La vida real». Ya lo hablaríamos.

—A lo mejor en *Saturday/Sunday* no gusta, si descubren que estoy trabajando para otro mientras cobro de ellos.

—¿Firmó algún contrato de exclusividad con ellos?

Negué con la cabeza.

—¿Insistieron en que no escribiera para nadie más mientras estaba de permiso?

—No.

—Entonces no hay problema.

—Supongo que no.

—Pero sigue existiendo la cuestión del dinero. Si me permite la pregunta, ¿cuánto cobraba por su columna semanal?

—Ciento ochenta dólares.

Duncan Howell tragó saliva.

—Ni siquiera yo gano tanto —dijo—. Y no puedo acercarme a esa cifra ni de lejos. Somos una ciudad pequeña, al fin y al cabo.

—No he dicho que tuviera que pagarme lo mismo. ¿Qué le parecen cincuenta dólares por columna? Es lo que gasto cada semana en alquiler y gastos básicos.

—Sigue siendo mucho más de lo que le pago a los demás columnistas del periódico.

Arqueé las cejas. Duncan Howell lo pilló enseguida.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, levantando la mano—. Que sean cincuenta a la semana.

Estreché su mano.

—Me alegro de volver a trabajar —dije.

Por supuesto, Duncan Howell tenía razón. Aunque no quisiera admitirlo — y me dijera a mí misma que me apetecía descansar de la máquina de escribir —, echaba mucho de menos mi columna semanal en la revista.

Había sido muy perceptivo al decírmelo, como lo había sido al percibir que

lo que más deseaba en aquel momento era trabajar. No era una persona perezosa e improductiva. Necesitaba objetivos y concentración; dar forma e intención a mis días. Como todos los que se han acostumbrado a tener un público, yo también deseaba volver a tenerlo. Aunque mi público ya no fuera nacional, sino los ocho mil lectores diarios del *Main Gazette*.

La columna se estrenó una semana después de la reunión en Miss Brunswick. Decidimos llamarla «Cuestiones del día a día». Como la vieja columna, era un comentario ligeramente satírico sobre temas prosaicos. Pero, en este caso, sin mi habitual ironía metropolitana y más centrada en temas domésticos y parroquiales como: «Veintitrés formas de utilizar el queso Kraft Velveeta» o «Por qué me siento tan rara cuando me depilo con cera» o —mi preferido— «Por qué las mujeres y la cerveza no se llevan bien».

Duncan Howell insistió en que mantuviera el tono frívolo que había caracterizado la columna de *Saturday/Sunday*.

—No crea que tiene que reducir su mordacidad para este público. En Maine siempre nos damos cuenta cuando alguien se muestra condescendiente... y no nos gusta. A lo mejor tardarán en acostumbrarse a su estilo... pero ya se los ganará.

Pero después de las primeras semanas de mis «Cuestiones del día a día» no me pareció que me ganara a nadie.

«¿Cómo se les ha ocurrido emplear a una chica tan graciosa para una columna tan graciosa en un periódico tan decente y respetable como el suyo?», decía una de las primera cartas al director.

Una semana después, otro torpedo impactó en la sección de cartas. «A lo mejor esto funciona en Manhattan, pero la forma de ver el mundo de la señorita Smythe no tiene nada que ver con nuestra forma de vida. Quizá debería pensar en volver al sur.»

Vaya.

—No se lo tome al pie de la letra —dijo Duncan Howell cuando volvimos a vernos en Miss Brunswick para ponernos al día, un mes después de que se estrenara la columna.

—¿Cómo quiere que no me lo tome al pie de la letra, señor Howell? A mí me parece que no estoy conectando con sus lectores...

—Claro que está conectando —dijo él—. En la redacción casi todos están encantados. Y siempre que salgo a cenar por la ciudad, al menos un par de profesores de Bowdoin o empresarios de la zona me dicen que se lo pasan en grande con su forma de describir las cosas, y que es una gran suerte tenerla para el periódico. Es normal recibir un par de quejas siempre que se hace algo nuevo o diferente. Es parte del juego. No se desanime: lo está haciendo muy bien. Tan bien que quería proponerle... si querría escribir dos columnas a la semana.

—¿Está bromeando o qué?

—No, hablo en serio. Quiero que «Cuestiones del día a día» se consolide, y creo que la mejor forma de hacerlo es apostando fuerte, por decirlo de algún modo... y hacer que la lean el lunes y el viernes. ¿Se apunta?

—Sí, supongo que sí. ¿Se lo puede permitir?

—Ya me las arreglaré.

Me alargó de nuevo la mano.

—¿Tenemos un trato?

—Yo que vine a Maine a descansar...

—Cuando se es periodista...

Tomé su mano y la estreché.

—De acuerdo, hecho.

—Me alegro mucho. Una última cosa... En la ciudad hay mucha gente que se muere por conocerla. No sé cómo tiene el calendario social estos días...

—Está totalmente vacío, por propia decisión. No tengo muchos ánimos de relacionarme.

—Lo comprendo perfectamente. Necesita su tiempo. Pero si alguna vez siente que necesita compañía, sepa que tiene muchas oportunidades. Tiene admiradores.

Como el doctor Bodluck. No solo estaba encantado de que, al llamar a Duncan Howell hubiera mordido el anzuelo... sino también de que hubiera superado el primer trimestre sin mayores problemas.

—¿No ha tenido pérdidas, ni dolores constantes, ni molestias fuertes?

—Por ahora nada especial. De hecho, este embarazo está siendo más fácil que el primero.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Excepto: buena señal. Crucemos los dedos. Y siga tomádoselo con mucha calma.

—Ahora que Duncan Howell insiste para que escriba dos columnas a la semana, no lo sé.

—Ah, sí, ya me he enterado. La felicito. Se está haciendo un nombre en la zona.

—Y seré aún más famosa dentro de seis meses, cuando todos vean mi vientre hinchado por la calle Maine.

—Ya se lo dije, no creo que sea tan grave como se imagina. Además, ¿por qué iba a importarle lo que piensa la gente?

—Porque vivo aquí, por eso.

El doctor Bolduck no supo qué responder. Excepto:

—Tiene razón.

Una semana después, empecé a publicar los lunes y los viernes en el periódico. Hubo algunas cartas más de protesta quejándose de mi estilo frívolo. Pero Duncan Howell me llamaba cada semana para hablar sobre el artículo de la siguiente semana y siempre se mostraba entusiasmado por los progresos de la columna. También me dijo que había recibido felicitaciones por la aparición bisemanal. Tanto que tenía buenas noticias; los dos grandes periódicos de Maine —el *Portland Press Herald* y el *Bangor Daily News*, habían preguntado sobre la posibilidad de publicar también la columna.

—No ofrecen demasiado dinero: unos sesenta dólares cada semana por la dos columnas —dijo el señor Howell.

—¿De los que cuántos me corresponderían a mí?

—Bueno, todo esto es nuevo para mí. Porque en el *Main Gazette* nunca había sucedido que uno de sus columnistas fuera reclamado. Pero he hablado con nuestros abogados y dicen que la proporción sesenta/cuarenta entre escritor y periódico original es lo normal.

—Ochenta/veinte —dije.

—Eso es mucho, señorita Smythe.

—Lo valgo —dije.

—Sin duda, pero... ¿qué le parecen setenta/treinta?

—Llegaré a setenta y cinco/veinticinco, pero no menos.

—Es una dura negociadora.

—Sí, lo soy. Setenta y cinco/veinticinco, señor Howell. Y esto sirve para este y futuros casos. ¿Le parece bien?

Silencio.

—Me parece bien —concluyó—. Nuestros abogados prepararán un acuerdo para que lo firme.

—Lo estaré esperando. Gracias por hablar con Portland y Bangor.

—¿Cuándo podré invitarla a cenar? Mi mujer se muere por conocerla.

—Pronto, señor Howell. Pronto.

Me daba cuenta de que empezaba a comportarme como una misántropa afectada... pero la combinación del embarazo con mi aflicción me hacía poco deseosa de reuniones sociales. Podía soportar la cena semanal con Ruth, pero la idea de tener que trabar una conversación cortés en una cena y responder a preguntas bien intencionadas como: «¿Qué la trajo a Brunswick?», me hacía evitar del todo las reuniones sociales. Todavía sucumbía a ataques de desesperación. Prefería mantenerlos en privado. Así que seguí rechazando todas las invitaciones.

Pero cuando Jim Carpenter me pidió que saliera con él una tarde, me sorprendí a mí misma aceptando. Jim era profesor de francés en Bowdoin. Enseñaba en la clase a la que yo asistía como oyente. No tenía ni treinta años, era alto y desgarbado, el pelo claro, gafas sin montura y una actitud reservada y tímida que ocultaba una vena maliciosa. Como todo el mundo en Bowdoin —estudiantes incluidos—, se vestía con el atuendo académico clásico de Nueva Inglaterra: americana de cheviot, pantalones de franela gris, camisas abrochadas hasta el cuello y corbata de la universidad. Pero, en el curso de nuestras conversaciones en clase, salió a relucir que aquellas eran sus primeras clases y que estaba en Maine después de dos años en la Sorbona haciendo el doctorado. Yo era la única oyente de la clase. Aunque también era la única alumna (en aquella época Bowdoin era decididamente masculino). Jim se mantuvo bastante formal y distante durante los dos primeros meses del curso. Me hizo algunas preguntas básicas —*en français*— sobre mi trabajo («*Je suis journaliste, mais maintenant je prends une periode sabbatique de mon travail*» fue todo lo que le dije). Llevó a cabo

discretas indagaciones sobre mi estado social y sobre si yo disfrutaba viviendo en Maine. Aparte de esto, mantuvo una postura profesional de total desinterés. Hasta que una tarde —pocas semanas después de estrenar la columna— me paró cuando salía de clase. Y dijo:

—Me gusta mucho su columna, señorita Smythe.

—Gracias —dije, un poco avergonzada.

—Uno de mis colegas del departamento me ha dicho que solía escribir para *Saturday Night/Sunday Morning*. ¿Es verdad?

—Me temo que sí.

—No tenía ni idea de que tuviera una celebridad en la clase.

—No la tiene.

—La modestia es una virtud sobrevalorada —dijo con una ligera sonrisa.

—Pero la inmodestia es siempre aburrida, ¿no cree?

—Quizá... pero después de dos meses en Maine, no me importaría una dosis de arrogancia parisina como Dios manda. Aquí todos son tan educados y discretos...

—A lo mejor me gusta por eso. Sobre todo después de Manhattan, donde todo el mundo se vende a sí mismo, resulta bastante agradable un lugar en el que, cinco segundos después de conocer a alguien, no sabes qué hace esa persona, cuánto gana y cuántas veces se ha divorciado.

—Pero yo sí quiero saberlo todo. Quizá sea porque todavía tengo que deshacerme de mis raíces Hoosier.

—¿Es usted de Indiana?

—Qué se le va a hacer.

—Pues en París debió de pasarlo en grande.

—Bueno, el vino es bastante mejor que en Indianápolis.

Me reí.

—Creo que voy a utilizar esta frase —dije.

—Cuando quiera. Pero con una condición: permita que la invite a cenar una noche.

Debí de mostrarme sorprendida, porque Jim se ruborizó inmediatamente y dijo:

—Evidentemente, si no le apetece...

—No —dije, interrumpiéndole—. Me parece bien salir a cenar.

Quedamos para tres días después. Dos veces estuve a punto de llamarle para anularlo. Porque salir con alguien era lo último que me apetecía en aquel momento. Porque no tenía ganas de dar explicaciones sobre todo lo que me había pasado en los últimos seis meses. Y porque estaba embarazada, maldita sea.

Pero otra voz en mi cabeza me decía que tenía que dejar de ser tan cautelosa. Al fin y al cabo era solo una cena. No parecía la clase de chico que tiene colmillos y duerme en un ataúd. Aunque evitaba las reuniones, empezaba a pesarme la falta de compañía. Así que me puse un vestido bonito, me maquillé ligeramente y dejé que me llevara al comedor del Stowe House a cenar. Al principio se mostró nervioso y dubitativo, resultando a la vez entrañable y pesado, porque tuve que cargar con el peso de la conversación. Pero después del segundo cóctel, se empezó a relajar un poco. Después de beberse casi toda una botella de vino él solo —yo me limité a dos copas— empezó a demostrar un ingenio francamente divertido... aunque fuera disimulado tras una actitud muy correcta.

—¿Sabe lo que más me gustaba de París? —dijo—. Aparte, por supuesto, de la pura belleza de la ciudad. Pasear hasta el amanecer. Creo que me pasé la mitad del tiempo deambulando, levantado toda la noche, de café en café, caminando kilómetros. Tenía una habitación diminuta junto a la rue des Écoles. Pagaba el alquiler y comía por cincuenta dólares al mes. Podía pasarme el día leyendo en una *brasserie* —Le Balzac— en la esquina de mi guarida. Y tenía una amiga bibliotecaria llamada Stephanie que se vino a vivir conmigo los últimos cuatro meses de mi estancia allí... y no era capaz de comprender por qué quería cambiar París por un puesto de profesor en Brunswick, Maine.

Calló un momento, avergonzado de golpe.

—Esta es la última copa de vino que bebo esta noche, o empezaré a parecer una edición ambulante de *Confesiones verdaderas*.

—Venga, *encore un verre* —dije, sirviéndole el resto de la botella.

—Solo si usted también bebe.

—Yo salgo barata. Dos copas es mi límite.

—¿Siempre ha sido así?

Estuve a punto de confesar insultante algo así como: «Tengo órdenes del médico de no beber más de una copa o dos al día». Pero dije algo más simple:

—Se me sube a la cabeza.

—No hay nada malo en ello —dijo él, levantando su copa—. *Santé*.

—Entonces ¿por qué cambió a Stephanie y *la vie parisienne* por la Universidad de Bowdoin?

—No me haga hablar. Podría cometer un acto de autodenigración.

—Es una perspectiva horripilante. Pero no ha respondido a mi pregunta.

—Qué puedo decir..., excepto que soy hijo de un ejecutivo de seguros ultraconservador y ultraseguro de Indianápolis. Los que hemos crecido en el ambiente de los seguros somos siempre cautelosos. Así que, aunque París fuera un sueño estupendo, cuando me ofrecieron el puesto en Bowdoin..., bueno, era un sueldo. Y la posibilidad de permanencia, seguridad y prestigio profesional. Todos esos aburridos y prudentes argumentos... de los que estoy seguro que usted es felizmente ignorante.

—Por el contrario, mi padre era un pez gordo en la maquinaria de los seguros de Hartford. Y mi novio trabajaba como relaciones públicas para...

Me interrumpí.

—Oh, ¿o sea que hay un novio en su vida? —preguntó, intentando no parecer demasiado interesado.

—Hubo un novio. Pero terminó.

Intentó no sonreír, pero no pudo evitarlo.

—Lo siento —dijo.

—Todo sucedió en la misma época que mi hermano... ¿Ha oído hablar de mi hermano?

Volvió a ponerse serio.

—Sí. Cuando le comenté a un colega que usted asistía a mi curso, él me dijo que había leído una nota de prensa donde se decía que él había...

—Muerto.

—Sí. Había muerto. Lo siento mucho. Debió de ser...

—Lo fue.

—¿Esta es la razón por la que vino a Maine?

—Una de las razones.

—¿Su antiguo novio fue otra de las razones?

—También ayudó, sí.

—Dios, qué año más malo ha...

—Alto ahí...

—Perdone, ¿la he...?

—No, ha sido muy amable. Es solo que... no soy muy buena aceptando la simpatía de...

—De acuerdo —dijo—. Pues me pondré duro y cínico.

—No puede, es de Indiana.

—¿En Manhattan son todos tan listos?

—¿En Indianápolis son todos tan obsequiosos?

—Vaya.

—No lo he dicho en plan derogatorio.

—Pero tampoco ha sido muy obsequioso.

—*Touché*. Es usted rápido.

—Para ser de Indianápolis.

—Podría ser peor.

—No me diga.

—Podría ser de Omaha.

Me lanzó una de sus miradas maliciosas. Y dijo:

—Me gusta su estilo.

Para ser sincera, el suyo también me gustaba. Cuando me acompañó a la puerta de mi casa aquella noche, me preguntó si estaría dispuesta a arriesgar mi integridad física saliendo con él en coche el siguiente sábado.

—¿Qué es tan peligroso de su coche? —pregunté.

—El conductor —dijo.

Su coche era un descapotable de dos asientos Alfa Romeo, de color rojo tomate. Le di una vuelta entera cuando se paró frente a mi casa el sábado por la mañana.

—¿No es un poco joven para sufrir una crisis de la mediana edad? —pregunté, sentándome en el bajo y estrecho asiento.

—No se lo creerá, pero fue un regalo de mi padre.

—¿De su padre, el rey de los Seguros de Indianápolis? No me lo creo.

—Creo que fue su manera de felicitarme por la decisión de volver a casa y aceptar este empleo.

—Ah, ya lo entiendo. Es una variante de «Cómo hacerle volver a la granja después de visitar París». Con un coche deportivo, por supuesto.

—Un coche deportivo muy asegurado.

—Qué sorpresa.

Pasamos el día circulando por la carretera 1. Pasamos Bath. Atravesamos unos pueblecitos preciosos que se llamaban Wiscasset, Damriscotta y Rockland, y llegamos a Camden a la hora de almorzar. Curioseamos una hora en una maravillosa librería de segunda mano de la calle Bayview. Luego fuimos caminando a un restaurante junto al mar y comimos marisco al vapor regado con cerveza. Después de comer, Jim encendió un Gauloise. Rechacé su oferta de fumar.

—Vaya, vaya —dijo—. Poca tolerancia al alcohol y aversión al tabaco. A ver si será una mormona disfrazada.

—Intenté fumar en la universidad. Pero fracasé. Creo que nunca le encontré la gracia a inhalar.

—Es un truco muy fácil de aprender.

—Una de mis muchas lagunas de talento. Pero contésteme a esto: ¿cómo puede fumar estos cigarrillos franceses? Huelen como un tubo de escape.

—Ah, pero saben como...

—... un tubo de escape francés. Estoy segura de que es la única persona de Maine que los fuma.

—¿Debo tomármelo como un cumplido?

Jim era muy divertido. Aquel día tuvimos una conversación alegre y entretenida. Era ingenioso. Había leído mucho. Se reía de sí mismo. Me gustaba mucho... como amigo, como compañero, *un bon copain*. Nada más. Aunque hubiera estado dispuesta a iniciar un romance, él no habría sido un candidato. Era demasiado desgarbado. Demasiado cariñoso. Demasiado necesitado. Quería su compañía, pero no quería alentar sus esperanzas de que aquello podía ir más allá de la camaradería. Así que, cuando me propuso volver a vernos unos días después, me excusé con el trabajo.

—Venga —dijo alegremente—. Seguro que puede salir para ir al cine y comerse una hamburguesa alguna noche.

—Es que quiero centrarme en la columna— dije y me odié a mí misma por hablar como una mojigata.

A favor de Jim hay que decir que se rio y dijo:

—Mire, como despedida, esta es un asco.

—Tiene razón. Es un asco. ¿Qué película ponen?

—*El gran carnaval. Ace in the Hole*, dirigida por el gran Billy Wilder.

—La vi el año pasado en Manhattan.

—¿Era buena?

—La película sobre periodistas más cáustica que se ha hecho.

—Pues le gustará volver a verla.

—Sí. Creo que sí.

No tuve mucho éxito intentando alejar a Jim. Pero la verdad es que nunca insinuó nada romántico en nuestras salidas. Como yo, era nuevo en Brunswick. Deseaba compañía. Y, aunque no me gustara admitirlo, yo también. Por eso resultaba tan difícil rechazar su oferta de ir al cine o asistir a un concierto en Portland o salir una noche con algunos compañeros de la facultad (sí, finalmente empecé a relacionarme). Incluso un mes después de vernos a menudo, el beso de despedida me lo dio siempre en la mejilla. Una parte de mí —tengo que decirlo— se preguntaba: ¿por qué no se me insinúa? Aunque yo misma me daba cuenta de que su reticencia en este aspecto procedía del hecho de que sabía que yo no estaba interesada.

También sabía que, tarde o temprano, tendría que confesarle que estaba embarazada. Porque, entonces, que casi estaba de cinco meses, mi vientre hinchado me empezaba a delatar. Pero lo fui posponiendo. Porque, cobarde como era, temía el efecto que pudiera tener en nuestra amistad. Me caía muy bien. Y quería que siguiera siendo mi amigo... pero presentía que todo se iría a pique si le contaba esta novedad.

Sin embargo decidí decírselo después de una de mis citas semanales con el doctor Bolduck.

—De nuevo parece que todo va como en un embarazo normal —dijo el médico.

—Estoy siguiendo sus órdenes al pie de la letra, doctor.

—Pues me he enterado de que ha empezado a salir de vez en cuando... y me parece bien.

—¿Cómo se ha enterado?

—Es una ciudad pequeña, ¿recuerda?

—¿Y qué más ha oído?

—Que ha salido a cenar un par de veces con profesores de Bowdoin.

—En compañía de Jim Carpenter, ¿verdad?

—Sí, lo he oído. Pero...

—Solo es un amigo.

—Bien.

—Lo digo en serio. No intento embaucarle.

—Haga el favor. Nadie ha dicho que intente embaucarle. Ni que usted sea una mercancía. Ni nada por el estilo.

—Pero la gente ha notado que hemos estado saliendo. ¿Sí o no?

—Bienvenida a Brunswick, Maine. Donde todos saben lo que hacen los demás. Pero sin ninguna malicia. No se preocupe por eso.

Pero sí me preocupaba. Sabía que Jim quedaría como un imbécil en cuanto se corriera la noticia de que estaba embarazada. Así que decidí decírselo al día siguiente.

Era un sábado. Habíamos decidido ir en coche a Reid State Park por la tarde. Sin embargo, aquella mañana me desperté un poco mareada: lo atribuí a un salmón en lata que había comido la noche anterior. Llamé a Jim y anulé lo de la tarde. Cuando le dije que no me encontraba bien, se ofreció a llamar a un médico, a venir a mi casa y hacer de Florence Nigthingale...

—Solo tengo el estómago revuelto —dije.

—Eso puede significar un montón de cosas.

—Significa que ayer comí una lata de pescado en mal estado, y ahora me toca pagarlo.

—Al menos deja que pase a verte más tarde para ver cómo estás.

—De acuerdo —dije, cansada de discutir.

Poco después de colgar el teléfono, me entraron ganas de vomitar. Fui rápidamente al baño. Me sentí muy enferma. Cuando pasó lo peor, me limpié

la boca y volví a la cama. Tenía el camisón empapado de sudor. Estaba helada. Pero al menos ya no vomitaba.

Volvió a empezar a los cinco minutos. Esta vez no tenía nada que echar. Me apoyé en la taza con unas náuseas horribles, sintiéndome insoportablemente enferma. Cuando conseguí calmarme, volví a la cama... y me levanté poco después, agarrándome a la taza para no perder el equilibrio.

Así fue durante una hora. Finalmente, mi estómago dejó de agitarse. Me eché en la cama. Mi cuerpo se rindió al agotamiento. Me desvanecí. En Brunswick, en los años cincuenta, nadie cerraba la puerta con llave. Al principio de trasladarme al piso, siempre echaba el pestillo. Hasta que la mujer que me limpiaba el piso me dejó una nota diciendo que no había necesidad de que mantuviera aquel hábito de seguridad, porque el último robo ocurrido en la ciudad había sido hacía cuatro años... y el ladrón estaba borracho.

Desde entonces no había vuelto a cerrar la puerta. Es incuestionable que el hecho de que la puerta estuviera abierta aquel sábado por la tarde me salvó la vida. Porque hacia las tres de la tarde, Jim se presentó en el piso y llamó durante cinco minutos. No oí sus constantes llamadas, porque estaba inconsciente. Como sabía que no me encontraba bien, decidió entrar en el piso. Siguió gritando mi nombre. No obtuvo respuesta. Entró en el dormitorio. Como me contaría más tarde:

—Creí que estabas muerta.

Porque me encontró en un charco de sangre.

Las sábanas estaban rojas, empapadas. Estaba insensible. Jim no logró hacerme reaccionar. Buscó el teléfono. Llamó a una ambulancia.

Recuperé el conocimiento poco después en el hospital. Estaba en una litera, rodeada de médicos y enfermeras. Oí que uno de los médicos hablaba con Jim.

—¿De cuánto tiempo está embarazada su esposa? —preguntó.

—¿Está embarazada?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No es mi esposa.

—¿Cómo se llama?

—Sara.

El médico se puso a chasquear los dedos ante mi cara.

—Sara, Sara... ¿puede oírme? ¿Me oye?

Intenté murmurar tres palabras:

—El niño es...

Todo se volvió oscuro de nuevo.

Cuando volví a abrir los ojos, era de noche. Estaba sola en una habitación pequeña y vacía. Me salían tubos y agujas de los brazos. Tenía la visión borrosa. Era como si me hubiesen partido la cabeza con un hacha. Pero aquello no era nada comparado con el dolor de mi abdomen. Me sentía abierta como si me hubieran quitado las vísceras, con la carne viva, ardiente. Tenía ganas de gritar. No podía. Era como si mis cuerdas vocales estuvieran paralizadas. Busqué el timbre que colgaba a un lado. Lo mantuve apretado largo rato. Oí pasos rápidos en el pasillo. Una enfermera se acercó a mi cama. Me miró. Intenté hablar de nuevo. Tampoco pude. Pero mi cara era suficientemente expresiva.

—¿Siente dolor? —preguntó ella.

Asentí con la cabeza vivamente. Me puso un émbolo en la mano.

—Le administramos morfina por vía intravenosa —dijo.

¿Morfina? Santo cielo...

—Cuando no pueda resistir el dolor, apriete el émbolo. Y...

Me hizo una demostración. Inmediatamente un apaciguamiento narcótico se difundió por mi cuerpo. Y me desvanecí.

Más tarde volvió la luz. Había otra enfermera a mi lado. Habían apartado las sábanas. Tenía el camisón levantado hasta el vientre. Me estaban arrancando un vendaje sangriento. Me estremecí de dolor.

—Yo no miraría, si fuera usted —me dijo la enfermera.

Pero yo miré y me estremecí de nuevo cuando vi el horrendo sendero de puntos que me cruzaba el abdomen. Me salió una palabra:

—¿Qué...?

El dolor me atacó de nuevo. Busqué el émbolo. La enfermera me lo puso en la mano. Lo apreté. Oscuridad.

Volvió la luz. Esta vez vi una cara conocida: la del doctor Bolduck. Me

auscultaba con un estetoscopio. Me buscaba el pulso con el dedo en la muñeca izquierda.

—Hola —dijo. Su voz era baja, controlada. Supe enseguida que había sucedido algo—. ¿Le duele mucho?

—Mucho.

—Me lo imagino. Pero no iré a peor.

—Lo he perdido, ¿verdad?

—Sí. Lo ha perdido. Lo siento.

—¿Qué ocurrió?

—Sufrió un trastorno clínico conocido como «cerviz incompetente»; un trastorno que es prácticamente imposible de diagnosticar hasta que es demasiado tarde. Esencialmente, su cerviz no ha podido soportar el peso del bebé una vez pasados los cinco meses. Cuando la cerviz falló, empezó la hemorragia. Tuvo suerte de que su amigo Jim la encontrara. O habría muerto.

—¿Me ha operado?

—No tuve otro remedio. Se le había desgarrado la matriz. De forma irreparable. De no haberla operado...

—¿Me han hecho una histerectomía?

Silencio. Luego:

—Sí, Sara. Una histerectomía.

Busqué el émbolo. Lo apreté. Me desvanecí.

Luego era de noche. Las luces estaban encendidas. Fuera llovía. Una gran tormenta. Vientos ululantes. Los cristales vibraban. Tímpanos celestiales. Un relámpago de vez en cuando. La niebla de la morfina tardó unos minutos en disiparse. El dolor seguía allí pero no era tan intenso. Se había convertido en una molestia sorda y persistente. Miré por la ventana. Recordé lo ocurrido hacía cinco años en Greenwich. Cómo había hundido mi cabeza en el hombro de Eric y había llorado. Cómo —en aquella época— fue como si el mundo hubiera terminado para mí. Seis meses antes, en Nueva York —contemplando la mancha de sangre en el piso de mi hermano—, también había pensado que la vida no podía continuar.

Y luego Jack. Y ahora esto.

Tragué saliva. Me resistí a la tentación de apretar el émbolo. La lluvia

azotaba las ventanas, como perdigonadas de líquido. Tenía ganas de llorar. Pero no podía. Solo podía mirar hacia la oscuridad, la negra noche. Y pensar: «Así que esto es lo que ha sucedido». Quizá fue por el efecto residual de los narcóticos. Quizá fue el shock postoperatorio. O quizá llega un punto en que sencillamente ya no sientes aflicción por los golpes que te da la vida. No es que de repente aceptes tu destino. Es más bien que llegas a aceptar una verdad esencial: hay algo que se llama tragedia y nos afecta a todos. Vivimos temiéndola. Intentamos mantenerla a distancia. Pero, como la muerte, es omnipresente. Empapa todo lo que hacemos. Nos pasamos la vida construyendo una fortaleza contra los ataques. Pero aun así nos vence. Porque la tragedia es casual, sin objeto, indiscriminada. Cuando nos golpea, buscamos razones, justificaciones, mensajes de lo alto. Me quedo embarazada. Pierdo el niño. Me dicen que nunca podré tener otro. Vuelvo a quedarme embarazada. Vuelvo a perder al niño. ¿Qué significa esto? ¿Alguien intenta decirme algo? ¿O es como son las cosas y basta?

Más tarde, vino a verme Jim. Parecía incómodo. Llevaba un pequeño ramo de flores. Ya estaban medio mustias.

—Te he traído esto —dijo, y las dejó sobre la mesilla.

En cuanto las dejó, se apartó rápidamente hacia la otra punta de la habitación. O no quería agobiarme, o se sentía incómodo cerca de mí.

—Gracias —dije.

Se apoyó en la pared junto a la puerta.

—¿Cómo te encuentras ahora? —preguntó.

—Recomiendo mucho la morfina.

—Debes de haber sufrido un martirio.

—Nada que no pueda curar una histerectomía.

Se le fueron los colores de la cara.

—No lo sabía. Estoy tan...

—Soy yo la que debería disculparse. Tendría que habértelo dicho desde el principio. Pero fui cobarde...

Levantó la mano.

—No necesitas explicarme nada —dijo.

—El doctor dijo que si no me hubieras encontrado...

Hubo un silencio incómodo.

—Será mejor que me vaya —dijo.

—Gracias por la visita. Gracias por...

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo, interrumpiéndome.

Asentí con la cabeza.

—El tipo que te dejó embarazada..., ¿estás enamorada de él?

—Lo estuve. Muchísimo.

—¿Ha terminado?

—Del todo.

—No —dijo él—. No ha terminado.

No supe qué responder. Excepto algo inocuo como:

—Ya hablaremos cuando salga de aquí.

—Claro —dijo.

—Lo siento, Jim. Lo siento mucho.

—No pasa nada.

Pero yo sabía que no era así. Como sabía que la noticia de mi hospitalización se difundiría rápidamente por Brunswick. Sin duda, Duncan Howell sabía que me habían llevado de urgencias al hospital de Brunswick, porque aquella misma tarde llegó un gran ramo de flores, acompañado de una tarjeta:

Esperamos que se restablezca pronto...

De sus compañeros del *Maine Gazette*.

No esperaba una nota efusiva. Pero el tono general del mensaje hizo que me preguntara si el señor Howell conocía la razón de mi urgencia médica.

El doctor Bolduck me informó de que, debido a mis heridas quirúrgicas y la cantidad de sangre que había perdido, tendría que quedarme en el hospital de Brunswick diez días más. Me preocupaba no llegar a tiempo de presentar mi siguiente columna e hice una llamada a la oficina del editor. Por primera vez desde que había empezado a escribir para el *Maine Gazette*, el señor Howell no se puso al teléfono. En lugar de él se puso su secretaria y me informó de que el editor estaba, pero quería que me tomara dos semanas de

vacaciones «pagadas».

—Es muy generoso por parte del señor Howell —dije—. Dele las gracias de mi parte, por favor.

Pasé gran parte de los diez días siguientes en un estado mental postoperatorio borroso. Aunque lo peor del dolor había cedido, dejé claro que sentía un gran malestar físico. Debí de parecerle convincente al doctor Bolduck y a las enfermeras porque me mantuvieron la sonda de morfina. Hay momentos en la vida en que no puedes enfrentarte a las cosas; en que no quieres claridad, ni sinceridad, ni la verdad. Aquel era uno de ellos. Cada vez que sentía que me acercaba a la terrible lucidez, buscaba el émbolo de morfina. Sabía que al cabo de los diez días tendría que levantarme de aquella cama y seguir con mi vida. Pero hasta entonces, deseaba negarlo químicamente.

Ruth venía a verme cada dos días. Me trajo galletas de avena hechas en casa, revistas y una botella de brandy Christian Brothers.

—¿Quién necesita brandy cuando se tiene esto? —dije, blandiendo el émbolo de morfina.

—Si te sirve —dijo, con una sonrisa preocupada.

Se ofreció a recoger mi correo.

—Ni cartas, ni periódicos, ni nada tangible. Estoy de vacaciones de todo.

Me daba cuenta de que se fijaba en el émbolo que yo tenía en la mano.

—¿Te está ayudando esto? —preguntó.

—Y que lo digas —dije—. De hecho, creo que me voy a instalar una tubería en casa.

—Una idea estupenda —dijo. Su tono era amable pero yo sabía que me seguía la corriente—. ¿Estás segura de que no necesitas nada?

—Necesito algo.

—Tu dirás.

—Una total pérdida de memoria.

Dos días antes de que me dieran el alta, una de las enfermeras me desconectó la sonda de morfina.

—¡Eh! Que la necesito —dije.

—Ya no —dijo ella.

- ¿Quién lo dice?
- El doctor Bolduck.
- Pero ¿y el dolor?
- Le daremos píldoras.
- Las píldoras no son lo mismo.
- Son suficientes.
- No tanto como la morfina.
- No necesita morfina.
- Sí la necesito.
- Pues hable con el doctor.

Las píldoras disminuían el dolor pero no me mandaban a la Tierra de Nunca Jamás como la morfina. No pude dormir. Me pasé la noche mirando el techo de la habitación del hospital. A punto de amanecer, decidí que odiaba la vida. Era demasiado sufrimiento y todo era demasiado frágil. Todo dolía demasiado. Era mejor terminar entonces. Porque sabía perfectamente que, en cuanto la morfina hubiera desaparecido del todo de mi cuerpo, entraría en un reino insoportable. Todas mis reservas de fortaleza, estoicismo y resistencia se habían agotado. No quería esforzarme más por superar una pena tan despiadada. No podía soportar la idea de vivir en un estado de angustia permanente. La alternativa era, pues, simple: una huida permanente.

La enfermera había dejado dos analgésicos junto a mi cama por si los necesitaba durante la noche. Pediría al doctor Bolduck una receta para llevarme cuando me dieran el alta. Iría a casa. Abriría una botella de un buen whisky. Me tragaría todas las píldoras con una generosa cantidad de J&B.

Luego me ataría una bolsa a la cabeza y sellaría todos los escapes de aire con cinta. Me metería en la cama. El cóctel de escocés y píldoras me dejaría inconsciente. Me moriría asfixiada sin darme cuenta mientras dormía.

Cogí las dos píldoras. Me las tragué. Seguí mirando al techo. De repente me sentí estupendamente, pensando que solo tendría que aguantar cuarenta y ocho horas más de vida. Empecé a organizar una lista de cosas que hacer mentalmente. Tenía que asegurarme de que mi testamento estuviera al día. Sin duda, habría algún abogado en la ciudad que pudiera ofrecerme un servicio urgente... siempre que no se me escapara que el testamento tendría

que abrirse un día después de que lo firmara. Tendría que decidir lo que quería para mi funeral. Nada de despedidas religiosas. Ni recordatorios. Quizá una esquila en el *New York Times* para que unas pocas personas en Manhattan se enteraran de mi defunción. Pero de ninguna manera un funeral organizado. Solo que me incineraran en Maine y que los de la funeraria hicieran lo que quisieran con mis cenizas. ¿Y mi dinero? ¿Mi supuesta herencia? La dejaría a...

¿A quién?

No había nadie. Ni marido. Ni familia. Ni hijo. Ni seres queridos.

Seres queridos. Qué expresión más ligera para describir la necesidad más esencial de mi vida. Pero ¿quiénes eran los míos? ¿A quién le dejaría mi herencia? Volaba sola. Mi muerte no significaría nada. No haría daño a nadie... de modo que mi suicidio no sería un acto egoísta ni de venganza. Sencillamente sería una forma drástica pero necesaria de aliviar mi dolor.

Los analgésicos hicieron su efecto. Caí en un sueño profundo. Me desperté a media mañana. Me sentía extrañamente tranquila, casi eufórica. Tenía un plan, un futuro, un destino.

El doctor Bolduck pasó a verme por la tarde. Examinó mis heridas de guerra. Parecía complacido con mi proceso de curación. Me preguntó si me dolía. Me quejé de un malestar constante.

—¿Cómo le van las píldoras? —preguntó.

—Echo de menos la morfina.

—Me lo imagino. Por eso no pienso permitir que vuelva a tomarla. No dejaré que se vaya de aquí creyendo que es Thomas de Quincey.

—Creo que él prefería el opio.

—Qué caramba, soy médico, no un crítico literario. Pero sí sé que la morfina es adictiva.

—Pero algo me dará para el dolor.

—Claro. Le daré píldoras para una semana. El dolor en tres o cuatro días debería desaparecer, así que no creo que necesite más.

—Es bueno saberlo.

—¿Cómo se encuentra aparte de esto?

—Sorprendentemente bien.

—¿En serio?

—Es un momento difícil, pero voy tirando.

—Que no le extrañe si se siente deprimida. Es una reacción normal.

—Estaré atenta —dije.

Entonces me dijo que podía marcharme al día siguiente. Llamé a Ruth y le pedí que viniera a buscarme por la mañana. Se presentó a las nueve. Me ayudó a subir a su coche. Me acompañó a mi casa. La habían limpiado el día anterior. Había sábanas limpias en la cama. Ruth había ido de compras, y la alacena estaba llena de provisiones. Tenía un montón de cartas sobre la mesa de la cocina. Decidí que podían seguir sin abrir.

Ruth me preguntó si podía hacer algo más por mí.

—Hay una receta del doctor Bolduck...

—Ningún problema —dijo, cogiéndome la receta de la mano—. Pasaré por la farmacia de la calle Maine y te la traeré. No quiero que sufras.

Mientras Ruth estaba fuera, llamé al primer abogado de Brunswick que encontré en la guía. Se llamaba Alan Bourgeois. Contestó al teléfono él mismo. Le expliqué que tenía un testamento con mi abogado de Nueva York, pero en él dejaba toda mi herencia a mi hermano, que ahora estaba muerto. ¿Cómo podía cambiarlo? Me dijo que me redactaría uno nuevo, que anularía el antiguo. ¿Podía pasar a verle al día siguiente? O, si tenía tiempo aquella misma tarde, me recibiría con gusto. No tenía el día muy ocupado.

Quedé con él a las dos. Ruth volvió una hora más tarde con las píldoras.

—El farmacéutico dice que no puedes tomar más de dos cada tres horas. Son para una semana.

Cuarenta y dos píldoras. Serían suficientes para lo que yo me proponía.

—No sé cómo darte las gracias —le dije a Ruth—. Te has portado como una buena amiga.

—Pasaré mañana a ver cómo estás.

—No hace falta —dije—. Estaré bien.

Me miró atentamente.

—De todos modos pasaré —dijo.

Por la tarde, llamé a un taxi para que me llevara a la oficina de Alan Bourgeois. Su despacho era una habitación sobre una mercería. Era un

hombre menudo de cincuenta y pico de años, vestido con un traje gris mediocre, debajo del cual llevaba un jersey con cuello de pico. En el bolsillo del pecho llevaba una pluma. Parecía exactamente un abogado de provincias: tranquilo, directo, sin tonterías. Se anotó todos mis detalles personales. Me preguntó el nombre de mi abogado de Nueva York. Después me preguntó cómo quería dividir mi herencia.

—El cincuenta por ciento es para Ruth Reynolds de Bath, Maine —dije.

—¿Y la otra mitad?

Respiré hondo.

—La otra mitad debería ponerse en un fondo para Charles Malone cuando cumpla veintiún años.

—¿Este Charles Malone es su sobrino?

—El hijo de un amigo.

El señor Bourgeois dijo que sería un documento muy sencillo, y que lo tendría preparado al día siguiente.

—¿No sería posible acabar con esto hoy?

—Bueno, supongo que podría redactarlo antes de cerrar. Pero tendría usted que volver dentro de unas horas.

—No se preocupe —dije—. Tengo recados que hacer.

—Por mí de acuerdo —dijo él, y quedamos sobre las cinco.

No podía caminar mucho o sea que volví a llamar un taxi. Le pedí al taxista que me esperara mientras entraba en una ferretería, donde compré unas bolsas y un rollo de cinta ancha de empaquetar. Fui al banco y retiré cincuenta dólares para pagar la factura del señor Bourgeois. Luego el taxista me llevó a la Maine State Liquor Store, cerca de la universidad. Estaba a punto de comprar una botella de J&B cuando vi una botella de Glenfiddich al lado. La diferencia de precio era de seis dólares. Decidí derrochar.

Luego el taxista me dejó en casa. Le pedí que me recogiera poco antes de las cinco otra vez. Tenía noventa minutos. Los utilicé productivamente. Recogí todos los talonarios y libretas de ahorro, y los dejé sobre la mesa. Busqué las pocas joyas que tenía y las dejé junto a los papeles del banco. Metí una hoja de papel en la máquina de escribir y escribí una carta rápida a Joel Eberts, explicándole mi nuevo testamento. Le daba el nombre de Alan

Bourgeois y le decía que le haría mandar una copia del documento.

Cuando te llegue el testamento, habré abandonado esta vida. No pienso defender mi decisión de poner fin a todo. Solo esto: sencillamente, sé que no puedo seguir.

En el nuevo testamento, te he nombrado ejecutor, y te dejo a ti la venta de mi piso, la liquidación de mis acciones y la creación de un fondo para Charles Malone, a quien dejo la mitad de mi herencia. Me imagino que te parecerá raro que le haga el mayor beneficiario. Mi razonamiento es simple: Jack Malone es el hombre a quien más he amado en esta vida. Sé que destruyó este amor traicionando a Eric, pero esta traición no niega su papel esencial en la última parte de mi vida. Siempre quise tener hijos, pero no se me concedió este deseo. Malone tiene un hijo. Que él se beneficie del amor que sentí por su padre... pero por favor asegúrate de que bajo ningún concepto tenga Malone acceso a este fondo.

Para terminar, quiero decirte que siempre te he considerado un buen amigo. Compréndelo: sé que esta es la decisión correcta. Yo lo considero algo parecido al fin de una prolongada negociación. He luchado todo lo que he podido, pero me siento constantemente abrumada, constantemente derrotada. Ha llegado el momento de rendirse ante lo inevitable y admitir que la negociación debe llegar a su fin.

Te deseo lo mejor. Y gracias por todo.

Firmé la carta. La doblé y la metí en un sobre. Escribí la dirección en el sobre y le pegué un sello. Luego puse otra hoja en la Remington y escribí una breve nota que pensaba dejar en otro sobre en el felpudo de la puerta.

Querida Ruth:

No entres. Llama a la policía. Acepta mis disculpas por colocarte en una situación tan desagradable. Llama a Alan Bourgeois a su despacho de la calle Maine, en Brunswick. Has de saber que te considero la mejor aliada que se pueda imaginar.

Con cariño.

Firmé la nota. La metí en el sobre. Escribí «Ruth» y lo dejé sobre la mesa del comedor, pensando que lo colocaría fuera más tarde.

Llamaron a la puerta. Era el taxi. Recogí el abrigo y la carta dirigida a Joel Eberts. La eché en un buzón que había junto a mi puerta de la calle. Luego subí al taxi y volví al despacho de Alan Bourgeois. Me recibió con una inclinación severa de la cabeza y me indicó una silla de acero frente a su mesa. Luego recogió un documento legal que tenía sobre la mesa y me lo alargó.

—Es esto —dijo—. Léalo con atención, porque si hay que hacer alguna

corrección o añadir un codicilo, ahora es el momento de hacerlo. Examiné el documento. Todo me pareció correcto. Se lo dije.

—Las disposiciones para su funeral son poco precisas —apuntó el señor Bourgeois.

—No deseo un funeral muy preciso —dije, sin darle importancia. Inmediatamente, el señor Bourgeois me miró con preocupación, por lo que añadí—: Dentro de cincuenta años, claro.

Él apretó los labios y no dijo nada. Dejé el documento sobre la mesa.

—Me parece bien. ¿Lo firmo?

Sacó la pluma que llevaba en el bolsillo de la americana. La destapó y me la pasó.

—He hecho tres copias del testamento. Una para usted, otra para su abogado en Nueva York y otra para mí. Tiene que firmarlas todas, luego las autentificaré ante notario. Por cierto, la tarifa del notario son dos dólares por documento. Espero que no le parezca exorbitante.

—No hay problema —dije, estampando mi firma en el sitio correcto de los tres documentos.

Cuando se los devolvía, el señor Bourgeois utilizó un timbre anticuado para poner su sello en todas las páginas firmadas. Luego añadió su propia firma sobre el sello.

—Ahora ya tiene un nuevo testamento —dijo.

A continuación, buscó en una bandeja y me dio una factura de cuarenta y un dólares. Saqué el bolso, conté el dinero y lo dejé sobre la mesa. Él metió mi copia del testamento en un grueso sobre y, con cierta ceremonia, lo puso en mis manos.

—Gracias por la rapidez —dije, poniéndome de pie.

—A su disposición, señorita Smythe. Espero poder volver a serle útil.

No dije nada. Me dirigí a la puerta. El señor Bourgeois dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta curiosa?

—Adelante.

—¿Por qué necesitaba un testamento con tanta rapidez?

Ya me esperaba su pregunta, y tenía una respuesta razonable preparada.

—Mañana me voy de viaje.

—Creía que había salido hoy del hospital.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté en un tono seco.

—Conozco su columna del periódico y me he enterado de que no estaba bien.

—¿Por quién?

Me miró un poco estupefacto por mi estridencia.

—Bueno..., se dice en Brunswick. Es una ciudad pequeña. Era solo curiosidad, nada más.

—Me voy de viaje. Quería tener el testamento en orden, sobre todo ahora que mi hermano...

—Lo comprendo. No pretendía ofenderla, señorita Smythe.

—No se preocupe, señor Bourgeois. Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer. ¿Va a algún sitio bonito?

—¿Cómo?

—Me preguntaba si el sitio a donde va es bonito.

—No lo sé. Nunca he estado allí.

Volví en taxi a casa, decidida a terminar lo antes posible... por si acaso el señor Bourgeois había presentido que iba a hacer algo destructivo y me mandaba a la policía a casa. Miré las calles ya oscuras de Brunswick, pensando: «Esta es la última vez que veo el mundo exterior». Cuando el taxi se detuvo ante mi casa, le entregué una propina de diez dólares al taxista. Se quedó estupefacto, y me dio las gracias expresivamente. Tenía ganas de decirle: «Es mi último viaje en taxi. Además, mañana, no me servirá de mucho el dinero».

Entré en casa. Cogí la carta de Ruth y la dejé sobre el felpudo. Luego cerré la puerta con llave. Me quité el abrigo. La mujer de la limpieza había preparado un fuego en la chimenea. Acerqué una cerilla encendida a las astillas. Prendió instantáneamente. Entré en el baño. Cogí el frasco de analgésicos. Fui a la cocina. Saqué una bolsa, un rollo de cinta y unas tijeras. Me lo llevé todo al dormitorio. Dejé la bolsa sobre la almohada, corté cuatro pedazos largos de cinta y los dejé pegados a un lateral de la mesa. Cogí la botella de Glenfiddich y un vaso. Volví al salón. Me senté en el sofá. Empezaron a temblarme las manos. Serví un poco de Glenfiddich en el vaso.

Me lo tragué. Todavía me temblaban las manos. Me serví otro dedo de whisky. Me lo tragué de un golpe. Respiré hondo y sentí el calor del whisky diseminándose por mi cuerpo. Mi plan era muy sencillo. Me tomaría todas las pastillas de cinco en cinco, tragándomelas con un vaso grande de Glenfiddich. Cuando la botella estuviera vacía, me iría al dormitorio enseguida, me colocaría la bolsa cerrada en la cabeza y me echaría en la cama. La combinación de escocés y analgésicos me dejaría inconsciente en pocos minutos. No volvería a despertarme.

Saqué la botella de píldoras del bolsillo de la falda. Destapé el frasco. Me puse cinco píldoras en la mano. Sonó el teléfono. No le hice caso. El teléfono siguió sonando. Me serví un gran vaso de whisky. El teléfono no paraba de sonar. Empecé a temer que Alan Bourgeois me llamara para ver cómo estaba y, si no contestaba, pensara lo peor. Era mejor contestar y decirle que estaba perfectamente. Volví a meter las píldoras en la botella. Descolgué el teléfono.

—Sara, soy Duncan Howell.

Maldita sea. Intenté hablar como si nada.

—Hola, Duncan.

—¿Te llamo en un mal momento?

—No —dije, tomando otro sorbo de escocés—. Dime.

—Me dijeron que te habían dado el alta en el Brunswick Regional. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien.

—Estábamos preocupados por ti. He recibido al menos una docena de cartas de lectores preguntando cuándo volverías a escribir tu columna.

—Qué amables —dije, con la botella de píldoras temblando en la mano—. Pero... ¿puedo llamarte más tarde? ¿Quizá mañana? Es que... estoy agotada, y...

—Mira, Sara, sabiendo lo enferma que estás, no te habría llamado esta noche. Pero tenía que hablar contigo antes de que lo descubrieras...

—¿Descubriera qué?

—¿Entonces es que no te ha llamado nadie de Nueva York esta tarde?

—He estado fuera. ¿Pero por qué habría de llamarme nadie de Nueva York?

—Porque apareces en la columna de Walter Winchell de hoy.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lo lea?

—Por supuesto.

—No es muy halagador...

—Léelo, por favor.

—De acuerdo, allá va. Es el cuarto párrafo desde arriba: «Fue una famosa columnista de *Saturday Night/Sunday Morning*, pero ahora está cumpliendo condena en el campo. Sara Smythe, la graciosa dama que escribía la columna de «La vida real», y que dejó de publicarla hace un par de meses... justo después de que el rojo de su hermano Eric fuera despedido de su empleo como guionista principal de Marty Manning. Parece que Eric no quiso renunciar a su pasado comunista..., un gesto tan poco patriótico que hizo que *Saturday/Sunday* no aceptara con tranquilidad el hecho de tener a su hermana Sara en la revista. Un mes después, el demonio del alcohol se llevó a Eric a la tumba, y Sara se desvaneció como el humo. Hasta que uno de mis espías, de vacaciones en el gran estado de Maine, compró un periodicucho local llamado *Maine Gazette*... y ¿a qué no adivinan quién está publicando sus artículos en estas valiosas páginas? Acertaron: la antaño famosa Sara Smythe. ¡Ay cómo caen los poderosos cuando olvidan esa melodía llamada *The Star Spangled Banner*».

Duncan Howell calló un momento y se aclaró nerviosamente la garganta.

—Ya te había dicho que no era agradable. Y ya puedes imaginar que no me hizo ninguna gracia que a mi periódico lo llame «periodicucho local».

—Es un hijo de puta.

—Lo mismo pienso yo. Y te apoyamos en todo.

Agité el frasco de píldoras sin decir nada.

—Tienes que saber otra cosa —dijo Duncan Howell—. De hecho dos. Y ninguna agradable. La primera es que esta tarde he recibido una llamada de un tal Platt. Dijo que trabajaba en el departamento legal de *Saturday Night/Sunday Morning*. Dijo que había intentado localizarte... pero como no tenía ni idea de dónde estabas, se había decidido a llamarme, después de enterarse, por el artículo de Winchell, de que escribías para nosotros. El caso

es que me pidió que te informara de que, escribiendo para nosotros, habías vulnerado su contrato...

—Qué estupidez —dije, en un tono de voz sorprendentemente alto.

—Yo solo repito lo que él me dijo. También quería que supieras que dejaría de pagarte tu sueldo de permiso a partir de ahora.

—No tiene importancia. Solo quedaban unas semanas. ¿Más buenas noticias?

—Me temo que el artículo de Winchell ha tenido repercusiones.

—¿Qué repercusiones?

—Esta tarde he recibido dos llamadas de los editores del *Portland Press Herald* y del *Bangor Daily News*. Mostraron su preocupación por las acusaciones de antiamericanismo expresadas por Winchell.

—No soy antiamericana. Ni lo era mi difunto hermano.

—Sara, es lo que les dije. Pero como tanta gente en los tiempos que corren, temen que se les asocie con alguien o algo que haya tenido el más mínimo contacto con el comunismo.

—No soy comunista, maldita sea —grité, y luego lancé el frasco de analgésicos al otro extremo de la habitación.

Chocó con la chimenea y se rompió en pedazos.

—Nadie lo cree en el *Maine Gazette*. Quiero que te quede clara una cosa: te apoyamos totalmente. He hablado con la mitad de los miembros de la junta esta tarde, y todos están de acuerdo conmigo: eres valiosa para el periódico, y no nos vamos a dejar intimidar por un periodista fascista como el señor Winchell. Tienes todo nuestro apoyo, Sara.

No dije nada. Seguía mirando cómo los analgésicos se quemaban en el fuego de la chimenea. Mi suicidio se había convertido en humo. Como también mi deseo de quitarme la vida. De haberme suicidado, se habría interpretado como una capitulación a Winchell, a McCarthy y cualquier otro matón que utilizara el patriotismo como arma; como medio para acaparar poder. No les daría a aquellos cabrones la satisfacción de mi muerte. Ahora...

—¿Sigues ahí, Sara?

—Sí. Sigo aquí.

12

A la mañana siguiente llamé a Joel Eberts.

—Antes de que digas nada —dijo él—. Estoy seguro de que puedes demandar a ese mierda de Winchell por libelo, difamación...

—No quiero demandarle.

—También me he enterado de lo de *Saturday/Sunday*. Sin duda podemos obligarles a pagar las semanas de permiso que te quedaban... y probablemente más.

—No pienso tomarme la molestia.

—Tienes que tomarte la molestia. Si las personas como tú no luchan...

—No estoy de humor para luchas. Porque sé, y tú lo sabes, que es una lucha que no puedo ganar. Además, me voy del país.

—¿Cuándo lo decidiste?

—Anoche. De hecho, a las cinco de la madrugada.

—Personalmente, me parece buena idea. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Necesito el pasaporte. ¿Crees que me lo darán?

—No veo por qué no. No te ha citado la HUAC. No estás siendo investigada por los federales. No habrá problema; de todos modos, yo lo haría rápidamente, por si acaso alguien de Washington lee el artículo de Winchell y decide que vale la pena investigarte. ¿Cuándo volverás a Nueva York?

—Llegaré mañana por la noche.

—Sigo teniendo tus poderes. ¿Quieres que te reserve un pasaje en un barco

que salga este fin de semana?

—Por favor.

—Me pondré a ello enseguida.

—Una última cosa. Ayer por la tarde te mandé una carta. La escribí en un momento muy difícil..., en un momento en que no pensaba con claridad. Tienes que prometerme que no la leerás..., que la harás pedazos y la tirarás en cuanto te llegue.

—Menuda carta debe de ser.

—¿Me das tu palabra?

—Palabra de honor. Llámame en cuanto llegues. ¿Vas a ir a tu piso?

—¿Dónde si no?

—Es que, si vas, puedes tener un visitante...

—Oh, no...

—Oh, sí.

—¿Te ha molestado mucho preguntando por mí?

—Me dijiste que no querías saberlo...

—Ahora te lo pregunto.

—Tengo un montón de cartas tuyas. Según el encargado de tu edificio, pasa por allí día sí día no, por si acaso has vuelto.

Sentí una punzada de remordimiento, pero se me pasó enseguida.

—Buscaré un hotel —dije.

—Sería más prudente... si realmente no quieres verle.

—No quiero verle.

—Tú decides, Sara. Llámame en cuanto llegues a la ciudad.

Después de hablar con Joel Eberts, llamé al doctor Bolduck. Cuando le dije que pensaba marcharme de la ciudad al día siguiente, se mostró preocupado.

—Solo han pasado dos semanas desde la operación. Le acaban de quitar los puntos. Me sentiría mejor si descansara una semana más.

—Un viaje trasatlántico no es una actividad física agotadora.

—Sí, pero estará en pleno océano durante cinco días. ¿Y si necesita atención médica?

—Creo que los barcos llevan uno o dos médicos.

—Preferiría que se quedara.

—No puedo. No me quedaré.

Notó la imperiosidad de mi voz.

—Comprendo su necesidad de marcharse —dijo—. No es raro después...

—Entonces, en su opinión, no pongo mi salud en peligro viajando.

—Físicamente, es un poco arriesgado... pero no es una imposibilidad. Si nos atenemos al plano mental, me parece una buena idea. Mi consejo para las personas que han sufrido una pérdida es siempre que no dejen de hacer cosas.

Es lo que hice. Ruth vino por la tarde y me ayudó a hacer las maletas. Escribí una carta a Duncan Howell, renunciando a mi columna.

Por favor, compréndelo: no me ha intimidado Walter Winchell. Es solo que necesito romper con todo lo que tenga que ver con el periodismo. Después de este último año, el anonimato me parece una buena idea. Te doy las gracias por tu postura ética ante la columna de Winchell. Más de un editor habría tomado el camino más fácil y me habría defenestrado. Tú no lo hiciste y siempre lo recordaré.

También le escribí una nota rápida a Jim:

Yo, en tu lugar, no me perdonaría. Jugué al escondite con la verdad, lo que no fue ni justo ni escrupuloso. Lo único que puedo decir en mi defensa es que, por razones obvias, me daba miedo hablar de mi embarazo. Esto no disculpa mi comportamiento. Lo peor que puedes hacer en la vida es hacerle daño a alguien... y sé que te lo he hecho.

Eché las dos cartas al correo al día siguiente en la estación de tren de Brunswick. Viajaba ligera de equipaje, una maleta y mi máquina de escribir. No había comprado mucha ropa desde mi llegada a Maine, y doné los libros y discos a la biblioteca. El mozo de la estación facturó mis maletas directamente a Penn Station. Ruth, que me había acompañado a la estación, me abrazó al despedirse.

—Espero que la próxima vez que vuelvas a Maine, no estés huyendo de nada.

Me reí.

—Pues es un lugar perfecto para cerrarle la puerta al resto del país.

—Entonces, ¿por qué tienes que irte al extranjero?

—Porque gracias al señor Winchell, me siento extranjera en mi casa.

Ahora voy a ver si me siento en casa en el extranjero.

Dormí casi todo el trayecto a Nueva York. Me seguía sintiendo agotada. Y todavía sentía algo de dolor, gracias a que mi suministro de analgésicos había acabado en la hoguera. No me había atrevido a pedirle al doctor Bolduck otra receta, y ahora utilizaba aspirinas para amortiguar el malestar. Cada vez que me veía a mí misma sentada en aquel sofá con el frasco de píldoras y el whisky, me estremecía. Porque los dos días anteriores, la decisión de quitarme la vida me había parecido tan lógica, tan razonable... hasta el punto de que me había sentido incluso eufórica ante la perspectiva de acabar con todo. Pero entonces, en aquel tren que bajaba por la Costa Este, no podía dejar de pensar: «De no haber sido por aquella llamada, no estaría viendo este día». No era precisamente un día bonito, porque estaba nublado y era muy triste. Pero era un día. Yo estaba allí para verlo. Y me sentía agradecida.

Llegué a Penn Station a las nueve de la noche. Un mozo me llevó las maletas al Hotel Pennsylvania, al otro lado de la calle. Tenían una habitación libre. Pagué por una noche, con la opción de quedarme otra. No quería quedarme tanto tiempo en la ciudad. Una vez en mi habitación, miré por la ventana el perfil de la ciudad, luego cerré las persianas para impedir que entrara su audaz resplandor. Deshice la maleta, me desvestí, me metí en la cama y me quedé dormida enseguida. Me desperté a las ocho, y por primera vez desde hacía meses me sentí descansada. Me bañé y me vestí. Llamé a Joel Eberts. Me dijo que fuera inmediatamente. En el taxi, leí el *New York Times*. Al pie de la página once había una pequeña reseña sobre el suicidio cometido la tarde anterior por un actor de Hollywood llamado Max Monroe, de cuarenta y seis años, conocido por sus papeles en varios programas y películas de la RKO y Republic-B. Lo habían encontrado muerto la tarde anterior en su apartamento de West Hollywood de un tiro de pistola.

Según su agente, el señor Monroe llevaba dos años sufriendo una depresión, debido a que sus oportunidades de trabajo habían desaparecido cuando la Comisión de Actividades Antiamericanas lo había calificado de testigo hostil.

Dejé el periódico, incapaz de finalizar el artículo. Miré por la ventanilla del taxi. Nueva York estaba tan frenética y obsesionada consigo misma como

siempre. Todos parecían correr hacia alguna parte. Todos parecían preocupados, y tan ocupados que no eran conscientes de las cosas que se perpetraban en su nombre: carreras destrazadas, confianzas traicionadas, vidas destruidas. Aquello era lo que hacía la lista negra. Si no te tocaba a ti personalmente, podías seguir como si no estuviera ocurriendo nada oscuro a tu alrededor. No podía comprender cómo nos habíamos podido dejar intimidar por aquellos demagogos patrióticos. Lo único que tenía claro era que tenía que irme. Poner un océano entre mi país y yo. Hasta que terminara la locura.

Joel Eberts me recibió con un abrazo paternal y una considerable cantidad de noticias. Me había reservado un pasaje para aquella misma noche en el *Corinthia*, que llegaba a Le Havre siete días después. Con un camarote para mí sola: nada de lujo, pero al menos un lugar para mí sola. Tenía todos los formularios a punto para mi pasaporte.

—Es el mismo proceso que con tu hermano, te vas a la oficina de pasaportes del Rockefeller Center, les das los formularios y un cheque de veinte dólares, les enseñas tu billete de barco, y deberían tener el pasaporte listo antes de las cinco de la tarde. Pero es mejor que te apresures. La hora límite para un trámite en el mismo día son las diez y media. Tienes media hora como máximo.

Con los formularios en la mano, paré un taxi. Me llevó rápidamente al centro. Llegué a la oficina de pasaportes a las diez y veinticinco. El funcionario revisó todos los formularios y me dijo que volviera a la oficina antes de la hora de cerrar. Al salir de la oficina, me di cuenta de que estaba enfrente del edificio de *Saturday Night/Sunday Morning*. No lo miré dos veces. Paré un taxi y volví sobre mis pasos.

Joel Eberts se ofreció a llevarme a almorzar a un restaurante italiano cercano a su oficina. Nos sentamos. Pedimos. El jefe, un amigo de Joel, insistió en traernos una copa de *spumante*. Brindamos por mi viaje a tierras extranjeras.

—¿Has pensado lo que harás una vez allí?

—No. No sé dónde me instalaré... pero, en principio, creo que iré a París.

—¿Me escribirás en cuanto estés instalada?

—Te mandaré un telegrama. Porque también necesitaré que me hagas alguna transferencia.

—No te preocupes. Yo me encargaré.

—¿Y me presentarás una factura por todo lo que has hecho en mi nombre?

—Considéralo un favor de amigo.

—Preferiría pagarte como Dios manda, Joel.

—Esto es lo que más me gusta de ti, Sara, que seas tan ética.

—Ya ves de lo que me ha servido.

Calló un momento, y se frotó distraídamente la montura de las gafas con su grueso dedo índice.

—¿Me permites que te haga una pregunta?

—Sí, todavía pienso mucho en él.

Sonrió.

—¿Son tan transparentes mis pensamientos? —preguntó.

—No, la transparente soy yo.

—Como te dije por teléfono, debo de tener quince o veinte cartas tuyas en el despacho. También me ha llamado cuatro veces. Suplicándome que le dijera dónde estabas.

—¿Qué le dijiste?

—Lo que tú querías: que te habías ido de Nueva York y estabas viviendo en algún lugar desconocido. Luego me preguntó si te mandaba sus cartas. Le dije que me habías ordenado guardar su correo personal hasta que volvieras.

—¿Te dejó en paz después de esto?

Otra pausa.

—¿En serio quieres saberlo?

Asentí con la cabeza.

—Vino a verme personalmente. Hará unas seis semanas. Se sentó frente a mi mesa y...

—¿Sí?

—Se echó a llorar.

—No quiero oírlo.

—Bien —dijo, cogiendo la carta—. ¿Pedimos?

—¿Qué te dijo?

—Has dicho que no querías oírlo...

—Tienes razón —admití, cogiendo la carta—. No quiero. Dime lo que te dijo.

Joel dejó la carta.

—Me dijo que eras lo mejor que le había pasado: el centro de su vida. E intentó explicarme...

—¿Cómo había matado a mi hermano?

—Sabes que esto no es verdad.

—De acuerdo, de acuerdo, no le quitó la vida físicamente. Pero sin duda lanzó la pelota en su dirección. Le señaló con el dedo. Entregó a Eric a los federales en bandeja. ¿Cómo puedo perdonarlo? ¿Cómo?

Joel repiqueteó con los dedos sobre la mesa.

—Perdonar es lo más difícil de la vida... y lo más necesario. Pero sigue siendo lo más difícil.

—Para ti es fácil decirlo.

—Tienes razón. Lo es. Eric no era mi hermano.

—Exactamente —dije, mirando de nuevo la carta—. Sí, tomaré la ternera *piccata*.

—Bien elegido —aprobó Joel haciendo un gesto al camarero.

Pedimos. Luego Joel metió la mano en el bolsillo, sacó un sobre y me lo dio. Vi que tenía el matasellos de Brunswick.

—Aquí está la carta que me mandaste —dijo.

—Oh —exclamé, nerviosa de repente—. No la leíste, ¿verdad?

—No está abierta, Sara, como me pediste. Siempre que sea legal, sigo las instrucciones de mis clientes.

—Gracias —dije, y me guardé la carta en el bolso.

Él me miró con atención. Presentí que sabía lo que ponía la carta y lo cerca que había estado yo de caer en el precipicio.

—Espero que puedas descansar durante tu viaje transatlántico —dijo—. Pareces cansada, Sara.

—Estoy cansada. Sí, pienso pasarme los siete días en el *Corinthia* durmiendo. Si me dejan, claro.

—¿Por qué no te iban a dejar?

—No se puede embarcar en un trasatlántico sin pasaporte, ¿verdad? Si el Departamento de Estado no permitió que Eric tuviera pasaporte...

—No te preocupes, te darán tu pasaporte.

Joel estaba en lo cierto. A las cinco de la tarde, el funcionario de la oficina de pasaportes del Rockefeller Center me dio un reluciente documento verde, válido para cinco años. Mi abogado me acompañó a la oficina, por si mi petición había topado con alguna dificultad. Pero no me preguntaron nada ni me pusieron ninguna objeción. El funcionario incluso me deseó «*Bon voyage*».

Encontramos un taxi en plena hora punta en la Quinta Avenida. Tenía cuarenta y cinco minutos para llegar al muelle 76, donde estaba atracado el *Corinthia*, que iba a salir aquella noche a las siete y media. Miré por la ventana cómo la noche caía sobre Manhattan. De repente sentí deseos de salir del taxi, meterme en una cabina y llamar a Jack. Pero ¿qué le habría dicho?

—¿Crees que las cosas suceden por alguna razón? —me oí decir.

Joel me miró con atención.

—Estás hablando con un judío agnóstico, Sara. No creo en un plan todopoderoso, ni siquiera en algo llamado «destino». Creo que uno tiene que intentar vivir su vida de la forma más ética posible y si no lo hace ha de tener suerte. ¿Qué más podemos hacer?

—Ojalá lo supiera, Joel. Ojalá...

—¿Qué?

Silencio.

—Si Eric hubiera conseguido ese pasaporte...

—Sara...

—O se hubiera marchado a México al día siguiente... Si no hubiera mirado atrás en aquel taxi camino del aeropuerto, y hubiera visto el perfil de la ciudad... Si...

—No juegues más al «si», Sara. Nunca saldrás ganando.

Avanzamos por la Calle 50. Llegamos a la Duodécima Avenida. Giramos hacia el sur por la Calle 48. Cruzamos las puertas del muelle 76. Salimos del taxi. El taxista le dio mi maleta y mi máquina de escribir a un mozo, que se mantuvo a nuestro lado. De repente, me agarré con fuerza al abrigo de Joel.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté.

—Subir a este barco.

—Tengo miedo.

—Es la primera vez que sales del país. Es natural que estés nerviosa.

—He tomado una decisión equivocada.

—Siempre puedes tomar la contraria y volver. No es una cadena perpetua, ya lo sabes.

—Dime que estoy loca.

Me dio un beso cariñoso en la cabeza, como un padre dándole la bendición a la hija.

—*Bon voyage*, Sara. Mándame un telegrama cuando encuentres un sitio.

El mozo se aclaró la garganta, para darme a entender que tenía que subir a bordo. Abracé a Joel. Suavemente, me soltó las manos de sus mangas.

—¿Qué voy a hacer allí? —dije.

—Como mucho sobrevivir. Que es lo que hacemos todos.

Me di la vuelta y seguí al mozo por la pasarela. Antes de llegar al puente principal, me volví. El taxi que se llevaba a Joel Eberts atravesaba la puerta. Mantuve la mirada en el asfalto. Mirar hacia arriba habría significado rendirle un último y afligido tributo al perfil de Manhattan. No quería que fuera un largo adiós. Quería salir de la ciudad lo más discretamente posible.

13

Siete días después de salir del puerto de Nueva York, el *Corinthia* atracó en Le Havre. Pisé suelo francés, un poco desequilibrada después de tanto tiempo en el mar. Inmediatamente, tomé un taxi hasta la estación y subí en el expreso de París.

Una semana después, dejé mi hotel de la rue de Sévres y me instalé en un pequeño *atelier* de la rue Cassette en el distrito Sexto. Viví allí los cuatro años siguientes. Al principio asistía a clases de francés y vagabundeaba durante el día por cines y brasseries. Luego encontré un empleo en una pequeña agencia de publicidad francoamericana en los Champs-Élysées. Mediante colegas del trabajo, me introduje en el corazón de la hirviente comunidad americana en París, porque en aquella época, debido a la debilidad del franco, el lujo del dólar y la caza de brujas, la capital francesa estaba repleta de expatriados. Primero me resistí a mezclarme con mis compatriotas. Pero inevitablemente me encontré cada vez más inmersa en la comunidad americana. Sobre todo después de conocer a Mort Goodman, editor ejecutivo del *Paris Herald Tribune*, en una fiesta.

—Me suena su nombre y no sé de qué —dijo cuando me lo presentaron.

—¿Ha trabajado en Nueva York? —pregunté.

—Claro —dijo—. Estuve en el *Collier's* tres años antes de encontrar este trabajo.

—Bueno, pues yo escribía para el *Saturday/Sunday*.

—Ah, vaya, usted es aquella Sara Smythe —dijo, e insistió en invitarme a

almorzar al día siguiente.

Al final de aquel almuerzo, me ofreció la posibilidad de contribuir al periódico con un artículo de vez en cuando. Seguí trabajando para la agencia de publicidad, pero empecé a publicar cada dos o tres semanas en el *Herald Tribune*. Tres meses después, Mort Goodman me llevó a almorzar y me preguntó si me gustaría escribir una columna.

—Tradicionalmente, siempre hemos tenido a un residente americano en París que escribía un artículo semanal sobre la capital, el color local, *la mode du moment...*, lo que sea. Pero el periodista que lo ha estado haciendo los últimos dos años ha sido despedido por no entregar a tiempo cuatro artículos seguidos, debido a su aventura con la botella. Lo que supone que el puesto está vacante. ¿Te interesa?

Por supuesto, acepté. Mi primera columna apareció el siete de noviembre de 1952... tres días después de que Eisenhower venciera a Stevenson en las elecciones a la presidencia. Aquellas elecciones, y el aumento de las audiencias de McCarthy en Washington, reforzaron mi convicción de que el mejor lugar para mí en aquel momento fuera precisamente París. Y me gustaba la ciudad. No, no era uno de aquellos tontos románticos que se desvanecían solo con oler el aroma de una baguette recién hecha en la *boulangerie* del barrio. Para mí, París era una entidad compleja y contradictoria, a la vez grosera y graciosa, erudita y banal. Como todo lo que es interesante, era profundamente contradictoria. Su grandeza épica, su sentido de la importancia, significaban que París se consideraba una entidad única en la que tú, el residente, tenías el privilegio de vivir. En este sentido, me recordaba a Nueva York, porque era totalmente indiferente a su ciudadanía. Los americanos que conocí que no soportaban París —y se desesperaban ante su arrogancia— solían ser personas de ciudades más pequeñas e íntimas como Boston o San Francisco, donde el *beau monde* del lugar se acariciaba el ego mutuamente, y todos los que tenían la más mínima posición de poder sentían que contaban para algo. La arrogancia parisina suponía que nadie era importante, nadie contaba para nada. Era lo que más me gustaba de la ciudad. Como expatriado, uno no intentaba ser ambicioso en París. Se trataba de vivir bien. Siempre te sentías como un forastero... pero,

después de todo lo sucedido en Nueva York, acepté de pleno aquel papel de *étranger* con alivio.

Y París, a su vez, me aceptó. La columna me dio cierta fama. Pero descubrí que también se hacían famosas las circunstancias que rodeaban mi expatriación. Nunca mencioné nada de mi hermano. Sin embargo, para mi sorpresa, muchos miembros de la comunidad americana estaban enterados de la muerte de Eric, y también se habían enterado de cómo me habían echado de *Saturday/Sunday*. Evité hablar de estos temas, porque no me gustaba la idea de utilizar la lista negra como forma de intercambio social... y también porque, según los valores de la familia Smythe, estaba muy pero que muy mal buscar simpatía por cualquier contratiempo personal. Aun así me encontré formando parte de una comunidad ecléctica y disoluta. Después de llevar una vida más bien singular en Nueva York —y no habiendo sido nunca una persona muy gregaria—, fue liberador encontrarme metida en una especie de torbellino social. Salía por la noche al menos cinco días a la semana. Bebía con gente como Irwin Shaw, James Baldwin y Richard Wright y muchos otros escritores americanos que vivían en París. Escuchaba a Boris Vian cantar en una *cave* de St. Germain, e incluso asistí a una lectura dada por Camus en una librería de St. Germain. Me convertí en una habitual de los locales de jazz nocturnos. Disfrutaba de largos almuerzos con amigos en Le Balzar (mi *brasserie* favorita). Empezó a gustarme el Ricard y las aventuras ocasionales. París me trataba bien.

Me mantenía en contacto regular con lo que sucedía en Nueva York, gracias a Joel Eberts. Nos escribíamos una vez a la semana, generalmente para hablar de cuestiones económicas —cuando tuve claro que me quedaría una temporada larga en París, encontré a alguien para realquilar mi piso—, y también para que Joel me mandara las cartas.

En junio de 1953, su carta semanal terminaba con el siguiente párrafo:

Solo hay una carta personal en el fajo de cartas que te mando esta semana. Sé de quién es, porque la traje a mano su autora: Meg Malone. Se presentó aquí hace pocos días, sin avisar, e insistió en que le dijera dónde podía localizarte. Lo único que le dije fue que habías salido del país. Entonces me dio este sobre cerrado e insistió para que te lo mandara. Le dije lo mismo que a su hermano: que habías especificado claramente que cualquier carta de Jack tenía que guardarla yo. «No soy Jack»,

me respondió y siendo como soy un abogado tuve que reconocer que tenía razón. No dijo nada más, excepto que, si no te mandaba la carta, sería su enemigo más odiado toda la vida. El hecho de que lo dijera con una sonrisa hizo que me gustara... y cumpliera su petición. Ahí tienes su carta. Léela si lo deseas. Tírala si lo prefieres. Tú decides.

En la vida, el momento lo es todo. La carta llegó en un mal momento. Fue la noche después de que ejecutaran a los Rosenberg en Sing-Sing, supuestamente por haber vendido secretos de la bomba atómica a los soviéticos. Como casi todos los americanos que conocía en París —incluso los que normalmente votaban republicano—, estaba horrorizada por aquel acto despótico, un acto que, de nuevo, me hizo odiar las fuerzas que habían destruido a mi hermano. Por primera vez en mi vida, había hecho algo vagamente político: asistir a una vigilia con velas ante nuestra embajada —junto con unos tres mil parisinos, dirigidos por notables como Sartre y De Beauvoir—, firmar una petición condenando aquel acto de asesinato del estado, y sentirme completamente inútil y furiosa cuando se corrió la voz —hacia las dos de la madrugada, hora de París— de que se habían realizado las ejecuciones.

Al día siguiente, llegó la carta de Meg Malone a través de Joel. Mi primer pensamiento fue: «Rómpela... No quiero oír ninguna excusa de Jack Malone». Sin embargo, rasgué el sobre y la leí:

Querida Sara:

No sé dónde estás, ni lo que estás pensando. Pero sí sé que Jack te ama más que a nada en el mundo, y está en un estado próximo a la agonía desde que desapareciste. Me contó todo lo que había pasado. Me horroricé por lo que había hecho. Entiendo perfectamente tu dolor y tu ira. Pero... sí, aquí llega el pero... él es también víctima de la locura que ha afectado a nuestro país y a tu hermano. Esto no perdona su decisión ni disculpa su comportamiento que muchos interpretarían como egoísta. Enfrentado a una abrumadora decisión, le entró pánico. Al hacerlo, sabe que mató el amor que sentías por él. Hace un año que intenta ponerse en contacto contigo, pero no lo ha logrado. Tu abogado me informó de que te negabas a leer sus cartas. De nuevo, no puedo culparte por sentirte así. Y, créeme, la única razón por la que te escribo ahora es porque Jack está sufriendo algo muy parecido a una depresión, y está totalmente relacionada con la abrumadora culpabilidad que siente por haber denunciado a tu hermano y haberte perdido.

¿Qué puedo decir, Sara? Excepto esto: sé cómo le amabas antes. No pido una milagrosa reconciliación. Lo único que pido es que, de algún modo, encuentres la manera de perdonarle y comunicarle tu perdón. Creo que significaría mucho para él. Ahora es una persona tremendamente

infeliz. Necesita tu ayuda para encontrar la forma de volver a ser él mismo. Espero que puedas dejar a un lado la tragedia que viviste y escribirle.

Tuya,
MEG MALONE

De repente me enfurecí. Todo el dolor que había apartado de mí volvió como una tromba. Metí una hoja de papel en la Remington. Escribí.

Querida Meg:

Creo que fue George Orwell quien dijo que todos los estereotipos son ciertos. Teniendo esto presente, esta es mi respuesta a tu petición en nombre de tu hermano:

Jack se ha cavado su propia tumba. Puede descansar en ella. Solo.
Tuya,
SARA SMYTHE

Saqué la hoja de la máquina. En un minuto, la había firmado, doblado, metido en un sobre, había escrito la dirección de Meg, y le había pegado la cantidad correcta de sellos.

Dos meses después de que enviara la carta, me llegó un telegrama a las oficinas del *Herald Tribune*. Contenía solo cuatro palabras:

Debería darte vergüenza.
MEG

En cuanto lo leí, lo arrugué y lo tiré. Si la respuesta de Meg pretendía hacerme sentir fatal, lo logró. Hasta el punto de que acabé saliendo con una nueva amiga del *Herald Tribune* —Isabel van Arnsdale— bebiendo demasiado vino tinto, y contándole toda la maldita historia. Isabel era la subeditora jefa del periódico y era una mujer robusta de Chicago que rondaba los cincuenta. Se había trasladado a París en el 47, justo después de que su tercer matrimonio se fuera a paseo. Era famosa por ser una consumada profesional del periodismo, y por ser capaz de tragarse una botella de whisky y seguir pareciendo sobria.

—La madre que te... —dijo cuando terminé de contarle la historia del año anterior—. La madre que te parió.

—Sí, un poco de aburrimiento no me iría mal —dije, bastante achispada.

—No, lo que te iría bien es una vida sin tantos contratiempos.

—Esto no existe.

—Es verdad, pero confía en una veterana de tres matrimonios asquerosos: hay formas de protegerse contra el dolor futuro.

—¿Cuál es el secreto?

—No te enamores.

—Solo me he enamorado una vez.

—Y, por lo que has dicho, te destrozó la vida.

—Tal vez. Pero...

—Déjame adivinarlo: cuando estaba bien, era... no lo sé... ¿Trascendental? ¿Incomparable? ¿Sin par? ¿Voy bien?

—Le quería. Nada más.

—¿Y ahora?

—Ahora me gustaría que me dejara en paz.

—Lo que quieres decir es que desearías poder dejar de pensar en él.

—Sí. Esto es lo que quiero decir. Todavía le odio. Todavía le quiero.

—¿Quieres perdonarle?

—Sí, quiero. Pero no puedo.

—Ahí tienes tu respuesta, Sara. Como yo lo veo, es la respuesta correcta. La mayoría de mujeres no habrían querido tener nada que ver con él después de la forma en que te dejó tirada al principio. Pero, luego, traicionarte a ti y a tu hermano...

—Tienes razón, tienes razón.

—Tu respuesta a la carta de su hermana fue la acertada. Se acabó, está terminado, *kaputt*. No mires atrás. Él no te conviene.

Asentí con la cabeza.

—Además, como ya habrás notado, esta ciudad está repleta de hombres interesantes. Por no hablar de un montón de hombres que todavía son *baisable*, si me entiendes lo que quiero decir. Sal, liga un poco. Créeme, dentro de un par de meses, lo habrás superado.

Quería creerla. Y para acelerar este proceso de distanciamiento, seguí con mi serie de flirteos. No es que me convirtiera en una *femme fatale*, con tres chicos a la vez. Empezaba a salir con uno. Dejaba que la relación siguiera su

curso. Cuando empezaba a ponerse seria, o pesada o simplemente rutinaria, saltaba por la borda. Me convertí en una experta en salir de una relación con el mínimo de barullo. Los hombres eran compañeros útiles, para ocasionales actos de ternura y para los efímeros placeres del sexo. En cuanto descubría que alguno se volvía demasiado dependiente de mí, lo despedía fulminantemente. Cada vez que un hombre intentaba cambiarme, diciendo en voz alta cómo era posible que viviera en un *atelier*, y por qué me ponía trajes pantalón estilo Colette en lugar de prendas más femeninas, le enseñaba cortésmente la puerta. En los cuatro años que residí en París, recibí tres propuestas de matrimonio y las rechacé todas. Ninguno de aquellos hombres era absurdamente inadecuado. Por el contrario, el primero era un próspero banquero; el segundo, un profesor de literatura de la Sorbona, y el tercero, un futuro novelista, que vivía gracias a un fondo de su padre. Todos eran, a su modo, absolutamente encantadores, inteligentes y emocionalmente estables. Pero todos buscaban una esposa. Aquel era un papel que yo no estaba interesada en volver a interpretar.

Aquellos años en París se evaporaron con demasiada rapidez. El 31 de diciembre de 1954, estaba en un balcón que daba a la avenida Georges V en compañía de Isabel van Arnsdale y de unos cuantos réprobos más del *Herald Tribune*. Mientras sonaban los cláxones, y los fuegos artificiales iluminaban el cielo invernal, levanté la copa hacia Isabel y dije:

—Por mi último año en París.

—No digas tonterías —dijo ella.

—No son tonterías, es la verdad. El año que viene por estas fechas, quiero estar de vuelta en Estados Unidos.

—Pero si aquí tienes una buena vida.

—¿Te crees que no lo sé?

—Pues ¿por qué tirarlo todo por la borda?

—Porque no soy una expatriada profesional. Porque echo de menos el béisbol y los Bagels, y Barney Greengrass, el Sturgeon King, y las delicatessen de Gitlitz's, y las duchas que funcionan, y una tienda de víveres con reparto a domicilio, y hablar mi propio idioma y...

—¿A él?

—Ni hablar.

—¿Me lo prometes?

—¿Cuándo fue la última vez que me oíste hablar de él?

—No me acuerdo.

—¿Lo ves?

—Entonces ¿cuándo vas a hacer una tontería, como enamorarte de nuevo?

—Alto ahí, tú me dijiste que la única forma de seguir con la vida era no enamorarse nunca más.

—Por Dios, no creerás que espero que nadie siga mi consejo...

Pero la verdad era que yo sí había seguido su consejo. No intencionadamente, sino más bien porque después de Jack nadie me despertó aquel maravilloso, raro, desquiciado, peligroso acceso de... ¿cómo lo llamaría? ¿Deseo? ¿Delirio? ¿Pasión? ¿Plenitud? ¿Estupidez? ¿Ilusión?

Ahora sabía algo más: no podía estar con él y no podía superarlo. El tiempo podía haber amortiguado el dolor, pero como cualquier anestésico, no podía curar la herida. Seguía esperando el día en que me despertara y Jack hubiera desaparecido de mis pensamientos. Aquel día todavía tenía que llegar. Una idea inquietante había empezado a asaltarme: ¿y si nunca me adaptaba a su pérdida? ¿Y si siempre seguía allí? ¿Y si era definitivo?

Cuando le expliqué este miedo a Isabel, ella se rio.

—Guapa, la pérdida es un componente esencial de la vida. En muchos sentidos, *c'est notre destin*. Y sí, hay ciertas cosas que no se superan nunca. Pero ¿qué tiene eso de malo?

—Es terriblemente doloroso..., eso es lo que tiene de malo.

—Pero vivir es doloroso... *n'est-ce pas*?

—No me vengas con existencialismos, Isabel.

—Te prometo una cosa, en cuanto empieces a aceptar que quizá nunca lo superarás, empezarás a superarlo.

No dejé de acordarme de aquello durante los siguientes doce meses. En ese periodo tuve una breve aventura con un bajista de jazz danés, seguí escribiendo mi columna semanal y pasé largas tardes en la Cinémathèque Française y en los jardines de Luxemburgo. Celebré mi treinta y tres cumpleaños despidiéndome del *Herald Tribune* y escribí a Joel Eberts

comunicándole que mi piso debía quedar vacío el 31 de diciembre de 1955. Porque volvía a casa.

Y el 10 de enero de 1956 volvía a estar en el muelle 76 de la Calle 48 Oeste, desembarcando del *Corinthia*. Joel Eberts había ido a recibirme.

—No has envejecido nada, abogado —dije después de darle un abrazo—. ¿Cuál es tu secreto?

—La litigación constante. Pero, vaya, tú sí que estás estupenda.

—Pero mayor.

—Diría que «tremendamente elegante».

—Este es un sinónimo de «mayor».

Fuimos en taxi a mi piso. Siguiendo mis instrucciones, había hecho que el encargado lo pintara en cuanto los inquilinos se marcharon antes de Navidad. Todavía olía a aguarrás y a pintura, pero la capa blanca de las paredes fue un antídoto estimulante frente al color ceniciento de la mañana de enero.

—Solo un loco decide volver a Nueva York en pleno invierno —dijo Joel.

—Me gustan las tinieblas.

—Debiste de ser rusa en otra vida.

—O quizá solo soy alguien que siempre ha respondido bien a la melancolía.

—Mira que dices tonterías. Eres una superviviente, niña. Y muy astuta, además. Si no me crees, mira el montón de papeles del banco y de los inversores que te he dejado en una carpeta sobre la mesa de la cocina. Apenas tocaste un centavo de tu capital mientras estuviste en Francia. Y el alquiler del piso te ha dado una buena cantidad. Encima, tu asesor es muy bueno. Ha logrado añadir un treinta por ciento de su valor tanto al capital del divorcio como al seguro de Eric. Así que si quieres pasarte una década sin trabajar...

—No puedo vivir sin trabajar —dije.

—Lo mismo digo. Pero has de saber que, económicamente hablando, estás en una cómoda posición.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunté, pegándole una patada a una caja de cartón que había sobre el sofá.

—Son todas las cartas acumuladas que no te he mandado en estos cuatro años. La hice traer ayer.

—Pero me las mandaste todas menos...

—Eso mismo. Sus cartas.

—Te dije que las tirarás.

—Decidí que no hacía nada malo guardándolas hasta que volvieras... por si acaso decidías que preferías leerlas, al fin y al cabo.

—No quiero leerlas.

—Bueno, en este edificio recogen la basura cada día, o sea que puedes tirarlas cuando te apetezca.

—¿Has vuelto a saber de Jack o de su hermana?

—No. ¿Y tú?

No le había hablado a Joel de mi respuesta a la carta de Meg. No pensaba hacerlo entonces.

—Nunca —dijo.

—Lo habrá entendido por fin. De todos modos, ya es historia. Igual que Joe McCarthy. Mira, no soy un patriota convencional, pero el día del 44 en que el Senado censuró a ese cabrón, pensé: a diferencia de muchos otros lugares, este país tiene la buena costumbre de acabar admitiendo que algo anda mal.

—Lástima que no le censuraran tres años antes.

—Lo sé. Tu hermano era un gran hombre.

—No, solo era un buen hombre. Demasiado bueno. De haber sido menos bueno, seguiría vivo. Esto es lo peor de volver a Manhattan, saber que cada vez que pase por el Ansonia o por Hampshire House...

—Estoy seguro de que, incluso después de cuatro años, sigue doliendo.

—Perder a un hermano nunca se hace más fácil.

—¿Y perder a Jack?

Me encogí de hombros.

—Agua pasada.

Me miró atentamente a la cara. No sé si se dio cuenta de que estaba mintiendo.

—Bueno, algo es algo —dijo.

Cambié de tema. Rápidamente.

—¿Qué te parece si te invito a almorzar al Gitlitz's? —dije—. Hace cinco

años que no como un sándwich de pastrami con pan de centeno y apio.

—Eso es porque los franceses no entienden nada de comida.

Cogí la caja de cartas de Jack. Salimos del piso. En cuanto estuvimos fuera, tiré la caja en un camión de basura que estaba vaciando contenedores en la Calle 77 Oeste. La mirada de Joel fue de desaprobación, pero no dijo nada. Cuando los dientes del camión se cerraron sobre la caja, pensé: «¿Por qué caramba lo has hecho?». Pero disimulé mi remordimiento tomando a Joel del brazo y diciendo:

—Vamos a comer.

Gitlitz's no había cambiado en los años en que yo había estado fuera. Como no había cambiado el Upper West Side. Volví a deslizarme en la vida de Manhattan con agradable facilidad. El difícil ajuste que tanto temía no se materializó. Visité a viejos amigos, fui a los espectáculos de Broadway y a los conciertos del jueves al mediodía de la Filarmónica de Nueva York, y de vez en cuando, por la noche, al Metropolitan Opera. Volví a ser una habitual del Met y el Frick y de la sucursal de la Calle 42 de la Biblioteca Pública, y de mis dos cines de barrio: el Beacon y el Loew de la Calle 84. Y cada dos semanas escribía una «Carta desde Nueva York», que luego mandaba, mediante Western Union, a las oficinas del *Paris Herald Tribune*. Aquella columna bisemanal había sido un regalo de despedida de Mort Goodman.

—Si no puedo hacer que te quedes y escribas para mí en París, haré que escribas para mí desde Nueva York.

Así que me convertí en una corresponsal en el extranjero. Solo que el país desde donde trabajaba era el mío.

«En los cuatro años que pasé holgazaneando por la rue Cassette —escribí en una columna con fecha del 20 de marzo de 1956—, algo curioso les sucedió a los americanos: después de tantos años de depresión económica y racionamiento de posguerra, se despertaron un día y descubrieron que vivían en una sociedad próspera. Y, por primera vez desde los locos años veinte, se han lanzado a gastar con entusiasmo. Pero a diferencia de los hedonistas años veinte, esta era sensata de Eisenhower está más centrada en el hogar: un lugar feliz y razonablemente próspero, temeroso de Dios, con dos coches en el garaje, una nevera reluciente en la cocina, un televisor Philco en el salón, una

suscripción al *Reader's Digest* y, ¿dónde se bendicen los alimentos antes de cada cena?: ante el televisor. ¿Qué? ¿Los expatriados no habéis oído hablar de las cenas ante el televisor? Bueno, cuando creáis que la cocina americana no podía ser más utilitaria...»

Aquella columna —escrita durante uno de mis estados de ánimo más cínicos a lo H. L. Mencken¹⁵ —” provocó que tuviera que descolgar el teléfono unos días, porque lo leyó el corresponsal en París del muy conservador

—” provocó que tuviera que descolgar el teléfono unos días, porque lo leyó el corresponsal en París del muy conservador

—” provocó que tuviera que descolgar el teléfono unos días, porque lo leyó el corresponsal en París del muy conservador *San Francisco Chronicle*, que utilizó grandes citas de él en un artículo que escribió sobre la clase de porquería antiamericana que se publicaba en un periódico tan supuestamente respetable como el *Paris Herald Tribune*. Sin darme cuenta, volví a aparecer en la columna de Walter Winchell:

Última noticia: Sara Smythe, la antaño colaboradora de *Saturday Night/Sunday Morning* y reciente profesional americana en París, ha vuelto a Gotham City... pero no demasiado felizmente. Según nuestros espías, está escribiendo una columna en la que describe con malicia «nuestra forma de vida» para todos los amargados expatriados que decidieron vivir lejos de estas magníficas costas. Un recordatorio para la señorita Smythe: ¿si no le gusta vivir aquí, por qué no prueba en Moscú?

Cuatro años antes, la maldad de Winchell habría acabado con todas mis posibilidades de empleo en Nueva York. Pero los tiempos habían cambiado, porque ahora recibí una serie de llamadas de editores a los que había conocido durante los años cuarenta y cincuenta, pidiéndome que almorzara con ellos.

—Parece que, según Winchell... —le dije a Imogen Woods, mi antigua editora de *Saturday/Sunday* y ahora número dos en *Harper's*— ... sigo siendo la Emma Goldman de la Calle 77 Oeste.

—Cariño —dijo Imogen, atacando su ensalada y gesticulando al mismo tiempo hacia el camarero para que trajera más bebidas—, Walter Winchell es como un hígado del día anterior. De hecho, debería complacerte que Winchell te haya vuelto a dedicar unas líneas. Porque así descubrí que habías vuelto a Nueva York.

—Me sorprendió recibir tu llamada —dije con cautela.

—Y yo me alegré de que aceptaras verte conmigo. Porque... y te soy totalmente sincera... me avergoncé de mí misma cuando *Saturday/Sunday* te dejó marchar. Debería haberte defendido. Debería haber insistido para que te diera la noticia otro. Pero tenía miedo. Me aterrorizaba perder aquel asqueroso trabajo. Y me odiaba a mí misma por ser tan cobarde. Aun así les seguí la corriente. Y esto siempre me pesará en la conciencia.

—No lo permitas.

—Lo siento. Y cuando supe que tu hermano había muerto...

La interrumpí antes de que pudiera decir nada más.

—Ahora estamos aquí —dije—. Y estamos hablando. Es lo que importa.

Al final del almuerzo, yo era la nueva crítica de cine de *Harper's*. En casa el teléfono no paraba de sonar. El editor de libros del *New York Times* me ofreció revisiones de libros. Lo mismo hizo su homólogo en el *New Republic*. Una jefa de departamento de *Cosmopolitan* me llevó a almorzar, y me comunicó que le encantaría revivir la columna de «La vida real», «solo que ajustada a la sofisticación de la mujer de los cincuenta».

Acepté el trabajo de revisora. Rechacé la oferta de *Cosmopolitan* con la excusa de que mi antigua columna era eso: antigua. Pero cuando la editora me preguntó si querría llevar el consultorio sentimental durante seis meses a cambio de un sueldo lucrativo, lo acepté sin vacilar. Porque yo era la última persona del mundo que debería dar consejos.

La editora de *Cosmopolitan*, Alison Finney, me llevó a almorzar al Stork Club. Mientras comíamos, entró Winchell. El Stork Club siempre había sido su guarida, su oficina exterior, y aunque entonces todo el mundo en Nueva York consideraba que el poder de Winchell estaba en decadencia —como me había dicho Imogen Woods—, todavía podía reclamar la mesa más visible desde todos los rincones, equipada con su propio teléfono. Alison me dio un codazo y dijo:

—Ahí tienes a tu más ferviente admirador.

Me encogí de hombros. Terminamos de comer. Alison se disculpó y se fue al servicio. Sin pensar en lo que estaba haciendo, me levanté y me acerqué a la mesa de Winchell, quien estaba corrigiendo algún artículo y no me vio acercarme.

—¿Señor Winchell? —dije, educadamente.

Él levantó la mirada y estudió mi cara rápidamente. Cuando le quedó claro que no merecía su atención, cogió de nuevo el lápiz y volvió a mirar el papel.

—¿La conozco, señorita? —dijo, con cierta brusquedad.

—La verdad es que sí —añadí—. Pero aún conocía mejor a mi hermano.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llama?

—Eric Smythe.

Me di cuenta de que no recordaba el nombre, porque apretó los labios un momento y luego siguió con sus correcciones.

—¿Y cómo está Eric? —preguntó.

—Está muerto, señor Winchell.

Su lápiz se detuvo un momento, pero sus ojos permanecieron fijos en el papel.

—Lo lamento mucho —dijo, como si me despidiera—. Mi más sentido pésame.

—¿No sabe de quién le hablo?

No dijo nada. Siguió ignorándome.

—«Puede que sea el escriba favorito de Marty Manning... pero antes era rojo.» Usted escribió esto sobre mi hermano, señor Winchell. Después de esto perdió su trabajo y bebió hasta matarse. Y usted ni siquiera recuerda su nombre.

Winchell levantó la mirada, pero en dirección al *maître*.

—Sam —gritó, señalándome.

Yo seguí hablando en un tono de voz casual y extrañamente pausado.

—Seguro que tampoco me recuerda a mí, ¿verdad? Y eso que escribí sobre mí hace apenas una semana. Soy la Sara Smythe que, «según nuestros espías, está escribiendo una columna donde describe con malicia ‘nuestra forma de vida’ para todos los expatriados amargados que decidieron vivir lejos de estas magníficas costas. Un recordatorio para la señorita Smythe: si no le gusta vivir aquí, ¿por qué no prueba Moscú?».

Sentí una mano en el brazo. Era Sam, el *maître*.

—Señorita, ¿le importaría volver a su mesa, por favor? —preguntó.

—Ya me iba —dije, luego volví a mirar a Winchell—. Quería agradecerle esta última mención, señor Winchell. No puede imaginar la cantidad de ofertas de trabajo que he tenido desde que usted escribió sobre mí. Para que vea la influencia que sigue teniendo hoy en día.

Luego me volví y me dirigí a mi mesa.

No le dije nada a Alison sobre lo que había sucedido mientras ella estaba en el servicio. Solo propuse que pidiéramos otra ronda de bebidas. Estuvo de acuerdo e hizo un gesto al camarero para que repusiera nuestros gimlets.

Luego dijo:

—¿Qué te apuestas a que Winchell escribirá algo sobre lo mucho que bebes en el almuerzo?

—Ese hombre puede escribir lo que le plazca —dije—. Ya no puede hacerme daño.

Pero, después de aquel único encuentro, Walter Winchell no volvió a mencionarme en su columna.

Sin embargo, me había sido muy útil en el ámbito profesional. Tenía tanto trabajo que me alegraba cuando de vez en cuando el teléfono dejaba de sonar, para que pudiera cumplir con mis múltiples encargos. Como siempre, prefería escribir durante el fin de semana, porque era cuando mis variados editores no trabajaban, y casi todos mis amigos estaban con su familia. De hecho, el domingo era el día que podía estar segura de no recibir ninguna llamada, lo que lo convertía en el día perfecto para trabajar sin distracciones.

Hasta que el teléfono sonó una mañana de domingo de mayo a una hora tan temprana como las nueve.

Lo descolgué.

—¿Sara?

Se me aceleró el pulso. El teléfono me temblaba en la mano. Me había preguntado mil veces si recibiría aquella llamada. Ahora la recibía.

—¿Sigues ahí? —preguntó la voz.

Un largo silencio. Quería colgar. No lo hice.

—Sigo aquí, Jack.

14

—Bien —dijo.

—Bien —dije.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, mucho tiempo.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

No parecía estar bien. Su voz sonaba contenida, disminuida. Estaba tan nervioso como yo. Se oían los ruidos de la calle de fondo.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En la esquina de la 77 con Broadway.

Como en los viejos tiempos, pensé. Saliendo de casa disimuladamente para llamarme.

—¿Estás ocupada ahora mismo? —preguntó.

—Un poco. Tengo que entregar un...

—Oh. Lástima.

—Lo siento. Es... el trabajo.

—Lo comprendo —dijo.

—¿Cómo te enteraste de que había vuelto?

—Por Walter Winchell.

—Mi más ferviente admirador.

Se rio, pero su risa se transformó enseguida en un acceso de tos. Tardó un

momento en volver a controlarse.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Sí —dijo—. Tengo una pequeña infección bronquial...

—No deberías estar en una esquina de la calle...

—Bueno, me tocaba a mí sacar al bebé.

Tardé un momento en comprenderlo.

—¿Tienes otro niño? —pregunté.

—Sí. Una hija. Kate.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Diecisiete meses.

—Enhorabuena —dije.

—Gracias —dijo.

Otra pausa.

—Bueno... —dijo—. Solo quería decirte hola.

—Hola.

—Sara... Veámonos, por favor.

—Jack, de verdad que no creo que sea buena idea.

—Han pasado cuatro años.

—Ya lo sé, pero...

—Cuatro años. Es mucho tiempo. No te pido nada. Solo quiero verte.

Media hora de tu tiempo. Nada más.

El teléfono empezó a temblarme otra vez en la mano. Finalmente dije:

—En Gitlitz's dentro de diez minutos.

Colgué. Me quedé de pie junto al teléfono, incapaz de moverme. Otro hijo.

Una niña. Kate. No...

Tenía ganas de huir. Hacer la maleta, correr a Penn Station y tomar el primer tren a...

¿Adónde?

¿Adónde podía correr esta vez? Y sabiendo que cuando llegara, él seguiría conmigo. Como siempre.

Resistí la tentación de servirme un trago de escocés para tranquilizarme. Entré en el baño. Me miré en el espejo. Pensaré que soy mayor... porque soy mayor. Me cepillé los dientes. Me puse carmín. Me cepillé el pelo. Dejé el

cepillo. Me agarré al lavabo, intentando serenarme. Volvieron a entrarme ganas de huir. Salí del baño. Me puse el abrigo. Salí del piso. Había empezado a nevar. Me levanté el cuello del abrigo para protegerme del frío. Bajé la cabeza. Empecé a caminar hacia el este, en dirección a Gitlitz's.

Cuando entré en el deli, lo primero que vi fue un gran cochecito azul de bebé junto a un reservado. Me acerqué. Jack estaba allí sentado, con las manos alrededor de una taza de café, mirando fijamente su negra superficie. No advirtió mi llegada al principio. Fue una suerte, porque me dio un momento para asumir el impacto que me había producido su aspecto. Había adelgazado mucho. Tenía las mejillas hundidas, la piel con mal color. Había perdido pelo. Sus ojos irradiaban fatiga. No parecía estar bien. Había envejecido veinte años desde la última vez que le había visto.

Levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los míos. Intentó sonreír, pero no lo logró. Yo intenté sonreír a mi vez, pero pude ver que se daba cuenta de la mala impresión que me había producido su aspecto. Al instante, se levantó. De pie, la severidad de su pérdida de peso era aún más impactante. Me alargó las dos manos, luego se lo pensó y me tendió solo una. La tomé. La noté delgada, demacrada. Sus ojos estaban fijos en mí. Me costó sostenerle la mirada.

—Hola —dijo.

—Hola.

—Estás estupenda.

Yo no contesté el normal «tú también», porque era imposible. En lugar de eso, miré hacia el cochecito con la niña. Kate estaba dormida, era gordita y preciosa, tapada con una manta escocesa gruesa. Metí la mano en el cochecito y acaricié una de las suyas. Instintivamente, la abrió y la cerró sobre mi dedo meñique. Me quedé así, intentando controlarlo todo.

—Es una preciosidad —dije.

Jack se quedó de pie a mi lado, mirándola.

—Sí —dijo—. Sí que lo es.

—Tú y Dorothy estaréis encantados.

Asintió con la cabeza y luego me indicó que me sentara. Me deshice de la manita suavemente. Me senté. El se sentó frente a mí. Pidió más café. Sus

manos volvieron a rodear la taza. Durante algunos segundos no dijimos nada. Finalmente habló él, con los ojos fijos en la mesa.

—Esto es... Siempre estaba pensando... que... me alegro de verte, Sara.

Yo no sabía qué decir. Seguí callada.

—No te culpo por odiarme —dijo.

—No te odio.

—Me odiaste.

—Quizá sí. Durante un tiempo. Pero... el odio cuesta de mantener. La pena no. La pena es algo que puede quedarse contigo durante mucho tiempo.

—Lo sé —dijo—. Hubo una época durante los últimos cuatro años en que pensé: ¿algún día se hará soportable?

—¿Y fue así?

—No. Nunca. Te eché de menos cada hora de cada día.

—Ya.

—Y tu pena por Eric. ¿Se ha...?

—¿Disipado? No. Pero he aprendido a vivir con ella. Como he aprendido a vivir con la pena que me causaste.

Volvió a mirarme.

—¿Sentiste pena por mí? —preguntó.

—Por supuesto —dije—. Una pena infinita.

Me miró con una expresión de aturdimiento herido.

—Pero... te negaste a hablar conmigo.

—Sí. Es cierto.

—¿Y nunca leíste mis cartas?

—Es cierto, nunca las abrí.

—Entonces ¿cómo puedes decir...?

—¿Qué te echaba de menos continuamente? Porque es cierto. Porque te quería. Más que a nadie.

Apoyó la cabeza en las manos.

—Entonces ¿por qué no me permitiste ponerme en contacto contigo, Sara?

—Porque... no podía. La pena era demasiado grande. Te quería tantísimo que, cuando nos traicionaste a Eric y a mí..., cuando Eric murió... no podía enfrentarme a ti. Lo que había pasado era demasiado terrible. Lo que lo hacía

más terrible era... el que yo entendiera por qué habías tenido que hacer lo que habías hecho. Cómo te habías encontrado en una situación abrumadora; una situación en que habría sido fácil ser presa del pánico, tomar la decisión equivocada. Pero incluso así... incluso así, esto no amortiguaba las repercusiones de tu decisión. Porque me dejó sin las dos personas que más valoraba.

Llegó el café. Él siguió mirando fijamente la mesa. Luego dijo:

—¿Sabes cuántas veces he revivido aquella escena en mi cabeza?

—¿Qué escena? —pregunté.

—El momento en que los dos federales me entrevistaron en una sala de conferencias de Steele y Sherwood. El abogado de la empresa estaba conmigo. La entrevista había durado toda la mañana. Yo intentaba esquivar la pregunta sobre los comunistas que conocía. Durante tres horas me mantuve firme, y solo denuncié a las personas que me habían denunciado a mí. Finalmente, los federales empezaron a sentirse frustrados, y dijeron que querían hablar con el abogado de la empresa en privado. Estuvieron fuera unos veinte minutos. El abogado volvió solo. Y dijo:

» “Jack, si no les das otro nombre, te citarán ante la comisión como un testigo hostil. Y tu carrera en Steele y Sherwood habrá terminado”.

»Solo tenía que decir que no. Era lo único que hacía falta. Está bien, me habría quedado sin trabajo, pero... habría encontrado la forma de ganarme la vida. Sin embargo me tenían acorralado. Y los federales tenían habilidad para oler las debilidades de uno. No sabes cómo jugaron con las mías. Lo sabían todo de nosotros, por supuesto, y no pararon de soltar insinuaciones sobre ello, y que si no cooperaba, no solo me echarían de Steele y Sherwood sino que seguramente mis arreglos domésticos se harían públicos. No solo me tomarían por un simpatizante de los rojos, sino por un perverso moral. Recuerdo perfectamente lo que me dijo uno de los federales: “Chico, si tuvieras dos hogares en París, a nadie le importaría. Pero en América, nos regimos por un código moral más estricto: si te pillan, estás jodido. Tendrás suerte si acabas limpiando botas en alguna parte”.

»Fue entonces cuando les di el nombre de Eric. En cuanto salió de mi boca, supe que me lo había cargado todo. Era solo cuestión de tiempo que se

descubriera. Y cuando Dorothy se enteró, me dijo que era un ser despreciable».

—¿Pero ella no comprendió que lo habías hecho por ella y por Charlie?

—Oh, sí, lo comprendió. Pero también lo consideró otra de mis traiciones. Me echó de casa una temporada después de esto. Me dijo que me daría el divorcio que siempre había querido... que ahora sería libre para estar contigo...

Tardé un momento en hablar.

—No lo sabía —dije.

—Si hubieses leído mis cartas... Si me hubieses permitido que hablara contigo... No podía dejar de pensar: qué mierda de ironía. Y todo por mi culpa...

Se calló, metió la mano en el bolsillo y buscó hasta que encontró un cigarrillo. Se lo metió en un extremo de la boca. Cogió una caja de cerillas que había sobre la mesa. Encendió el cigarrillo con las manos temblorosas. La luz de la cerilla le iluminó la cara con un crudo resplandor. Estaba tan encogido, tan despojado de todo, tan derrotado por todo. Me vi a mí misma tirando su caja de cartas. Cartas que debió de pasar horas escribiendo. Como yo pasé horas escribiéndole en el invierno del 46... cuando todavía no podía creer en el maravilloso amor delirante que sentía por él. Durante cuatro años sus cartas habían acumulado polvo en el despacho de Joel. Cuatro años las había dejado allí. Y entonces, el mismo día que había vuelto de Nueva York, las había tirado, como un último acto de represalia. ¿Por qué no las leí cuando me las mandó? ¿Por qué necesitaba tanto castigarle? Un castigo que ahora me obsesionaría. Porque siempre pensaría: ¿de haber leído aquellas cartas en los meses posteriores a la muerte de Eric, podría haberle comprendido? ¿Podría haber encontrado la forma de perdonarle? ¿Podríamos haber descubierto una forma de volver a encontrarnos?

—¿Qué pasó después de que Dorothy te echara?

—Me pasé seis meses en el sofá cama del piso de Meg.

Meg. La carta que me había mandado en el invierno del 53:

¿Qué puedo decir, Sara? Excepto esto: sé cómo le amabas antes. No pido una milagrosa

reconciliación. Lo único que pido es que, de algún modo, encuentres la manera de perdonarle y comunicarle tu perdón. Creo que significaría mucho para él. Ahora es una persona tremendamente infeliz. Necesita tu ayuda para encontrar la forma de volver a ser él mismo.

Pero, no. No podía soportar que pensarán que mi posición se debilitaba. Yo tenía toda la razón. Tenía que condenarle permanentemente. Se había cavado su propia tumba (como le había escrito yo tan cáusticamente a Meg). Que descansara en ella. Solo.

—Finalmente, Meg negoció delicadamente con Dorothy —dijo Jack—. En el fondo, mi esposa siempre ha sido una pragmática. Y la razón por la que volvió a admitirme en casa fue totalmente pragmática: vivir sola con un niño era difícil. «Por lo que a mí respecta —dijo— eres otro par de manos, nada más. Excepto, claro, para Charlie. Necesita un padre. ¿Por qué no tú?»

—¿Y volviste con ella después de que te dijera eso? —pregunté.

—Sí. Volví. A un matrimonio sin amor. Pero había hecho unos votos, un juramento. Tú no lo sabes, pero la culpabilidad católica es un lastre. De todos modos la razón principal por la que volví fue Charlie. No podía soportar estar lejos de Charlie.

—Seguro que te necesita mucho.

—Y yo a él. Sin Charlie, no creo que hubiera superado los dos últimos años.

De repente meneó la cabeza, enfadado.

—Perdona, perdona, me he puesto melodramático.

—¿Te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor —dijo, chupando ansiosamente el cigarrillo.

—Pareces un poco... macilento.

—No. Estoy hecho un asco.

—¿No te encuentras bien, entonces?

Sus dedos volvieron a rodear la taza de café. Seguía esquivando mi mirada.

—Estuve enfermo. Una hepatitis muy fuerte. Te lo aconsejo: no comas ostras en City Island.

—¿Fue solo una hepatitis? —pregunté, intentando no parecer descaradamente escéptica.

Otra chupada rápida al cigarrillo.

—¿Tan mal me ves?

—Bueno...

—No me respondas. Pero es verdad, una hepatitis puede dejarte hecho un asco.

—¿Has estado de baja?

—Desde hace seis meses.

—Dios mío...

—Steele y Sherwood se han portado muy bien. El sueldo entero durante los primeros tres meses, y la mitad desde entonces. Ahora vamos un poco justos, sobre todo desde que la preciosa Kate ha llegado. Pero vamos tirando.

—¿Van mejor las cosas entre Dorothy y tú?

—Kate nos ha hecho bien. Nos ha dado un tema de conversación. Aparte de Charlie, claro.

—Alguna tregua habrá habido entre vosotros dos —dije, indicando el cochecito con la cabeza.

—No te lo creas. Solo una noche en que los dos habíamos tomado demasiado escocés y Dorothy olvidó momentáneamente que, en el fondo, no le gusto nada.

—Espero que Kate os haga muy...

Me interrumpió. Su tono se volvió brusco de repente.

—Sí, gracias por el sentimiento de «viva la familia feliz».

—Lo decía en serio, Jack. No te deseo ningún mal.

—¿Estás segura?

—Nunca te deseé ningún mal.

—Pero no me perdonaste.

—Es verdad. Durante mucho tiempo me costó mucho perdonarte lo que habías hecho.

—¿Y ahora?

—Lo pasado, pasado está.

—No puedo deshacer lo que pasó.

—Ya lo sé.

Alargó la mano hacia donde yo tenía la mía sobre la mesa. La cubrió con la

suya. En cuanto me tocó, sentí algo parecido a una pequeña descarga eléctrica subiéndome por el brazo... la misma descarga que había sentido aquella noche de 1945. Un momento después, puse mi mano izquierda sobre la suya.

—Lo siento —dijo.

—Tranquilo.

—No —continuó—, nunca estaré tranquilo.

Silencio. No dijimos nada durante largo rato.

Luego Kate empezó a agitarse, con unos ruiditos primero tranquilos que fueron aumentando hasta que se echó a llorar claramente. Jack se levantó y buscó dentro del cochecito hasta que encontró el chupete que había perdido. En cuanto volvió a tenerlo entre los labios, la niña lo escupió de nuevo y se puso a llorar.

—Me parece que tiene hambre —dijo Jack—. Tengo que volver a casa.

—De acuerdo —dije.

Se volvió a sentar rápidamente frente a mí.

—¿Podemos volver a vernos? —preguntó.

—No lo sé.

—Lo comprendo...

—No hay nadie más.

—No me refería a esto.

—Es solamente que... bueno, me parece que no sé qué pensar ahora mismo.

—No hay prisa —dijo—. Además tengo que salir de la ciudad durante una semana, más o menos. Es cuestión de trabajo. A Boston. Una cuenta de la que Steele y Sherwood quiere que me encargue cuando vuelva a trabajar el mes que viene.

—¿Te encuentras bien para trabajar?

—Parezco peor de lo que estoy.

Kate lloraba cada vez más.

—Más vale que te vayas —dije.

Me apretó la mano una última vez.

—Te llamaré desde Boston —dijo.

—De acuerdo. Llámame.

Se levantó. Arregló la manta para tapar a Kate. Se volvió hacia mí. Me puse de pie. De repente me atrajo hacia él y me besó. No rechacé su beso. Lo sostuve. Solo duró un momento. Luego susurró:

—Adiós.

Jack puso las manos en el asa del cochecito y lo empujó.

Me senté en el reservado. Crucé los brazos sobre la mesa. Apoyé la cabeza en ellos. Estuve así un buen rato.

A la semana siguiente, todavía me duraba el impacto. Vi películas. Visité amigos. Seguí reviviendo aquel beso en mi cabeza. No sabía qué pensar. Ya no sabía nada de nada.

Había dicho que me llamaría. No me llamó. Pero me escribió. Una nota breve, con el matasellos de Boston. Estaba escrita con una mano temblorosa.

Todavía sigo aquí. Esto acabará pronto.

Te quiero,

JACK

Leí aquella postal una y otra vez, intentando descifrar su significado subyacente. Finalmente decidí que no había tal significado subyacente. Seguía en Boston. Lo que tenía que hacer acabaría pronto. Me quería.

Y yo todavía le quería.

Pero no esperaba nada. Porque había aprendido que si no esperas nada, todo resulta una sorpresa.

Pasó otra semana. No hubo llamadas. Ni postales. No perdí la calma. Un lunes por la mañana, 15 de abril, salía por la puerta, iba al pase de una película para la prensa. Llegaba tarde, en Broadway el tráfico era horrible y decidí coger el autobús y después el metro. Caminé rápidamente hacia la estación de la Calle 79 y compré el *New York Times* en el quiosco que había enfrente. Subí a un tren que se dirigía al centro. Como siempre, repasé rápidamente el periódico. Cuando llegué a la página de las esquelas, vi que la más grande del día era para un ejecutivo de seguros de Hartford que había trabajado con mi padre. Leí su esquila e iba a pasar a la página de al lado cuando mi mirada se posó sobre una que había en medio de las columnas de

defunciones que llenaban toda la página.

MALONE, John Joseph, 33 años, fallecido en el Massachusetts General Hospital de Boston, el 14 de abril. Esposo de Dorothy, padre de Charles y Katherine. Empleado de Steele y Sherwood Public Relations Inc., Nueva York. Llorado por su familia y amigos. El funeral se celebrará el miércoles 17 de abril en la Holy Trinity Church, Calle 82 Oeste, Manhattan. No se invita particularmente. Sin flores, por favor.

Solo lo leí una vez. Luego dejé caer el periódico sobre las rodillas. Me quedé con la vista clavada en el frente. No oí nada. No me di cuenta del paso del tiempo. Hasta que un hombre de uniforme se acercó a mí y dijo:

—¿Se encuentra bien, señora?

Entonces me di cuenta de que el tren se había detenido. El vagón estaba vacío.

—¿Dónde estamos? —logré preguntar.

—Al final de la línea.

15

Dos días después fui a su funeral. La iglesia de Holy Trinity no era muy grande y me pareció cavernosa. Solo habría unas veinte personas. Estaban todas sentadas en los dos primeros bancos, mirando directamente al féretro que estaba rodeado por cuatro velas y envuelto en una bandera americana, porque, como cualquier veterano de las Fuerzas Armadas, Jack tenía derecho a un funeral con honores militares. Dos soldados con uniforme de gala estaban en posición de firmes uno a cada lado del ataúd. El servicio empezó con el tañido de una campana. Un sacerdote y dos monaguillos entraron por el pasillo. Uno de los chicos llevaba un incensario. El otro, una gran cruz dorada. El sacerdote —un hombre bajo, de pelo gris, con una cara severa— rodeó el ataúd y lo roció con agua bendita. Luego se subió al púlpito y empezó una misa en latín. Su voz era dura, decidida. Como el hombre al que estaba enterrando, el sacerdote era un chico de Brooklyn. No podía dejar de preguntarme si habría oído la confesión de Jack.

Una niña empezó a llorar en la primera fila. Era Kate. La tenía su madre en brazos. La cara de Dorothy estaba pálida y demacrada. A su lado se sentaba Charlie, con americana y pantalones de franela. Era la viva imagen de su padre. Tanto, que me costaba mirarle.

El sacerdote avanzó rápidamente por las oraciones en latín de la misa. Cada vez que volvía al inglés y hablaba de «nuestro hermano difunto, Jack», me escocían los ojos. Se oyeron algunos sollozos sofocados, sobre todo de Meg, que estaba sentada al otro lado de Charlie y le rodeaba con el brazo. No

reconocí a nadie más. Me quedé sentada en la última fila de la iglesia, lejos de la congregación. Me mezclé con unos pocos parroquianos que habían entrado a rezar o sencillamente a refugiarse de la humedad de aquel día de abril.

Tenía que estar allí. Tenía que despedirme. Pero también sabía que mi sitio estaba al fondo de la iglesia, lejos de Dorothy y los niños; lejos de Meg. Ya le había causado bastante aflicción a aquella familia. No quería causarles más con mi aparición. Así que llegué a la iglesia quince minutos antes del funeral y esperé en un portal en el lado opuesto de la Calle 82. Vi cómo dos limusinas se paraban enfrente y la familia entraba en la iglesia. Me quedé fuera cinco minutos más, hasta que estuve segura de que habían entrado todos los asistentes. Luego, me envolví la cabeza con un pañuelo, crucé la calle, subí los escalones de la iglesia y, con la cabeza baja, me senté discretamente en la última fila. La visión del ataúd fue como una patada en el estómago. Hasta aquel momento, la idea de que Jack pudiera estar muerto me parecía absurda, inconcebible. Después de leer su obituario en el *New York Times*, olvidé la película que se suponía que tenía que ir a ver, y me dediqué a pasear sin rumbo por la ciudad el resto del día. En algún momento, volví a casa. Estaba oscuro. Abrí la puerta. Entré. Me quité el abrigo. Me senté en una butaca. Me quedé en aquel sillón un buen rato. Hasta una hora después no me di cuenta de que no había encendido ninguna luz en el piso y estaba sentada sola y a oscuras. Sonó el teléfono. No le hice caso. Me fui al dormitorio. Me desvestí y me metí en la cama. Me tapé hasta arriba con las mantas. Miré el techo. Esperaba desmoronarme de un momento a otro, desesperarme y llorar sin control. Pero estaba demasiado conmocionada para llorar. La enormidad de lo sucedido, la terrible certeza de que nunca volvería a hablar con él, me habían vuelto insensible. No podía comprender su pérdida. Como ahora no podía comprender por qué me había mostrado tan obstinada, tan intratable, tan despiadada durante cuatro años. Cuatro años separada del hombre al que amaba: una separación provocada por su horrendo error... pero luego mantenida por mi incapacidad de comprender, de demostrar piedad. Al castigarle me había castigado a mí misma. Cuatro años. ¿Cómo había podido despilfarrar aquellos cuatro años?

No dormí en toda la noche. En un momento dado me levanté de la cama, me vestí. Salí del piso y estuve dos horas sentada en una cafetería de Broadway con la Calle 76. Amaneció. Me levanté. Pagué la cuenta. Fui hacia Riverside Park. Caminé siguiendo el río. Me senté en un banco. Contemplé el Hudson. Deseaba llorar, pasar por un gran momento catártico. Pero solo podía mirar sin expresión el agua y pensar que tal vez, a mi modo, lo había matado.

Finalmente volví al piso. El reloj de la cocina decía que eran las nueve y cuarto. Sonó el teléfono. Esta vez lo cogí. Era Joel Eberts.

—Gracias a Dios —dijo, cuando oyó mi voz—. Ayer te estuve llamando todo el día. Me tenías preocupado.

—No había necesidad.

—Pareces cansada.

—He pasado mala noche.

—No me sorprende —dijo—. Cuando vi el anuncio en el *Times* de ayer, pensé...

—Lo llevo bien —dije, en voz baja.

—¿Tienes idea de cuál fue la causa de la muerte?

—No.

—¿No intentó ponerse en contacto contigo desde que volviste?

—No, nunca —mentí, incapaz de hablar de aquello en aquel momento.

—Probablemente es lo mejor.

No dije nada.

—¿Seguro que estás bien, Sara?

—Es solo la impresión, no pasa nada.

—Bueno, pero si no estás bien, quiero que sepas que estoy aquí. Llámame a cualquier hora.

—Gracias.

—Y haz lo que hazas... no te sientas culpable. Sucedió todo hace mucho tiempo.

Pero sí me sentía culpable. Totalmente.

Por puro agotamiento me metí en la cama a las siete de la tarde. Me desperté después de las cinco. Fuera todavía estaba oscuro, pero había

dormido profundamente y me sentía extrañamente descansada. Sabía que el funeral empezaría dentro de cuatro horas. Me daba miedo ir. No tenía más remedio que hacerlo.

Sentada en el fondo de la iglesia, mantuve la cabeza baja y dejé que las palabras de la misa resonaran en mis oídos.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: dona eis requiem.

«Cordero de dios, tú que perdonas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.»

O, incluso más desgarrador:

Lacrimosa dies illa, qua resurget ex favilla judicandus homo reus; huic ergo parce, Deus.

«En este día lleno de lágrimas, cuando de las cenizas resurja el culpable para ser juzgado: Oh Señor, ten piedad de nosotros.»

Me apreté las manos contra los ojos. Le había juzgado. Y sí, finalmente le había perdonado. Demasiado tarde.

Kate volvió a llorar. Pero esta vez no hubo forma de consolarla. A los pocos minutos, se puso a llorar a voz en grito. Yo había estado todo el rato con la cabeza inclinada, pero la levanté precisamente cuando Meg venía por el pasillo. Era obvio que había decidido sustituir a Dorothy con la niña, porque llevaba a su sobrina en brazos y se dirigía a la puerta. Me vio y se detuvo inmóvil; primero, su cara expresó el impacto, luego se endureció en una expresión cercana al más puro y frío desprecio. Volví a bajar la cabeza rápidamente. Quería salir corriendo, pero sabía que ella estaría fuera con la niña. Estuve así diez minutos, absolutamente avergonzada. La misa continuó, el sacerdote pidió de nuevo que rogáramos por el alma de «un buen marido, un buen padre y un hombre responsable». Un instante en que no dijo nada, oí pasos. Me volví rápidamente y vi a Meg a medio camino en el pasillo, con una Kate más tranquila en brazos, dirigiéndose a la primera fila. Inmediatamente, me levanté del banco y salí corriendo por la puerta principal, bajé los escalones y me metí en el primer taxi que pude encontrar.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

—No lo sé. Conduzca.

Bajó por Broadway. En la calle 42 bajé del taxi y me metí en el primer cine que encontré. Estuve allí durante dos películas. Luego me metí en otro cine, y volví a ver dos películas. Luego fui caminando al Automat y me tomé un café. Mientras estaba allí, tomé una decisión que me había estado dando vueltas por la cabeza durante todas aquellas horas me terminé el café. Miré el reloj. Eran las siete de la tarde pasadas. Volví a la Calle 42 y paré un taxi en dirección este. En la Primera Avenida, le pedí al taxista que parara ante un edificio de apartamentos llamado Tudor City. Había un portero. Estaba ocupado con una entrega de víveres. Le dije que iba a ver a Margaret Malone. Me miró y decidió que no parecía siniestra.

—¿La está esperando?

Asentí con la cabeza.

—Apartamento 7E. A la derecha.

Subí con el ascensor al séptimo piso. Crucé decidida el pasillo en dirección al apartamento E. Antes de perder el coraje, llamé al timbre. La puerta se abrió casi enseguida. Meg estaba allí, todavía vestida con el traje negro que se había puesto para el funeral. Parecía cansada, agotada. Tenía un cigarrillo encendido en la mano izquierda. Parpadeó al verme. Apretó los labios.

—¿Estás de broma o qué? —dijo.

—Meg, puedo...

—No. No puedes. Lárgate.

—Si quisieras escucharme...

—¿Como tú escuchaste a mi hermano? Vete a la mierda.

Después de esto me cerró la puerta en las narices. Puse una mano en la pared para apoyarme, hasta que dejé de temblar. Al cabo de un momento, la puerta se abrió de nuevo. De repente Meg parecía destrozada, acongojada. Me acerqué un paso. Ella hundió su cabeza en mi hombro. Lloró desconsoladamente. La rodeé con los brazos y finalmente me eché a llorar yo también.

Cuando nos calmamos un poco las dos, me hizo pasar a su salón y me indicó un sillón. El piso era pequeño y de un solo dormitorio, amueblado de

cualquier manera, repleto de libros y periódicos y ceniceros rebosantes de cigarrillos. Meg se fue a la cocina y volvió con una botella de escocés y dos vasos.

—Medicina —dijo, sirviendo dos vasos.

Me pasó uno, se hundió en un sillón frente al mío y encendió otro cigarrillo. Después de dos inhalaciones, habló.

—La verdad es que no quería volver a verte.

—No me extraña —dije.

—Pero también te entendía. De haber sido Jack, en lugar de Eric, yo habría sido despiadada.

—Fui demasiado despiadada.

Otra inhalación de su cigarrillo.

—Sí —dijo—. Lo fuiste. Pero... me dijo que le habías perdonado.

—¿Te lo dijo?

—Sí. Una semana antes de morir. Sabía que se estaba muriendo desde hace un año.

—¿Un año?

—Al menos. La leucemia es implacable. Cuando la tienes, sabes que el juego ha terminado.

—¿Leucemia? —dije, impresionada—. Pero no tenía ningún historial...

—Sí, se presentó sin más. Como tantas catástrofes.

—¿De modo que Jack no había ido a Boston por trabajo?

—No, estaba en el Mass General Hospital, a cargo de un especialista muy afamado, uno de los mejores del país. Estaba probando un tratamiento nuevo para intentar salvarlo. Pero como me dijo el médico una semana antes de que Jack muriera, no había tratamiento posible.

—Al menos Steele y Sherwood pagó la factura.

—¿Qué dices? Steele y Sherwood no pagó ni un penique de sus gastos médicos.

—Pero a mí me dijo que volvería a trabajar para ellos... que estaba de baja.

—Te lo dijo porque no quería contarte la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que lo echaron hace dos años.

Busqué el vaso de whisky y tomé un trago largo.

—Pero si era uno de sus mejores ejecutivos —dije.

—Sí —dijo Meg—. Era. Hasta que se vino abajo después de...

Dudó un momento.

—Bien, te seré franca, Sara. Después de que Eric muriera y tú te negaras a hablar con él, Jack sufrió una depresión. Dejó de dormir, adelgazó mucho y empezó a presentarse en las reuniones sin afeitado y con un aspecto dejado. Un par de veces se desmoronó ante los clientes. Hay que admitir que en Steele y Sherwood fueron bastante comprensivos. Al cabo de seis meses de esta clase de comportamiento errático, le dieron la baja e incluso lo mandaron a un psiquiatra a cargo de la empresa. Todos creían que estaba mejorando. Pero se equivocaban.

—¿Fue entonces cuando me escribiste a París?

—Sí. Fue cuando te escribí.

Una carta. Una carta breve y generosa era lo único que me pedía. Y yo no fui capaz ni siquiera de esto. El orgullo es la más cegadora y egoísta de las emociones.

—En fin —dijo Meg—, durante las pocas semanas en que volvió a trabajar, todos creyeron que volvía a ser el mismo de antes. Pero no lo logró. Empezó a saltarse reuniones y era incapaz de cerrar un trato. Lo aguantaron seis meses más, y finalmente lo llamaron un día y le pidieron que vaciara la mesa. No se portaron mal con él: le pagaron seis meses más y el seguro médico durante un año. Lo peor es que ya no pudo encontrar otro empleo, porque se le agudizó la depresión cuando lo echaron. El nacimiento de Kate lo animó un poco, pero después de que ella naciera, empezó a parecer muy anémico y los ganglios del cuello se le hincharon. Yo le decía que no se preocupara, que su cuerpo reaccionaba a la tensión que había sufrido. Pero en el fondo me temía lo peor. Lo mismo que Jack. Y cuando finalmente le diagnosticaron...

Calló y cogió la botella de escocés. Llenó los dos vasos.

—Una cosa es cierta —dijo—. Dorothy se ha portado de maravilla. Teniendo en cuenta que no podía soportar a mi hermano, que el matrimonio fue un terrible error, y que ella odiaba todo lo que tenía que ver con la vida

que llevaba con él, aun así no le dejó. Hasta el final.

—Él me dijo que lo había echado de casa después de enterarse de que había testificado en Washington.

—Sí, se quedó consternada al enterarse de que había cooperado con la comisión... sobre todo cuando supo que aquello había desencadenado la muerte de tu hermano. Peor aún, no podía soportar verle tan destrozado por haberte perdido. No la culpo. Pero finalmente, después de hablar mucho con ella, le permitió volver a casa. Porque en el fondo a ella no le gustaba nada estar sola. No es que tuviera nada que ver con él otra vez de una forma «marital», excepto una noche de borrachera, que es como Kate apareció en escena.

—Lo mencionó.

—Lo que probablemente no mencionó fue que el dinero se acabó a los seis meses. Luego nació Kate, después le diagnosticaron leucemia, y en esa época su seguro médico ya se había terminado. Su último año de vida fue un desastre económico total. Tenía algunas acciones, pero tuvo que venderlas para pagar a los médicos. Las cosas se pusieron muy feas. Tanto, que he estado pagando su alquiler los últimos tres meses. Y, entre la factura del Mass General Hospital y el funeral, Dorothy se ha quedado con una deuda de ocho mil dólares, por no hablar del pequeño problema de criar a dos hijos ella sola.

Tomé otro sorbo de whisky.

—Siento como si todo fuera culpa mía —dije.

—Es una tontería y tú lo sabes.

—Pero debería haberle escrito aquella carta que tú querías que escribiera.

—Sí, deberías haberlo hecho. Pero, ¿eso habría impedido que siguiera deprimido? ¿Quién lo sabe? Seguía culpándose por lo de Eric. En cuanto a su enfermedad... Sara, por mucho que digan los novelistas románticos baratos, un corazón roto nunca ha causado leucemia. Jack se encontró con su destino genético. Es tan sencillo como esto.

—Pero si le hubiera perdonado hace años...

—¿Ahora eres tú la que pides la absolución?

—Me equivoqué.

—Estoy de acuerdo. Pero Jack también se equivocó. Y sí, durante un tiempo te odié por no ayudarlo cuando te necesitaba.

—¿Ya no?

Apagó su cigarrillo y encendió otro inmediatamente.

—He perdido a mi hermano, mi único pariente. Como tú perdiste al tuyo. En estas circunstancias, no tiene mucho sentido odiarse. En fin, que aceptaras verle hace dos semanas significó mucho para él.

—Si me hubiera dicho lo enfermo que estaba...

—¿De qué habría servido? Creo que hizo bien en no decírtelo. Como sé que en aquellas cartas que te escribió no mencionaba nunca su depresión, ni que lo habían despedido. Jack tenía su dignidad. Más que nada, creía que ya te había hecho bastante daño y no quería hacerte sentir culpable. Lo que me decía siempre, una y otra vez, era cuánto te echaba de menos y cuánto lo sentía.

—Nunca llegué a leer las cartas.

—Podrías leerlas ahora.

—Las tiré.

Meg se encogió de hombros.

—Te amaba, Sara. Deberías haberle visto la cara cuando hablaba de ti. Se ponía incandescente. Nunca había visto nada igual. Si te he de ser sincera, no lo comprendía, porque nunca he sentido nada igual por nadie. Sé que mi hermano podía ser un imbécil. Que tomó algunas decisiones horribles. No sabía afrontar las cosas importantes. Tenía el desgraciado hábito de perder la cabeza. No sabes cómo se odiaba por haberte fallado dos veces. Y por haberle fallado a Eric. Cómo se odiaba por haberle fallado a Dorothy y a los niños. Pero también sé que, en el fondo, hacía lo que podía como todos los demás. Lo hacía lo mejor que podía. A lo mejor no era mucho. Pero, al menos, te quería de verdad. Sin condiciones. ¿Cuántas veces sucede esto en la vida?

Sabía la respuesta a esta pregunta, pero no dije nada. Porque no podía.

—¿Me harías un favor? —pregunté finalmente.

—Lo dudo. Pero, a ver, prueba.

—Quiero que le pidas a Dorothy que me reciba.

—Ni hablar. Puede que yo ya no te odie. Pero ella sí. Siempre te ha odiado. Y ahora ya tiene bastantes problemas para tener que perdonarte. Lo cual, te lo aseguro, no hará nunca.

—No quiero que me perdone. Solo quiero...

—No me importa lo que quieras. No hay forma de que mi cuñada acepte recibirte.

—Escúchame —dije.

Meg obedeció. Y cuando terminé de hablar, se quedó un rato callada.

—De acuerdo —dijo—. Lo intentaré.

Unos días después, me llamó a casa.

—He hablado con Dorothy. Me costó mucho, pero ha aceptado verte. No le he explicado mucho. De hecho, lo he dejado todo muy vago, excepto que era muy importante que os vierais. Créeme, era muy reticente. Pero la he convencido, le he dicho que tenías que hablar con ella de un tema crucial. No esperes que sea un encuentro agradable, Sara. Ella te considera responsable de muchos de sus problemas.

—Tiene razón. Lo soy.

—Hay una cafetería en la esquina de Ámsterdam con la 86. ¿Puedes estar mañana a las cuatro? Yo saldré temprano del trabajo para poder quedarme con Charlie y Kate mientras ella está contigo.

Acepté. La tarde siguiente llegué a la cafetería un poco antes de las cuatro. Encontré un reservado en el fondo. Pedí un té, y no dejé de agitarlo mientras esperaba que llegara Dorothy. Llegó diez minutos tarde. Llevaba un traje de cheviot sencillo y una blusa Peck and Peck. Parecía muy cansada, tenía el pelo recogido en un moño tirante que le acentuaba las ojeras. Se sentó frente a mí. No me saludó. Solo dijo:

—¿Querías verme?

—Gracias por venir —dije muy tensa—. ¿Un café?

Negó con la cabeza.

—¿Otra cosa? ¿Un té? ¿Una taza de chocolate? ¿Un sándwich?

—Nada. Querías verme. Estoy aquí. Tengo veinte minutos, ni uno más.

—¿No está Meg con los niños?

—Sí, pero Charlie tiene tonsilitis, y esperamos al pediatra en casa sobre las

cuatro y media. O sea que tendremos que hablar deprisa.

—Bien... —dije, aclarándome la garganta, y sin saber muy bien cómo plantear el tema—. Meg me dijo que tenías dificultades económicas.

—Mi cuñada es muy habladora. Mis dificultades son cosa mía, no tuya.

—No pretendía curiosear. Es que... quiero ayudarte.

—¿Ayudar? —dijo con una risa seca—. ¿Ayudarme? No, gracias.

—Entiendo cómo te sientes...

—No seas paternalista.

—No soy paternalista.

—Pues no me digas cómo me siento. Sé cómo me siento: enfadada. Enfadada por no haber tenido el valor hace diez años de decirle a Jack que no nos casáramos solo porque yo estuviera embarazada. Enfadada por haber seguido con este matrimonio cuando no había amor entre nosotros. Y enfadada porque no tuve agallas para terminarlo cuando me habló de ti.

—Nunca le empujé a dejarte.

—Sí, ya lo sé. Él me dijo que no querías hacer el papel de destrozadora de hogares; que eras muy comprensiva con su necesidad de mantener a su familia unida, aunque le adorabas.

—Le adoraba.

—Felicidades. Él estaba igual de loco por ti. Era como vivir con un adolescente enfermo de amor. No sé por qué lo aguanté.

—¿Por qué lo aguantaste?

—Porque teníamos un hijo. Porque me educaron para creer que había que aceptar los propios errores. Porque también me educaron para creer que la respetabilidad es lo más importante. Y porque soy una mujer tonta y débil que no tuvo el valor suficiente para darse cuenta de que podía vivir sin marido. Y luego resultó que mi marido era un hombre tonto y débil que denunciaba a los demás.

—Lo hizo porque le daba un miedo terrible perder su trabajo, y perder la capacidad de manteneros a ti y a Charlie.

—¿Ahora le defiendes? ¿Después de destrozarle emocionalmente con tu rechazo? Bueno, lo más gracioso de la situación es que al denunciar lo perdió todo: a ti, su trabajo, a mí una temporada...

—Pero volviste a aceptarlo...

—Más debilidad por mi parte. Charlie le echaba muchísimo de menos. Decidí que necesitaba a su padre.

—¿Pero tú no?

Un largo silencio.

—Claro que le necesitaba. No le quería pero aun así le necesitaba. Y luego, al ponerse enfermo..., es curioso, cómo descubrimos nuestros verdaderos sentimientos por las personas cuando es demasiado tarde. Fue horrible ver cómo se moría. Horrible. Y hubiera hecho cualquier cosa para que no muriera. Costara lo que costara. Por eso se fue a Boston, porque yo había oído hablar de un especialista del Mass General que probaba un nuevo tratamiento contra la leucemia. Jack no quería ir, sobre todo porque sabía el dinero que costaría, y porque no teníamos dinero. Pero yo insistí. Porque quería que viviera.

—Entonces sí le querías.

Ella se encogió de hombros.

—Al final. Sí. Cuando por fin se libró de ti.

No dije nada.

—¿No se puso en contacto contigo cuando volviste a la ciudad? — preguntó.

—No.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Sí —dije, tratando de parecer sincera.

—Me alegro. Porque no quería que volviera a verte. Porque no te merecías...

Calló y se puso a desmenuzar una servilleta de papel sobre la mesa.

—Cómo te odiaba —susurró—. Y la razón de que te odiara tanto era que tenías su amor.

—Pero luego lo rechacé.

—Sí. Y tengo que admitir algo horrible: me alegré cuando lo hiciste. Porque pensé que te arrepentirías. Y es así.

Tiró lo que quedaba de la servilleta. Hubo un momento de silencio.

—Sé que ahora tienes problemas económicos —dije.

—¿Y a ti que te importa?

—Me gustaría ayudarte.

—Ni hablar.

—Escúchame por favor. Cuando Eric murió, cobré una póliza de seguros de la NBC de cuarenta y dos mil dólares. La invertí. Ahora vale más de sesenta y cinco mil dólares. Lo que quiero proponerte es esto: te daré ocho mil dólares para pagar a los médicos y el funeral. Y pondré los cincuenta y siete mil restantes en un fondo que pagué para Kate y Charlie. El fondo generará unos ingresos que puedes utilizar para la escuela y más tarde la universidad, o lo que tú creas...

Me interrumpió.

—¿Y tú qué quieres a cambio?

—Nada.

—No te creo.

—Es verdad.

—¿Quieres darnos sesenta mil dólares... a cambio de nada?

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto.

—O quizá para aliviar un poco tu conciencia.

—Sí, quizá sí.

Cogió otra servilleta y empezó a desmenuzarla.

—¿A cambio de nada? —preguntó.

—De nada —dije.

—No soy un caso de caridad.

—Se trata de un regalo, no una caridad.

—¿Y tú de qué vivirás cuando seas vieja y no puedas escribir artículos?

—El acuerdo de divorcio me dejó una cantidad considerable de dinero. Lo tengo bien invertido. Algún día me proporcionará una buena pensión.

La servilleta se le cayó de las manos.

—¿Tú no podías tener hijos, verdad? —preguntó.

La miré a los ojos.

—Exacto: no podía tener hijos. ¿Te lo dijo él?

—Sí, me lo dijo, para que no temiera que él formara otra familia contigo y luego desapareciera. En aquel momento, me alegré de que no pudieras tener hijos. ¿No es horrible? Pero es porque te odiaba muchísimo. Para mí, ponías en peligro todo lo que tenía.

—¿No es siempre esta la base del odio?

—Supongo que sí.

Silencio.

—Quiero que aceptes el dinero, Dorothy.

—¿Y si lo aceptara...?

—Cuestión concluida. El dinero es tuyo.

—Este... regalo... no te dará nunca ningún derecho sobre Kate o Charlie.

—No espero nada a cambio.

—No tendrás nada a cambio. Esta es la única condición que pongo para aceptar el regalo: solo lo aceptaré si estás de acuerdo en que, mientras yo viva, nunca te pondrás en contacto con mis hijos. Y una cosa más: a partir de hoy, no quiero saber nada más de ti.

Sin dudar, dije:

—De acuerdo.

—¿Me das tu palabra?

—Te doy mi palabra.

Silencio. Buscó en su bolso y sacó un cuadernito y una pluma. Escribió un nombre y un número en una hoja de papel, la arrancó y me la dio.

—Este es el teléfono de mi abogado. Puedes hablar con él sobre la creación del fondo.

—Lo haré mañana por la mañana.

Silencio. Luego dijo:

—¿Sabes lo que pienso a veces? Que si aquella tarde en Central Park no se hubiera encontrado contigo... Recuerdo tan bien aquella tarde. Salimos a pasear. Él estaba cansado. Quería volver a casa. Pero hacía un día tan precioso que insistí para que fuéramos a la glorieta del lago. De repente, tú estabas allí... y todo cambió. Todo porque le pedí que llegáramos hasta el lago.

—Así es la vida, ¿no? Suerte, fatalidad...

—Y elección. Las cosas pueden suceder por casualidad, como mi embarazo, o que tú te encontraras a un antiguo amante en el parque. Pero entonces tomamos decisiones. Con esto es con lo que tenemos que vivir: no con la casualidad ni la suerte, sino con las decisiones que tomamos después. Porque estas determinan nuestro destino.

Miró su reloj.

—Tengo que irme.

Se levantó. Yo hice lo mismo.

—Adiós —dije.

—Adiós.

Me tocó ligeramente la manga y dijo una sola palabra:

—Gracias.

No volví a verla nunca más. No volví a hablar con ella. No me acerqué a sus hijos. Cumplí la condición que había exigido. Mantuve mi palabra. Hasta que murió.

CUARTA PARTE

Kate

I

«Hasta que murió.»

Así terminaba el manuscrito. Sostuve la última página en la mano, mirando fijamente la última línea. La dejé caer sobre la desordenada pila de páginas esparcidas por el suelo junto al sofá. Me recosté. Miré sin ver a través de la ventana, intentando pensar, sin saber qué pensar. La primera luz del amanecer se abría camino en el oscuro cielo. Miré el reloj. Las seis y cuarto. Había leído toda la noche.

Finalmente hice un esfuerzo para levantarme. Entré en el dormitorio. Me quité la ropa. Estuve un largo rato bajo la ducha. Me vestí y preparé café. Mientras se filtraba, recogí las páginas del manuscrito y las volví a meter en la caja. Me tomé el café. Cogí el abrigo y la caja con el manuscrito. Salí del piso. El portero me buscó un taxi. Le dije al chófer que iba a la Calle 42 con la Quinta Avenida. Mientras cruzábamos la ciudad, hice una llamada con el teléfono móvil. Contestó Meg, con un «diga» acompañado de un soplido bronquial.

—Voy a tu casa —dije—. Ahora.

—¿Pero qué hora es? —preguntó.

—Poco más de las siete.

—Cielo santo. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. He estado levantada toda la noche. Leyendo.

—¿Leyendo qué?

—Creo que ya lo sabes.

Silencio. Lo interrumpí yo.

—Creo que sabes dónde estuve ayer por la tarde.

—No tengo ni idea —dijo.

—Mentirosa.

—Me han llamado cosas peores. ¿Tengo que ponerme un traje antillamas antes de que llegues?

—Sí —dije, y colgué.

Cuando llegué, Meg llevaba puestos un pijama de hombre y una bata. Los dos cigarrillos de rigor ya se estaban quemando en el cenicero. En el televisor estaba puesta la CNN, con el volumen demasiado alto. Como siempre, había un montón de libros y periódicos en un sillón. Los restos de una cena reciente, comida china a medio terminar, todavía estaban en la mesita que le servía de escritorio y de mesa de comedor. El piso era el mismo que había conocido yo toda mi vida. Estaba tal como debió de verlo Sara, cuando fue allí la noche del funeral de mi padre en 1956.

—No pienso volver a hablarte en mi vida —le dije al entrar y tiré la caja del manuscrito sobre el sofá.

—Me alegra oírtelo decir —dijo ella, apagando el televisor—. ¿Café o café?

—Café. Y una explicación.

—¿Sobre qué? —preguntó, sirviéndome una taza de su cafetera eléctrica.

—No te pongas evasiva conmigo, Meg. No es tu estilo.

—Y yo que creía que podía jugar ahora que se acerca la Navidad.

—Menudo libro —dije, con un gesto de la cabeza hacia la caja del manuscrito—. Supongo que lo habrás leído.

—Sí —dijo ella—. Lo he leído.

—No te habrá contratado como editora, ¿verdad?

—Lo leí como amiga.

—Ah, sí, lo había olvidado. Tú y la señora Misteriosa resulta que sois carne y uña desde hace cuatro décadas. Y ahora supongo que la vas a ayudar a publicar su libro.

—No quiere publicarlo. Lo escribió para sí misma.

—Entonces, ¿por qué quería que lo leyera yo?

—Es parte de tu vida. Tenías que saberlo.

—¿Tenía que saberlo ahora? ¿Justo después del funeral de mi madre?

Se encogió de hombros y no dijo nada.

—Deberías habérmelo contado, Meg. Deberías habérmelo contado hace años —dije.

—Tienes razón, debería. Pero Dorothy insistió mucho en que no. Porque me dejó muy claro que no tocaría el dinero del fondo si uno de vosotros se enteraba.

—Nunca debería haber aceptado el fondo.

—De no haberlo hecho, no habrías recibido la estupenda educación privada que recibiste...

—No me importa.

—Sí te importa... y lo sabes. Porque Dorothy fue muy valiente haciendo lo que hizo. Caramba, piénsalo: tener que depender del dinero de la amante de tu difunto esposo para poder llevar a tus hijos a la escuela.

—Pero yo creía que era el tío Ray el que pagaba nuestra educación.

—Ray nunca le dio a tu madre ni un centavo. Era un perfecto WASP cicatero. No tenía hijos, pero sí un próspero gabinete en Boston y una cuenta en el banco aún más próspera... Cuando su hermana y su marido lo pasaron mal, después de que Jack perdiera su empleo en Steele y Sherwood, Ray dijo que no tenía dinero. Ni siquiera cuando Jack se moría en el Mass General aquel imbécil fue a verle una sola vez... aunque el hospital estaba a diez minutos a pie de su casa de Beacon Hill. Aún peor, no pasó ni un solo minuto consolando a su hermana después de que Jack muriera. Durante un almuerzo la tarde antes de que Jack muriera, le dijo a su hermana que no debería haberse casado con aquel «chico de Brooklyn». Dorothy apenas habló con él después de aquello. De todos modos, no creo que se gustaran demasiado. A él le parecía mal todo lo que Dorothy hacía. Sobre todo tratándose de mi hermano.

—Pero a mí siempre me dijo que Ray era nuestro gran benefactor.

—Tu madre tuvo que inventarse una historia para justificar el dinero. No sabes cómo le enfurecía tener que aceptar el dinero de Sara. Y aunque nunca hablaba mucho de ello, eso la fue consumiendo. Sin embargo, era muy

pragmática. No podía costear vuestra educación con lo que ganaba con su empleo de bibliotecaria. Así que se tragó su orgullo, como hacía siempre, la pobre, e hizo lo que era mejor para sus hijos.

—¿Quieres decir ocultarme todo esto hasta los cuarenta años?

—Estaba muy empeñada en que ninguno de vosotros dos lo supiera. Porque creo que le daba miedo lo que pudierais pensar. El caso es que una semana antes de morir, fui a verla al hospital. Ella sabía que solo le quedaban un par de días. Y me preguntó: «Cuando yo ya no esté, ¿vas a contárselo?». Le dije que no te diría nada si era lo que ella quería. «Tú misma —dijo—. Pero si decides que tiene que saberlo, deja que sea ella la que se lo cuente a Kate. Es tanto su historia como la mía.»

—¿Pero cómo sabía dónde estaba Sara?

—De vez en cuando, me preguntaba por ella. Sabía que Sara y yo nos habíamos hecho buenas amigas y que nos veíamos a menudo. Como también sabía que, a través de mí, Sara seguía vuestros progresos.

—¿Seguía mis progresos? A juzgar por la galería de fotos que tiene en casa, por no hablar del álbum que me mandó, creo que hacía algo más que esto. Con tu ayuda.

—Tienes razón. Yo le di las fotografías. Le di todos los recortes de periódico. La mantuve al día de lo que te sucedía. Porque quería saberlo. Porque se preocupaba sinceramente por ti. Y porque yo creí que se merecía saber cómo te iba.

—¿A mamá no le importaba?

—No lo decía. Pero, diez años después de la muerte de Jack, me hizo un comentario de pasada sobre cómo «aquella mujer había mantenido su palabra de no acercarse a nosotros». Un par de años después, cuando representaste *Guys and Dolls* en la escuela, Sara fue a ver la función. Yo estaba con tu madre, y sé que Dorothy la vio. Pero no dijo nada. Como no dijo nada cuando se presentó en tu graduación de Brearley y Smith. De nuevo, Dorothy sabía que estaba allí, pero también vio que Sara cumplía lo acordado. Y creo que, a su manera, le gustaba que Sara se interesara tanto por ti y tus progresos. Recuerda que cuando te graduaste en Smith, tu padre llevaba veinte años muerto. Y Dorothy se había dado cuenta de que el fondo había representado

una gran ayuda para criaros a ti y a Charlie. A su modo silencioso, le estaba agradecida.

—Pero ¿nunca volvieron a verse?

—Jamás. Fueron cuatro décadas de silencio... y solo vivían a siete manzanas de distancia. Pero ya sabes cómo era tu madre. Como un tarro con un sello de acero en la tapa.

—Qué me vas a decir. Negociar algo con ella era como tratar con Jimmy Hoffa.

—Es lo que te digo. Pero aunque fuera tozuda, también tenía un gran sentido ético. Por eso me dio a entender que, si alguien tenía que contarte la historia, tenía que ser Sara. Porque era su forma no pronunciada de decirle a Sara que no se iba a la tumba enfadada con ella. Fue un gesto, una *mitzvah*. Creo que la última idea de Dorothy sobre este tema fue: si yo ya no estoy aquí para preocuparme por esto, dejemos que ella te conozca.

—Entonces ¿por qué no me la presentaste tú?

—La tozuda de tu madre tuvo la última palabra en esto. «Si esa mujer decide que quiere conocer a Kate, tienes que prometerme que no le dirás nada a Kate antes. De hecho, quiero que niegues conocerla. Que ella encuentre la manera de ponerse en contacto con Kate... y a ver si Kate quiere escucharla.»

Meneé la cabeza con incredulidad. Era típico de mi madre. Perdón, pero con un pequeño mensaje implícito en la absolución. Siempre sabía incluir una lección moral, aunque lo disimulara con una olorosa pantalla de humo de decoro y buenos modales. Sin duda, aquel era su último golpe maestro. Me entendía mejor que nadie. Sabía —la maldita— que me comportaría con dureza y resistiría todos los intentos de ver a una anciana señora que, de entrada, clasificaría como chiflada. Como sabía que Sara era suficientemente voluntariosa para lograr lo que quería y obligarme a verla. ¿Y entonces? Entonces estaría en posesión de la historia, pero solo la versión de Sara de lo sucedido. De haber querido mi madre aclarar su punto de vista, lo habría hecho ella misma antes de morir. O me habría dejado una larga carta de explicación. Pero, por razones que solo podía imaginar, había elegido el silencio... y el riesgo de que solo oyera la versión de Sara. Aquella decisión me desconcertaba profundamente.

—Pero deberías haberme advertido de que había una bomba apuntada en mi dirección —dije.

—Una promesa es una promesa —advirtió Meg—. Tu madre me hizo prometer sobre un montón de biblias que no te diría ni una palabra. Sabía que no serías precisamente una admiradora mía después de conocer a Sara. Pero... ¿qué puedo decir? Si he aprendido algo del catolicismo es a guardar un secreto.

—¿Estás segura de que Charlie no sabía nada?

—¿Don autocompasión? Ya desde niño estaba demasiado ocupado sintiendo lástima de sí mismo para enterarse de lo que pasaba a su alrededor. Y como no se dignó hablar con tu madre en los últimos quince años... No, Charlie estaba a oscuras en este asunto. Y siempre lo estará. A menos que tú se lo cuentes.

—¿Para qué? Solo reforzaría la convicción de Charlie sobre su desgraciada herencia. Y cuando supiera que papá era un canalla...

Meg se giró de repente.

—No le llames así nunca, nunca.

Su voz era dura y airada.

—¿Por qué no? —dije—. Solo destrozó un par de vidas. Y ahora, mira qué bien, viene a por la mía.

—Bueno, cariño, no sabes cómo siento que tu frágil psique se vea socavada por el descubrimiento de que tu padre fue una persona complicada...

—¿Complicada? Hizo unas cosas horribles.

—Sí, las hizo. Y Dios sabe que pagó por ellas. Como Sara pagó por sus malas decisiones. No pasas por la vida sin cumplir condena por tus errores.

—Dímelo a mí. Soy la niña del anuncio de «Todo lo hago mal».

—No, tú eres la niña del anuncio de la autoflagelación. Lo cual es una estupidez.

—Esa soy yo: *me niego a ser feliz*. Es una gran tradición de la familia Malone.

—¿Qué familia no está chiflada? ¿Qué familia no tiene algo que esconder? Vaya cosa. Pero lo que más me entristece, lo que ni yo ni tu madre pudimos

entender nunca era por qué, estos últimos diez años, parecías tan decepcionada con todo. Sobre todo contigo misma.

—Porque soy decepcionante.

—No digas esto.

—¿Por qué no? Le he fallado a todo el mundo: a mi madre, a mi hijo. Incluso al imbécil de mi exmarido. Y a mí. Me he fallado a mí misma.

—Estás tan equivocada —dijo ella, intentando cogerme la mano.

Pero yo la aparté.

—No lo estoy.

—¿Sabes qué descubrí hace tiempo? Que en la vida todo es básicamente catastrófico. Pero la cuestión es que las historias no terminan feliz o trágicamente. Simplemente terminan. Y normalmente con bastantes líos. Mientras uno sepa que todo es una carnicería que acabará un día u otro, pues bueno...

—Ya, intenta ser feliz entre los escombros.

—Oye, que la felicidad no es un delito.

—No sé cómo ser feliz.

—Lo eras, y lo sabes.

—Sí, pero esto era antes de que empezara a cometer errores....

—¿Con los hombres, quieres decir?

—Tal vez.

—Mira, yo podría escribir un libro con cada una de las desilusiones y con toda la tristeza y los fracasos que he sufrido. ¿Y qué? A todo el mundo le pasan cosas espantosas. Es la ley básica de la vida. Pero también lo es algo muy simple: no hay más remedio que seguir adelante. ¿Soy feliz? No especialmente. Pero tampoco soy desgraciada.

Me quedé mirando la taza. Ya no sabía qué decir, pensar o sentir.

—Vete a casa, Kate —me dijo Meg cariñosamente—. Necesitas dormir.

—Para decirlo suavemente —dije, levantándome del sofá.

Ella también se levantó.

—Creo que mañana llamaré al abogado de mamá —continué—. Tenemos que leer el testamento. Aunque no haya mucho que legar. A mí me parece que el fondo se acabó cuando yo salí de la universidad.

—Utilizó bien el dinero, para vosotros dos.

—Nunca quise nada de ella.

—Sí lo querías. Como todos los niños, querías una madre perfecta y sin mácula. Pero descubriste que era un desastre. Como todas las demás.

Me puse el abrigo. Ella recogió la caja del manuscrito y añadió:

—No olvides tu libro.

—No es mi libro. ¿Por qué no se lo devuelves tú?

—Ah, no —contestó ella, poniéndome la caja en la mano—. No pienso hacerte de mensajera.

—No quiero verla.

—Pues te vas a correos y se lo mandas.

—Vale, vale —dije con fatiga. Cogí la caja. Fui hacia la puerta—. Te llamaré mañana.

—¿Así que vas a seguir hablándome?

—Qué remedio —dije.

—Vete a paseo —me soltó y me dio un beso rápido en la mejilla.

Una vez fuera de la casa de Meg, paré un taxi. Le di al taxista la dirección de mi casa. A medio camino, le dije que había decidido cambiar de destino. Ahora íbamos a la Calle 77 Oeste.

Llegué a la casa poco después de las ocho. Llamé al timbre del interfono. Ella me respondió con una voz muy despierta. Cuando oyó mi voz, apretó el pulsador de la entrada rápidamente. Me esperaba en la puerta de su piso. Iba tan bien vestida y arreglada como antes.

—Qué sorpresa más agradable —dijo.

—No me quedo. Vine a devolverle esto.

Le alargué la caja.

—¿Ya lo has leído? —preguntó.

—Sí. Lo he leído.

Nos quedamos allí sin saber qué más decir.

—Pasa, por favor —dijo ella por fin.

Negué con la cabeza.

—Por favor —dijo—. Solo un momento.

Entré. No me quité el abrigo. Me senté en uno de los sillones. No acepté su

ofrecimiento de un café o un té. No dije nada durante un rato. Y ella astutamente no intentó hacerme conversar. Se sentó frente a mí esperando que hablara.

—Ojalá no hubiera leído su libro —dije.

—Lo comprendo.

—No, no lo comprende —dije en voz baja—. No lo comprende ni de lejos.

Otro silencio. Luego dije:

—El Jack Malone de su libro... no es el padre de quien me habló mi madre. Para ella, él era un hombre moral, un buen católico irlandés. Siempre pensé, no lo sé, que, en comparación con él, mi madre no valía tanto. Que era solo una pobre bibliotecaria que llevaba una vida tediosa con dos hijos en un piso pequeño, y que estaba tan reprimida que ningún otro hombre había querido casarse con ella.

—Meg me dijo que había salido alguna vez con hombres.

—Sí, cuando yo era pequeña, salió con un par de amigos. Pero a partir de los setenta, no creo que hubiera nadie. Quizá papá ya la había traicionado bastante.

—Puede que tengas razón.

—Usted le destrozó la vida.

Ella se encogió de hombros.

—Es una forma de verlo. Pero fue ella la que decidió quedarse con él. Y aquella decisión conformó su vida a continuación. ¿Fue una buena decisión? Yo no lo habría soportado. Lo habría echado de casa. Pero esta soy yo, no tu madre. ¿Quién puede decir si fue una decisión correcta o equivocada? Solo fue una decisión.

—Como fue su decisión ser mi ángel de la guarda. «Alguien que me cuidaba.» ¿No tenía nada mejor que hacer con su vida, señorita Smythe? ¿O era tan incapaz de olvidar al fabuloso Jack Malone que tuvo que dedicar toda su atención a su hija? O quizá yo era su forma de penitencia.

Me miró directamente a los ojos. Su voz permaneció sin alterarse.

—Meg ya me advirtió que no hacías prisioneros...

—Creo que estoy un poco trastornada —añadí—. Lo siento.

—Tienes motivos para estarlo. Son muchas cosas de golpe. Pero entre

nosotras: después de que tu padre muriera, dejé el periodismo...

—¿Usted? ¿La escritora que no podía vivir sin su público? No me lo creo.

—Me ponía enferma el sonido de mi propia máquina de escribir... y mi propia superficialidad. Así que me pasé a la edición. He sido editora en Random House durante treinta y cinco años.

—¿No volvió a casarse?

—No, aunque no me faltó la compañía masculina. Siempre que la deseaba.

—O sea que nunca superó lo de mi padre.

—Nadie podía compararse con Jack. Pero me acostumbré... porque no tenía más remedio. Claro que sigo pensando en tu padre cada día. Como pienso en Eric cada día. Pero Jack lleva muerto... ¿cuánto tiempo? Cuántos años, Dios mío... Eric incluso más. Es el pasado.

—No, es su pasado.

—Exactamente. Mi pasado. ¿Quieres saber algo bastante divertido? Cuando muera, este pasado desaparecerá conmigo. Es lo más asombroso de envejecer. Descubrir que todo este dolor, todo este drama, es completamente transitorio. Te lo llevas contigo. Un día, ya no estás, y nadie conoce la historia de lo que fue tu vida.

—A menos que se la cuentes a alguien. O la escribas.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Supongo que es verdad.

—¿Era este su objetivo cuando me dejó leer este ejercicio literario el día después de enterrar a mi madre? —dije, señalando la caja del manuscrito—. ¿Dejarme conocer finalmente los sórdidos secretos de la familia, y con ello, compartir su aflicción?

Por Dios, quien me oiga... Ella ignoró mi sarcasmo con un encogimiento ligero de hombros.

—Meg y yo creímos que debías leerlo.

—¿Por qué lo escribió?

—Lo escribí para mí. Y quizá también para ti... aunque ni siquiera sabía si viviría lo bastante para que lo leyeras, y para que por fin nos conociéramos.

—Usted sabe cómo conseguir que la reciban, señorita Smythe. ¿No podía esperar un poco más? Enterré a mi madre hace dos días.

Otro de sus nobles encogimientos de hombros.

—Lo siento si...

—¿Por qué tenía que perseguirme?

—No te perseguí. Fui al funeral porque creí que debía estar allí, y presentar mis respetos...

Y supongo que fue usted la que llamó a casa de mi madre después del funeral.

—Sí, era yo. Meg me dijo que habías decidido quedarte a dormir y solo quería oír tu voz y asegurarme de que estabas bien.

—¿Espera que me lo crea?

—Es la verdad.

—¿Cómo espera que me crea que, mientras crecíamos, no nos vio nunca a mí o a mi hermano, aunque, en todos los sentidos, estaba pagando nuestra educación?

—Dije que no me había acercado a vosotros. Eso no significa que no asistiera a tu graduación en Smith o en Brearley.

—¿O me viera haciendo de hermana Sara en la función de mi escuela de *Guys and Dolls*?

—Sí —dijo con una pequeña sonrisa—. Estaba allí.

—¿Y también espío a Charlie a lo largo de su infancia?

Ella negó con la cabeza.

—Estaba encantada de que el fondo pagara su educación. Pero no seguí sus progresos tan de cerca.

—¿Porque él era el niño que la alejó de mi padre?

—Tal vez. O quizá porque tú eras la hija que se suponía que iba a tener con tu padre.

Silencio. Mi cabeza era un torbellino. De repente me moría de sueño.

—Tengo que irme. Estoy muy cansada...

—Por supuesto, es natural —dijo ella.

Me levanté. Ella me siguió.

—Me alegro de que nos hayamos conocido por fin, Kate —dijo.

—Estoy convencida. Pero sabe una cosa: es la última vez que nos vemos. Tiene que mantenerse alejada de Ethan y de mí. ¿Queda claro?

Se quedo impertérrita. ¿Cómo demonio lo hacía?

—Como tú quieras, Kate —dijo.

Fui hacia la puerta. Ella fue delante de mí y la abrió. Me puso la mano en el brazo.

—Te pareces mucho a él, ¿sabes?

—No sabe nada de mí...

—Creo que sí. Porque también sé que, a diferencia de tu hermano, siempre estuviste al lado de Dorothy. Como estás al lado de Meg, que te quiere con locura. Solo quiere que seáis felices.

Me deshice suavemente de su mano.

—Yo también lo deseo —dije.

Y me marché.

2

En cuanto abandoné la casa de Sara, di algunos pasos sin rumbo. Sin darme cuenta, me encontré sentada en los escalones de un edificio de ladrillo, tratando de recuperarme. Mil y un caóticos pensamientos se arremolinaban en mi cerebro, sesgados, perturbadores. Y no podía dejar de pensar: ¿serán estos los mismos escalones donde se sentó mi padre y lloró cuando Sara le dijo que todo había terminado?

Otro pensamiento me preocupaba: la necesidad urgente de dormir. Me levanté. Busqué un taxi. Fui a casa. Llamé a Matt a su oficina. Tuvimos una conversación civilizada y neutral. Me dijo que había llevado a Ethan a un partido de los Knicks la tarde anterior, y que nuestro hijo tenía ganas de verme aquella tarde. Le di las gracias a Matt por cuidar de Ethan durante los últimos días. Me preguntó cómo estaba.

—Han sido unos días muy raros —dije.

—Pareces cansada —dijo él.

—Estoy cansada —y le repetí que le agradecía sus atenciones de la última semana.

Matt empezó a decir algo sobre que esperaba que volviéramos a ser amigos. No dije nada, excepto:

—Estaremos en contacto siempre que se trate de Ethan.

Luego colgué el teléfono y me metí en la cama. Mientras cerraba los ojos y esperaba que llegara el sueño, pensé en la foto de los días de la guerra de mi padre, tomada por mi madre cuando ambos estaban destinados en Inglaterra.

Él era joven, sonreía, seguramente pensaba: «Dentro de dos semanas, no volveré a ver a la mujer que me está sacando la foto». Lo mismo debía pensar la mujer que miraba por el visor: «Una foto para el álbum. Mi aventura de la guerra». Aquello no era lo que me obsesionaba de la fotografía: el que una historia entera estuviera a punto de engullir al hombre de la foto y a la mujer que había detrás de la cámara. ¿Pero cómo podían saberlo? ¿Cómo puede ninguno de nosotros reconocer aquel momento inexplicable que decide nuestro destino?

La imagen se desvaneció. Me dormí. La alarma del reloj me despertó poco antes de las tres. Me vestí y fui a recoger a Ethan a la escuela. Por el camino, intenté otra vez encontrarle sentido a la historia de Sara. De nuevo, fracasé, y en cambio empecé a sentirme abrumada por todo. Cuando Ethan salió pegando saltos por la puerta de Allan-Stevenson, se puso a escudriñar rápidamente la multitud de padres y canguros. Cuando me vio, sonrió tímidamente. Me incliné para darle un beso. Me miró preocupado.

—¿Qué pasa, Ethan? —pregunté.

—Tienes los ojos rojos —dijo.

Me oí decir:

—¿En serio?

—¿Has llorado?

—Es por la abuela.

Empezamos a caminar hacia la avenida Lexington.

—¿Estarás en casa esta noche? —me preguntó, con una perceptible nota de ansiedad en la voz.

—No solo esta noche. Le dije a Claire que no volviera hasta el lunes. Así que mañana también vendré a recogerte. Luego tendremos todo el fin de semana para nosotros, haremos lo que tú quieras.

—Qué bien —dijo, tomándose de la mano.

Nos quedamos en casa por la noche. Ayudé a Ethan a hacer los deberes. Preparé hamburguesas. Negociamos: aceptó jugar dos partidos de Serpientes y Escalones conmigo y yo le dejé pasar media hora con su Game boy. Preparamos palomitas y miramos una película de vídeo. Me relajé por primera vez en varias semanas. Solo hubo un momento de tristeza... cuando

Ethan, acurrucado junto a mí en el sofá, me dijo:

—¿Podemos ir al museo a ver los dinosaurios mañana después de la escuela?

—Lo que tú quieras.

—¿Luego podemos ver otra película por la noche?

—¿Tú y yo? Claro.

—¿Y papá también?

—Puedo invitarle a venir si quieres.

—Y el sábado por la mañana, cuando nos levantemos...

—Si le invito a venir, Ethan, ya sabes que no se quedará. Pero le pediré que venga si quieres.

No me contestó y no siguió con el tema. Como por un tácito acuerdo mutuo, dejamos correr el asunto y volvimos a fijarnos en la pantalla del televisor. Unos minutos después, me abrazó con fuerza... Era su forma silenciosa de decirme lo difícil que le resultaba aquel mundo de padres separados.

A la mañana siguiente, después de dejar a Ethan en la escuela, volví al piso y llamé a Peter Tougas. Aunque sabía que había sido el abogado de mi madre durante los últimos treinta años, nunca había tratado con él (sino que había utilizado a Mark Palmer, un amigo de Amherst, para llevar mi divorcio y otros engorros judiciales). Mi madre tampoco veía mucho al señor Tougas. A excepción de su testamento, había poco en su vida que requiriera consejo legal. Cuando le llamé, su secretaria me lo pasó enseguida.

—Mentes parecidas piensan del mismo modo —dijo—. Pensaba llamarla hoy o mañana. Tenemos que empezar a poner en marcha la verificación del testamento.

—¿Le iría bien recibirme a mediodía? No tengo que volver a trabajar hasta el lunes, y me iría bien que nos viéramos antes de que el trabajo me lo impida.

—Al mediodía está bien —dijo—. ¿Conoce la dirección?

No la sabía. Porque había visto a Peter Tougas por primera vez en el funeral de mi madre. Su oficina estaba en uno de los venerables edificios de los años treinta que permanecieron en la Avenida Madison en los años

cincuenta. Era un gabinete pequeño, con tres austeras habitaciones, una secretaria y un contable a media jornada como personal. El señor Tougas tendría unos sesenta años. Era un hombre de mediana estatura, con el pelo gris, gafas de cristal grueso y un traje gris anodino que aparentaba tener veinte años. Era la antítesis de mi tío Ray y sus aires de abogado aristocrático. Sin duda, mi madre lo había elegido precisamente por eso, por no hablar de sus discretas tarifas.

El señor Tougas salió a recibirme a la antesala donde trabajaba su secretaria. Luego me hizo pasar a su despacho. En él había una mesa gastada de madera y acero, una silla antigua de acero, y dos butacas marrones de vinilo enfrentadas, ante una mesita barata de teca. La oficina parecía haber sido amueblada con un catálogo de cupones. Sin duda, esta frugalidad también había sido del agrado de mi madre. Reflejaba la forma de vida antifrívola que ella pretendía.

Me indicó una de las dos butacas para que me sentara. Él se sentó en la otra. Ya tenía una carpeta con el nombre «Señora Dorothy Malone» escrito preparada sobre la mesita. Era sorprendentemente gruesa.

—¿Cómo está, Kate? —me dijo con un fuerte acento de Brooklyn.

—He estado mejor. Han sido unos días muy extraños.

—Suele pasar. Perdona mi sinceridad, pero probablemente tardará más de lo que cree en volver a la normalidad. Perder a un padre, a la madre, es un golpe. Y nunca es fácil.

—Sí —dije—. Lo estoy descubriendo.

—¿Cómo está su hijo... Ethan, verdad?

—Está muy bien, gracias. Me sorprende que sepa su nombre.

—Siempre que veía a su madre, me hablaba de él. Su único nieto... — Calló, al ver que había metido la pata—. O, al menos, el único al que veía con regularidad.

—¿Usted sabe que la esposa de mi hermano no...?

—Sí, Dorothy me habló de ello. Aunque nunca me lo dijo claramente, me di cuenta de cómo la hacía sufrir.

—Mi hermano es un hombre muy débil.

—Al menos vino al funeral. Parecía muy afectado.

—Se merecía estar afectado. «Mejor tarde que nunca» no es una buena excusa cuando la madre que has ignorado durante años ya está muerta. De todos modos... me da pena. Y eso me sorprende porque no soy muy dada a la benevolencia.

—No es lo que me decía su madre.

—Oh, por favor...

—En serio. Por la forma en que hablaba de usted estaba claro que la consideraba una hija muy leal.

—Mi madre solía entender las cosas al revés.

El señor Tougas sonrió.

—También me dijo que era muy dura consigo misma.

—En eso tenía razón.

—Bien —dijo, cogiendo la carpeta—. ¿Empezamos?

Asentí con la cabeza. La abrió, sacó un grueso documento y me lo alargó.

—Esto es una copia del testamento de su madre. Tengo el original en la caja de seguridad, y hoy mismo lo mandaré al tribunal testamentario, suponiendo claro, que usted, como única ejecutora, lo apruebe. ¿Quiere leerlo con calma o prefiere que se lo resuma?

—¿Hay algo personal en el documento que debiera saber?

—No. Es todo muy sencillo y muy claro. Su madre se lo ha dejado todo. No hay ninguna condición sobre la forma de gastar el patrimonio. Me dijo, en nuestras conversaciones, que usted sabría administrar el fondo con sensatez. ¿Conocía la existencia del fondo antes de la muerte de su madre?

Asentí con la cabeza, luego dije:

—Estos últimos dos días he descubierto un montón de cosas.

—¿Quién se lo dijo? ¿La señorita Smythe?

Parpadeé y dije:

—¿La conoce?

—¿Personalmente? No. Pero su madre me habló de ella.

—¿O sea que sabe lo de la señorita Smythe y mi padre?

—Fui el abogado de su madre, Kate. Por lo tanto, sí, conocía la razón del fondo. ¿Le parece bien si le explico su historia económica?

—Adelante.

—Bien —dijo, y sacó un montón de documentos de la carpeta—, el fondo se creó en 1956, con... —buscó entre los papeles— un capital inicial de cincuenta y siete mil dólares. Su madre gastó los intereses del capital durante veinte años. Pero, en 1976...

—El año en que me gradué.

—Exactamente. Dorothy me lo mencionó. En fin, en 1976, dejó de sacar dinero del fondo.

—¿Porque no quedaba más dinero?

—En absoluto —dijo, y me miró con una sonrisa paternalista—. Que su madre gastara únicamente los intereses del fondo durante años significa que nunca tocó el capital. En otras palabras, el capital principal sigue intacto.

—No lo comprendo...

—Ya se lo he dicho. Después de 1976, su madre no volvió a tocar el fondo.

—¿Qué fue de él entonces?

—¿Qué fue de él? —dijo el abogado riendo—. Como el resto de nosotros, maduró. Y, afortunadamente, los asesores de (mencionó el nombre de una importante financiera) lo invirtieron bien en nombre de su madre. Una cartera de inversiones conservadora, con una pequeña cantidad de acciones más arriesgadas que obtuvieron buenos beneficios.

Seguía pareciéndome todo muy difícil de entender.

—Entonces, ¿me está diciendo que, después de que me graduara, mi madre no volvió a tocar el fondo?

—Efectivamente. Nunca volvió a tocar un penique... aunque tanto yo como el inversor la animamos a que retirara alguna cantidad para ella. Pero siempre sostuvo que no le hacía ninguna falta para vivir.

—Eso no es verdad —dije, sin poder evitarlo—. Siempre estuvo apurada de dinero.

—Me daba cuenta —dijo él—. Por lo que, francamente, su decisión de no volver a tocar el fondo me desconcertó bastante. Especialmente teniendo en cuenta que, tal como se estructuró la cartera, el capital se ha ido duplicando cada siete años. Así que, en 1995, el fondo alcanzaba... —Miró algunas cifras—. Trescientos cincuenta y dos mil dólares y algunos peniques.

—¡Por Dios!

—Espere, que no he terminado. En 1995, sus inversores aprovecharon un par de valiosas informaciones sobre las nuevas tecnologías de la información, por no hablar de los buscadores emergentes. Y ya sabe que, desde 1996, el mercado no ha dejado de crecer. Lo que significa que el capital existente se ha duplicado en cinco años.

—¿Duplicado? —susurré.

—Efectivamente. Y a última hora del viernes, que fue la última vez que pedí esta información, el fondo tenía, en total...

Otra rápida mirada a una columna llena de cifras.

—Aquí, ya lo tengo... Setecientos cuarenta y nueve mil seiscientos doce dólares.

Silencio.

—No puede ser —dije.

—Le puedo enseñar una copia del balance. Su madre tenía dinero. Mucho dinero. Pero decidió no utilizarlo.

Estuve a punto de gritar: «¿por qué no?» Pero ya sabía la respuesta. Decidió no tocarlo porque estaba ahorrando el dinero para mí. Aunque yo nunca hubiera soñado una herencia como aquella. Porque —y era como si oyera a mi madre diciéndoselo al señor Tougas—, «conozco a tantos jóvenes encantadores que han destrozado su vida por tener demasiado dinero antes de tiempo. Por eso, no quiero que Kate sepa nada de este dinero hasta que yo muera; entonces, seguramente conocerá el valor del dinero, y cómo abrirse camino por sí misma en el mundo».

Mi madre y sus lecciones de moral. Siempre negándose todo a sí misma. Siempre negándose a comprarse ropa, muebles, ni siquiera un par de electrodomésticos modernos por modestos que fueran. Aunque, ahora lo sabía, podría haberse permitido todas las comodidades materiales para hacer su vida un poco más agradable. Pero no, ella era una estoica. Una puritana como Dios manda, que respondía a todas las súplicas de su difícil hija con: «Tengo todo lo que necesito, cariño... Necesito tan poco... Piensa en ti primero, hija».

Y sabiendo cómo funcionaba su cabeza, también comprendí la lógica de su

decisión. Meg tenía razón: era de un pragmatismo absoluto... pero tenía un gran sentido de la ética. Y aunque se hubiera visto obligada a aceptar «el dinero de aquella mujer» para pagar la educación de sus hijos, no tenía ninguna intención de utilizar ni un penique del fondo para sus necesidades. Porque aquello habría socavado su sentido del orgullo. Quizá —como había insinuado Meg— acabó por perdonar a Sara Smythe... pero a partir del momento en que Charlie y yo dejamos de depender económicamente de ella, decidió vivir como si el fondo ya no existiera. En cambio, lo escondió como un tesoro enterrado, para que yo lo descubriera después de su muerte. La última de las grandes bombas que iban a caerme encima en los días que siguieron a su funeral.

Setecientos cuarenta y nueve mil seiscientos doce dólares. No tenía sentido. En absoluto.

¿Kate?

Volví a la realidad de golpe. El señor Tougas cogió una caja de pañuelos de papel de su mesa. Y la dejó sobre la mesita, señalándomela con un gesto. Entonces me di cuenta de que tenía la cara llena de lágrimas. Tiré de un pañuelo de la caja. Me sequé los ojos. Murmuré:

—Lo siento.

—No se apure —dijo el señor Tougas—. Esto le habrá causado un gran impacto.

—No me lo merezco.

Se permitió una pequeña carcajada.

—Pues claro que lo merece, Kate. Usted y Ethan. Les facilitará mucho la vida.

—¿Y Charlie? —pregunté.

—¿Qué pasa con Charlie?

—Me preguntaba qué le toca a él de todo esto.

—¿Qué le toca? Como le he dicho antes, no le toca nada. Su madre lo eliminó del testamento. ¿No se lo dijo?

—Bueno, me dijo que Charlie no iba a heredar nada. Pero también me dijo que no había mucho que heredar.

—Supongo que quería sorprenderla.

—Lo ha conseguido.

—En fin, su madre fue muy clara sobre el hecho de que el fondo era para usted, y solo para usted.

—Pobre Charlie —dije.

El señor Tougas se encogió de hombros.

—Uno recoge lo que siembra.

—Supongo que es verdad —dije, y me levanté—. ¿Hay algo más que tengamos que decidir hoy?

—Bueno, hay un par de puntos sobre la certificación del testamento. Pero si prefiere esperar a la semana que viene...

—Sí, me gustaría esperar. Necesito tiempo para...

—No tiene que explicarme nada —dijo—. Llámeme cuando le vaya bien.

Salí a la calle. Giré a la derecha y me puse a caminar hacia el norte. Caminé despacio, sin ver a los demás peatones, ni el tráfico, ni el estruendo de la ciudad. Como si llevara el piloto automático, me metí de forma refleja en la Calle 74. Entré en mi piso, y empecé a poner en práctica el plan de escape que había estado madurando en mi cabeza por el camino.

Llamé a Avis y reservé un coche para aquella tarde en la sucursal de la Calle 64 Este. Luego reservé una habitación para aquella noche en Saratoga Springs. Encendí el ordenador de Ethan y le envié un correo electrónico a Matt:

Ethan y yo nos vamos de la ciudad hasta el lunes por la noche. Puedes localizarme en el móvil a cualquier hora.

Me detuve un momento y luego escribí:

De nuevo, te doy las gracias por tu amabilidad esta horrible semana. Te lo agradezco mucho.

Luego escribí mi nombre y pulsé «Enviar».

A las tres de la tarde estaba esperando ante la escuela Allan-Stevenson de la Calle 78 Este. Cuando Ethan salió por la puerta, se quedó algo sorprendido de verme allí... con dos bolsas de viaje a mis pies.

—¿No vamos a ver a los dinosaurios? —preguntó, desilusionado.

—Tengo una idea mejor. Más divertida.

—¿Cómo de divertida?

—¿Te apetece salir el fin de semana?

Sus ojos se iluminaron de emoción.

—Pues claro.

Le di un sobre dirigido a su profesor, el señor Mitchell.

—Vuelve a entrar y deja esto. Es una nota para el señor Mitchell. Dice que no volverás a la escuela hasta el martes porque estarás lejos.

—¿Cómo de lejos?

—Muy lejos.

—Uau.

Cogió la nota, entró corriendo en la escuela y se la dio a la recepcionista. Una hora después, estábamos circulando por la carretera del East Side, en dirección oeste hacia la Cross Bronx Expressway; luego tomamos la 287, cruzamos el Hudson al sur de Tarrytown y, finalmente, la 87 hacia las profundidades del estado de Nueva York.

—¿Dónde está Canadá, mami? —preguntó Ethan cuando le confesé nuestro destino final.

—Canadá está arriba de nosotros.

—¿Arriba de nosotros, como el polo Norte donde vive Santa Claus?

—Exactamente.

—¿Pero no veremos a Santa?

—No. Pero veremos... canadienses.

—Oh —dijo Ethan, totalmente confundido.

¿Por qué había elegido Canadá como destino de mi fuga? Por ninguna razón, excepto que fue el primer lugar que me vino a la cabeza cuando decidí irme a alguna parte con Ethan. Además, era la primera vez que cruzaba la frontera desde 1976, cuando fui en un fin de semana seudorromántico a la ciudad de Quebec con un novio de la época llamado Brad Bingham (un compañero de Amherst). Si no recuerdo mal, Brad era el editor ayudante de la revista literaria de Amherst, un fanático de Thomas Pynchon que soñaba con huir a México y escribir una gran novela abstracta. En la universidad, todos tenemos fantasías quijotescas sobre un futuro sin responsabilidades.

Hasta que nos lanzan al mundo cotidiano, aceptamos nuestro destino y nos conformamos con la norma social. Lo último que supe de Brad es que era un abogado importante de Chicago. Salió una foto suya en el *Times* cuando representó a una corporación multinacional depravada en un caso de antimonopolio que llegó al Tribunal Supremo. Había engordado quince kilos, perdido casi todo el pelo y conseguido un aspecto de mediana edad deprimente. Como todos los demás.

Pero al menos me había llevado a la ciudad de Quebec y se portó con elegancia cuando, una semana después, yo decidí que solo quería que fuéramos amigos. Gracias a él, ahora me dirigía a Canadá con mi hijo.

—¿Sabe papá adonde vamos? —preguntó Ethan.

—Le he mandado un mensaje.

—Iba a llevarme a un partido de hockey este sábado.

Dios mío, había olvidado que Matt me había hablado de aquella salida hacía semanas (porque el sábado en cuestión no entraba dentro de los dos fines de semana que Ethan pasaba con su padre). Busqué el teléfono móvil en la guantera.

—Te podría denunciar por secuestro —dijo Matt cuando le localicé en su oficina. Por suerte, su tono solo era irónico.

El mío fue inmediatamente avergonzado.

—Fue una idea de última hora —dije—. No sabes cuánto lo siento. Podemos dar la vuelta y...

—No te preocupes. Quebec me parece una buena idea. ¿Lo traerás de vuelta para ir a la escuela el martes?

—Sin duda.

—¿Y has avisado a la escuela de que el lunes no irá?

—Claro. No soy tan irresponsable.

—Nadie dice que seas irresponsable, Kate.

—Es lo que insinuabas...

—No es verdad.

—Vale, vale. Mira, siento haberte fastidiado los planes para el partido de hockey.

—Esa no es la cuestión...

—Pues, ¿cuál es la cuestión, Matt?

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—No trato de iniciar una discusión.

—De acuerdo, de acuerdo, tú ganas. ¿Estás contenta?

—No quiero ganar nada, Matt.

—Esta conversación ha terminado.

—Bien —dije, consternada por la tontería sin sentido de aquel intercambio de palabras. ¿Es que no podía hacer nada bien? Después de un breve silencio, pregunté—: ¿Quieres hablar con Ethan?

—Por favor.

Le pasé el teléfono a mi hijo.

—Es tu padre —dije.

Escuché cómo Ethan hablaba con Matt. Se mostró inseguro, un poco tímido, y totalmente cohibido por la discusión que acababa de escuchar. Me sentí terriblemente culpable, y pensé si no acabaría odiándonos por fracturar su vida, por poner en peligro su estabilidad a tan temprana edad.

—Sí, papá, sí, me gustaría... Me gustará ir al circo... Sí, me portaré bien con mamá, sí, adiós.

Me pasó el teléfono. No hablamos durante un rato. Finalmente dijo:

—Tengo hambre.

Paramos en un McDonald's a las afueras de New Paltz. Ethan se comió en silencio su pollo McNuggets con patatas fritas, mientras jugueteaba con el muñeco de plástico que acompañaba el menú infantil. Yo me tomé un café rancio en una taza de poliestireno, mirándolo con ansiedad, deseando poder hacer que todo fuera bueno para él... y sabiendo que era imposible.

Le toqué la cara.

—Ethan, cariño...

Apartó la cara rápidamente y se echó a llorar.

—Quiero que vivas con papá —dijo entre sollozos.

Dios mío...

Me acerqué a él, pero se apartó, llorando cada vez más.

—Quiero que mi mamá y mi papá vivan juntos.

Su voz era cada vez más estridente y me rompía el corazón. Una pareja de

ancianos de una mesa cercana me miró furiosamente, como si yo fuera la personificación de todo lo malo que hay en la mujer contemporánea. De repente, Ethan me abrazó. Lo acogí en mis brazos y lo mecí hasta que se calmó.

Cuando finalmente volvimos a la carretera, Ethan se durmió enseguida. Yo miraba hacia delante en la oscura autopista, intentando mantener la concentración, intentando no llorar al volante, con los ojos borrosos frente a la niebla que caía sobre la carretera, e intentando abrirme paso a través de aquel velo de algodón candi con la ayuda de los faros. Me sentía como si condujera a través de un vacío. Un vacío tan grande como el mío.

Cuando llegamos al hotel que había reservado en Saratoga Springs, Ethan seguía dormido. Lo subí a la habitación en brazos, le puse el pijama y lo acosté en una de las camas dobles de la habitación. Luego me metí en la bañera durante una hora, mirando ciegamente al techo.

Finalmente salí de la bañera y pedí una ensalada César y media botella de vino tinto al servicio de habitaciones. Comí un poco. Me bebí el Burdeos. Intenté leer una novela de Anne Tyler que había metido en mi bolsa, pero las palabras huían de mi mente. Dejé el libro y contemplé por la ventana la nieve que no cesaba de caer. Por mucho que lo intentara, no podía alejar de mi mente una idea repetitiva: «Lo he estropeado todo».

Cuando me desperté había cesado de nevar. La mañana amaneció clara y fría: un día prometedor. Me sentía descansada. Ethan estaba más animado, y hasta excitado por el viaje al norte. Devoró un montón de panqueques. Hizo muchas preguntas sobre el viaje que íbamos a hacer. Quería saber si veríamos osos en Canadá. O alces. O lobos.

—Quizá un lobo, si tenemos suerte —dije.

—Pero yo también quiero ver un oso.

—A ver qué podemos hacer.

Tardamos siete horas más en llegar a Quebec, pero Ethan disfrutó del trayecto. Sobre todo porque yo había metido una Game Boy en su bolsa, y descubrí con alivio que podía jugar en un coche en marcha sin marearse. Leyó libros. Charlamos de una gran variedad de cosas (si Godzilla era un monstruo bueno que había desencaminado su vida; a cuál de los Power

Rangers pensaba emular Ethan cuando fuera mayor). Le encantó cruzar la frontera, y enamoró a la inspectora de aduanas preguntándole dónde podíamos comprar un lobo. Le fascinaron los rótulos de la carretera en francés. Pasamos por Montreal y tomamos la autopista 40 hacia el norte siguiendo el St. Lawrence, y Ethan quedó maravillado por la visión de un río tan grande convertido en un sólido pedazo de hielo. Cayó la noche. Quedaban dos horas para llegar a Quebec. Ethan se quedó dormido, pero se despertó cuando entramos en el paseo del Château Frontenac. El aire frío lo espabiló inmediatamente. Nuestra habitación era pequeña, pero tenía una vista fabulosa de la ciudad. Ethan contempló las luces de cuento de hadas del Vieux Quebec.

—Quiero bajar —dijo Ethan.

Nos pusimos los abrigos y salimos. Volvía a caer una ligera nevada. Las falsas farolas de gas del Viejo Quebec lanzaban una luz espectral sobre las calles de adoquines. La arquitectura antigua de la ciudad parecía comestible. Ethan iba de mi mano con los ojos muy abiertos. Al ver su evidente placer me animé por primera vez en varias semanas.

—Quiero vivir aquí —dijo Ethan.

Me reí.

—Tendrías que aprender francés.

—Aprenderé francés. Y tú y papá podéis aprender francés.

Intenté no dejarme llevar por la tristeza.

—Volvamos al hotel, Ethan. Hace frío.

Una vez en la habitación, pedimos al servicio de habitaciones. Cuando Ethan se terminó el *hot dog et pommes frites* —y yo piqué un *coq au vin* de lo más suave—, dijo:

—La próxima vez que salgamos, papá vendrá con nosotros.

—Ethan, cariño...

—Y podemos ir todos a Disneylandia por Pascua.

—Tú y yo iremos a Disneylandia, Ethan —dije.

—Y papá también vendrá.

Respiré hondo con calma. Tomé la mano de Ethan.

—Ethan, sabes que ahora papá vive con Blair...

—Pero volverá a vivir contigo.

—No, Ethan, no volverá a vivir conmigo.

—No digas eso.

—Papá y yo ya te hemos hablado de esto.

—Pero no es justo...

—Tienes razón. No es justo. Pero es como es. No podemos vivir juntos.

—Podéis...

—No, Ethan, no podemos. No podremos nunca. Sé que es triste, pero no significa...

No pude terminar la frase, porque Ethan se fue corriendo al baño y cerró la puerta de un portazo. Luego le oí llorar. Abrí la puerta. Estaba sentado en el retrete, con la cara entre las manos.

—Vete —dijo.

—Ethan, déjame que te explique...

—¡Vete!

Decidí no presionarle más y volví al dormitorio, donde puse la televisión y fui cambiando canales distraídamente. Tenía el estómago en un puño. No sabía qué hacer ni qué decir para mejorar la situación. Dos minutos después me acerqué de puntillas a la puerta del baño y escuché. Ya no lloraba con tanta fuerza. Le oí levantar la tapa del váter y hacer pipí. Le oí tirar la cadena y luego abrir un grifo. Oí que se acercaba a la puerta, así que volví velozmente a mi sillón ante el televisor. Ethan salió del baño, con la cabeza baja. Se fue a su cama y se metió bajo las sábanas. Me acerqué a él y pregunté:

—¿Te gustaría ver dibujos?

Asintió con la cabeza, y busqué en todos los canales hasta que encontré Cartoon Network. Por descontado, estaba doblado al francés.

—¿Quieres que lo cambie?

—No —dijo bajito—. Es gracioso.

Así que vimos Tom y Jerry *a la française*. Ethan se quedó echado de lado, acurrucado bajo las sábanas. Al cabo de cinco minutos dijo:

—Quiero un abrazo.

Inmediatamente me acerqué y me eché a su lado sobre las mantas. Le

acerqué más a mí y le abracé.

—Lo siento, Ethan. Lo siento.

Pero Ethan no contestó. Se quedó mirando fijamente la pelea de gato y ratón de la pantalla. Su silencio lo decía todo. Aunque nunca le habíamos dado falsas esperanzas acerca de una posible reconciliación, se estaba confirmando uno de mis mayores temores. El temor a que, desde que había sido consciente de la separación de sus padres, se había convencido a sí mismo de que era una situación puramente temporal; de que un día papá volvería con mamá, y el mundo antaño seguro de Ethan volvería a la normalidad. Pero en aquel momento se había hecho cargo de la realidad. Mientras le abrazaba, no podía dejar de pensar que, gracias a los esfuerzos combinados de sus padres, Ethan había tenido una experiencia prematura de una de las verdades fundamentales de la vida: cuando se trata de que te den sensación de seguridad, las personas siempre te fallan.

Ethan no volvió a sacar el tema durante el resto del viaje. Pasamos el día siguiente explorando las callejuelas del Vieux Quebec. Tomamos un taxi a las afueras rurales de la ciudad y fuimos a dar una vuelta a caballo por unos caminos cubiertos de nieve. A primera hora de la tarde fuimos a un espectáculo de marionetas en un teatro diminuto. Era *Pedro y el lobo* en francés —*naturellement*—, pero Ethan se sabía la historia de memoria —tenía el CD en casa—, y le encantó poderlo seguir en una lengua extranjera. Cenamos en un restaurante que tenía un acordeonista, tocando lo que imaginé serían las melodías de moda en Quebec. La música era bastante sosa, pero a Ethan pareció gustarle la novedad, especialmente cuando el acordeonista se acercó a nuestra mesa y le preguntó qué canciones francesas conocía y luego le tocó *Frère Jacques*.

En conjunto fue un día estupendo. Ethan no se mostró triste ni preocupado (yo le observé atentamente). Se metió en la cama por la noche cansado, pero bastante feliz. Me dio un beso de buenas noches y me dijo que le gustaría quedarse otro día en Quebec.

—A mí también —dije—, pero en Allan-Stevenson se enfadarían si te hiciera hacer fiesta un día más.

—Podrías decirles que estoy enfermo.

Me reí.

—Creo que mi jefe también se enfadaría un poco si no me presento el martes. Pero bueno, no falta tanto para la Pascua. Y la Pascua significa...

—¡Disneylandia!

—Acertaste. Ahora, a dormir.

En cuanto Ethan se adormeció, cogí el teléfono y llamé a Meg.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó.

Se lo conté.

—¿Quebec en pleno enero? Mira que eres masoquista.

—Bueno, cuesta romper con las viejas costumbres.

Se rio.

—Parece que ya estás mejor.

—Hemos pasado un buen día. Y como últimamente «los buenos días» no han abundado...

—Quién te oyera...

—Ayer fui a ver al abogado de mamá.

—¿Y?

—Bueno, resultó que el fondo no estaba agotado.

—¿En serio?

—De hecho...

Entonces le comuniqué la cifra exacta.

—Me tomas el pelo —dijo.

—No.

—Por el amor de Dios. El próximo día pagas tú el almuerzo.

—No está mal, ¿verdad?

—¿Que no está mal? Es increíble.

—Sí, la verdad es que sí.

—Te lo dije, cariño, tu madre era una lianta.

—Sí —dije en voz baja—. Sí que lo era.

—¿No me digas que esto te hace sentir infeliz?

—Es que... no lo sé... Estoy aturdida. Por todo.

—Lo sé. Pero no te aturdas por esto. Son buenas noticias.

—Sí, supongo que sí... pero me siento un poco rara por Charlie...

—A hacer puñetas. Tú fuiste la que estuvo al lado de tu madre.

—Pero él es quien perdió a su padre.

—Tú también.

—Pero, a diferencia de Charlie, nunca conocí a papá. Y a diferencia de Charlie, mamá nunca me hizo sentir como si hubiera sido un obstáculo para...

—Alto ahí —dijo Meg—. Ella quería mucho a Charlie.

—Sin duda. Pero ¿le gustaba?

—No lo sé.

—Las cosas como son: de no haber venido Charlie, nunca se habría casado con Jack Malone. Y su vida podría haber sido mucho mejor.

—No estés tan segura. Tu madre tenía predisposición para el martirio.

—Qué me vas a decir. Con todo ese dinero, y tenía que mirar cada centavo para sí misma.

—Nunca lo superó, Kate. Nunca. Fue la gran tragedia de su vida.

En cambio Sara Smythe sí lo superó. También debió de ser su gran tragedia... pero al menos lo aceptó. O aprendió a vivir con ello. Mi madre también «vivió con ello», pero la obsesionaba en todo lo que hacía. Ahora me daba cuenta. Como me daba cuenta de que nunca la había entendido. ¿Cuándo reconocí el valor que había tenido criando a dos hijos ella sola? ¿Cuándo me di cuenta siquiera del ánimo con que había soportado su vida? Nunca. Ella ahorrraba y llevaba vestidos de hacía veinte años y se negaba a cambiar su sofá estropeado y vivía en un piso agobiante, todo para que, algún día, yo no tuviera que repetir su historia..., para que la segunda parte de mi vida fuera cómoda, segura, acomodada. Pero yo estaba demasiado ocupada en mis propias aflicciones, en mi sensación de haber sido traicionada por los hombres, por las circunstancias, por la vida. No como mi madre, que había vivido cuatro décadas en silencio sobre la traición que había destruido su vida y la había conducido por una difícil trayectoria. Sin duda, ella también tenía ganas de gritar: «yo, yo, yo, yo». Pero no se le habría ocurrido pronunciar una queja tan egoísta. Siguió adelante en silencio, estoicamente. Sin ser consciente de que, a su discreta manera, se mostraba heroica.

—¿Estás bien, Kate? —preguntó Meg, advirtiendo mi silencio.

—Lo intento.

—Estarás bien. Lo sé. Y si no, al menos ahora serás una miserable milloneta.

Me reí y dije:

—Me voy a la cama.

—¿Almorzamos la semana que viene?

—Por supuesto. Y esta vez, pago yo.

Ethan y yo dormimos bien. Por la mañana, me alivió saber que el peligro de una tormenta de nieve había pasado. A las nueve nos pusimos en camino. Tres horas después, apenas cruzar la frontera del estado de Nueva York, Ethan me dijo:

—Me gustaría pasar la noche con papá.

Me mordí el labio y no dije más que:

—Lo que tú quieras, mi vida. Llamémosle enseguida.

Cogí el teléfono móvil y marqué el número de la oficina de Matt. Su secretaria me lo pasó. Mantuvimos una conversación bastante civilizada. Luego le pasé el teléfono a Ethan.

—Papá, ¿puedo ir esta noche?

Charlaron unos minutos, y Ethan estuvo realmente entusiasmado con sus bromas. Por supuesto, sentí envidia. Por supuesto, sabía que era una tontería, pero cuando se comparte un hijo entre dos padres, siempre existe la preocupación de que tu ex se lo haga pasar mejor, o se relacione con él de una forma más positiva. Por mucho que intentes evitarlo, se desarrolla un clima competitivo entre tú y tu ex. ¿Tú le llevas al circo? Yo le llevo a ver *El rey león* a Broadway. ¿Tú le compras unas Nike? Yo le compro su primer par de Timberland. Se trata de un juego lúgubre y agresivo sobre «¿cuál es el mejor padre divorciado?». Pero es totalmente inevitable.

Ethan acabó de hablar con Matt y me devolvió el teléfono.

—¿Seguro que no te importa que pase la noche con nosotros? —me preguntó Matt.

Sí. Me importaba. Pero sabía que, de algún modo, tenía que dejar de importarme. De otro modo, me estaría flagelando para siempre.

—Está bien —concedí—. En serio.

—Estupendo —dijo, un poco sorprendido—. Gracias.

Avanzamos rápidamente hacia el sur. Con solo una temprana parada para cenar, llegamos al norte de Manhattan antes de las ocho. Volví a llamar a Matt y le dije que llegaríamos al cabo de veinte minutos. Como había hecho limpiar la ropa de Ethan en el Château Frontenac —su mochila escolar también estaba en el maletero—, no había necesidad de pasar por el piso. Matt nos esperaba frente a su casa de la Calle 20 Oeste. En cuanto detuve el coche, Ethan bajó y saltó al cuello de su padre. Yo abrí el maletero. Metí algunos artículos de tocador en la bolsa que contenía la ropa de Ethan y una muda en su mochila del colegio. Luego cogí el uniforme limpio —todavía envuelto en el celofán de la tintorería del hotel— y se lo di a Matt. Ethan cogió su mochila.

—Le he puesto una muda en la mochila, junto con el cepillo de dientes. Y aquí tienes su uniforme.

—Aquí tiene de todo —dijo Matt.

—No se me había ocurrido...

—Da igual —dijo, y le dio un empujoncito a Ethan—. Dale las gracias a tu madre por este estupendo fin de semana.

Me incliné y Ethan me estampó un beso en la mejilla derecha.

—Gracias, mami —dijo, sencillamente.

Me incorporé.

—Bien... —dijo Matt.

—Bien... —dije, pensando en lo incómodos que nos sentíamos el uno con el otro.

Te conoces. Te emparejas. Te llegas a conocer muy, muy íntimamente. Hacéis un niño juntos. Luego todo se tuerce. Tanto que se acaba reduciendo a conversaciones angustiosas, tensas, rápidos apretones de manos, un niño con la lealtad dividida.

Matt alargó la mano. Se la cogí.

—La del otro día fue una tonta discusión —dije.

—Muy tonta.

—Siempre hemos sido especialistas en tener discusiones tontas.

—Sí —dijo él, con una sonrisa—. Sin duda tenemos tendencia a discutir. Pero... pasa, supongo.

—Sí —asentí, suavemente—. Pasa.

Una ligera sonrisa, y el apretón de manos se acabó. Me incliné, le di un beso a Ethan y le dije:

—Nos veremos mañana después de la escuela, cariño. Estaré en casa a las siete.

Ethan asintió con la cabeza, y luego se fue con su padre y entró en el edificio. Devolví el coche a Avis. Luego me fui a casa. El silencio que había en el piso vacío era enorme. Pero me recordé a mí misma que era solo por una noche.

Al día siguiente, volví a la oficina. Tenía tanto trabajo acumulado que pedí que me trajeran el almuerzo. Pero me reservé unos minutos para llamar a Peter Tougas.

—¿Ya está mejor, Kate? —preguntó.

—Un poco.

—Como le dije la semana pasada, tardará su tiempo.

—Como todo.

—Creo que tiene razón. Veamos... ¿Está dispuesta a seguir con el procedimiento de certificación?

—Totalmente. Pero primero quiero hacerle una pregunta: como única beneficiaria del fondo, ¿puedo hacer lo que guste con el dinero?

—Sí —dijo, en tono cauteloso—. Como le dije el otro día, no hay ninguna condición en el testamento en cuanto al uso del fondo.

—Bien. Porque he decidido que mi hermano tiene que tener su parte.

—¿Qué? —dijo el señor Tougas, auténticamente sorprendido.

—Quiero que Charlie tenga la mitad del fondo.

—Espere un momento, Kate...

—¿Cuánto era...? Casi setecientos cincuenta mil. Dele trescientos setenta y cinco.

—No tiene que hacerlo.

—Soy consciente de ello.

—Al menos tómese un par de días para reflexionar.

—Ya me he tomado un par de días para reflexionar.

—Tómese dos más.

—No. Ya me he decidido. Quiero que tenga la mitad del fondo.

—Kate, sabe cómo trató a su madre.

—Tiene razón. Lo sé. Pero aun así tendrá su mitad.

—¿Por qué motivo?

No dije nada. Aunque ahora sí sé los motivos, las razones. Mi madre, la silenciosa estratega, me había hecho jaque mate. Lo había preparado todo: primero hacer que Sara me contara su historia, luego que el abogado me diera la noticia del fondo. No se decía nada, todo era implícito. Pero ahora lo implícito estaba más claro que el agua: cuando se trata de perdón, el lenguaje puede ser importante... pero los gestos lo son todo. Porque un gesto induce a otro gesto. Como perdonar a otro te permite perdonarte a ti misma. Sara y mi madre no se habían hablado durante décadas, pero los gestos se hicieron y el perdón se concedió. Ahora, ya muerta, mi madre estaba haciendo lo que había hecho siempre. Me estaba preguntando: «¿Puedes hacer lo mismo por tu hermano? ¿Aunque sepas que se equivocó?».

—Por favor, deme una razón —dijo el señor Tougas.

—Porque es lo que ella habría querido.

Un largo silencio.

—Muy bien, Kate —dijo el señor Tougas—. Prepararé los documentos. ¿Quiere que se lo comunique yo a Charlie?

—Por favor.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó.

—Dígale que me llame.

Colgué el teléfono. Me puse a trabajar. Salí de la oficina sobre las seis y media. De camino a casa, pasé por FAO Schwarz y compré un robot Lego motorizado. Sí, era un pedazo de plástico inútil. Pero Ethan lo había visto en la tele y no había cesado de decir disimuladamente que quería uno. Lo hice envolver. Luego cogí un taxi, y llegué a casa a las siete y cuarto. Claire, la canguro, estaba arreglando la cocina. Me dio un abrazo —no me había visto desde el funeral— y me preguntó cómo estaba.

—Voy tirando —dije—. ¿Cómo está él?

—En su habitación, librando batallas intergalácticas en el ordenador.

Metí la cabeza en su habitación. Se volvió a mirarme. Vio la bolsa de FAO

Schwarz y se le iluminó la cara.

—¿Lo puedo ver? ¿Lo puedo ver? —preguntó.

—¿Sin decirme hola?

Se acercó corriendo y me dio un beso rápido en la mejilla.

—Hola. ¿Puedo verlo?

Le di la bolsa.

—¡Uau! —dijo cuando vio que era el Lego que deseaba—. Lo sabías.

Sí. Para variar, quizá, lo sabía.

Se sentó en el suelo y empezó a romper la caja, luego levantó la cabeza para preguntarme:

—¿Me ayudarás a montarlo?

—Claro, después de hacer una llamada.

—Mamá... —dijo, desilusionado.

—Solo una llamada y soy toda tuya.

Fui al dormitorio. Levanté el receptor. Respiré hondo. Era una llamada que llevaba días atrasando; una llamada que sabía que tenía que hacer. Llamé a información. Me dieron el número de «Smythe, S.» de la Calle 77 Oeste. Lo marqué. Ella respondió. Dije:

—Hola, soy yo. Kate.

—Ah, hola —dijo ella, sorprendida—. Qué alegría que llames.

Sobre todo teniendo en cuenta que, hacía pocos días, le había dicho que no volveríamos a hablar nunca más.

—Sí, bueno... —No me estaba expresando muy bien.

—¿Sucede algo?

—No. En absoluto. Pensaba que...

—¿Sí?

—Bueno...

Oh, vamos. Dilo de una vez.

—Bueno —repetí—. Pensaba llevar a Ethan al zoo infantil el sábado. ¿Conoce el zoo infantil?

—Sí.

—En fin, iremos sobre las once. Si le apetece venir... y quizá almorzar después...

Un breve silencio.

—Sí —dijo—. Me gustaría mucho.

—Bien —dije—. Nos vemos el sábado.

Colgué el teléfono. Iba a descolgarlo de nuevo para llamar a Meg, pero Ethan gritó:

—Mamá, tienes que ayudarme.

Fui a la habitación de Ethan. Esparcido por el suelo había un mosaico de piezas de plástico inútiles. Ethan tenía las instrucciones de montaje en la mano.

—Venga —dijo—. Móntalo.

Gemí y me senté a su lado. Gemí de nuevo cuando vi las instrucciones. Ocupaban diez páginas y estaban escritas en seis idiomas. Hacía falta un título del MIT para descifrarlas.

—Ethan, esto es muy difícil.

—Lo harás —dijo.

—No estés tan seguro.

—Venga. Inténtalo.

Inténtalo. Ja. ¿Qué te crees que hago? Todo el santo día.

—Mamá... —dijo, intentando que me concentrara en la tarea.

Lo miré, y de repente vi a un adolescente resentido y con granos que me trataría con frialdad al mismo tiempo que me necesitaría desesperadamente. Vi al universitario desgarbado y torpe cometiendo un error tras otro. Vi al joven, alquilando su primer piso en Nueva York o Boston o Chicago o donde fuera, tan seguro de sí mismo por fuera, pero tan lleno de dudas como todos los demás. Y pensé: «¿Cuándo le tocará? ¿Cuándo se dará cuenta de que todo esto es tan defectuoso? ¿Qué nunca lo hacemos bien? La mayoría vamos tirando con buenas intenciones. Hacemos lo que podemos. Pero a menudo nos fallamos a nosotros mismos y a los demás. ¿Qué podemos hacer sino intentarlo de nuevo? Es la única opción que nos queda. Intentarlo es lo que hacemos continuamente».

Ethan cogió la pieza de plástico más grande que había en el suelo. Me la enseñó.

—Por favor. Haz que funcione.

—No sé cómo hacer que funcione, Ethan. No sé cómo hacer que funcione nada.

—Puedes intentarlo.

Abrí la mano. Me dio el pedazo de plástico. Pensé: «No quiero volver a fallarte... pero podría fallarte».

Luego miré sus ojos expectantes.

—De acuerdo —dije—. Lo intentaré.

En yiddish, idiota. (N. de la t.)

Blanco anglosajón y protestante. (N. de la t.)

Película de Billy Wilder de 1945. (N. de la t.)

Tiendas restaurante típicas de las ciudades norteamericanas. (N. de la t.)

Obra de Clifford Odets, dramaturgo de tendencia sindicalista e izquierdista. (N. de la t.)

Sociedad honorífica universitaria para estudiantes con aptitudes académicas sobresalientes. (N. de la t.)

Profeta de los mormones. (N. de la t.)

Gris en inglés. (N. de la t.)

Película de Orson Welles de 1942 acerca de la decadencia de una aristocrática familia acelerada por la incipiente era industrial. (N. de la t.)

Thomas Paine (1737-1809), teórico político y escritor. (N. de la t.)

Pollyanna: heroína de un cuento infantil norteamericano en el que todo se resuelve por las buenas. (N. de la t.)

Productor de Hollywood (1892-1978). (N. de la t.)

En yiddish, persona íntegra y honorable. (N. de la t.)

Dirigente socialista americano (1855-1926). (N. de la t.)

Editor, autor y crítico norteamericano que atacaba la complacencia americana y las costumbres burguesas. (N. de la t.)

**Victoria
Camps**

La búsqueda
de la
felicidad



«La mayor fortuna
es la personalidad».
SCHOPENHAUER

arpa

La búsqueda de la felicidad

Camps, Victoria

9788417623081

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La historia de la felicidad a lo largo de miles de años de pensamiento: una alternativa filosófica a la literatura "amarilla" de autoayuda Preguntarse por la naturaleza de la felicidad equivale a cuestionar el sentido y el fin de la existencia. La felicidad es una búsqueda a lo largo de la vida de cada persona; la infelicidad, en cambio, es el abandono del deseo de seguir viviendo. Más que una meta, la felicidad es un estado de ánimo, el anhelo de una vida plena. No es objeto de la filosofía determinar en qué consiste ser feliz, pero filósofos y pensadores, desde Aristóteles hasta Aldous Huxley, han reflexionado a lo largo de la historia sobre esta cuestión esencial: cuáles son las

limitaciones de quienes aspiran a ser felices; qué valor tienen la amistad, el amor, el deseo o la libertad en la consecución de la felicidad; cómo se relacionan el individuo y el grupo en este camino. La lección que se extrae de las enseñanzas de los filósofos es que la felicidad, en efecto, es el mayor bien, pero un bien que exige esfuerzo, paciencia, perseverancia y tiempo. La búsqueda de la felicidad no contiene recetas para lograr la plenitud, pero sí abundantes razones para no sucumbir al desánimo de una existencia que es paradójica, contingente y limitada, pero también rica y esperanzada.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Juan Antonio Rivera

Camelia
y la filosofía

Andanzas, venturas
y desventuras
de una joven
estudiante

arpa

Camelia y la filosofía

Rivera, Juan Antonio

9788416601646

362 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un relato fascinante sobre la iniciación de una joven al conocimiento de la Filosofía, escrito por Juan Antonio Rivera, autor de Lo que Sócrates diría a Woody Allen (Premio Espasa de Ensayo 2003). Camelia es una adolescente que, como tantas otras, está preocupada por su aspecto físico, pero más aún si cabe por el desarrollo de su inteligencia. Por suerte para ella, en las clases de Filosofía encuentra el alimento con el que aplacar su apetito de saber. Entabla una singular correspondencia con su profesora de Filosofía en la que van apareciendo las cuestiones que a ella le interesan, o asombran, o incluso algunas de las que nada sabía hasta

entonces: la felicidad y el papel que en ella juega el azar, la falta de voluntad y las cosas que no se pueden conseguir por más voluntad que se ponga, el gusto moral y el cuidado de sí misma, la inteligencia evolutiva y la importancia de la racionalidad en la vida individual y en la colectiva, las fuentes de la motivación, el libre albedrío y otros rompecabezas metafísicos. De todas estas cosas habla Cam en las cartas que dirige a su profesora, pero también, cada vez más, de algunos de sus problemas personales y de un pasado enrevesado del que no logra desprenderse y que la persigue hasta las aulas. De esta manera se va abriendo paso la trama, un híbrido entre ensayo y ficción novelesca, en que el primero nunca pierde su protagonismo sin por ello negar su sitio y su parte a la segunda.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Adriana Royo

Falos y falacias

Existe un abismo entre cómo nos gustaría vivir
la sexualidad, cómo la mostramos a los demás
y cómo la vivimos en realidad.



arpa

Falos y falacias

Royo, Adriana

9788416601943

195 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Existe un abismo entre cómo creemos que deberíamos vivir la sexualidad, cómo la mostramos a los demás y cómo la vivimos en realidad. Fingimos orgasmos, follamos por fardar, soñamos con los tríos que vemos en el porno, nos acomplejan nuestras pollas y nuestras tetas... Y sin embargo nunca hemos hecho tanto alarde de nuestra libertad y de nuestro placer. ¡Somos tan modernos! En esta sociedad narcisista, regida por el imperativo de la apariencia, el engaño es la moneda de cambio de los vínculos afectivos y, por supuesto, sexuales. Aterrados por la intimidad, el compromiso, el rechazo y la soledad, vendemos de nosotros mismos

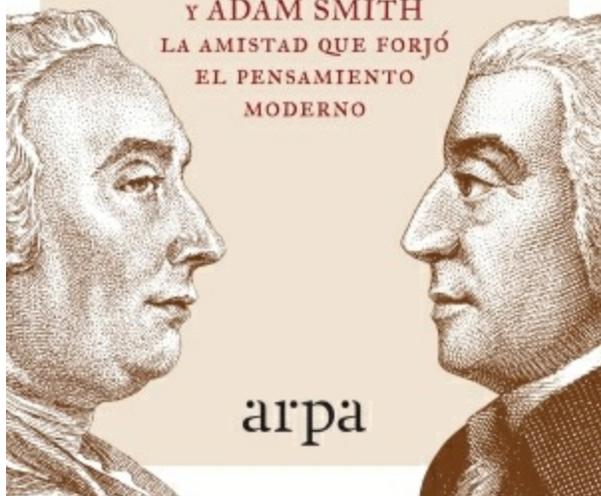
una imagen vacía y vanidosa, y cuando nos juntamos con otro para saciar nuestra ansiedad, voilà: nos hemos convertido en dos imágenes follando. La gran vanidad contemporánea. Con un aire fresco y desacomplejado, Adriana Royo, sexóloga y terapeuta, destapa todas las falsedades que construimos alrededor del sexo y de las relaciones afectivas. Confía que más allá del narcisismo, las máscaras y la superficialidad, un sexo sincero, íntimo y bien explorado puede ayudarnos a reconciliarnos con nosotros mismos y con los demás.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DENNIS C. RASMUSSEN

EL **INFIEL**
Y EL **PROFESOR**

DAVID HUME
Y ADAM SMITH
LA AMISTAD QUE FORJÓ
EL PENSAMIENTO
MODERNO



arpa

El infiel y el profesor

Rasmussen, Dennis C.

9788416601936

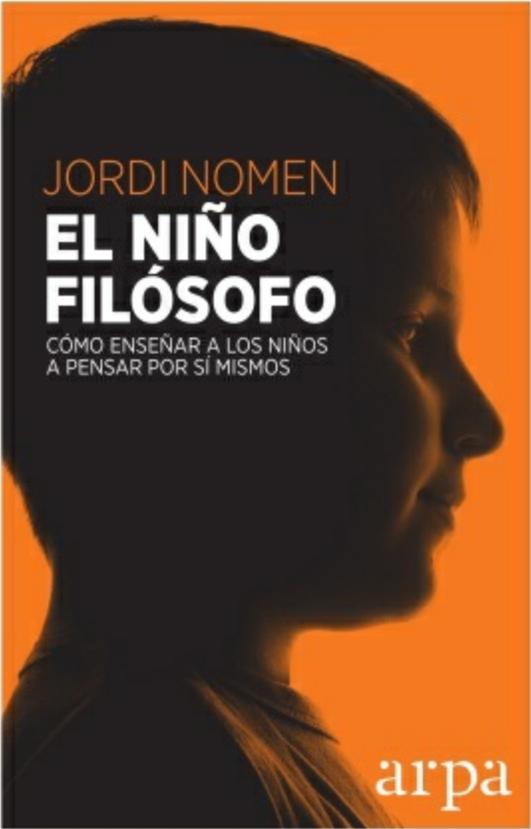
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Uno de los libros del año en The Guardian. David Hume es considerado el filósofo inglés más importante que jamás haya existido. Sin embargo, en vida se le atacó por su escepticismo religioso, se le llamó el Gran Infiel y se le consideró inapto para instruir a los jóvenes. Adam Smith, en cambio, fue un profesor reverenciado de filosofía moral y a menudo se le ensalza como padre fundador del capitalismo. Lo más asombroso, con todo, es que los dos mantuvieron, según lo define Rasmussen, la amistad más grande que se conoce entre dos filósofos. La obra desvela cómo, en realidad, las opiniones religiosas de Smith emulaban mucho más de lo que

se suele creer a las que Hume profesaba públicamente. También demuestra que Hume contribuyó más a la economía –y Smith a la filosofía–, de lo que por lo común se reconoce. El infiel y el profesor es un relato ingenioso y apasionante sobre una amistad genial con consecuencias extraordinarias en el pensamiento moderno.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El niño filósofo

Nomen, Jordi

9788416601905

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La herramienta ideal para que familias y educadores desarrollen la inteligencia filosófica de los niños. Los niños tienen una extraordinaria capacidad de asombro y una curiosidad prácticamente ilimitada, dos cualidades que los convierten en pequeños grandes filósofos. El niño filósofo es una herramienta clave, tanto en casa como en la escuela, para potenciar esta inteligencia filosófica que les permitirá desenvolverse como ciudadanos activos y comprometidos. El libro está organizado en dos partes: la primera parte nos invita a considerar los beneficios que la educación filosófica puede conllevar en el desarrollo intelectual, personal y social de los

niños. La segunda parte plantea doce grandes preguntas, legado de doce importantes pensadores de la tradición occidental, y propone ejercicios prácticos para que familias y educadores puedan abordarlas con los niños desde la crítica, el diálogo, el juego y la creatividad. Mmm... ¿Debemos actuar con la cabeza o con el corazón? Platón ¿Cómo podemos decidir lo que está bien? Aristóteles ¿El placer debe ser el fin último de nuestros actos? Epicuro ¿Debemos tener miedo a la muerte? Séneca ¿Cómo se puede conseguir la alegría? Spinoza ¿Es importante tener buenos amigos? Montaigne ¿Para qué sirve la educación? Rousseau ¿Qué debemos hacer? Kant ¿Hay que ser creativo para vivir? Nietzsche ¿Hay que opinar sobre todo? Wittgenstein ¿Qué es la maldad? Arendt ¿Es más importante tener o ser? Fromm

[Cómpralo y empieza a leer](#)